



MARIANA  
GUARINONI

RENACERÁN  
MIL ROSAS



Mariana Guarinoni

**Renacerán mil rosas**

Ediciones B

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A mis amores, siempre.*

*Las rosas blancas expresan respeto  
y representan la inocencia,  
pero también son el símbolo  
del amor secreto y la resignación.*

*Léonie*

# 1

*Puerto de Buenos Aires,  
primavera de 1875*

La superficie se veía amarronada. Había esperado un tono plateado, acerado, que se correspondiera con el ostentoso título de Río de la Plata, por lo que la primera impresión la desilusionó. Las aguas de ese río eran tan poco transparentes como las del Sena de su París natal. Léonie contuvo un suspiro. No quería empezar su nueva vida con un sabor amargo. Trató de convencerse de que era un detalle sin importancia. El color de las orillas de esa ciudad no tendría influencia en su futuro. Su éxito dependería de su propia voluntad. Su fuerza interior la había llevado hasta allí, haciéndole cruzar medio mundo en busca del hombre a quien amaba. Estaba muy cerca de alcanzar su meta. No iba a permitir que el paisaje amedrentase su ánimo.

Aunque habían pasado un par de horas desde el arribo del enorme navío a las aguas del puerto, todavía no habían dado permiso a los pasajeros para pasar a los botes que los acercarían al muelle o a las carretas semisumergidas que los llevarían hasta la orilla para finalmente desembarcar. La muchacha tenía algunos rizos rojizos sobre las mejillas, que escapaban del sencillo sombrero al que buscó engalanar con unas cintas del mismo tono que la gastada capa que llevaba. Cargaba un bolso de tela mediano en una mano

mientras sujetaba a un niño con una cabellera del color del fuego en la otra. Observó a su alrededor cómo varios oficiales locales subieron a bordo para revisar a los pasajeros que llegaban desde otro continente y la ansiedad se apoderó de ella. Los vio interrogar a un grupo de tres hombres y una mujer y al rato dedujo que les negaron la entrada: dieron órdenes de separarlos sin dejarlos bajar a tierra. No sintió pena, la habían mirado con desprecio durante el viaje, aunque iban en tercera clase, como ella. La mujer, a pesar de que su vestido necesitaba con urgencia varios remiendos, había hecho gala de superioridad por tener un hombre a su lado. Léonie había apretado los labios muchas veces durante la larga travesía cuando los rostros se volvían hacia otro lado ante su paso. Había sufrido numerosos desplantes desde que descubrieron su soltería. Y en ese momento aquella misma mujer lloraba con amargura en brazos de su marido porque no los dejaban quedarse en esa tierra tan deseada.

Sin embargo, esta escena la estremeció. Saber que gente que llegaba cargada de ansias en busca de una nueva vida veía sus esperanzas truncadas le oprimió el pecho. Lo mismo podría pasarle a ella. Había enfrentado duros años de ahorro para poder pagar los pasajes; había pasado más de un mes de viaje junto a su hijito en condiciones poco confortables entre las sacudidas de un mar casi siempre embravecido, y en ese momento, tan cerca de alcanzar esa tierra que encerraba centenares de sueños, temió que los responsables de abrirle la puerta a la felicidad la rechazasen. Un oficial la observó y le hizo un gesto para que se acercara. Léonie apretó la mano de su hijo y avanzó con paso tembloroso.

—¿Nombre? —le preguntó el hombre mientras se preparaba para tomar nota en una planilla.

—Léonie Marchall —respondió tras entender la pregunta con su escaso conocimiento del español.

—¿Y el niño? —agregó señalando al pequeño de cabellos encendidos que



sujetaba su mano.

—Jules Marchall.

—¿Origen?

—*France.*

—Entonces habrán embarcado en *El Havre* —aseguró el oficial, para enseguida cambiar de idea y preguntar—, ¿o en la escala en La Coruña?

—*Le Havre, oui.*

—Documentación.

Léonie le dio los papeles de ambos y como el oficial los estudió un largo rato en silencio se animó a indagar:

—*C'est bien?*

—¿El padre? —preguntó a su vez el hombre sin responderle, mientras sacudía la cabeza de lado a lado.

—*Comment?* —inquirió sin comprender.

—¿El padre del niño viene en el barco?

—*Je ne comprends pas* —encogió los hombros para demostrar que no entendía.

—Que necesito información del padre —repitió, y ante el escaso avance de la situación buscó la ayuda de otro oficial—. Ey, Jean Pierre, ven aquí, ayúdame con esta mujer, es francesa y no entiende nada de castellano, menos aún que tú cuando llegaste.

Con paso apurado un hombre cercano a los treinta años se aproximó hasta ellos, observó a la pelirroja vestida con ropa sencilla pero entera, que lucía un rostro cansado pero muy bonito, y esbozó una sonrisa.

—No se preocupe, señor, yo me encargaré —respondió a su superior y extendió la mano para recibir la planilla que él sostenía. Leyó lo que allí aparecía y se volvió hacia la muchacha.

—¿El niño no tiene padre? —le preguntó en su propia lengua.

—¡Sí lo tiene! —respondió Léonie ofuscada, aunque aliviada porque

alguien la entendía.

—Aquí dice que el muchacho lleva tu apellido.

—Así es —dijo con el mentón levantado, sin avergonzarse, cansada de que todos la juzgaran—, pero mi hijo sí tiene padre.

—¿Está por aquí? ¿Vino en el barco?

—No —respondió con voz queda mientras sacudía la cabeza.

—Entonces no podrás bajar porque él deberá firmar por la entrada del niño.

—Oooh —no pudo contener un profundo quejido de desilusión.

—Excepto que me digas que tu niño no tiene padre. Si tú eres su única responsable, podrás firmar por él.

—Yo soy su única responsable —respondió de inmediato repitiendo las palabras del oficial.

—Lo imaginaba, anotaré que no tienes marido y entonces no habrá problemas —repuso en un tono que ella no logró descifrar si era de burla o de piedad.

—Cuando Jules nació, su padre estaba aquí, está aquí —continuó Léonie y enseguida se corrigió—, por eso hemos venido, para encontrarnos con él.

—Pero no aparece su nombre en estos documentos —insistió el hombre.

—Porque Ernest viajó antes de que Jules naciera.

—Y no te dio su apellido antes de embarcar, eres soltera... —remarcó.

Léonie no se dejó amedrentar por la observación. Muchas veces se habían mofado de ella por haber dado a luz sin estar casada. A sus agresores solía responderles con palabras soeces, pero esa vez era diferente, estaba frente a una autoridad que podía cerrarle la entrada a ese país donde se escondía su felicidad. Por lo que ignoró la humillación y fingió una serenidad que no sentía.

—Nos casaremos pronto.

La mirada de compasión en los ojos del guardia le dijo que no le creía,

pero para su alivio el hombre no insistió más.

—¿Falta mucho? —los interrumpió Jules, que hasta ese momento había permanecido en silencio, asomándose desde atrás de la falda de su madre—. Tengo hambre.

—No, mi pequeño. Sólo unos momentos más. Cuando el oficial nos dé permiso podremos buscar algo para comer.

—¿Cuántos años tienes? —se dirigió al niño con una simpática sonrisa.

—Acabo de cumplir ocho —anunció orgulloso el chico y mostró dedos extendidos en ambas manos para alcanzar la cifra que decía.

—Y veo que sabes contar.

—Sí, mi madre me enseñó.

—Me falta anotar tu edad en la planilla —se volvió hacia la madre.

—Veintiocho.

—¿Tienen dónde quedarse? —preguntó—. Pueden hacerlo unos días en el asilo para inmigrantes que está cerca del puerto. Algunos lo llaman “hotel”, pero no lo es, porque no es necesario pagar, es una residencia gratuita. Pero si allí no te gusta yo podría conseguirte un lugar con gente que conozco si prefieres algo mejor.

—No necesito buscar un asilo, hotel ni otro sitio, iremos a la casa del padre de mi hijo. Es verdad que nos casaremos —aseguró con confianza.

—¿Él vendrá a buscarte?

Léonie negó en silencio, sacudiendo la cabeza de manera apenas perceptible. No estaba dispuesta a reconocer que Ernest desconocía su llegada.

—¿Al menos sabes dónde queda su vivienda?

—Conozco el nombre del barrio, preguntaré a los vecinos por la casa, sin duda podré encontrarla —insistió decidida.

—¿Sólo el barrio? —el guardia frunció la nariz—. Dime el nombre.

—Se llama La Boca —respondió sin necesidad de buscar entre sus

papeles. Léonie sabía de memoria todo lo que decía la única carta que tenía de Ernest. La había leído centenares de veces, mientras su corazón latía con fuerza. De ella había tomado fuerzas para lanzarse a esa aventura titánica. Aunque no tenía el remitente completo, estaba segura de que el amor sería su brújula para ayudarla a encontrarlo.

—No será fácil, hay muchas casas en esa zona, es una de las más pobladas, pero si es lo que quieres... —respondió el oficial con una mueca y anotó algo en la planilla antes de continuar—. Ponte en esa fila, un médico los revisará y si él lo aprueba, podrán bajar.

La felicidad marcó el rostro de Léonie con una gran sonrisa. Había sido admitida como inmigrante en la Argentina, era cierto que ese país recibía a los extranjeros como ella con los brazos abiertos, tal como se comentaba en Francia.

—Gracias, muchas gracias. Dios lo bendiga —agradeció emocionada.

El guardia sonrió. Le resultaba extraño encontrar a una mujer joven y atractiva sola. La mayoría de los inmigrantes eran hombres. Aunque había mujeres, siempre llegaban acompañadas por sus maridos o sus padres, algún hermano quizás. Pocas se animaban a lanzarse a la aventura ultramarina sin compañía, y las que lo hacían solían ser bastante mayores que esa muchacha. Aunque la pelirroja se veía algo desmejorada por las muchas semanas de viaje, con la cara algo chupada, tenía unos rasgos muy llamativos. A sus intensos ojos azules se sumaban unos pómulos altos y un mentón en punta que se suavizaban junto a la piel con pecas y los labios de un tono rosado muy claro. Al asistente de inmigraciones le pareció muy tentadora. Él había llegado en uno de esos mismos barcos una década atrás y había conseguido ese trabajo por su conocimiento del idioma, cuando empezaron a llegar cada día más franceses. La siguió con la mirada un rato más y luego volvió a prestar atención a su tarea.

Léonie se dirigió hacia donde le había indicado el funcionario arrastrando a

su hijo de la mano.

—Tengo hambre —insistió Jules intentando soltarse.

—Debes tener un poco más de paciencia. No podemos bajar todavía, y hace rato cerraron el comedor del barco.

—¿Puedo ir a ver si olvidaron guardar algo de comida?

—No, te aseguro que no queda nada para comer por aquí.

—¡Pero tengo hambre, *maman!*

—Tendrás que portarte como un niño grande y esperar a que bajemos, ya no falta mucho. Ahora quédate en silencio, por favor. No quiero que llamemos la atención de nadie por aquí.

—¿Por qué no?

—Porque será mejor no irritar a quienes nos rodean. Recuérdalo siempre, hijo, no debes molestar a los demás, eso podría poner trabas innecesarias en tu camino. Es mejor ser amable. La afabilidad y el buen trato pueden abrirte muchas puertas.

—¿Las puertas se abren solas si te portas bien? —preguntó mirándola con fijeza a través de los ojos color miel entrecerrados.

—No, pero tienes menos chances de que te las cierren en las narices —respondió Léonie mientras buscaba disimular una suave carcajada.

—Bien, prometo que me quedaré callado hasta que encontremos algo para comer.

—¡Así me gusta! Eres muy bueno y tendrás un premio por ello. Cuando bajemos podrás comer algo dulce también.

La sonrisa del niño le confirmó a la madre que valdría la pena el pequeño soborno. Su hijo se había portado bastante bien frente a todas las vicisitudes de la travesía y merecía una recompensa. Les llegó su turno, pasaron detrás de un biombo donde el médico y una enfermera los revisaron a ambos. Tras permitir que observaran la piel en distintas partes de sus cuerpos, que escucharan la respiración de sus pulmones y que verificaran la ausencia de

fiebre, finalmente Léonie obtuvo la tan ansiada autorización para desembarcar.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Lo logramos, hijito! ¡Nos han dado permiso para vivir aquí! —exclamó exultante de alegría y tomó al niño entre sus brazos para dar una vuelta completa sobre sus pies, como si estuviese bailando.

—¡*Maman!* ¡Bájame! ¡Todos nos están mirando! —se quejó incómodo—. Tú dijiste que no querías llamar la atención.

—Lo siento, tienes razón. Vamos, debemos bajar, los botes nos llevarán a tierra.

El chico sonrió mientras ocupaban su lugar en la chalupa, en la que dos remeros de pie movieron sus palas hasta depositarlos en un muelle junto a la orilla.

—¡Llegamos! —anunció Jules contento dando saltitos de alegría.

—¡Así es! —le devolvió la sonrisa su madre—. Ahora sujétate de mi falda mientras caminamos.

—¡Ya soy grande para sujetarme de tu falda, *maman!*

—Tienes razón, pero no te apartes de mi lado mientras vamos hacia esa fila.

—¿Otra fila más?!

—Sí, deben anotar nuestros nombres otra vez y darnos algún documento.

—¿Qué es un documento?

—Un papel con tu nombre.

—¿No puedes escribirlo tú? Diles que sabes escribir.

—No puedo hacerlo yo misma, cariño. Es necesario un sello también que sólo tienen en esa oficina. En cuanto nos den esos papeles tendremos que buscar el equipaje y ya podremos marcharnos.

—¿Iremos a buscar a ese hombre al que debo llamar papá?

—Sí, Jules, y ya te expliqué que deberás decirle así porque él es tu padre.

—No entiendo cómo es mi padre y no lo conozco —se quejó con los labios

fruncidos.

—Ya hemos hablado de esto muchas veces, hijo. No es el momento ni el lugar para continuar con el tema, lo haremos más tarde.

—¿Ahora iremos a comprar mi dulce?

—Todavía no, pero sí muy pronto. Vamos a esa fila. —Habían llegado a un sector dentro de un galpón donde varias decenas de personas se apretujaban frente a un mostrador.

—¡Hay mucha gente! —se quejó Jules con un mohín.

—Lo sé, hijito. Ten un poco más de paciencia, cuando crezcas tendrás en tu memoria para siempre este día tan importante, que marca una nueva vida para nosotros. Trata de sentirte contento, así guardarás un recuerdo alegre.

La media sonrisa demostró la buena voluntad que el chico ponía a pesar del cansancio y Léonie sintió una cálida oleada de amor en el pecho. Adoraba a Jules, era lo más importante en su vida. Había decidido embarcarse en esa osada aventura hacia las promisorias tierras argentinas con la intención de darle un mejor futuro. Quería que su hijo tuviera a su padre a su lado, una figura paterna que lo cuidara y se ocupara de él. Además del amor que sentía por Ernest, por supuesto, lo sabía; pero intentó frenar el anhelo egoísta que brotaba de su corazón recordándole el fuego que todavía ardía allí. Más allá de sus propios sentimientos por el hombre a quien amaba, el porvenir de Jules era su prioridad.

Después de una larga hora para acceder a las autoridades de migraciones que les tomaron los datos y les dieron dos papeletas escritas a mano que les servirían como documentos, finalmente Léonie soltó una carcajada de alegría.

—¡Lo logramos, Jules! ¡Nos han aceptado de manera oficial! ¡Podremos vivir aquí para siempre si lo deseamos!

—¿Quiere decir que ya podemos ir a comer?

—Ya casi, sólo un momento más, mi vida, primero debemos ir a buscar nuestro baúl.

—¡Pero tengo hambre, mamá!

—Lo sé, te prometo que será rápido, vamos, es allí y no hay fila —dijo señalando un sector donde se amontonaban cientos de baúles.

Sujetando con fuerza la mano de su hijo, Léonie avanzó entre la multitud que poblaba la zona de desembarco, junto al río. Había mucho movimiento a su alrededor. Changarines que se ofrecían para cargar los equipajes sobre sus espaldas. Gente que se abrazaba al reencontrarse con familiares que habían emigrado antes que ellos. Recién llegados que intentaban abrirse camino en esa nueva tierra arrastraban sus petates. Hombres que ofrecían alojamiento en sus conventillos acercaban rústicas carretas hasta el lugar para subir el equipaje de los nuevos inquilinos. Gritos y risas inundaban el aire húmedo junto a la costa porteña. Un bullicio constante se colaba entre quienes por allí andaban, obligándolos a alzar la voz para entenderse.

Mientras Léonie esperaba que le entregasen su baúl, un hombre se detuvo a su lado. Demasiado cerca, para el gusto de ella. Podía sentir la penetrante colonia que lo rodeaba aun antes de verlo a la cara. Había soltado la mano de Jules para darle al encargado de las maletas un comprobante, tras advertirle que no se apartara de allí. En ese momento, mientras se doblaba y empujaba el baúl con esfuerzo, insistió:

—No te alejes, Jules.

—*Oui, maman.*

El hombre de intenso perfume se inclinó por encima de ella y posó sus manos junto a las suyas.

—Permítame. Esto no es tarea para una dama.

—*Je ne comprends pas...*

—No se preocupe por el idioma, lo aprenderá enseguida. Mientras tanto, yo la ayudaré con lo que necesite. Soy Raúl Fuentes, para servirla —dijo y le tendió una mano que ella eligió no estrechar mientras sacudía la cabeza. Seguía sin comprender.



—Jules —lo llamó mirando a su alrededor, entre decenas de enormes cajas de embalajes.

—Aquí estoy —le respondió la voz de su hijo.

—No te veo. ¿Dónde?

—Detrás de un paquete muy grande, atrás de ti, puedo verte desde aquí.

—No te alejes de mí —insistió mientras volvía a empujar su baúl, a la vez que intentaba que el hombre se fuera por medio de gestos.

—Deje de sacudir las manos, no me iré —le dijo el hombre—. No la dejaré sola en medio de esta multitud. Venga conmigo, le daré un techo y un trabajo. Y puede traer a su hijo. Es una oferta mejor que ninguna otra. Mis competidores no son tan benevolentes.

Léonie entendió poco del discurso, pero sí captó lo que transcendía esa mirada de ojos oscuros remarcados por cejas gruesas, cabello peinado aplastado gracias a algún truco que ella desconocía y piel brillante por el exceso de grasitud. Vestía un traje pero distaba de ser un caballero. El hombre la observaba con admiración en algunos momentos y como evaluando una mercadería que estuviese por comprar en otros, recorriéndole el cuerpo con la vista. No le gustó.

—*Allez! Allez!* —le ordenó incómoda que se marchara, y extendió el brazo señalando hacia un costado en inequívoco gesto.

—Una francesita con carácter es justo lo que necesito para levantar puntos con mi jefe —dejó escapar entre los labios torcidos en una mueca—. Será un éxito en el local. No la dejaré marchar, así que no insista.

Todavía sin comprender, Léonie dio un paso al costado buscando alejarse de él. El hombre se corrió para acompañar el movimiento y seguir a su lado, sin perderle pisada. Léonie volvió a apartarse unas cuantas veces, hasta que no pudo hacerlo más para no alejarse del baúl con todas sus pertenencias.

Se plantó frente al hombre con la intención de exigirle que se fuera pero antes de que pudiera decir nada él la tomó por la muñeca.

—Vamos —le ordenó—. Yo me ocupo del baúl.

—*Non!* —exclamó e intentó liberarse, pero la mano del hombre era como una tenaza a su alrededor. No se movió ni un centímetro a pesar de los tirones de ella.

El forcejeo continuó largos minutos. Con la mirada Léonie buscó ayuda entre quienes la rodeaban, pero con desesperación descubrió que nadie le prestaba atención, todos ensimismados en sus propias preocupaciones.

Con facilidad el hombre logró arrastrarla varios pasos, a pesar de las negativas de ella. Llegaron a la zona de las carretas y Léonie le propinó una fuerte patada en la pierna, cerca del tobillo, cuando él intentaba subirla a una de ellas. Sorprendido, no se dejó intimidar. Le asestó un sopapo en la mejilla que la empujó hacia atrás, y aunque Léonie no llegó a caer, mientras estaba atontada el hombre la subió al asiento del carro.

—Quédate ahí mientras voy a buscar tu baúl. Si te mueves te encontraré y ya no seré tan delicado contigo —gruñó antes de alejarse de ella.

Léonie no entendió sus palabras aunque sí adivinó la amenaza del tono mientras sentía el ardor del golpe en su mejilla, pero eso no la detuvo. No iba a permitir que nadie la llevara contra su voluntad, ni que la alejasen de su hijo. Decidida, bajó de un salto del alto carro y fue tras los pasos de su agresor, ya que Jules había quedado también en la zona de equipajes. Corrió entre los baúles, pero no encontró al niño en donde lo había dejado. Dio dos vueltas por el lugar y lo llamó en voz alta:

—¡Jules! ¡Jules! —gritó, pero nadie respondió—. Jules, no te escondas, ven aquí. ¡Jules, hijo!

Sólo el murmullo de la gente hacía eco a sus palabras. Léonie empezó a inquietarse, no veía a su hijo ni escuchaba su voz por ningún lado.

Volvió a llamarlo varias veces con fuerza, pero fue en vano. Corrió gritando su nombre entre la multitud con igual resultado. Vio que el hombre que la había golpeado se acercaba a ella pero no le importó, continuó

corriendo en círculos entre la gente y llamando a Jules, con el corazón estrujado. Perder a su hijo en esa tierra extraña era una pesadilla peor aún que el miedo de no encontrar nunca a Ernest. ¿Perderlo?, ni siquiera se animaba a formular la posibilidad y la descartó de inmediato. *No, claro que no*, se convenció a sí misma. *Debe estar por aquí, ya lo voy a encontrar y lo abrazaré junto a mi pecho un largo rato.*

Repitió su nombre en voz alta una vez más pero el viento no llevó hasta ella el sonido tan deseado. No escuchó a Jules diciendo “*maman*”. En cambio sonó como un trueno acercándose el vozarrón del desagradable y autoritario hombre que se creía con derecho a mandarla.

—¡Detente! ¡No me obligues a seguir corriendo! —exclamó corto de aliento.

Léonie no le entendió ni tampoco le interesó lo que pudiera decirle. Sólo tenía una meta: encontrar a Jules. Continuó andando con pasos cortos y veloces sin detenerse, siempre llamando a su hijo. Por el rabillo del ojo vio que el hombre dejó de seguirla y se sentó a un costado, observándola. Eso le permitió enfocarse en la búsqueda. Recorrió las filas que todavía quedaban, preguntó sin éxito a los que hablaban en francés si alguien lo había visto, revisó los grupos de personas que se abrazaban, buscó entre los que se dirigían hacia la calle... *¡La calle!*, pensó asustada. *Quizás fue hacia allá en busca de comida. La culpa es mía por no escucharlo, sabía que estaba hambriento*, se castigó a sí misma con los ojos empañados por las lágrimas. La congoja se estaba apoderando de ella. *¿Y si no logro encontrarlo?*, se preguntó con miedo, pero enseguida intentó apartar esa idea de su mente. Necesitaba concentrarse para buscarlo. Corrió sobre los adoquines del playón del puerto hasta llegar a la calle, en realidad encontró una avenida. Coches de diferentes tamaños, tirados por uno, dos y hasta cuatro caballos circulaban en ambos sentidos. Un cochero le gritó para que se apartara cuando ella se acercó demasiado a los animales. De inmediato comprendió que esa ciudad

no era tan pequeña como había pensado. El tránsito era bastante intenso, casi como en París. Preocupada, miró hacia ambos lados en busca del niño. La ausencia de su hijo la estaba desesperando.

Empezó a caminar apurada hacia una esquina, aunque pronto se dio cuenta de que se estaba alejando del lugar donde Jules podría estar buscándola a ella, así que regresó sobre sus pasos con rumbo al puerto. Volvió a recorrer el enorme sector entre el muelle, los galpones y donde esperaban los coches y las carretas. Quedaba menos gente, por lo que pudo moverse con libertad y observar con más facilidad. Eso la angustió: no había señales de Jules por ningún lado.

En ese momento un intenso miedo se apoderó de ella: descubrió que su hijo no sólo se había alejado, confirmó que estaba perdido. Sintió que sus fuerzas la abandonaban, que no podría continuar con la búsqueda. Lo único que quería hacer era llorar. Dejó que sus piernas se doblaran y de a poco cayó al piso empedrado del patio. Lo que comenzó como un llanto silencioso en escasos minutos se convirtió en un concierto de hipidos y profundos sollozos. Quienes pasaban a su lado la observaban con mirada crítica antes que piadosa, pero a Léonie no le importó, no podía ni tenía intenciones de controlar sus gemidos. Le dolía el alma.

*¿Cómo seguir?*, se preguntó en medio de su angustia. *Jules, Jules, Jules*, el nombre de su hijo se repetía en su mente una y otra vez. Cerraba los ojos y lo único que veía era la carita pecosa sonriente bajo el cabello rojizo revuelto, pero al abrirlos el pequeño no estaba allí y su ausencia era aún más notoria. Continuas lágrimas empañaron sus ojos, Léonie las apartó con los dedos una y otra vez en un intento inútil por secar su rostro. Venían de una fuente inagotable: su corazón partido. Escondió la cabeza entre las rodillas, decidida a quedarse allí llorando hasta que las lágrimas cesaran, si es que eso ocurría alguna vez.

No sabía bien cuánto tiempo había pasado en esa posición, cuando una mano se posó sobre su hombro derecho, que todavía se estremecía por los sollozos. Levantó la vista asustada, recordando al hombre que había intentado llevársela antes, pero en cambio divisó, a través de los ojos llorosos, al amable oficial que había autorizado su desembarco.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó en su lengua, mientras se arrodillaba a su lado.

—Mi pequeño, no está, no lo encuentro.

—¿El simpático pelirrojo se ha escapado?

—¡No! —exclamó con énfasis, para enseguida continuar con voz calma y sin llorar—, no lo creo. Tenía hambre, sin duda se alejó buscando algo para comer y se ha perdido. Lo he buscado por todas partes y no puedo encontrarlo —concluyó entre más lágrimas.

—Bueno, bueno, ya basta de llanto. A ti no te hace bien y a él tampoco, quedarte aquí sentada no te ayudará a encontrarlo. Vamos.

—¿A dónde?

—A buscarte un lugar donde dormir, debes descansar y ponerte presentable para mañana. No conviene que te vean en este estado, debes parecer una madre respetable.

—¡Lo soy! Soy una mujer decente y una excelente madre. Pero, ¿por qué dice eso? ¿Qué ocurrirá mañana?

—Iremos a hacer la denuncia policial. Ellos podrán colaborar en la búsqueda.

—Oooh... —la exclamación de Léonie terminó en un murmullo. A ella no se le había ocurrido. Se llevó las manos a la cabeza y encontró los cabellos hechos un desastre, enredados y desparramados, enganchados con su sombrero caído sobre la espalda, con sólo una cinta que lo separaba de perderse. Sumado a su rostro hinchado, no le extrañó que él le sugiriera mejorar su imagen antes de ir a ver a las autoridades.

Mientras se ponía de pie vio que estaba oscureciendo, las farolas de gas de la calle ya estaban encendidas y nuevas lágrimas la invadieron, pensando en su hijo solo en la noche en una ciudad desconocida.

—Basta de llorar —insistió el oficial de inmigraciones.

—Pero Jules...

—Tu llanto no ayuda a tu hijo, ya te lo he dicho. Haz algo por ti ahora y sin duda mañana podrás recuperarlo.

—¿De verdad cree que lo encontraré mañana?

—Tienes muchas posibilidades de encontrarlo a la luz del día. Muchas más que ahora.

Léonie entendió que el hombre no quería mentirle ni darle falsas esperanzas.

—Sí, creo que tiene razón. Gracias... Lo siento, no recuerdo su nombre.

—Jean Pierre.

—Gracias, Jean Pierre —murmuró y con esfuerzo se tragó los últimos sollozos.

—Vamos —repitió el guardia y le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie.

Mientras se sacudía el polvo de la falda e intentaba acomodarse el sombrero, Léonie vio que el hombre por cuya culpa perdió de vista a su hijo no le quitaba los ojos de encima. De pie en un extremo alejado del patio de coches, apoyado contra la misma carreta donde la había obligado a subir, el sujeto de mirada oscura, traje barato y pelo brillante la señaló con el brazo extendido mientras le dedicaba una cínica sonrisa.

Léonie sintió más odio que miedo, no dejó que la fuerza que exhalaban los gruesos brazos del hombre la intimidara. Levantó el mentón y se alejó de allí con la frente alta, sin dejar de espiarlo por el rabillo del ojo, para ver si él la seguía. Por fortuna no fue así. El matón se quedó en donde estaba, apenas observándola.

Eso le provocó un suspiro de alivio que no pasó desapercibido para Jean Pierre.

—¿Qué te ocurre? ¿Has visto a tu hijo?

—Ojalá hubiera sido eso, pero no. Apenas me alegra saber que ese sujeto ha dejado de seguirme. Por su culpa perdí de vista a Jules.

—¿Por culpa de quién?

—De aquel hombre —indicó mientras señalaba hacia un costado con la cabeza—, me distraje cuando intentaba escapar de él, que me estaba obligando a acompañarlo.

Jean Pierre observó quién era y asintió con una mueca.

—Sí, lo conozco.

—¿Lo conoce? —preguntó temerosa, asaltada por la duda de que quizás ambos hombres tuviesen los mismos planes.

—Apenas de vista, porque está todos los días en el puerto; pero sé a qué se dedica: a buscar jovencitas recién llegadas en el muelle.

—¿Y por qué nadie lo detiene si se sabe que secuestra personas? —exclamó en un tono agudo, bastante enojada.

—Porque no las secuestra. Lo que hace no es ilegal: les ofrece trabajo. Las muchachas van con él porque quieren.

—Le aseguro que yo no fui hasta su carreta por mi voluntad, ese hombre me arrastró por la fuerza. ¡Tuve que escaparme! —enfaticó, y después su voz se convirtió en un murmullo—. Y cuando regresé Jules ya no estaba...

—Deja de preocuparte, sin duda lo encontrarás mañana, vámonos ya, no es momento para más llanto —anunció decidido cuando vio que nuevas lágrimas amenazaban escapar de los ojos de Léonie.

—¿A dónde vamos?

—Yo te recomendaría que alquiles una habitación en el edificio donde yo vivo, pero dado que sin duda querrás regresar aquí mañana, será mejor que te quedes en el asilo para inmigrantes. Está aquí mismo, aquel edificio de allá

—señaló.

Aunque estaba decidida a luchar contra la adversidad, el agotamiento pudo más que la voluntad de seguir buscando a Jules y Léonie se dejó llevar.

—Sí —aceptó—, quiero estar aquí al amanecer por si mi niño sigue en esta zona.

—Entonces vamos hacia allí. ¿Tienes todas tus pertenencias?

—No, me falta mi baúl, tengo sólo esto conmigo —explicó mostrando el bolso de mano—. Yo lo estaba retirando cuando ese hombre horrible me llevó y luego lo olvidé, no sé dónde quedó.

—Ven, iremos al despacho de equipajes.

Anduvieron los pasos que los separaban del patio de las valijas, pero ya no quedaba nadie allí. El mostrador estaba cerrado y tampoco había señales del baúl.

—Pierdo a mi hijo y también todas nuestras cosas. Mi estadía en este país no podría haber empezado de peor manera —se quejó, y al recordar la ausencia de Jules las lágrimas asomaron otra vez, pero con esfuerzo Léonie se controló y buscó en su interior algo de su practicidad habitual, que hasta entonces estaba escondida. No iba a dejar que la situación la venciera. Debía ser fuerte y organizarse para recuperar a su hijo—. ¿Es posible que lo hayan guardado en algún sitio los encargados de las maletas?

—No lo sé, quizás sí, lo averiguaremos mañana —respondió Jean Pierre con poca convicción, pero a la vez la tomó del brazo con seguridad para arrastrarla fuera de allí—. Vamos.

Ya había oscurecido casi por completo, la leve claridad que les permitía no tropezar en el empedrado de madera de las calles provenía de las farolas de gas. Jean Pierre la condujo con paso firme, sin soltarla, hasta un edificio no muy grande a un costado del puerto, en el lado opuesto a la orilla.

Un pequeño cartel junto a la puerta de entrada confirmó a Léonie que Jean Pierre la estaba llevando a donde le había dicho: “Asilo de inmigrantes”



anunciaba una placa metálica. Se tranquilizó. Sin duda ese hombre era honesto, no tenía intenciones de embaucarla.

Una vez dentro del edificio, Jean Pierre la ayudó a inscribirse. Le dijeron que podría quedarse allí hasta cinco días y enseguida le indicaron el pasillo hacia el enorme salón al que llamaban “dormitorio de damas”.

—Creo que llegó el momento de la despedida. No está permitido que los hombres ingresen a aquel sector, pero me gustaría volver a verte —anunció Jean Pierre con voz solemne y una gran sonrisa.

—Yo no creo... El padre de Jules... —titubeó ante las indudables intenciones de él.

—Déjame ayudarte a encontrar a tu hijo. Después te ocuparás de su padre.

—Sí, está bien. Jules es lo más importante para mí, necesitaré toda la ayuda posible.

—Puedes empezar a buscarlo por tu cuenta desde la mañana. Yo te ayudaré en mi hora de almuerzo, vendré aquí por ti. Y si lo encuentras antes, por favor, espérame junto a la puerta del asilo al mediodía para despedirnos, si estás de acuerdo.

Léonie asintió, demasiado cansada para discutir. Al fin y al cabo, él estaba tratando de ayudarla. Lo saludó con un apretón de manos y se perdió en el largo pasillo que la llevó a las entrañas del extraño edificio. A medida que avanzaba con su bolso en la mano descubrió que se parecía mucho a un hospital. Grandes salas con decenas de lechos apilados, igual que en el barco, ocupaban la totalidad de los espacios. Le asignaron una litera superior igual a todas: sin colchón ni sábanas. Había apenas una base de cuero tirante sujeta a una estructura metálica y una manta. En la inferior había una mujer mayor durmiendo y a su lado una muchacha joven, que la observaba con interés. Léonie la saludó en francés pero la joven le respondió en otra lengua, que reconoció como italiano, aunque ella no la hablaba. Demasiado cansada para esforzarse en comprender o hacerse entender, se dirigió al salón de al lado,

donde halló varias jofainas y fuentes de agua para lavarse las manos y una fila de orinales que había que vaciar en un caño en un rincón después de usarlos.

Al regresar a su lecho vio que su compañera ya estaba dormida, y agradeció no tener que intentar una charla. Su ánimo no le permitía hablar con nadie, en ningún idioma. Lo único que quería era descansar para recuperar fuerzas para buscar a su hijo al día siguiente. Se acostó y cerró los ojos, que al pensar en Jules habían vuelto a humedecerse. Imaginó el miedo que debía estar sintiendo su pequeño solo en esa ciudad extraña y sintió una punzada en el corazón. Los ruidos que la rodeaban —ronquidos, toses, bostezos, un bebé llorando y algunas risas— no le molestaban. Al contrario, la fueron acunando. Temía el silencio. Le recordaba que su hijo no estaba a su lado y esa ausencia le dolía en el alma. A pesar de la desolación que la invadía, decidió que no iba a dejarse vencer por la difícil situación. Haría todo lo necesario para encontrar a Jules. Tras un largo rato llorando el cansancio se apoderó de ella y la ayudó a escapar de la dura realidad.

## 2

Cuando abrió los ojos le costó recordar en dónde estaba. La tenue luz del amanecer entraba por los ventanales ubicados muy altos, cerca del techo, y permitía ver bastante más que sombras pero no reconoció el lugar. Los sonidos no le resultaban extraños, eran similares a las voces en la cabina compartida del barco donde durmiera el último mes, pero en cuanto extendió el brazo en busca de Jules recordó que ya estaba en tierra y que su hijo no se hallaba durmiendo a su lado. La angustia la invadió por completo y empezó a temblar. Las lágrimas formaban un nudo en su garganta y amenazaban desbordar pero Léonie sabía que si empezaba a llorar no podría detenerse. Con un gran esfuerzo logró controlarlas. Tenía que levantarse para salir a buscar al niño. No podía darse el lujo de quedarse llorando en esa litera prestada.

Miró a su alrededor y vio decenas de mujeres recién llegadas preparándose para enfrentar el día en esas nuevas tierras. Se levantaban contentas, esperanzadas. *Ellas no han perdido a su hijo, no conocen el dolor que llevo dentro*, pensó con amargura. Porque a la angustia por no tener a Jules consigo, Léonie sumaba la culpa por haberlo perdido. Se sentía responsable por el miedo que debía estar sintiendo su pequeño en ese momento, porque hubiese pasado la noche solo, por cualquier situación difícil que estuviera enfrentando. En ese punto sacudió la cabeza y se obligó a detenerse, no podía seguir pensando en esas cosas. Las lágrimas y la pena deberían esperar. Era

momento de encarar el día con optimismo, pensando en que lo iba a encontrar y que él estaría bien. Apartó la manta áspera que había en el lecho y tras bajar de un salto se encaminó hacia los lavabos con decisión.

Después fue al comedor, donde encontró largos tablones utilizados como mesas con bancos a ambos lados. Allí también estaban separados por géneros: hombres en un sector del salón y mujeres y niños en el otro. Dos asistentes de cocina pasaron sirviendo tazas con un líquido caliente que Léonie pensó en un comienzo que era té, pero cambió de idea al probarlo. Aunque tenía azúcar, el dejo amargo de la bebida verdosa le indicó que se trataba de otra cosa, desconocida para ella. Le dieron también dos bollitos de pan, que se obligó a comer. Recordó que no se había alimentado el día anterior y que necesitaría fuerzas para lo que vendría.

En cuanto terminó, buscó en su bolso los papeles que le habían dado en la oficina de Migraciones, los guardó en el bolsillo de su tapado y salió a la calle. Miró bien a ambos lados para ubicar los edificios linderos, y avanzó con la esperanza de poder hallar el camino de regreso, aunque imaginó una vuelta feliz en compañía de su hijo.

*Jules, Jules,* repitió en su mente varias veces, *prometo que te encontraré.*

Mientras avanzaba se fijó en el nombre de la avenida sobre la que se ubicaba el asilo para inmigrantes: Paseo de Julio. Sabía que estaba muy cerca del puerto y decidió regresar allí por si Jules tenía la misma idea. Atravesó con prisa los metros que la separaban del lugar donde podría encontrar a su hijo, corriendo todo lo que le permitía el desparejo suelo empedrado.

Se sorprendió en cuanto se acercó. La actividad en el puerto había comenzado muy temprano. Ya estaban llegando los botes de un barco anclado en aguas más profundas desde esa madrugada y el movimiento era intenso. Más de un centenar de personas circulaba por los diferentes playones, el de estacionamiento de carretas, el de equipajes, frente a las oficinas donde se hacían los trámites de migración, parientes que esperaban a

los viajeros. Gente por todos lados. Léonie había ansiado encontrar un escenario más tranquilo, que ofreciera alguna facilidad en la búsqueda de su hijo, pero la realidad resultó otra. El clima era tan bullicioso como el del día anterior. Inspiró para juntar fuerzas y empezó a abrirse pasos entre el gentío como pudo. Pidiendo permiso en su lengua unas veces y con ayuda de los codos en otras.

Caminó por todos lados, llamando a Jules en voz alta una y otra vez. Registró los rincones entre los baúles y cajas que se iban apilando en el patio, entró en las oficinas y repitió el nombre de su hijo varias veces. Volvió a salir y dio cientos de vueltas por todo el puerto llamándolo. La desesperación en su voz hizo que muchos la observaran, pero nadie se ofreció a ayudarla, tampoco le preguntaron qué le ocurría. Estaba sola. Y así se sentía: más sola que nunca. Dueña de una soledad muy dolorosa. Más allá de su propia tortura, le causaba una puntada en el pecho saber que su hijo también estaba sufriendo. Porque Léonie no dudaba de eso, sabía que Jules debía estar pasándola mal solo en esa ciudad desconocida donde todos hablaban una lengua extraña. Las lágrimas amenazaron con volver y detuvo su andar para contenerlas. Apretó los puños y se clavó las uñas en las palmas de las manos para desviar el dolor hacia otra parte de su cuerpo, en un intento desesperado por dejar de imaginar la situación de Jules.

Estaba evaluando cómo seguir cuando sintió una mano que se apoyaba en su hombro desde atrás. *¡El hombre siniestro de ayer!*, fue lo primero que pensó. Lo había buscado con la vista para esquivarlo pero no alcanzó a distinguirlo. Al parecer él había tenido más suerte y la encontró primero. Estaba dudando entre salir corriendo sin siquiera verlo o darse vuelta y asestarle un pisotón antes de escapar cuando la voz a sus espaldas le resultó familiar y amigable:

—*Bonjour!*

—¡Jean Pierre! ¡Qué alegría encontrarlo! Me sorprendió, pensé que era

otra persona —exclamó aliviada.

—¿Otra persona? ¿Acaso ya has hecho nuevos amigos en estas horas en la ciudad? —preguntó con la misma confianza con que la trataba desde el momento en que la conoció en el barco.

—No, nada de eso. Me refería al extraño con malas intenciones que le mencioné ayer. El hombre gordo del puerto.

—Sí, lo recuerdo, pero no debes pensar más en él. No creo que vuelva a intentar llevarte por la fuerza. No es así como suele manejarse.

Mientras hablaban Jean Pierre había empezado a andar y le indicó con un gesto que la acompañara.

—¿A dónde vamos? —preguntó con curiosidad.

—A la estación de policía, quizás puedan ayudarnos, pero no creas que saldrán corriendo a buscar a tu hijo. Es probable que anoten sus datos, tomen su descripción, y avisen a los agentes que patrullan las calles para que estén atentos —explicó con cautela, no muy convencido de que algún oficial fuera a dedicar mucho tiempo para buscar a un pequeño inmigrante perdido. Aunque el gobierno promovía la llegada de extranjeros, la población local no los asimilaba como pares. Los consideraban inferiores por el simple hecho de haber nacido al otro lado del océano y lanzarse a la aventura, por eso muchos los llamaban “aventureros”. Y eso ocurría en todos los niveles sociales, los policías incluidos.

Léonie asintió con un gesto y caminó a su lado con paso ágil, esperanzada por las palabras de Jean Pierre, eligiendo ignorar su recelo. Estaba convencida de que la ayudarían.

Una vez dentro de la comisaría, se arrepintió por no haber creído más en la predicción de su guía. Tras esperar más de dos horas en una sala sin siquiera una silla disponible, el oficial que los atendió no proveyó ningún consuelo a la madre con el corazón desgarrado de dolor. A pesar de que la intermediación de Jean Pierre le allanó la barrera del idioma, el hombre la

miró desde atrás de un escritorio con molestia.

—Estas extranjeras llegan y piensan que vamos a hacer de niñera de sus hijos, su deber es cuidarlos, que para eso los han tenido. Deberían ser mejores madres, ocuparse como corresponde —murmuró con disgusto mientras anotaba los datos del niño en un formulario—. Pero ¿qué otra cosa se puede esperar de una madre soltera? —concluyó.

—¿Estos comentarios son parte de su trabajo? —preguntó Jean Pierre de mal modo, lo cual incomodó al hombre y lo impulsó a dedicarse al cuestionario.

—¿Alguna seña distintiva?

—Tiene el cabello de un rojo intenso, eso sin duda llama la atención —respondió Jean Pierre con gesto adusto, pero evitando la confrontación. Necesitaban la ayuda del policía. No ganarían nada con provocar su ira.

Léonie no entendió el diálogo pero sí percibió el tono agrio del interlocutor que provocaba la seriedad de Jean Pierre. Eso no podía ser bueno. Empezó a moverse incómoda sobre sus pies, con la sensación de que estaba perdiendo el tiempo allí. Tiempo precioso en el que podría estar buscando a su hijo en las calles.

—Vámonos —le dijo a Jean Pierre.

—Sí, vamos, ya hemos dejado los datos de Jules y los tuyos. Si saben algo te avisarán en el asilo. Dijo que debes esperar allí.

En lugar de dejar que la pena la invadiera, Léonie transformó la impotencia que le causaba la poca empatía de aquel oficial en rabia. Y esa rabia le sirvió como empuje para recargar energías.

—No pienso quedarme esperando noticias pues dudo que lleguen. No creo que la policía se ocupe. Buscaré a mi hijo por mi cuenta. ¿Por dónde cree que debo empezar?

—Sugiero que por las cercanías del puerto. No creo que un niño pueda ir demasiado lejos. Yo debo regresar a mi puesto, me he pasado de mi hora de

almuerzo...

—No se preocupe, le agradezco lo que ha hecho, seguiré sola desde aquí.

—¿De verdad? ¿Te animarás?

—Me he animado a cruzar el océano por un hombre. Sin duda podré recorrer toda esta ciudad por mi niño.

—Sigue por esta calle derecho, saldrás a la plaza de la Victoria, frente al Cabildo. A su lado está la plaza del Fuerte y en medio de ambas está la Recova, una larga galería de locales. Suele haber mucha gente en los puestos, también circulan vendedores callejeros, muchos de ellos son niños. Quizás alguno haya visto a Jules.

—Bien, hacia allí iré. Enséñeme cómo se dice en español “¿Ha visto a un niño de esta altura con cabellos rojos?”, por favor.

Jean Pierre se lo dijo y ella lo repitió varias veces hasta pronunciarlo con corrección. Después de eso él se despidió, le deseó buena suerte y prometió volver a buscarla en el asilo al anochecer, al terminar su turno de trabajo.

Léonie lo vio alejarse con un dejo de tristeza. Jean Pierre era la única persona con la que contaba en esas tierras, al menos hasta que encontrara a Ernest. Ernest, al pensar en él su corazón se contrajo. ¡Ansiaba tanto verlo! Saber que estaban en la misma ciudad y no tener la posibilidad de abrazarlo, de permitir que los brazos de él la envolvieran y le dieran ese calor que sólo él le transmitía... Sacudió la cabeza y se obligó a dejar de recordarlo. Antes debía encontrar a su hijo. Sólo si se reunían los tres su felicidad podría ser completa. Impulsada por la idea de completar la unión de su familia cuanto antes, avanzó con paso firme hacia donde Jean Pierre le había indicado que quedaba la plaza principal de la ciudad. Una vez allí, Léonie se sorprendió por la importancia del lugar: además de los locales en la Recova que él había mencionado, estaban también la Catedral y el Cabildo. *Imponentes edificios*, pensó con admiración, hasta que se dio cuenta de que ofrecían cientos de escondrijos para un niño. Suspiró y marchó decidida a revisarlos. A los



soldados que custodiaban la entrada del Cabildo les preguntó por su niño con la frase recién aprendida, pero ambos negaron con la cabeza.

En los locales de la Recova tampoco lo habían visto. Preguntó a los encargados de las tiendas y a los paseantes también. En los puestos callejeros tuvo un poco más de suerte. Una joven que vendía flores respondió de manera afirmativa con la cabeza cuando le preguntó si había visto a alguien con la descripción de Jules.

—¿Dónde? ¡Por favor, dígame dónde lo vio! —exclamó exaltada en francés.

La muchacha sacudió la cabeza e hizo gestos con las manos, pero no despegó los labios.

—¿No me comprende? —insistió en su idioma, hasta que se le ocurrió que era mejor repetir la única frase que sabía en español—. ¿Ha visto a un niño de esta altura con cabellos rojos?

La joven volvió a asentir y acercó una mano a la cabeza de Léonie, de donde tomó un rizo de cabello que había escapado al peinado. Lo retuvo entre sus dedos y lo señaló con la otra mano repetidas veces. Enseguida hizo un gesto en el aire que marcaba la altura aproximada de Jules.

Léonie inspiró con fuerza. Esa mujer sin duda quería decirle que había visto a su hijo, pero dudaba que pudieran entenderse.

—*Oh, mon Dieu!* —soltó en voz alta y levantó ambos brazos al cielo con desesperación, para luego bajarlos y cubrirse el rostro mientras rompía en un ruidoso llanto.

Ese gesto llamó la atención de una mujer que pasaba por la Recova escoltada por una criada que cargaba varios paquetes detrás de ella.

—¿Le ocurre algo, *mademoiselle*? ¿Se encuentra bien? ¿Puedo ayudarla? —le preguntó en un correcto francés.

Sorprendida por la inesperada ayuda que provenía de una voz con indudable acento extranjero, Léonie se descubrió el rostro para encontrarse

con una joven dama vestida con exquisito estilo y un sombrero pequeño con apliques que debía valer una fortuna. Con prisa buscó un pañuelo en la manga de su vestido y se secó las mejillas avergonzada.

—Oooh... —fue lo único que pudo decir entre los sollozos que intentaba controlar con escaso éxito.

—¿Está bien? ¿Puede decirme qué le ocurrió?

—No, no estoy bien, porque perdí a mi hijo y lo estoy buscando y no hablo español y esta mujer dice que lo vio y no me dice en dónde porque no nos entendemos ¡y yo estoy desesperada! —exclamó muy deprisa, casi sin respirar.

—Siento mucho lo de su hijo, pero no se preocupe que sin duda aparecerá pronto. Si Manuela lo ha visto no debe estar lejos.

—¿Manuela?

—Sí, la muchacha del puesto de flores. Trabaja aquí desde hace años, soy su clienta, y si ella no ha dicho dónde lo vio es porque no puede hacerlo: es muda.

—¡Ay, no! —Léonie no pudo contener la desilusión al ver esfumarse su única pista sobre Jules y apretó un puño dentro de otro con desesperación.

—Debe tranquilizarse, los nervios no la ayudarán. Deje que yo intente sacarle más información a la muchacha.

—Por favor, pregúntele por dónde vio a Jules. Ni siquiera estoy segura si lo vio o si se refería a otro niño.

—Describame a su hijo, es lo primero que debemos confirmar —ordenó con astucia.

—Es de esta altura —indicó Léonie marcando su cintura—, tiene cabellos de un color rojo intenso y muchos rulos que escapan de su gorra a cuadros todo el tiempo. Llevaba un saco de lana gris y pantalones cortos.

Con paciencia, combinando preguntas con gestos, la dama y la florista mantuvieron una especie de diálogo. Al cabo del mismo la elegante joven se

volvió hacia Léonie con una sonrisa.

—El niño que Manuela vio encaja con la descripción de su hijo.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró con alivio—. ¿Dónde está? ¿Dónde estaba cuándo lo vio?

—En la Estación Central.

—¿Qué es eso?

—La estación de trenes que está aquí cerca.

—¡Trenes! ¡Claro! A Jules le encantan los trenes, ¿cómo no se me ocurrió ir a buscarlo allí? ¡Debo ir ya mismo! ¿Dice que es cerca?

—Sí, sólo siga por esa calle, Paseo de Julio, la que está de aquel lado de la plaza, en sentido hacia el norte, hasta la calle de la Piedad. Será apenas una cuadra, verá el enorme edificio de la estación a su derecha, sobre el río.

—¿De verdad? ¿Tan cerca? —la alegría iluminó la cara de Léonie. Quería salir corriendo y a la vez quería ponerse de rodillas para agradecer a esa gentil dama por su ayuda—. Gracias, gracias, gracias —fue lo único que alcanzó a decir.

—No me agradezca —la interrumpió su interlocutora—. Hice lo que esperaba que alguien hiciera por mí si perdiera a uno de mis hijos en una ciudad donde no hablo el idioma.

—Pero usted conoce otras lenguas.

—Apenas una además de la mía; tuvo suerte porque el francés está de moda en Buenos Aires. Muchas familias obligan a sus hijos a estudiarlo, querida. ¿Cuál es su nombre?

—Me llamo Léonie Marchall, y seré su eterna servidora por la ayuda que me ha prestado hoy, *madame*...

—Soy *madame* Bustamante, y ya le he dicho que no me debe nada. Sólo espero que encuentre a su hijo. ¡Vaya! ¿Qué espera? —la alentó con una sonrisa.

Léonie caminó todo lo deprisa que le permitían el decoro, la larga falda

con polisón debajo y las botitas que resbalaban sobre los desaparejos adoquines. La alegría por saber que cada paso la acercaba a Jules la llenaba de energía, sentía ganas de correr.

En cuanto llegó a la imponente estación su rostro se iluminó. A su hijo le encantaban los trenes. Sin duda se habría sentido atraído por ese lugar. Como muchos niños, Jules sentía fascinación por esas enormes máquinas que se movían solas, sin ser arrastradas por caballos, mientras echaban humo por la chimenea. Cada vez que veía alguna en movimiento se detenía para observarla con deleite. Léonie estimó que la estación de trenes podría ser un lugar donde él se quedaría entretenido durante horas y su corazón latió con más fuerza por la posibilidad de encontrarlo.

Ingresó al edificio y recorrió todos los salones. El hall central con la amplia sala de espera y las boleterías, los dos salones exclusivos para damas y hasta la zona de equipajes. No dejó rincón sin escudriñar. También anduvo por los andenes en el exterior, y fue allí donde su corazón se aceleró. Un grupo de niños jugaba a patear piedras en un claro al otro lado de las vías. Se acercó todo lo que pudo al borde del andén y llamó con fuerza:

—¡Jules!

Pero nadie se giró ni dejó de jugar. Léonie los observó con detenimiento, a la distancia, y se entristeció. Ninguno lucía cabellos del color del fuego como su hijo. Todas las melenas eran oscuras excepto una, que brillaba con el tono del sol. Jules no estaba allí.

La súbita energía esperanzada que la había acompañado desde la plaza desapareció. No encontró a Jules, ni tampoco pudieron darle señas de él todas las personas a quienes preguntó. Estaba otra vez sin pistas del paradero de su hijo. Léonie sintió que sus piernas se aflojaban y no se esforzó por mantenerse en pie. Se dejó caer sobre sus rodillas, luego hacia atrás sobre los talones y lloró. Lloró por su niño, por saberlo solo y asustado, lloró por ella, por su pena inconsolable con el corazón partido, lloró por su soledad y lloró

por los sueños perdidos: ya no podría tener la familia que había soñado, junto a Jules y Ernest.

Estaba extraviada en su desolación cuando alguien le habló y eso la obligó a levantar la cabeza e intentar enfocar a su interlocutor. Halló a un guardia de la estación que le decía palabras que no entendía. A fuerza de repeticiones y señas, logró captar algo que le sonó a “salón para damas”. El hombre no se estaba apiadando de ella, sino que le indicaba que debía llevar su pena a otro sitio, lejos del público masculino, más precisamente al salón de espera para mujeres.

Aquella falta de consideración la indignó. Se secó el rostro a las apuradas, con las mangas del vestido, mientras la furia se apoderaba de ella:

—¿Acaso no tengo derecho a llorar por mi hijo? ¿Acaso no se supone que este país recibe a los extranjeros con los brazos abiertos? ¡Pues yo sólo encuentro brazos cruzados, cerrados! ¡Casi nadie me ayuda a buscar a mi niño y ni siquiera puedo mostrar mi dolor porque eso podría incomodar a alguien! ¡No me importa si se incomodan! Pensándolo mejor, ¡ahora quiero que se incomoden! ¡Quiero provocar reacciones! ¡Quiero que alguien sienta algo, una pequeña parte al menos, de la inmensa pena que cargo dentro de mí!

El guardia no se conmovió ante el huracán de palabras que no comprendía. Cada día llegaban más extranjeros a la ciudad y él se encargaba de que se comportaran con propiedad dentro de su estación. No iba a permitir que esa mujer continuara con sus dramáticos gritos y llanto delante de todos. La tomó del brazo para ayudarla a ponerse de pie y con la mano extendida le indicó el salón de damas.

Léonie se sacudió para soltarse y con movimientos airados se dirigió hacia donde le sugerían. Necesitaba tranquilizarse para idear cómo continuar la búsqueda. En la salita encontró unas cuantas sillas de madera y un par de sillones con almohadones y se dejó caer en uno de ellos. Apoyó la frente

sobre las rodillas e intentó relajarse para concentrarse. Necesitaba pensar. Un reloj arrojó el repiqueteo de seis campanadas. Eso le hizo caer en la cuenta de que había pasado casi todo el día y seguía lejos de Jules. Recorrer las calles no había funcionado, debería cambiar de táctica, porque no estaba dispuesta a quedarse esperando que la policía le trajera noticias. Sabía que debía hacer algo por su cuenta, aunque no se le ocurría qué podría ser.

Mientras estaba allí percibió que el sol comenzaba a perder fuerza y la sala se fue oscureciendo de a poco. Decidió regresar al asilo de inmigrantes, previo paso por el puerto para ver si alguien le daba noticias de su hijo.

Caminó las cuadras que la separaban del muelle de pasajeros y encontró todavía gran movimiento en la zona, por los extranjeros llegados en un enorme barco que se veía anclado a la distancia. Repitió entre la gente la misma pregunta que sabía de memoria una y otra vez sin éxito. Nadie había visto al pequeño. A quien sí vio fue al hombre que la atacara. Se estremeció al verlo avanzar en su carreta hacia donde estaba, pero por fortuna el tráfico de otros carros que venían por un costado le impidió detenerse. Sus miradas se cruzaron y Léonie tembló ante el gesto de él, porque aunque no frenó se tocó el borde del sombrero a modo de saludo, para asegurarle que la había visto.

Abatida, salió del puerto y caminó hasta el asilo para inmigrantes. En cuanto entró se topó con una gruesa fila de personas yendo hacia el comedor y se dejó arrastrar por la masa humana. Allí les indicaron dónde sentarse según el género.

Los cocineros pasaron por las mesas sirviendo con cucharones de bronce una especie de guiso en los platos metálicos que ya estaban en su sitio. Atrás venía el asistente con la cesta del pan. Léonie se obligó a probar unos bocados, a pesar del nudo que sentía en la garganta y las piedras en su estómago. Sabía que necesitaría fuerza para continuar la búsqueda, no estaba dispuesta a rendirse. Comió en silencio, entre españolas e italianas,

agradecida porque no hubiera francesas a su alrededor. No estaba con ánimo para sostener ninguna charla.

Después de comer se dirigió a los fuentones en el sector que llamaban lavandería. Se quitó las medias y la ropa interior y la lavó con el jabón que allí ofrecían. Unas cuantas mujeres hacían lo mismo, aunque la mayoría prefería la mañana para esa tarea, se dio cuenta al regresar a la habitación donde dormían y encontrar decenas de prendas tendidas ya casi secas. Colgó las suyas a los pies de su cama metálica y se acostó sobre el cuero tirante. Se tapó con la manta y cerró los ojos, ansiando poder dormirse para dejar de pensar en su agónica soledad. Pero a pesar del cansancio, no logró conciliar el sueño. Jules volvía a su mente una y otra vez. Jules sonriendo, Jules jugando, Jules dormido entre sus brazos, Jules en el barco que los llevó hasta allí. Y de repente la punzada de dolor que le recordaba que Jules ya no estaba con ella. Quiso gritar, pero supo que sus aullidos no aliviarían la pena que cargaba. Lo único que la espantaría sería un abrazo real con su pequeño.

\*\*\*

Los días siguientes fueron tan agónicos como el primero. O peores, en realidad, ya que nadie volvió a darle noticias de Jules. Regresó al puesto de flores de la chica muda pero no obtuvo lo que esperaba de ella. Logró entender que no había vuelto a verlo, ni en la estación ni en ningún otro lado.

Regresó al puerto también cada día, pero con el mismo resultado negativo. A pesar de la ayuda de Jean Pierre en la búsqueda todos los mediodías, no tenían éxito. A medida que pasaba el tiempo sin Jules la angustia de Léonie se intensificaba. Caminaba por las calles sin rumbo fijo, mirando en cada callejón, en cada rincón, apostando a toparse con su hijo, pero a la vez

perdiendo de a poco la esperanza con cada paso sin resultados. Su rostro demacrado acusaba la huella del dolor y su ánimo también. Al quinto día de búsqueda, regresó al asilo abatida y se encontró con una sorpresa.

—*Mademoiselle* Marchall, deberá marcharse mañana —le dijo el encargado de administrar el lugar, a quien Léonie había rechazado la oferta de ayudarla a encontrar empleo. Aunque esa era la finalidad primordial del asilo de inmigrantes, ofrecer resguardo en los primeros días de su estancia mientras los recién llegados encontraban trabajo y vivienda, ella tenía otra búsqueda prioritaria en su vida, por lo que no había previsto que pronto la desalojarían de allí.

—¿Cómo? —preguntó con las nociones básicas de español aprendidas en esos días en la calle, en contacto con cientos de personas a las que preguntaba por Jules.

—Que sólo puede quedarse hasta mañana. *Domani deve andare via* — insistió el encargado, confundiendo italiano y francés.

Léonie asintió con la cabeza, sin demostrar ninguna emoción. La vivienda no era el mayor de sus problemas. La ausencia de su hijo ubicaba todos los demás males en un segundo plano. ¿Debería irse? Pues se iría, se dijo sin pena.

Eso hizo a la mañana siguiente. Después de desayunar la bebida vercosa, que aprendió que se llamaba mate cocido, y rechazar el bollito dulce que le ofrecían, tomó el bolso que llevaba sus pocas pertenencias y salió caminando con rumbo al puerto, igual que todos los días, a pesar de la fina llovizna que le mojó el rostro en pocos minutos.

Comenzó recorriendo los muelles, preguntando a la gente que avanzaba deprisa bajo la lluvia y luego se dirigió a los salones de las oficinas. En todos lados obtuvo la misma respuesta negativa, pero eso no la desalentó. Continuó repitiendo su rutina. Revisó en la zona de equipajes y finalmente llegó al patio de carruajes. Allí estaba aquel odioso hombre, que siempre la observaba



pero no había vuelto a importunarla. Llamó la atención de Léonie que ese día no estaba solo, sino que en el asiento de su carreta, a su lado, había una mujer joven y no parecía asustada. Se notaba que estaba allí por su propia voluntad. Incluso sonrió cuando el hombre se inclinó hacia ella y murmuró algo junto a su oreja. La muchacha se giró para observar a Léonie, asintió y bajó del carro, al mismo tiempo que él.

Con espanto Léonie vio que se dirigían hacia ella. Pensó en darse vuelta y correr, pero estaba agotada. La tensión que le provocaba la pérdida de Jules, sumada al cansancio físico por dormir mal y caminar todo el día por la ciudad la estaba dejando al límite de sus fuerzas. Decidió quedarse en donde estaba, con la esperanza de que el hombre no intentara llevarla contra su voluntad otra vez.

—Buenos días, *mademoiselle*. Soy Mireille —se presentó la mujer de rostro delicado, curvas redondeadas y boca pintada de un llamativo tono rojizo, al llegar junto a ella, en perfecto francés. Tenía un acento diferente al parisino, pero sin duda había nacido en su país—. Me dijo *monsieur* Fuentes que usted no habla español y me ha pedido que venga para traducirle sus palabras. ¿Le parece bien?

—*Oui* —fue todo lo que dijo Léonie, expectante, atenta a los movimientos del hombre parado a pocos pasos de ellas.

—Él le ofrece un empleo y alojamiento. Son seis días de trabajo y uno de descanso por semana, pero nunca el domingo. Aunque pueda parecer extraño, hay muchos clientes ese día.

—¿Clientes? ¿Cuál es el trabajo? —preguntó con frialdad, aunque lo suponía por lo que le había dicho Jean Pierre.

—Vamos, querida. Creo que lo imagina. Todos saben que las francesas somos muy solicitadas por aquí. Le aseguro que se gana bien. *Monsieur* Rocamora tiene un establecimiento de mucho nivel.

—Pensé que se llamaba Fuentes —respondió con sorpresa señalando al

hombre frente a ellas.

—Fuentes es apenas un empleado. El dueño del lugar es *monsieur* Rocamora, un español que es un caballero. Nadie recibe malos tratos en su *maison*. Le sugiero que acepte, no encontrará mejor oferta en esta ciudad.

—Más allá de su consejo, dígame a su amigo que no estoy interesada. No vine a este país para trabajar en un burdel —aseguró con convicción.

—¿Ah no? ¿Y para qué vino? Una mujer sola que cruza el océano... Este es un país de promesas para los hombres, querida. Ellos pueden traer a sus familias. A nosotras nos tratan como putas —expresó con un mohín.

—No vine sola, vine con mi hijo para buscar a su padre.

La francesa arqueó las cejas.

—¿Un niño? Fuentes no lo mencionó.

—Se perdió el día de la llegada —susurró con pesar.

—¿Entonces no está con usted?

—No, pero lo estoy buscando.

—¿Y de qué va a vivir mientras lo busca?

Léonie ya había pensado en eso, al ver menguar sus monedas día tras día, pero aún le quedaba una cantidad suficiente para vivir algunas semanas. Esperaba encontrar a Jules y a Ernest antes de tener que ponerse a buscar un empleo.

—No se preocupe por eso. Nada más agradezca a *monsieur* Fuentes pero dígame que no me interesa.

La simpatía de Mireille desapareció cuando se dirigió a Fuentes, y por el tono de la respuesta de él, Léonie percibió la ira del hombre.

—Insiste en que venga a trabajar con nosotros —le tradujo Mireille.

—No ganará nada con insistir.

—Dice que regresará a buscarla aquí todos los días hasta que acepte —transmitió las palabras que él exclamaba exaltado.

—Dígale que iré a la policía.

—No traduciré eso porque él se reiría. Querida, le sugiero que no lo intente: los oficiales aceptan buenos pagos de *monsieur* Rocamora. No sólo no interfieren en el negocio sino que hasta velan por sus intereses.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Léonie. Por eso el hombre se había animado a llevarla contra su voluntad en aquel nefasto día de la llegada. No temía a la policía. Ante la posibilidad de que intentara volver a hacerlo, Léonie se asustó. No quería que la llevaran a un prostíbulo, de donde sin duda no la dejarían salir para buscar a su hijo. Encontrar a Jules era su única meta. Con eso en la cabeza, ya nada más le importó. Se dio vuelta y empezó a correr con todas sus fuerzas. Ignoró los gritos de Mireille a sus espaldas. No se fijó en la gente que se cruzaba en su camino, empujó a hombres y mujeres por igual y avanzó como pudo. Corrió hasta quedar sin aire, hasta que le dolió el pecho. Cuando se detuvo obligada por la falta de aliento, sus piernas comenzaron a temblar y cayó al suelo. *Buscar a Jules. Buscar a Jules. Buscar a Jules.* Repetía la frase en su cabeza como si tuviera la necesidad de no olvidarla. ¿Olvidar? Imposible, se recordó dentro del delirio que la atormentaba. *Mi bebé siempre está conmigo. Mi bebé de cabellos rojos como el fuego. Pronto será la hora de su biberón, debo prepararlo. No, Jules debe estar durmiendo aún. Iré a ver. Debo buscar su cuna. ¿Cuna? ¡Santo Dios! Jules ya no es un bebé. ¿O sí? Recuerdo que aprendió a caminar, y a correr...* Las dudas se mezclaron en su mente. Imágenes del pasado lejano y de los últimos días se alternaban, confundiéndola. *¿Dónde está Jules?*, se preguntó angustiada. Ante la falta de respuesta, un intenso dolor de cabeza la mareó. *Jules, Jules, Jules*, se repetía a sí misma. Apretó los puños cerrados contra las sienas. Sintió que sus oídos se tapaban y todos los sonidos del puerto desaparecían. Y unos segundos después un telón negro se corrió sobre sus ojos velándolo todo.

### 3

Un ruido atravesó el sueño de Léonie y la obligó a abrir los ojos. Se giró en el lecho y miró a su alrededor con desconfianza. No reconocía el lugar ni sabía cómo había llegado allí. *¿El barco?*, se preguntó confusa. *No, ya bajamos a tierra*, creyó recordar, *pero ¿cuándo fue? ¿Ayer?*, dudó. De a poco las escenas del asilo de inmigrantes volvieron a su mente, y enseguida se dio cuenta de que no estaba allí. No había cuchetas e inmaculadas sábanas blancas cubrían todas las camas ubicadas en el centro de la sala. *Un hospital*, dedujo cuando el intenso aroma de un desinfectante la envolvió. *No estoy enferma, ¿qué hago aquí? ¿Quién estará cuidando a Jules? Debe estar preocupado por mí. Debo levantarme.* Corrió las cobijas y comenzó a incorporarse hasta que un poderoso mareo la obligó recostarse otra vez. Cerró los ojos con fuerza, buscó concentrarse. *Jules. Debe andar por aquí. En un momento iré a buscarlo*, se dijo para darse fuerzas y poder levantarse. Decidió contar hasta diez y volver a intentarlo, pero no lo logró. Siguió contando. Al llegar a cien pudo sentarse. Bajó los pies de la cama, estaba con la cabeza agachada, buscando estabilidad, cuando dos manos con dedos delgados, de piel arrugada pero dueños de una gran fuerza, le sujetaron los brazos.

—Debe volver a acostarse, está muy débil —le dijo una suave voz en su lengua.

—No. Mi hijo. Es un niño, tiene que estar por aquí, en el pasillo, debo

buscarlo.

—No hay ningún niño en el pasillo. Debe descansar ahora —insistió la mujer con voz serena pero autoritaria.

Léonie la miró y descubrió que era una monja, y sin duda de origen francés.

—No, no, él debe estar por aquí. Se llama Jules, tiene ocho años, los cabellos rojos y es de esta altura... —dijo y alzó una mano en el aire en un acto espontáneo. Al repetir ese gesto algo se activó en su memoria. Jules no estaba en los alrededores. Estaba extraviado. Una lanza se clavó en su pecho ante la certeza de la pérdida. Un profundo sollozo acompañó el grito que nació de su interior—. ¡Juuules!

—Shhh, shhh, shhh. Debe descansar. El doctor dejó instrucciones. No puede levantarse, le daré un poco de láudano, eso la hará dormir. —La ayudó a reclinarsse y mientras Léonie sollozaba de manera incontrolable, con pericia logró introducirle una cucharada de un líquido amarillo azafranado en la boca.

—Debo salir de aquí, ¡mi hijo! ¡Mi hijo! —se quejó Léonie, pero la religiosa la sujetó con firmeza contra el colchón hasta que perdió la conciencia.

Su próximo despertar fue igual de alterado. Los siguientes también. Léonie no podía controlar sus gritos cuando pensaba en Jules lejos de ella, solo en una ciudad extraña, y la monja le daba ese jarabe de sabor amargo que la hacía dormir. Hasta que en una ocasión despertó en silencio, apática, la mirada fija en un rincón del techo.

—Me alegra ver que está mejor. No será necesario medicarla —le comunicó con optimismo, pero Léonie no respondió. Parecía perdida en su interior, desconectada de lo que ocurría a su alrededor. No se movió ni siquiera cuando el médico se acercó a revisarla. Toda su fuerza parecía

haberla abandonado.

—Suspenda el láudano, hermana Madeleine —ordenó el médico después del examen—. Si vuelve a tener ataques como los anteriores deberemos trasladarla al ala de confusión mental. Es una pena, una mujer tan joven. Está muy débil, diría que cruzó el límite del agotamiento, que está quebrada más allá de lo físico, aunque quizás pueda recuperarse.

—No se preocupe, doctor, me encargaré de ella —se comprometió la monja. Rescatar almas perdidas era una de sus tareas favoritas, más que cambiar vendajes o repartir tónicos a las enfermas. Desde ese momento se dedicó a cuidar con esmero a la paciente. Los primeros días Léonie no respondió a sus atenciones. Recién al atardecer del tercero enfocó su vista en ella, como si regresase de algún lugar lejano.

—¿Dónde estoy?

—Estamos en el Hospital de Mujeres. Soy la hermana Madeleine y voy a ayudarla. ¿Puede contarme qué le ocurrió? —Léonie buscó la respuesta en su interior y una catarata de emociones se apoderó de ella. Angustia, desolación, soledad, miedo. Trató de controlar la punzada de dolor que le causaba la falta de Jules y le resumió su historia a esa religiosa de rostro ajado y mirada bondadosa.

—*Mon Dieu!* No me extraña que eso la haya enfermado —exclamó tras escucharla—. Pero la buena noticia es que lo peor ya pasó, pronto tendrá fuerzas para levantarse y salir a buscar a su niño.

El optimismo que transmitían las palabras de la monja operó un cambio en Léonie. Esa mujer creía que ella podía recuperar a su hijo, y esa confianza le dio energías para seguir adelante. Asintió en silencio.

—Mientras esté aquí le enseñaré español, eso le facilitará la búsqueda —anunció la decidida religiosa y pasó las siguientes horas con un cuaderno en la mano buscando inculcar conocimientos en la mente de la paciente y esperanzas en su desolado corazón.

Un par de semanas después la hermana Madeleine entró con una bandeja con el desayuno y saludó con una sonrisa.

—Ha llegado el día. Hoy podrá partir. Una de las damas de beneficencia que administran este hospital le consiguió un lugar para vivir. La llevaré yo misma, es una casa decente.

—Gracias, nunca podré agradecer todo lo que hizo por mí, hermana — murmuró tomando las manos de la religiosa entre las suyas. Entre ellas se había generado un cálido lazo. Para enseñarle a hablar en español la monja la hacía expresarse hablando de sí misma. Léonie le había contado detalles de su vida en Francia, sobre su romance con Ernest, los días oscuros en los que el embarazo la obligó a huir de la casa de los tíos, que la habían criado tras la muerte de sus padres, la enorme felicidad que trajo a su vida el pequeño Jules, la decisión de cruzar el océano junto a su hijo, hasta el espantoso momento en que lo perdió. La monja la había escuchado sin juzgarla y la gratitud se mezclaba con el cariño en el corazón de Léonie—. Gracias.

—No es necesario que me agradezca. Apenas cumplí mi misión: aliviar las penas de las almas que necesitan consuelo. La ayudaré a vestirse. Primero resolveremos lo de la vivienda. Por la tarde iré hasta el asilo de inmigrantes, allí podrán ayudarla a conseguir empleo.

—¡No puedo dedicarme a buscar trabajo hasta que encuentre a Jules! Si yo no busco a mi hijo nadie lo hará, hermana.

—Y si no consigue un empleo no podrá mantenerse ni a usted ni a ese niño. La prioridad es que no vuelva a enfermarse y así tendrá fuerzas para encontrarlo.

El planteo de la monja estrujó el corazón de Léonie. Había perdido el bolso con los pocos ahorros que le quedaban durante su desmayo. No lo tenía al despertar en el hospital. Tan solo encontró los documentos en un bolsillo del saco. Sabía que debía trabajar para sobrevivir, pero también sabía que

necesitaba encontrar a Jules con urgencia. Tenerlo seguro a su lado le resultaba tan imprescindible como el aire que respiraba.

Con la duda sembrada en el pecho se dejó llevar por la hermana Madeleine fuera del hospital. Caminaron hasta el bajo, hasta la Estación Central, y abordaron un tren rumbo al sur. Mientras el vagón se sacudía sobre las elevadas vías junto al río, la religiosa volvió a mencionar la cuestión laboral.

—No debe temer al trabajo.

—No le temo, trabajé mucho en París. Fui maestra en una escuela y después modelo vivo para Ernest, puedo pasar muchas horas posando. Cuando Ernest se marchó posé para varios artistas que me pagaban. Podría hacerlo aquí.

—No creo que exista demanda de modelos para pintores en esta ciudad. No hay tantos artistas como en París —anunció sacudiendo la cabeza.

—¿En qué trabajan las mujeres inmigrantes aquí?

—Las más voluntariosas cosen en sus habitaciones o lavan prendas de otros a cambio de unas monedas. Algunas se ofrecen para cocinar, pero eso apenas les alcanza para alimentarse. Muchas terminan en situaciones poco respetables.

Léonie se lamentó por su escasa habilidad con la aguja, pero no dedicó mucho tiempo a esos pensamientos. Su mente volvía una y otra vez a la búsqueda de Jules. Estaba de acuerdo con la hermana Madeleine en que debía trabajar, pero si eso no le dejaba tiempo para salir en pos de su hijo, no quería hacerlo. Se encontraba ante una difícil elección.

Cuando bajaron del tren caminaron varias cuadras por estrechas calles. Léonie observó los edificios pegados, con construcciones de formas extrañas, con habitaciones agregadas encima de las originales, que daban vida a un paisaje único. Los intensos ruidos provenientes de cada una indicaban que estaban llenas. Y por falta de espacio muchas veces las madres enviaban a sus niños a jugar a la calle, le explicó la hermana Madeleine cuando un grupo



de mocosos se atravesó corriendo en su camino. Se detuvieron frente a una casa angosta, con una puerta de chapa igual a todas en ese barrio. No fue necesario golpear porque estaba abierta. Pasaron al interior y Léonie se encontró frente a un patio repleto de mujeres y niños. Los pequeños corrían y reían mientras sus madres enfrentaban cúmulos de ropa sucia frente a una hilera de piletones en un costado. El bullicio era constante. De repente escuchó una voz a sus espaldas.

—Buenos días, hermana. ¡Qué agradable sorpresa! ¿Quiere entrar a tomar unos mates? —invitó una mujer entrada en carnes y con un pañuelo en la cabeza.

—No, gracias, doña Serafina, no puedo quedarme mucho tiempo. He venido a traer a la enviada de la Beneficencia: las damas pagarán su estadía. Y ahora debo marcharme —anunció y abrazó a Léonie para despedirse—. Espero que encuentre a su hijo y puedan iniciar una buena vida aquí. No olvide buscar un empleo hoy mismo.

—Gracias por todo lo que hizo por mí, lo haré —agradeció una vez más mientras la religiosa se alejaba.

La casera no perdió el tiempo y comenzó a andar hacia el fondo del patio, haciendo que la visitante la siguiera.

—Es muy difícil conseguir una habitación completa en estos tiempos. La demanda es muy alta. Cada día bajan más extranjeros de los barcos. Hay listas de espera y lo único que tengo disponible es una “cama caliente”.

—¿Cama caliente? —desconfió de la frase.

—Se llaman así porque se alquilan por turnos. Cuando una muchacha se va a trabajar, otra llega para dormir en su lugar. Tiene suerte: tengo una disponible para la noche, la chica que la ocupa trabaja en un salón, no necesito agregar más —explicó con un mohín— y vuelve cuando el sol ya está alto.

La mujer abrió la puerta de una habitación de reducidas dimensiones en la

que había apenas una cama angosta con alguien durmiendo en ella. El olor a encierro y a ropa sucia en el lugar era intenso. Una cucaracha avanzaba sobre una mesa, entre unas migas de pan.

—No me gusta... —escapó de la boca de Léonie.

—Pues es lo que tengo para ofrecer. Puede regresar a dormir al atardecer. Aquí está la llave de la habitación.

La aceptó y la guardó en el bolsillo junto con las monedas que le había dado la monja y caminó hasta la estación de tren para volver al centro de la ciudad. Le había prometido a la hermana Madeleine que buscaría empleo en el asilo de inmigrantes. Hacia allí se dirigía cuando imágenes de Jules volvieron a poblar su mente. Cerró los ojos para no llorar. Pero los párpados apretados no la ayudaban a dejar de pensar en su niño solo en las calles. Decenas de situaciones peligrosas se dibujaban en su cabeza y el tormento se instalaba en su corazón. Necesitaba encontrarlo para poder continuar viviendo. No podía dedicar sus jornadas a un trabajo si no tenía a Jules a su lado. Esa era su prioridad.

Decidida a continuar con la búsqueda, en cuanto bajó del tren fue hasta la estación de policía. Habían pasado tres semanas desde su llegada, quizás tuviesen novedades. En el camino arrojó a un baldío la llave de la habitación del conventillo, no regresaría a ese lugar. Prefería dormir en algún callejón o en el puerto mismo mientras buscaba a su hijo. Cuando lo encontrase se ocuparía de conseguir un empleo.

Esperó durante varias horas en la comisaría hasta que la atendieron y logró exponer su caso. Debió aguardar un rato más para que le dijeran que nadie había llevado noticias de un niño pelirrojo de origen francés. *¿Llevar noticias?*, se preguntó con incredulidad. Entendió que esos hombres nunca la ayudarían, no estaban buscando a su hijo. Tendría que hacerlo ella misma. Salió convencida de ser la única capaz de encontrarlo y se dirigió una vez más al lugar donde lo había perdido, al puerto. Mantenía la esperanza de que

Jules regresara allí.

Mientras caminaba las cuerdas que la separaban del muelle de pasajeros, pensaba en el triste recorrido que estaba atravesando su aventura en esas tierras. Recordó cuán diferente era su ánimo el día que se embarcó para cruzar el océano. Lo había hecho con la esperanza de encontrar a su gran amor, formar una familia con él y hallar la felicidad. Pero la falta de Jules cambió todo. Había perdido lo que más le importaba. No le quedaba nada. La desolación y la apatía la invadieron a medida que avanzaba mirando a su alrededor sin hallar a su hijo. Una vez más vio al hombre al que tanto temía, pero en esa ocasión no se asustó. Sin Jules, ya no tenía nada que perder. El robusto morocho comenzó a acercarse a ella y lo esperó quieta en donde estaba.

—Buen día, hace mucho que no la veía por aquí —la saludó, a lo que ella respondió apenas con un movimiento de cabeza—. Una pena que Mireille no me acompaña hoy para traducir, tengo tanto para decirle.

—No es necesario —le respondió en español sorprendiéndolo.

—Bien, entonces ahora sí nos vamos a entender.

Léonie no dijo nada. No se sentía con fuerzas para echarlo.

—Sé que está buscando a su hijo. Yo puedo ayudarla.

—¿Jules? ¿Sabe dónde está?!

—Todavía no, porque no he preguntado por él. Pero puedo hacerlo, tengo buenos contactos en las calles y en la policía, y sin duda lo encontraríamos pronto.

El corazón de Léonie se aceleró ante esa posibilidad. Aunque también era probable que el hombre estuviese mintiendo, consideró que él tendría más chances que ella de encontrarlo.

—¿Puede hacerlo? —preguntó con la esperanza renacida.

—Podría. El asunto es si quiero hacerlo.

Léonie entendió que le pediría algo a cambio. Pero su fe había mutado en

su interior desde la primera vez que viera a ese hombre. Ese día había habido un quiebre en su alma y su convicción de que podría hallar sola a Jules había desaparecido. Cualquier oferta que pudiese acercarla a él le resultaba bienvenida. Sin dejar que el nudo de su garganta se disolviera en lágrimas, tragó con fuerza y preguntó:

—¿Qué quiere para buscar a mi hijo?

—Que venga a trabajar con nosotros. Mi patrón me pidió que consiguiera chicas francesas y no quiero decepcionarlo.

Léonie inspiró para controlar el asco y animarse al paso que estaba por dar.

—Iré con una condición: quiero hablar con su patrón sobre las exigencias de mi contratación.

La sonrisa del hombre mostró que había vencido, pero a Léonie no le importó. Si eso la acercaba a Jules habría valido la pena. Estaba cansada, las ganas de seguir adelante ya no se afirmaban dentro de ella, sino que se le escapaban un poco más ante cada desilusión. La posibilidad de volver a ver a su hijo era lo único que la motivaba a seguir luchando. Y la abrazó con fuerza.

—Lléveme al prostíbulo —anunció decidida.

## 4

Fuentes abrió la puerta de entrada con una llave que sacó de su bolsillo. Desde el exterior a Léonie le pareció similar a muchas construcciones parisinas. Una casa que no desentonaba con el resto del barrio de El Retiro, con casonas familiares importantes. No era la zona en la que hubiera imaginado encontrar un burdel. Ella no había llegado hasta allí en sus recorridas en busca de Jules. El hombre le hizo un gesto para que la siguiera y dentro de la casa descubrió un mundo distinto al que había visto en las calles porteñas. Las paredes del hall de entrada estaban recubiertas en madera tallada. Una alfombra de pelo corto y suave cubría el piso, dejando ver más madera por debajo en los costados, donde dos muebles con flores frescas encima ofrecían una acogedora bienvenida. No se detuvieron allí. Fuentes hizo sonar una campanilla discretamente ubicada junto a la entrada y avanzó hacia otro salón, mucho más grande, y Léonie lo siguió.

A pesar del exquisito decorado, con muchos sillones y varias mesas pequeñas, un olor a alcohol rancio reinaba en el ambiente. Quizás se debía a que las pequeñas ventanas estaban cubiertas por gruesas cortinas y no se abrían con frecuencia para ventilar, pensó. Lo atravesaron sin detenerse, y a un costado Léonie distinguió una tarima con varios instrumentos. El lugar disponía de una orquesta propia. Ese detalle la impresionó por un momento, pero enseguida desechó la idea. No estaba allí para dejarse impresionar sino para negociar con quien pudiera ayudarla a encontrar a su hijo. Intentó pensar

con frialdad mientras sus pasos la llevaron a un extenso pasillo en el que se sucedían decenas de puertas.

—Esperemos a doña Dominga, ella es la encargada de la organización. La he llamado con la campanilla. Ya vendrá.

Unos fuertes pasos retumbaron en la escalera y casi al mismo tiempo apareció una mujer de mediana edad, vestida de negro pero con un amplio escote y llamativos lazos de colores en el peinado, una contradicción para el luto que llevaba, que inspeccionó a Léonie de la cabeza a los pies con una larga mirada. No parecía severa, pero tampoco se mostró simpática.

—Esta es la francesa que quería el patrón, doña Dominga. Dele una buena habitación —pidió Fuentes.

—Por aquí —indicó la mujer, sin saludar y avanzó por las escaleras obligando a Léonie a seguirla. En el piso superior se detuvo frente a una de las puertas—. Esta será tu alcoba, una criada la limpiará una vez al día pero no se dedicará a atenderte, debes ocuparte del orden tú misma —se dirigió a Léonie.

—No he aceptado quedarme aún. Antes tengo que hablar con el dueño de este lugar.

—El patrón no está a esta hora. Lo verás cuando llegue. Hasta entonces podrás esperar aquí. Puedes dormir, te hará bien el descanso, y también deberás arreglarte. No estás presentable.

—Tiene razón. No te ves ni por asomo como estabas el día de tu llegada —intervino Fuentes, que las había seguido en silencio—. El patrón no me creerá lo que le dije de ti. Dominga, ocúpese de que venga alguna de las muchachas a ayudarla a ponerse presentable —se dirigió a la mujer—, algo digno de esta casa.

Léonie se estremeció ante lo que se imaginó que sería un aspecto apropiado para ese lugar. Asintió en silencio y entró a la habitación. Para su alivio, escuchó los pasos de los dos anfitriones alejándose. Una vez sola

observó todo a su alrededor. Además de la enorme cama que se destacaba con su baldaquino, cortinados de seda y acolchado a tono, había una pila de almohadones en el piso, sobre una mullida alfombra. En las mesas de luz, además de dos delicadas lámparas de aceite con tubos de cristal tallados, había dos jarrones vacíos; una mesa a un costado ofrecía varias botellas con bebidas y copas limpias. Un biombo en la esquina ocultaba un amplio ropero, como descubrió Léonie, pero no se animó a espiar en su interior. La tensión viajaba por sus venas. La osadía luchaba contra el cansancio. Quería mantenerse despierta para planear cómo negociaría sobre su futuro, pero finalmente la necesidad de su cuerpo ganó y se dejó caer sobre el lecho sin quitarse las botas ni el sombrero. *Descansaré apenas un momento*, se dijo a sí misma como disculpa mientras cerraba los ojos.

Se despertó cuando una mano se apoyó en su hombro.

—Buenas tardes, es hora de que te levantes. Pronto llegará el patrón y Fuentes dijo que debes verte bien.

El suave tono de una muchacha muy joven impidió que Léonie se sobresaltara. Se sentó en el lecho y la observó. No estaba vestida de manera llamativa, sino que llevaba un sencillo vestido de algodón con pequeñas florcitas y el cabello peinado en una larga trenza sobre la espalda. Supuso que era una criada de la casa, pero el rostro de la muchacha era demasiado bello. Llamaba la atención por sus delicados rasgos.

—¿Cómo te llamas?

—Gilberta. ¿Y tú?

—Léonie.

—Por tu acento deduzco que eres francesa. ¿Cómo es Francia? —le preguntó con una sonrisa.

—Es muy hermosa.

—¿Y entonces por qué has venido a este país? ¿No te gustaba tu tierra?

—Sí me gustaba, vine hasta aquí buscando a un hombre. Decidí seguirlo

hasta el fin del mundo por amor.

—¡Ah! ¡El amor! Todas hemos hecho grandes tonterías en nombre del amor —murmuró con un mohín.

Las palabras de la joven calaron en el alma de Léonie. Viajar hasta allí había sido una tontería. Una gran tontería que la llevó a perder a su hijo. Un par de lágrimas desbordaron de sus ojos antes de que lograra contenerlas. No era momento para compadecerse de su situación, sino de buscar la manera de resolverla. La muchacha las vio y se volvió para mojar un pañuelo en la jofaina donde ya había volcado agua fresca.

—No fue mi intención hacerte llorar. Lo siento. Ten, lávate el rostro. Las lágrimas están dejando huellas en la tierra que llevas en las mejillas —le señaló.

Léonie se apuró a hacerle caso. Estaba decidida a causar una buena impresión al dueño de esa casa para negociar con él de igual a igual. O al menos eso intentaría. Después de secarse los ojos se puso de pie y se acercó hasta el fuentón para lavarse por completo el rostro y el cuello. Se secó con una toalla de lino que le alcanzó Gilberta y preguntó:

—¿Tienes algún vestido para prestarme? El mío no está en buenas condiciones, he estado andando mucho por las calles.

—Puedes elegir el que quieras de ese armario. Cuando te dan una habitación dispones de todo lo que está en ella.

Léonie se dirigió hacia donde le indicaba la chica con desconfianza. Halló media docena de vestidos y los revisó para descartar los primeros tras un rápido vistazo. No estaba dispuesta a usar esos escotes. El último, un vestido de seda color verde esmeralda, no le pareció tan malo. Aunque nunca había usado prendas con detalles de encaje y ribetes de color dorado antes, al menos la tela le cubriría los pechos.

—¿Crees que me irá bien el talle?

—No lo sé, nunca se lo vi puesto a nadie antes. Pruébatelo y veremos —



sugirió Gilberta mientras comenzaba a desprenderle los botones.

Con ayuda de la joven, Léonie logró entrar en el brillante vestido de seda. Aunque había perdido peso en las últimas semanas, le quedaba más ajustado que su ropa habitual, marcándole las curvas en los pechos y en las caderas.

—¡Te queda precioso! Parece hecho para ti, el corsé hace que se luzca tu cintura.

Léonie no estaba de acuerdo con ella, pero no quiso discutir. La imagen que le devolvía el espejo que halló junto al ropero no era la suya, pero tampoco le disgustaba del todo. Parecía otra mujer. Una como las que veía en las zonas lujosas de la ciudad. Aunque el escote no era demasiado osado, dejaba a la vista la parte superior de sus senos, elevados por el corsé, y la apertura se repetía en la espalda. Esa desnudez la incomodaba, no estaba acostumbrada. Desde hacía años, desde que Ernest se marchara, ella no había buscado mostrarse seductora para nadie. Más bien se había escondido detrás de sencillas ropas de empleada de una tienda buscando no llamar la atención.

Volvió a observarse en el espejo y suspiró. Definitivamente no era su estilo habitual, pero no le sentaba mal.

—Ahora el cabello —interrumpió sus pensamientos Gilberta—. Voy a hacerte un recogido en la coronilla para que tus bucles cuelguen por detrás. Tienes una cabellera preciosa y te conviene lucirla.

—Gracias —murmuró Léonie y se sentó en una silla frente a ella, agradecida porque la muchacha trabajaba en silencio. Aunque estaba decidida sobre el paso que iba a dar, necesitaba planear su estrategia de acción.

Una hora después, peinada y perfumada, pero sin el maquillaje que Gilberta le había ofrecido, siguió a la joven hasta una estancia que no había visto al llegar.

—Es la sala del patrón. Ve, te está esperando.

—¿Cómo es? —se le ocurrió preguntar a último momento.

—Es mandón, siempre consigue lo que quiere e impone algo de miedo, pero en el fondo no es malo. Es un hombre justo. Mi único consejo es que no lo contradigas.

La respuesta no la tranquilizó, pero le agradeció por su ayuda de todos modos.

Empujó la gruesa puerta de madera y entró a un estudio donde la chimenea estaba encendida, a pesar del agradable clima de la primavera. Percibió un extraño aroma entre floral y frutal que no logró distinguir del todo, pero que sin duda provenía de las llamas. A ello se sumaba el perfume del tabaco. Miró hacia el sillón de alto respaldo que estaba frente al fuego y que escondía casi por completo a su ocupante. Volutas de humo ascendían por encima de una cabeza de cabellos castaños. Vio que una mano con tres anillos de plata apoyaba en la mesa una pipa humeante y lo escuchó hablar por primera vez:

—Adelante, no te asustes. Mi reputación entre las muchachas no puede ser tan terrible, no creo que hayan hablado muy mal de mí.

Léonie avanzó sin responder hasta quedar a un lado del sillón donde él estaba. La voz sonaba suave, melodiosa.

—Ve hacia la chimenea, quiero verte bien.

Volvió a obedecer y se paró cerca del chispero, con la cabeza gacha. Los destellos de las llamas refulgieron en su vestido y en sus cabellos, dándole un brillo especial. Eso la animó a levantar la vista para enfrentar al hombre que podría cambiar su vida. Léonie sabía que de él dependía que pudiese obtener ayuda para buscar a su hijo. Lo observó con detenimiento y no le sorprendió descubrir que él también la estaba estudiando. Un par de ojos grisáceos, enmarcados por cejas castañas, la recorrían de arriba abajo. El cabello, también castaño, se veía corto y prolijo, dominado con algún aceite hacia atrás, para despejar rasgos angulosos, la mandíbula cuadrada y pómulos bien marcados. Era un rostro bello. Lo único que desencajaba con la armonía que ofrecía era una cicatriz que le surcaba la mejilla derecha.

—Un recuerdo de otros tiempos, por defender a una de mis muchachas—  
explicó al verla detener su mirada allí.

—No pregunté nada.

—Lo sé, pero yo quiero que lo sepas si vas a trabajar para mí. Mientras  
estés bajo mi techo siempre tendrás mi protección, nada malo te ocurrirá.

—Todavía no he dicho si voy a trabajar para usted.

—No creo que encuentres mejor oferta que la mía. Mi *maison* es una de las  
más exclusivas de la ciudad, con un público selecto. ¿Por qué no habrías de  
querer venir?

—Porque no busco trabajo como prostituta.

—Aquí, a mis muchachas, las llamo “acompañantes”, querida. Y no creo  
que tengas otras alternativas, según me dijo Fuentes. No tienes trabajo ni casa  
y estás buscando a un niño perdido. ¿Me equivoco?

—No, es verdad —murmuró entre dientes, enojada por reconocer que él  
estaba en lo cierto.

—Entonces creo que haremos buenos negocios juntos. Eres muy hermosa.  
Algo pálida, pero supongo que se debe al agotamiento por andar en las calles.  
Te recuperarás con unos días de descanso.

—Yo no quiero descansar, quiero seguir buscando a mi hijo.

—No, no, no. Ya no lo buscarás por tu cuenta. Eso no te ha dado resultado.  
Deja que mis contactos se ocupen. Dile a Fuentes la descripción exacta del  
niño y él se encargará de todo. Ahora que te he visto, no quiero dejarte  
marchar. Creo que serás un éxito en mi local. Podrás empezar en cuanto  
ganes algo de peso, quiero más curvas en tu cuerpo, puedo ver los huesos a  
través del vestido y en tu escote.

Léonie enrojeció por el reconocimiento que estaba haciendo de sus formas.

—No he aceptado aún. Tengo algunas condiciones para hacerlo.

—Te escucho.

—Hay algo que quiero saber: ¿por qué me quiere aquí?

—Porque todo lo francés está de moda. No sólo en la decoración, en las prendas o en el idioma. Las mujeres también tienen mucho éxito. Tuve un par de muchachas francesas, pero desafortunadamente están fuera de servicio por un tiempo.

—¿Mireille? —se animó a preguntar.

—Sí, tuvo un problema habitual, y aunque se ha resuelto gracias a una comadrona, deberá hacer reposo durante un tiempo. No está en la casa, y muchos buscan a “la francesita”. Podrías tomar su lugar y convertirte en la estrella de esta casa.

Léonie prefirió no ahondar sobre el significado de esa frase. Juntó las manos para tomar coraje y continuó:

—Me quedaré aquí y asistiré al salón para conversar con los clientes y entretenerlos, si así lo desea. Pero no me acostaré con nadie hasta que aparezca mi hijo.

—Clientes no, invitados, querida. Aquí los llamamos invitados —la corrigió.

—No me acostaré con sus invitados —remarcó.

Ante el desafiante tono de Léonie, el hombre se puso de pie. No era muy alto, pero sí más que ella y sus fornidos brazos y gruesa espalda se marcaban en el traje azul oscuro con líneas grises. Llevaba anillos plateados en las dos manos, observó, mientras él daba una vuelta a su alrededor acercándose mucho con cada paso, cada vez más.

—Pero sí vendrás a mi lecho cuando yo lo indique. Siempre pruebo a mis chicas antes de contratarlas.

—Pues a mí no me ha contratado aún. Sólo trabajaré para usted cuando vuelva a tener a Jules a mi lado.

—Eres todo un desafío —murmuró deteniéndose frente a ella—. Y me encantan los desafíos, francesita. Bien, acepto entrar en tu juego si estas son tus reglas, pero deberás aceptar las mías también. Me comprometo a la

búsqueda del niño, pero mientras no aparece, te aseguro que yo te buscaré a ti. Y si logro llevarte a mi lecho, no podrás negarte.

—Eso no es justo, usted tiene más fuerza.

—Nada de eso, no te forzaré. Jamás he forzado a ninguna mujer, nunca tuve la necesidad, todas vienen a mí porque así lo desean —anunció con una sensual sonrisa y giró hasta ubicarse detrás de ella—. No creo que vayas a ser la excepción.

—¿De verdad cree que podrá conquistarme, señor...?

—Soy Eladio Rocamora, y sí, estoy convencido de que vendrás a mí. Voy a respetar nuestro trato. Te enloqueceré hasta que seas tú quien pida venir a mi lecho —le dijo junto a la oreja. Estaba muy cerca y esa presencia la ponía nerviosa, le aceleraba el pulso. Léonie podía sentir el perfume del hombre, mezclado con el tabaco amaderado de la pipa. Él la apretó contra sí y la fuerza de su virilidad se clavó contra su trasero. Se estremeció, pero estaba decidida a no mostrar su miedo. Se quedó muy quieta, la espalda erguida y la barbilla alzada, mirando hacia las llamas en la chimenea, concentrada en el juego de colores que causaba el fuego en su danza frenética imparable.

Sintió los dedos firmes de él recorriéndole la piel desnuda de la espalda. Luego por el cuello, subiendo por el costado. Le acarició el lóbulo de la oreja, siguió con la yema por la mandíbula y le tomó el mentón para girarle la cabeza y atraparle los labios en un cálido y fogoso beso. Léonie no buscó alejarse, pero tampoco correspondió la demanda. Mantuvo los labios cerrados, sin decidirse a escapar de allí todavía. Parecía ser un hombre de palabra y le había dicho que no la forzaría ni la obligaría a trabajar allí por el momento. Si todo lo que iba a hacer Rocamora era intentar conquistarla, ella estaba segura de poder resistirse a sus encantos.

En cuanto él aflojó el beso, ella dio un paso al costado para alejarse.

—Creo que los términos de nuestro acuerdo están claros. ¿Me quiere decir algo más?

—No por ahora —respondió con una extraña sonrisa bailando en la sombra oscura provocada por la incipiente barba que comenzaba a asomar en sus mejillas.

—En ese caso, buenas noches —se despidió con voz clara y firme, y se marchó de la sala con pasos seguros, sin mirar atrás, hasta adentrarse en el pasillo. Una vez allí se apoyó contra la pared y echó la cabeza hacia atrás para tomar aire e intentar calmar el temblor de sus piernas. El encuentro, aunque breve, había sido intenso. Ese hombre estaba acostumbrado a tomar lo que quería. Y aunque ella no tenía intenciones de ceder a su pedido y sabía que sería difícil esquivarlo, estaba dispuesta a enfrentarlo si ese era el precio para recuperar a su hijo.

\*\*\*

Esa mañana el carro se sacudía sobre el rústico empedrado haciendo que Léonie y Gilberta se zarandearan en la parte trasera. Fuentes las estaba llevando por orden de Rocamora hasta la esquina de La Piedad y Suipacha, pero no ofreció a ninguna compartir el banco en el frente con él. Cuando llegaron al destino el hombre las hizo bajar y dijo que regresaría tres horas después.

Léonie se encontró ante una iglesia. Y a un lado reconoció el Hospital de Mujeres, que había abandonado apenas el día anterior. Le dio pena recordar que había ignorado los esfuerzos de la hermana Madeleine para ayudarla, pero sentía que estaba en el camino correcto para encontrar a Jules. Desvió la mirada hacia un costado para no pensar en ella.

—San Miguel Arcángel —explicó Gilberta al creer que observaba el templo desde afuera—. ¿Quieres entrar?

—No, mi fe está en crisis desde que perdí a mi hijo. Recé mucho pidiendo encontrarlo sin obtener resultados. Siento que los ángeles me abandonaron.

—Yo dejé de ir a misa desde que mi padre me echó de casa, entiendo cómo te sientes, pero ven, no perdamos el tiempo aquí, vamos a ver cosas bonitas que nos alegrarán —dijo con entusiasmo Gilberta y tomó el brazo de Léonie para cruzar la calle.

—¿A dónde vamos?

—A lo más parecido al Cielo que encontrarás en la tierra: ¡la tienda San Miguel! Aunque tomó su nombre de la iglesia que está enfrente, créeme que hay poca cuestión de fe aquí dentro, querida. Todo es más bien lo opuesto: ¡muy mundano! —remató con una carcajada mientras entraban al edificio de varias plantas que ocupaba toda la esquina, donde vendían telas, prendas femeninas, zapatos y accesorios, algunos llegados del otro lado del océano y otros hechos por encargo para las clientas.

La muchacha había adoptado a Léonie como si fuese su hermana, aunque la francesa era mayor que ella. La experiencia había endurecido su alma bondadosa al enseñarle a sobrevivir por su cuenta. Su padre la había expulsado de su hogar, acuciado por su segunda esposa. Si bien Gilberta había cruzado los límites impuestos por la moralidad, y una criada los encontró a ella y a su joven galán desnudos en el establo en inequívoca unión, podrían haber ocultado el hecho del dueño de casa. Pero su madrastra no quiso guardar silencio. Aprovechó la ocasión para librarse de ella. Los duros días pasados en las calles, hasta que encontró trabajo en la *maison* de Rocamora, habían curtido el corazón de Gilberta, pero algo de su bondad interior seguía allí y el acento de la recién llegada la convertía en un personaje exótico que provocaba curiosidad. Por estas razones, se animó a abrirse con ella contándole su historia, y a la vez accedió gustosa a ayudarla cuando el patrón se lo pidió.

—Ahora, vamos primero a la sección de vestidos ya listos. Hoy debemos

llevarnos al menos cuatro. Después encargaremos varios más a medida. Tenemos un límite para gastar, pero es muy alto. El patrón quiere que todas estemos bien vestidas y se ocupa de ello. Nuestro aspecto es una parte importante de su negocio. Después iremos a la sección de lencería, y también necesitas cintas y adornos para el cabello.

—¿Cuatro vestidos? Yo estaré bien con dos. Los otros dos serán para ti —sugirió Léonie.

—¿Para mí? No, querida, todos son para ti. Yo ya tengo mi propio vestuario para esta temporada. Don Eladio me ordenó que me ocupara de ti esta tarde. Así que vamos a elegir. ¿Te gusta este violeta? —señaló uno que se lucía en un maniquí—. ¿O prefieres uno rosado? ¡Aquel rojo intenso se vería muy bien junto a tus cabellos del color del fuego!

—Son demasiado festivos. Preferiría algo menos llamativo.

—No será posible, para eso es tu nuevo guardarropas: para llamar la atención. Nosotras somos los adornos de la fiesta que se celebra en lo de Rocamora cada noche.

Léonie tragó saliva con fuerza en un intento por disolver el nudo que se había formado en su garganta. No quería convertirse en un adorno, en un objeto. Quería seguir siendo una persona valiosa por sus sentimientos y por lo que llevaba en su interior, por su esencia, sus ideas. *Será algo momentáneo*, se dijo para darse fuerza, *esto es apenas un medio necesario para encontrar a Jules*.

Con esa idea en mente se abocó a revisar telas, zapatos, listones de seda y ropa interior que les mostró una empleada, simulando algo de entusiasmo para no desilusionar a su nueva amiga.

Al regresar a su alcoba cargada con varias cajas se sorprendió por encontrar su baúl esperándola.

—Fuentes lo trajo —explicó una criada que estaba terminando de limpiar



el piso.

Léonie se entusiasmó. Si ese horrible hombre había sido capaz de recuperar sus cosas, quizás también pudiese llevarle a su hijo. Se sintió tan feliz que estuvo a punto de abrazar a la criada. En cambio se apresuró a dejar las cajas sobre la cama para dedicarse a abrir el equipaje.

En cuanto lo hizo se arrepintió. El contacto con las prendas y juguetes de Jules le provocó intensos sollozos. Cayó al piso entre las cosas del baúl, mirándolas como si perteneciesen a otro mundo, a otras personas. La Léonie que había embalado todo eso unos meses atrás con la esperanza de recuperar a su gran amor no era la misma que lloraba con un pequeño pantalón de lanilla entre sus manos y el corazón desgarrado. Después del ataque de llanto inicial, decidió que no iba a pensar en el pasado, sino en el futuro. Un futuro junto a su hijo. En el camino de regreso había preguntado a Fuentes si tenía noticias del niño.

—Ya hablé con algunos de mis contactos —le respondió—. Lo están buscando, pero la ciudad es grande. Puede llevar cierto tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

Con un encogimiento de hombros por toda respuesta, Fuentes la había ayudado a bajar del carro frente a la entrada trasera de la casa. Después de esa charla había encontrado su baúl con las cosas de Jules y las lágrimas fueron inevitables.

Todavía estaba sentada en el piso con el rostro enrojecido y un caballito de madera en sus manos, cuando la puerta de su habitación se abrió tras unos golpes que ella ignoró.

—Debes contestar cuando alguien llama a tu puerta.

La voz de Rocamora la sobresaltó.

—Pensé que era Gilberta —respondió secándose apurada los restos del llanto con las mangas del vestido.

—No intentes adivinar de quién se trata. Responde con cortesía. Los

buenos modales son infaltables en esta casa.

—Sí, eso haré —mostró docilidad.

—Bien. Vine a decirte que deberás bajar al salón esta noche.

—Pero creí que teníamos un trato. ¡Yo no voy a...! —empezó a decir poniéndose de pie de un salto.

—Lo tenemos, y lo respetaré —la interrumpió subiendo una mano en el aire hasta apoyar el índice cruzado sobre los labios de ella—. Quiero que bajes para que veas cómo es el movimiento en el lugar. Estarás un rato, disfrutarás de la música y luego te marcharás sola. Pero estoy seguro de que tu niño aparecerá pronto y deberás cumplir el resto del trato. Por eso estoy invirtiendo en ti, y tú debes poner algo de tu parte también. No te dañará recorrer el salón, piénsalo como si estuvieras asistiendo a una fiesta.

Léonie sintió un revoltijo de emociones ante ese discurso. Ese hombre, de aspecto poderoso y seguro de su palabra, confiaba en que Jules regresaría a su lado. La felicidad amenazaba con apoderarse de ella, pero a su vez eso significaba que debería trabajar para él. Sentimientos encontrados chocaban dentro de sí.

—Allí estaré —afirmó.

—Algo más: arréglate lo mejor que puedas.

—¿Para qué?

—Porque quiero verte bella —murmuró bajando su seductora voz.

—¿No me está engañando para hacerme trabajar para usted?

—¿No confías en mí?

—¿Acaso debería hacerlo?

El duelo de preguntas no lo enojó, al contrario, le provocó una carcajada.

—Tienes razón, no me conoces aún, pero te pido que me concedas el beneficio de la duda. He cumplido mi palabra en todo lo que te dije y además has renovado tu vestuario gracias a mí —concluyó señalando las cajas nuevas sobre la cama.

Léonie se mordió la lengua para no decirle que no necesitaría esas prendas provocativas si no fuese por él, pero se contuvo a tiempo. No quería enemistarse con quien podría ayudarla.

—Gracias —agradeció los regalos porque supuso que era lo que él esperaba—. Le daré una oportunidad.

—Me alegro. Verás que no te arrepentirás. Ahora te dejo para que te prepares para esta noche. Arréglate para disimular esas lágrimas, quiero verte hermosa, quiero que embellezcas mi salón.

Avergonzada porque él hubiese detectado huellas de su llanto se giró para esconder el rostro y terminar de secarse, pero cuando se volvió para decirle algo, él ya se había ido.

\*\*\*

La noche inaugural de Léonie en el salón había comenzado bien. Ella y Gilberta fueron las primeras empleadas de la casa en bajar las escaleras y se sentaron en un sofá de terciopelo a escuchar la suave música que provenía de la orquesta. Dos violines, un piano y un violonchelo formaban un equipo de lujo para una fiesta privada, evaluó Léonie, pues así le había dicho Rocamora que debía considerar sus veladas: como fiestas privadas.

Por unos momentos cerró los ojos y dejó que la melodía la transportase lejos de allí. Hasta París, hasta las noches en que con Ernest se acercaban a alguna fiesta de la alta sociedad para escuchar la música desde afuera. Recordó cómo disfrutaban de los acordes, tomados de la mano, soñando con un futuro compartido, a pesar de la amplia diferencia de edad: él le llevaba veinte años. Fueron minutos mágicos, en los que olvidó su situación actual. Hasta que un codazo de Gilberta la llevó de vuelta a la realidad y la obligó a

abrir los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó con cierta molestia.

—Las otras chicas han llegado y no te quitan las miradas de encima.

—Hubiera preferido seguir con los párpados cerrados —confesó.

—No, tienes que verlas y saludarlas. No conviene que te hagas enemigas aquí dentro.

—¿Enemigas? ¿Por qué tendría enemigas?

—Porque la competencia es grande. Cada una recibe un salario en base a la cantidad de invitados que solicitan su compañía. Las nuevas siempre llaman la atención y acaparan pedidos, y eso genera roces. Además tú eres muy bonita y francesa, sin duda tendrás mucho éxito. Hay muchas posibilidades de que algunas muchachas no te quieran y actúen en consecuencia —intentó explicar con tacto Gilberta.

—Pero tú me trataste bien desde que llegué, aunque podría ser competencia para ti.

—Yo no me meto en esas rencillas. Estoy conforme con lo que gano, puedo vivir bien, y además tú me gustaste desde la primera vez que te vi. Pero hay otras personas que podrían complicarte tu trabajo por celos.

—Todavía no trabajo aquí —le recordó.

—Sí, lo sé, pero sin duda lo harás —dijo con naturalidad, como si aquello fuera inevitable—. Y las demás también lo saben. La competencia es dura. Por eso te observan tanto, te están evaluando.

Léonie dirigió la mirada hacia el rincón donde cuatro muchachas cuchicheaban y la señalaban con descaro. La que más la observaba le pareció muy bonita. Llevaba el cabello oscuro recogido en un peinado tirante en el que asomaban pequeñas perlas entremezcladas para dar brillo. El efecto lograba destacar sus rasgos filosos y una boca generosa resaltada con carmín. Unos amplios pechos asomaban por encima del borde del escote en color ocre, revelando mucha piel, llegando al límite de la decencia.

—¿Quién es esa, la morena del vestido amarillo?

—Es Clorinda, se cree mejor que todas —explicó Gilberta con un mohín—. Debes cuidarte de ella, puede ser peligrosa.

—¿Peligrosa? ¿Qué quieres decir? ¿Ha lastimado a alguien? —su tono de voz reveló miedo.

—No, no ataca de frente. Es traicionera, sus trucos suelen quedar ocultos, no juega limpio.

—¿Y por qué me atacaría a mí?

—Ya te lo dije: porque vas a tener mucho éxito y tendrá celos de ti.

—Entonces no deberé preocuparme, no creo que me quede mucho tiempo por aquí.

—¿Por qué dices eso? El patrón te ha contratado por algo.

—Aún no he aceptado su oferta.

—Pero él ha contado a todos que eres la nueva.

—Todavía no lo soy. Y no tengo ganas de serlo nunca —confesó enojada por la seguridad de él.

—¿Acaso piensas marcharte? —preguntó Gilberta con genuina sorpresa.

—En cuanto encuentre a mi hijo —afirmó decidida a cumplir lo que decía.

—¡Pero estarías rompiendo tu parte del trato! —se indignó la joven.

Léonie se arrepintió de haber revelado sus planes ante la cara de asombro de la muchacha.

—Por favor, no comentes esto con nadie.

—No sé si puedo guardar tu secreto.

—¡Te lo suplico! —pidió con desesperación, tomando una mano de Gilberta entre las suyas, hasta que la llegada de un joven caballero demandando la atención de su amiga la obligó a soltarla.

—Te ves muy bonita esta noche, querida —saludó un hombre con levita, un fino bigote y exceso de colonia—. ¿No vas a presentarme a tu compañera?

—Eres tan galante como siempre. Ella es Léonie, es francesa, pero no es

mi compañera, apenas está de visita —la presentó Gilberta aunque evitando ceder protagonismo—. ¿De verdad te gusta mi vestido? Me arreglé para ti, porque imaginé que vendrías —le coqueteó con descaro al recién llegado.

—*Enchanté, mademoiselle* —el hombre saludó a Léonie en perfecto francés, pero enseguida volvió su atención a Gilberta—. Entonces no perdamos más tiempo, querida. Vamos —sugirió y ofreció su mano para ayudarla a ponerse de pie y marchar juntos al piso superior.

Sola en el sillón, Léonie observó que otros caballeros fueron poblando el salón. Todos con trajes oscuros, algunos con elegantes bastones en la mano. Las muchachas los recibieron con sonrisas mientras un mozo con librea circulaba con bandejas con copas atendiendo todos los pedidos. Muy pronto el clima era el de una verdadera fiesta.

Vio que un hombre se aproximaba hacia ella y decidió que ya había visto bastante. Rocamora no podría decir que no había cumplido su palabra. Aunque no lo había visto por allí, sabía que él se enteraría de su visita al salón. En cambio esperaba que Gilberta aceptase su pedido y que sus palabras no llegaran a oídos de él. Se puso de pie y se dirigió hacia la escalera con discreción. Acababa de dejar atrás el último escalón cuando la sorprendió una voz a sus espaldas, con palabras susurradas junto a su oído.

—Estás muy hermosa.

—¡Ay! ¿Siempre tiene el hábito de moverse en silencio para asustar a la gente, señor Rocamora? —respondió sobresaltada y continuó avanzando por el pasillo.

—Lo siento, no quise asustarte, apenas sorprenderte.

—¿Por qué quería sorprenderme?

—Porque tú me sorprendiste a mí.

Léonie se detuvo al escuchar eso.

—¿Cómo lo sorprendí?

—Con tu presencia. Sentada en ese sillón, atenta a la música, parecías un

ángel. Una figura especial, llegada de otro mundo directo a mi salón para embellecerlo y para hechizarme con su magia.

—¿Hechizarlo yo? No me haga reír —se burló con sarcasmo.

—No me burlo, siento que me has hechizado. Desde que te vi no puedo dejar de pensar en ti.

—Eso es apenas porque soy la novedad. En cuanto se acostumbre a tenerme aquí seré una más para usted, señor Rocamora.

—No lo creo —murmuró con lentitud y la observó pensativo, sin apartar su mirada de los labios rosados. Estaban frente a la puerta de la habitación de ella y él se inclinó hasta quedar a escasos centímetros de su boca. Léonie contuvo la respiración y no se movió.

Él tampoco se acercó más. Se quedaron allí, compartiendo el aliento, sin tocarse. Hasta que Eladio levantó una mano y apoyó la palma en la mejilla de Léonie, acunándola. Ella observó esos dedos con anillos moviéndose sobre su rostro y sintió la caricia, pero no dijo nada. Su corazón se aceleró por el contacto. *Miedo, dedujo. No debo demostrarlo. Debo resistir y se marchará. Se marchará, se marchará,* se dijo a sí misma varias veces para convencerse.

—Te dije que no te obligaría a nada y cumpliré mi palabra. Me retiro. Ve a descansar. Mañana nos espera un día especial: deberás estar lista al mediodía.

—¿Lista para qué? —preguntó con desconfianza.

—Para la inauguración oficial de un parque que realizará el presidente de la nación.

—¿Está hablando en serio? —inquirió sin mostrar su alivio por tratarse de un evento público.

—Muy en serio. Estoy invitado y te elegí como mi acompañante.

—¿Por qué yo?

—Ya te dije que todo lo francés está bien valuado en la clase alta. Y mañana estarán presentes todos los dirigentes, ellos pertenecen a la elite y muchos son mis clientes. Me conviene llevarte, apenas negocios. No elijas un

vestido muy osado, sino algo sobrio, y pide a doña Dominga que alguien te ayude con el peinado: quiero que sea especial, con algunos de tus rulos libres.

—¿Por qué le importa mi cabello?

—Porque es hermoso, y quiero poder apreciarlo con libertad. Buenas noches.

La despedida la dejó sorprendida, por el vacío que causó en su interior. Le hubiera gustado prolongar su conversación con Rocamora un rato más.

En cuanto entró a su habitación se enojó consigo misma por esa reacción. *Basta ya, tonta. No debes permitir que te afecte nada de lo que ese hombre diga. Lo estás usando, en cuanto recuperes a Jules nos marcharemos lejos de aquí.*

Esa seguridad la reconfortó. Con la idea del reencuentro con su niño en mente, se fue a dormir, sin volver a pensar en Rocamora.

\*\*\*

La lujosa berlina se sacudía mucho menos que la carreta que solía conducir Fuentes. Esa vez él también llevaba las riendas, pero los asientos acolchados del lujoso coche de Rocamora evitaban que los pasajeros sufrieran el rebote del desperejo camino.

Ambos viajaban en el asiento trasero. Aunque el de enfrente estaba libre, Eladio Rocamora había elegido sentarse a su lado y Léonie podía sentir el calor de su pierna junto a la suya en esa cálida tarde de noviembre.

Léonie observó por la ventanilla, que estaba cerrada para que el viento no arruinara su peinado, que el paisaje iba cambiando a medida que avanzaban. Las calles dejaron de tener empedrado para ser de tierra y las casas se fueron espaciando.



—¿Dónde es ese parque que van a inaugurar?

—Está en las afueras, en una zona llamada Palermo. Donde era la casa del gobernador Rosas, vencido en batalla, un día tres de febrero, hace más de veinte años. Por eso el parque llevará el nombre de esa fecha.

—¿Se apropiaron de la tierra del vencido?

—Así es.

—¿No es algo primitivo?

—Todas las guerras lo son. Pero aquella fue una guerra por la integración del país, para darnos una nación unida.

—Veo que apoya lo ocurrido.

—Apoyo el arribo del progreso que brindaron aquellos sucesos. Yo llegué a este país muchos años después de la batalla de Caseros. La división entre los dos bandos enemigos, unitarios y federales, ya había quedado atrás y esta era una tierra floreciente, llena de oportunidades.

—¿Llegó a este país? Ah, creo recordar que alguien mencionó que es español. ¿Me equivoco?

—No, es verdad. Nací en la Península. Los años que llevo aquí me ayudaron a perder mi acento natal casi por completo.

—¿Y por qué se aventuró a cruzar el océano?

—Por lo mismo que lo hacemos todos: en busca de una vida mejor. Y me complace decir que la he encontrado —sonrió satisfecho, señalando con un gesto a su alrededor, hacia el lujoso interior del coche tapizado en cuero capitoné.

—¿A costa de regentear mujeres? —Léonie no logró controlar su lengua, y al instante se arrepintió de lo dicho. El ceño fruncido y un brillo cargado de ira en los ojos de él le dijeron que había ido muy lejos.

—No importa cómo lo hice, dejé mi oscuro pasado atrás —pronunció entre los dientes apretados dirigiéndole una dura mirada.

—¿Qué había tan oscuro en ese pasado? —murmuró con suavidad,

buscando borrar el enojo causado antes.

Léonie vio que Rocamora cerraba los ojos con fuerza unos momentos y cuando los abrió esos intensos pozos grises no volvieron a apuntarla. Él miró hacia afuera por la ventanilla un largo rato en silencio.

—¿Tan terrible es lo que hizo que no lo puede ni contar?

—Nunca hablo de mi pasado. Sólo te diré que no hice nada malo, me lo hicieron a mí. No soy un criminal. Es todo lo que necesitas saber.

Transcurrió un largo rato en un incómodo silencio, hasta que Léonie decidió romperlo.

—Lo siento. No quise ofenderlo.

—No me ofendiste, me hiciste revivir escenas que prefiero olvidar. Ahora hablemos de otra cosa. En la inauguración habrá mucha gente. Te presentaré a todos como una amiga recién llegada de Francia. Puedes hablar en francés si lo deseas.

—¿Habrá franceses?

—No, es que tu lengua está de moda entre estos *dandies*.

—¿Qué es un *dandy*? —pronunció con lentitud.

—Alguien muy superficial, que sigue los dictados de la moda más allá de que sean una tontería.

—¿Mi idioma le parece una tontería? —preguntó con el ceño fruncido.

—Claro que no, me parece tonto usarlo mezclándolo con el español sólo para demostrar que uno conoce unas cuantas palabras de francés.

—Entiendo —respondió y se quedó pensativa, para luego sorprender a su interlocutor—. ¿Entonces traerme aquí para que yo hable en francés y usted se luzca con una compañía *à la mode* no es una tontería de *dandy*?

Las carcajadas de Rocamora inundaron el coche durante un largo rato. Cuando se calmó la observó de una manera diferente, sin perder la curva que marcaba una sonrisa y suavizaba su gesto.

—Me gusta la forma en que piensas, y me está empezando a gustar que

dices todo lo que cruza por tu mente. Nunca frenas tu lengua.

—Lo siento —se disculpó, sintiendo que la estaban retando como cuando era niña y hablaba demás.

—No te disculpes por ello, te he dicho que es algo que me gusta de ti.

Léonie no supo cómo reaccionar. No quería gustarle a ese hombre, no quería que él la deseara en su lecho, tenía planeado huir de su *maison* en cuanto recuperara a Jules. Agradeció en su interior que en ese momento el coche se detuvo.

—¿Hemos llegado? —preguntó aliviada.

—No, pero casi. Estamos cerca de la entrada de carruajes para ingresar al parque. Hay mucha gente, separada en varias filas, de peatones y de coches. Todos se detienen en unos imponentes arcos más adelante —dijo Rocamora tras asomarse por la ventanilla.

—Debe ser un acontecimiento muy importante —buscó desviar la conversación a un tema impersonal.

—Sí, lo es. Fue un proyecto encargado por el anterior presidente, Domingo Sarmiento, pero como se demoró demasiado la obra, recién está listo ahora y le toca inaugurarlo al actual mandatario, don Nicolás Avellaneda. Ambos serán protagonistas hoy, y sin duda estarán todos los ministros y funcionarios de importancia. Tengo negocios con muchos de ellos, por eso estoy aquí.

—Debo entender que es un asunto laboral.

—Podría decirse que sí, quiero mantener una relación fluida con mis clientes.

—Pensé que los llamaba “invitados” —le recordó con sorna.

—Admiro tu memoria —reconoció con una breve sonrisa—, pero son invitados cuando están en mi casa, aquí son relaciones que me sirven para hacer negocios, clientes.

—¿Algo más que deba saber antes de que bajemos del coche?

—No te separes de mí.

—¿Por qué? ¿Cree que es una zona peligrosa?

—Porque estás demasiado hermosa, quiero que todos te vean pero que sepan que no estás disponible; que me pertenezcas —anunció con tono posesivo, girándose para mirarla a los ojos mientras hablaba.

La frase *No le pertenezco* acudió a la punta de su lengua pero Léonie logró frenarla a tiempo. Lo dejó regodearse en su falsa creencia. Ya habría tiempo para que él descubriera que eso no era verdad.

Finalmente el coche se detuvo y un recepcionista acudió para abrirles la puerta. Enseguida desplegó los escalones para facilitar el descenso. Rocamora bajó primero y le ofreció la mano para ayudarla. Léonie estuvo a punto de rechazarlo, pero la falda con polisón, plana adelante y con gran vuelo por detrás, entorpecía sus movimientos y se vio obligada a apoyarse en él. Los guantes de encaje de ella terminaban en los nudillos. Las manos de él estaban desnudas. El encuentro de los dedos no pasó desapercibido para ninguno de los dos. Las pieles ardían bajo el contacto. Una corriente crecía entre ellos.

En cuanto estuvo con los dos pies sobre la tierra Léonie intentó soltarse pero él no se lo permitió. Llevó los dedos atrapados hasta el otro brazo, que le ofrecía doblado para permitirle escoltarla, y los apoyó allí. Quitarlos hubiera sido un gesto ofensivo y había mucha gente observándolos, por lo que los dejó y aceptó la galantería de Rocamora.

Complacido, avanzó entre la multitud, recorriendo caminos entre los flamantes jardines. Había miles de personas, todas buscando un lugar cerca del escenario desde donde hablaría el presidente. Rocamora prefirió alejarse del tumulto y caminaron en medio de grandes áreas de césped de color verde intenso salpicadas por rosales.

Estaban admirando el paisaje, moviéndose con lentitud cuando un grupo de chiquillos corriendo tras una liebre los obligó a desviarse para esquivarlos. Léonie se imaginó a Jules jugando y no pudo evitar las lágrimas que

invadieron su garganta, formando un nudo difícil de deshacer. De a poco las sintió llegar a los ojos. Extrañaba a su hijo con toda su alma. Se soltó del brazo de Rocamora y se volvió deprisa hacia un costado. Con la cabeza gacha y la vista nublada, avanzó sin mirar y a los pocos pasos tropezó.

—¡Cuidado! —exclamó una voz de mujer, pero la advertencia llegó tarde.

Léonie ya había chocado con una soga sujeta por estacas que rodeaba una zona específica, como protegiendo algo. La derribó con su cuerpo y cayó al suelo de rodillas, justo al borde de un inmenso pozo recién cavado, con una montaña de tierra suelta a su lado, y se deslizó casi un metro dentro del mismo.

De inmediato Rocamora corrió a su lado y la ayudó a levantarse.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Más avergonzada que dolorida, Léonie permitió que él la tomara entre sus brazos y la sacara del pozo.

—Sí, sí. No me lastimé.

—Me alegra que esté bien. No me perdonaría si algo le hubiese ocurrido —dijo la mujer que había intentado advertirle del peligro—. ¿Está segura de que no le duele nada? Podríamos llamar a un médico.

—Le agradezco la preocupación pero no será necesario —respondió bajándose de los brazos de Rocamora e intentando quitar sin éxito la tierra oscura y barrosa pegada en su falda.

—Oh, pero su vestido ha quedado arruinado

—Eso parece —se lamentó y miró hacia quien le había regalado esa prenda nueva apenas un par de días antes.

—No te preocupes, te compraré otro.

—De ninguna manera, yo me ocuparé de encargarme uno a mi modista, dado que esto es mi culpa —insistió la mujer con cara de consternación.

—¿Su culpa? ¿Por qué dice eso? —preguntó Léonie extrañada, observando a la elegante dama con un exquisito vestido de encaje celeste con ribetes de

terciopelo y una delicada sombrilla haciendo juego.

—Porque ese pozo está allí por mí. O mejor dicho, para plantar un árbol en mi homenaje. Mi marido insistió en regalarme una magnolia grandiflora, que tiene mi flor favorita, y lo va a ubicar allí como parte de la ceremonia de esta inauguración. Se supone que el sector estaba protegido, que no iba a representar un peligro, pero me temo que sus asistentes se equivocaron.

—¿Puedo preguntar quién es su marido? —intervino Rocamora curioso por la explicación.

—Don Nicolás, el presidente.

—¿El presidente Avellaneda? —preguntó incrédulo.

—Sí, el mismo —aseguró con naturalidad y una suave sonrisa esa mujer morena, de mejillas redondeadas, que debía rondar los cuarenta años.

—Permítame presentarme, don Eladio Rocamora a sus órdenes, señora Avellaneda.

—En realidad mantengo mi nombre original, soy Carmen Nóbrega Miguens. No tengo la costumbre de utilizar el apellido de casada.

—Es un honor conocerla, doña Carmen. Mi acompañante es *mademoiselle* Léonie Marchall, hace poco llegada a estas tierras.

—¡Lamento tanto el estado de su vestido! E insisto en hacerme cargo del tema, *mademoiselle* Léonie —respondió en correcto francés la primera dama, aunque con fuerte acento extranjero.

—Habla usted muy bien, la felicito.

—No es un gran mérito. Todas las damas de buena cuna lo hacen. De todos modos no tengo su encantador acento, y reconozco que me provoca una sana envidia. Ahora debo dirigirme al escenario para el discurso principal, pero permítame darle mis datos. Espero que me contacte para que nos ocupemos de su vestido, querida. Por favor, no deje de venir a verme. Me sentiré mal si no lo hace —insistió y le pidió a una mujer que se había mantenido unos pasos alejada que le diera una tarjeta de visita, que puso en

manos de Léonie.

—Le prometo que lo haré —dijo a modo de despedida guardándola en su ridículo mientras la esposa del presidente se alejaba hacia la multitud seguida por su asistente.

Tras el azaroso episodio, Rocamora y Léonie se dirigieron hasta cerca de la tarima donde se realizó la apertura oficial del parque con un discurso inaugural de parte del presidente de la nación. Enseguida don Nicolás Avellaneda plantó el famoso árbol de magnolia con una pala en sus propias manos, con su esposa sonriente a su lado. Poco después la gente empezó a dispersarse por los enormes jardines del flamante paseo.

—¿Quieres ir a ver el lago? —propuso Rocamora.

—No, no me gusta andar entre esta gente elegante con mi vestido manchado. Lo esperaré sentada en aquel banco mientras hace sus negocios —sugirió en cambio.

Léonie no pudo dejar de percibir que Rocamora la miraba de manera extraña.

—¿Ocurre algo malo? —le preguntó.

—Me asusté.

—¿Con qué se asustó?

—Con tu caída. Cuando desapareciste en ese pozo no sabía qué pensar. Sólo sé que sentí miedo.

—¿Miedo por mí?

—Miedo a perderte, me gusta tu compañía —dijo con voz grave y de inmediato pareció arrepentirse de la confesión. Se dio vuelta, refugiando su mirada en la distancia.

Léonie no respondió y la frase quedó flotando en el tenso silencio que los envolvió. Aunque en su interior pensaba que él nunca podría perderla, porque jamás sería suya. Y ese mismo pensamiento le provocó otro: *¿Por qué me causa rechazo este hombre? Es muy guapo, con esos ojos claros de mirada*

*dura, siempre vigilantes, que contrastan con su piel morena, y ese cuerpo ágil y fuerte a la vez. Me levantó con facilidad cuando resbalé en el pozo. ¿Será por ese aire altivo que nunca abandona? ¿Esa insolente petulancia con la que parece sentirse el dueño del mundo?*

Mientras buscaba una respuesta en su interior, lo observó. Le pareció más atractivo que nunca bajo la luz del sol, con esa piel aceitunada y sus dedos engalanados con anillos. Tenía un toque salvaje, que se escondía bajo el costoso traje y la galera. Sin duda, era un hombre diferente.

Él se giró en ese instante y sus miradas se cruzaron. Cada uno se perdió en los ojos del otro, se comunicaron sin palabras. Intentando decirse mucho, y a la vez interpretando a su antojo lo que sus almas ocultaban. Hasta que él le tomó la mano y sin más la llevó a la salida del parque.

Caminaron en silencio, y el mutismo los acompañó también en el carruaje. Esa vez él se sentó en el asiento de enfrente, como si quisiera mantener el vacío entre los cuerpos, además de la distancia de sus mentes. Cada uno pendiente de lo que ocurría en el exterior a través de una ventanilla, pero atrapado por sus propios demonios internos, atravesaron el viaje sin emitir sonido alguno.

La despedida al llegar a la *maison* fue breve. Rocamora la ayudó a descender del coche y de inmediato volvió a subirse, dando una segura orden a Fuentes:

—¡Vámonos ya!

Cuando los dos caballos empezaron a moverse, se asomó por la ventanilla y gritó a Léonie:

—Esta noche serás mía.

Parada en medio de la vereda, Léonie tuvo que abrir la boca para lograr que el aire entrara en sus pulmones. El descaro de ese hombre la enojaba y, a la vez, había hecho que su corazón latiera con fuerza, golpeando desacompañado en sus oídos. Al menos eso fue lo que se dijo para



convencerse a sí misma.

## 5

—¿Es verdad que había más de mil carruajes? Se comentaba que esperaban millares de visitantes.

—Dicen que hay una glorieta maravillosa, ¿la viste?

—¿La amante de Sarmiento, Aurelia Vélez, estaba allí? ¿Pudiste observarla de cerca?

—¿Por qué volviste con tu vestido embarrado?

Las preguntas se sucedían unas tras otras. Todas las muchachas querían saber y se animaban a curiosear, aun las que nunca le habían hablado antes, porque sabían que Léonie había acompañado a Rocamora a la inauguración del parque Tres de Febrero, el acontecimiento de la temporada. No le daban tregua. La llevaron a la cocina en cuanto traspasó el umbral de la casa y la atosigaron con un intenso interrogatorio.

Ella contestó con paciencia, buscando calmar la curiosidad de todas.

—Veo que pasaste un día único, amiga. Es un honor que hayas sido elegida como compañía del patrón —dijo Gilberta, acariciándole un brazo con cariño.

—Sin duda quería lucirte ante los caballeros para que muchos quieran venir a la *maison* por ti —dedujo una muchacha muy joven mientras se llevaba una mano a la boca y mordía con ansiedad los bordes de las uñas.

—Deja de hacer eso —le ordenó doña Dominga, que seguía atenta la conversación, también intrigada por la tan promocionada inauguración del

parque en los antiguos jardines de Palermo, la mansión de Juan Manuel de Rosas, de quien tanto había oído hablar en su juventud—. Los invitados no te querrán con las uñas rotas, con bordes desprolijos. Debes cuidar tu aspecto siempre, todas ustedes deben hacerlo —extendió el comentario al resto del grupo—, es necesario que se vean bien. Esta casa tiene una importante reputación y hay que mantenerla. Sigán el ejemplo de la francesa, que llegó hecha un asco y en pocos días, con agua, jabón y cuidados, se convirtió en tal belleza que cautivó al patrón.

Una tos nerviosa y una risita sarcástica algo disimulada fueron la única respuesta. Léonie no quería contestar. Aunque las palabras de la mujer eran ciertas, la incomodaba que se refiriese a ella como si no estuviese presente.

Fue Gilberta quien habló por ella.

—¡No diga que Léonie era un asco, doña Dominga! Estaba agotada por la búsqueda de su hijo y por no tener una vivienda decente. Aquí todas tenemos la suerte de contar con el techo de don Rocamora. Nos bañamos con el agua que se calienta en su fogón y comemos lo que se prepara en su cocina. Vaya a saber dónde estaríamos si no fuese por su benevolencia.

—¡Lo suyo no es benevolencia, Gilberta! ¡No seas ingenua! Nos cuida porque significamos mucho dinero para él —le respondió de inmediato Clorinda, dando un paso al frente y con los brazos en jarra, las manos en la cintura, en una pose peleadora que no auguraba nada bueno.

Léonie pudo observarla de cerca y se sorprendió por su belleza. De día se veía mejor que con el exceso de maquillaje que llevaba por la noche. Pero también detectó la maldad oculta en sus ojos, en una mirada oscura, y el desprecio en su voz.

—Por favor, no agredas a Gilberta —se dirigió directamente hacia ella—, apenas buscaba protegerme.

—¿Entonces ahora la señorita *franchuta* tiene protección? ¡No sólo vas con don Eladio al codiciado festejo, sino que además convertiste a Gilberta

en tu sirvienta! ¡Cuántos privilegios! Ignoro lo que has hecho para hechizar de esa manera al patrón, pero te arrepentirás por ello.

—¡Eso que dijiste no es verdad! ¡Gilberta es mi amiga! Jamás la trataría como a una empleada.

—En realidad no me importa lo que hagas con esa tonta, pero no te perdonaré por haberme quitado a Eladio —le dijo con rabia acercándose a su rostro para remarcar sus palabras.

—Yo no te he quitado a nadie, puedes quedártelo... —empezó a decir Léonie, pero Clorinda ya se había marchado, golpeando con fuerza los tacones en el piso de madera para hacer resonar sus pasos.

—Dejen de discutir, por favor —intervino doña Dominga—. El patrón dijo que podrán ir todas a conocer el parque este sábado por la tarde. Parece que habrá juegos para atraer a la población e invitar a recorrerlo. Sólo deberán contener su impaciencia un par de días más.

Hubo gritos de alegría y pronto el grupo se dispersó.

—Lo siento —se disculpó Léonie—. Lamento haber causado esto.

—No te disculpes, el mal genio de Clorinda no es culpa tuya. Está enojada por las atenciones que te dedica don Eladio. Era su favorita hasta que llegaste. No le hagas caso, ya se le pasará. Ahora, dime si prefieres comer o que te preparen un baño. Te ves cansada y debes recuperarte para esta noche.

A Léonie le sorprendió el exceso de amabilidad de doña Dominga. La actitud de la mujer hacia ella había cambiado, se había suavizado. Dedujo que se debía al mismo motivo que había enardecido la rabia de Clorinda.

—Prefiero un baño caliente. Eso me ayudará a relajarme, estoy cansada además de embarazada —señaló su falda.

Poco después una criada le avisó que estaba lista el agua caliente en una de las tinas. Léonie se dirigió hacia el cuarto donde las muchachas se daban los baños diarios. Había cuatro bañeras de cobre, se metió en la que estaba llena y disfrutó del agua perfumada un largo rato. Antes de salir se lavó el cabello

y después le agregó un aceite para facilitar el peinado, como le había sugerido Gilberta en su primer día allí.

Regresó a su habitación envuelta en una bata con bordes de encaje que Gilberta había incluido en las compras en la tienda San Miguel. Sin preocuparse por ponerse un camisón para dormir la siesta, se arrojó sobre el lecho en cuanto entró. El cansancio la venció en pocos instantes y se quedó dormida. Pero no halló un sueño reparador. Su mente la llevó por caminos inesperados. Volvió a encontrarse en el flamante parque, junto a Rocamora, donde él corría y ella iba detrás, tratando de alcanzarlo. La persecución duró un largo rato, en el que sortearon puentes de madera sobre el lago y pozos listos para plantar árboles. Cada vez que lograba acercarse, él reía y se escabullía. Hasta que finalmente ella logró atraparlo. Pero en cuanto tuvo su mano sobre el brazo de él, Rocamora se desintegró. En su lugar sólo quedaron sus ropas, caídas en desprolijo montón en el césped. Volvió sobre sus pasos en una nueva búsqueda pero sin verlo, apenas escuchando su voz que la llamaba desde lo oculto, obligándola a correr por él.

Se despertó sobresaltada, agitada, con calor y la garganta seca. Buscó en la mesa de luz pero había olvidado llevar una jarra con agua. Decidió ir a buscar una a la cocina. Se asomó al pasillo tal como estaba, en bata, y observó que el reloj de pie indicaba que todavía faltaba un poco para las cuatro. Plena hora de la siesta. Sin duda todas las habitantes de la casa estaban durmiendo, recuperándose para la noche. No se molestó en cambiarse y bajó las escaleras con cuidado para no hacer ruido. Sus pies descalzos la ayudaron a lograrlo y en pocos instantes llegó a la cocina, donde encontró el agua. Bebió hasta saciarse y recién entonces pudo tranquilizarse para pensar. Era la primera vez en mucho tiempo que no soñaba con Jules. Estaba aturdida, no quiso buscar explicación a lo que ocurría en el sueño porque no la había. Las pesadillas eran así, se dijo, y trató de olvidarla.

Decidió llevar agua a su habitación e intentar descansar un rato más.

Todavía faltaba para que comenzara el movimiento propio de la tarde, en anticipo a la lujosa velada de cada noche. Se dirigía a la escalera con una copa en la mano cuando llamó su atención una suave música. Escuchó con cuidado y descubrió que no venía del salón principal donde recibían a los invitados, no podía ser la banda ensayando. El sonido nacía en el otro lado del pasillo, en el estudio de Rocamora. Se acercó con pasos sigilosos y encontró la puerta de madera entornada. Embelesada por la melodía, no quiso marcharse sino escuchar más. Recostó la cabeza contra el marco y allí se quedó. Los acordes la envolvían, la acariciaban con suavidad. Hasta que lo que había sonado con delicadeza fue aumentando de intensidad. La música se volvió viva, penetrante, urgente. Imaginó los sentimientos que harían vibrar a quien la ejecutaba y la curiosidad pudo más. Asomó la cabeza y confirmó lo que había sospechado: era el mismo Eladio Rocamora quien arrancaba esas exquisitas notas de un violonchelo. Nadie más se hubiera animado a meterse en el escritorio “del patrón”, como lo llamaban todos.

Lo distinguió con los ojos cerrados, abrazando el enorme instrumento con sus piernas y acariciándolo con los brazos mientras los dedos de una mano apretaban las cuerdas en la parte superior y el arco las acariciaba más abajo. Por un instante se imaginó a sí misma en ese lugar y le faltó el aliento.

La cabeza de Rocamora se movía agitada, acompañando los acordes más intensos, los cabellos alborotados, libres del tirante peinado que había llevado esa mañana. Descubrió rebeldes rulos que caían sueltos dándole un aspecto salvaje. Llevó la mirada hacia abajo y encontró sus huesudos y peludos tobillos. Estaba observándolo en pleno estudio de los pies descalzos cuando la sorprendió un inesperado silencio.

La música cesó de golpe. Levantó la vista y encontró los ojos de él acusadores, en un gesto que revelaba que no le gustaban las audiencias inesperadas.

—Lo siento, señor Rocamora, no quise interrumpir —fue lo primero que se

le ocurrió decir, incómoda por haber presenciado tal entrega hacia la música, un momento muy íntimo.

—Pero lo hiciste —respondió con hosquedad.

Léonie se dio vuelta para marcharse pero él la detuvo.

—No, no te vayas. Entra y cierra la puerta. No quiero a nadie más espiándome.

—No estaba espiando —replicó a la vez que obedecía.

—¿No? ¿Y cómo llamas a meterte en una sala sin haber sido llamada y observar a alguien que no te invitó a hacerlo?

—Lo siento, señor Rocamora —volvió a repetir, con las mejillas enrojecidas.

La vergüenza le confirió vulnerabilidad y eso ablandó el gesto de él.

—Acércate —ordenó—. ¿Te gusta la música?

—Sí, mucho.

—¿Reconoces la pieza que toqué?

—No, sé que la he escuchado antes, pero ignoro cómo se llama o su autor.

—Es de Bach. ¿Lo conoces?

—He oído su nombre. Johann Bach. Es una melodía muy bonita. ¿Siempre toca aquí a solas?

—Sí.

—¿Nunca en el salón con público?

—Por supuesto que no, no soy un entretenedor —murmuró con desprecio por la idea—. Lo hago por placer —dijo recorriendo el costado del violonchelo con cuidado, con las yemas de los dedos como si fuera una caricia, evitando que sus anillos golpearan la madera lustrosa. Hasta que apartó el instrumento, se puso de pie y lo sostuvo frente a él—. Ven —ordenó con una mano extendida en el aire hacia ella.

Léonie obedeció y avanzó.

—Deja la copa en la mesa.

La tensión del encuentro había vuelto a darle sed, por lo que bebió antes de dejar el vaso.

—Me gusta ver tus labios mojados, tienen un brillo que no se logra con el maquillaje —mencionó Rocamora, y ella se arrepintió de haber tomado. Los presionó uno contra otro buscando secarlos, lo que provocó la risa de él—. No lograrás ocultarlos de esa manera, ni harás que me parezcan menos tentadores.

Asustada por esas palabras, Léonie evaluó la posibilidad de darse vuelta y salir corriendo, pero todavía estaba afectada por aquel extraño sueño y allí se quedó.

—Ven —insistió.

Cuando ella estuvo a su lado, alzó la mano para acomodarle los cabellos, enmarañados porque se había acostado con las hebras húmedas.

—Lamento mi aspecto, no esperaba encontrarme con nadie —se disculpó e intentó recoger la cabellera en un improvisado rodete.

—¡No, déjalo así! —ordenó impetuoso.

—Sólo iba a acomodarlo —respondió sobresaltada.

—No quise asustarte, es que no quiero que acomodes tus rulos, me fascinan tal como están. Nunca te había visto con tu melena suelta, es hermosa, ¡y tan suave! —finalizó con admiración, mientras enredaba un mechón en sus dedos.

Léonie no sabía qué hacer. Las palabras de él le provocaban un extraño cosquilleo en el estómago. Muy similar a las sensaciones que le había despertado Ernest años atrás. Cuando la mano de él pasó de los cabellos a la nuca y la acarició en círculos, el cosquilleo llegó a las piernas. Léonie percibió un temblor. Todos los vellos de su cuerpo se erizaron. Sus latidos se aceleraron. Los dedos de él se deslizaron por el costado del cuello hacia adelante, recorrieron la clavícula y el escote, para desatar la cinta que cerraba la bata a la altura de sus pechos, separar la tela y luego deslizar la mano por



entre medio de ellos. Léonie sintió su piel arder. Apoyó su mano sobre la suya pero no intentó detenerlo. Apenas acompañó su movimiento, que llevó el puño en línea recta hacia abajo, hasta el ombligo. Léonie se perdió en sus sensaciones.

Allí se detuvo la mano de Rocamora. Juguetó unos instantes recorriendo el vientre con las puntas de los dedos, dibujando diseños invisibles sobre ella. Cuando sus dibujos acariciaron el nacimiento del vello púbico se detuvo. Dio un paso atrás y la observó con atención.

—Del mismo tono encendido que tu cabellera. ¡Eres hermosa! —exclamó con admiración.

Léonie intuyó lo que vendría a continuación y, contra su voluntad, ansió por ello. Los dedos de él siguieron bajando hasta encontrar los húmedos pliegues y se perdieron entre ellos. Un gemido escapó de su boca y por primera vez él se acercó como si fuese a besarla. Aunque se detuvo a escasa distancia de sus labios.

—Quiero que seas tú quien me busque. Quien ansíe tocarme. Quien me bese. Quien quiera acariciarme. Quiero que me pidas que te haga mía.

Las palabras de él le hicieron recobrar la sensatez que momentos antes había escapado de ella. Sentía que estaba lista para dar el siguiente paso, lo deseaba. Pero también sabía que una vez que él la probase en su lecho la obligaría a atender a sus invitados. Se negaba a ello.

—Pues seguirá esperando —respondió con toda la frialdad que consiguió juntar mientras se apartaba de la deliciosa caricia que le estaba regalando. Cerró con dedos temblorosos la tela abierta de su bata y salió corriendo hacia su habitación. Mientras se alejaba escuchó los sonidos del chelo que volvían a inundar los pasillos. Eso le aseguró que no iba tras ella, y en lugar de darle alivio, le provocó una especie de decepción.

\*\*\*

Esa noche, en el salón, el tema de conversación protagónico era la inauguración del parque. Las muchachas hablaban con orgullo de la asistencia de Rocamora, eso enaltecía la *maison* y se sentían como si todas ellas lo hubiesen acompañado. El tema se repetía en los rumores que circulaban y el nombre de Léonie surgió varias veces. Eso provocó el encono de Clorinda, quien echó varias miradas cargadas de odio a la francesa. Ella trató de ignorarlas, y se fue a sentar a una silla alejada, en el otro extremo del salón.

—Estaba segura de que ese color te favorecería, y no me equivoqué, ¡estás preciosa! Se destaca el pálido tono de tu piel, y no pasas desapercibida. Sin duda todos los hombres querrán tu compañía —le dijo Gilberta en cuanto entró a la sala poco después y acudió a su lado, refiriéndose al vestido rojo oscuro de Léonie que ella la había convencido de aceptar.

—Pero yo no quiero la compañía de ningún hombre, *chérie*.

—Creo que ellos no piensan lo mismo. Estás acaparando todas las miradas, aunque no te guste.

—No es cierto, te miran a ti, con tu encantador y juvenil estilo.

—Muchos prefieren la sofisticación que encierra una francesa.

—¿Acaso noto cierta competitividad en tu voz? —preguntó sorprendida.

—¡Claro que no! Apenas te hago ver la realidad: todos desean acaparar tu atención, en cuanto el patrón lo autorice habrá una fila de caballeros esperándote. Tendrás un éxito indiscutido.

—Pero por ahora ese éxito es tuyo, pequeña. Se acerca tu galán habitual —le indicó Léonie señalando alguien a espaldas de su amiga.

Ella no se giró, sino que esperó a que él llegase para dejarse abrazar desde atrás y recostarse contra el cuerpo masculino con sensualidad.

Poco después se habían marchado al piso superior y Léonie volvió a encontrarse sola. Estaba considerando cuántas piezas musicales más debería escuchar antes de que fuera apropiado marcharse cuando un caballero se ubicó a su lado. No lo había visto las noches anteriores pero eso no la sorprendió. Aunque solían repetirse los invitados, también surgían rostros nuevos.

—Buenas noches —la saludó con corrección.

—Buenas noches —respondió a su vez.

—Encantador acento. Me han dicho que es francesa y veo que no me han mentido.

—Así es.

—¿Podría decirme algo en su lengua? —pidió el hombre, de unos cincuenta años, pero todavía en forma, con una cadena de oro reluciendo sobre su chaleco, de un bolsillo al otro, en cuyo extremo sin duda colgaba un costoso reloj.

—*Voulez-vous que nous parlions français?* —le respondió, solícita, en su lengua natal.

—No, no, no. Yo no hablo su idioma, no estaba de moda en mi época y ya estoy demasiado grande para estudiarlo. Apenas entiendo algunas palabras sueltas, pero me encanta escucharlo, y debo decir que usted lo pronuncia de una manera exquisita.

—*Merci.*

—No veo la hora de escucharla hablándolo junto a mi oído con nuestros cuerpos desnudos entrelazados en el lecho.

—Eso no ocurrirá, *monsieur* —respondió en español para asegurarse de que él entendiera.

—¿Por qué no? No es práctica habitual aquí que las empleadas rechacen a los invitados.

—No, no lo es, pero yo no soy empleada de esta *maison*.

—No es lo que me han dicho —insistió y apoyó su mano sobre la de ella y apretó su puño alrededor.

—Quien le haya dicho lo contrario se equivocó —dijo Léonie buscando soltarse sin éxito.

—No lo creo. Clorinda me conoce desde hace mucho, y cuando le pregunté me dijo que usted estaba disponible, igual que todas. Creo que ahora está mintiendo para rechazarme y yo no tolero los rechazos. Vamos — concluyó con voz recia levantándose y arrastrándola con él para ponerla de pie.

—¿A dónde quiere ir?

—¿A dónde va a ser? Arriba. Vamos, muchacha. Conozco el camino.

Léonie buscó con la mirada a Rocamora por el salón pero no lo halló. Ni él ni las volutas de humo habituales de su pipa estaban allí. No lo había visto todavía esa noche, aunque solía estar siempre.

—No —intentó resistirse—, suélteme, no hago esto.

—Claro que sí, por eso estás aquí. Una dama decente no vendría como invitada a este sitio, aunque sea el prostíbulo más refinado de la ciudad, sigue siendo un burdel. ¡Vamos! —la apuró con ímpetu.

—¡Le he dicho que no! —exclamó Léonie y varias cabezas se giraron al escuchar su voz, pero nadie se acercó. Siendo una casa de citas de lujo, con público selecto, no había guardias en el salón. Fuentes y otro robusto empleado estaban atentos en la puerta de calle para evitar visitas que no cumplieran los requisitos de elegancia y alcurnia, pero pocas veces se los requería en el interior.

Sin agregar una palabra más, el hombre la tomó con la mano libre por la cintura y la obligó a caminar hasta la escalera. Estaban a punto de subir al primer escalón cuando una imponente voz los obligó a detenerse.

—Buenas noches, don Segismundo. Hace mucho que no lo veía por aquí, me alegra que haya vuelto a visitarnos.

—Estuve de viaje, Rocamora, pero ahora que he regresado, me verá seguido por su casa. Especialmente por esta nueva compañía extranjera que ofrece.

—Por eso quería hablar con usted, ha habido un error: *mademoiselle* Léonie está sólo de visita, por eso no puede acompañarlo arriba, como ella misma le ha dicho.

—¿Cómo que no puede? Todas las muchachas están aquí para ser elegidas.

—Todas no, ella no.

—Déjese de tonterías, hombre. Diga el precio. Si es más cara no me importa, puedo pagarlo. Estoy seguro de que bien lo vale la francesita —se jactó con un guiño que buscaba complicidad.

—Le he dicho que no —repitió con firmeza—. Puede elegir a otra de las muchachas del salón o puede retirarse, pero no subirá con *mademoiselle* Léonie.

—¿Y quién me lo impedirá? —lo desafió.

—Yo mismo si me obliga a ello —dijo dando un paso hacia adelante para abrirse el saco y mostrarle la culata de una pistola que llevaba en la cintura. Léonie no la había visto hasta entonces y se asustó. No sabía que Rocamora anduviese armado.

Ofuscado, el prepotente invitado soltó el brazo de Léonie, que todavía retenía con fuerza, y ella se lo frotó, dolorida. Rocamora la observó pero no dijo nada hasta que el hombre se hubiese marchado tras soltar improperios poco dignos de un caballero.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado en cuanto se aseguró de verlo salir.

—Sí, sí.

—¿Estás segura?

—Sí, no es nada, sólo me apretó un poco, no me lastimó. Gracias por salvarme.

—No me agradezcas, es parte de mi trabajo —buscó quitarle importancia.

—¿Lo hizo sólo por eso? —preguntó con cierta decepción en la voz.

Él la miró largos momentos, levantó una mano y le acarició la mejilla antes de responder con voz ronca:

—Bien sabes que no.

—Dígame entonces por qué lo hizo —lo provocó con el corazón acelerado. Le importaba mucho esa explicación.

Sin decir palabra, Rocamora la tomó de la mano, con más suavidad que la empleada por el hombre que se marchara, pero con suficiente firmeza para no permitirle escapar, y la llevó escaleras arriba. Ella no se resistió.

Caminaron de la mano hasta la puerta de la habitación de Léonie, cuyo corazón latía con mayor velocidad a cada paso.

—Sigo esperando una respuesta —insistió.

—Porque no serás de nadie más, sólo mía —respondió empujándola contra el marco de madera, llevándole las manos a los costados de la cabeza y mientras se las sostenía, la besó impetuoso. La besó hasta hacerle doler la boca. La besó con vehemencia hasta que ella dejó de resistirse. Absorbió sus labios, los frotó y los chupó. El instinto hizo que Léonie respondiera abriendo la boca y a partir de allí el beso dejó de ser una batalla para convertirse en un encuentro memorable.

Mientras las bocas se encontraban, se buscaban, las lenguas se recorrían descubriéndose uno al otro, los brazos de Léonie escaparon de la pared y tomaron el cuello de Rocamora para envolverlo y acariciarlo. La reacción fue instantánea: él soltó un gemido muy parecido a un gruñido, la abrazó y la apretó con fuerza contra su cuerpo, para enseguida recorrerle los costados y provocarle escalofríos.

—Sí, así, más. Por favor, tócame —escapó de la boca de Léonie, con inusitada intimidad.

—¿Me lo estás pidiendo?

—Sí —murmuró, mientras temblaba por dentro. No le importaba

reconocer que la atracción que le provocaba ese hombre era más fuerte que el rechazo por toda la situación. En ese momento eligió no pensar, eligió sentir.

La respuesta de ella fue el impulso que él necesitaba para levantarla en sus brazos y llevarla a la habitación. Tras cruzar la puerta le dio una patada con el talón para cerrarla y avanzó hasta quedar junto al lecho para bajarla.

—Eres tan hermosa —murmuró con énfasis mientras le recorría el mentón con dos dedos para luego acariciarle el cuello y probarlo con sus labios. Léonie echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se dedicó a disfrutar. Sintió que las fuertes manos de él sujetaron el vestido y rasgaron la tela del frente, desde el escote hasta la cintura. No le preocupó, él lo había pagado, tenía derecho a romperlo si lo deseaba.

Ansioso, Rocamora gruñó ante la vista del corsé.

—Una tijera —le pidió con urgencia.

—En el primer cajón —respondió señalando la cómoda.

Eladio se apuró a buscarla y en pocos segundos había cortado las cintas que ajustaban la prenda por la espalda. Los restos del corsé cayeron al piso sin que a nadie le importasen. Estaban ambos perdidos en un nuevo beso, mientras las manos de él se adueñaban de los pechos, los apretaban, los descubrían, los adoraban. Rocamora apartó la boca de los labios de Léonie para bajar por el cuello, llevarla hasta un pezón y absorberlo, luego el otro. Alternó el juego hasta que Léonie gritó:

—¡Sí! ¡Así!

Él le hizo caso, empujado por las fogosas palabras de ella y la temperatura aumentó entre ellos. La boca se adueñaba de esos pechos con intensidad, exaltando su sensibilidad. Sus pieles ardían, la sangre en sus venas se encendía con el contacto.

—¿Quieres que me vaya? —la sorprendió al rato con una extraña pregunta.

—¿Qué? —respondió sin abrir los ojos, que había cerrado para perderse en las sensaciones que él le ofrecía.

—Que si me lo pides, me iré ahora mismo.

—No, no quiero que te vayas. Quiero que te quedes y me muestres todas las promesas que intuí en nuestro encuentro cuando tocabas música — aseguró con la respiración agitada y los latidos acelerados.

—Quítate la falda y todo lo que te queda —ordenó exaltado por la respuesta.

Mientras ella obedecía, Eladio no dejó de observarla, al mismo tiempo que se arrancaba sus propias ropas. En pocos minutos todo estaba en el piso y él la miraba atento, desde su esplendorosa desnudez. Léonie disfrutó de la visión de ese cuerpo de músculos suaves pero que se marcaban a través de la piel cuando él los tensionaba. Su respiración se agitó todavía más y se pasó la lengua por los labios, reseco por la expectativa, para humedecerlos. Ese gesto provocó una seductora sonrisa de Rocamora.

—Ven a mí cuando estés lista. Te estoy esperando —anunció de pie junto al lecho con una mano extendida en el aire.

Léonie siempre había tenido un papel pasivo en sus relaciones junto a Ernest. La iniciativa que le estaba pidiendo Rocamora resultaba una novedad para ella, pero no le desagradó la sensación.

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó acercándose a él con las manos en las caderas, para exhibirse mejor.

—Eso y más —asintió él y la tomó de la cintura para pegarla a su cuerpo mientras se adueñaba de su boca.

El beso la transportó lejos de allí. Sus manos se cruzaron tras la nuca de él, los cuerpos unidos desde el pecho hasta las rodillas. La erección que presionaba contra su pubis le transmitía calor y ella disfrutó de esa cercanía. Se frotó contra él hasta que lo escuchó gruñir.

—Vamos al lecho —ordenó con su profunda voz en un tono más grave aún y la invitó con un gesto. Léonie obedeció y se recostó, cargada de expectativas por lo que vendría. Aunque hacía mucho que no se entregaba a



un hombre, sentía que su cuerpo estaba listo para esa unión. Ansiaba por recibir a Rocamora. Para su sorpresa, él no se echó encima de ella con intenciones de penetrarla, sino que se sentó con la espalda contra la cabecera de la cama. Lo observó expectante desde donde estaba pero, lejos de cambiar la postura, Eladio le extendió la mano.

—Ven a mí.

Entendió que estaba tan listo para la unión como ella y que la estaba llamando, pero no comprendía para qué. Todas las veces que se había acostado con Ernest él se había colocado encima. No se le ocurría que hubiera otra forma de amarse.

—¿No quieres tomarme? ¿No ansías mi cuerpo? —preguntó curiosa.

—Con locura —respondió tragando saliva con fuerza, lo que hizo moverse la nuez de Adán de su cuello y ella la observó fascinada, con un repentino deseo por besarla allí. Por besarla todo. Sentía una poderosa atracción por ese hombre.

—Entonces tómame —le pidió.

—No, no te poseeré, serás tú quien me haga el amor esta noche, quien comande la unión de nuestros cuerpos.

—No comprendo.

—Te dije que yo no te forzaría, que tú me buscarías a mí, y esta es la mejor prueba de mis palabras.

Léonie no supo qué decir. No entendía si el pedido era un juego o parte de una burla. Lo que sí sabía es que su cuerpo deseaba el de él. Léonie ansiaba por la unión total de ambos. Y Eladio se la estaba ofreciendo. Decidió que no iba a detenerse a analizar la situación en ese momento. Lo haría más tarde, mañana, otro día. La sangre corriendo veloz en sus venas le pedía otra cosa. Se incorporó arrodillada sobre el lecho y se aproximó a él. Viendo que no sabía cómo seguir, Rocamora le ofreció una mano para ayudarla a acomodarse sobre él. Su respiración agitada indicaba que estaba tan excitado

como ella. La asistió para que pasara una pierna sobre las suyas y se agachara sobre su pelvis. La pose la encendió más aún. Se inclinó y lo besó con fervor. La respuesta de él fue sujetarle la nuca para adueñarse de su boca incansable. La invadió y la recorrió con su lengua hasta quitarle el aliento. Léonie sintió su cuerpo flaquear, lo deseaba con desesperación.

—Tus gemidos dicen que me deseas —adivinó él apartando su boca apenas unos centímetros—. Tómame ahora —exigió.

Léonie obedeció. Con una mano apoyada en un hombro de él y la vista fija en esos mágicos ojos grises, tomó su miembro con la otra y lo introdujo con certeza en su cuerpo. Fue bajando de a poco hasta tenerlo por completo dentro de sí, sin apartar nunca su mirada de Rocamora. La unión provocó más exhalaciones breves y agitadas de ambos, que cada uno absorbió de la boca del otro mientras disfrutaban de esa intensa cercanía.

—Sí, tómame así, muévete conmigo —pidió y comenzó a elevarse sobre el colchón mientras la sujetaba contra sí. Léonie respondió a su juego y pronto ambos se perdieron en un viaje frenético.

Mientras cabalgaban juntos, los dedos gruesos de esas manos llenas de anillos la recorrieron sin descanso, haciendo arder su pálida piel. Los pezones de un tono rosado claro, destacado contra la piel nívea de sus senos, estaban duros por los besos que no se cansaba de prodigarle, aunque cada tanto los cambiaba por pequeños mordiscos que la hacían jadear, en una mezcla de dolor y placer.

La intensidad de sus movimientos era tan rápida que ya no podían aumentarla más. Léonie sintió que esa misma energía la inundaba, que atravesaba todo su cuerpo, llegando a todo su ser, haciéndola sacudirse hasta estallar en mil pedazos. Se abrazó con fuerza a Rocamora al mismo tiempo que él volvía a tomar su boca en un profundo beso y la sujetaba sobre sí con un poderoso gruñido.

Cuando la tormenta que la zarandeara como en un mar embravecido

amainó, Léonie dejó caer el peso de su cuerpo sobre ese pecho musculoso, sin soltarse de su espalda. Dejó que sus dedos lo recorrieran, en un mimo impensado. Él la abrazó también y escondió la nariz entre sus cabellos y el cuello para inspirar con fuerza su aroma. Enseguida ambos rodaron hasta quedar abrazados lado a lado sobre el colchón.

Él percibió que Léonie había detectado su secreto. Había encontrado con el tacto las irregularidades en la piel de su espalda al abrazarlo en la unión final. En aquel momento no había dicho nada, pero entonces, ya relajados, se giró y dejó expuesta una maraña de cicatrices bajo el reflejo azulado de la lámpara de aceite. Léonie no pudo evitar confirmar lo que había sospechado y soltó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué le ocurrió a su espalda? —preguntó sin contenerse, y volvió a retomar el trato distante una vez pasado el momento de intimidad.

—¿No crees que debes abandonar ese modo de dirigirte a mí? —esquivó la respuesta preguntándole algo para ocultar su incomodidad.

—Es que todas las muchachas le hablan así, y se ha acostado con todas.

—Tú no eres como todas —le aseguró con prontitud, mirándola a los ojos —, eres especial.

—¿Tan especial como para que me cuente lo que le ocurrió a su espalda?

—Te lo contaré si empiezas a tutearme.

—Bien, tenemos un trato.

—No le he dicho a nadie en esta casa lo que me ocurrió, aunque muchas han visto mi espalda.

—¿Por qué aceptó... aceptaste contármelo a mí? —se corrigió.

—Ya te lo he dicho: porque eres especial.

—¿Ser de otro país me hace tan especial?

—No se trata de tu nacionalidad, sino de ti, de tu persona. Me provocas cosas que no conocía, sentimientos que nadie había despertado en mí antes. Tengo ganas de protegerte y a la vez de amarte con locura, hasta que tu

cuerpo no soporte más la exquisita tortura, hasta hacerte gemir de dolor por el deseo no consumado, para ser quien calme tus ansias dándote todo el placer.

—¿No es así cada vez que te acuestas con alguien?

—No —respondió con naturalidad—, por lo general busco alcanzar mi propio alivio y nada más. Contigo fue diferente, me enloqueció verte temblar. Tu cuerpo esta noche se convirtió en mi prioridad, y gocé con eso.

Ofuscada por la explicación, Léonie se quedó en silencio. Nadie le había dicho antes algo semejante. La relación con Ernest era diferente, él nunca se había preocupado por sus deseos. La revelación de Rocamora la descolocó, no sabía qué decir. Hasta que recordó el trato hecho momentos atrás y eso la ayudó a escapar de la situación.

—Agradezco tu consideración, pero no creas que eso te salvará de cumplir con tu parte de la explicación.

—*Touché!* —exclamó riendo y utilizando una expresión en francés por primera vez—. Me atrapaste.

Su risa sonó mágica en los oídos de Léonie.

—Es una de las pocas ocasiones en las que te he oído reír. Aquí y en el carruaje. Y creo que no más.

—Tienes razón. No es algo que hago habitualmente.

—¿Por qué no?

—Tiene que ver con esa historia que quieres saber sobre mis cicatrices. Todo comenzó con mi nacimiento. Fui un bebé deseado por mis padres pero por nadie más. Todos en sus familias me consideraban una maldición, creían que traería desgracias a ambos bandos.

—¿Bandos? ¿Acaso estaban peleados?

—Algo así. Los gitanos y los payos se han odiado desde hace siglos. No aceptan las uniones mixtas.

—¿Eres gitano?

—Mi padre lo era. Un gitano de piel oscura y ojos negros como la noche.

Mi madre, en cambio, tenía la piel clara y los ojos del color del cielo en un día tormenta.

—Como los tuyos.

—Sí, así dicen —asintió y continuó—. Yo no la conocí, murió en el parto.

—Lo siento.

—Mi padre enloqueció de dolor por su muerte y me llevó a vivir con su familia, me cuidó su hermana Jovanka. Desde que tengo memoria fui criado como un gitano, pero cuando estaba por cumplir doce años mi padre murió y allí comenzó el infierno en vida para mí —contó con la voz cargada de dolor y calló. Léonie respetó su silencio hasta que él continuó—. Poco antes mi tía se había casado y su marido, a quien no puedo llamar tío, me odiaba. Estaba enojado por tener que criar a un payo. Así me llamaba. Aunque llevo tanta sangre gitana como blanca, para él yo era un paria. Y me demostró su odio de muchas maneras.

—Pero eras apenas un niño.

—Para él representaba el enemigo. Me trataba como a un esclavo, y cuando no cumplía mis tareas me castigaba como tal, con un látigo.

—*Mon Dieu!* —Léonie no logró contener una exclamación de espanto—. ¿Y tu tía? Ella consentía eso.

—Ella poco podía hacer. Las mujeres gitanas deben acatar las decisiones de sus esposos. Mi tía Jovanka no era mala, me cuidaba con sus ungüentos después de las palizas y me traía comida de la buena a escondidas.

—¿Comida de la buena?

—Su marido ordenaba que me dieran los desechos, las cáscaras de las papas y cosas así, lo mismo que a los cerdos. Pero ella se las arreglaba para alimentarme bien y a veces hasta incluía un dulce de contrabando.

—Lamento que hayas pasado por todo eso.

—Fue mi destino, y eso me hizo fuerte. En cuanto crecí y pude hacer frente a mi agresor le di una paliza.

—¿Por eso te marchaste?

—Sí, tenía dieciséis años y no estaba dispuesto a seguir tolerando su maltrato. Lo dejé malherido y me fui de su casa. Vivíamos en Cádiz, una ciudad costera, y siempre me habían fascinado los barcos. No fue difícil deducir que el mar me ofrecía mi vía de escape. Conseguí empleo como aprendiz en una nave que partía a América y tocaría varios puertos. No sabía sus nombres, ni dónde quedaban, pero cualquier lugar era bueno porque estaría lejos de allí.

—¿Y llegaste a la República Argentina?

—Sí, aunque por entonces no tenía este nombre, ni siquiera era un país. Eran un montón de provincias unidas en confederación.

—No entiendo la diferencia.

—Que el sistema político era muy precario, todo estaba en formación, había una guerra interna. Todo eso me sirvió para hacer negocios y así logré una buena posición.

—¿No volviste a saber de tu familia?

—Si te refieres a mi tía, no. Nunca le escribí. En el momento en que subí al barco busqué olvidar mi pasado, dejé atrás mi sangre gitana. Hasta renegué del apellido de mi padre, Montoya, y tomé el de mi madre, Rocamora.

—Tienes dos identidades —señaló—, parte de tu alma es gitana.

—Quizás, ¿eso te molesta?

—Claro que no. Es que nunca había amado a un *gitan*. Amado no... —se corrigió con vergüenza—. Quise decir, hacer el amor... O más bien tener un encuentro carnal, no domino del todo esta lengua.

—Ya entendí, no sigas tratando de explicarte —la cortó con voz seca.

—¿Y la música? —preguntó para cambiar de tema.

—¿Qué hay con eso?

—¿Quién te enseñó a tocar?

—Mi padre amaba su guitarra y con él aprendí de niño a amar la música.

Pero me negué a tocar ese instrumento desde que murió. Muchos años después pude comprar un chelo y tomé algunas lecciones.

Mientras hablaba su voz había pasado de la rabia a la paz. En un momento levantó la mano derecha y la sostuvo frente a sus ojos, mirando los anillos.

—Son de tu padre, ¿no es así?

—Sí, un recuerdo del que no pude desprenderme. Los guardé atados en un pañuelo durante mucho tiempo. Hasta que un día, ya adulto, decidí empezar a usarlos. Me recuerdan que no siempre fui huérfano, que tuve alguien que me amó alguna vez.

Esas palabras hicieron estremecer el corazón de Léonie.

—Lamento que no conocieras a tu madre. Ella sin duda te hubiese amado con todo su ser. Las madres somos así, nos enamoramos de nuestros hijos, son como una parte de nuestro cuerpo que vive fuera de él y que se llevan nuestro corazón a donde vayan.

—¿Eso es lo que tú sientes por tu hijo?

—Sí, siento que mi corazón no está conmigo en estos momentos, que estoy muerta en vida si él no está a mi lado —explicó con la garganta atenazada por el dolor.

Rocamora le tomó una mano entre las suyas y en un inesperado gesto de cariño la llevó hasta sus labios y depositó en la palma un cálido beso.

—No consigo imaginar una sensación semejante. Habla de una entrega total.

—Así es. Daría todo por mi hijo. Estoy dando todo por él. Mi cuerpo, mi alma, mi honor. Hasta estoy dispuesta a trabajar para ti para recuperarlo —murmuró con cierto desprecio por sí misma en la voz—. ¿Acaso mi sacrificio no habla de mi devoción por él?

Rocamora sacudió la espalda como si le hubiesen dado un latigazo ante esas palabras.

—No te preocupes que no te pediré nada más por hoy, no será necesario

que continúes sacrificándote por esta noche —expresó taciturno y se bajó del lecho para juntar sus ropas. Se vistió en silencio y se dirigió hacia la puerta, para desde allí saludar lacónico—. Buenas noches.

Léonie se arrepintió de la última frase que había pronunciado, pero había escapado de sus labios sin que pudiera evitarlo. Todo lo relacionado con Jules la ponía en alerta, sensible, con los sentimientos a flor de piel. Sus palabras habían dado a entender que el rato compartido en el lecho había sido una obligación cuando ella había llegado allí por su voluntad. Y además había disfrutado del encuentro.

Alcanzó a decir *Buenas noches*, pero la frase le sonó a poco. No representaba la pesadumbre que la invadió.



## 6

El ruido de las tazas al chocar contra los platos y el cotilleo que traspasaba la puerta del comedor indicaban que varias de las muchachas ya estaban levantadas y desayunando. Léonie entró con cara seria, imaginando que Clorinda estaría allí, y no se equivocó.

Avanzó hasta el aparador donde varias bandejas ofrecían masas y panecillos. Colocó uno en un plato y con la otra mano tomó un delicado pote de cristal lleno de dulce de naranja. Quitó la tapa y la cuchara servidora y lo llevó hacia la mesa. Eligió recorrer la sala dando una vuelta más larga que lo necesario, que la obligó a pasar detrás de Clorinda. Cuando estaba a su lado dejó caer el contenido de la dulcera sobre el cuello y la espalda de la muchacha.

—¡Aaajjj! ¡Lo hiciste a propósito! ¡Has arruinado mi vestido! ¡Me pagarás por esto! —exclamó la víctima poniéndose de pie de un salto, y desparramando más el dulce sobre sí misma y a su alrededor.

—Ya te estoy pagando. Esto es apenas una muestra de lo que te toca por haberme enviado un invitado anoche. Sabes que yo no recibo hombres.

—¡No me importan tus privilegios, francesa descarada! ¡Te crees mejor que nosotras, pero si estás aquí es porque eres igual que todas! ¡Una puta! La única ventaja que tienes, por ahora, es que has hechizado a Eladio con algún truco. Pero, te repito: ¡eso es sólo por ahora! En cuanto se canse de ti regresarás al agujero del que saliste, ¡mal nacida!

Las palabras de Clorinda inflamaron la rabia de Léonie y despertaron en ella sentimientos inesperados.

—Puedes esperar sentada: él nunca se cansará de mí —le dijo muy cerca de la cara, lo que provocó que Clorinda levantara la mano para tirar de los cabellos de Léonie. Ella se la sacó de encima con un manotazo que voló el platillo con la masa por los aires y cuando parecía que iban a enredarse en una pelea Fuentes apareció en la sala y las separó.

—Señoritas, esto no puede ocurrir en la mejor casa de citas de la ciudad. Si llega a oídos del patrón... —comentó mientras sacudía la cabeza de lado a lado y ambas contrincantes mutaron su rabia en vergüenza.

—Ella empezó, ¡arruinó mi vestido! —acusó Clorinda.

—No tengo tiempo para escuchar chismes —la silenció Fuentes y se dirigió a Léonie—. Vamos, vengo a buscarte. El patrón quiere verte.

La frase provocó un gesto de rabia y un gruñido de Clorinda, pero él lo ignoró.

—¿Está aquí? —preguntó Léonie.

—No, debo llevarte hasta un lugar. Él nos encontrará allí.

—¿A dónde vamos? ¿Cómo debo vestirme? —preguntó mientras se marchaba sin dedicar ni siquiera una mirada a su rival.

—Dijo que no es necesario que te arregles. Debemos ir de prisa.

—Bien, buscaré mi sombrero y mi bolso —explicó y partió escaleras arriba.

Cuando regresó Fuentes la esperaba junto al coche. La ayudó a subir sin decir nada y el viaje transcurrió en silencio. Circularon por calles que Léonie no conocía, hasta llegar a una zona que ubicó, por haberla recorrido alguna vez. La calle Florida, con muchos transeúntes. Fuentes detuvo la berlina y la puerta se abrió para que Rocamora subiera y se sentara a su lado.

—Buenos días —saludó sonriente.

—*Bonjour* —respondió en su idioma, pero sin sonreír. El altercado con

Clorinda había afectado su ánimo y la fría despedida de la noche anterior después del ardiente encuentro todavía estaba presente en su memoria.

El gélido recibimiento no impidió que él le tomara una mano para besarle los nudillos.

—Te ves preciosa, pero le falta una sonrisa a tu rostro.

—Lo siento. Mi día no comenzó de la mejor manera.

—Creo que eso tiene solución. Creo que voy a mejorarlo muy pronto — anunció enigmático.

—¿De verdad?

—Creo que sí —dijo y golpeó el respaldo del asiento de Fuentes para que avanzara.

—Demasiadas creencias. ¿Ninguna certeza?

—Espero que mis suposiciones se conviertan en realidad. Confía en mí, concédeme algunos minutos y verás.

Para no prolongar una discusión estéril, Léonie guardó silencio. Él estaba observando con detenimiento por la ventanilla y ella aprovechó para contemplar su perfil. Su rostro ofrecía líneas muy atractivas, singulares, sin duda provenientes de su origen gitano. Se fijó en la sobresaliente línea de la mandíbula, y recordó haberla besado con ansias la noche anterior. La imagen le provocó un cosquilleo. Apartó el pensamiento, incómoda. No se había puesto a analizar todavía los motivos que la llevaron a aceptar a Rocamora en su lecho. La excusa de que no había tenido opción no era válida. Lo sabía. Él le había ofrecido retirarse y ella se había negado. Le pareció que no era el momento para ponerse a pensar en ello, cuando un movimiento de él la distrajo.

—Ven, asómate —le pidió tras abrir la ventanilla.

—¿Aquí?

—Sí, mira hacia afuera y dime qué ves.

Léonie se corrió sobre el asiento para hacerle caso y se inclinó para

observar el exterior. Habían andado apenas media cuadra desde que él se había subido y ya estaban en la esquina. Miró hacia un lado y vio bastante movimiento de peatones, vendedores ambulantes y hasta un afilador de cuchillos detenido sobre la vereda. Después miró hacia el otro y vio a dos muchachos vendiendo periódicos. Uno bastante mayor que el otro. *No puede ser*, se dijo torciendo la cabeza. Ese niño era demasiado alto, y no se veían rulos pelirrojos sobresaliendo debajo de la gorra oscura. Ese no podía ser Jules. Estaba decidida a bajar para comprobarlo cuando escuchó una frase:

— ¡Diarioooo! ¡Diario! ¡*La Nación, La Prensa*, diarioooo!

¡Esa voz! ¡Ese acento francés inconfundible! ¡*Es Jules!*!, clamó un grito en su interior y aceleró su corazón.

Léonie buscó con desesperación la puerta y descubrió que Rocamora ya la había abierto al ver el cambio en su expresión. Él la había llevado sin decirle nada porque no estaba seguro, dado que no conocía al niño. Pero ese pequeño era francés y coincidía con la descripción. Hasta que la cara de ella le quitó todas las dudas: era su hijo.

Olvidando el decoro, Léonie levantó los bordes de su falda más de lo permitido por las buenas costumbres para poder correr sin tropezarse. En pocos instantes voló los pasos que la separaban del niño, se arrodilló a su lado y exclamó:

—*Jules! Mon petit!*

—*Maman!*

Se fundieron en un abrazo interminable. Léonie lo apartaba de sí cada tanto para mirarlo y enseguida volver a atraparlo junto a ella.

—Quítate esto, no me permite abrazarte bien —sugirió después de un rato, tironeando de la correa de cuero cargada de diarios que él llevaba cruzada sobre un hombro.

—No puedo, *maman*. Estoy trabajando, si me la quito me castigarán.

—¿Qué dices? Eres un niño, no estás obligado a trabajar.

—Es que así me gano mi comida —explicó orgulloso y Léonie sintió como si un puño le pegara en el centro de su ser. Su hijo no había sido acogido por una familia caritativa durante el tiempo que estuvo perdido sino que se había visto obligado a trabajar para sobrevivir.

—No te preocupes que ya no tendrás que hacerlo, hijo mío. Yo me ocuparé de ello.

—¿De verdad? —preguntó con una alegre sonrisa que indicaba que aquel trabajo no había sido un juego para él.

—Claro que sí —le aseguró mientras volvía a abrazarlo—, nada nos volverá a separar y yo te cuidaré.

En cuanto terminó de hablar se dio cuenta de que no había consultado con Rocamora la posibilidad de llevar a Jules con ella. Además, le molestaba que su hijo fuese a conocer un burdel, pero no había otra alternativa por el momento, por lo que se volvió hacia él, que se había mantenido a unos pasos de distancia.

—¿Puedo llevar a Jules a tu *maison*?

—Por supuesto, no se me ocurriría pedirte que te quedaras lejos de él, después de cómo me explicaste ayer que te afectaba su pérdida —le dijo con una mezcla de cariño y empatía que la conmovió. Enseguida recordó que habían mantenido esa conversación desnudos, en un intercambio de intimidades en un momento especial, y se ruborizó.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir.

En cuanto Jules se quitó el paquete de diarios de encima, el muchacho mayor que lo acompañaba se acercó con cara seria.

—¿Qué haces? No puedes abandonar tu puesto. Falta mucho para la hora del descanso.

—No sé cómo te llamas, pero te aviso que mi hijo dejará ese puesto en este mismo instante y para siempre —anunció Léonie en español.

—Pero, señora...

—No hay pero posible. Nos vamos.

El muchacho miró nervioso hacia la esquina de enfrente, hacia donde trabajaba un afilador. El hombre había dejado de pasar cuchillas y tijeras frente a la piedra que hacía girar con una manivela para prestar atención a lo que ocurría con los niños.

—Pero si Julio intenta irse nos castigarán. Y como sólo estaré yo, el castigo será para mí.

—¿Quién te castigará? —preguntó sorprendida.

—Algún muchacho de la banda, por orden de los jefes.

—¿Qué jefes?

—Los que nos hacen trabajar aquí —explicó y su mirada volvió a desviarse hacia la otra vereda.

—¿Él es tu jefe? —se le ocurrió preguntar señalando al afilador.

El chico asintió con la cabeza y rompió en llanto. Aunque era mayor que Jules, todavía usaba pantalones cortos y Léonie pudo ver que su miedo era real. Casi pánico. Afectada, se volvió hacia Rocamora en busca de ayuda.

—¿Podrías explicarle a ese hombre que me llevaré a mi hijo a pesar de lo que diga este niño y que él no puede castigarlo por ello? ¡Si es necesario aclárale que nadie tiene ningún derecho sobre Jules más que yo! —se exaltó.

—Tranquilízate, yo me ocuparé —anunció confiado, y cruzó la calle junto con el muchacho mayor.

Mientras, ella volvió a abrazar a Jules, a quien no había soltado la mano en todo ese rato.

—¿Estás bien, *mon chéri*?

—*Oui, maman*. Al principio tuve miedo, pero desde que encontré a Fidel y me uní a su banda me han tratado bien. En poco tiempo aprendí la lengua que usan aquí y conseguí trabajo, por lo que pude comer todos los días.

Un dolor oprimió el pecho de Léonie. Su niño había pasado hambre.

—¿Por qué te fuiste, Jules? ¿Por qué te alejaste de mí?

—Fue porque tenía hambre. Vi un carro que vendía manzanas caramelizadas y fui hasta allí, pero el hombre estaba marchándose, por lo que lo seguí, intentando convencerlo de que me regalara una. No lo logré, porque no me entendía. Cuando abandoné la idea ya no estaba en el puerto. Quise volver pero no conocía el camino y la gente a la que le preguntaba en la calle no me entendía. Me perdí —concluyó con la barbilla temblorosa por el llanto inminente, que enseguida se apoderó de él.

Léonie no tuvo fuerzas para retarlo por haberse alejado, sólo atinó a abrazarlo. Lo había recuperado, eso era lo único que le importaba.

—Ya nos podemos ir —anunció Rocamora al regresar poco después—. Lo convencí. No nos denunciará.

—¿Denunciarnos? ¡Pero si él me quitó a mi hijo!

—Él dice que no te lo quitó, sino que el niño fue a pedirle empleo. A cambio le dio un techo y comida. Y dice que por lo que ha comido, le debe un par de semanas más de trabajo, que podría demandarte por llevarte a su empleado.

—No es su empleado, ¡es sólo un niño!

—Los niños pueden trabajar. El empleo es legal a partir de los siete años, ¿cuántos tiene tu hijo?

—Ocho.

—No te preocupes, no será necesario discutir con él. Ya lo he arreglado. Vámonos.

—¿Y no lastimará al otro muchacho?

—Ha aceptado mi dinero, creo que cumplirá su palabra. De cualquier modo le dije al chico que puede buscar a Fuentes en el puerto durante el día si tiene algún problema. Ahora ya vámonos, no puedo ocuparme de socorrer a todos los niños de las calles de la ciudad —insistió con menos paciencia.

Léonie asintió y se dirigió hacia el coche sin soltar a Jules en ningún momento. Vio cómo su hijo se despedía de su amigo con la mano y subieron

juntos a la berlina, donde continuó abrazándolo durante todo el viaje.

En el asiento de enfrente, Rocamora la observaba de un modo extraño. No llegaba a sonreír, pero su rostro transmitía serenidad.

—¿Estás contenta?

—Más que eso, me animo a decir que soy feliz. Y te lo debo a ti: gracias.

—No me agradezcas, tenemos un trato —le recordó con una enigmática sonrisa.

Esa frase fue como un balde de agua fría sobre el exultante ánimo de Léonie. Él había cumplido y encontró a Jules. Sabía que ella tendría que cumplir con su parte y trabajar para él. Aunque detestaba la idea, era un precio que estaba dispuesta a pagar por haber recuperado a su niño.

—Lo haré, cumpliré mi parte —asintió con el mentón levantado para mostrar su fortaleza—, pero hay algo que me preocupa: ¿cómo va a vivir Jules en la *maison*? No me parece un lugar apropiado para un niño. Hay cosas que no quiero que vea. No puedo pagar una vivienda por ahora, pero si me adelantas algo de dinero podré mudarme. Lo devolveré trabajando, lo prometo...

—No.

—¿No?

—No, no te irás de mi casa. Debes vivir allí. Y no te preocupes por tu hijo: podrá compartir el cuartito del fondo con el muchachito de la cocinera, tiene su misma edad.

—¿La cocinera tiene un niño? Nunca lo he visto.

—Ni lo verás a menos que vayas a buscarlo hasta allí. Está tan bien ubicado, lejos de todo, que ni siquiera tú conocías su existencia. No habrá problemas. Jules se mantendrá al margen de las actividades y de los invitados.

—¿Y podré verlo cuando quiera?

—Por supuesto, eres su madre y vivirás en la misma casa. Podrás comer



con él también si lo deseas, aunque deberán hacerlo en la cocina. No quiero críos en el salón comedor.

—Eso no será un problema, sólo quiero estar el mayor tiempo posible con mi niño.

Léonie asintió y por un rato sintió una enorme tranquilidad. Había recuperado a Jules y tendrían techo y comida. El precio que pagaría por ello la inquietaba, pero decidió posponer ese pensamiento por el momento. Quería disfrutar de la compañía de su hijo.

Cuando llegaron, Dominga les abrió la puerta.

—Lleve a Jules al cuarto del niño de la cocinera, lo compartirán desde ahora, es un nuevo huésped de esta casa. Y ocúpese de conseguirle algunas ropas también —ordenó Rocamora a la mujer, y enseguida se dirigió a Léonie—. Y tú, ven conmigo.

Con su hijo seguro en manos del ama de llaves, se despidió con un beso en la frente del niño y lo siguió hasta su despacho.

—¿Estás contenta? —le preguntó Rocamora en cuanto entraron y cerró la puerta.

—Sí, siento que mi vida vuelve a estar completa. Estoy más que contenta, ¡estoy feliz! Quiero agradecerte una vez más por haberlo hallado. Ese gesto tiene un valor enorme para mí, haré todo lo que sea necesario para demostrar mi gratitud.

—Harás lo que habíamos combinado. Empezarás esta noche. Pero no quiero que bajes al salón, sino que esperes en tu alcoba a un invitado especial.

Léonie se sorprendió por el pedido, y hasta temió que el invitado fuese a pedirle que realizara cosas “especiales”, pero no se sentía en condiciones de rechazar nada que ese hombre le pidiese después de lo que había hecho por ella ese día.

—Bien —respondió de manera muy educada, ocultando su resignación.

—Quiero que te arregles, pero no será necesario que lleves un vestido. Elige algo de la *lingerie* que te compró Gilberta.

—Bien —volvió a asentir. Si ese era el precio por la felicidad de haber recuperado a Jules, estaba dispuesta a pagarlo—. ¿Algo más que deba saber? Me gustaría volver junto a mi hijo.

—No, eso es todo por ahora. Me alegra que lo hayas encontrado, me hace bien tu felicidad —finalizó con una sonrisa que a ella sorprendió por su genuina calidez.

—Gracias —fue lo único que pudo decir antes de marcharse de allí conmovida.

\*\*\*

Tras pasar la tarde con Jules, por momentos charlando, en otros sólo observándolo, y a cada rato abrazándolo para convencerse de que él realmente estaba allí, a su lado, entre sus brazos, Léonie fue a la habitación de Gilberta en busca de un oído amigo.

—¡Me alegra tanto que hayas encontrado a tu hijo! —fue lo primero que le dijo cuando entró y corrió a abrazarla.

—Venía a contártelo, pero veo que ya lo sabes.

—Todo el mundo lo sabe, no se habla de otra cosa en la casa.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué tanto interés en mi niño?

—No es en él, sino en que Rocamora lo haya dejado quedarse aquí.

—¿Por qué dices eso? Me dijo que sería algo normal, que el hijo de la cocinera también está aquí.

—Sí, Paco vive aquí, en el fondo, pero no es en realidad el hijo de ella sino su nieto. Los padres del niño murieron en la epidemia de fiebre amarilla del

71. Como el chico no tenía a nadie más, ella iba a irse de aquí porque es sabido que el patrón no quiere niños en la casa. Pero él la obligó a quedarse, parece que está a su servicio desde hace muchos años y no quiso perderla. Por eso hizo una excepción. Pero nunca más dejó que el hijo de alguna de las chicas se quedara. Y mira que varias son madres.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—Por supuesto, ¿por qué iba a mentirte? Por eso la llegada de tu hijo ha sido el tema obligado de conversación en el día de hoy. ¡Una verdadera sorpresa!

Léonie se quedó pensando en la novedosa información durante unos momentos sin lograr descifrarla del todo. Él quería que ella se quedara, se lo había dicho con claridad cuando le había sugerido un adelanto para mudarse. Tanto como para permitir que Jules se quedara también. No lograba entender por qué ese trato diferencial. Aunque de todas maneras eso no le alcanzaba para convencerla de adoptar ese estilo de vida. No quería convertirse en una prostituta.

—He venido a hablar contigo porque necesito tu ayuda. Quiero irme de aquí, pero no tengo dinero.

—¿Irte? ¿Por qué ibas a querer irte ahora que tienes a tu niño y que el patrón permitió que se quede aquí contigo?

—Porque ésta no es la vida que quiero. No te ofendas, por favor, pero quiero darle una casa más familiar a mi hijo —murmuró con cuidado, evitando decir “una casa decente”, para no herir los sentimientos de su amiga.

—¿Te das cuenta de que si te vas no lograrás darle una casa, sino apenas una pieza minúscula en un conventillo de mala muerte? ¡Allí no tendrá otro niño como compañero de cuarto sino pulgas, piojos y otros bichos peores! Y eso siempre y cuando consigas un trabajo y puedas pagar un techo, caso contrario tú y tu hijo morirán de hambre en las calles. ¡Piénsalo! ¡Por favor!

—Ya lo he pensado.

—¡Piénsalo más! ¡Piénsalo otra vez! No es tan malo vivir en esta lujosa casa, con hermosos vestidos que nos compra el patrón, donde siempre hay comida en la mesa. Muchas mujeres serían capaces de cualquier cosa por conseguir un lugar aquí. No entiendo por qué lo rechazas.

—Has olvidado incluir en tu lista el hecho de acostarse con extraños, Gilberta. ¡Eso sí que me molesta! —respondió exasperada, empezando a perder la paciencia.

—Es apenas un detalle, lo que permite esta lujosa vida que llevamos.

—Para mí no es sólo un detalle, no es lo que quiero para mí.

—Entiendo que esa no sea la meta de nadie. ¡Nadie sueña de niña con vivir en un prostíbulo! Pero si la vida nos ha obligado a llegar a este camino, créeme que ésta es la mejor casa en la que podemos estar. ¡No te vayas! No desperdicias esta oportunidad.

—Entiendo tu punto de vista. Pero no se trata sólo de mí: debo pensar en Jules. Quiero darle una vida normal y sé que aquí no la tendrá.

—No comparto lo que dices, pero supongo que cuando una es madre ve las cosas de otro modo —concedió después de pensar un rato.

—¿Entonces me ayudarás?

—¿A qué?

—A escapar.

—Esto no es una prisión, puedes irte cuando quieras.

—No es tan así. Hice un trato con Rocamora: le dije que trabajaría para él recibiendo clientes si me ayudaba a encontrar a mi hijo.

—¿Y ahora no quieres cumplir tu parte?

—Lo haré por un tiempo, no voy a faltar a mi palabra, pero luego me iré. También debo ocuparme de buscar a Ernest, para eso vine a estas tierras.

—¿Y para qué necesitas mi ayuda?

—Porque no tengo dinero.

—Yo puedo prestarte algo, pero no es mucho. Gasto mucho en perfumes,

¡que sabes que me fascinan! Además mando una parte de mis ingresos a mi hermanita. Ella también se fue de la casa de mi padre. Vive en la ciudad de Córdoba, con una anciana tía a la que no le sobra el dinero. Yo las ayudo y así ella no tiene que seguir soportando a nuestra maldita madrastra.

—Lo siento, Gilberta, no lo sabía.

—Te dije que nadie está aquí por haberlo soñado. Yo no soy la excepción —murmuró con acritud—, pero la paga es buena y me gusta el lugar. Me he acostumbrado al resto. Sé que tú podrías acostumbrarte también, pero no voy a insistir. Te prestaré todo lo que tengo.

—¡Gracias, querida! —agradeció Léonie, conmovida por la generosidad de su amiga.

—No me agradezcas, porque no es mucho. No creo que te alcance para más que un mes de alquiler. Los conventillos están muy caros por la gran demanda de los inmigrantes que llegan cada día. No habrá suficiente para que compres comida para tu niño y para ti.

La desilusión del rostro de Léonie fue tan evidente, que enseguida Gilberta continuó:

—Pero se me ocurre algo: dijiste que no te irás todavía. Si estás dispuesta a cumplir con tu parte del trato con Rocamora, él te pagará. Y viviendo aquí podrás ahorrar todo tu sueldo. En poco tiempo podrás irte con lo suficiente para intentar comenzar en otro lado. ¿Ves que soy buena y te concedo el beneficio de la duda creyendo que podrás sobrevivir fuera de aquí? —completó el final de la frase con algo de ironía para disfrazar la pena por la posible partida.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —preguntó en voz alta, ante el incierto futuro que se abría frente a ella.

—Por lo pronto, cumplir tu palabra mientras ahorras tus monedas. Así que prepárate para esta noche.

\*\*\*

Léonie salió del cuarto de baño con una bata. Durante un rato había compartido el espíritu jocosos de las demás muchachas. Se bañaban a diario por turnos en las cuatro tinas con agua caliente y perfumada que les subía una criada. Esa tarde había allí otras tres jóvenes bastante simpáticas. Una se animó a cantar y sus desafinados gritos hicieron que las demás le tiraran agua para hacerla callar. Se divirtió y se marchó de allí con una sonrisa. Sin duda era mucho mejor bañarse en ese lugar que con el agua fría que había visto en los baldes en el patio del conventillo. Sería una de los lujos que extrañaría al marcharse, se dijo, aunque decidida a no sentir pena por sí misma.

Entró a su habitación y la sorprendió lo que halló sobre la cama: una lluvia de pétalos de rosas de color rojo intenso cubría el acolchado. Se acercó y los tocó para ver si eran reales o de tela, y el inconfundible aroma le confirmó que acababan de ser retirados de sus tallos. Se deleitó con el perfume que invadía la habitación con una sonrisa. Nunca había disfrutado de un lujo semejante. *Sin duda Rocamora se esmera en el trato que dispensa a sus clientes*, pensó.

Sonaron las campanadas del reloj del salón. Las contó. Ya eran las diez. La hora en que solían llegar los invitados, y al rato resonó un golpe en su puerta. Sintió un nudo en el estómago pero enseguida se asomó doña Dominga.

—Adelante —la invitó a entrar.

—Vine a ver que todo estuviera en orden. Debes bajar la llama de la lámpara, déjala casi al mínimo. La pantalla de color hará el resto.

—¿Qué resto? —preguntó sorprendida.

—Crear un clima especial, niña. ¿Acaso nunca has hecho esto antes donde trabajabas?

—No, nunca trabajé en un prostíbulo —respondió Léonie con nerviosismo, pero desafiante a la vez.

La mujer terminó de agregar más pétalos que había traído en un cesto y la observó con una mirada cargada de compasión.

—Te acostumbrarás, todas se acostumbran. Hay algo que debes saber: no estás obligada a besar a nadie. Pagan por tu cuerpo, no por tu cariño. Si necesitas algo hay una cinta oculta detrás de la cabecera de la cama, si tiras de ella alguien acudirá en tu ayuda.

—¿Ayuda? ¿Qué clase de ayuda podría necesitar? —quiso saber asustada. No se le había ocurrido que lo que estaba a punto de hacer pudiese ser peligroso. Se suponía que los invitados eran personas decentes, o al menos esa era la imagen que aparentaban.

—Nunca se sabe. Algunos creen que por pagar todo está permitido, pero aquí no toleramos las perversiones ni el maltrato. Para eso están los tugurios de mala muerte. Aquí se mantiene el buen nivel.

—¿Cuál es el buen nivel de una transacción? Están pagando por tener sexo.

—El límite lo pones tú misma. Nadie puede obligarte a nada extraño ni nada que no quieras, pero evita negarte a cosas obvias. Al patrón no le gusta que se quejen de la falta de voluntad de las empleadas.

—¿Algo más que deba saber? —preguntó tras asentir.

—Quítate esa bata: ponte unas medias de seda atadas con cintas, un calzón de encaje, el corsé y espera recostada en el lecho. Pronto llegará tu invitado —anunció y se marchó.

Léonie le hizo caso pero no del todo. Se colocó lo indicado, pero encima volvió a vestir la bata de seda. No se animaba a recibir a un desconocido en ropa interior. Ató la cinta que la cerraba en la cintura, se echó en la cama sobre los pétalos rojos y esperó.

No supo bien cuánto tiempo había pasado. Estaba medio adormecida,

arropada por el perfume de las rosas que la envolvía en un delicado letargo, cuando escuchó que la puerta se abría con suavidad.

Se quedó en donde estaba y cerró los ojos con fuerza. Prefería no ver a quien iba a tomar su cuerpo por dinero. Había planeado quedarse allí muy quieta, esperando que todo terminase pronto. Pero una voz grave, en un murmullo desde la oscuridad junto a la puerta, le ordenó:

—Ponte de pie y dame la espalda.

Bajo la suave luz de la lámpara de aceite no pudo distinguir las facciones del caballero. Apenas vio una larga capa oscura. No sabía si era joven o viejo. Y había hablado en voz baja, eso tampoco le daba pista alguna.

Hizo lo que el hombre había pedido. Escuchó pasos en la madera y luego amortiguados por la alfombra. El calor a sus espaldas le dijo que estaba detrás de ella y tuvo que esforzarse para quedarse quieta a pesar de la incomodidad que le causaba esa presencia. *Vamos, sé fuerte, pronto todo habrá terminado*, se dijo a sí misma para darse valor.

Una mano la rodeó desde atrás y tiró de la cinta de su bata. Sintió que la tela se deslizaba y caía al suelo, y que unos labios húmedos se apoyaban sobre sus hombros, los descubrían. Luego la nuca. Una mano apartó con cuidado los largos rulos que llevaba sueltos y continuó besándola, explorando toda su espalda hasta la cintura. Luego volvió al cuello, lo rodeó sin dejar de besarlo y recorrió la mejilla en dirección a la boca.

—No estoy obligada a besar a nadie en la boca. Me reservo mis besos para quien yo quiera, no para los invitados —anunció.

—Es verdad. Nadie te puede obligar a besar —dijo la voz desde la semipenumbra y un brazo se extendió hasta ella para acariciarle el labio inferior con el pulgar. Al tener los dedos más cerca, pudo vislumbrar los inconfundibles anillos de Rocamora en la media luz que los rodeaba. Un destello de alegría recorrió su cuerpo. Una sonrisa acudió a sus labios. No le importaría volver a acostarse con él. Le había gustado el encuentro anterior,



algo intenso flotaba en el aire entre ellos cuando estaban juntos. Decididamente, sería mejor entregarse a él que a un extraño.

Sostuvo la mano con anillos junto a su boca y sacó la lengua para jugar con el dedo que allí estaba. Él dio un paso más hacia adelante y apoyándole la otra mano sobre el vientre la atrajo hacia sí. Atrapada entre sus brazos, a él no le costó girarla y acercarla más todavía.

Léonie estaba a punto de decirle que se reservaría el derecho de besarlo, pero cuando vio los carnosos labios entreabiertos tan cerca suyo, se dio cuenta de que quería hacerlo. Entendió que su deseo no era por obligación ni por gratitud. Iba a besarlo porque era lo que quería. Estaba erizada, con todas sus sensaciones enardecidas, con ganas de disfrutar de lo que vendría.

Con lentitud aproximó su boca para ofrecérsela y espero que él completara la unión. Rocamora no se hizo desear, la tomó con avidez, adueñándose de sus labios y estrechándola en un poderoso abrazo. Juntos se saborearon, descubriendo un gusto que ya conocían. Y ambos quisieron más. Su boca cubrió la de ella por completo y se perdieron en un encuentro de sensaciones. Las lenguas danzaban juntas, provocando todos sus sentidos. Largos minutos después ella se apartó para recuperar el aliento y él aprovechó para hablar.

—Creí que sabías que no es necesario besar a los invitados —murmuró burlón frotando su nariz contra la suya.

—No lo haría con ellos, sólo lo hago contigo —respondió con sinceridad.

La respuesta lo enardecía. Apretó el abrazo para acercarla a su pelvis, para hacerla sentir su excitación.

—Me gustas mucho.

—¿Por eso estás aquí?

—Sí, tengo muchas ganas de tenerte otra vez. Desde el primer encuentro, no dejo de pensar en ti —pronunció con la respiración agitada y bajó la cabeza para besarle los pechos, y la liberó de la poca ropa que llevaba con rapidez.

En medio del calor que la recorría mientras él la besaba, una duda cruzó por la mente de Léonie.

—¿Esto será así siempre? ¿Vendrás tú primero, para inaugurar la noche, y detrás los demás hombres?

—¡No, eso nunca! Yo no soy un invitado más, seré el único. ¡No habrá más hombres para ti, querida! Sólo yo —explicó.

—¿De verdad?

—Sí, serás mía y de nadie más. Pero dejemos de hablar ahora, estoy concentrado en algo mucho más hermoso: tu cuerpo.

Cuando él dejó de hablar para mordisquear sus pechos, a Léonie le costó seguir el hilo de sus pensamientos. Lo importante era saber que sólo estaría con él esa noche, el resto podría averiguarlo después, se dijo y se dejó llevar por los estremecimientos que le provocaba. Arqueó la espalda hacia atrás y un gemido escapó de su boca.

Rocamora lo tomó como una señal. Se quitó la bata azul oscura que llevaba y que ella había confundido con una capa. Debajo estaba desnudo, luciendo con orgullo su cuerpo firme, coronado por una erección. La levantó en brazos y la depositó en el lecho, sobre el colchón de rosas.

—Gracias por regalarme estas flores, son hermosas.

—No se comparan con tu hermosura, apenas te acompañan con su aroma, que para mí será siempre tu perfume. Ya lo he probado en tu piel —dijo enardecido y volvió a besarla en el pecho, en el vientre y fue descendiendo más.

Léonie arqueó la espalda al sentir sus ardientes besos en todo su cuerpo. No era pudorosa, ella y Ernest habían compartido muchos momentos en el lecho, pero el pintor no era un amante generoso. Exigía más de lo que daba. Rocamora en cambio, recorría su piel con devoción, tomando placer de las sensaciones compartidas, regalándoselo.

Cuando sintió que ubicaba la cabeza entre sus piernas aguardó expectante.

Había escuchado a las muchachas durante el baño hablando de eso, de las exquisiteces que provocaba, aunque pocos clientes lo solicitaban como parte de sus rutinas. Más bien exigían que ellas hicieran todo el trabajo tomándolos con sus bocas. Por eso se sorprendió por la actitud de Rocamora. Su boca se acercó a ella y la absorbió por completo, para luego besarla con movimientos que la enloquecieron. Arqueó la espalda y jadeó, en el límite del control de su cuerpo. Buscó agarrarse del acolchado con las manos. Con una atrapó tela y con la otra apenas pétalos de rosa. Los estrujó mientras la boca de él continuaba moviéndose hasta hacer que su cuerpo se estremeciera como si estuviese en un barco meciéndose en medio de un mar tormentoso. La tempestad se extendió por todo su cuerpo y antes de que llegara la calma Rocamora ya se había arrodillado frente a ella, alzándole las caderas y levantándolas de la cama para llevarla a su encuentro.

Con el corazón acelerado y la respiración agitada lo sintió deslizarse en su ardiente humedad y se le escapó un gemido.

—Sí, gime más, muéstrame cuánto te gusta —le pidió enardecido.

Sin proponérselo, Léonie dejó que los gritos que se agolpaban en su garganta escaparan. Eso lo enloqueció todavía más.

—Ven acá —ordenó saliendo de ella y ayudándola a levantarse—, ponte de rodillas y luego lleva el cuerpo hacia adelante, sobre tus manos.

Ella se puso como le indicaba.

—Quiero que me tomes ahora —le dijo mientras se colocaba detrás de ella y con ansiedad empujaba hacia su interior.

Léonie volvió a gemir.

—¿Te gusta?

—Sí, mucho.

—Y más te gustará cuando te toque —dijo y llevó una mano hacia ella para acariciarla en la punta superior. Léonie sintió un espasmo y se sacudió ante el contacto, lo que hizo que su cuerpo se arqueara.

—Sí, así, entrégate toda —exclamó enardecido, cabalgando sobre ella mientras ambos se estremecían y compartían una poderosa unión antes de caer entrelazados.

—Fue maravilloso —murmuró Rocamora después de un rato.

—Sí, muy hermoso. Me gustó mucho ese beso especial que no fue en la boca, gracias.

—No me agradezcas, todo lo que ocurre en el lecho tiene una única finalidad: dar y obtener placer. Me alegra haber alcanzado mi objetivo —le dijo mirándola fijo con sus intensos ojos grises.

Léonie se sintió atrapada por esa mirada, como si él pudiese atravesarla y meterse en su alma, pero eso no la incomodó. Por el contrario, le transmitió una gran tranquilidad, una sensación de paz y bienestar. Habían tenido un encuentro con sensaciones maravillosas, había recuperado a su hijo y no tendría que acostarse con otros hombres para sobrevivir, al menos eso había entendido un rato antes, en medio del ardor de las palabras de él instantes antes de poseerla. En ese momento, más tranquila, se animó a indagar más.

—¿Es cierto eso que dijiste, que no tendré que recibir a tus invitados en mi lecho?

—Claro que es cierto. ¿Por qué iba a decirlo si no?

—Quizás te dejaste llevar por un impulso.

—No, no fue un impulso. Estoy muy seguro de mi decisión. Nunca tuve intenciones de permitir que nadie subiera a tu alcoba —dijo llevando una mano al mechón de cabellos que le caía sobre la frente para acomodárselo con cuidado—, me enfurecía con sólo pensarlo desde que don Segismundo quiso tenerte la otra noche. No serás de nadie más mientras estés bajo mi techo. Yo me ocuparé de tus gastos, me encargaré de cuidarte. No tendrás que trabajar.

Cuando terminó de hablar se estiró para tomar la bata que había arrojado al piso y la movió entre sus manos hasta alcanzar algo.

—¿Quieres vestirme? ¿Ya te vas? —preguntó Léonie con pena en la voz.

—Nada de eso, estaba buscando esto —dijo y tendió una cajita de cuero alargada hacia Léonie.

—¿Qué es?

—Ábrela y verás. Es para ti.

Para su sorpresa, al apretar el broche del estuche se encontró ante una delicada pulsera de oro. No era demasiado gruesa, pero sin duda le había costado una buena suma de dinero.

—Oh, no sé qué decir... Quiero decir, ¡gracias! —logró articular nerviosa. Nadie le había hecho un regalo en mucho tiempo. Sus ojos se llenaron de lágrimas por el gesto—. La atesoraré y guardaré con mucho cariño.

—No me agradezcas, y no la guardes. Quiero que la luzcas siempre, quiero que el brillo de esa joya resalte tu belleza y que te recuerde a cada momento que tu presencia me hace bien. Por eso te quiero aquí a mi lado cada noche.

—¿Viviremos aquí? Las muchachas me dijeron que tienes una vivienda en otro lado, aunque mantienes tu despacho y una alcoba privada aquí.

—Es verdad. Tengo una casa, pero está en obra por el momento. El gobierno ha obligado a todos los propietarios del Paseo de Julio a construir una recova delante de cada edificio.

—¿Y tú debes pagarlo? ¿Pueden obligarte a ello?

—Lo están haciendo. El problema no es el costo, sino que es una obra lenta e incómoda. No puedo entrar a mi casa, además del polvo y el ruido de la construcción.

—Entiendo, por eso te quedas aquí.

—Sí, aquí estoy cómodo e imagino que tú también. Podrás hacer lo que quieras durante el día, tu única función será estar bella y descansada para recibirme cada noche.

—¿Y cuando terminen las obras me llevarás a tu casa?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Respóndeme, por favor.

—No lo he pensado. Ya lo veremos más adelante. Por ahora creo que estamos bien aquí —evadió la respuesta y la agarró de la cintura para besarle un hombro.

—Entonces prefieres tenerme aquí como una más de tus chicas —murmuró tratando de controlar la voz para que no se notara su rabia.

—No, una más no. No recibirás a nadie. Serás sólo mía.

—¿Me pagarás por ello? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Sí, tendrás una mensualidad para que te manejes a tu antojo.

—¿Sabes en qué lugar me deja eso? En el mismo que las demás. En el de una puta, sólo que no compartida, ¡apenas tu puta!

Enojada, arrojó la pulsera de oro al piso, junto a la cama.

—Eso no es verdad. Serás mi mujer.

—Sólo por un tiempo, hasta que te canses de mí. Entonces me mandarás a trabajar igual que todas y elegirás a otra de tu harén para calentar tu cama.

—Estás diciendo tonterías, ¡nunca me cansaré de ti! —exclamó tomándola por los hombros.

—¿Cómo puedes asegurar algo así?

—Porque me he enamorado de ti —respondió con un suspiro—. Me costó reconocerlo. Yo sólo quería una francesa para mi salón, pero con tu forma de ser, tu ingenio y tu belleza, te adueñaste de mi corazón. Debo admitir que intenté resistirme, pero no demasiado. Te necesito más en mi vida que en mi negocio.

La mirada de él transmitía tanto amor como sus palabras y Léonie se acercó para besarlo.

En el beso se entremezclaron sus lágrimas con el sabor de él. Un gusto a madera de la pipa que le fascinaba cuando esa lengua fuerte la invadía y la recorría. Entrelazó las manos en la nuca de Rocamora, alborotándole los cabellos mientras respondía al demandante encuentro de las bocas.

Excitados otra vez, los cuerpos se buscaron instintivamente. Él se arrastró para acostarse encima de ella.

—Eladio, ¿cómo sabes que es amor? —lo cuestionó utilizando su nombre de pila para llamarlo por primera vez.

—Porque he estado con muchas mujeres y con ninguna he sentido lo que tú me provocas. No soporto pensar en la idea de no tenerte, necesito saber que estarás a mi lado siempre. Y porque mi corazón se aceleró recién cuando tus labios pronunciaron mi nombre. Eso es para mí una forma de amor.

Las palabras justas, la mirada profunda y sincera, la boca tentadora. Léonie no habló más. Decidida a disfrutar, se entregó a un nuevo encuentro que sin duda duraría hasta el amanecer.

Las últimas semanas del año y las primeras del siguiente resultaron idílicas para Léonie. Durante el día jugaba con Jules, paseaba con él y seguía con las lecciones para que perfeccionara su escritura en su lengua natal. Por las noches, sus encuentros con Rocamora no decaían en intensidad. Léonie había temido que se cansara de ella después de pasada la novedad, pero eso nunca ocurrió. Por el contrario, mostraba cada vez más devoción y amor hacia ella. Con el correr de los días se planteó si no se había enamorado también, pero no se animaba a responderse a sí misma. Prefería creer que sólo compartían una fuerte afinidad y un gran entendimiento. Cuando le decía que la amaba, ella guardaba silencio, cambiaba de tema o le respondía con un beso tan apasionado que a él no le interesaba seguir hablando. Intensas chispas ardían entre ellos cada vez que se tocaban y no intentaban aplacarlas. Por el contrario, se dejaban llevar por la poderosa atracción que ejercían uno sobre el otro y sus cuerpos disfrutaban de los encuentros sin restricciones.

Lo único que opacaba la felicidad de Léonie eran los momentos en los que se acordaba de Ernest. Había viajado hasta allí en su busca, para formar una familia con él, pero todavía no se había dedicado a eso. La relación con Eladio le daba cierta culpa porque le gustaba y con ello sentía que estaba traicionando su meta y privando a Jules de tener al padre a su lado. Pero eso no ponía freno a sus deseos por Rocamora. Se lo contó a Gilberta intentando analizar su situación y con desparpajo su amiga le respondió lo que pensaba:



—¿Acaso crees que tu adorado Ernest no se ha acostado con nadie desde que partió? ¿Hace cuánto que no lo ves? Como ocho años, que es la edad de Jules. Aunque el hombre te ame con todo su corazón, mi querida, no apostaría un centavo a su celibato. Así que disfruta sin culpa lo que tienes con don Eladio. Nunca se sabe cuándo se terminarán los buenos momentos. Sí es una certeza que suelen ser breves.

Las palabras de Gilberta habían calmado su angustia y se permitió saborear los placeres que le ofrecía su nueva relación.

Solía ir a pasear con Rocamora al atardecer por el parque Tres de Febrero para escapar del calor de la ciudad. Algunas veces sólo caminaban. Otras, los senderos tapados de follaje ofrecían reparados rincones para los ardientes amantes.

Rocamora le había propuesto ir a disfrutar del refrescante aire del lago esa tarde y ella había aceptado la tentadora alternativa para escapar del caldeado ambiente de la ciudad. Pero antes debería enfrentar el calor y cumplir con una promesa que le había hecho a su hijo: llevarlo a encontrarse con su amigo Fidel, con quien había compartido sus días en las calles cuando estaba perdido.

Jules se lo había pedido varias veces y ya no podía seguir posponiéndolo. Por lo que eligió un vestido de tela fina y una sombrilla, y ambos marcharon hacia la esquina donde los niños solían vender periódicos. Fuentes no estaba disponible esa tarde pero Léonie tenía dinero y podía pagar un coche de alquiler. Rocamora había cumplido su palabra y le pagaba cada semana una cantidad que ella no sabía si considerar salario o qué, pero lo agradecía y se lo quedaba.

Viajaron en el carruaje con la capota baja porque Jules deseaba sentir el aire en el rostro y Léonie quería complacerlo cada vez que era posible con pequeños detalles como ese. La sombrilla que llevaba, regalo de Rocamora, impedía que el sol la abrasara. A pesar de eso llegó acalorada a la esquina

donde habían encontrado a Jules.

—¡Allí, *maman!* Allí veo a Fidel —indicó señalando al muchacho que cargaba los diarios en una cinta de cuero cruzada sobre un hombro.

—¡Hola, amigo! ¡Qué bueno verte! —se acercó a saludar el chico en cuanto los vio bajar del carruaje.

—¡Hola, Fidel! Mi madre me trajo, porque extrañaba nuestros días juntos.

—¿De verdad alguien puede extrañar la vida en las calles? Te ves limpio y bien vestido ahora. ¿Cómo puedes extrañar esto?

—En realidad echo de menos nuestros juegos, nos divertíamos mucho.

—¿No tienes amigos, pequeño?

—Vivo con el nieto de la cocinera, pero en la casa no debemos hacer ruido.

—¡Se dice ruido, no *güido!* Hace poco conocí a un viejo que habla gracioso como tú.

—Yo no hablo gracioso —se enojó Jules.

—Claro que sí, acabas de decir *güido*, dan ganas de reírse cuando pronuncias la ge en el lugar de la erre.

—Eso no es verdad —exclamó enfurruñado.

—Sí, lo es y puedo probarlo: di “claro”.

—Claro —dijo, pero por más que lo intentó con cuidado, la lengua de Jules se enroscó y sonó a *clago*.

—¡Te lo dije! —se burló Fidel riéndose.

—Basta ya, niños, no vinimos hasta aquí para discutir. Y es lógico que los franceses pronunciemos algunas palabras de manera diferente. Todos tenemos diferentes características porque somos personas diferentes —recalcó Léonie insistiendo en esa palabra—, pero eso no es motivo para pelear.

—Yo no quise pelear, señora, sólo mencioné que era muy gracioso, porque Jules habla igual que el pintor ese.

La cara de Léonie se transformó al escuchar las últimas palabras del muchacho.

—¿Pintor? ¿La persona a la que te referías que habla gracioso es un pintor francés?

—Sí, un viejo.

—¿Muy viejo? ¿De qué edad?

—No lo sé, todos los que tienen barbas con canas son viejos.

El corazón de Léonie dio un brinco. Ernest, con sus cuarenta años al momento de la despedida, lucía incipientes canas. Sin duda con los años ya habrían alcanzado su barba. No quiso demostrar su nerviosismo y controló la voz para seguir hablando.

—¿Sabes el nombre de este pintor?

—Me lo dijeron, pero no lo recuerdo.

—¿Por casualidad era Ernest Charton?

—Hmmm... —El niño pensó unos momentos y Léonie escuchó cada latido de su corazón durante ese lapso—. No lo sé.

—Por favor, trata de recordar su nombre —insistió Léonie sin perder las esperanzas. *¿Cuántos pintores franceses canosos puede haber en esta ciudad?*, se dijo para darse ánimo, aunque la respuesta pudiese ser desalentadora.

—Lo siento, no puedo acordarme. No se enoje.

—No me enojaré sólo quiero que me respondas unas preguntas más. ¿Dónde conociste a este pintor?

—Tuve que llevarle una encomienda por orden de mi patrón. Él consigue cosas raras que llegan en los barcos.

—¿Una encomienda?

—Unos pinceles que había encargado, por eso supe que es pintor. Además, en su casa olía muy extraño. Le pregunté por qué y me dijo que ese era el aroma de las pinturas, porque allí era su taller.

De inmediato el penetrante perfume de los óleos volvió a la memoria de Léonie. Era imposible olvidar los momentos vividos en la buhardilla donde Ernest pintaba en París, con la inconfundible acidez de la trementina emplazada en su nariz.

—Pero fuiste hasta su taller, ¿recuerdas al menos su dirección? —preguntó sin resignarse a perder la ilusión.

—Sólo recuerdo el nombre de la calle: Olavarría, en La Boca.

—Es la zona de los conventillos, ¿verdad?

—Sí, allí hay muchos conventillos pero a donde fui era una casa. Una casa extraña, aunque no era un inquilinato.

—¿Y por qué dices que era extraña?

—Porque el pintor vive en el piso superior y es como un salón gigante, sin paredes. No es una casa normal.

—*Maman*, ¿puedes devolverme a mi amigo? Vinimos para que yo pasara un rato con él pero sólo hablas tú —se quejó Jules y Léonie se quedó callada, impactada por lo que acababa de escuchar.

La descripción de la casa que había hecho el chico se parecía mucho a la buhardilla que Ernest tenía en París, donde se habían amado tantas veces. *Su nueva casa aquí podría ser similar*, se dijo, para enseguida cambiar de idea. *¡Soy una tonta, los talleres de todos los pintores son así! No debo hacerme ilusiones. Pero mi corazón se niega a cerrar del todo la puerta a aquello que sentí por él. Nuestro amor era tan intenso que decidí seguirlo hasta aquí, no puedo abandonar el plan inicial porque haya aparecido Rocamora en mi vida. No voy a detenerme tan cerca. Jules tiene derecho a conocer a su padre. Si hay una pista sobre él, debo seguirla*, se convenció a sí misma. Esperó a que Jules terminara la animada charla con su amigo y mientras se despedían se animó a preguntar algo más.

—¿Hubo algo que te llamara la atención en aquel hombre, Fidel?

—¿En el pintor? Bueno, sí, las manchas de pintura en sus manos. Eran de

muchos colores, superpuestas, eran parte de su piel, como si no se las hubiese lavado en mucho tiempo, no sólo de ese día. Y la pintura alcanzaba también sus cabellos.

Léonie asintió. Comprendía lo que el chico decía. Cuando Ernest estaba inspirado y se concentraba en una obra era capaz de perder la noción del tiempo, pintaba sin detenerse durante días enteros. Sus manos terminaban tan coloridas como la tela y a veces sus cabellos también. Otra coincidencia que podía compartir con la mayoría de los pintores, por lo que no la ayudaba demasiado. Durante todo el viaje de regreso el pintor se quedó en su cabeza. Preguntar por él le había hecho recordar cómo se conocieron, en una tarde ventosa en la plaza de Montmartre. Ella caminaba apurada sujetando su sombrero que amenazaba con salir volando a pesar de las cintas. Un hombre había tomado una hoja de papel nueva y con una carbonilla la dibujó de prisa al verla avanzar sin que ella lo percibiera. Cuando pasó a su lado él se puso de pie y la detuvo para mostrarle la imagen que había logrado con unos cuantos trazos. La amplia sonrisa y los ojos color miel de quien le tendía el papel la habían hecho detenerse a pesar del vendaval.

—Por favor, no te marches. Déjame observarte, debo mirarte bien para poder dibujarte de memoria, esto es sólo el comienzo —le pidió él a modo de presentación.

—¿El comienzo? —preguntó extrañada.

—El comienzo de nuestro trabajo juntos, seremos un equipo. Soy pintor y quiero pintarte, usarte como modelo —dijo mirándola sin pudor de frente y luego de perfil, analizando ambos lados de su cara con admiración, como si fuese un objeto precioso—. Quédate quieta, en esa misma posición, tal como estás, unos minutos más.

—Lo siento, no puedo, debo irme. Pronto comenzará a llover y estoy lejos de casa.

—No, por favor. ¡Debo dibujarte! No te preocupes por la tormenta,

podremos refugiarnos en mi taller, es aquí cerca.

Léonie dudó. Nunca antes se había cruzado con un artista, ni tampoco nadie le había pedido algo tan extraño como que fuera modelo para una pintura. No sabía qué responder. Todavía estaba pensando cuando un trueno sobre sus cabezas y las nubes que se rasgaban para salpicarlos la obligaron a tomar una decisión.

—Debo irme —anunció, pero él la cortó al instante.

—No llegarás a ningún lado bajo esta lluvia —remarcó lo obvio ante los gruesos gotones que caían sobre ellos—. Ven, acompáñame. Podrás quedarte en mi taller hasta que pase la tormenta y mientras yo me ocuparé de dejar registrados tus bellos rasgos en un papel, para siempre.

Esa vez no le dio tiempo a dudar. La tomó de la mano y empezó a correr por los resbaladizos adoquines mojados para mostrarle el camino. Un par de cuadras después se detuvo frente a un portón de madera y lo abrió con una llave.

—Llegamos —anunció contento y le mostró la escalera de madera frente a ella—. Arriba, es en el último piso.

Dos tramos de escalera más tarde, volvió a abrir una puerta y la invitó a pasar.

—Me parece que esto no es apropiado —dudó Léonie al darse cuenta de que iba a ingresar sin compañía a la casa de un desconocido.

—Deja de lado los formalismos. Estás empapada y si vuelves a la calle con este viento te enfermarás. Entremos para secarnos —ordenó y la tomó de la mano, sin darle la posibilidad de negarse otra vez.

Léonie se dejó llevar. En parte por la curiosidad de conocer el estudio de un artista, y en parte por la simpatía del guapo caballero. Resultaba difícil decirle que no ante su constante sonrisa y sus educados modales. Era mayor que ella, alto y muy delgado, observó Léonie cuando se quitó el saco y la camisa mojada en el pecho reveló sus formas huesudas. Sus facciones eran

muy agradables, remarcadas bajo los cabellos desprolijos que al mojarse habían pasado del castaño claro a uno más oscuro.

Una vez en el interior él buscó dos toallas y le ofreció una.

—Hay un espejo en el rincón, sobre la cómoda, detrás de aquel biombo. Tus cabellos gotean sobre el vestido.

—Gracias, *monsieur*...

—Nada de *monsieur*. Sólo Ernest. Soy Ernest Charton. ¿Y tú quién eres?

—Me llamo Léonie Marchall.

—Encantado de conocerte, Léonie. Pero no te entretendré más o seguirás mojada. Ve a secarte y luego hablaremos —sugirió con una cálida sonrisa y se volvió para pasar la toalla por la cabeza.

Léonie se dirigió encantada hacia donde le había indicado. Le parecía el hombre más atractivo y cordial que conociera. Se sacó la capa y el sombrero, y tuvo que abrir su chaqueta para secarse el cuello, pero volvió a cerrar hasta el último de los botones. No quería darle a ese hombre un mensaje equivocado sobre sus intenciones. Cuando terminó se acomodó los cabellos con la ayuda de un peine y regresó al salón. Dejó sus cosas sobre una silla y aguardó de pie.

—Estás muy hermosa —la sorprendió hablando desde las sombras que inundaban el lugar y se acercó con dos lámparas de aceite en las manos. Ubicó una sobre una mesa y le pidió que se sentara en una silla allí mismo. Se llevó la otra luz con él unos pasos más lejos y la colocó junto a un taburete donde se ubicó, con una carpeta sobre las piernas—. Por favor, levanta el mentón un poco, ahora gira la cabeza hacia la derecha. ¡Sí, así! No te muevas.

Ernest hablaba, la observaba y miraba el papel de manera alternada y todo al mismo tiempo. No le quitaba los ojos de encima pero a la vez lograba dibujar. Usaba un carboncillo, que le manchaba los dedos, y cada tanto se corría un mechón que le caía sobre los ojos, lo que marcó unas líneas negras en la frente. Léonie lo vio y no pudo evitar sonreír.

—Aunque me encanta tu sonrisa, debo pedirte que te quedes sin mover ni un músculo, tal como estabas. Quiero captar la esencia de tus rasgos al natural.

—Pero yo suelo sonreír, ese es mi estado natural.

—¡Dichosa de ti! Entonces tendrás que venir otra vez para que te dibuje sonriendo, porque aquí te ves seria y bonita —le dijo y le entregó la hoja dibujada para que la viera—. *Voilà!* ¡He terminado!

—¡Oh! ¡Es maravilloso! Es como mirarme en un espejo. Es mejor aún que el dibujo de la calle.

—Ahórrate las palabras de aliento, no es tan bueno, es que eres una excelente modelo. Me gustaría hacer un verdadero retrato tuyo.

—¿Otro más?

—Esto no es un retrato, es apenas un boceto. Quiero dejar tu imagen plasmada en el óleo, en una verdadera pintura.

—Oooh —se sorprendió Léonie—. Bueno, creo que podré venir otra vez —accedió.

—Una pintura lleva varias semanas de trabajo. El óleo debe secar entre una capa y otra y eso demora unos días. Tendrás que venir muchas veces.

Léonie aceptó. Él se había comportado como un caballero. Era amable, educado y atento. La miraba con intensidad pero no había dicho ni hecho nada inapropiado. Ella decidió que le gustaba posar para él y esa tarde se marchó a su casa con una cálida y novedosa sensación dentro de su pecho.

Regresó a la semana siguiente y Ernest la trató con la misma corrección del primer día. Durante las horas que pasaba sentada en la silla, él la miraba incansable. Sólo le sacaba los ojos de encima para buscar pintura con el pincel en la paleta y hacerlo correr por la tela, para enseguida volver a volcarse a ella con devoción.

Las tardes se repitieron. Unas semanas después, al terminar el retrato, que por su parecido con ella lo convenció de que sus manos eran mágicas, la



sorprendió con una nueva propuesta.

—Ahora que te he descubierto, ya no quiero trabajar con otras modelos. Eres maravillosa, sólo quiero pintarte a ti. Voy a necesitar que vengas todos los días. Te pagaré.

—Bueno, podría por las tardes. Ya sabes que por las mañanas doy clases en la escuela.

—Lo sé, lo sé. Por las tardes sería perfecto. ¿Podemos empezar mañana?

—Sí, claro —respondió entusiasmada.

De verdad le gustaba pasar su tiempo libre allí, con ese extraño hombre que siempre tenía las manos manchadas, a veces también el rostro, pero eso no lo afeaba. Por el contrario, le daba una característica particular que lo hacía muy atractivo junto con sus cabellos revueltos y la camisa suelta con el escote abierto. *¡Y la forma en que me mira! Me hace sentir única. Sin duda me tiene cariño, él nunca me haría daño,* se dijo, contenta por poder seguir viéndolo.

—¿Será otra obra al óleo? ¿O a lápiz? Quiero saber cuántos días tendré que venir.

—No has entendido: tendrás que venir todos los días. Mañana empezaremos con otro óleo, pero después habrá más. Y más. No quiero pasar ni un día sin verte —le dijo con voz grave, acercándose a ella para tomar su rostro entre ambas manos y sujetarlo mientras le cubría la boca con la suya.

Léonie se dejó llevar por las sensaciones que le provocó ese contacto. No era su primer beso, pero los que le había dado su anterior novio, un joven inexperto que la había cortejado un tiempo, no se comparaban con ese. El terremoto que provocó en su interior la lengua segura buscando entrar en su boca la obligó a cerrar los ojos. Cuando finalmente relajó los labios y él pudo recorrerla sintió que sus piernas se aflojaban. Era una sensación maravillosa, quería que se prolongara. Pero inesperadamente Ernest se apartó.

—Hasta mañana —le dijo mientras le soltaba el rostro para tomarle una

mano y besarle los nudillos. Luego se dio vuelta y se puso a acomodar sus pinceles.

Sin entender si debía ofenderse porque la estaba rechazando, o alegrarse porque la respetaba y no había sugerido nada inapropiado, Léonie tomó sus cosas y se marchó apurada. No pudo dejar de pensar en él en el resto del día ni esa noche antes de dormir. El beso se repetía una y otra vez en su memoria.

Cuando llegó al taller la tarde siguiente vio que había una *chaise longue* en el lugar donde solía estar la silla en la que posaba. Se sacó el sombrero y la capa junto a la mesa y se dirigió a sentarse como de costumbre.

—No, no, mi querida. Esta será una obra especial. Pintaré tu cuerpo de espaldas. Necesito ver tus músculos, y para ello debes quitarte la ropa.

—¿Debo mostrarte la espalda?

—En realidad debes sacarte todo, hasta las medias y la ropa interior, y envolverte en una sábana. Luego siéntate en el sillón y yo acomodaré la tela para revelar lo que voy a pintar.

—¿Estaré desnuda? —preguntó con el ceño fruncido.

—No, mi querida, tendrás la sábana para cubrir ciertas partes.

—¿Y qué hay de las otras partes? —insistió con desconfianza.

—Yo no veré nada que no deba ver. Sólo la piel de tu espalda. Será una obra preciosa, te aseguro que no será algo impúdico.

Léonie sintió que debía escandalizarse ante la propuesta, pero en realidad eso no ocurrió. La idea no le disgustaba. Se sentía muy cómoda sentada en el *atelier* de Ernest. Pasar las horas bajo su cálida mirada le resultaba una tentadora actividad. Que esa vez él pudiera ver su espalda desnuda sería una gran novedad.

Asintió en silencio y fue a cambiarse detrás del biombo. Se quitó todo y se envolvió en la sábana blanca que allí estaba esperándola. Con cierto pudor avanzó hacia el sillón.

—Siéntate mirando hacia la pared, por favor —le dijo con tono muy profesional, que sonó distante en los oídos de Léonie. Prefería cuando le hablaba con más dulzura.

—¿Así? —preguntó ubicándose tiesa, con las manos unidas sujetando la sábana contra el cuello.

—No, con las piernas a un costado sobre la *chaise longue*.

Léonie obedeció y enseguida Ernest se acercó silencioso. Intuyó sus manos a su alrededor, tironeando de la tela para liberar la espalda y ubicar los pliegues sobre la cadera a su gusto. Él se alejó unos pasos para observar el resultado y volvió a acercarse para continuar acomodando la sábana.

—¿Está bien así? ¿Necesitas que me mueva?

—No, no te muevas, pero algo no está bien. La tela cae rígida desde tu cuello por los costados. Suéltala.

—¿Que la suelte? —se sorprendió.

—Sí, ¿no me has oído?

—Pero quedaré desnuda —anunció lo obvio con voz trémula.

—No hay nadie frente a ti, querida mía, apenas la pared. Te aseguro que yo estaré todo el tiempo aquí detrás, para poder pintarte. Necesito que la caída de la tela sea natural. Que no llame la atención, para que tu cuerpo sea el gran protagonista de mi obra, ¿lo comprendes?

—Sí —concedió, y cuando se aseguró de que él estaba junto al caballete, soltó la tela—. ¿Está bien así?

—Déjame ver. —La estudió un rato para luego agregar—: Falta algo. Suéltate el cabello.

Esa vez Léonie obedeció sin cuestionarlo. Ya estaba desnuda. Su cabellera suelta le cubriría algunas partes y la haría sentir menos vulnerable. Levantó los brazos y se quitó las horquillas, lo que hizo que los largos bucles rojizos cayeran sobre su espalda.

—Déjame acomodarlo a mí —ordenó Ernest con la misma frialdad de

antes.

Léonie escuchó que volvía a acercarse y sintió sus dedos rozándola entre los omóplatos cuando levantó algunos mechones para llevarlos sobre el hombro derecho. Luego hizo lo mismo hacia el otro lado. También percibió el toque de sus dedos en la nuca para despejarla. Todo eso le provocaba extrañas sensaciones. Encendía su piel, la hacía arder y desear más. Para su sorpresa, Léonie descubrió que esperaba que la tocara. Inspiró con fuerza buscando controlarse.

—Así, quédate tal como estás. ¡Es la pose perfecta! —exclamó entusiasmado, para luego bajar el tono de voz—. Y eres tan hermosa. No puedo dejar de admirarte —concluyó mientras se alejaba hacia su atril y fue lo último que dijo. No habló durante varias horas y Léonie no se animó a preguntar nada. Se quedó muy quieta en la misma posición, tal como había aprendido posando para los cuadros anteriores. Cuando ella se movía él se enfadaba y ese día no quería romper el mágico clima que reinaba en el taller.

Cuando escuchó que Ernest apoyaba la paleta su cuerpo se tensó.

—¿Hemos terminado? —se animó a preguntar.

—En parte —la respuesta sonó grave y muy cercana, casi junto a su oído—. He terminado con los óleos, pero no he terminado contigo —le dijo apoyándole las manos sobre los hombros desnudos.

Léonie sintió su piel arder. La boca sobre su nuca la obligó a echar la cabeza hacia atrás y él aceptó el ofrecimiento. Recorrió el costado del cuello con su lengua y bajó las manos sobre ella hasta atrapar sus pechos. Eso la hizo gemir.

—Sí, eso, gime para mí, muéstrame cuánto te gusta y que me desees tanto como yo a ti.

A Léonie le dio vergüenza hablar de deseo. Nunca había deseado a nadie pero reconocía que su cuerpo estaba enviando extrañas señales. Dedujo que esos novedosos latidos eran el deseo. No quiso reconocer su falta de

conocimientos en el tema y mucho menos hablar de su virginidad con ese experimentado hombre que le provocaba esas novedosas sensaciones.

—Sí, te deseo, deseo estar contigo cada día de mi vida —reconoció con las mejillas enrojecidas y se volvió para alcanzar la boca de él y perderse en un fogoso beso. Ernest no dudó en girarla para besarla mejor y en pocos instantes se echó sobre ella. Léonie pudo ver que estaba sin camisa, se la había quitado antes de acercarse. Percibió que una de sus manos liberaba el nudo de la cinta que sujetaba sus pantalones mientras la otra continuaba acariciándole los pechos, todo ello sin dejar de besarla.

Casi sin aire, Léonie sentía que respiraba a través de la boca de él. Perdida en sus sensaciones, no distinguió que ya estaban recostados sobre la *chaise longue* y que el cuerpo de Ernest estaba sobre el suyo, hasta que lo escuchó pedirle:

—Separa las piernas, mi querida.

—¿Qué? —preguntó intentando incorporarse por la sorpresa. Disfrutar de las caricias sobre su cuerpo era una cosa, pero no estaba dispuesta a entregarse por completo. Se dejaría tocar y quizás se animase a tocarlo a su vez, pero quería conservar su virginidad. El movimiento para levantarse le hizo flexionar las piernas, cosa que él aprovechó para ubicarse en medio—. ¿Qué haces?

—Lo que ambos deseamos, *ma chère*. Tu respiración, tus gemidos, tu piel ardiente, todo tu cuerpo está encendido y listo para mí —respondió exaltado y al mismo tiempo se lanzó hacia adelante para introducirse en ella con fuerza.

—¡Oooh! —el grito de Léonie mezclaba sorpresa y dolor, pero él no lo percibió. No se detuvo, sino que se retiró un poco para empujar con más potencia.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eres deliciosa! —clamó moviéndose sobre ella una y otra vez, sin percibir su mirada de ojos grandes y asustados. Hasta que intensos

espasmos lo sacudieron y cayó a un lado con la respiración agitada.

Léonie intentó mantenerse en silencio, pero el nudo que se había formado en su garganta se deshizo y no pudo evitar los sollozos que se apoderaron de ella.

—¿Por qué lloras, *ma petite*? —preguntó acariciándole la mejilla con suavidad—. ¿No te gustó? ¿Te he hecho daño?

Ella quería decirle que lloraba porque el momento que se suponía maravilloso había sido espantoso. Había empezado bien, pero el apuro de él había arruinado todo. No lamentaba que Ernest hubiese sido el primer hombre en su vida, lamentaba que él ni siquiera supiera lo que ese momento había representado. Se limitó a negar con la cabeza para asentir después.

—No, no me gustó, y sí: me has hecho daño.

—Lo siento, lo siento de verdad. No fue esa mi intención. Creí que estabas lista, que te estaba gustando tanto como a mí.

—Me estaba gustando, pero no estaba lista. Nunca lo había hecho antes y quería que fuera especial.

—¿Eres virgen? —preguntó sorprendido.

—Lo era, hasta hace unos minutos —respondió sonrojándose.

Él se incorporó y observó su miembro cubierto por manchas rojizas, además de otras gotas sobre la sábana que quedó atrapada debajo de ellos.

—No lamento haber estrenado tu cuerpo, sí lamento que no me lo dijeras para que pudiera hacerlo con más delicadeza. Pero eso tiene solución, la próxima vez te besaré por todo el cuerpo para prepararte mejor.

—¿Próxima vez? —exclamó asustada buscando la sábana para cubrirse antes de ponerse de pie.

—Claro, regresarás mañana y el día siguiente para que te pinte, y en cada visita te besaré con locura hasta que tu cuerpo me perdone el dolor que le causé. Yo sólo quiero provocarte placer, querida mía —afirmó mientras le quitaba la tela de las manos y le besaba un pezón con suavidad.

La indignación de Léonie desapareció cuando la boca de él se apoderó de sus pechos para besarlos con avidez. Se dio cuenta al instante de que iba a regresar al día siguiente y todos los posteriores.

Habían pasado varios meses amándose cuando él le anunció que partiría a América. A un país que recibía con los brazos abiertos a los extranjeros con ganas de trabajar.

—¡Llévame contigo! —le había pedido Léonie.

—No puedo, será difícil al comienzo. Debes tener paciencia y esperar, amor mío. Cuando mis cuadros se vendan bien mandaré por ti y te daré la vida de reina que mereces. El sacrificio de nuestra separación valdrá la pena, lo hago por ti, por nosotros. Confía en mis palabras y espérame. —Fue la promesa que ella guardó en su mente y en su corazón.

Por ese hombre, al que había amado con toda su alma, había decidido viajar hacia el otro lado del mundo. Para estar con él, para que conociera a su hijo, para formar juntos una familia. Para ser feliz. Aunque esa dicha le estaba siendo esquiva, no estaba dispuesta a rendirse. Decidió dejar de especular e ir tras ese pintor al día siguiente. Había cruzado el océano en su búsqueda. No iba a dejar de seguir esa única pista si incluía alguna posibilidad de encontrarlo. Con esa feliz idea entró a la *maison* de Rocamora y caminó hacia el fondo, para dejar a Jules en su habitación e ir a buscar el almuerzo para ella y el chico, que comerían allí mismo.

En la cocina, además de la cocinera revolviendo una enorme olla de la que salía un tentador aroma a carne, estaba Clorinda sentada frente a la mesa tomando mates. A pesar de haber probado la bebida varias veces, Léonie no lograba acostumbrarse a su sabor amargo. Apenas le gustaba en la versión que llamaban mate cocido, en la que agregaba azúcar a gusto en su taza. Pero también sabía que rechazar una invitación a compartir el mate podía resultar ofensivo y no deseaba agregar leña al fuego de su mala relación con Clorinda. Por lo que cuando la invitó con una mano extendida hacia ella,

tomó la calabaza seca y se sentó en una silla.

—Gracias.

—No debes decir gracias hasta que termines, eso es cuando ya no quieres más y tú ni siquiera has empezado. Sólo tómallo, sin agradecer —replicó con simpatía, lo que sorprendió a Léonie.

—Bueno —respondió obediente y tragó con esfuerzo un largo sorbo amargo.

—Dime, ¿cómo va tu relación con don Eladio?

—Bien, como siempre —explicó sorprendida por la pregunta tan directa, sin buscar una doble intención en su interlocutora y le devolvió el mate vacío.

—¿No han tenido problemas?

—No, ¿por qué quieres saber?

—Porque los rumores dicen que ya no compartes todas tus noches contigo.

—Eso no es cierto —dijo con naturalidad, con un encogimiento de hombros.

—¿No?

—Claro que no, él me visita todas las noches.

—¿Entonces no es verdad que pronto trabajarás en el salón junto con todas las demás?

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó sin lograr controlar el tono de sobresalto.

—Es lo que se comenta en los pasillos —expresó cargada de maldad.

—Parece que tienes más información que yo al respecto, así que no sé para qué me preguntas —anunció con tranquilidad, sin demostrar su rabia, y se marchó.

—Será divertido ver cómo te bajan de tu pedestal y tienes que poner el cuerpo para sobrevivir igual que todas nosotras. ¡Se te van a acabar tus privilegios, francesita! —gritó mientras Léonie se alejaba.

—¿Es verdad eso que has dicho? —le preguntó con curiosidad la cocinera,



que había escuchado todo.

—No, pero he disfrutado haciéndole creer que sí a esa tonta.

—¿Y qué ganas con tu maldad, Clorinda? —indagó la mujer, resguardada desde la sabiduría de su edad, el doble de la de la muchacha.

—Quizás logro enojarla lo suficiente para que se pelee con el patrón. Quiero que él vuelva a ser mío y no me detendré hasta lograrlo.

—¿Y crees que esa es la forma?

—¿Quién sabe...? Podría ser —murmuró pensativa y se cebó un nuevo mate.

\*\*\*

Esa noche, Eladio compartió el lecho de Léonie, como siempre. Después de amarse con intensidad, disfrutaban de la paz que les ofrecía un abrazo interminable, los cuerpos desnudos saciados. Los dedos de él jugueteaban distraídos en un hombro de ella.

—¿Por qué no te ves feliz, querida mía? —preguntó él.

—No lo sé.

—Lamento oír eso. He tratado de hacer todo lo que está a mi alcance para brindarte felicidad. ¿Qué es lo que te falta?

—No lo sé —repitió con pesar.

—¿De verdad no lo sabes? ¿Qué me ocultas? —la escudriñó con sus hermosos ojos grises entrecerrados.

—No te oculto nada —respondió incómoda, lamentando la confesión que había dado ese giro a la conversación—. Estoy bien a tu lado, disfruto mucho cuando estamos juntos.

—Pero no soy suficiente para ti.

—No se trata de eso. Me encanta encontrarme en tus brazos, y te lo he demostrado muchas veces. Es que a veces me pongo a pensar en mi futuro y vivir en un burdel no es lo que quiero para el resto de mi vida —concluyó bajando la voz—. Busco algo mejor para Jules y para mí.

—¿Ese es todo el problema?

—Es al menos una parte. Eso es algo que me incomoda y creo que modificarlo mejoraría mi ánimo.

—Entonces intentaré buscar una solución a eso. Sé que algún día me amarás.

Léonie no supo qué decir. Sentía que el amor de Rocamora era sincero, pero no estaba segura de corresponderlo. Le gustaba estar con él, su corazón se aceleraba cuando lo veía y disfrutaba de cada uno de los ardientes encuentros que compartían. Él conocía todos los secretos del arte de amar y los practicaba con ella hasta hacerla explotar de placer. Pero si bien le entregaba su cuerpo con gusto cada noche, Léonie no lograba entregarle su corazón. Aunque al encontrarse en brazos de Eladio sólo pensaba en él, cuando estaba a solas muchas veces el pintor se colaba en sus pensamientos y eso le provocaba dudas: no sabía quién era el verdadero dueño de su corazón. Quizás el ausente Ernest seguía ocupándolo.

—Yo... Yo siento cosas muy fuertes dentro de mí cuando estoy contigo. Mi corazón late tan acelerado que puedo escucharlo, me falta el aire, mi piel se eriza, quiero estar tan cerca de ti como sea posible, unir nuestros cuerpos para convertirlos en uno es apenas una consecuencia de toda la revolución que habita en mí. Mi cuerpo te busca para demostrar los sentimientos de cariño que me provocas.

—Ese cariño se llama amor, Léonie.

Léonie no pudo evitar el sobresalto que le provocaron esas palabras. Aunque no se animaba a admitirlo, la posibilidad de reconocer que él tenía razón empezaba a colarse en su cerebro.

## 8

Léonie salió esperanzada esa mañana con Jules de la mano y una vaga idea de la ubicación de la vivienda de un pintor francés desconocido. Sabía cómo ir hasta La Boca: debían tomar el tren en la Estación Central. En cuanto entraron al hall principal del edificio el chico corrió hacia las ventanas en el otro extremo para observar las formaciones de vagones que seguían a las brillantes locomotoras.

—¡Es maravilloso, *maman!* —exclamó entusiasmado y su alegría lo acompañó todo el trayecto hacia el sur de la ciudad, mirando por la ventanilla del tren los barcos en el río.

Léonie sonrió al verlo feliz. Esperaba poder darle más felicidad a su hijo en breve. Ansiaba con todo su corazón que el hombre al que iban a buscar fuese Ernest. En parte para que Jules conociera a su padre, pero también por ella. Su amor por él no había desaparecido. Hasta pensaba que había aumentado, por culpa de la distancia y el vacío por extrañarlo.

Sabía que quizás no fuera Ernest el hombre a quien iban a buscar. Pero existía la posibilidad de que ese pintor francés ignoto conociera a algunos colegas de su misma nacionalidad. A medida que el tren avanzaba y las viviendas se iban haciendo cada vez más pobres, Léonie prefirió observar hacia el otro lado, hacia el río, y la superficie del agua le recordó las tardes en las que pasearon de la mano junto al Sena, las compartidas en su buhardilla de Montmartre, pero las imágenes llegaron acompañadas por inevitables

lágrimas. Cargaba en su corazón demasiadas esperanzas desgastadas y sueños frustrados. Necesitaba una dosis extra de optimismo para continuar en la búsqueda de la felicidad. Tenía a Rocamora a su lado, pero no se permitía disfrutar plenamente de ese amor. Se sentía comprometida por los sentimientos que todavía albergaba por Ernest. Su corazón dividido entre dos hombres: uno a quien había amado con locura en su juventud y estaba instalado en su memoria, y otro que la hacía feliz cada noche con su incontrolable pasión, pero a quien no se animaba a entregarse por completo, con el alma. Cuando estaba con él ofrecía su cuerpo pero contenía sus emociones. Su corazón seguía aferrado al pasado, a lo que compartiera con Ernest. Por más que le gustaba mucho estar con Rocamora, la espina del recuerdo del pintor no le permitía animarse a un nuevo amor.

El tren se detuvo y Léonie debió abandonar sus cavilaciones. Habían llegado a su parada. Tomó a Jules de la mano y bajaron en la estación La Boca. Caminaron por la calle Olavarría hacia el lado del río. El paisaje era desolador. Casuchas de chapas acanaladas sobre pilotes para mantenerse a salvo del agua en las crecidas del río se amontonaban desalineadas, como si se hubieran multiplicado unas sobre otras. Algunas tenían partes de sus paredes pintadas de colores llamativos, alternados, símbolo de la escasez de pintura para terminarlas. Aplicaban los restos de lo que encontraban.

Con paciencia, Léonie golpeó todas las puertas y preguntó a los administradores de las casas, la mayoría de ellas inquilinatos, por un pintor francés. No tuvo suerte. No vivía allí ningún artista. Regresaron por la vereda de enfrente con el mismo resultado.

—No nos desalentemos —dijo a su hijo, en realidad para darse coraje a sí misma—. Esta calle es larga. Vamos hacia el otro lado de la estación.

Allí el paisaje fue mejorando. Seguían reinando las casas de chapas coloridas, pero empezaban a entremezclarse con algunas más sólidas, hechas

de cemento y de dos plantas. Continuaron preguntando sin éxito hasta que un hombre que les abrió en un conventillo les dio la tan ansiada respuesta:

—Sí, Ernesto, el pintor francés, vive en la casa de al lado —dijo y señaló con la mano hacia el sentido a donde ellos se dirigían—. Es un hombre simpático, hemos compartido tragos más de una vez.

—¿Ah, sí? —preguntó Léonie para extender la conversación mientras intentaba controlar los acelerados latidos de su corazón. Ese hombre había dicho que el pintor se llamaba Ernesto. No podía ser una coincidencia, debía ser él, su Ernest.

—Sí, le gusta tomar, como a mí, y cuando toma habla mucho, como yo —explicó con una carcajada—. Nos hacemos buena compañía.

—¿Y de qué suelen hablar?

—De todo un poco, a veces de su trabajo, a veces de mujeres, pero no queda bien que cuente sus infidencias a una dama —murmuró con otra risa fuerte y un guiño.

—No, claro que no. Le agradezco su información —respondió incómoda, tomó a Jules de la mano y se retiró para avanzar hasta la casa siguiente. Golpeó la puerta de madera con los nudillos temblorosos y esperó.

Volvió a golpear dos veces más sin respuesta.

—¿Qué haremos, *maman*?

—Esperar, tesoro.

—¿Y si no viene?

—Volveremos otro día, al menos ya sabemos dónde vive.

—¿Estás segura de que es él, mi padre?

—No, pero hay muchas posibilidades —le dijo con una mirada cargada de cariño y un brillo de esperanza.

—Tengo ganas de conocerlo.

—Nada me hará más feliz, Jules —lo abrazó para darle y darse fuerzas para la espera.

Más de una hora después, mientras Léonie estaba sentada en el escalón de entrada de la casa y Jules jugaba a patear unas piedras en la vereda, una gruesa mujer se plantó ante ellos.

—Permiso, están obstruyendo mi entrada —anunció con escasa simpatía y bajó una gran cesta que llevaba para apoyarla en el suelo.

—Lo siento —Léonie se apuró a ponerse de pie y disculparse—. Estoy buscando a alguien que me dijeron que vive aquí.

—¿A quién?

—A Ernest Charton, un pintor francés.

—Don Ernesto no está —dijo con frialdad y se dio vuelta para abrir la cerradura.

—¿Sabe a qué hora regresará? —preguntó con la voz temblorosa, ya que aquella respuesta le indicaba que era él. ¡Era su Ernest! ¡Lo había encontrado!

—No, él no tiene horarios —explicó mientras entraba a la casa y comenzaba a cerrar la puerta sin más.

—Es mi padre —intervino Jules con una gran sonrisa, lo que hizo que la mujer se detuviera.

—¿De verdad? —preguntó con interés y una mirada que indicaba gran sorpresa.

—Sí, vinimos hasta aquí para que yo lo conozca.

—Bien, deberían haberlo dicho antes. Si son su familia, pueden esperarlo en el interior. Pasen.

—Gracias —dijo Léonie y con Jules de la mano siguió a la mujer que avanzaba con dificultad debido al cesto con compras.

Una vez dentro, Léonie vio que a un lado del hall nacía una sólida escalera de material. Enfrente había una puerta, que abrió con otra llave y los invitó a pasar.

—Esta es mi casa. El pintor ocupa el piso de arriba. Lo alquilo para

mantenerme desde la muerte de mi marido. No me gusta tener un inquilino, pero las cuentas se acumulaban y tuve que ajustar mis gastos, hasta despedí a mi criada —explicó.

—Entiendo.

—No, no entiende. Quiero que sepa que esta es una casa decente, no acepto a cualquiera, ni a hombres que traigan a mujerzuelas a mi hogar.

—¿Y qué la llevó a aceptar a Ernest? —inquirió con curiosidad.

—Que vino a ver la vivienda con su esposa —anunció.

Léonie sintió que la tierra se abría bajo sus pies.

—¿Esposa? —logró preguntar tras tragar con fuerza el nudo que apretaba su garganta.

—Sí, ¿no lo sabía? —insistió con una mueca de aversión ante quien suponía la amante de su inquilino, sintiéndose superior a ella en moralidad.

Léonie negó en silencio y se tomó del respaldo de una silla que encontró a su alcance para no caer.

—¿De quién habla esta mujer, *maman*?

—No lo sé, querido —buscó calmar a su hijo.

—Pero creo que pronto lo descubrirá, él mismo se lo podrá explicar —respondió la casera señalando la puerta de entrada, que estaba abriéndose.

Léonie se dio vuelta justo a tiempo para ver a Ernest ingresando a la casa. No corrió a abrazarlo, como había imaginado tantas veces. No le echó los brazos al cuello ni lo besó, como hacía en sus sueños. Apenas se quedó quieta, con los brazos colgando a los costados del cuerpo, mientras él la observaba con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—*Léonie, ma chérie!* —exclamó en francés y avanzó hacia ella con los brazos extendidos pero se frenó ante la mirada acusadora de la casera, por lo que cambió el gesto y dejó sólo una mano apuntando hacia adelante en un formal saludo—. ¡Me alegra tanto verte!

Léonie se quedó observando con fijeza al hombre que estaba ante ella. El

mismo cuerpo alto, aunque algo más enjuto; la misma piel clara y pecosa, aunque con más arrugas; el mismo cabello despeinado que formaba un halo alrededor de la cabeza, aunque con más canas; los mismos ojos color miel que encontraba cada mañana en la cara de su hijo. Ernest había cambiado pero su esencia estaba intacta. A pesar de que una barba grisácea llegaba al cuello, su poder de seducción seguía allí, presente en la manera de observarla y acariciarla con la mirada.

—Le estaba explicando a su visita que usted sólo pinta aquí, don Ernesto, que vive con su esposa en otro lado —intervino la mujer antes de que ella pudiera responder.

—Le agradezco su hospitalidad, *madame*, pero mi invitada y yo continuaremos con la conversación arriba —la cortó con sequedad en español, señalando la puerta para que Léonie saliera.

—Ella no está sola —agregó la casera e instó a Jules a salir del oscuro rincón donde se había resguardado cuando él llegara.

—Bien, nos marcharemos todos. Adiós —los apuró hacia la escalera y comenzó a subir mostrando el camino, en el que tuvo que esquivar a un gato que los miraba sin disimulo en un rincón del descanso.

Léonie lo siguió en silencio, llevando a Jules de la mano. Ese no había sido el reencuentro que esperaba. Pero estaba dispuesta a concederle al hombre que motivara su viaje a esas tierras la posibilidad de explicarse. Era muy probable que la casera estuviese mintiendo, se notaba que le hablaba con hostilidad, quizás hubiese inventado lo de la esposa por envidia o celos.

—Lamento que te hayas encontrado con esa mujer, querida mía. Tiene la lengua más venenosa que conozco en esta ciudad —se disculpó y abrió la cerradura del piso de arriba para invitarlos a entrar—. Pasen, pasen.

Léonie miró a su alrededor para descubrir que el lugar principal del ambiente lo ocupaba un caballete. Había telas ya preparadas sobre maderas y muchas obras terminadas apiladas contra las paredes. Marcaba el aire un



penetrante olor a pintura. Óleo, trementina, aguarrás, encierro. El clásico aroma de sus días en la buhardilla de París se repetía allí.

En cuanto cerró la puerta tras ellos, el pintor corrió hacia Léonie y la abrazó, atrapándola junto a su pecho. Ese gesto le trajo lejanos recuerdos. El aroma de Ernest, el perfume de su piel mezclado con el de las pinturas... Era él. La nariz junto a su cuello le dijo que era el mismo hombre al que había amado. El padre de su hijo. El que la había llevado a cruzar el océano. No le importó lo que hubiera dicho aquella amarga mujer, sin duda eran mentiras. Al menos le concedería el beneficio de la duda unos momentos. En cuanto decidió escucharlo sus manos se elevaron con lentitud hasta el cuello de él. Apoyó la cabeza junto a su pecho y disfrutó de la sensación que esa cercanía le provocaba. Era el recuerdo de una calidez conocida, lejana pero todavía presente en su memoria, cargada de emociones. Cerró los ojos y disfrutó del encuentro. Él le acarició la mejilla, le levantó el mentón y cuando iba a besarla, Léonie tosió, señalando a Jules, y se apartó de él.

Miró a su alrededor mientras intentaba encontrar calma en su interior para la conversación que vendría. Aunque la había imaginado en su mente cientos de veces, era distinto hablar con su recuerdo de Ernest que tenerlo frente a sí. Carraspeó y comenzó como pudo.

—Tenemos que hablar. Es sobre Jules.

—Ah, sí. He visto que viniste con compañía, ¿cómo estás, caballero? —saludó tendiendo su mano al niño.

—Bien, ahora que lo hemos encontrado. Mi madre dice que usted es mi padre.

—¿De verdad? —preguntó alzando las cejas y clavando sus ojos acaramelados en Léonie.

—Sí —asintió ella.

—Entonces así debe ser, muchacho —aceptó con un guiño.

—¿Viviremos aquí? ¿Vamos a ser una familia?

—Jules, basta ya de preguntas —lo interrumpió Léonie—. ¿Por qué no vas a jugar con el gatito que vimos en la escalera? Ernest y yo tenemos que hablar a solas. Pero no salgas a la calle, debes quedarte adentro de la casa, ¿has entendido?

—*Oui, maman* —respondió y salió decidido a obedecer, con el recuerdo de su extravío todavía muy presente.

—Me alegra tanto saber de ti, mi querida —dijo Ernest en cuanto el niño cerró la puerta tras de sí y buscó abrazarla nuevamente—. Nunca pensé que podría volver a tenerte a mi lado.

—¿No? ¿Nunca? ¿Por qué no? Sólo nos separaba un océano, si querías verme podrías haberlo hecho.

—*Chérie*, sabes que vine a esta tierra buscando hacerme un nombre. ¡Y lo logré! Me llevó tiempo, pero mis cuadros se están empezando a vender muy bien. No podía marcharme antes de cumplir mi sueño.

—¿Y tampoco pudiste escribirme para contarme cómo iba tu vida? ¡Esperé con anhelo alguna noticia tuya durante años! —confesó sin poder controlar las lágrimas que alcanzaron sus ojos y los desbordaron.

—Sí te mandé una carta, ¿no te llegó?

—Sí, ¡sólo una, y sin remitente! Apenas estaba el sello de la ciudad en el sobre. Por eso pude saber que estabas en Buenos Aires, pero nada más. ¿Tan poco pensabas en mí? —lo acusó dolida para continuar desnudando su pena—. Yo, en cambio, pensé en ti cada minuto de los nueve meses que llevé dentro a tu hijo, también durante el parto y en los duros años que siguieron. Siempre te tuve presente.

—Es lógico, tenías un recordatorio contigo. No es lo mismo para un hombre, *chérie*.

—Ya veo. Tú sólo pusiste la semilla y te marchaste sin mirar atrás —lo acusó con amargura.

—No seas injusta conmigo —buscó suavizarla acercándose y apoyando las

manos en su cintura—, yo ni siquiera sabía de tu embarazo cuando me embarqué. Nunca me lo dijiste.

—Es cierto, me enteré después —contestó con la espalda rígida, sin dejar que el contacto la afectara—, pero tú no me escribiste más tras aquella única carta. ¿Tan pronto me olvidaste?

—No te olvidé, ¡en cuanto te vi te reconocí! No dudé en cuanto a tu nombre ni lo confundí.

Esas palabras la sacudieron. Fueron como un golpe. No se le había ocurrido que él hubiese podido olvidarla del todo, borrarla de su memoria como si no hubiese existido. *¿De verdad está usando esa estupidez como argumento?*, se enfureció. *¿Fui apenas una más en su vida cuando él lo fue todo para mí?*

—¿Confundir mi nombre? ¿Acaso varios acudieron a tu mente al verme?

—No, claro que no —respondió, pero la falta de vehemencia no la convenció.

—Dime una cosa, ¿alguna vez pensaste en mandarme a buscar tal como me habías prometido tantas veces?

Ernest la miró en silencio y sus ojos le dieron la respuesta. Nunca había estado en sus planes que ella viajara a América. *Sí, fui apenas una más en su vida cuando él fue todo para mí*, se respondió a sí misma. Lo que se había planteado como duda era la verdad, reconoció desbordada de tristeza.

—Léonie, sé que lo hablamos alguna vez...

—¿Lo hablamos? —lo interrumpió con rabia—. ¡Me lo prometiste! Me prometiste que harías todo lo posible para que nos reencontráramos. Me prometiste que sería una separación temporal. Me prometiste que estaríamos juntos para siempre —su voz se fue apaciguando, con hastío, y él lo vio como una posibilidad de acercamiento.

—Sí, lo prometí, y todavía puedo cumplir mi parte. Ahora que estás aquí podremos estar juntos —pronunció con tono suave, volviendo a tomarla por

la cintura.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso no tienes una esposa? —preguntó dudando.

—Sí, pero está fuera de la ciudad, el calor no le hacía bien al niño que espera.

—¿Un niño? Tendrás un hijo con ella —repuso dolida, con la certeza de una realidad que ya no podría eludir.

—Sí. Yo no sabía que tú volverías a mi vida —intentó justificarse mientras su boca buscaba la de ella para alcanzarla y besarla con avidez. El tan anhelado beso del reencuentro no tuvo el sabor dulce que Léonie esperaba, con el que tanto había soñado, sino el amargo dejo de la desilusión. Se apartó de él con dolor—. Tú podrías vivir aquí, estaríamos a salvo, ocultos.

—¿A salvo? ¿A salvo de tu esposa y ocultos? ¡Yo no tengo por qué ocultarme! No quiero vivir escondida. Quiero darle una vida digna a mi hijo. ¡Eres un descarado al pedirme que me convierta en tu amante secreta! —exclamó indignada. Podía escuchar los latidos de su propio corazón acelerado. Por un segundo cruzó por su mente que tenía una situación similar con Rocamora, pero al menos él no la ocultaba y no estaba casado.

—Léonie, por favor, no te enojas. Piénsalo, nos llevábamos tan bien. Podríamos revivir aquellos días gloriosos que compartimos en mi buhardilla en París.

—¿Sí? ¿Y qué más? —pronunció con tensión en las mandíbulas, sin ocultar su enojo.

—No necesitamos más.

—Te equivocas, Ernest, yo necesito algo más: quiero tu cariño y tu respeto. Dos cosas que no me estás ofreciendo. En el futuro que mencionas sólo hay sexo. Yo quiero mucho más. Adiós —finalizó poniéndose de pie.

—¿Cómo que adiós? No me rechaces —pidió con una mano extendida hacia ella.

Léonie luchó con los sentimientos que reblandecían su corazón. Ernest

estaba de pie frente a ella pidiéndole que no lo rechazara. Una parte de ella, la que había soñado con él durante casi una década, deseaba refugiarse en sus brazos, perderse en sus besos y no pensar más. Deseaba que todo hubiera sido diferente. Pero su sensatez, su dignidad y su necesidad de cuidar a Jules se impusieron y le hicieron ver la realidad. Debía velar por el futuro de su hijo sin dejarse envolver por las dulces y huecas palabras de él.

—Adiós —volvió a repetir.

—¡No puedes irte sin más!

—Sí puedo. No hay nada que me lo impida.

—¿Y mi hijo?

—¿Qué hay con él? ¿Acaso quieres verlo? Podremos arreglar que visite tu casa en el futuro si es lo que deseas.

—No, mi esposa... Sería mejor que no —concluyó cabizbajo.

—Entonces no hay nada más que hablar. Jules seguirá creciendo sin padre —logró que las palabras atravesaran el duro nudo que se había formado en su garganta.

—¿Volverás a visitarme? Yo siempre estaré esperándote.

Sacudió la cabeza en silencio, incapaz de decir nada más, y salió corriendo de allí. A través de las lágrimas que nublaban sus ojos vio a Jules jugando con el gatito en la escalera y lo tomó de la mano.

—Vamos, querido, es tarde.

—¿Y mi padre?

—Él no es tu padre, sólo es un pintor que no quiere hijos.

—¿Cómo es posible, *maman*?

—Te lo explicaré en el camino. Ahora debemos irnos.

Jules asintió obediente y ambos se marcharon caminando en silencio rumbo a la estación.

## 9

Acompañada por las sacudidas del tren y por copiosas lágrimas, Léonie explicó a Jules durante el viaje de vuelta que Ernest no sería parte de su futuro. Al chico le costó entender que el hombre al que habían ido a buscar para formar una familia no quería ser encontrado. Volvió a preguntar una y otra vez cuándo volverían a verlo.

—Él ya tiene una familia, por eso no quiere otra, no hay lugar en su corazón para nosotros —resumió Léonie llorando y Jules ya no preguntó más. Se concentró en el paisaje que ofrecía la ventanilla con un velo de tristeza en la mirada.

Al llegar al burdel envió a Jules a jugar a su habitación, ella necesitaba estar sola. Antes de subir a su alcoba pasó por el salón y tomó una botella de licor que allí encontró. Aunque no le gustaba beber, en ese momento necesitaba hacer algo diferente a lo habitual, algo que la ayudase a no pensar en el negro abismo que se abría ante ella. Y el alcohol fue la solución. Pensaba tomar una sola copa, pero la vació y la volvió a llenar más de una vez. Había perdido la cuenta de cuántas veces se sirvió cuando escuchó pasos detrás de ella.

—Es la primera vez que te veo frente a una botella. ¿Quieres contarme qué te ocurrió?

La voz de Rocamora llegó lejana hasta ella y le causó sensaciones encontradas. Era un alivio escucharlo, y a la vez una molestia. En ese

momento odiaba a todos los hombres. Quería estar sola, pero también quería que él la abrazara. Le hubiera encantado apoyar la cabeza en su hombro en busca de consuelo y llorar. Y también le hubiera encantado tirarle la botella por la cabeza, en nombre de todas las injusticias que tenían que soportar las mujeres por culpa de ese enemigo en común: los hombres. Estaba enojada, desorientada, triste y desamparada. No sabía cuál de los sentimientos latía con más fuerza en su interior. Soltó un suspiro y se sirvió más licor para intentar encontrar la respuesta.

—¿No me dirás nada? —insistió él.

—¿Qué quieres que te diga? —respondió arrastrando las palabras.

—Quiero saber qué fue lo que te pasó. Debe haber sido algo grave. No te vi beber cuando estabas desesperada buscando a tu hijo.

—Eso era distinto. Cuando pasó lo de Jules sentía una angustia tan grande en el pecho que casi no podía respirar. Era dolor puro. Ahora siento odio —finalizó con los dientes apretados.

—El odio es una sensación muy terrible, y a la vez muy poderosa. Puede mover a alguien a realizar cosas increíbles. ¿A quién odias? ¿A algunas de las muchachas quizás? No me gustaría que eso cause problemas en mi casa.

—No, nada de eso. Tus muchachas no son tan importantes para mí, no me provocan ningún sentimiento. Excepto Gilberta, le tengo un gran cariño —comenzó a divagar y torció la boca en una sonrisa boba al pensar en su amiga.

—¿Entonces a quién dedicas tu odio?

—Al padre de mi hijo, lo he encontrado —musitó con rabia y volvió a beber.

—Creo que será mejor que dejes la bebida y me cuentes lo que ocurrió.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque todavía no logro explicármelo a mí misma. No podré contárselo

a nadie. Nunca —remarcó con la voz pastosa.

—Inténtalo. —La reconfortó abrazándola y sujetándole la cabeza contra su pecho.

—¡Encontré a Ernest! ¡Y está casado! ¡Y me pidió que fuera su amante!

—¿Y tú qué le dijiste? —preguntó estrechándola con más fuerza al escuchar eso.

—¡Lo mandé al diablo! ¡No viajé medio mundo para convertirme en la segunda opción de nadie!

—Shhh, no te alteres, hiciste bien, tranquilízate.

—¡No puedo tranquilizarme! ¡He arruinado la posibilidad de que Jules tenga una familia! ¡O al menos una relación con su padre!

—Nada de eso, tú no has arruinado nada, no tienes la culpa de que esté casado.

—No, es verdad, no es mi culpa —reconoció y se limpió la nariz con el encaje del puño de su blusa. Rocamora rio al verla hacer eso.

—Se nota que no estás acostumbrada a beber. Nunca te hubieras limpiado con la ropa estando sobria.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Digo que ya has bebido suficiente. Mañana te sentirás muy mal si continúas —dijo y apartó la botella de ella.

—¡No! ¡Déjame! Sírvenme más. Me gusta el licor, en realidad no sabía que me gustaba hasta hoy. ¡Me encanta el licor! —exclamó levantando el brazo con la copa vacía.

—No, basta ya —anunció con firmeza—. Vamos a tu habitación, te ayudaré a acostarte.

—No, no quiero irme a la cama. No podré dormir, mi cabeza estará ocupada con Ernest ¡y no quiero pensar en él!

—Lo entiendo, no te preocupes, yo te ayudaré a que no pienses en él.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Lo podré borrar de mi memoria? —preguntó



esperanzada detrás de los efluvios del alcohol, para enseguida cambiar de idea—. No, no podré. ¿Cómo haría para olvidarlo si sigo enamorada de él?

—Lo intentaremos. Ven conmigo —insistió a pesar del dolor que le causaron esas palabras y la sujetó por la cintura para ponerla de pie. Juntos atravesaron el salón todavía desierto, pero los pasos tambaleantes de Léonie hicieron que Rocamora la alzara en sus brazos al llegar a la escalera—. No creo que puedas subir por tu cuenta. Sólo relájate y déjame cuidarte.

—Sí, quiero relajarme —respondió mareada, cerró los ojos y recostó la cabeza contra su pecho mientras la llevaba al piso superior.

Rocamora avanzó con paso firme y se las arregló para abrir la puerta de la habitación sin soltarla. Sólo la dejó cuando llegó al lecho. La apoyó con cuidado, le quitó los botines y acomodó las almohadas debajo de la cabeza para luego echarse a su lado y jugar con los rulos del color del fuego desparramados sobre la funda blanca.

—Eres tan hermosa, mi dulce Léonie. Pero no es sólo eso lo que me gusta de ti. Me encanta tu fuerza para enfrentar la adversidad. Te animaste a cruzar el océano sola, luchaste para recuperar a tu hijo en una ciudad extraña y hasta encontraste a su padre, lo que parecía una tarea imposible. El poder en tu interior es inmenso. Te admiro por ello y quiero tenerte siempre a mi lado. Juntos haremos grandes cosas.

El suave ronquido que quebró la quietud de la habitación no le molestó. Apagó la lámpara de aceite y se acomodó junto a Léonie, sujetándola entre sus brazos para velar su sueño.

\*\*\*

Los rayos del sol que se colaban por la ventana indicaban que el día había

empezado hacía mucho rato. El reflejo de la luz alcanzó sus ojos que comenzaban a abrirse y Léonie volvió a cerrarlos con fuerza. Ese mínimo movimiento hizo que un gigantesco casco invisible se apretara en torno a su cabeza. Sentía que iba a estallar en mil pedazos. Intentó girarse en el lecho en busca de una posición más cómoda pero eso sólo empeoró el dolor. Soltó un gruñido, aunque ello tampoco la alivió.

Pasó varios minutos inmóvil, rogando que aquella tortura acabase. Cuando percibió que sus plegarias serían inútiles juntó fuerzas y logró sentarse. Buscó un vaso de agua en la mesa de luz pero no lo encontró. Necesitaba limpiar el horrible gusto de su boca. Se levantó con esfuerzo para dirigirse hasta la jofaina, donde se realizó buches varias veces sin alcanzar su objetivo. Aprovechó para mojarse el rostro, aunque eso tampoco la ayudó. Escondió la cara en la toalla mientras se secaba y ansió poder volver a dormir, pero un golpe en la puerta la distrajo.

—Adelante, pero shhh... En silencio —pidió a quien fuese el visitante.

—Buenos días, ¿te sientes muy mal? —inquirió Gilberta con una compasiva sonrisa mientras se acercaba con una bandeja en la mano.

—Estoy peor que mal, pero ¿tú cómo lo sabes?

—Me lo imaginé. Escuché que tomaste mucho anoche.

—¿Quiere decir que todos en la casa lo saben? Rápido para los chismes tu patrón —respondió con un hosco mohín al recordar la botella que había terminado en compañía de Rocamora, aunque debía reconocer que no fue por culpa de él.

—No, todos no. El patrón me lo acaba de contar para que viniera a ayudarte. Y también lo sabe Dominga, que te manda este preparado del boticario. Dice que es infalible para... Bueno, para casos como el tuyo.

—¿Para curar borracheras? Dilo, no me avergüenzo: fue la primera vez que bebí de esa manera en mi vida. Sabes que apenas tomo una copa de vez en cuando.

—Lo sé, por eso quiero preguntarte qué te ocurrió. ¿Por qué bebiste hasta perder el sentido?

—¡Hmmm! ¿Fue tanto? ¿Bebí hasta desvanecerme? No lo recuerdo.

—Eso fue lo que dijo el patrón.

—Entonces debemos creerle. Él estaba allí.

—¿Me vas a contar qué ocurrió? —insistió Gilberta.

—Ocurrió lo que tanto ansiaba, aunque en realidad fue lo opuesto a mis sueños. Podría decir que ayer viví una pesadilla.

—¿Por qué?! Deja el suspenso y cuéntame de una vez.

—Porque encontré a Ernest, pero resulta que está casado y me ofreció convertirme en su amante.

—Oooh —pronunció una larga exclamación Gilberta mientras sus gestos iban cambiando durante la explicación de Léonie—. Lo siento mucho, querida. De verdad. Entiendo que eso te llevó a emborracharte, pero ahora debes sentirte tan mal que lo odias más aún por eso, ¿adiviné?

La frase provocó una risa en Léonie, que el dolor de cabeza hizo desaparecer casi de inmediato.

—Tienes razón —reconoció y se sentó en el borde de la cama con la cara otra vez oculta en la toalla—. ¡Lo odio! ¡Y no quiero volver a verlo en mi vida!

—Ten, tómate el remedio de Dominga —le tendió una cucharada de un líquido parduzco espeso y un vaso de agua fresca para bajarlo—, podrás pensar con frialdad cuando te sientas mejor.

—No quiero pensar con frialdad. ¡Voy a seguir odiándolo siempre!

—Pero debes tener en cuenta a Jules. ¿O acaso quieres que tu hijo siga sin padre?

—Mi hijo está bien como está. Sobrevivió a solas conmigo todos estos años y seguirá así. No necesitamos a Ernest.

—Entiendo que tú no lo necesitas, pero debes pensar en lo mejor para él.

—Yo sé lo que es mejor para mi hijo.

—Hoy estás enojada, amiga. Debes saber que tu rabia pasará, imagina entonces que dentro de unos años Jules te pregunta por qué no lo dejaste ver más a su padre, sabiendo en dónde estaba. ¿Qué le dirás?

El dolor de cabeza de Léonie no mejoraba con las preguntas de Gilberta. El remedio que le había llevado tampoco estaba ayudando.

—¡No lo sé! —exclamó con ganas de llorar.

—Hazte un favor a ti misma: no tomes decisiones importantes hoy. Deja pasar unos días para que las ideas se despejen en tu mente.

—Ya lo he decidido —insistió con obstinación.

—Lo sé, por eso te sugiero que no te aferres a esa decisión. Quizás Jules quiera volver a ver a su padre en alguna ocasión.

—Lo siento, pero no quiero seguir hablando de esto. Mi cuerpo no me está ayudando, estoy mareada y me duele la cabeza, y debo ir a ver a Jules.

—Bien, te ayudaré a vestirme, pero prométeme que lo pensarás cuando te sientas mejor.

Aunque no muy convencida, Léonie asintió con un gesto. No debía resolver su futuro en ese mismo instante, podría esperar un poco más.

Cuando estuvo lista bajó con Gilberta a la cocina, donde buscó una taza de leche tibia y unos bizcochos para Jules. Y allí se despidió de su amiga, iba a hablar a solas con su hijo.

Lo encontró echado en el lecho, algo inusual en él.

—¿Te sientes mal, mi vida? —preguntó preocupada, avanzando de prisa hacia el sector donde estaba su cama.

—No.

—¿Por qué no te has vestido? Tu amiguito ya se ha levantado.

—Es que no tengo ganas de... —dejó inconclusa la frase.

—¿Qué es lo que no tienes ganas de hacer?

—Nada, no tengo ganas de nada. Sólo quiero quedarme aquí —respondió y

se giró para quedar con la cara hacia la pared.

—Te he traído un rico desayuno, hoy podrás tomarlo en la cama. Déjame que te ayude a sentarte contra las almohadas.

—No, no tengo hambre.

—Entiendo, entonces al menos hablemos.

—¿De qué quieres hablar?

—De lo que pasó ayer.

—Ah, eso.

—Sí, eso. Es lógico que estés desilusionado con la situación.

—¿Qué quiere decir desilusionado?

—Que lo que esperabas que ocurriera no se cumplió. Ambos queríamos encontrar a Ernest, lo hicimos, pero eso no significó que hallaras a un padre. Yo estoy desilusionada por ello e imagino que tú también. Es lo normal, amor mío. Debes sentir un dolor dentro de ti, yo también lo siento.

—Siento algo extraño, ¿entonces eso es el dolor de la desilusión?

—Sí, mi vida. Y lamento que a tu corta edad ya debas experimentarlo.

—Ya he sentido cosas peores, *maman* —respondió con un encogimiento de hombros—. El miedo cuando estaba solo en las calles fue peor que esta molestia en la panza que tengo ahora.

Léonie lo abrazó sin poder decir nada, al borde de las lágrimas. El horror de aquellos días continuaba escondido dentro de su hijo, una huella que nunca desaparecería.

—Debes olvidar aquellos días, *mon cher*. Te prometo que nunca se repetirán, no volverás a estar solo, yo siempre te cuidaré —repitió junto al oído de Jules varias veces, sin soltarlo.

El niño no dijo nada, sólo se dejó acunar, disfrutando de la seguridad que ofrecían los brazos de su madre. Hasta que después de un rato se animó a preguntar:

—¿Siempre estaremos solos tú y yo? ¿Nunca tendré a mi padre en mi

vida?

—Ay, Jules, es tan difícil encontrar la respuesta a esa pregunta. Después de lo que ocurrió ayer, estoy segura de que no formaremos una familia con Ernest. Aquello que tanto anhelaba y que me impulsó a partir hacia estas tierras no será realidad —explicó con un doloroso nudo en la garganta que oprimía sus palabras—. Pero también puedo asegurarte que haré todo lo posible por conseguir que tú lo veas y tengas una relación con él, si eso es de verdad lo que deseas desde el fondo de tu corazón.

En cuanto terminó de hablar, Léonie se sorprendió por sus propias palabras. No lo sabía en el momento de entrar a la alcoba, pero la necesidad de Jules le hizo reconocer que sería capaz de luchar para conseguir que Ernest actuase como un padre para él.

—Me gustaría verlo seguido para que me enseñe a pintar.

—¿Pintar? ¿Quieres aprender a pintar?

—Sí, me gustó visitar un taller, quisiera poder pintar con muchos colores por todos lados, reflejar el mundo. Debe ser muy divertido.

—Supongo que sí, hijo. Y ya que quieres probarlo y tienes un padre pintor, le preguntaré si él puede enseñarte. Así podrías visitarlo todas las semanas. ¿Estás de acuerdo?

—Claro que sí, *maman*, ¡me va a encantar usar los pinceles y las pinturas!

—Bien, hijo, haré lo posible para que pintes junto a tu padre —dijo Léonie tras un suspiro—. Ahora siéntate y toma la leche que te traje.

—¡Sí! Tengo hambre —concluyó y le regaló una esperanzada sonrisa que conmovió el corazón de su madre.

\*\*\*

La tarde del día siguiente Léonie volvió a tomar el tren hacia el sur de la ciudad, ya sin esperanzas de reencontrarse con su antiguo amante, esa parte de la situación estaba clara para ella, sino para hablar con el padre de Jules sobre lo mejor para el futuro del niño. Ella se sabía fuerte, podría recuperarse con el tiempo. Pero sería injusto hacer que su hijo perdiera toda relación con el padre sólo para que ella dejara de verlo. Por eso decidió volver a visitar a Ernest. Quería proponerle que viera a Jules de vez en cuando. Que se encontrasen en el taller una vez por semana para que el chico lo conociera y formaran una relación le pareció una buena idea. A medida que el tren avanzaba intentaba convencerse de que era un plan sensato y de que todo saldría bien.

Al llegar la acompañó la suerte: no tuvo necesidad de hablar con la antipática casera porque Ernest apareció junto a la puerta, casi al mismo tiempo que ella, con su llave en la mano.

—¡Léonie! ¡Qué agradable sorpresa! ¡Sabía que volverías! —exclamó con una amplia sonrisa y extendiendo los brazos para recibirla.

—¡No! No te acerques. He venido sólo para hablar contigo sobre nuestro hijo, no de nosotros. No quiero ningún tipo de contacto físico. —Lo detuvo con una mano en alto.

—Entremos, no es buena idea conversar en la calle —sugirió ante las miradas atentas de un grupo de niños que jugaba en la calle.

—Bien —aceptó y lo siguió al interior de la casa con la esperanza de mantener un diálogo civilizado.

En cuanto entraron al departamento él le apoyó las manos en la cintura y habló mirándola a los ojos.

—Dame una oportunidad, Léonie. Ahora que sé que estás aquí, tan cerca de mí, no puedo vivir sin ti.

—No vine para arreglar las cosas entre nosotros, sino para hablar de Jules —insistió mientras buscaba alejarse.

—Después hablaremos de él si es lo que deseas, pero primero tenemos otro asunto para resolver: yo no quiero perderte.

—No hay nada para hablar de ese asunto —respondió con frialdad y se apartó moviéndose hacia un costado. Se detuvo cuando unos cuadros apoyados contra la pared le obstruyeron el paso. Algunos eran simples telas sobre el bastidor y otros ya estaban enmarcados. Su mirada se detuvo en una pintura que se asomaba detrás de otras, semioculta entre las sombras. La tomó de una esquina y la deslizó hasta que la luz le dio de lleno.

—¿Esa soy yo? —preguntó sorprendida al hallarse ante su propia imagen. Era ella muchos años atrás, sentada de espaldas, con el cuerpo desnudo iluminado por la suave luz que entraba por un ventanuco en la buhardilla de Ernest. Su espalda cubierta apenas por algunos rulos rojizos.

—Sí, te traje conmigo. No podía alejarme del todo de ti. Tu imagen siempre me acompañó.

Eso casi la conmovió. Sintió una punzada en el corazón. Hasta que el ruido de una llave en la cerradura la sobresaltó. Sin duda sería su esposa. El paso bamboleante de una mujer embarazada le confirió fuerza a su suposición, hasta que la recién llegada habló.

—¿Eres su esposa?

—¿Esposa? ¿Yo? No. Creí que tú lo eras —respondió sorprendida.

—No, pero soy quien va a darle un hijo —se vanaglorió la otra.

—No te jactes, no eres la única. Yo ya le he dado uno, y su esposa tiene otro en camino —respondió Léonie con rapidez.

—¿Tu esposa está embarazada? ¡Me juraste que no te acostabas con ella desde hacía años! —lo acusó la amante enojada.

—Eres apenas una más en su lista de conquistas —agregó Léonie con acritud antes de que él pudiera responder.

—¡Basta, Léonie! ¡No interfieras, por favor! Déjame que te explique —el pintor buscó calmar a ambas mujeres, pero la muchacha salió corriendo tras



arrojar las llaves sobre la mesa—. ¿Qué has hecho? ¿Por qué tenías que lastimarla? ¡Te has vuelto mala, Léonie! ¿Dónde quedó tu bondad natural?

—La perdí, por tu culpa. Tú me convertiste en lo que soy. Destrozaste mi inocencia, y también mis sueños.

—No digas eso, no fue mi intención hacerte daño. Yo no buscaba ser padre.

—Pero lo eres, y Jules quiere verte, quiere aprender a pintar.

—Yo no necesito un aprendiz.

—No se trata de lo que tú precisas, ¡sino que de lo que él necesita! Mi hijo quiere pasar tiempo con su padre.

—Y yo quiero pasar tiempo contigo. Si quieres que él venga a mi taller, tendrás que dedicarme tu atención. Tu tiempo a cambio del mío con el niño, un intercambio de favores.

—No puedo creer lo que dices, ¡se trata de tu hijo! —acabó gritándole.

—No tengo lugar para un niño en mi vida.

—Entonces no tenemos nada más que decir.

Se giró para marcharse y él no intentó detenerla. Buscó su bolso y sus ojos se detuvieron en la pintura que estaba en un rincón. Se encontró otra vez frente a sí misma. Recordaba cuando él la había pintado años atrás. Recordaba las ilusiones en su corazón en aquel momento. Recordaba que había sido feliz. Esa imagen era parte de su pasado. Era parte de su vida. No se lo quería dejar a él. Representaba la mujer que había sido, y que ya no volvería. Su corazón se había endurecido. Sin pensar demasiado, tomó el cuadro, lo envolvió en una sábana que halló en una silla, lo cargó hacia la salida y se marchó sin volver a mirar atrás.

\*\*\*

El bamboleo del tren durante el viaje de regreso la ayudó a pensar en cómo seguir. Tendría que rearmar su alma partida. El desengaño tras haber vivido una década considerando a Ernest su gran amor le causaba tanto dolor como rabia. La pérdida de su inocencia la convertía en una mujer decidida a luchar por su felicidad. Todo lo que había vivido le demostraba que era una mujer fuerte, dueña de su destino. Y por primera vez se permitió pensar que esa felicidad podría estar en el amor de Eladio.

Por otro lado, Ernest quedaba fuera de la vida de Jules. No había otra alternativa. Si su hijo quería aprender a pintar le buscaría un profesor, cuando pudiese pagarlo, se recordó a sí misma. Pero la idea de que aprendiera con su padre quedaba descartada. No quería volver a ver a Ernest, y dado que él no estaba interesado en ejercer la paternidad, no creía que fuese a causarle problemas.

Dolida pero decidida a seguir, lloró durante el trayecto para lavar su alma. *Serán las últimas lágrimas que derramo por él*, se prometió mientras ahogaba las penas en un delicado pañuelito. *Aunque en realidad creo que no lloro por él sino por mí, por el tiempo que perdí pensando en él. ¡Basta ya de eso! A partir de ahora sólo debo preocuparme por mi felicidad y la de mi hijo. Esa será mi prioridad*, se dijo con decisión. Al llegar al burdel subió a su habitación y escondió el cuadro en el fondo del ancho ropero, detrás de los vestidos. No quería verlo cada mañana, como un recordatorio de los días en el *atelier* parisino, pero quería conservarlo como homenaje a la muchacha que había sido en su juventud. Después se refrescó los ojos con agua fría y bajó a buscar a Jules. Pasó el resto de la tarde con él, enseñándole a jugar a las cartas. La primera distracción que se le ocurrió para evitar abordar la dolorosa verdad sobre el futuro sin padre que le esperaba a su hijo.

Como no le había dicho que iría a verlo ese día, no tuvo necesidad de explicarle sobre el desastroso resultado de la reunión. Se quedó jugando hasta

que cayó el sol y se hizo la hora del baño diario. Sabía que pronto la cocinera les daría la cena a él y a su nieto, por lo que se despidió con un cariñoso beso en la frente y una frase que resultó enigmática para él.

—No te preocupes, querido mío, todo estará bien, yo me aseguraré de ello.

Mientras se marchaba para prepararse, Léonie pensaba en cómo debería actuar para darle a Jules la vida que merecía. Deseaba conseguir una casa para ellos, no quería que su hijo creciera en un burdel. Buscaría la forma de plantearle otra vez a Rocamora la posibilidad de mudarse de allí.

Después del baño, se recostó sobre el lecho con una sensual bata de encaje y se armó de paciencia para esperarlo. A veces demoraba un poco más, pero siempre subía a visitarla. Con esa seguridad en mente, Léonie cerró los ojos unos momentos, convencida de que pronto lo escucharía abrir la puerta.

Cuando se despertó el sol ya brillaba con fuerza. Miró a su lado y se sorprendió por no hallar rastros de su amante. El acolchado no presentaba ni una arruga en la mitad vacía del lecho. Sin duda él no había pasado por allí.

Supuso que después del lamentable aspecto que debía haber ofrecido durante la borrachera de la noche anterior, él le había dado un tiempo para que se recuperara.

Se vistió y bajó a desayunar con tranquilidad, pensando en dar un paseo por el parque con Jules, dado que era un día precioso y algo de aire fresco antes de que aumentara el calor les haría bien a ambos. La idea despertó su buen humor y se le ocurrió sumar a Rocamora a su excursión. Fue a buscarlo a la alcoba que tenía junto a su despacho para invitarlo.

Estaba a unos pasos de allí cuando vio a Clorinda saliendo de la habitación del patrón. Con el ceño fruncido caminó apurada, golpeó y entró, sin esperar respuesta. Imaginó que iba a encontrar a Eladio en el lecho, con cara culposa, pero para su sorpresa allí no había nadie. Se acercó hasta la cama y vio claras señales de que alguien había dormido en ella, pero no pudo decir si había sido una persona sola o dos. Se inclinó y rebuscó entre las sábanas pero no halló

nada. Estaba a punto de irse cuando llamó su atención un listón de color lila que sobresalía por debajo de las telas, en el piso. Se agachó y tiró de él para encontrar una bata de seda y encaje, muy similar a las suyas. Pero la miró bien y descartó que fuese de su propiedad.

Arrojó la prenda con rabia al suelo y se fue de allí con pasos veloces. No sabía qué hacer. Tenía tantas ganas de gritar y asestar un golpe a las paredes como de echarse al suelo y acurrucarse para llorar hasta agotar su pena. Aunque no sabía si eso ocurriría alguna vez. Había confiado en Rocamora, se había entregado a ese hombre sin restricciones. Casi sin quererlo, había puesto su corazón en sus manos. Y esperaba que él lo cuidase, no que lo lastimase de esa manera.

Rocamora dormía siempre con ella. Hasta ese momento no había pensado en la posibilidad de que se acostara con otra. Saberlo le revolvió el estómago. Pudo controlar la náusea, pero las lágrimas quebraron su voluntad. Envuelta en llanto corrió a su habitación para liberar el dolor de su alma a solas.

Cuando la criada encargada de los baños le avisó que estaba listo fue hacia la tina como todos los días. Se sumergió en el agua con perfume a rosas y se lavó como siempre. Y hasta se permitió reír con suavidad cuando una de las muchachas hizo una broma tonta. Intentó actuar con normalidad, como si aquella fuese una noche más.

Se secó, eligió un provocador camión de encaje, se puso una bata encima, peinó sus cabellos con aceite y se sentó en la cama a esperar, suponiendo que él no dejaría de aparecer esa noche.

Y no se equivocó. Poco después de la décimo primera campanada que marcó el reloj del salón, escuchó la puerta abrirse con suavidad. Observó el pecho de músculos firmes de Eladio que se revelaba por los pliegues de la bata entreabierta. La asaltó una duda que nunca había tenido antes: ¿vendría de la habitación de otra mujer? ¿Se debería a eso que llegaba siempre

desvestido? Era el dueño del burdel, podría frecuentar los lechos de todas las prostitutas de la casa si así lo deseaba. La idea le molestó, pero decidió ignorarla para no aumentar su rabia.

Su corazón latía acelerado. Para su sorpresa, descubrió que no le era indiferente saber si él se acostaba con alguien más. Buscó calmarse para la conversación que planeaba comenzar.

—¿Estás despierta? —preguntó con suavidad mientras se ubicaba en el lecho a su lado.

—Sí —murmuró en un intento por disimular la rigidez de su voz.

—Me he acostumbrado tanto a tu compañía —proclamó mientras le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano—. Te extrañé ayer.

—Yo también te eché de menos, ¿por qué no viniste a verme? —aprovechó para preguntar.

—Tuve que ocuparme de unos asuntos fuera de aquí —respondió sin mayores explicaciones.

—¿Ah, sí? ¿Qué asuntos?

—No quiero hablar de eso ahora. Aprovechemos el tiempo perdido —descartó el tema inclinándose para besarla en el cuello. A pesar de que le gustaban mucho sus besos, Léonie se apartó de él.

—Antes de dedicarnos a eso, hay algo que debo saber.

—¿Sí? ¿Algo como qué? —murmuró sin dejar de besarla, lo que le provocó a Léonie un cosquilleo en el estómago que la obligó a inspirar con fuerza para concentrarse.

—Algo como la prenda de encaje femenina que encontré en tu lecho esta mañana.

—¿Qué? No entiendo de qué hablas —respondió y continuó moviendo los labios, bajando del cuello a un hombro.

—Hablo de que fui a buscarte antes del desayuno y no te encontré a ti, pero sí hallé ropa de mujer entre tus sábanas.

Rocamora se alejó apenas unos centímetros.

—¿Qué dices? Eso no tiene sentido. No dormí con nadie anoche. Llegué muy tarde, ya de madrugada, y no quise molestarte porque imaginé que estarías dormida. Por eso me quedé en mi habitación de la planta baja, pero solo —aseguró sin alterarse.

—¿De quién es? —insistió Léonie enojada.

—¿Qué cosa?

—La bata que encontré.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Tantas mujeres frecuentan tu lecho?

—No, es que no sé qué hace allí esa prenda, debe estar ahí desde hace mucho. Olvídalo, no es importante.

—¡Sí lo es! ¡A mí me importa! ¿No me vas a decir a quién pertenece?

—Supongo que es de Clorinda —reconoció con un suspiro de agotamiento—. Fue la última mujer que estuvo allí antes de ti.

—¿Te acuestas con ella?

—¡No! Ya no.

—¿Antes era tu puta habitual?

—Lo fue, pero desde que estoy contigo eres la única mujer en mi vida, no quiero a nadie más en mi lecho —le aseguró mientras intentaba volver a besarla.

—No te creo, ¡mientes! ¡Todos los hombres son unos mentirosos! —exclamó herida, sintiendo cómo las lágrimas le nublaban la vista.

—Yo no te he mentado nunca —respondió con serenidad—. Te he dicho que te amo, y eso es la verdad.

—¿Y por qué la ropa de Clorinda está bajo tu lecho? —insistió, dejando de lado los sentimientos que él acababa de confesar

—Lo ignoro. Sólo sé que no me acosté con ella. ¿Acaso no entiendes que tú eres la única mujer que me importa? Desde que llegaste a mi vida todo se

centra en ti. Necesito saber si estás bien para poder sentirme contento. Necesito verte reír, compartir tu felicidad.

—La mía y la de muchas más, por lo que parece —insistió con acritud.

—Te aseguro que no me he acostado con ninguna mujer desde que lo hago contigo.

—¡No te creo! Si quieres que te crea explícame más sobre tu ausencia: ¿por qué no viniste a mi habitación anoche?

—Tuve un asunto importante que atender —se justificó con voz gruesa y las mejillas algo pálidas, pero sin dejar de sostenerle la mirada.

—¡Un asunto de faldas, sin duda! —exclamó exaltada por los celos.

—Nada de eso, te lo aseguro. Tranquilízate, entiendo que no estás enojada conmigo, sino con el pintor ese. Déjame ayudarte a olvidarlo, Léonie. Déjame ser el único hombre en tu vida.

—¿Qué quieres decir?

—Ven a vivir conmigo.

—Ya vivo contigo.

—Aquí no, en mi casa.

Léonie alzó las cejas sorprendida. Era la primera vez que él le ofrecía algo más allá del burdel.

—¿De verdad?

—Claro que de verdad. ¿Por qué iba a mentirte?

—Quiero decir si estaríamos juntos de verdad, como un matrimonio.

—Estaríamos juntos de verdad, como una pareja exclusiva, tú serías mi mujer, la única en mi casa y en mi cama, pero no puedo ofrecerte matrimonio

—concluyó con voz sombría.

—¿No puedes...? ¡No quieres!

—No, no es eso. Te he dicho que no puedo y debes confiar en mi palabra.

—Ya he confiado demasiado en los hombres, ¡me han hecho demasiadas promesas que no cumplieron! Ya no puedo creer más.

—Yo nunca te mentí —le aseguró sujetándole una mano entre las suyas—. Por favor, acepta. Ven a vivir a mi casa en cuanto terminen las obras de la recova en el frente del edificio. Me harás muy feliz, déjame hacerte feliz también.

—¿Y Jules? ¿Podría llevarlo conmigo?

—Por supuesto, no se me ocurriría separarte de tu hijo. El lugar es grande, el niño tendrá su propia alcoba.

Léonie sintió que parte de la tensión de su cuerpo desaparecía ante esa respuesta de Rocamora. Él aseguraba que la amaba. Le estaba ofreciendo una casa, podrían formar una familia. Para eso deberían casarse. Se ilusionó con la propuesta y pensó en aceptar. Le gustaba mucho estar con Eladio. En realidad, desde los celos que le había provocado el encuentro de esa prenda, se había planteado si lo amaba y su corazón le indicaba que sí. Creía que podría ser feliz a su lado. Sólo faltaba aclarar que él no se acostaría con nadie más.

—¿Crees que podríamos casarnos más adelante? —preguntó esperanzada.

—No quiero mentirte —explicó con lentitud, tomando con fuerza una mano de Léonie entre las suyas—, eso no será posible.

—¿Por qué no?

—Debes creerme, no es que no quiero, me encantaría convertirte en mi esposa, sino que no puedo.

—¿Por qué no? —repitió la misma pregunta con un horrible presentimiento.

—Por cuestiones legales.

—¿Qué cuestiones? —insistió.

—Léonie, no quieres saberlo —afirmó en tono exasperado.

—Sí, quiero. Si voy a tomar una decisión sobre mi futuro y el de mi hijo, debo conocer toda la verdad.

El intenso suspiro de Rocamora demostró que su paciencia se acababa,



pero eso no la amedrentó.

—¡Necesito saber la verdad! ¿Alguna vez nos casaremos y seremos una familia?

—No, pero no porque no quiera, me encantaría casarme contigo porque te amo y deseo tenerte en mi vida cada día. ¡Siempre!

—¿Entonces por qué no?

—Porque ya estoy casado.

Habló mirándola de frente, pero no había desafío en la mirada, sino una profunda tristeza en sus ojos grises. Léonie intentó liberar la mano que él todavía sujetaba pero no lo logró. Rocamora la sostenía con fuerza, en un desesperado intento por retenerla en su vida.

Su piel junto a la suya le quemaba, pero sus palabras le helaban el corazón.

—¿Tienes esposa? —logró pronunciar las palabras haciendo arder su garganta.

—Sí, pero no es lo que tú crees. Estamos casados pero no vivimos juntos. Ella...

—¡Basta! —le cortó la explicación—. No quiero escuchar nada más — exclamó con frialdad y escapó de su apretón de manos y del lecho en un mismo salto.

—¡Pero tú querías saber! Por eso te lo dije, y ahora te quiero contar todo. Debes conocer la verdad.

—Ya sé lo suficiente.

—No, eso es apenas una parte.

—Hoy no puedo escuchar más. Te pido que me dejes a solas, por favor.

—¡No! Quiero quedarme y explicarte. Debes entender...

—No —volvió a interrumpirlo—. Necesito estar sola para pensar, para acostumbrarme a la idea. Si de verdad me amas, te suplico que me dejes. Hablaremos mañana —le dijo de pie, de espaldas a él. No quería mirarlo. No quería que su expresión de súplica la conmoviera. Era un hombre

comprometido, por lo que cualquier futuro entre ellos sería imposible. No le había importado acostarse con él sin saber sobre su vida privada cuando era el dueño del burdel y la llave para encontrar a Jules. Pero ahora que estaba pensando en cómo encaminar su vida, debía evaluar otras cosas—. Por favor, vete —insistió.

—Me iré, pero prométeme que mañana me escucharás.

Léonie apenas asintió con un gesto.

En cuanto escuchó la puerta cerrarse, permitió que sus rodillas se doblaran y cayó al suelo sobre sus talones. Las lágrimas le nublaban la vista, pero no había nada para ver. Sólo tristeza y oscuridad. Léonie sentía que se hundía en un mundo de mentiras. Todos los hombres que le importaban le mentían. Primero Ernest y después también Eladio.

Entre sollozo y sollozo sentía un intenso dolor en el pecho. Había confiado en ese hombre, él le había dicho que era única y que la amaba. Y en ese momento comprendió que el amor también había nacido en su corazón. Reconoció que se había enamorado de Rocamora y que por eso la lastimaba tanto saber que le había mentado. Más lágrimas sacudieron su cuerpo mientras los pensamientos se atropellaban en su mente. *Eladio es como Ernest. Me ofrece ser su segunda, su propuesta es igual de humillante. Nunca podré aceptar algo así. No viviré con él en su casa mientras tiene a su esposa en otro lado. Tampoco puedo seguir con él aquí sabiendo que hay otra mujer más importante en su vida. Eso estaba bien antes, pero ahora que descubrí que lo amo, no puedo compartirlo con nadie. No soportaría saber que viene de estar con otra. Prefiero el dolor de tener que olvidarlo. ¡Sí! Eso es lo que haré. Lo olvidaré y desterraré este amor de mi corazón. Y la única forma para lograrlo es dejar de verlo.*

Ese pensamiento le provocó nuevas lágrimas que hicieron arder sus ojos. No supo cuánto rato pasó allí, la mejilla contra la alfombra, mojándola con su dolor. Había llorado demasiado, pero sabía que el dolor de la separación sería

la única forma para olvidar a Eladio. *Además, será lo mejor para Jules, se dijo para darse ánimo. Mi niño podrá crecer en una casa, no en un burdel. Me esforzaré y le daré un hogar decente. Debo desterrar lo malo que hay en mí. A partir de mañana me vestiré como una monja. Los hombres sólo me desean por mi aspecto, quieren mi cuerpo, no me quieren como esposa. Pero haré lo posible para revertir eso. Seré una mujer decente, de quien mi hijo pueda enorgullecerse. Esta es la tierra de las posibilidades. He llegado hasta aquí a base de promesas incumplidas, pero estoy a tiempo de cambiar mi destino. Sólo depende de mí. Y me demostraré que puedo hacerlo.*

Con la determinación que le concedían la rabia y el despecho, se lavó la cara y empezó a buscar las pertenencias con las que había llegado de Francia. No se llevaría el vestuario con el que bajaba a las veladas en el salón. Eso quedaría atrás, junto con su pasado. Eligió apenas un vestido nuevo de los más decentes, de los que usaba para ir a pasear al parque, y sin brillos. Uno que le daba un aspecto formal y no demasiado llamativo. Lo necesitaría en el nuevo camino que pensaba seguir. Lo puso en un bolso junto con la ropa de Jules. Mientras revolvía los vestidos colgados su vista cayó en el cuadro que descansaba en el fondo del ropero. Contuvo la tentación de destruirlo. Prefirió ignorarlo. Decidió dejarlo allí, junto con los restos de su amor perdido.

Cuando tuvo todo listo se asomó al pasillo con cuidado. Ya estaba amaneciendo y no quedaba nadie circulando por allí. Hubiera querido ir a despedirse de Gilberta pero sabía que su amiga intentaría convencerla para que abandonara la idea de marcharse. Por lo que desistió y apenas apoyó la palma en la madera de su puerta cerrada a modo de despedida.

Bajó la escalera en silencio y se dirigió al cuartito junto a la cocina para buscar a Jules. Por suerte el niño estaba profundamente dormido y cuando lo despertó no hizo demasiadas preguntas. Obedeció y se vistió en silencio. Cuando estuvo listo salieron a la calle junto con la primera luz del día. Léonie

pensó que eso era una buena señal. El sol iluminaría el comienzo de esa nueva vida que estaban a punto de enfrentar.

*Fines de mayo de 1880*

—*L'amour, c'est le creuset sublime où se fait la fusion de l'homme et de la femme; l'être un, l'être triple, l'être final, la trinité humaine en soit. Cette naissance de deux âmes en une doit être une émotion pour l'ombre.*

Las palabras de Léonie resonaron en el salón privado de la dueña de esa imponente mansión con paredes interiores forradas en brocato dorado y trabajados vitrales en las ventanas. Doña Estanislada de Monteagudo estaba en un sillón ensimismada en un bordado, pero al escuchar la lectura interrumpió a la profesora de francés de su hija Noelia.

—*Excusez moi, mademoiselle Marchall*, pero ese párrafo no me parece apropiado para una jovencita.

—¿Por qué no, *madame*? *Les misérables* es una obra con gran reconocimiento en mi país y es famosa en el resto del mundo también.

—Sí, lo sé. Es que... Noelia, sal un momento, por favor. Te llamaré cuando puedas regresar —pidió a su hija y esperó a que se cerrara la puerta para continuar—. Es que habla de fusión de hombre y mujer... No me gusta, ¿me entiende? —replicó con la espalda muy tiesa.

—Le traduzco de manera textual lo que acabamos de leer, por si no lo comprendió bien: “El amor es el crisol sublime donde se produce la fusión

del hombre y la mujer; el ser uno, el ser triple, el ser final, la trinidad humana en sí misma. Este nacimiento de dos almas en uno debe ser una emoción para la sombra”. Victor Hugo se refiere a los sentimientos más que al acto carnal.

—De cualquier modo, no quiero que mi hija lea eso.

—Discúlpeme, *madame*, pero mis métodos de enseñanza incluyen lecturas en la lengua original, para luego conversar con mis estudiantes sobre dicha obra. Si no está conforme con mis servicios puede prescindir de ellos — Léonie anunció con serenidad, segura de que la mujer insistiría para que se quedara. Ella tenía excelentes referencias y había rechazado a varios alumnos por falta de tiempo. Si la despedían de esa casa, estaba segura de reemplazar a esa estudiante a la brevedad.

—Oh, no, no, no. No quiero que se marche, *mademoiselle*. Tan sólo me gustaría que eligiera otra lectura. Es que las letras de *monsieur* Hugo son provocadoras. Si mal no recuerdo Cosette es hija de una pros... Ejem — carraspeó y se corrigió—, de una madre soltera. No me parece un tema adecuado para enseñar a una jovencita.

—No enseñe que los personajes sean modelos a copiar, *madame*. Enseño francés y para ello me valgo de un gran escritor. Continuaré haciéndolo si sigo dándole clases a su hija. Si no está de acuerdo puedo marcharme ahora mismo —volvió a ofrecerle la opción de despedirla.

—¡Ya le he dicho que no! La querida Carmen me la ha recomendado con tanto esmero que no podría explicarle por qué no... Bueno, quiero decir, que no podría decirle... —las palabras se atropellaban en boca de la dama y no lograba ofrecer una explicación coherente.

Léonie sabía que se refería a Carmen Nóbrega Miguens. La esposa del presidente Nicolás Avellaneda no la había olvidado. Desde que la había buscado pocos días después de abandonar la *maison* de Rocamora, la primera dama se había convertido en la principal impulsora de su carrera como maestra de francés. La tomó para que enseñara a sus propios hijos, y después,

complacida con su trabajo, no dudó en recomendarla a sus amistades. Con un apoyo de tan alto nivel, el alumnado de Léonie creció de la noche a la mañana. Todos querían tomar lecciones con la joven francesa que enseñaba a los hijos del presidente.

El encargo de doña Carmen fue muy amplio: le pidió que se ocupara de hacer hablar el idioma a sus seis hijos mayores, de entre ocho y diecisiete años. Consideraba que los cinco menores todavía eran demasiado pequeños, el último un bebé de menos de un año. Para ocuparse de ellos Léonie asistía a la vivienda de la familia presidencial en la calle Moreno cinco tardes por semana. A eso sumaba muchas otras horas de clases en varias casas. Tenía todas sus mañanas ocupadas también, lo cual le reportaba un excelente ingreso. Hacía mucho había podido mudarse del conventillo en Montserrat donde se había instalado con Jules al abandonar el burdel. Alquilaba un modesto pero confortable departamento con dos habitaciones además de la sala, en una zona céntrica muy decente. Y hasta había contratado a una empleada que además de preparar el almuerzo para Jules cuando volvía de la escuela, le dejaba lista la cena antes de irse. Léonie estaba contenta con el rumbo de su vida. Trabajaba mucho, pero eso le gustaba. Le evitaba tener tiempo libre para crear contactos sociales. No quería frecuentar a los grupos en los que algunos de sus alumnos mayores buscaban incluirla. Porque no sólo daba lecciones a jóvenes, también hombres y mujeres adultos de la clase alta buscaban perfeccionar su francés con una profesora nativa. Y varios de ellos habían intentado extender su compañía más allá de las horas de clase. Eso la había obligado a mostrarse áspera en el trato personal. Se marchaba en cuanto terminaba su trabajo y nunca aceptaba quedarse a charlas ni ir a tertulias que pudieran dar pie a equívocas situaciones. La profesora de francés no fraternizaba con nadie, esa era su fama y le gustaba que así fuera. En cuanto se cerraban los libros se iba a su casa.

La única excepción a esa regla era su relación con doña Carmen Nóbrega.

La primera dama se había convertido en más que su mentora: era su guía en todo lo relativo a la sociedad porteña y también su amiga. Una relación que ya llevaba varios años y que Léonie agradecía cada día. Sabía que eso le había abierto todas las puertas y que por ella gozaba de una posición privilegiada. Pero más allá de su gratitud hacia la dama, sentía un sincero cariño por ella. La acompañaba en su salón siempre que podía y disfrutaban de largas charlas a solas. Por eso no le preocupaba la presión de doña Estanislada. Si la mujer la despedía, conseguiría trabajo en otro lado.

—No, no, mi querida, no quiero que se vaya. No encontraré a otra profesora con sus recomendaciones en esta ciudad —insistió doña Monteagudo.

—Bien, me quedaré, pero Victor Hugo se queda conmigo. Ahora que estamos de acuerdo, haga entrar a Noelia. Debo dejarle la tarea antes de despedirme, ya casi es la hora de finalizar la clase.

—*Oui, oui*, claro, ya mismo —asintió la mujer, con el uso de palabras mezcladas tan en boga entre los de su clase social.

Léonie salió de allí después de un rato con la frente en alto y una sonrisa. Había logrado el tan ansiado respeto, algo que no hubiera conseguido en caso de haberse quedado junto a Rocamora. Muchas veces pensaba en él. Lo extrañaba y se planteaba si había tomado la decisión correcta al alejarse de su lado. En momentos como ese sentía que sí. Era una mujer con una exitosa carrera encaminada y un nombre decente. Un buen ejemplo, el mejor legado para su hijo. Aunque en las largas noches de soledad la asaltaban muchas dudas. Cada centímetro de su cuerpo clamaba por el de Eladio. Echaba de menos su piel, sus músculos, sus besos, su compañía. Aunque se esforzaba por olvidarlo, en el fondo de su corazón seguía vivo el recuerdo de los buenos días compartidos. Pero sabía que aquello había quedado atrás. Él ya no formaba parte de su vida. Ella no había vuelto jamás al burdel y agradecía no habérselo cruzado en ningún lugar de la ciudad en esos años. Sus caminos



estaban muy separados. A pesar de eso, el recuerdo se colaba en su mente cada tanto. Como ese día, mientras regresaba a su casa en el *tramway* tirado por caballos. El novedoso transporte no tenía una gran cantidad de adeptos en la ciudad. Mucha gente lo consideraba peligroso porque iba muy rápido y no se detenía ante el cruce de los peatones, pero debido a las quejas se buscó una solución: adelante iba un guardia a caballo tocando una bocina para abrir camino al veloz coche de transporte público. Léonie disfrutó del paisaje y trató de alejar a Eladio de su mente pensando en las lecciones de esa tarde. Primero le tocaba enseñar a un alumno adulto y luego iría a casa de los Avellaneda.

Al bajar del *tramway* caminó unas pocas cuadras hasta su casa, donde encontró la comida lista y a Jules esperándola para almorzar.

—¿Te has lavado las manos, *mon chère*? —hizo la pregunta de rutina después de darle un beso en la mejilla.

—*Oui, maman* —respondió el muchacho de trece años y se sentó a la mesa con prontitud.

—¿Cómo te fue en el colegio? —curioseó mientras la empleada acomodaba las fuentes humeantes frente a ellos.

—Bien.

—¿Sólo eso? ¿No vas a contarme nada más?

—Fue un día normal —respondió subiendo los hombros y acercando el plato para que su madre le sirviera carne con vegetales—, con una interesante pelea en el patio. Hubo algo de sangre.

—¿Sangre? ¿Y eso te parece normal?

—No... Bueno, en realidad sí. Últimamente sí —se corrigió.

—No comprendo. ¿Qué quieres decir?

—Que cada vez hay más peleas en los recreos, casi siempre son sólo con puños, pero a veces también utilizan navajas.

—*Mon Dieu!* ¡Armas! Tendré que ir a hablar con algún responsable.

—No, no, no es necesario. Son sólo entre los muchachos mayores, por cuestiones de política.

—¿Política? ¿En el Colegio Nacional?

—Sí, por supuesto. Es por la pelea entre los de las provincias y los porteños. Los ánimos están caldeados en las calles y también tras los muros escolares.

—¿Qué quieres decir?

—Ay, *maman*, ¿es que no has visto a los soldados armados en las calles, la milicia?

—Bueno, sí, pero pensé que se estaba aumentando la seguridad para cuidar a la gente. La población de la ciudad ha crecido mucho con el incentivo a la inmigración de Avellaneda.

—No es por eso, *maman*.

—¿Y tú cómo lo sabes? No es un asunto para niños.

—Por empezar, ya no soy un niño, aunque me hagas llevar pantalones cortos. El año que viene me obligarán a usarlos más largos en la escuela. Te aviso para que prepares la tela.

—¿Has crecido tanto, *mon petit*!

—¡Te acabo de decir que ya no soy tu pequeño, *maman*! ¡No insistas en llamarme así!

—Disculpa, es que para mí siempre serás mi niño.

—Pero tu niño está al tanto de las cuestiones políticas de este país, ¿quieres oír lo que pasa o no?

—Sí, por supuesto. Cuéntame.

—La pelea es por el poder. Por un lado está el presidente Avellaneda y su candidato presidencial, el general Roca, que obtuvo la mayoría de votos en las elecciones de abril. Por el otro, el perdedor, que es el gobernador de Buenos Aires, don Carlos Tejedor, que cuenta con el apoyo del expresidente Mitre. Los porteños se resisten a tener a otro presidente del interior. Roca es

tucumano, al igual que Avellaneda, y tiene el soporte de las provincias tras su victoriosa campaña tierra adentro matando indios. Por eso los locales planean dar batalla y evitar que se reúna el colegio electoral y que asuma Roca.

—*Mon Dieu!* Pero eso es ilegal, si hubo una elección hay que respetarla.

—Los ánimos están divididos. Muchos siguen a Tejedor, pero el presidente tiene el apoyo de la Liga de los Gobernadores del interior y están trayendo tropas armadas a la ciudad. Hay trifulcas entre ambos bandos cada día, como lo que pasó hoy en el colegio.

—¿Cómo pude ser tan ciega para no ver que el exceso de policías y soldados en las calles no significaban nada bueno?

—Mis profesores dicen que las mujeres no prestan atención a la política, que sólo les interesa la cocina y los bordados, es normal —concluyó con un encogimiento de hombros.

—¡Jules! ¡Te prohíbo que vuelvas a decir algo así! ¿Acaso no te criado yo sola y demostré que soy capaz de mantenerte y darte una vida digna?

—*Maman...* —murmuró revoleando los ojos.

—¡No me hagas ese gesto! No voy a hablar del total de las mujeres, porque sé que muchas encajan en lo que has dicho, pero yo sirvo para mucho más que las ollas o la aguja. Entonces, por favor, no generalices. Evalúa bien si lo que vas a decir es tu pensamiento o si sólo vas a repetir lo que escuchaste de boca de otro.

—¿Aunque ese otro sea mi maestro?

—Sí, aunque sea tu maestro o el mismísimo director del colegio. Debes aprender a formar tus propias opiniones. Para ello puedes tomar partes de lo que aprendas, pero también partes de lo que ves. La vida no es igual para todos y puedes, mejor dicho ¡debes!, sacar tus propias conclusiones. No te he criado para que repitas lo que dicen los demás, quiero que pienses, hijo.

Ante el silencio de Jules, Léonie insistió:

—¿Has entendido?

—*Oui, maman.*

—No comprendo por qué doña Carmen no me puso al tanto de esto — expresó su pensamiento en voz alta y decidió que esa tarde hablaría del tema con su amiga, quien debería tener más información sobre la situación.

Después de almorzar apartó el asunto de sus pensamientos y marchó a visitar a su primer alumno. Pero al llegar a la mansión del joven empresario de los ferrocarriles Augusto Pontevedra, el mayordomo le dijo que el dueño de casa había salido por una situación imprevista y que debía suspender las clases hasta nuevo aviso.

—¿Suspender las clases por completo? ¿Es que le ha ocurrido algo grave a don Augusto?

—¿Acaso no lee los periódicos, señorita? —preguntó el mayordomo con altanería. Si bien Léonie vestía como una dama, él sabía que era empleada de su patrón. Creía que eso le daba cierto derecho a tratarla sin alcurnia.

—No, sí, a veces. No tengo tiempo —se justificó—. ¿Me puede explicar a qué se refiere?

—¡A la guerra inminente! El señor estará ocupado hasta que la situación se resuelva ¡y sólo Dios sabe cuándo será!

—¿Guerra? ¿Acaso llama guerra a las trifulcas por las elecciones? —preguntó asustada.

—¿Y cómo quiere que lo llame? ¡Sin duda será una guerra civil! Los de la capital contra los provincianos. Y ahora debo continuar con mis asuntos. Tenga un buen día —concluyó antes de cerrarle la puerta en la cara.

Sorprendida, tanto por el destrato como por las noticias, Léonie se marchó a impartir sus lecciones a los niños Avellaneda. No sería un problema llegar antes del horario previsto, tenía muchas ganas de charlar con doña Carmen y también podría ofrecerle ayuda con los niños menores. Aunque había empleadas en la casa, nunca sobraban un par de manos extras con tantos bebés. El más chico, Martín, tenía menos de un año y el que le seguía,

Manuel, aún no había cumplido dos. Luego estaban Eduardo, de tres, María del Pilar, de cinco, y María Mercedes, de seis. La pequeña María Victoria, de ocho, ya estudiaba francés al igual que sus hermanos mayores: Nicolás Abraham, de nueve años, que usaba dos nombres para diferenciarse de su hermano Nicolás Fermín, que había fallecido a los dos años de edad; Marco, de once; Juliana, de quince; María del Carmen, de dieciséis, y María Dolores, de diecisiete. Léonie había visto nacer a los varones menores de la familia y les tenía un gran cariño a todos. Cuando llegó le abrió una empleada con la mirada enrojecida y la hizo entrar a la salita donde doña Carmen pasaba sus tardes, pero ella no estaba allí. Al rato acudió a recibirla María Dolores, la hija mayor.

—Me alegra verla, *mademoiselle*. No es un día fácil en esta casa. Quizás su presencia aporte un poco de cordura. ¿Podremos tener la clase como siempre?

—Claro, *ma chérie*, ¿por qué no iba a ser así?

—Porque mi madre parece haber enloquecido. Corre de un rincón a otro dando órdenes a todos, está muy alterada.

—Debes entender que la situación es excepcional. En las calles se habla de guerra.

—¡Lo sé! Por eso hemos recibido órdenes de mudarnos, ¡vamos a abandonar la ciudad! Y yo no puedo hacer eso, hay un joven, un caballero...

—reveló y debió interrumpirse debido a las lágrimas.

—Entiendo —la consoló Léonie—, pero no me quedó claro eso que dijiste: ¿van a abandonar Buenos Aires?

—¡Eso dice mi madre! ¡Pero yo no quiero! Prefiero quedarme y continuar con mis clases de francés, mis salidas a misa, mis paseos por el Paseo de Julio junto al río al atardecer, por Palermo los fines de semana. ¡No puedo irme! Pídale a mi madre que me deje quedarme aquí, *mademoiselle*, ¡por favor!

—Por más que insistas no te quedarás, ese asunto está fuera de discusión —intervino Carmen Nóbrega Miguens, quien acababa de entrar a la salita y puso fin a la frase de su hija—. ¿Cómo estás, querida Léonie? —saludó con un abrazo a la maestra.

—Yo bien, pero me preocupa saber cómo estás tú. —Hacía años habían dejado atrás el trato distante, a medida que se profundizaba su amistad—. He escuchado algunas cosas sobre la situación actual que desconocía. ¿Puedo preguntar por qué no te desahogaste conmigo antes?

—La verdad, mi querida, porque yo misma no estaba al tanto de todo. Nicolás dijo que me vio tan atareada con los niños que no quiso preocuparme antes de tiempo, sin necesidad. Y ahora que ha llegado el momento de que me preocupe, la noticia me ha caído como baldazo de agua fría. ¡Tener que mudar a toda la familia en un par de días! ¡Eso es una tarea titánica, para no decir imposible! —se lamentó sentándose en un sillón y cubriéndose el rostro con las manos.

Léonie nunca había visto así a la aplomada primera dama. Su desespero la asustó, junto con las flamantes noticias.

—¿En un par de días? —preguntó incrédula.

—Así es, nos tenemos que ir a la brevedad.

—¿Ir a dónde? Si puedo preguntar.

—Claro que puedes, ya no es secreto: Nicolás va a mudar el gobierno nacional, quiere sacarlo de Buenos Aires y de esa manera combatir el poder del gobernador Tejedor por la fuerza. Iremos a un pueblo vecino, al norte de la ciudad, llamado Belgrano.

—No imaginé que la situación fuese tan complicada.

—Lo es, mi querida. Será peligroso quedarse aquí. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—¿Yo? —la sorpresa en su voz revelaba que Léonie todavía no había pensado en su propia situación.

—Tú y tu hijo, por supuesto.

—Te agradezco la oferta, querida Carmen. Pero, ¿te parece que sea necesario?

—¡Sin duda! Hay tropas fieles al presidente acercándose a la ciudad, sólo esperan una orden de Nicolás para atacar. ¡Habrá violencia en las calles! ¡La situación es desesperante! A pesar de que me agobia preparar la partida, lo estoy haciendo. Más allá de que esa sea la voluntad de mi marido, lo hago para poner a salvo a mis hijos. Creo que cualquier madre va a querer lo mismo —clavó una mirada profunda en los ojos claros de Léonie—. Puedes venir a vivir con nosotros si lo deseas. En realidad, te estoy pidiendo que lo hagas: me gustaría que los niños continuaran con las clases, para que sus vidas no se vean tan alteradas.

—No sé qué decir —alcanzó a responder en medio de la sorpresa.

—Si lo piensas un poco verás que la partida es lo más sensato —insistió antes de ponerse de pie—. Y ahora deberás disculparme, mi querida. Hay mil detalles que requieren mi atención. ¿Podrías comenzar con las lecciones ahora, si no te queda incómodo? Así los niños se distraerán de tanto ajetreo. Y mientras lo haces, piensa en lo que te he dicho, por favor.

—Claro. Iré a la biblioteca con ellos como siempre —despidió a su amiga con una sonrisa.

\*\*\*

En el camino de regreso a su casa Léonie pensó en la propuesta de doña Carmen. Aunque no estaba en sus planes abandonar Buenos Aires, donde tenía su vida armada, tampoco le gustaba la idea de quedarse en una ciudad en guerra. Sin duda muchos alumnos suspenderían las lecciones de francés,

como había hecho don Pontevedra esa misma tarde. Además, sin el importante ingreso que le proporcionaba la familia Avellaneda sus cuentas tambalearían. Aunque Léonie tenía una buena cantidad de ahorros, prefería no hacer uso de ellos. Había aprendido que la independencia económica era la clave para la verdadera independencia personal. Los fondos propios le permitían marcar el rumbo de su destino. Necesitaba continuar trabajando. Y si cinco de sus alumnos se mudaban a otro pueblo, lo lógico sería ir hacia donde tendría un ingreso. Lo único que la hacía dudar eran los estudios de Jules. Si se alejaban por tiempo indeterminado perdería muchos días de clase. Estaba a punto de cruzar una esquina cuando el ensordecedor ruido de un arma retumbó cerca de ella. Una vez más y otra después. No logró divisar de dónde provenía antes del cuarto disparo, cuya bala pasó cerca de ella para incrustarse en una pared no muy lejana.

—¡Cuidado! ¡Agáchese, señora! —escuchó una voz sin dueño dándole órdenes.

Aturdida, eligió no obedecer. Empezó a correr hacia el otro lado, buscando alejarse del disturbio. Mientras sus pies volaban y aferraba su pequeño bolso, sacudió la cabeza con convencimiento. Lo había decidido. No se quedaría a esperar que las batallas aumentaran. En cuanto llegara a su hogar empezaría a empacar.

\*\*\*

*Pueblo de Belgrano,  
junio de 1880*

El fastuoso edificio de estilo neoclásico sobre una de las avenidas



principales del pueblo había sido construido pocos años antes por el arquitecto Juan Antonio Buschiazzo para albergar la municipalidad de Belgrano. Pero la llegada de Avellaneda con su gente convirtió el palacete en sede del gobierno nacional y casa de la familia presidencial a la vez. Léonie y su hijo se instalaron allí con ellos, por insistencia de doña Carmen.

Aunque viajaba a diario hasta los cuarteles en las afueras de Buenos Aires, en la zona de Chacarita, para comandar las tropas en persona, el presidente trataba de volver a tiempo para cenar cada noche. Durante la primera semana del exilio doña Carmen mantuvo la costumbre de poner la mesa con los manteles de hilo y la vajilla con el logo de la pareja que habían llevado con ellos y esperaba a ese hombre de piel cetrina, dueño de una oscura barba tupida, para servir la comida. Intentaba que la vida familiar se mantuviera lo más parecida posible a la de antaño. Su marido no era un hombre de guerra, sino un intelectual, entusiasta de la literatura, que había llegado a la política como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública del presidente Sarmiento. Un devoto católico, pacifista, que despertaba por igual las simpatías del clero y de los intelectuales. Por eso había evitado al máximo el encuentro armado. Y justamente por no haber tomado medidas a tiempo es que las cosas se le habían escapado de las manos, al menos de eso lo acusaban sus enemigos. Le colgaban el cartel de miedoso. Cuando, en realidad, ese hombre de mirada aguda, con un intenso brillo que denotaba fuerza en sus ojos oscuros, no pensaba dar el brazo a torcer. Mudar la capital no fue un escape, sino una estrategia táctica. Desde afuera del bastión de Tejedor podría actuar mejor contra las fuerzas porteñas, se dijo a sí mismo y a sus hombres. Nunca bajó los brazos ni huyó, como decían los rumores lanzados por sus detractores.

Sin embargo esa noche, durante la cena, don Nicolás no se mostraba satisfecho con el curso de la situación.

—Yo no sé qué es más peligroso, si la peste amarilla con que amenaza un

barco que acaba de llegar al puerto porteño o la guerra que está originando la cuestión presidencial —confesó en un momento aciago.

—Lamento tanto todo lo que estamos viviendo. Me cuesta creer que la ambición de un hombre por el poder lo lleve a montar una guerra. ¡Tejedor cargará con este plan malvado y sus consecuencias en su conciencia durante el resto de la eternidad! —sentenció doña Carmen.

—¿De verdad cree que es una guerra, señor presidente? —intervino Léonie tras un silencio que nadie quiso romper.

—También podríamos llamarlo revolución. No importa la palabra exacta, señorita Marchall, lo que me preocupa es que habrá muertos en uno y otro bando —respondió el hombre al mando de las Fuerzas Armadas de gran parte del país.

—¿La gente no quiere la paz?

—La lógica dice que sí. ¿Por qué no utilizas ese argumento en un discurso frente al pueblo? —se sumó con indiscutible lógica femenina doña Carmen.

—Ya lo hice. En mi último discurso en Buenos Aires, frente a treinta mil personas que marcharon hasta la Casa Rosada, arengué por la paz. Les dije: “Este es el lujo, el arte y la ciencia para la ciudad opulenta. ¿Queréis sinceramente la paz?”. A lo que la multitud respondió a viva voz “sí, sí, sí”.

—Pero los tiroteos a edificios del gobierno nacional en los días siguientes demostraron lo contrario —continuó el cuarto invitado a la mesa, don Carlos Pellegrini, flamante ministro de Guerra, tras el sombrío silencio del presidente—. Eso nos llevó a la drástica decisión de declarar a Belgrano como nueva capital del país, lo que le quitará poder a Tejedor.

—¿Con eso será suficiente para frenar los combates?

—No lo creo. Los porteños ya están armados y sedientos de sangre. Quieren el poder, y no se lo daremos. Pelearemos —enfaticó con un puño cerrado.

—¿Quieres decir que pelearán si es necesario, Nicolás? —preguntó doña

Carmen con el rostro tenso.

—Lamentablemente será necesario. Las tropas nacionales ya están preparadas en las afueras de la ciudad, en los cuarteles de la zona de Chacarita. Sólo esperan mi orden para atacar.

—¿No podría evitarse esa orden, señor?

—No, *mademoiselle* —intervino el invitado—. La insurrección de Tejedor es más que eso, es una verdadera revolución: ¡ha comprado rifles al extranjero! Acaba de recibir un embarque desde Montevideo, cuando todos los políticos conocen la prohibición de armar un ejército provincial por cuenta propia.

Léonie estrujó la servilleta compungida en silencio, mientras doña Carmen se ocupó de acomodar unos cubiertos sobre el mantel. La sensación de guerra inminente oprimía sus corazones.

—¿Todo esto es por defender al presidente electo Roca? —se animó a preguntar Léonie después de un rato, y fue Pellegrini, quien reemplazaba al exministro de Guerra en su cargo, el encargado de contestar.

—Claro que no, *mademoiselle*. Es para defender las leyes de este país. Buenos Aires no escapa a lo que dicta nuestra Constitución, los porteños deben acostumbrarse a ello. El general Roca cuenta con el apoyo del interior después de la exitosa campaña del desierto que ha garantizado la tranquilidad de los habitantes de todas las zonas limítrofes con los indios. Esa hazaña lo ayudó a ganar la elección, pero más allá de ello, velar por que se cumplan nuestras leyes es la obligación de este gobierno y yo ayudaré en todo lo posible a don Nicolás en esta tarea —respondió mirándola directamente a los ojos con intensidad.

Léonie no rehusó la mirada, pero la sostuvo con frialdad. No tenía intenciones de involucrarse con ningún hombre, y mucho menos con uno casado, como sabía que era el estado civil del ministro de Guerra. Algunos funcionarios se habían trasladado con sus familias pero otros no. Lo que

ciertamente daría lugar a emergentes romances secretos si el exilio se prolongaba en el tiempo y la bella francesa sería una candidata ideal para los avances masculinos, pero Léonie no estaba dispuesta a prestarse a ello. Mantenía su vida privada al margen de los hombres en Buenos Aires y planeaba hacer lo mismo en Belgrano. En realidad, corrigió sus pensamientos, no tenía ninguna privada en la ciudad y pensaba mantenerse así.

\*\*\*

—*Rien ne suffit à l'amour: on a le bonheur, on veut le paradis; on a le paradis, on veut le ciel.* Nada es suficiente para el amor. Tenemos felicidad, queremos el paraíso; tenemos el paraíso, queremos el cielo. Creo que los soldados que hoy están peleando en las huestes de mi padre no tienen ni el paraíso ni el cielo, sólo reciben órdenes —expresó su pensamiento Juliana Avellaneda, de quince años, la menor de las hermanas presentes.

—Entiendo que estés preocupada, pero no traduzcas. Intenta expresar esa misma opinión en francés. No permitas que la situación interfiera en tus deberes —la corrigió la maestra.

A Léonie le costaba concentrarse para dar clases con palabras de amor de Victor Hugo cuando en el día a día vivían los avatares de una guerra, pero sentía que cumplir con su tarea era ayudar a llevar adelante aquella epopeya. Estaba en medio de la lección con las tres muchachas mayores de la familia cuando se escuchó un intenso griterío frente a la mansión. Sin duda había una multitud reunida en la calle.

—¡Niñas, aléjense de las ventanas! —ordenó Léonie alterada, recordando los tiros de unas semanas atrás en Buenos Aires.

—¿Qué ocurre? —preguntó María Dolores, la mayor.

—No lo sé, pero no nos acercaremos para averiguarlo. Esperaremos a que alguien nos traiga noticias. Vayamos hacia un pasillo sin salida al exterior — sugirió con sensatez. En cuanto abrieron la puerta de la salita se encontraron con que la algarabía había invadido el interior de la casa también.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! —clamaban las voces de los criados, de los funcionarios y de la propia doña Carmen, que llegó corriendo para dar la noticia a sus hijas y a la maestra.

—¿Es verdad? —preguntó Léonie con resquemor.

—¡Sí, mi querida! ¡Las tropas porteñas se han rendido! —anunció jubilosa la primera dama de ese gobierno que había elegido el autoexilio como estrategia de guerra, un extraño plan que funcionó.

—¿De verdad, madre? —insistió María Dolores—. Eso significa que pronto volveremos a casa y podré ver a... A mis amistades —se corrigió a último momento.

—Nadie ha hablado de regresar aún. Apenas me ha llegado la noticia de la rendición. Pero esto ha sido grave, una verdadera revolución, no creo que se resuelva en pocos días. Sólo Dios sabe hasta cuándo estaremos aquí.

La noticia corrió por las calles del pueblo más veloz que el viento: el bando nacional había ganado. Al alba del 17 de junio, Avellaneda finalmente había dado la orden de atacar. Los combates duraron tres días, en los que hubo más de tres mil muertos entre ambos bandos. El ejército porteño contaba con cuatro mil hombres en total. Mientras, continuaban llegando refuerzos para Avellaneda desde el interior del país. El resultado final había sido previsible. Pero a pesar del sometimiento del grueso de las tropas rebeldes y de la rendición del gobernador Tejedor, aquellas palabras de doña Carmen resultaron proféticas: no estaban dadas las condiciones para que el gobierno volviese a la ciudad. La animosidad de los porteños contra Avellaneda seguía vigente y podría ser peligroso. Don Nicolás decidió mantener la sede de su

régimen en Belgrano. En su mente coqueteaba con la idea de federalizar la ciudad de Buenos Aires, convirtiéndola en capital del país. Eso quitaría poder al gobernador de turno. Pero para ello debería promulgar una ley y hacerla votar en el Congreso instalado en Belgrano.

Esa estadía extendida hizo crecer el pueblo a pasos agigantados. Ya no se trataba sólo del presidente y sus ministros, sino que en poco tiempo el gobierno entero se trasladó a Belgrano. Senadores y diputados se reunían a sesionar en un improvisado congreso nacional en aquel pueblo al norte de Buenos Aires. La vida social en el lugar se amplió. Una vez obtenida la paz, se multiplicaron las tertulias en los salones. Y cuando el encuentro se realizaba en la casa del presidente, Léonie se veía obligada a asistir. Como esa noche.

Doña Carmen le había dicho que no habría una excesiva cantidad de invitados, pero dado que el anfitrión era el presidente de la nación, esa cifra no bajaba del medio centenar. Léonie se arregló con esmero, su amiga le había pedido que la ayudara a crear un clima festivo, donde todos estuvieran de buen ánimo después de los difíciles días pasados y ella no quería dejar mal parados a sus anfitriones.

Eligió un vestido azulado que destacaba sus ojos, ajustado en las caderas y al cuerpo en la parte delantera y con amplio polisón que daba volumen hacia atrás para que la tela cayera en infinitos faldones que terminaban en encaje. Uno de los trajes más elegantes que tenía. Se lo había puesto en pocas ocasiones. La última, para el bautismo del hijo menor de su querida amiga Carmen y el presidente. Decidió que era el apropiado para esa noche, para no desentonar con los festejos.

Después de verificar que Jules estuviera en su habitación junto a Marco y a Nicolás Abraham, Léonie bajó al salón principal que ya estaba muy concurrido.

Deambuló entre los asistentes, todos engalanados como si estuviesen en la

mismísima Casa Rosada. Las damas la saludaban con respeto y con un toque de recelo, porque pocas podían darse el gusto de llevar a la maestra francesa de sus hijos al exilio. A pesar de ello todas la trataban con gran cortesía. Los caballeros, por su parte, buscaban una señal que les permitiera acercarse a esa bella europea, famosa por su aire distante, pero ninguno lo lograba. No se le conocía amorío alguno desde su aparición en el mundillo local junto a la primera dama.

Léonie estaba de pie dentro de un animado semicírculo formado por dos parejas, respondiendo con corrección a cada comentario, cuando un tercer caballero apareció con una copa en la mano.

—Pido disculpas a estas hermosas damas por mi falta de corrección, pero me siento obligado a ofrecer este elixir de las bodegas del presidente a la flor más bella de este salón: *mademoiselle* la maestra.

—Oh, no, gracias, no debe molestarse —respondió la aludida con prontitud.

—No es ninguna molestia, sino más bien un placer servirla. Hipólito Sánchez a sus órdenes. He oído mucho de usted —pronunció arrastrando las letras junto con una mirada que incomodó a Léonie.

—No imagino que se comente sobre mi persona habiendo tantos temas de conversación más interesantes —respondió sin falsa modestia, con ganas de liberarse de él.

—Nada tan interesante como una francesa afincada en estos pagos, que aporta una necesaria dosis de elegancia y refinamiento a nuestra pequeña sociedad.

—No diga eso, *monsieur*. Las damas locales nada tienen que envidiarles a las de mi país.

—No lo veo así, su presencia es única por eso le ruego acepte esta copa —insistió con la mano todavía alzada frente a ella.

Incómoda, Léonie buscaba en vano alguna excusa para escapar de allí,

cuando una voz a sus espaldas la conmocionó.

—La dama ha dicho que no deseaba esa copa, creo que tanta insistencia no es de su agrado, caballero. Por lo que le solicito que no la moleste más.

*No puede ser. Suena como él, la voz grave, la lenta cadencia en el habla. El leve y apenas perceptible acento extranjero que tan bien conozco. Sí, suena como él, pero es imposible que esté aquí. Esta lejana sede del gobierno no es su lugar. ¿O sí?*, se preguntó Léonie sobresaltada, con las palabras atropellándose en su mente. La duda la atacaba, pero no se animaba a darse vuelta para comprobar su sospecha. Cerró los ojos por un momento, sin saber si en el fondo deseaba que fuese él o no. Pero no alcanzó a entender el clamor de su confuso corazón. Antes de descifrar esas fuertes palpitaciones que la atravesaban se vio obligada a mirar cuando el hombre a su lado increpó al recién llegado.

—¿Cómo se atribuye el derecho a responder por ella? Tengo entendido que la maestra de francés es soltera y no tiene compromisos con nadie. Por lo que le pido que se retire, por favor.

—Ha entendido mal. Está comprometida conmigo. Vámonos, querida — respondió la voz detrás de su espalda dirigiéndose a ella. Enseguida el hombre avanzó un paso y alzó el brazo doblado para ofrecérselo como apoyo.

Léonie observó el puño con los anillos de plata que conocía de memoria y no dudó. Ubicó su mano sobre la de Rocamora y juntos avanzaron por el salón hacia una puerta que daba a los jardines.

Mientras se movían en silencio Léonie pensaba con rapidez. La vida en el pequeño pero prolífico pueblo de Belgrano, que ya tenía un *tranway* propio y hasta farolas de gas en las calles, había crecido con la llegada de los funcionarios, sus asistentes y familiares. Muchas casas particulares se vieron obligadas a alquilar habitaciones a encumbrados personajes, ya que la capacidad de alojamiento de hoteles y pensiones estaba desbordada. El comercio en la zona también aumentó. Más venta de alimentos, se abrieron



más bares y hasta el alumnado de las escuelas creció. Era inevitable que también se multiplicaran los burdeles y que el dueño de la más selecta casa de prostitución porteña no quisiera desaprovechar la oportunidad de abrir una sucursal de su *maison* en el pueblo elegido por el presidente y su séquito.

Cuando salieron a la galería, Léonie intentó quitar la mano del brazo de él, pero Eladio la sostuvo junto a sí.

—¿Cómo pudiste hacerme algo así? Nadie sabía nada de mi vida personal. ¡Ahora todos hablarán de mí! —le reclamó enojada.

—¿Que cómo pude hacerte algo yo? ¡¿Cómo pudiste abandonarme tú, Léonie?! ¡Te busqué durante meses! No me resignaba a perderte, no quería vivir sin ti. Hasta que entendí que si estabas tan bien escondida era porque no querías que te encontrara. Dime una cosa, y si eres sincera y la respuesta es la que creo, me alejaré y no me verás nunca más: ¿tan terrible era la vida a mi lado? —pronunció tomándola por ambos brazos a la altura de los hombros.

Además de enojo había un dejo de dolor en su pregunta, que Léonie no pudo dejar de percibir. Eso le causó una punzada en el pecho. Cuando se marchó sabía que alejarse de él iba a ser difícil, pero no había tenido en cuenta los sentimientos de Eladio.

—Lo siento, no quise lastimarte. Pensé que me reemplazarías con otra de las muchachas.

—Nunca pensé en reemplazarte. Podía acostarme con todas las chicas, de hecho lo hice, ¡con desesperación!, buscando olvidarte, pero no lo logré. ¡Eras mi única mujer! ¡Yo te amaba! Y hasta te había sugerido que vivieras en mi casa.

—Lo recuerdo, como tu amante... —murmuró con despecho mirando hacia las plantas del jardín.

—Era lo único que podía ofrecerte.

—No era suficiente para mí —respondió huyendo de su mirada. No quería enfrentarlo, el recuerdo de la intensidad de sus ojos grises la asustaba. Temía

volver a perderse en su profundidad.

—Pero yo podía darte todo, una vida de lujos sin trabajar.

—No era lo que quería. Puedo mantenerme por mi cuenta, lo he demostrado en estos años. Lo que yo quería era un hombre que me amara.

—¡Lo tenías!

—¡Pero con la indecencia de una relación prohibida! ¡No quería criar a mi hijo junto a un hombre casado! Me dolía pensar en que tenías otra mujer a tu lado, otro lecho tibio esperándote.

—¡Deja de decir tonterías! No tenía una vida paralela, tú eras la única para mí —confesó en un tono más grave y bajo.

—¿Y tu esposa? ¿Acaso no la mantenías alejada del burdel porque era demasiado exquisita para ese estilo de vida?

—No, estaba postrada, con atención especial día y noche. Vivíamos separados. Yo sólo visitaba su casa para ocuparme de pagar las cuentas. Hacía mucho que Remedios había dejado de reconocermme. Olvidó todo y a todos, hasta a mí; su mente la había abandonado.

—¿Qué? ¿Está enferma?

—Lo estaba. Tenía una enfermedad rara en su cerebro que los médicos no pudieron curar. Murió hace un par de años.

Las dos noticias sacudieron a Léonie. Levantó la vista y encontró los ojos grises clavados en ella.

—Lo siento —murmuró compungida de verdad.

—¿Qué es lo que sientes?

—¡Tantas cosas! —soltó con un suspiro mientras incontables lágrimas alcanzaban sus ojos—. ¡Siento que hayas pasado por eso! ¡No lo sabía! Nunca imaginé que estuviese enferma... Pensé que la resguardabas y regresabas a ella en algunas ocasiones. ¡Tenía celos! ¡No soportaba la idea de pensar que estabas con otra!

—¡Dime qué más sientes! —insistió sacudiéndola por los hombros.

—¡Siento haberte abandonado! ¡Siento el dolor que te causé! ¡Que nos causé! —exhaló entre sollozos, lo que hizo que Rocamora la atrapara en un abrazo para sujetarla junto a su pecho. Léonie inclinó la cabeza y lloró sin buscar controlarse. Tenía muchos sentimientos contenidos y esa era la mejor manera de liberarlos. Mientras estaba allí, con la cabeza contra Eladio, escuchó los latidos acelerados de su corazón, sintió una mano de él sobre sus cabellos y la otra sujetándola con firmeza detrás de su espalda. Eso le provocó un escalofrío y enseguida él se preocupó.

—Es una noche helada y no llevas abrigo. Ten, cúbrete con el mío —dijo sacándose la chaqueta de lana para ponérsela a ella sobre los hombros. Mientras se la quitaba ella lo observó: llevaba ropas refinadas, de calce perfecto, además de sombrero de copa y bastón. A la camisa de cuello alto con *cravat* se sumaba un pantalón con la raya perfectamente marcada, y debajo de todo eso el cuerpo flexible y fuerte que tanto había admirado seguía allí.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir Léonie cuando la abrigó con el saco, y antes de que la boca de él cubriera la suya. El encuentro la hizo temblar. Ansiaba esos labios, esos besos, lo que el contacto le provocaba. Inclinó la cabeza hacia un costado para besarlo con ganas y se dejó besar. Una y otra vez. Reconoció el sabor de esos labios tan amados, y que tanto había extrañado. Ambos sabían que esos impetuosos besos eran apenas el comienzo, que sus bocas sólo expresaban lo que sus cuerpos anhelaban.

—Vámonos ya, ahora mismo —propuso Eladio.

—No puedo marcharme.

—¿No quieres? No te creo —la juzgó con la mirada cargada de deseo.

—No dije que no quiero, sino que no puedo. Mi lugar es junto a la anfitriona de esta casa, la primera dama me necesita.

—Yo te necesito más. Ven conmigo al menos un rato, tenemos que hablar —demandó con la mirada cargada de amor y no pudo negarse.

—¿A dónde? —cedió.

—Hasta mi carruaje, en la calle aquí adelante, allí estaremos tranquilos.

Léonie asintió, necesitaba aclarar muchas cosas, pedirle perdón otra vez por su intempestivo accionar era una de ellas y se dejó llevar de la mano entre los coches. Cuando él se detuvo y abrió la portezuela de uno agradeció que fuese la berlina cerrada. Allí estarían a reparo del aire helado de esa fría noche. Rocamora la ayudó a subir y se ubicó a su lado, en el mismo asiento, su pierna junto a la de ella, transmitiéndole un intenso calor, lo que la hizo olvidar el clima de inmediato. Antes de que pudiera decir nada, volvió a besarla. Y sus planes de conversación desaparecieron. Las bocas ávidas se encontraron en una unión tan ansiada como urgente. Rabiosa, vehemente, poderosa. Sus labios se dijeron sin palabras que el amor seguía allí, intacto a pesar del tiempo. La charla podría esperar, pensó Léonie perdida en las sensaciones que el encuentro le provocaba. Todas sus emociones a flor de piel, los vellos erizados, el estómago convertido en pista de danza de infinitas mariposas y su corazón corriendo al paso de un caballo desbocado.

Las manos de Eladio la sujetaron con fuerza, en la nuca y en la espalda, como si temiera perderla otra vez en caso de aflojar la presión. No combatió esa pujanza. Ella también necesitaba sentir su cercanía. Llevó las manos al pecho de él y lo acarició sobre la ropa, hasta que sintió la necesidad de encontrarse con su piel y le abrió la camisa como pudo, arrancándole la corbata y algunos botones en un mismo tirón. Enseguida apartó la boca de la suya para inclinarse y besarle el pecho expuesto con avidez.

—Ah, Léonie, mi amada Léonie. Es un sueño tenerte otra vez entre mis brazos —murmuró extasiado mientras ella lo besaba, sin dejar de acariciarle la nuca y los hombros. Enseguida la arrastró hasta sentarla sobre sus propias piernas, enfrentada a él. Con deleite terminó de exponerle la piel para acariciarla con ansias. Sus dedos cubiertos de anillos apretaron los pechos redondeados con fuerza, como si la presión pudiera devolverle los años

perdidos—. Deseaba tanto volver a tocarte.

—Extrañaba que me tocaras —respondió con voz ahogada mientras él le retorció los pezones, lo que le arrancó un gemido.

—Nuestros cuerpos se pertenecen. No tiene sentido mantenerlos alejados, deben estar siempre cerca, siempre unidos —afirmó entusiasta y la sostuvo por la cintura para hacerla moverse sobre él, sobre su erección.

—Sí, así, siempre cerca —respondió Léonie con los ojos cerrados, excitada por la fricción.

—Elévate un poco —pidió él y se desprendió el pantalón. Al mismo tiempo ella se levantó la falda y con poco cuidado se arrancó la ropa interior. No le preocupó el sonido de la tela al rasgarse. Lo único que importaba en ese momento era la cercanía de los cuerpos desnudos, las pieles ardientes que ansiaban encontrarse. Observó a Eladio y lo vio listo, esperándola. De a poco descendió sobre él sujetándose de sus hombros, como aquella primera vez que se amaron, tantos años atrás. De a poco fue tomándolo dentro de sí. De a poco recordó cuánto le gustaba sentir a ese hombre en su interior, cuánto lo había extrañado. Y allí acabó la lentitud. Empezó a moverse con frenesí sobre él. Una ardiente llama la impelía a no quedarse quieta, a disfrutar de los roces y de la unión con todas sus fuerzas. Rocamora la tomó por la cintura para pegarla más a él y acompañarla en sus sacudidas, enterrándose cada vez más profundo en ella, hasta sentir que no eran dos personas. Se movían juntos, inhalaban y exhalaban a la vez y gemían en una misma voz. Eran uno, en una unión perfecta, infinita, que los llevó lejos de donde estaban, a un mundo paralelo donde apenas existían ellos y su amor. El carruaje que los contenía había desaparecido, al igual que las personas que los esperaban dentro de la casa. Sólo estaban sus almas enamoradas y sus sentidos encendidos, que ardieron hasta fundirse en una explosión de placer. Léonie volvió a sentir que su cuerpo estaba vivo. Intensas y cálidas olas la recorrieron por entero mientras Rocamora gemía junto a su oído y la abrazaba con fuerza

extraordinaria, haciéndola temblar un largo rato.

Cuando sus respiraciones se calmaron y pudieron dejar de jadear, él fue el primero en hablar.

—Mi dulce Léonie, ¡cuánto te extrañé! Esto que acabamos de sentir es la vida misma. Sin ti y sin lo que me provocas, estaba como muerto. Mis días han sido un calvario lejos de ti. Nada era igual —confesó sin aflojar el intenso abrazo, como con miedo de volver a perderla.

—Yo también te extrañé —lo sorprendió ella con su declaración, clavando su mirada en los profundos ojos grises de él.

—¿De verdad?

—Sí, pero no me animaba a revelármelo a mí misma. Cuando pensaba en ti sólo recordaba que estabas casado y me sentía mal, engañada.

—Pero quiero creer que nuestra relación fue mucho más que aquellos últimos días para ti —la observó dubitativo.

—Sí, por supuesto, pero estaba tan dolida que sólo recordaba lo malo. Lo anterior había sido hermoso. Todos nuestros encuentros fueron especiales. Cuando tocabas el chelo, yo te observaba e imaginaba que el instrumento era mi cuerpo entre tus brazos, ubicado entre tus piernas, y que tus dedos me recorrían.

—Mi tierna y ardiente Léonie. Podremos cumplir esa fantasía muy pronto. En nuestra casa te tendré a ti desnuda junto al chelo y los acariciaré a ambos. Será maravilloso.

Léonie sintió un estremecimiento en todo el cuerpo ante esas palabras.

—Gracias.

—No me agradezcas. El amor no se agradece.

—Lo sé, y no te agradezco tu amor, sino la felicidad que me ofreces. Y espero darte la misma felicidad junto con todo mi amor.

—¿Estás diciendo que me amas?

—Sí, lejos de ti descubrí que antes también te amaba, sólo que no me había

dado cuenta. Ahora que lo sé agradezco tener otra oportunidad a tu lado y poder decírtelo. Te amo, Eladio.

Rocamora le atrapó las mejillas entre sus palmas y la observó un largo rato antes de besarla con la poderosa intensidad que le demandaba saber que sus sentimientos finalmente eran correspondidos. Tomó esa boca como si fuese la puerta de su felicidad, dispuesto a atravesarla y a no dejar que se cerrase nunca más. Sólo se apartó para preguntarle algo sin soltarla.

—¿Quieres casarte conmigo? —pronunció con un brillo especial en la mirada.

—Sí, ¡claro que sí! —respondió con la barbilla temblorosa, pero él no le dio tiempo a que el temblor se convirtiera en lágrimas. Lo sofocó con otro profundo beso y comenzó a reclinarse sobre ella.

—¿Otra vez? —preguntó risueña.

—Mil y una veces. Siempre. Quizás te deje regresar al amanecer, pero sólo por un rato. Para que arregles tus asuntos, y luego te mudarás conmigo.

—No, Eladio. Regresaré al amanecer para estar con mi hijo y para cumplir con mis obligaciones como maestra en esta casa, porque seguiré trabajando.

—¿Pero no acabas de aceptar casarte conmigo? No tendrás necesidad de hacerlo, soy un hombre rico.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

—No comprendo. Estarás casada.

—Dime una cosa, ¿tú dejarás de ir al burdel cuando nos casemos?

—Claro que no, es mi trabajo.

—Ahí tienes mi respuesta sobre si dejaré las clases: claro que no, es mi trabajo —copió sus palabras—. Es algo que me gusta, y me hace sentir bien. Quédate tranquilo que todas las noches estaré contigo como tu esposa. Ya nunca me alejaré de ti, te amo y te lo demostraré cada día —pronunció en una promesa de amor eterno que selló con sus labios abiertos sobre los de él—. Quiero saber si estás de acuerdo con todo lo que dije.

—No me agrada, pero lo aceptaré si es la condición para que estés a mi lado.

—Bien, ahora que nos hemos puesto de acuerdo, te dejaré que elijas la fecha de nuestra boda.

—Hmmm, ¿puedo elegir? ¡Mañana mismo! —respondió sin dudar y volvió a besarla.

—¿En serio? ¿Tan pronto? —preguntó ella en medio de una incontrolable risa de felicidad.

—Sí, lo antes posible, quiero que todos sepan que eres mi mujer y que los lobos hambrientos como ese que estaba ahí dentro dejen de merodearte como a una presa.

Léonie volvió a reír, sin decir nada. Lo que lo obligó a preguntar:

—¿Y bien? ¿Aceptas casarte conmigo mañana?

—Ya te he dicho que sí, amor mío. A partir de mañana empezaremos una nueva vida.



*Antoinette*

*Puerto de Buenos Aires,  
noviembre de 1886*

—Espérame aquí en el muelle.

—¿A dónde vas, Paul? —preguntó la muchacha de piel muy blanca que se destacaba más aún por el contraste con sus cabellos oscuros. Algunas hebras que escapaban del rodete caían muy lacias junto a su rostro, en el que llamaban la atención tanto los grandes ojos azules como los hoyuelos en las mejillas redondeadas.

—A preguntar dónde debemos hacer los trámites.

—Pero ¿no nos han dado ya el papel que nos autoriza a vivir aquí?

—Sí, pero ahora quiero averiguar dónde hay que anotarse para conseguir empleo. Quiero llegar lo antes posible a los campos prometidos —anunció el joven francés con una sonrisa a su novia. Aunque había dicho a las autoridades locales que era su esposa, en realidad no habían alcanzado a casarse antes de embarcar en Marsella. Habían usado hasta el último centavo que tenían para los pasajes y no tuvieron con qué pagar el estampillado del matrimonio. Así que habían partido sin obtener la unión legal.

—En pecado, como decía mi madre —se había reído Antoinette con una mueca en aquel momento, aunque el recuerdo de los dichos maternos le

provocaba cierta punzada incómoda en su interior. La rigidez de sus padres la había obligado a huir con Paul. Ellos la habían comprometido con un hombre mayor, con fortuna, para asegurarle un futuro acorde a su clase social. Escapar era la única salida para la joven pareja enamorada. El muchacho era un campesino y su padre médico consideraba que no estaba a la altura de su familia. El amor los llevó a embarcarse en aquella aventura inesperada: habían escuchado que un país al otro lado del océano promovía la llegada de extranjeros que quisiesen trabajar en los campos. Los invitaban a instalarse a cambio de concederles tierras. Era el milagro que Paul esperaba para poder ofrecerle una vida digna a su novia. Además, ella hablaba el idioma local muy bien gracias a que su estricta madre era española y la había educado en su lengua natal. Así, con todos sus ahorros invertidos en los pasajes, los dos jóvenes de veinte años se dispusieron a probar suerte en aquellas tierras lejanas.

El viaje en barco se había convertido en una verdadera luna de miel para ellos. Se amaron cada una de las noches en el pequeño lecho compartido en el reducido camarote de tercera clase. Antoinette decidió que si aquello era un anticipo de la vida juntos, bien había valido la pena la locura de la fuga hacia el fin del mundo. Estaba recordando aquella parte de la travesía con una sonrisa en el rostro cuando vio que Paul se acercaba a ella por el muelle de madera.

—Vamos —indicó muy sonriente.

—¿A dónde?

—Al Hotel de Inmigrantes, es aquí cerca, podremos quedarnos allí mientras me consiguen trabajo en algún campo. Me han dicho que las tierras para labrar donde necesitan gente no están en los alrededores de esta ciudad. Tendremos que tomar otro barco hasta una zona llamada Santa Fe.

—¿Más viaje en barco? —preguntó Antoinette con una mirada de hastío.

—Espero que sí, ojalá consigamos ese empleo. Me han dicho que las

autoridades de este país promueven especialmente el traslado de los recién llegados a los campos. ¡Es ideal para mí! Mientras esperaremos aquí unos días. ¿No estás feliz con la noticia?

—Claro que sí, todo lo que hagamos juntos me traerá felicidad —afirmó esperanzada y se puso de pie dispuesta a empezar su tan ansiada nueva vida.

Los primeros días en el Hotel de Inmigrantes no fueron sencillos. Antoinette necesitó transformar su enorme bagaje de esperanza en fuerza. Había que seguir los estrictos horarios del lugar. Desayuno, almuerzo y cena se servían en el comedor, donde hombres y mujeres comían en largas mesas separadas. Las habitaciones también estaban divididas por géneros, por lo que la íntima vida conyugal en una casita en un prado con la que soñaba todavía estaba lejos. Mientras Paul pasaba gran parte de su tiempo conversando con otros hombres sobre las costumbres de ese lugar, ella intentó trabar amistad con algunas mujeres, pero la mayoría de las que la rodeaban eran italianas. En esos días había arribado el *Perseo*, un barco proveniente de Génova, y los acentos de la península itálica desbordaban el hotel para recién llegados. Paul hablaba esa lengua pero ella no, por lo que se sentía muy sola entre desconocidas.

A los pocos días la situación empeoró. Una mañana Paul no se presentó a desayunar. Siempre se saludaban antes de ubicarse cada uno en su sector del comedor, pero Antoinette lo esperó en vano junto a la puerta un largo rato. Después del desayuno marchó a buscarlo dentro del edificio. No le permitieron acceder a la zona de los dormitorios masculinos, por lo que bajó a la recepción y le exigió al hombre de la entrada que la ayudara a encontrarlo. Tras una breve discusión el funcionario se comprometió a averiguar qué ocurría, con la condición de que ella esperase allí.

Eso hizo y tras un largo rato lo vio regresar con el semblante muy pálido, pero en vez de dirigirse a hablar con ella, se encaminó a la puerta al exterior.

—¿Espere! ¿A dónde va? ¿Encontró a Paul?

—Lo siento, no puedo perder el tiempo. Debo ir a ver a mis superiores.

—Primero dígame si pudo hallarlo.

—Sí, y por eso debo marcharme.

—No comprendo, ¿dónde está? ¡Quiero verlo!

—Me temo que eso es imposible. El inmigrante Paul Dupont está confinado a un aislamiento forzoso.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ocurre?

—Está enfermo, al igual que todos los hombres de las literas a su alrededor. A partir de ahora tienen prohibido juntarse con otras personas. Por eso debo ir a avisar a las autoridades. Es una situación delicada y si no me marcho de prisa podría convertirse en algo grave.

—¿Grave? Sigo sin entender.

—Señora, su marido tiene cólera.

Antoinette sintió que sus piernas se aflojaban. Ella no había vivido la epidemia de la primera mitad del siglo en Francia, pero su padre le había hablado de ese peligroso mal que había robado miles de vidas.

—¿Está seguro de que es cólera?

—No, pero podría serlo. Por eso debo ir ahora mismo en busca de un médico y dar aviso a las autoridades sanitarias. Mientras tanto, nadie puede salir de este edificio, están todos en cuarentena —dijo y se dirigió a la puerta principal, que cerró con llave tras cruzarla.

Con el pecho oprimido por el miedo, Antoinette intentó volver a la zona del edificio donde estaba Paul, pero no la dejaron acercarse. Dos empleados habían clausurado el acceso a ese sector. Regresó sobre sus pasos cabizbaja y se dirigió al comedor, en busca de noticias. Allí encontró una multitud de gente intentando hacerse entender sin éxito. Los gritos se mezclaban con los llantos. Hasta que una mujer vomitó y las que la rodeaban se alejaron de ella. A pesar de que esa italiana cayó al suelo semiinconsciente nadie se acercó a

ayudarla. La palabra cólera ya se repetía entre ellos y el miedo la acompañaba.

Pocas horas después había un médico y dos enfermeras en el lugar pero no alcanzaban para atender a la creciente cantidad de enfermos. Antoinette intentó obtener noticias sobre Paul, aunque no tuvo éxito. Nadie le decía nada excepto que debía tener paciencia y esperar. Esa tarde y esa noche fueron una tortura, acompañada por la angustia y el desasosiego, no consiguió dormir en absoluto. Todos sus pensamientos estaban dedicados a Paul. *Él va a recuperarse, ¡tiene que recuperarse!, no será fácil empezar una nueva vida en estas tierras con la salud de él debilitada. Paul es fuerte, ha crecido en una granja, al aire libre, es resistente a los embates de la naturaleza. Sin duda se recuperará pronto y podremos irnos de aquí a las nuevas tierras que nos darán para trabajar,* intentaba convencerse a sí misma para darse ánimos cuando su espíritu decaía.

Las esperanzas remitían y reflataban de a ratos. Hasta que al amanecer algo cambió. Antoinette empezó a sentirse mal. Con la primera luz del sol sus vecinas de cama vieron que tenía la piel enrojecida y llamaron a una de las enfermeras. Antes de que la mujer pudiera acercarse Antoinette vomitó al costado del lecho y enseguida tuvo que correr en busca de un orinal por culpa de una intensa diarrea. Ese día no pudo ocuparse de buscar noticias de su novio.

De los tres días que estuvo consciente apenas por algunos momentos sólo recordaba pocas imágenes al despertar. El rostro de una mujer dándole agua a cada rato estaba siempre presente. Cuando la desconocida se apareció a su lado y le acercó un vaso a la boca esa mañana, Antoinette le sostuvo la mano para retenerla y preguntar:

—¿Paul?

—¿Qué?

—Mi marido, Paul Dupont, está enfermo. Quiero saber de él, debo

ayudarlo.

—No te preocupes, sin duda lo están atendiendo, como te atendieron a ti —respondió en español buscando tranquilizarla y la ayudó a beber antes de que volviera a perder el conocimiento.

Pasaron varios días hasta que finalmente pudo levantarse y caminar. Apoyándose contra las paredes llegó hasta la oficina de la recepción. Allí encontró al mismo hombre de siempre, aunque con semblante menos rígido, que le ofreció una silla.

—He estado enferma —le dijo.

—Lo sé, usted y más de la mitad de los huéspedes de este hotel. Pero su caso es afortunado: el médico dijo que se ha recuperado.

—Necesito que me autoricen a pasar al ala de los hombres. Debo ver a mi marido, Paul Dupont.

—Déjeme ver en los registros dónde está ubicado.

Durante su convalecencia nadie le había dado noticias de Paul.

—Lo siento, no podrá pasar —le dijo tras revisar unas planillas.

—¡Pero necesito verlo!

—Lo siento, señora Dupont. Eso será imposible. Él ya no está aquí.

—¿Y dónde está?

—No está entre nosotros.

—¿Y dónde está? —repitió sin entender el significado de la respuesta.

—El señor Dupont ha fallecido.

Sacudió la cabeza en negación. La frase que acababa de decir ese hombre no tenía sentido.

—No, eso es imposible. Él estaba bien hace unos días... ¡No! ¡Sin duda es un error! ¡Debo hablar con él! ¡Necesito verlo!

—Lo siento. Su cuerpo ya no está aquí.

—¿Dónde está? —insistió.

—Lo llevaron al cementerio. Son órdenes de la oficina de sanidad, hay que

deshacerse de los cuerpos con cólera lo antes posible. Ya no podrá volver a verlo.

Una profunda náusea sacudió el cuerpo de Antoinette. Tosió con fuerza. No llegó a vomitar porque no tenía contenido alguno en su estómago. Lo que ese hombre estaba diciendo no podía ser verdad. *Paul está bien, Paul está vivo, esperándome en algún lugar de este edificio, lo encontraré y saldremos juntos de aquí para iniciar esa nueva vida con la que tanto hemos soñado. Paul estaba bien. ¡Paul está bien!*, repitió una y otra vez en su interior, negando la noticia. Pero al ponerse de pie para marchar a buscarlo la realidad la atravesó como una estocada: no lo encontraría en ese edificio. Paul estaba muerto. Con la certeza como verdugo, las paredes se oscurecieron a su alrededor, avanzaron como un velo negro sobre su vista y cayó al suelo sin sentido.

\*\*\*

Habían pasado casi dos semanas desde la muerte de Paul, y Antoinette seguía en el Hotel de Inmigrantes. Con ella y los otros enfermos recuperados habían hecho una excepción a la regla de los cinco días de estadía. Además, no se necesitaba el espacio: no podían llegar nuevos huéspedes hasta que terminara la epidemia de cólera en la ciudad.

Esa mañana bajó decidida a irse. El médico le había dado permiso, junto con un certificado de salud que así lo demostraba. Volvió a la oficina donde el recepcionista esa vez fue más simpático con la flamante viuda.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Mejor, ya quiero irme de aquí.

—¿Y a dónde irá? ¿Planea regresar a Francia?



—No, no tengo a nadie allá —mintió para ahorrarse una explicación.

—¿Y qué va a hacer?

—Quiero conseguir un empleo. ¿Puede ayudarme?

—Sí, es parte de mi trabajo. ¿A qué se dedica?

—Me gustaría trabajar en el campo, como habíamos soñado con mi marido

—comenzó a decir pero las lágrimas la inundaron al mencionar el sueño trunco.

—Lo siento, pero eso no será posible. Están suspendidos los traslados al interior por culpa de esta peste. Además, sería difícil que la contraten a usted sola. ¿Sabe labrar la tierra?

—No.

—¿Ocuparse de animales?

—No.

—Entonces olvide lo de Santa Fe. Empiece a buscar empleo aquí. ¿Qué sabe hacer? ¿Cocinar?

—No —reconoció ante la mirada crítica del hombre detrás del mostrador.

—¿Cuidar niños?

—No.

—¿Sabe coser?

—Sí, lo hago muy bien. Y sé bordar también —respondió con algo de entusiasmo.

—Bien, eso podría servir... —dijo y se puso a revisar una pila de papeles —. Ah, sí, aquí está. Buscan costureras mujeres en una tienda. Es muy exclusiva, se llama A la Ciudad de Londres, y han pedido extranjeras francesas o inglesas. A las clientas les gustan las empleadas que hablen esos idiomas. No quieren españolas ni italianas.

—¿De verdad?

—Es lo que dice aquí, en la planilla de requisitos para el cargo. Ha tenido suerte, señora. Pocas mujeres consiguen un empleo con sueldo fijo ni bien

llegan.

¿Suerte? Con Paul muerto y sus sueños hechos añicos se sentía muy lejos de cualquier fortuna. Ese hombre no tenía idea de lo que decía. Lo único que acababa de vislumbrar era una pequeña veta de luz en el pasillo de penumbra que la rodeaba, pero no quiso discutir con él. En cambio le pidió los papeles que debía llenar.

\*\*\*

Antoinette consiguió el empleo en la importante tienda ubicada en el centro de la ciudad y regresó a buscar sus cosas al hotel. Allí saludó a la mujer que la había cuidado durante su enfermedad y se marchó sin mirar atrás.

Le habían ofrecido probarla para un puesto de diez horas diarias. Debería empezar con arreglos de costura en la parte trasera de la tienda mientras le enseñaban cómo atender a las clientas. Y si todo salía bien, en poco tiempo pasaría al salón principal, donde podría lucir sus dotes idiomáticas, le había dicho una mujer de mediana edad, que sería su jefa, doña Prudencia.

—Si te contratamos deberás llevar un uniforme, un vestido a finas rayas celestes y verdes, como el que tienen las demás muchachas. Hay varios ya confeccionados en aquel ropero, prueba el que mejor te quede y hazle los arreglos necesarios, pero no puedes agregarle nada. Ni cintas ni botones especiales. Aquí las que deben llamar la atención son las clientas. ¿Has comprendido?

—Sí, señora, no se preocupe —respondió en un correcto español con fuerte acento peninsular—. ¿Cuándo quiere que empiece? ¿Le parece bien mañana?

—No lo sé, todavía te estoy evaluando. Tienes buena presencia y me

gustan los bordados que has traído como muestra. Se nota que eres buena con la aguja, pero habíamos dicho que no queríamos muchachas españolas —explicó con el ceño fruncido.

—No soy española, soy francesa. Mi madre es peninsular, por eso conozco el idioma con sus modismos, pero pronto aprenderé el acento local. *Ou si vous préférez nous pouvons parler en français* —culminó la frase en su propia lengua mostrándole que podía cambiar de idioma con soltura para convencerla de que era la persona ideal.

—Bien, pasemos al taller mientras lo pienso —replicó con rapidez, sin entender una palabra de lo que había dicho la joven. Aunque había trabajado como costurera de refinadas damas, doña Prudencia era de origen humilde, en su familia no se estudiaba otra lengua más allá de la propia.

Después de recorrer la parte trasera de la tienda la llevó al sector abierto al público. Allí observó a un par de muchachas que lucían muy elegantes con el uniforme que le había mostrado su jefa. La mujer la llevó hasta ellas y las presentó.

—Romualda y Ricarda, ella es Antoinette Dupont. Aunque en el documento que me mostró dice Antonia, aquí preferimos usar el nombre francés. Sin duda hará sentir a gusto a las clientas —anunció frente a las tres jóvenes.

—Hola —saludó una de ellas con frialdad.

—Bienvenida, soy Ricarda y debo decir que tienes mucha suerte de que te hayan contratado, ¡estás en la mejor tienda de la ciudad! —fue más efusiva la segunda, una muchacha rubia y bajita a la que se le formaron hoyuelos en las mejillas redondeadas al sonreír—. Te encantará, ya lo verás.

—¿Quiere decir que me quedo? ¿El puesto es mío? —preguntó temerosa.

—Sí, a prueba por un tiempo, pero creo que encajarás muy bien en este lugar —le confirmó doña Prudencia con un leve gesto de los labios que podría interpretarse como una sonrisa—. Empiezas mañana.

Cuando la mujer se alejó, Ricarda tomó una mano de Antoinette entre las suyas.

—Me alegra mucho que te hayan contratado, de verdad necesitamos ayuda en el salón, ¡cada día hay más clientas! Es un buen trabajo y la paga alcanza para el alquiler y poner comida en la mesa de mis hijos, lo cual es mucho decir considerando que tengo cinco —explicó riendo y señaló a la otra joven que ya se había alejado—, peor la pasa Romualda, que debe mantener al borrachín del marido—. El mío al menos no bebe y está buscando empleo desde hace meses. ¿Tú estás casada?

—Ya no, Paul murió hace algunas semanas —explicó con los ojos brillosos y se le hizo un nudo en el pecho al expresar la frase en voz alta.

—Ohhh, lo siento mucho. No debí preguntar, disculpa mi indiscreción.

—No te disculpes, me hace bien hablar con alguien, no tengo amigas en esta tierra. Llegué de Francia hace muy poco.

—Pues acabas de conseguir a tu primera amiga argentina —anunció y le tomó el brazo en un reconfortante gesto—. Dime, ¿dónde vives?

—Todavía no me he ubicado. Ahora que conseguí empleo quisiera alquilar una habitación, ¿me puedes recomendar algún lugar?

—¡Claro! En el conventillo donde vivo acaba de quedar libre media habitación porque mi vecina se casó y se fue a vivir a un pueblo del que no recuerdo el nombre. Ven conmigo hoy después de finalizar mi horario y te presentaré a la casera. Es una buena mujer, un lugar decente y limpio, no queda muy lejos y te alcanzará con lo que pagan aquí.

—¿De verdad? ¡Sería maravilloso! Me dan ganas de llorar, es la primera buena noticia que recibo desde que llegué a este país.

—Me alegra ser la encargada de dártela. Ya verás que a partir de ahora tu suerte cambiará.

—Pero me queda una duda. Mencionaste que hay libre media habitación, ¿qué es eso?

—Exactamente la mitad de una alcoba —explicó Ricarda—. Tendrás que compartirla con otra muchacha. Es lo que se acostumbra por aquí, dado que el espacio no sobra y es muy caro pagar una habitación completa. Yo me veo obligada a hacerlo porque allí vivimos con mi marido y los niños, pero no entra ni un alfiler más.

A Antoinette le gustó el estilo de Ricarda, que hablaba hasta por los codos y desbordaba simpatía. Intuyó que podrían ser amigas y decidió ir a conocer la vivienda que mencionaba.

Al atardecer esperó a Ricarda en la puerta de empleados de A la Ciudad de Londres y juntas fueron hasta el *tramway* que las llevó hacia el oeste, hasta una antigua casona en el barrio de Montserrat. Había sido habitada por una familia rica hasta la epidemia de fiebre amarilla del 74. Quienes pudieron escapar del centro de la ciudad se mudaron al norte, lo que generó la aparición de mansiones en calles más alejadas y el abandono de sus casas, que con rapidez se convirtieron en inquilinatos o pensiones. El edificio estaba limpio, y aunque le faltaba una mano de pintura, Antoinette lo vio con ojos ilusionados. Un posible nuevo comienzo se abría ante ella.

Ricarda le presentó a la casera y se despidió para ir a ocuparse de sus hijos.

—Te veré mañana, me alegra que estés aquí —la saludó con un abrazo espontáneo que reconfortó el alma herida de Antoinette.

Siguió a la casera, quien la llevó hasta la habitación para compartir que tenía disponible. Estaba a punto de golpear cuando la puerta se abrió y una muchacha de piel olivácea y apretados bucles oscuros las miró con sus grandes ojos verdes muy abiertos.

—¿Vienen a verme a mí? —preguntó casi cantando, con una suave cadencia en la voz que revelaba su origen extranjero, de Italia, dedujo Antoinette.

—No, a ti no, a la habitación —le respondió la casera y luego se dirigió a la recién llegada—. ¿Qué le parece?

Tras echar un vistazo al pequeño recinto y al mobiliario sencillo, dos camas angostas ubicadas contra las paredes y una mesita en el medio donde convivían una cacerola, restos de comida, un perfume y un cepillo para el cabello, dijo:

—Está bien, lo tomo —decidió con rapidez. Un lugar decente a un precio que podía pagar y además con la ventaja de tener a su única amiga en ese país en el mismo edificio le pareció más que apropiado.

—¿Cómo? ¿Y yo no tengo derecho a opinar qué me parece? —preguntó la ocupante del cuartucho mientras daba una vuelta alrededor de Antoinette recorriéndola con la mirada y los labios fruncidos—. ¿Y si yo no la quiero como nueva compañera?

La casera revoleó los ojos, como si estuviera acostumbrada a las extravagancias de esa inquilina, pero no dijo nada.

—Lo siento, yo no quise incomodarla... No pensé que... —intentó disculparse Antoinette con las mejillas enrojecidas, pero la muchacha la interrumpió con una sonora carcajada.

—¡Ay, perdona, no sabía que eras tan sensible! ¡Estaba bromeando! ¡Por supuesto que puedes quedarte si lo deseas! Ya te acostumbrarás a mí, soy así, imprevisible. Lo que sí puedes dar por seguro es que conmigo en el mismo cuarto no te aburrirás —concluyó con un guiño—. Mi nombre es Gina.

Cuando se le pasó la incomodidad por esa extraña presentación, Antoinette no pudo evitar reír. Le gustaba su nueva compañera.

\*\*\*

Tal como le había dicho cuando se conocieron, Antoinette descubrió que Gina era imprevisible. Un día podía llegar riendo con una cesta cargada con

frutas costosas, y a la semana siguiente no tener un centavo ni para comprar pan. Pero eso no afectaba su ánimo. La italiana se tomaba todo con una sonrisa y luchaba para seguir adelante sin caer en lamentaciones. Le gustaba la ropa bonita y cuando descubrió que su nueva compañera de cuarto trabajaba en una de las tiendas más exquisitas de la ciudad le suplicó que le permitiera acompañarla dentro del edificio algún día, para ver donde estaban todos los vestidos, no sólo los que exhibían al público en general, sino también las creaciones exclusivas para las clientas especiales.

—Mi sueño es envolverme en esas telas costosas y pedir muchos vestidos sin preocuparme por el pago. ¡De eso se ocupará algún caballero! —dijo risueña mientras se cubría con una simple sábana a modo de muestra—. Dime, ¿es así como haces un vestido a medida? ¿Le pones el género a la clienta alrededor del cuerpo?

—No, lo que hago es tomarle las medidas. Luego se corta la tela y se arma un modelo según el diseño elegido por la dama, que debe venir a probárselo para marcarlo bien y hacer los ajustes necesarios. Luego hay otra prueba final y cuando está listo se lo envían a su casa.

—¡Algún día me atenderás en tu tienda! ¡Seré una dama rica! —auguró y se puso un plumero en el cuello a modo de una estola, lo que provocó las carcajadas de Antoinette.

—¡Estás delirando! ¿Cómo te convertirás en una dama y además rica?

—El título de dama es sencillo de conseguir: viene con la fortuna —explicó con seriedad.

—¿Ah, sí? ¿Y la fortuna? ¿Acaso te lloverá del cielo?

—No, ¡esa viene con el marido rico! —concluyó con un guiño y un ataque de risa que contagió a Antoinette.

Las amigas se llevaban muy bien, excepto cuando Gina insistía para que salieran más. La italiana la quería llevar a pasear, pero Antoinette no tenía ganas. Sentía que no tenía derecho a divertirse sin Paul. Al principio estaba

enojada con Dios porque él hubiese fallecido, le parecía una injusticia divina y eso la alejó de la iglesia. No había asistido a misa desde su llegada a ese país. Con el tiempo su ira se convirtió en culpa. Se sentía mal por seguir viva a pesar de haber contraído la enfermedad, por lo que se castigaba a sí misma no permitiéndose disfrutar de cosas que él no iba a poder hacer nunca. Con Paul muerto, ella lo acompañaba penando en vida.

Sólo en raras ocasiones la alegría de Gina la contagiaba y podía más que la angustia. Como aquella tarde en que a fuerza de tanto insistir, finalmente logró llevarla a conocer el famoso parque Tres de Febrero en Palermo, donde la gente de clase alta iba a pasear los fines de semana. La hizo vestir con sus mejores galas y hacia allá fueron en el tren desde la estación Recoleta.

Respiraron aire fresco junto al río, compraron unas limonadas en un puesto en una glorieta y rieron al ver parejas paseando en botes de remos en el lago. Volvieron contentas. Pero tanta alegría pesó en el alma de Antoinette, quien no pudo dejar de pensar en Paul en el camino de regreso y decidió que no volvería a salir. A pesar de la insistencia de Gina, cumplió su palabra. En los meses siguientes sólo fue al trabajo y a realizar alguna compra necesaria en el camino de regreso al inquilinato. Con tanta dedicación, su trabajo se convirtió en el eje de su vida. Sus dedos movían la aguja con increíble destreza y las clientas más refinadas la elegían dentro de la tienda. La mayoría eran mujeres locales, pero había una especial que se destacaba entre todas por su elegancia: una francesa de cabellera encendida que siempre pedía que la atendiera Antoinette, desde que descubriera que la muchacha compartía su nacionalidad.

—¿Cómo está hoy, *madame* Rocamora?

—Muy bien, Antoinette. ¿Y tú? ¿Trabajaste horas extra como siempre para ocuparte de mi vestido? Eso no es bueno para tu salud, niña. Deberías divertirte más —le dijo conocedora de la falta de ganas de salir de la joven debido a su viudez.



—Es cierto que le dediqué mucho rato, pero valió la pena: ¡el bordado ha quedado precioso!

—Pues si tú lo dices te creo, tienes una mano increíble. Tráelo ya, quiero verlo.

—Aquí está —dijo y acercó un maniquí con un vestido de terciopelo de un color rojo apagado sobre el que se destacaba un diseño de hojas y flores bordadas, también en color rojizo, pero en un tono muy intenso y con brillo destacado gracias al hilo de seda.

—¡Quedó maravilloso! Mucho mejor de lo que imaginé cuando hablamos sobre este bordado. ¡Tienes unos dedos especiales!

—Gracias, *madame* —agradeció sonrojada pero con una sonrisa de satisfacción. El reconocimiento por su trabajo bien hecho era su principal fuente de alegría. Su vida personal había desaparecido. Y aunque a veces pensaba en eso, Antoinette reconoció que no extrañaba la diversión en absoluto. Su corazón se había endurecido.

*Noviembre de 1889*

Esa mañana de domingo, Antoinette se despertó contenta. En su único día de descanso semanal planeaba ir a pasear al río. Había quedado con Gina que almorzarían allí, llevarían una cesta con emparedados para aprovechar el clima soleado de la primavera. Se levantó pensando en ir a comprar pan fresco, un poco de jamón y queso y algunas frutas. Tendría que invertir algunas monedas de sus ahorros pero el paseo valdría la pena. Aunque trabajaba mucho, el sueldo que le pagaban en la tienda no era muy alto. Las empleadas mujeres cobraban menos que los hombres en los mismos puestos. Y la mitad de sus ingresos estaban destinados al alquiler de la habitación. Con el resto debía cubrir su alimentación, el transporte y los demás gastos, por lo que le costaba mucho ahorrar. Vivía con lo justo pero no se quejaba. Dispuesta a regalarse un buen día, se dio vuelta para levantarse. Miró para ver si su amiga se había despertado, y la suave claridad que se filtraba a través de la cortina de la ventana le permitió descubrir que la cama de Gina estaba intacta. No había regresado a dormir.

Antoinette se levantó apurada, asustada por la ausencia. Gina había salido la noche anterior con un hombre a quien había conocido pocos días antes en su trabajo. Ella sólo sabía que el joven había insistido en llevarla a cenar.

Desconocía su nombre y el destino de la salida. Preocupada, se vistió con prisa sin saber bien qué hacer a continuación.

Aunque ya llevaba casi tres años en Buenos Aires tenía pocas amistades. Veía con frecuencia a Ricarda, la muchacha de la tienda que le había recomendado esa vivienda y conversaba en su hora de almuerzo con las otras empleadas, pero nada más. No le interesaba cultivar una vida social. Por eso mismo, no se le ocurría a quién acudir en ese momento. Pensó que Ricarda sería la mejor opción, aunque sabía que estaba siempre ocupada con sus niños. Comenzó a atravesar el patio para ir hasta la habitación que compartía con su familia cuando casi se choca contra una figura que entraba corriendo.

—¡Gina! ¡Cómo se te ocurre regresar a esta hora! ¡Me has dado un susto de muerte! ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, pero vamos a nuestra alcoba. No quiero quedarme aquí y que nos vea la casera. No le gustan estas cosas.

Antoinette comprendió a qué se refería. A ella tampoco le gustaba que su amiga hubiese pasado la noche fuera con un hombre, pero no iba a criticarla ni hacer una escena en un lugar público. Asintió en silencio y la siguió a la habitación.

—¿Qué te ocurrió? —le preguntó en cuanto Gina cerró la puerta tras ellas.

—¡Me ocurrió algo maravilloso! Me enamoré.

—¿Qué?

—Sí, lo que he dicho, conocí a un hombre encantador.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Conociste a un hombre y pasaste la noche con él así como si nada? ¡Eso no está bien!

—No fue como si nada. Representó muchísimo para mí. Sabes que no tengo experiencia y anoche fue mi primera vez. Quería entregarme a alguien cuando estuviese segura de que era la persona correcta y ¡Jules lo es!

—¡Pero si apenas conociste a este hombre esta semana, Gina! ¿Cómo sabes que te has enamorado? Y lo más importante, ¿cómo sabes que es una

buena persona? A mí ya no me gusta lo que hizo: se aprovechó de tu confianza.

—No, nada de eso, no se aprovechó. Yo me entregué por amor. No entiendo por qué le buscas el lado negativo a lo que estoy viviendo. ¡Si fueras mi amiga de verdad te alegrarías por mí!

—Ay, Gina, claro que soy tu amiga de verdad. Y si eres feliz me alegro por ti. Sólo creo que te has precipitado, pero espero estar equivocada y te deseo lo mejor junto a ese hombre.

—No le digas ese hombre, es mi novio. Se llama Jules Marchall y es taaan buen mozo. Ya lo conocerás y verás que es irresistible.

—No importa lo que yo vea, lo importante es cómo lo veas tú.

—Para mí es el mejor hombre del mundo.

—Pues eso es lo que cuenta, espero que seas feliz a su lado, amiga. Ahora dime, ¿iremos a pasear junto al río como habíamos quedado?

—Claro que sí, es un día precioso, pero ¿podría ser más tarde? Estoy agotada y necesito dormir un rato y además quiero contarte todo —exclamó riendo mientras comenzaba a quitarse el vestido para ponerse el camisón.

\*\*\*

Unas semanas después, Gina había logrado convencer a Antoinette para que conociera a Jules. Habían quedado que él pasaría a buscarlas el domingo a la tarde por la puerta de la casa donde vivían.

Estaban en la vereda con sus coloridos vestidos veraniegos adornados con los bellos bordados de Antoinette cuando un carruaje tirado por dos caballos se detuvo junto a ellas y un elegante caballero con traje claro y sombrero blanco bajo el que asomaba una melena de color rojo intenso descendió del

pescante.

—¡Aquí está! —exclamó Gina con una sonrisa al verlo.

—Es muy guapo, diferente a todos pero guapo —reconoció Antoinette en voz baja antes de que él se acercara lo suficiente para oírla.

—¡Lo sé! —asintió su amiga contenta y extendió una mano en el aire para que la besara.

—Gina, estás más bella que nunca, si me permites decirlo —murmuró sacándose una pipa humeante de la boca para saludarla.

—Lo permito, pero no me gusta. ¿Quiere decir que antes no estaba bonita? —coqueteó con un mohín.

—Claro que sí, quise decir que tu belleza aumenta día a día, mañana será aún mayor —se corrigió con una galantería que a Antoinette le pareció muy cursi y no pudo evitar una risita. Eso hizo que Gina se acordase de ella.

—Jules, ella es mi querida amiga Antoinette, vivimos juntas.

—*Enchanté, mademoiselle* —la sorprendió él saludándola en francés al tiempo que le tomaba una mano para llevarla hasta sus labios sin dejar de mirarla a los ojos—. Gina me ha hablado mucho de usted.

—Habla muy bien francés, caballero —elogió su acento respondiéndole en su propia lengua—. Muchos clientes de la tienda lo hablan, pero no pronuncian tan bien como usted. Imagino que ha estudiado largas horas.

—Nada de eso, soy francés. Aunque vine de pequeño a esta tierra.

—Oh, no lo sabía, disculpe mi desconocimiento. ¡Gina, no me habías dicho que tu novio era francés! —la retó pasando al español.

—Es que lo olvidé, como habla tan bien castellano. Además, no es un detalle importante. Todos aquí somos extranjeros acomodándonos a este nuevo país, ¿no es verdad? Me he enterado de que la casera, que se siente tan dueña de todo por aquí y superior a los extranjeros, nació en Galicia. ¿Lo puedes creer?

—Muy cierto, mi querida. Dicen que más de la mitad de la población de

esta ciudad es europea.

—Resulta difícil creer algo así —lo desafió Antoinette.

—Le aseguro que es verdad. Se realizó un censo hace dos años, en el 87, y los resultados arrojaron que el cincuenta y tres por ciento de los cuatrocientos mil habitantes de Buenos Aires son de origen extranjero. No lo digo yo, lo dicen los números.

—Debes creerle, Jules está muy bien informado, le gusta leer el periódico —lo defendió Gina.

—Le creo, sólo me pareció extraño. Disculpe si di a entender lo contrario, *monsieur* —concluyó en francés, pero mantuvo el español para que Gina pudiese entender la conversación.

—¿Les parece si nos vamos?

Esa tarde pasearon por Palermo los tres sin que Antoinette se sintiese incómoda por la cercanía de la pareja. Gina caminaba con una mano en el brazo de Jules pero esa era toda la intimidad que demostraban en público.

Cuando regresaron, Gina no tardó en preguntar:

—¿Y bien? ¿Qué te pareció mi novio?

—Hmm, demasiado engreído, debo decir ya que preguntas.

—Sí, puedes tener algo de razón, pero tiene motivos para serlo, ¡es tan buen mozo! ¡Me fascinan sus cabellos rojos y sus pecas! Me encantaría tener un hijo igualito a él.

—¡Ay, Gina! No digas eso, es muy pronto para que pienses en niños, deberás conocerlo mejor antes de pensar en aceptar su propuesta de matrimonio. Porque imagino que ya te lo ha pedido si aceptaste acostarte con él.

—En realidad no lo ha hecho, pero estoy segura de que lo hará —aseguró con confianza—. Y yo aceptaré y seremos muy felices —concluyó sonriente.

—Sin duda así será, querida amiga —le dio ánimos, contenta por la alegría de Gina, y se reservó para sí sus dudas sobre el caballero engreído.

Los paseos en coche de los domingos se repitieron. Aunque Gina le había sugerido a Jules varias veces que trajera algún amigo para Antoinette, él no le hizo caso. Hasta aquella tarde, en la que llegó junto a un desconocido en su carruaje.

—Señoritas, él es mi amigo Ciro Bonaventura y nos acompañará en nuestra salida.

—La exquisita belleza de estas damas iluminará nuestro día, Jules —se dirigió a su amigo pero en voz alta, de modo que todos pudieran escucharlo—. Tenías razón en insistirme para que accediera a venir. La bella francesita es aún mejor de lo que dijiste.

A Antoinette no le gustó esa frase. No le gustó saber que habían hablado de ella. No le gustó esa compañía impuesta. En definitiva, no le gustó ese hombre.

Sólo por su amistad con Gina no se dio vuelta para regresar a su casa, sino que aceptó subir al coche con ellos aunque le faltaban las ganas. Durante el viaje la conversación versó sobre carreras de caballos entre ellos, mientras ellas admiraban el paisaje cambiante y más verde a medida que se alejaban del centro de la ciudad.

Una vez en el parque, caminaron un rato por los senderos y después eligieron una amplia sombra bajo unos árboles para estirar una lona y sentarse a descansar. Uno de los caballeros descorchó una botella de *champagne* y el otro sirvió la bebida espumante en unas copas de vidrio que habían llevado en una cesta para ese fin.

Antoinette bebió una. Hacía mucho que no probaba ese elixir que a menudo servían en la casa de sus padres. El recuerdo le provocó un agrio sabor en la boca y le cerró la garganta. Las lágrimas contenidas le impidieron beber más. Muchas veces se había planteado la posibilidad de regresar a su país, pero la única carta que había mandado a sus padres contándoles dónde

estaba y en la que mencionaba la muerte de Paul no había tenido respuesta. Aunque había sido ella quien los abandonara, le dolía esa falta de contacto. No le quedaba alternativa: debía seguir adelante en donde estaba.

—Vamos, beba otra, *mademoiselle* —insistió Jules acercando la botella para volver a llenar la copa.

—No, gracias. Ya ha sido suficiente.

—Pero sólo una nunca es suficiente. Además, hemos traído varias botellas, no podemos llevarlas de regreso sin abrir —explicó rellenando los vasos de los demás.

A pesar de la insistencia, Antoinette negó con la cabeza y arrojó su copa vacía sobre la lona.

—Me sorprende que a una francesa no le guste este *champagne* francés. No muchos pueden darse el lujo de probarlo por aquí, y la señorita tiene el descaro de rechazarlo —se burló de ella.

—Déjala, Jules —intervino Gina—. No insistas, no sabe lo que es bueno, y además no le gusta beber como a nosotros.

—¿A nosotros? ¿Desde cuándo tú bebes mucho? Hace más de dos años que vivimos juntas y apenas te he visto tomar unos sorbos de vino de vez en cuando —se apresuró a responder Antoinette.

—¡Aaah! ¡Es porque nosotras no tenemos dinero para bebida buena, querida! Ahora que he descubierto el sabor de esta delicia sí me gusta beber. ¡Me gusta mucho! ¡Y me fascinan las burbujitas al tragarlas! —respondió con claros signos de que se había excedido en su nueva afición y llevándose la copa a la boca una vez más.

—Basta ya de discutir, señoritas —las interrumpió Ciro—, hemos venido para pasarla bien. ¡Cumplamos con ello! ¡Salud! —exclamó y vació su copa de un trago para servirse otra a continuación.

Antoinette se quedó sentada en su sitio, silenciosa, arrepentida por haber ido a ese paseo. Sentía que no tenía nada en común con esa gente, los nuevos



amigos de Gina.

Cuando finalmente emprendieron el regreso, tanto Gina como Ciro se tambaleaban. Jules parecía el menos borracho de los tres, pero para sorpresa de Antoinette, él no tomó las riendas del coche sino que se sentó en el asiento trasero junto a ella. Gina se ubicó enfrente, se recostó hacia un costado y en cuanto comenzó el traqueteo por el andar se quedó dormida.

—¿Va a dejar que su amigo conduzca en ese estado? —preguntó Antoinette sorprendida.

—¿Por qué no? Es un excelente conductor, no hay caballos que se le resistan.

—Pero casi no puede caminar derecho.

—No se preocupe por Ciro, está bien. Está en su estado habitual.

—Pues debo decir que sí me preocupo.

—¿Por él? Le agradecerá conocer su interés, aunque a mí eso me causa celos.

—¿Qué? ¡Nooo! No me intereso por él, me tiene sin cuidado su amigo —respondió con las mejillas encendidas—. Aunque si lo hiciera, eso no debería afectarle a usted.

—Pero me afecta, me importa mucho su opinión, *mademoiselle* Antoinette —declaró sin despegar los ojos de ella un largo rato, tanto que la hizo sentir incómoda.

—Esta conversación es muy extraña. Yo sólo soy la amiga de su novia.

—Gina no es mi novia, y espero que pronto usted se convierta en algo más.

—No comprendo lo que quiere decir. ¿Cómo que Gina no es su novia? Ella dice que sí lo es —habló en voz baja para no despertar a su amiga dormida.

—No entiendo por qué cree eso, somos apenas buenos amigos.

—*Monsieur*, lo que tienen es más que una amistad. Ella me ha contado...

—Puede haber muchas interpretaciones para nuestra relación —la interrumpió antes de que terminara la frase—, pero lo cierto es que no hay un

compromiso formal entre Gina y yo, por lo que espero que en el futuro pueda haberlo entre usted y yo, podríamos pasar muchas horas maravillosas a solas —culminó susurrando mientras le tomaba una mano entre las suyas para besarla.

Antoinette estaba atónita, indignada por lo que escuchaba. El novio de su amiga estaba intentado conquistarla.

—*Monsieur*, no entiendo qué lo llevó a creer que yo podría traicionar a mi amiga, pero desde ya le pido que se olvide de mí y que mantenga una relación honesta con Gina. Ella tiene un alma noble y está enamorada. Le dolerá descubrir que no es correspondida de la misma manera.

Mientras hablaban los caballos empezaron a ganar velocidad. El coche se bamboleaba al avanzar por los caminos de tierra, haciendo que por momentos Antoinette se deslizase sobre el asiento hasta quedar pegada a Jules.

—Pues lamento decir que pronto nuestra querida Gina vivirá una desilusión, me aburre su compañía. Y ya no tiene nada nuevo para ofrecerme que me tiene.

—¿Cómo puede decir eso? ¡Es de poco caballero hablar así de una dama! —exclamó con indignación, intentando separarse de él todo lo que le permitían las sacudidas. Por encima de sus voces escuchó a Ciro azuzando los caballos para que fueran más deprisa.

—¡Eaaa! ¡Vamooos!

—¡Pare! ¿Qué intenta hacer? ¡Esto no es una carrera! —le gritó desde atrás, pero sin éxito. El joven continuó estimulando a los animales con la fusta—. ¡Pareee!

Y eso fue lo último que recordó haber dicho antes de la catástrofe: una rueda golpeó un pozo de barro seco a gran velocidad y se partió la madera, que salió volando, lo que causó que el coche cayera hacia un costado y continuara siendo arrastrado, mientras el borracho conductor no dejaba de azuzar a los animales.

Todo ocurrió en apenas unos segundos, que a Antoinette le parecieron eternos. El carruaje volcó y rebotó repetidas veces en el camino. Cuando las sacudidas finalmente cesaron estaba atontada, pero pudo enderezarse y levantarse por sí misma. Se puso de pie y buscó a Gina, pero no estaba en el asiento frente a ella. Antoinette estaba sola. Salió y registró los alrededores. Vio a Jules sentado a un costado del camino, sujetándose la cabeza con una mano, pero no se preocupó por él.

Continuó avanzando y encontró a su amiga tendida boca abajo sobre unos pastizales. Se arrodilló a su lado y la giró pero la muchacha no se despertó. La sacudió e intentó incorporarla, con igual resultado. La sostuvo entre sus brazos y la cabeza de la italiana cayó lánguida hacia atrás. Llamó a los gritos pidiendo ayuda y al poco rato Jules se acercó hasta ellas.

—Gina no despierta, vaya a buscar a un médico.

—¿Cómo quiere que vaya? El coche está destrozado y creo que tengo un brazo roto.

—Suerte que para caminar sólo necesita los pies. No sirve que se quede aquí mirando. ¡Vaya! ¡Muévase! ¿Qué espera! Busque ayuda —ordenó con firmeza y él obedeció.

Las dos horas de ausencia le parecieron mucho más a Antoinette. Se quedó sentada muy quieta sosteniendo a Gina contra sí, buscando darle comodidad hasta que llegase la ayuda, con el corazón angustiado. Se dijo que a pesar de lo que ella dijera más adelante, no la dejaría volver a salir con esos caballeros en sus agitados paseos, cuando Jules finalmente regresó en un coche de alquiler.

—Lo conseguí: traigo a un médico —dijo contento por su logro, con un atisbo de sonrisa.

Ella seguía en la misma posición. Sentada en la tierra, con la cabeza de su amiga caída contra su pecho. Apenas levantó la vista para dedicarle una dura mirada cargada de frialdad y enseguida se dirigió al médico.

—Espero que pueda ayudarla, no se ha despertado en todo este rato, creo que es porque bebió demasiado, y ella nunca bebe —explicó con algo de vergüenza.

—Déjeme revisarla. Recuéstela en la tierra, por favor, señorita —indicó y tomó la mano de la herida para buscar el pulso en su muñeca. Enseguida abrió su maletín para sacar un tubo de madera que colocó sobre el pecho de Gina. Lo ubicó encima del vestido y lo cambió de lugar varias veces, siempre con su oreja apoyada en el otro extremo.

—¿Han visto a Ciro? —preguntó Jules pero nadie le respondió. El médico estaba ocupado y a Antoinette no le importaba. Ante el silencio de los otros habló de nuevo—. Creo que iré a buscarlo —dijo, y se alejó.

El médico continuó dedicando su atención a Gina unos minutos más, en especial en la zona del cuello. Después de un rato se volvió hacia Antoinette:

—Lo siento.

—¿Qué?

—Que lo siento mucho, pero no puedo hacer nada por su amiga. Ha fallecido.

—No, no, nooo. ¡Eso es imposible! —exclamó y de golpe calló: el aire no llegaba a sus pulmones. Intentaba respirar pero sentía que se ahogaba.

El médico lo notó y buscó ayudarla con unas palmadas en la espalda primero.

—Cálmese, ya no hay nada que podamos hacer por ella, pero sí puedo ayudarla a usted. Intente controlar la respiración. Inhale con suavidad, vamos, así, otra vez.

—¿Qué fue lo que le ocurrió? —preguntó al rato ya en control de su aliento, entre crecientes lágrimas—. ¿Hice algo mal al sostenerla?

—No, creo que no. Por la temperatura del cuerpo diría que murió en el accidente. Tiene el cuello roto, lo que debe haber ocurrido en la caída, por lo que estimo que no sufrió. Ni se enteró de lo que estaba ocurriendo.

Más lágrimas invadieron los ojos de Antoinette. Todo ese rato Gina había estado muerta en sus brazos. Ya nunca volvería a estar a su lado, nunca más charlaría con ella ni la provocaría para hacerla reír. Empezó a extrañarla en ese mismo instante y un intenso llanto se apoderó de ella.

En ese momento Jules regresó llamando al médico para que fuera a ver a Ciro, a quien acababa de encontrar. El especialista le explicó lo que le había ocurrido a Gina y le pidió que reconfortara a Antoinette mientras se ocupaba del otro herido.

Jules obedeció, todavía aturdido por la noticia. Se arrodilló junto a ella y la abrazó, conteniendo el cuerpo que se sacudía en cada sollozo.

—Gina, Gina, Gina.

La misma palabra salía de la boca de Antoinette entre llantos una y otra vez.

—Gina está bien, ya descansa en paz —le aseguró Jules con voz pausada, sujetándola junto a sí—. Ahora debemos ocuparnos de usted, déjeme ayudarla. Todo estará bien.

La tranquilidad que él le trasmitía con sus palabras la fue calmando y de a poco pasó al llanto silencioso. Al rato permitió que Jules la levantara y la llevara hasta el coche de alquiler, para esperar al médico. Cuando llegó, trajo la noticia de la muerte de Ciro, pero eso no le importó a Antoinette. Sólo seguía repitiendo en su mente el nombre de su amiga muerta.

\*\*\*

En los días que siguieron al entierro, Jules se convirtió en el gran apoyo de Antoinette. No sólo se hizo cargo de todos los gastos en el cementerio de la Chacarita, inaugurado unos años antes por la epidemia de fiebre amarilla,

sino que también iba a visitarla a diario cargado con comida para asegurarse de que se alimentara bien. Porque aunque Antoinette no tenía ninguna dolencia física por el accidente, eso lo había asegurado el médico, su corazón estaba partido. No quería levantarse de la cama y se pasaba los días llorando. No sólo por Gina, sino también por Paul y por ella misma. Sentía que la pena que cargaba era tan grande que había herido hasta su alma.

Con cada visita, Jules fue ganando la confianza de Antoinette. Aunque ella no le respondía, al menos lo recibía. Lo hacía pasar y escuchaba lo que decía. Hasta obedecía cuando le insistía para que comiese. De a poco ella empezó a recobrar las fuerzas y cuando al cabo de una semana se levantó del lecho, sintió que tenía un nuevo amigo.

Una mañana Jules se sorprendió al encontrarla vestida y lista para ir a trabajar cuando llegó a visitarla.

—¿Qué hace así vestida? ¿Eso significa que ya está bien?

—No sé si bien, pero estoy mejor. Gracias.

—No me agradezca. Yo fui responsable por el accidente, no debí permitir que Ciro condujera...

—Lo sé, ambos lo sabemos. Pero también sabemos que ha hecho todo lo posible para ayudarme a recuperarme. Por eso le agradezco. Si no fuera por sus constantes visitas yo seguiría en la cama, sin ganas de levantarme y de volver a vivir.

—Eso es toda una declaración de paz después de lo ocurrido en Palermo, *mademoiselle*. La acepto.

—Le quiero pedir un favor para sellar este trato.

—Dígame qué es y si está en mis manos considérello hecho.

—No hablemos más de Palermo, de lo ocurrido ese día —concluyó bajando la voz.

—Bien, si es lo que desea para olvidar a su amiga.

—No, nunca la olvidaré. Gina estará siempre en mi corazón con una

sonrisa, como la que llevaba siempre. Sólo quiero dejar fuera de mi memoria aquella siniestra tarde. Por eso no quiero que hablemos de eso.

—Claro, la comprendo. Así será entonces. Permítame que la lleve hasta donde está yendo.

—No es necesario, voy a mi trabajo, intentaré retomar mi vida habitual.

—¿Y esa vida incluirá alguna salida con este humilde servidor?

—Nunca hubo salidas en mi vida, sólo accedí a los paseos por insistencia de Gina. Ahora que ella no está, volveré a mis hábitos anteriores.

—Yo también puedo ser insistente. ¿Puedo insistir para que acepte dar una caminata conmigo? —se aprovechó de las palabras de ella.

—No por ahora, *monsieur* Marchall. Quizás más adelante.

—Bien, le tomo la palabra. Y por favor, dígame sólo Jules —concluyó con suavidad. Ese tono la sorprendió. Nunca lo había escuchado en él, siempre tan jovial y burlón. Se quedó observándolo un rato y de inmediato eso derivó en una comparación con Paul. Ambos eran muy distintos. Su amado novio había sido moreno y robusto. Un hombre con piel bronceada y músculos desarrollados gracias al trabajo en el campo. Jules, en cambio, era lo opuesto, con su tez pálida con pecas, los ojos color miel, el cabello rojizo y su cuerpo delgado.

Debía dejar de compararlos, se ordenó a sí misma. No era justo para ninguno de los dos. Jules siempre saldría perdiendo porque ella había amado a Paul y ese sentimiento nunca dejaría de habitar su alma. Y también era injusto para Paul porque Jules tenía una gran ventaja: la vida. Le ofrecía risas y un hombro amigo donde apoyarse, algo que hacía mucho extrañaba.

Mientras se alejaba rumbo a su trabajo fue pensando en eso. ¿Estaría muy mal aceptar salir con Jules? *Como amigos, por supuesto*, se dijo de inmediato. *Creo que merezco tener un amigo.*

Antoinette había pasado por demasiadas pruebas desde su llegada a ese país. Aunque hablaba en el patio con su vecina Ricarda, no mantenía con ella

una amistad profunda. La llegada de Jules a su vida resultaba inesperada. No había planeado mantener ningún tipo de relación con un hombre, pero él se fue ganando un lugar a su lado poco a poco. Y si bien verlo le recordaba a Gina, pronto se acostumbró a su presencia: cuando Jules no aparecía extrañaba su compañía.

*¿Por qué lo extraño? ¿Qué sé de él?*, se preguntó mientras bajaba del *tramway* y caminaba por la calle Victoria hacia la tienda sobre Perú. Y la respuesta no la satisfizo: *Sólo lo que Gina me había contado, él nunca habla de sí mismo.*

Buscó en su memoria y recordó que él había nacido en París, que no había conocido a su padre en su infancia y que había venido con su madre a estas tierras en su búsqueda. Jules esperaba encontrarse con su héroe, un pintor famoso ansioso por ejercer su paternidad, pero en cambio se topó con un hombre casado con poco interés en un niño del que desconocía su existencia. Y tampoco se mostró interesado en conocerlo, ni siquiera en enseñarle a pintar. Todo eso se lo había contado Gina, junto con el corolario de que Jules adoraba a su madre: ella había luchado sola para mantenerlo y darle una vida digna, todo eso antes de casarse con un hombre rico. Recordó haberle preguntado a Gina a qué se dedicaba pero le había respondido con vaguedad que se ocupaba de sus negocios. ¿Qué tipo de negocios podía tener un joven de veintidós años? Lo ignoraba.

Esa tarde, al finalizar su turno, lo encontró esperándola.

—Buenas tardes, no recuerdo que hubiéramos quedado para vernos. ¿Ha ocurrido algo? —lo saludó con curiosidad.

—Sí, pero algo bueno, nada grave.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Caminemos, le contaré mientras andamos.

—¿Hacia dónde vamos?

—Hacia donde usted quiera. ¿Tiene ganas de tomar un café con masas?



Estamos muy cerca del Café Tortoni.

Ella asintió y empezaron a caminar hacia Rivadavia.

—¿Qué es lo que me va a contar?

—Que ya no puedo contener mis ganas de verla a diario. Durante su convalecencia me acostumbré a que me necesitara, a que dependiera de mí. Y esa sensación me gustó. Quiero pedirle que me deje cuidarla.

—Pero yo ya estoy bien. No necesito que me cuiden.

—Igual quiero hacerlo. Por favor, Antoinette. Permítame venir a encontrarme con usted a diario.

—¿Encontrarnos? ¿Para qué?

En ese momento él se detuvo y la tomó del brazo para detenerla también. Se paró frente a ella y la miró a los ojos, mientras pronunciaba con serenidad:

—Para hacer que me conozca mejor y se enamore de mí, con la misma intensidad con que me he enamorado de usted.

Cuando terminó de hablar se acercó para besarla, pero Antoinette torció la cabeza esquiva.

—No puedo. Por Gina...

—Sí puedes. No quieres por un capricho —le dijo en voz baja pero profunda, pasando a tratarla con más confianza.

—No es capricho, no sería justo para ella.

—Tu amiga está muerta. Tú estás viva, pero si sigues ocultándote tras el recuerdo de un fantasma, pronto estarás muerta en vida.

Antoinette rompió en llanto ante esas palabras. Jules tenía razón. Y saberlo la hizo llorar con más fuerza. Hasta que sintió que él le estaba secando las lágrimas con un pañuelo con una suave fragancia masculina. Le gustó el gesto. Inspiró el aroma y se dejó consolar.

Mientras estaban así, con los rostros tan cerca, no pudo dejar de admirar la rara belleza de Jules. Los ojos claros de un extraño tono acaramelado, la boca amplia y carnosa. No era un hombre común, y eso le gustó. Por eso no lo

detuvo cuando lo vio acercarse más todavía para cubrirle los labios con los suyos.

Se dejó besar. Separó los labios bajo la delicada presión de los de él, disfrutando de la sensación. Hacía mucho que nadie la besaba, que no recibía una caricia.

—Eres maravillosa, misteriosa. Dime qué más ocultas en ti, bella Antoinette.

—Nada, soy una persona normal.

—No, eres diferente. Y con tu forma tan especial me has conquistado. Me hechizaste, me he enamorado de ti —afirmó sin dejar de mirarla a los ojos.

Antoinette enrojeció. No sabía qué decir. Para escapar de la situación eligió inclinar la cabeza hacia atrás y besarlo. El truco funcionó. Jules no habló más, perdido entre los besos de esa mujer que lo fascinaba.

Ella, en cambio, tenía muchas preguntas sin respuestas en su interior. Continuaron besándose un rato más y luego fueron a tomar el café con masas prometido. La conversación fue entretenida. Jules estaba contento y la hizo reír varias veces con sus ocurrencias.

En el camino de regreso hasta su casa se besaron un par de veces más. Al llegar a la puerta, él le pidió pasar, con una mano apoyada en la cintura y los dedos recorriéndole las costillas de manera ascendente.

—No, es pronto aún. Los besos podrían ser el comienzo de algo, pero todavía no lo son.

—Entiendo, esperaré todo lo necesario hasta que te enamores de mí. Porque sé que lo conseguiré y que juntos seremos felices. Te lo prometo.

—Espero poder estar a la altura de tu promesa —fue la huidiza respuesta al despedirse y entrar a la casa.

Antes de dormirse esa noche intentó descifrar qué le provocaba Jules pero no lo logró. Reconocía que no le era indiferente, le gustaba su compañía, aunque sabía que sus sentimientos estaban lejos del amor. Le gustaban los

besos de Jules, le provocaban un agradable cosquilleo íntimo, pero no desataban el vendaval que había sentido junto a Paul. Por eso deducía que no era amor, pero sin duda algo le provocaba ese joven francés.

Al día siguiente tampoco pudo alejar de su mente las palabras de él, pero al llegar a la tienda lo desplazó de sus reflexiones. Tenía muchas cosas de qué ocuparse, con la agenda cargada de clientas. Esa tarde habían pasado ya varias damas por el sector del taller destinado a las pruebas y Antoinette se había ocupado de medir, ajustar, marcar con alfileres y sugerir pequeños cambios sin cesar. Ansiaba poder marcharse cuando doña Prudencia le avisó que tendría que atender a una persona más, aunque no tuviese cita. *Madame Rocamora* no solía aparecer de repente, pero estaba comprando un sombrero en el salón cuando escuchó que Antoinette había regresado a trabajar y pidió ser recibida por ella.

—Por supuesto. Es una de mis clientas, la atenderé en un momento —respondió solícita a pesar de su cansancio. Un rato después estaba en una salita privada tomándole las medidas a la dama francesa.

Mientras trabajaba, Antoinette se permitía divagar. Su refugio era el trabajo. Allí era ella misma otra vez, con la aguja en la mano y las telas bajo sus dedos se sentía feliz. Sus dedos corrían sobre la ropa interior de la clienta con la cinta métrica en la mano, anotando los datos con prolijidad en un cuaderno, mientras su mente paseaba lejos de allí.

—Estás muy callada, y algo pálida también. Y hasta me animo a decir que has perdido peso. Me han dicho que estabas de vacaciones, ¿es que esos días de descanso no han sido suficientes? —preguntó Léonie con interés.

—En realidad no fue un descanso, estuve enferma y me costó bastante recuperarme —resumió, sin querer ahondar en la pérdida de Gina.

—Oh, lo siento. No fue lo que me dijeron.

—Es que la tienda no quiere incomodar a los clientes con detalles de la vida personal de los empleados. No debo abrumarlos con mis problemas.

—Pues a mí no me abrumas. He sido yo quien ha preguntado porque quiero saber. Así que dime: ¿cuáles son los problemas de una joven francesa tan bonita en esta ciudad? Yo la pasé muy mal cuando llegué, pero estaba en otra situación. Y además tú no eres una recién llegada y tienes empleo. No te puede ir tan mal.

—No me va mal si me comparo con tantas mujeres inmigrantes sin trabajo que pasan necesidades. Las veo en el inquilinato contando las monedas para poder comer. Muchas veces se ofrecen a lavar ropa ajena. Y he escuchado que también ofrecen otros servicios a los hombres, ¿me entiende?

—Sí, claro que sí. Entonces, ¿por qué te quejas?

—No me quejo en absoluto. Pero mi cabeza da vueltas y pienso, pienso mucho sobre mi futuro. ¿Es esto lo que quiero para mi vida? Trabajar en esta tienda es maravilloso, no me malentienda, pero estoy segura de que debe haber algo más. Algo como lo que yo tenía con Paul antes de que él muriera: ¡planes, esperanzas, sueños para el futuro! —concluyó con fervor.

—¿Y por qué sientes que no puedes volver a tenerlos?

—Porque creo que nunca volverá a encenderse la llama del amor en mi corazón.

—Ay, muchacha, no puedes decir eso. ¡Eres muy joven! ¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés —respondió.

—Poco más que una niña.

—No, ya he vivido demasiado, no soy una niña. Ya no me dejo ilusionar sin sentido. En estos días conocí a alguien. Él es muy atento y dice estar enamorado, pero yo no siento lo que él espera.

—¿Nada?

—Me he encariñado con él, es muy bueno y le gusta cuidarme. Pero mi corazón no se acelera cuando lo veo, creo que no lo amo.

—¿Y por qué estás con él?

—Porque me agrada su compañía. Y eso me lleva a plantearme: ¿está mal aceptar formar una relación sin amor?

—Te responderé con otra pregunta: ¿mal para quién? ¿Para ti o para él? Porque sin duda uno de los dos saldrá lastimado en una relación así, pero si tú conoces tus sentimientos y no vas a ser la persona herida, la respuesta es sencilla: sigue adelante. En esta vida todo vale en la búsqueda de la felicidad. Dicen que el fin justifica los medios.

—El italiano Maquiavelo —respondió Antoinette y se quedó pensando en esa frase, aplicada a su vida personal.

—Me sorprende tu erudición —observó Léonie con las cejas levantadas.

—Estudié mucho, teníamos una gran biblioteca en casa. Mi padre era médico y creía que el conocimiento era el mejor remedio para combatir el peor mal que acecha al hombre: la ignorancia. Afortunadamente también incluía a las mujeres en su teoría —explicó con una leve sonrisa al pensar en él. Lo extrañaba, pero todavía le dolía que un hombre tan sabio hubiese ordenado casarla contra su voluntad.

—Me gusta cómo piensas —replicó Léonie asombrada por el origen de la muchacha. Las costureras solían provenir de familias más humildes—. ¿Alguna vez has imaginado trabajar en otra cosa?

—No, agradezco tener este empleo. No sé hacer nada más.

—Te equivocas, *ma chérie*. Tienes algo muy valioso en ti: sabes francés y has leído mucho —explicó mirándola con seriedad. Todas las conversaciones entre ellas se desarrollaban en su lengua.

—Eso me sirvió para conseguir este trabajo —asintió.

—Y te puede servir para algo más. Verás: yo doy clases, pero tengo demasiados alumnos. No puedo deshacerme de muchos de ellos porque son compromisos por el trabajo de mi marido. Por lo que quizás podría contratarte para que me ayudes.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—Es una posibilidad, lo estoy evaluando —respondió pensativa—. Estoy cansada y me haría bien trabajar un poco menos. Quiero disfrutar más de la vida. Piénsalo, aún no lo he decidido, pero volveremos a hablar de esto en mi próxima visita —concluyó el tema y empezó a vestirse pues Antoinette ya había terminado con las medidas.

Aún mucho después de la partida de la dama, el asunto seguía dando vueltas en la cabeza de Antoinette. Le gustaba la tienda, era un buen trabajo y le agradaba realizarlo, pero el salario estaba lejos de sus expectativas. Si seguía allí no podría mudarse nunca del inquilinato. Por otro lado, no sabía cuánto podría ganar con las lecciones de francés. Se había olvidado de preguntar ese detalle a *madame* Léonie, tan sorprendente había sido su propuesta. A ella todo le había resultado difícil desde que había llegado a esas tierras. Quizás una nueva estrella empezaba a iluminar su camino.

## 13

Al regresar de la tienda un atardecer, Antoinette encontró la puerta de su habitación abierta y a dos hombres entrando unos baúles y cajas.

—¿Qué hacen? —preguntó sorprendida.

—Una mudanza.

—¿Qué?

Detrás de ellos apareció una mujer que no podía ser muy mayor por el niño de pocos meses que llevaba colgando de un brazo, pero que por su apariencia parecía la madre de Antoinette. Estaba muy descuidada, con la ropa ajada, con algunos remiendos pero con falta de muchos más.

—*Buongiorno* —saludó en italiano.

—Buenos días, no hablo su lengua. ¿Habla español?

—Sí, hace varios años que estamos por aquí, pero como la mayoría de quienes viven en conventillos son italianos pensé que tú lo serías. Me llamo Marcella.

—Antoinette, y soy francesa —explicó intentando entrar por encima de las cajas que tapaban la puerta—. ¿Podrías correrlas? Supongo que has alquilado esta habitación y nos tocará compartirla.

—Sí, ya le pagué por adelantado la casera. ¡Qué precios! Pero es lo que se cobra en todos lados. Lo sé porque me acaban de echar de otro inquilinato que era más feo y por el mismo valor. Aquí al menos se ve limpio y sin ratas. No te preocupes por las cajas. Ahora le pediré a los niños que las aparten.

¡Adriano! ¡Filipo! Dejen esa pelota y vengan acá a ayudar con la mudanza.

—¿Tienes más niños?

—Sí, otros dos varones.

—¿Y vivirán todos aquí? —preguntó incrédula.

—Sí, claro —respondió con naturalidad.

En ese momento llegaron corriendo dos muchachitos de unos ocho o diez años. Uno empujó sin querer una de las cajas, que cayó al suelo con gran estrépito, lo que provocó que de inmediato su madre se acercara hasta él para darle dos sopapos en las mejillas.

Antoinette se estremeció ante el gesto y más por los gritos del niño.

—Así aprendes a tener más cuidado —remarcó la madre—. Y ahora vete a llorar al patio, no quiero escucharte. Y tú, Filipo, levanta lo que tiró tu hermano y corre las otras cajas hacia un costado.

—¡Pero yo no fui! ¿Por qué tengo que hacer todo yo?

—¡Porque yo lo digo!

Acostumbrada al silencio desde la partida de Gina, Antoinette se sintió abrumada por la situación. Salió de la habitación sin decir nada y se dirigió a golpear la puerta de la casera. La mujer abrió, la miró con escasa simpatía y esperó.

—Buenas tardes. Quisiera saber si no puede ubicar a esa mujer con sus niños en otro lado, son demasiado ruidosos.

—Lo siento pero no. Usted paga media habitación, tiene que aceptar que alguien ocupe el resto o deberá pagar el doble.

—Sabe que no puedo pagar más, pero no es justo. Ellos no ocuparán el mismo espacio que yo, ¡son muchos!

—Los niños son pequeños, no necesitan gran espacio, duermen en cualquier rincón. Además no puedo dejarla en la calle, la pobre mujer acaba de enviudar.

—¡Oooh! No lo sabía. Pero ella me dijo que la echaron de su anterior



cuarto.

—Sí, y me explicó el motivo: el marido de la casera intentó propasarse con ella, por eso la expulsaron. Parece que la culpa siempre es de la víctima y no del victimario.

—Pobre mujer —se compadeció Antoinette.

—Bien, me alegro que haya entendido y aceptado la nueva situación. Ahora permiso, que se me quema la comida.

—¡No! Lo entiendo y me da pena, ¡pero no puedo vivir con esa familia en mi habitación!

—Lo siento. Esta es la realidad de hoy —finalizó y cerró la puerta ante el penetrante olor a quemado que se acentuaba.

Antoinette se quedó de pie en el lugar, sin saber qué hacer. Necesitaba conseguir más dinero para pagar una habitación para ella sola, o marcharse de allí. Esperaba que *madame* Rocamora le hiciese pronto una propuesta concreta.

Dos días después, cuando Jules apareció en la puerta de la tienda con una enorme sonrisa y un ramo de rosas rosadas, no supo si reír o llorar. Eran sus flores favoritas, y desde que él lo había descubierto se las regalaba con frecuencia. Pero a Antoinette le costó imaginar un florero con los delicados pimpollos junto a los pañales sucios del bebé de Marcella, que siempre los dejaba en la mesa juntándolos para lavarlos. En el poco tiempo que llevaban en su habitación, los italianos se habían apoderado de todos los rincones. Antoinette ya no la reconocía como su refugio, sino como un sitio hostil. Había gritos y golpes todos los días, no quería regresar allí.

Cuando le contó a Jules lo que ocurría, él no dudó.

—Ven a mi casa.

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre?

—No digo para siempre, aunque eso también si es lo que deseas, por

supuesto. Pero digo que vayamos ahora, podemos pasar el resto de la tarde juntos, comer algo y luego regresarás a tu habitación cuando esos monstruos ya estén dormidos.

Aunque el decoro indicaba que no debía ir al departamento de un hombre que vivía solo, a Antoinette no le gustaba la idea de volver al conventillo, por lo que aceptó.

Tomaron un coche de alquiler y en pocos minutos llegaron a un elegante edificio en una zona nueva elegida por la clase alta, cerca de El Retiro, arriba de la barranca. Cuando entraron, a Antoinette le sorprendió la vista desde las ventanas de la sala. Podía verse la plaza de enfrente, con sus verdes árboles y la estatua del general San Martín sobre un caballo. Y más allá, al fondo, el río. Ese inmenso río que se fundía en el océano, por donde ella había llegado.

No permitió que la nostalgia la invadiera. No iba a regresar a Francia. Su vida estaba allí, y debía hacer lo posible por disfrutarla. Tal como Jules le había dicho, ella estaba viva mientras Gina había muerto, al igual que Paul. Ella, en cambio, se había salvado dos veces. No podía rechazar ese regalo divino. Quizás Jules era la clave para lo que vendría. Se apartó de la ventana con renovadas esperanzas de un futuro mejor. Dejó las flores que él le había regalado en una mesa y acarició los pétalos entre los dedos con delicadeza. Quería empezar a ser feliz y decidió que iba a hacer algo al respecto

Lo vio salir de la cocina con una botella de vino en la mano, que descorchó con habilidad mientras se acercaba a una mesa que estaba a un costado, ya preparada para un comensal.

—Espérame aquí. Iré por una copa más y otro juego de platos. La empleada me deja todo listo para uno solo antes de marcharse.

—¿No eres demasiado joven para vivir solo? Quiero decir, los hombres de tu edad suelen vivir con sus familias todavía, ¿no? —preguntó y se sentó a esperarlo.

—No tengo una familia normal. Mi madre y yo vinimos solos de Francia y

luego ella aquí se casó con mi padrastro. Aunque me llevo muy bien con él, y hasta trabajo a su lado, preferí abandonar la vivienda de ellos en cuanto pude afrontar el gasto.

—Se ve que tienes un buen empleo. Debe ser muy costoso el alquiler de un departamento completo en este edificio. Yo apenas puedo pagar mi cuarto compartido... —recordó y sacudió la cabeza con pesar, pero Jules la interrumpió.

—Basta ya de pensar en eso, lo resolveremos pronto —le dijo ofreciéndole una copa de vino que ella aceptó y se sentó a su lado en el sofá.

—¿Qué quieres decir?

—Ya hablaremos después, ahora disfrutemos de esta velada. ¿Te gusta el vino?

—Sí, es muy rico, se siente en el paladar.

—Es francés.

—Un lujo por aquí —reconoció con admiración—. En casa de mi padre solíamos tomar buenos vinos también.

—No hablas mucho de aquellos días. ¿La pasabas muy mal?

—No, puedo decir que era feliz. Hasta que dejé de serlo —explicó con un suspiro—. Cuando quisieron casarme con un hombre mayor a quien yo casi no conocía me vi obligada a huir. Yo amaba a Paul, no sabía que nuestra aventura iba a terminar tan mal.

Un par de lágrimas brillaron en sus ojos al mencionar al amor perdido y Jules la obligó a cambiar de tema.

—Aquel amor terminó pero tu vida no. Ahora tienes otra oportunidad. Déjame hacerte feliz.

Le sacó la copa de la mano para dejarla junto a la suya en una mesita, le tomó el rostro entre las palmas y la besó con delicadeza. De a poco aumentó la velocidad con que movía los labios y su demanda también. Antoinette respondió a su pedido. Decidió entregarse al disfrute de los besos. Llevó las

manos hasta la nuca de Jules y lo sujetó con fuerza. Eso lo enardeció y la boca de él ya no se detuvo. Además de los labios, besó el delicado cuello y el comienzo del escote, hasta que comenzó a desprender los botones uno por uno. Antoinette dejó de besarlo, lo miró a los ojos unos momentos. Luego sonrió, asintió con la cabeza y lo ayudó a soltarlos ella misma. El silencioso consentimiento aceleró la voluntad de Jules para desvestirla.

Cuando se encontró desnuda a su lado, Antoinette estuvo a punto de cambiar de idea. Pero la tierna mirada de él la animó a continuar.

—Eres tan hermosa, tan especial. Podría admirarte durante horas, ¿qué digo horas? ¡Años! Quiero dedicar mi vida a idolatrarte, Antoinette. Quiero hacerte feliz —le susurró al oído mientras se echaba sobre ella.

Su devoción la conmovió. Lo abrazó y volvió a besarlo mientras él se sumergía en su cuerpo con ansias. Así, con premura él y mansedumbre ella, se amaron en el sofá donde estaban.

—Eres maravillosa, Antoinette. Esto ha sido mejor de lo que imaginaba. Aunque he estado con muchas mujeres hermosas, tu cuerpo es mágico, ¡tú eres mágica!, me has hechizado. Te amo y quiero tenerte a mi lado para siempre. ¿Quieres hacerme el honor de casarte conmigo?

Al principio ella no supo qué responder. Todo había ocurrido demasiado deprisa. El encuentro no se parecía en nada a los que había tenido con Paul. Jules no le provocaba las mismas sensaciones ardientes en su interior, pero tampoco había sido desagradable. Podría volver a pasar por momentos como ese de buen grado. Se sentía cómoda en los brazos de Jules, protegida. Eso la llevó a decidir.

—Sí, acepto.

—¿De verdad? ¡No te imaginas lo feliz que me haces! —exclamó y se apartó para sentarse. Ella se irguió a su lado, porque había algo que necesitaba aclarar.

—No quiero engañarte, Jules: no estoy enamorada de ti —comenzó a decir

y la sombra que cruzó el rostro de él la apuró a continuar— ¡todavía! Pero me gustas mucho y creo que puedo ser feliz a tu lado. Prometo que intentaré hacerte feliz a ti también y sin duda el amor me alcanzará y nos unirá para siempre.

—Así será, mi querida. Así será —susurró contento—. Perdona que no tengo un anillo de compromiso para sellar este momento, mañana mismo iré a comprar uno.

—No te preocupes, creo que hemos puesto nuestro propio sello a este asunto —respondió riendo y empezando a juntar sus ropas del suelo.

—¿A dónde vas? No te dejaré ir, futura esposa mía.

—No te preocupes que no me marchó. Sólo voy a poner las rosas que me regalaste en agua. Ya no me iré de aquí.

\*\*\*

Jules desbordaba de alegría por la inminente boda. Como Antoinette ya no quería regresar al conventillo, habían decidido casarse lo antes posible.

—¡Dos semanas! Sólo tendremos que esperar dos semanas. Me han dado turno en el Registro Civil. ¿Estás contenta? —le preguntó Jules la noche siguiente, tras colocarle un anillo con un pequeño brillante en el dedo anular.

A pedido de Antoinette, que había abandonado su fe tras la muerte de Paul, no iban a casarse en una iglesia, sino en una oficina pública llamada Registro Civil, bajo la flamante nueva ley que permitía los matrimonios no religiosos.

—Sí, me hará muy feliz ser tu esposa. Gracias por haberme ayudado a buscar mis cosas. Sola hubiese tardado mucho más.

—No me agradezcas, desde ahora soy tu esclavo. Puedes pedirme lo que quieras —le había dicho arrodillándose a su lado para besar la mano en la que

llevaba el anillo.

—No quiero nada —respondió entre risas por su gesto.

—¿De verdad? Déjame regalarte algo.

—Ya me has dado este anillo.

—Lo sé, pero quiero darte todo. ¡Quisiera poner el mundo a tus pies!

—Me alcanza con el pequeño mundo que formamos nosotros. Me da paz y alegría, no necesito nada más.

—Se me ocurre algo: ¡las mujeres siempre necesitan un vestido más! Cómprate uno listo en la tienda en la que trabajas. Será como una despedida de ese lugar.

—¿Despedida? ¿Por qué dices eso?

—Porque ya no trabajarás, no tienes necesidad. No tienes que pagar alquiler y desde ahora yo me encargo de tus gastos, seré tu marido. Puedes ir mañana mismo y renunciar.

Antoinette sintió un extraño revoltijo en su interior. Le gustaba que Jules se ofreciera a cuidarla y mantenerla, sabía que lo hacía con buenas intenciones. Pero no le gustaba que le dijera que debía dejar de trabajar. Aunque ya no tendría necesidad de hacerlo, la decisión de renunciar debía ser suya, no de él.

—Me gustaría lucir un vestido nuevo para ti, lo estrenaré el día de la boda. Seguiré trabajando hasta entonces para ocuparme personalmente de los arreglos —respondió con tacto. Ya pensaría cómo decirle que todavía no había decidido abandonar el empleo.

—Me parece bien. Y quizás podrías hacerte otro más para el día que te lleve a conocer a mis padres.

—Sí, de acuerdo. ¿Cuándo será?

—Podremos esperar a que esté listo tu vestido. La semana que viene si te parece bien —propuso y enseguida olvidó el tema—. Ahora hablemos de algo más interesante, o mejor: no hablemos de nada —se corrigió para

cubrirle la boca con un apasionado beso que los llevó a rodar por la alfombra para amarse allí mismo, sin preocuparse por llegar hasta el lecho.

\*\*\*

—Jules me ha dicho que vendrá a cenar esta noche y que traerá compañía. Hace más de una semana que no tengo noticias tuyas, lo extraño, me gusta la idea de recibirlo —anunció Léonie a su marido al entrar a la sala donde él estaba leyendo el diario.

—Qué bien —respondió sin demasiado interés. Él veía a Jules con asiduidad, cuando le reportaba los resultados del negocio que el joven manejaba, pero que en realidad era suyo. Rocamora había abierto varios burdeles en los últimos años y había puesto al muchacho a quien consideraba como un hijo al frente de ellos. Él mismo seguía a cargo de la *maison* principal y detrás de todas las grandes decisiones, pero en el día a día se ocupaba Jules. El muchacho era muy bueno para el negocio a pesar de su juventud, gracias a que lo había aprendido desde chico. Al terminar el colegio no había querido ir a la universidad, pese a las reiteradas sugerencias de su madre, que ansiaba que tuviera un título profesional. Jules había preferido sumarse al negocio de Rocamora.

—Pero me sorprende que traiga a alguien. Nunca se le ocurre invitar a un amigo a esta casa. Imagino que sale de juerga con ellos por otros sitios.

—¿Has pensado que quizás no sea un amigo sino una amiga? —preguntó Eladio doblando el periódico para arrojarlo con displicencia sobre la mesa. Quería dedicar su atención a Léonie para prepararla para esa noche. Intuía qué podría ocurrir en la velada, porque Jules le había contado que estaba muy enamorado. No le extrañaría que quisiese presentarles a la muchacha dueña

de su corazón. Y también intuía que una situación así no sería del agrado de su esposa. Para ella su hijo seguía siendo un niño, aunque hacía rato Jules era dueño de su propia vida. La mirada de sorpresa de ella le confirmó que no se le había ocurrido semejante posibilidad.

—¿Sabes algo al respecto? ¿Qué te ha adelantado?

—Nada específico —respondió con vaguedad—, pero deberías considerar que tiene edad para enamorarse.

El rictus en la boca de ella mientras salía de la habitación en silencio le indicó que debería estar muy atento a lo que podría ocurrir durante esa cena.

\*\*\*

—No estés nerviosa, mis padres no te van a morder —murmuró Jules con cariño mientras la ayudaba a descender del carruaje.

—Eso intento, pero no lo consigo. Me tiemblan las manos, no puedo acomodar la tela de la falda como es debido.

—No te preocupes, estás preciosa. Ya verás que será una velada muy agradable y mi madre te adorará. Con el hecho de ser francesa tienes medio camino hacia su corazón asegurado. Y con mi amor por ti tienes el otro medio, así que todo resuelto: serán grandes amigas —concluyó con un suave beso sobre los labios de ella para darle ánimo.

Antoinette se asombró por estar frente a un elegante edificio en una de las zonas más caras de la ciudad, debajo de una amplia recova, frente al río y cerca del cementerio de los padres recoletos. Sabía que los padres de Jules tenían dinero pero no había imaginado que tanto. Cuando una criada con elegante delantal blanco sobre un uniforme negro les abrió la puerta del departamento pudo confirmar el lujo en el interior de la vivienda. Molduras



de caoba labrada se destacaban en todas las paredes, a tono con el piso de madera encerada. El exquisito mobiliario denotaba un ojo masculino en la elección, aunque había detalles femeninos por doquier, como almohadones y cortinas, además de dos enormes floreros con elegantes ramos de rosas rojas en un estante delante de un cuadro que presidía la sala. Antoinette estaba admirando los trazos que reflejaban un cuerpo desnudo de espaldas, apenas cubierto por una tela, cuando escuchó unos pasos detrás de ella.

—Es la imagen de mi esposa —expresó con orgullo una gruesa voz—. Soy Eladio, llámeme así, sin formalismos. Jules fue a guardar los abrigos.

—Antoinette —respondió mientras él se inclinaba sobre su mano—. Es una bonita obra. ¿Usted la mandó pintar?

—No, hay una larga historia detrás pero la resumiré: fue pintado en Francia hace muchos años y mi esposa lo tenía guardado en mi casa, oculto en un ropero. Cuando ella me abandonó, sí, eso hizo no abra tanto los ojos. Cuando me abandonó yo destrocé su habitación en un ataque de rabia. Arranqué todos los vestidos de sus perchas, rompí los sombreros y los zapatos, pero encontré esta imagen y me detuve. No podía deshacerme de ella. Al menos tenía un recuerdo de Léonie conmigo para siempre. Después la recuperé a ella pero esa es otra historia, que le contaré en otra oportunidad.

—¿Léonie? —preguntó con asombro.

—Sí, yo soy la madre de Jules —anunció en francés una voz que ya conocía a sus espaldas.

—¡*Madame Léonie!*

—*Maman* —se acercó a saludarla Jules, pero el gesto hostil de ella lo detuvo—. ¿Qué ocurre? ¿Se conocen?

—Sí, *mademoiselle* Antoinette es mi costurera en la tienda donde compro mis vestidos.

—Ah, bien, entonces no tendré la necesidad de presentarlas.

—Pero no entiendo, usted es *madame* Rocamora —Antoinette expresó sus

dudas sobre los nombres que la confundían.

—Me casé con Eladio Rocamora cuando Jules ya era un muchacho, y él nunca tomó su apellido, mantiene el mío de origen. Pero me alegra que no descubrieras antes nuestro parentesco, así podré evitar el error que mi hijo estaba a punto de cometer.

—¿Error? —preguntó Jules asombrado.

—Casarte con ella sería un error y...

—¡Madre, por favor! —la interrumpió con frialdad.

—Déjame decirte lo que ella planea: una boda sin amor que la ayude a resolver su futuro económico.

—¡Madre, no permito que ofendas a mi prometida con esa sugerencia!

—No es una sugerencia, es la verdad. Ella misma me lo confesó mientras me atendía, sin saber que yo era la madre de su potencial víctima, por supuesto.

—¡Basta ya o nos iremos ahora mismo!

—Deja que ella se marche, hijo, no es buena para ti. ¡Te aseguro que me dijo que estaba con un hombre a quien no amaba!

—Es posible que lo haya dicho, pero eso no cambia mis sentimientos y nos casaremos la semana próxima.

—¡Jules! ¡¿Cómo puedes dejarte embaucar así, hijo?! ¡Eres un tonto! Esta mujer no es buena para ti, ¡no la quiero en tu vida!

—No soy tonto, la amo. Y si ella no es bienvenida aquí, yo tampoco. Nos vamos —anunció tomando la mano de su novia para retirarse.

Durante todo ese tiempo, Rocamora no había dicho nada, apenas sostenía a Léonie desde atrás, amparándola en sus brazos. Jules lo miró pero percibió que no podría esperar ayuda de él, siempre se ponía del lado de su madre en las discusiones.

—Lamento que haya interpretado que yo buscaba aprovecharme de su hijo, *madame*. Nunca fue esa mi intención. Sólo quiero ser feliz junto a Jules —

afirmó Antoinette al borde de las lágrimas camino a la puerta, arrepentida de haber abierto su corazón a una clienta. Léonie nunca había sido su amiga. Tarde descubrió que no podía confiar en extraños.

En el camino de regreso a su departamento Jules no dijo ni una palabra. Ella acompañó su silencio con suaves sollozos.

—Lo siento. No esperaba esto. Entenderé si quieres suspender la boda — propuso en un murmullo tras limpiarse la nariz.

—¿Suspender? ¿De qué hablas?

—De lo que tu madre te reveló, es normal que estés enojado.

—No estoy enojado contigo, sino con ella, por querer manipular mi vida. Ya soy un hombre adulto y tomo mis propias decisiones.

—¿Qué haremos?

—¿Qué quieres decir? ¡Nos casaremos! ¡Eso vamos a hacer! —afirmó decidido y la envolvió con sus brazos para perderse en un largo beso que fortaleció el ánimo de los dos.

\*\*\*

La boda resultó un trámite frío. Antoinette nunca había estado en un Registro Civil y la ceremonia fue muy distinta a las religiosas. Pero eso no le importó. Había llegado hasta allí con buen ánimo, con un elegante vestido ribeteado en encaje rosa claro, regalo de Jules, que acompañó con un enorme ramo de rosas rosadas, también provistas por él, conector de que eran sus favoritas.

Cuando el juez que los casó entregó a Jules la libreta de matrimonio él se dio vuelta para besarla con ímpetu, sin que le importasen los testigos. De su lado uno de sus amigos, a quien Antoinette conocía apenas, aunque sabía que

siempre se metía en problemas por su gusto por las apuestas. Y del lado de ella la italiana que se había quedado con su habitación. Le había pedido a Ricarda, con quien tenía un poco más de relación, pero ella se había negado.

—Lo siento, pero yo debo continuar trabajando en la tienda para mantener a mis hijos. No puedo arriesgarme a que se enteren y me echen a mí también —le había dicho, y Antoinette la entendió.

A ella la habían despedido un par de días después de la fallida cena en casa de los Rocamora. Léonie había ido a la tienda para denunciar que Antoinette le había robado dinero de su bolso mientras ella se cambiaba en su última visita. A pesar de su impecable conducta y de su llanto, doña Prudencia había hecho caso al pedido de la clienta: que despidieran a la muchacha a cambio de que no realizara una denuncia policial contra la tienda.

—No te preocupes, mi amor, ya nunca volverás a tener la necesidad de trabajar, yo me haré cargo de ti. Tu única ocupación a partir de ahora será hacerme feliz —le había dicho Jules cuando se lo contó entre lágrimas y había intentado hacerle olvidar sus males con besos y caricias, a los que ella tuvo que responder a pesar de su falta de ganas.

Antoinette entendió que había terminado una etapa de su vida. Ya no sería una mujer independiente. Pasaría a ser una dama, la esposa de un hombre rico y sin problemas económicos. El precio de ello sería estar siempre a disposición de él. Con un suspiro, reconoció que era el único camino que tenía por delante.

*Diciembre de 1890*

La noche de su primer aniversario de bodas había sido un calvario para Antoinette. A pesar de sus esfuerzos para convertirse en una esposa dedicada, como le había enseñado su madre, nada salía como había esperado. Desde hacía varios meses Jules le echaba en cara que no le diese un hijo. Esa tarde la discusión se había vuelto violenta.

—Es lo único que te pido, es mi mayor deseo, ¡y no puedes concedérmelo!

—No es culpa mía, el médico dijo que estoy sana, que a veces demora más tiempo, que sólo debemos insistir y esperar —intentó defenderse.

—¿Esperar? ¡No es nada fácil! Un nieto me permitiría acercarme a mi madre, estoy seguro. La situación está difícil con ella, ¡lo necesito ya! — exclamó golpeando el brazo del sillón con un puño tras arrojar al suelo la copa con *cognac* que tenía en la mano.

—Cálmate, *chéri*.

—No puedo calmarme, tengo cuentas por pagar y ella ha pedido a Rocamora, ¡en realidad le ha dado la orden!, de que no me preste el dinero para eso. ¡Y el muy tonto le obedece! —exclamó iracundo—. Hace todo lo que ella le dice. No entiendo cómo un hombre así puede dejarse manipular.

—¿Por qué no quiere darte el dinero?

—Capricho de ella —respondió esquivándole la mirada.

—¿Y para qué lo necesitas? Creí que nos alcanzaba con lo que ganas administrando esos burdeles —expresó con naturalidad. Poco después de la boda Jules le había contado a qué se dedicaba. A Antoinette no le gustó el origen de los ingresos de su marido, pero como ella nunca iba a los prostíbulos, con el tiempo se acostumbró a la idea.

—Sí, gano bien y Rocamora nunca dejó de pagarme. Cumple con sus obligaciones como patrón, pero se opone a darme cualquier cantidad extra.

—Insisto en que no necesitamos los extras. Podemos vivir bien sin grandes lujos. Si te parece que debemos ajustarnos, puedo despedir a la criada y a la cocinera.

—No, no, nada de eso. No te preocupes ya me arreglaré para conseguir lo que necesito.

—¿No vas a decirme para qué es?

—Digamos que es una sorpresa —respondió misterioso, tomó su sombrero y salió sin despedirse.

Antoinette estaba acostumbrada a que Jules trabajara de noche y regresase a altas horas, pero esa madrugada por primera vez no volvió. Cuando ella se levantó por la mañana el lado de él de la cama estaba intacto.

Lo esperó ansiosa todo el día, pero al atardecer todavía no había llegado. No sabía qué hacer. La lógica le indicaba dar aviso a la policía, y eso hubiera hecho en un día normal. Pero el estado en que se encontraba Jules antes de partir no había sido habitual. Decidió esperar.

Su intuición no falló. Poco antes de la medianoche sonó el llamador en la puerta de su departamento. Un mensajero le entregó una nota doblada, sin sobre ni destinatario.

*Estaré fuera unos días. No te preocupes por mí. Con amor. Jules.*

Antoinette reconoció su caligrafía, no dudó sobre eso, pero le llamó la atención el trazo tembloroso de las letras. Jules solía escribir con firmeza, sin titubear. *Debía estar borracho al escribirlo*, pensó con disgusto y se fue

acostar.

Los días de alejamiento se estiraron. Pasó más de una semana hasta que Jules regresó. Llegó en un estado lamentable. La ropa arrugada y maloliente, la barba sin afeitar de varios días y el cabello sucio indicaban que no se había bañado durante su ausencia.

—¡Jules! ¿Estás bien? —le preguntó preocupada al verlo entrar y avanzar tambaleante hasta el sofá.

—Sí, creo que sí. Sólo estoy un poco mareado —explicó arrastrando las letras y buscando su pipa en el bolsillo para empezar a llenarla con dedos temblorosos.

—¿Sólo eso? Yo diría más bien que estás borracho —lo acusó.

—Nooo —intentó convencerla—, sólo necesito descansar un rato, después te explicaré —susurró antes de quedarse dormido en donde estaba, dejando caer el tabaco por encima suyo y en el sillón.

Por la mañana, Jules entró a la habitación ya bañado y afeitado, envuelto en una bata limpia, pero sin lograr disimular unas profundas ojeras.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarle Antoinette inquieta.

—Sí, pero necesito que hablemos.

—Dime qué es lo que ocurre, por favor. Quiero saber.

—Sí, debes saberlo.

—¿Es grave?

Jules asintió en silencio sin mirarla a los ojos, con la vista perdida por la ventana, antes de continuar.

—Bastante grave, porque intenté solucionarlo pero no lo logré, y empeoré la situación. Por lo que me veré obligado a desaparecer.

—¿Desaparecer? ¿Qué dices? ¡No entiendo nada!

—Estoy en problemas.

—¿De qué tipo?

—Deudas, debo mucho dinero.

—¿Por qué?

—Apuestas de juego.

—¡Pero me dijiste que el juego era apenas una diversión para ti! ¿Y ahora tienes deudas? ¿No podemos pagarlas?

—Me temo que no. Rocamora ya no quiere darme dinero para ese fin, supongo que por pedido de mi madre. Cuando está enojada se convierte en una mujer egoísta, no le importa lo que me pasa, debería ser más flexible — se quejó.

—No eches la culpa de esto a tu madre. Eres un adulto y debes hacer frente a tus deudas por ti mismo.

—Lo sé —reconoció avergonzado—, pero ahora no puedo. Intenté recuperarme en las mesas de juego en estos últimos días. Pedí otro préstamo y perdí, ¡empeoré la situación! Es demasiado lo que debo y amenazan con matarme si no pago.

—¿Matarte? *Mon Dieu!* Debemos ir a la policía, es una amenaza.

—¡No! Eso no.

—Sí, para que te protejan,

—No, no iremos a la policía. Déjame ocuparme de esto a mi manera.

—¿Y cuál es esa manera?

—Tengo un plan. La primera parte es desaparecer. Así mis acreedores no podrán encontrarme, y eso sin duda ablandará el corazón de mi madre y hará que Rocamora suelte el dinero.

—¡No! ¡No quiero que te vayas!

—Debo hacerlo.

—Iré contigo —afirmó decidida.

—¡No! Puedo ocultarme mejor solo, no tengo dinero para pagar hoteles, deberé quedarme en sitios poco apropiados para una dama. Tú me esperarás aquí.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con resignación.



—No lo sé. Lo siento. Sé que esto no es lo que te prometí, pero todo mejorará. Te lo aseguro. Mi madre podrá...

—Deja a tu madre fuera de esto, compórtate como un hombre —soltó exasperada por la infantil actitud de su marido.

—Lo siento —volvió a repetir y se alejó para cambiarse.

Antes de salir de la habitación se acercó a la mesa de luz de Antoinette y dejó un sobre. Ella estaba mirando hacia el otro lado pero se giró al escucharlo.

—¿Qué es eso?

—Todo el dinero que me queda. No es mucho, pero supongo que te alcanzará para comprar comida esta semana. Cuando se acabe podrías pedirle a Rocamora, no creo que te deje pasar necesidad, no es un mal hombre.

La furia había ido creciendo dentro de ella a igual ritmo que su indignación. Y esa frase la hizo explotar.

—¡Vete! No eres capaz de cuidar de mí y me dices que debo mendigar en tu nombre. No te preocupes por mí, sé cuidarme sola. Ya márchate de una vez.

Mucho después de escuchar la puerta golpearse, Antoinette seguía recostada pensando en cómo salir adelante.

Tras analizar su situación decidió que ya no podía esperar ningún tipo de ayuda de Jules. Se levantó decidida a tomar las riendas de su vida. Lo primero que hizo fue despedir a la criada y a la cocinera. Les indicó que fueran a la dirección del burdel y que preguntaran por el señor Rocamora, que él les pagaría.

Después salió a comprar el periódico en busca de los avisos de empleos. Aunque no era amplia la demanda de mujeres en el mundo laboral, tenía la esperanza de encontrar algo. No tuvo suerte, pero se obligó a no bajar los brazos. Continuaría la búsqueda al día siguiente.

En el resto de la semana tampoco encontró ninguna oferta. Al quinto día

salió a recorrer tiendas para ofrecerse como empleada. Pero tanto en Tienda San Miguel como en el flamante sector femenino de Gath & Chaves le dijeron que no podían tomarla después de lo ocurrido en A la Ciudad de Londres. Desde su antiguo empleo habían avisado a las demás tiendas sobre aquel supuesto robo, para alertarlos en caso de que ella apareciese por allí. Abandonó la idea de visitar los demás almacenes, sin duda la rechazarían en todos.

La desilusión la acompañó en el camino de regreso. *Si no puedo trabajar, ¿cómo me las arreglaré para sobrevivir?*, se preguntó sin hallar la respuesta. Durante días cuidó cada moneda que gastaba, intentando comprar lo mínimo para subsistir.

Una noche estaba cenando un pan del día anterior con un pedazo de queso cuando golpearon a la puerta. Recordó que no tenía más empleada para ocuparse de atender y fue a abrir.

—Buenas noches, busco a Jules Marchall —anunció sin presentarse un hombre de unos treinta y cinco años muy alto, de tez bronceada por el sol, vestido con un traje de impecable corte, con un bastón con puño de plata en la mano. Dado que no rengueaba, Antoinette supuso que lo llevaba siguiendo la moda del momento entre los *dandies* adinerados.

—No está —respondió con escasa simpatía.

—¿Cuándo regresará?

—No lo sé.

—Quisiera esperarlo —manifestó y avanzó hacia la sala sin que nadie lo invitara.

—No va a regresar hoy.

—Ah, ¿entonces sí sabe cuándo lo hará?

—No, no lo sé, pero estoy segura de que no será esta noche.

—¿Estará sola esta noche?

—Sí, por eso le pido que se marche ahora mismo, no es apropiado que esté

aquí.

—¿Y qué es lo apropiado, *madame*? Es francesa, ¿verdad? Me gusta su acento.

Mientras hablaba, el hombre la observaba con intensidad, clavando en ella unos profundos ojos oscuros, del color del chocolate amargo.

—Sí, soy francesa y ahora, por favor, váyase.

—No me iré si no me dice dónde puedo encontrar a su marido.

—Le he dicho que no lo sé.

—Eso me obligará a regresar aquí a buscarlo.

—No lo encontrará aunque regrese.

—¿La ha abandonado? —preguntó alzando una ceja.

—Podría decirse que ya no vive aquí —respondió con toda la frialdad que logró expresar. En el fondo creía eso. Que aunque Jules quisiera regresar, ella no se lo permitiría. Sentía que él la había abandonado a su suerte, y no podía perdonárselo.

—Entiendo, pero creo que regresaré pronto, en caso de que él decida aparecer. Si lo ve, dígame que Octavio Mariani estuvo aquí y que necesito hablar con él.

—Ya le dije que no creo que Jules...

—¿Puede hacerlo, por favor? —la interrumpió y le tomó una mano para llevarla hasta su boca. Pero no sólo la acercó en un simbólico gesto de saludo, sino que apoyó sus labios en los nudillos y besó la piel suave con ganas varias veces.

—Lo haré —respondió Antoinette con un hilo de voz cuando él la soltó.

La había sorprendido la actitud de ese hombre, pero más la asombró la sensación que le provocó el íntimo contacto. El escalofrío que la recorrió y la corriente sanguínea acelerada en su brazo.

*Miedo*, se dijo para explicarse a sí misma lo ocurrido apoyada contra la puerta tras la partida de él. *Ese hombre me asusta.*

Con esa respuesta en la mente se fue a acostar, aunque no logró dormirse hasta el amanecer.

A la tarde siguiente se arregló como para una cita y marchó decidida a ver a Rocamora. No quería encontrarse con Léonie, por lo que se dirigió a la *maison*, donde sabía que él se ocupaba de atender los asuntos en persona. Aunque Jules trabajaba en varios burdeles, ella nunca había pisado uno. No sabía con qué se iba a encontrar.

El suntuoso aspecto del lugar no la sorprendió, después de haber estado en casa de Rocamora. Sobre el piso de madera reconoció alfombras de origen persa como las que había en su casa en Francia. Había mucho dinero invertido allí, lo cual era lógico dado que era un negocio muy rentable, como ella bien sabía. Después de unos momentos, la mujer de edad con traje negro y excesivo maquillaje que le había abierto la puerta la hizo pasar a un escritorio. Eladio se puso de pie al verla y la saludó con afabilidad.

—Espero que se encuentre bien, Antoinette. Hace mucho que no tengo noticias sobre la vida de ustedes, desde que Jules se marchó. ¿Todo está en orden? ¿Le ha ocurrido algo al muchacho?

—Jules ya no es un muchacho, es un hombre.

—Lo sé, pero es una pena que no se comporte como tal. Un hombre debería quedarse y hacer frente a sus deudas. Huir es una actitud infantil, además de cobarde. No debería venir hasta aquí para defenderlo.

—No vine a defender a Jules sino a hablar del futuro —inspiró para darse fuerzas para continuar.

—La escucho.

—Jules me dijo que yo podría recurrir a usted en caso de necesidad.

—¿Él dijo eso?

—Sí. Y me costó tomar la decisión de venir, porque no quiero deberle favores, pero no logro encontrar empleo debido a lo que *madame* Léonie dijo

de mí. ¡Y usted sabe que es mentira!

—¿Qué busca aquí?

—Ya no tengo dinero, nada, ni para el *tramway* ni para comprar comida. He venido caminando.

—Lo siento. ¿Tiene hambre? ¿Quiere que le pida algo a la cocinera? —ofreció.

Negó con un gesto de la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere?

—Necesito dinero. Jules aseguró que usted me ayudaría.

Rocamora la evaluó en silencio un rato, luego se levantó y se sirvió una copa de licor de una botella de cristal.

—No puedo darle dinero. Léonie me pidió que no lo hiciera y no voy a ignorar un deseo de mi esposa.

—Pero Jules dijo... —balbuceó hasta que las lágrimas le impidieron continuar.

—En cambio, sí puedo ofrecerle un empleo.

—¿En serio? —se sorprendió y enjugó de prisa el rostro mojado.

—Sí, ha sido la misma Léonie quien lo propuso, previendo que iba a venir a mí por ayuda.

—No comprendo. ¿Ella quiere ayudarme?

—Puede decirse que sí. La propuesta es que trabaje aquí.

—¿Aquí? ¿En un burdel? —exclamó con más sorpresa que repulsión.

—Es la casa de encuentros más exclusiva de la ciudad.

—¡Es una ofensa!

—La ofensa es que no considere en serio mi oferta. Bien sabe que Jules, y por ende usted también, viven de la manera en que lo hacen gracias a mis burdeles. No intente mostrarse ofendida.

Antoinette no supo qué decir.

—Es injusto que apele a ese argumento.

—No es un argumento, es la verdad. Entonces no se haga la inocente. Sabe perfectamente de donde provenían los ingresos de Jules. Ahora que él no está para trabajar aquí, usted podría ganar su sustento en el mismo lugar. Aunque en otro puesto, claro. No como administradora, sino como anfitriona.

—¿Así llama usted a las prostitutas? —preguntó con sorna.

—Sí, las anfitrionas reciben a los invitados. Que ellos paguen es apenas un detalle de la relación.

—No me interesa ingresar al mundo de la prostitución —anunció y se dispuso a marcharse.

—Le recuerdo que no estaría ingresando, sino apenas modificando su ubicación en él. Antes era una mantenida por este sistema, ahora sería una parte activa del engranaje. Y podría funcionar muy bien, las francesas tienen mucho éxito entre mis invitados.

Asqueada por todo lo que estaba escuchando, Antoinette se dirigió a la puerta con una sola palabra para él:

—*Adieu.*

Al llegar a la calle caminó deprisa sin detenerse durante muchas cuadras. Necesitaba liberar la rabia contenida en su interior. Odiaba a Jules por haberla puesto en esa situación, se sentía humillada. No estaba dispuesta a caer en la prostitución. Cuando recordó que no tenía dinero ni perspectivas para conseguir mantenerse, el nudo de angustia de su garganta se convirtió en lágrimas. Continuó andando y transformó su desesperación en ingenio al llegar a su casa. Vio los dos candelabros de plata que descansaban sobre el aparador y decidió de inmediato qué hacer: los envolvió en una tela, los metió en un bolso y salió en busca de un negocio de platería en donde venderlos.

Con lo que le dieron por ellos pudo pagar sus gastos durante varios días. A la semana siguiente llevó un juego de cubiertos y después las copas de cristal. De a poco Antoinette fue vendiendo los objetos de valor que había en el

departamento. No creía que Jules fuese a importarle o que tuviera coraje para reclamarle algo al regresar. *Si es que regresa*, se dijo con un toque escéptico, cuando ya habían pasado dos meses desde su partida y acababa de vender su anillo de compromiso.

Esa noche, mientras comía una frugal cena con una sola vela sobre la mesa, fue sorprendida por unos golpes en la puerta.

Al abrir se encontró con el mismo hombre alto e imponente que había estado allí antes buscando a Jules por una deuda.

—¿Me recuerda, *madame*? Octavio Mariani a sus órdenes —volvió a presentarse el caballero.

—Sí, lo recuerdo, pero debo decirle que Jules no está.

—Lo sé, no he venido a buscarlo a él sino a usted.

—¿Cómo que lo sabe? —preguntó sorprendida.

—El azar hizo que me cruzara con Marchall y...

—¿De verdad? ¿Ha visto a Jules? —lo interrumpió con premura.

—Sí, lo localicé. ¿Puedo pasar? —señaló el interior de la vivienda.

—Sí, adelante —se corrió para que entrara y cerró la puerta detrás de él—. Dígame dónde está. Debo saber, para ir a buscarlo.

—Eso no es importante, era un lugar de paso. Ya no lo encontrará allí.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque era una casa de juegos y lo echaron cuando se quedó sin dinero. Y por los golpes que le dieron, no creo que se anime a regresar.

—¿Golpes? *Mon Dieu!* —exclamó y se cubrió la boca con espanto.

—No se preocupe, sobrevivirá. Se marchó a los tumbos pero caminando, no fue una paliza grave.

—¿Por qué vino a contarme esto? Si encontró a Jules y sabe que no está aquí no tiene nada para hablar conmigo.

—Se equivoca. Antes de que lo sacaran a patadas, su marido jugó algunas manos de cartas y pudimos conversar. Y llegamos a un interesante arreglo

sobre su deuda conmigo.

—Eso no me concierne.

—Se equivoca. El precio por cancelar el saldo que me debe fue usted — anunció y la observó de pies a cabeza, evaluándola—. Será mía a partir de ahora.

—¿Qué?!

—Marchall y yo llegamos a un acuerdo. Cuando lo encontré y le reclamé el pago le comenté que había conocido a su bonita esposa francesa. Le dije que era un tonto por dejarla sola, abandonada, sin duda sería codiciada por muchos hombres. Y él vio la posibilidad de hacer un trueque.

—¿Un trueque?

—Sí, me ofreció entregarla a cambio de que le perdonara la deuda.

—Eso es imposible —lo miró con espanto—. ¡Jules no puede venderme! ¡No soy su esclava sino su esposa!

—Yo no diría que la ha vendido —insistió con una sonrisa que embelleció su rostro de rasgos intensos, pero a Antoinette le pareció una siniestra mueca —, sino que ha aprovechado una oportunidad para librarse de una deuda.

—¡Y librarse de mí! Porque después de esta osadía no quiero volver a verlo en mi vida. Y ahora, caballero, le pido que terminemos con este disparate: retírese. No estoy a la venta —expresó con toda la frialdad y dignidad que logró juntar en su voz afectada por los nervios.

—No me voy a retirar aún.

—No espere que yo cumpla algo que Jules prometió. Sólo respeto mi propia palabra, no las de los demás.

—Me gustan las mujeres rebeldes —pronunció Mariani con tranquilidad y avanzó hasta sentarse en el sofá sin que ella se lo ofreciera.

—No soy rebelde, pero no voy a obedecer una orden ridícula. Además, ¿cómo sé que lo que dice es cierto? Usted bien puede estar inventando esta historia, hay muchos mentirosos en todos lados.



—Le aseguro que no miento, señora. Marchall me dijo que podía quedarme con su esposa si eso era lo que deseaba, y que de esa manera su deuda estaría saldada.

—Imagino el estado de ebriedad en que lo dijo —replicó disgustada y dolida a la vez, y se dejó caer en el otro extremo del sofá, único sillón que quedaba desde que ella vendiera las dos butacas *bergère*.

—Un poco, pero con la lucidez suficiente para poner el valor debido a lo que entregaba. Se ocupó de esclarecer que la deuda quedaría cancelada y hasta me obligó a firmar un papel en el que quedó registrado el trato.

Antoinette palideció.

—¿Puedo verlo?

—Suponía que iba a pedirlo, por eso traje mi copia. Lamento que descubra de esta manera con qué clase de hombre se casó —expresó con suavidad para no alterarla más aún y sacó del bolsillo de la chaqueta un papel doblado que le extendió.

Tras leerlo con manos temblorosas, lo arrojó a un costado.

—Me avergüenza el hombre con quien me casé —utilizó las mismas palabras de él.

—No es fácil conocer del todo a las personas. No es su culpa —afirmó Mariani.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó a través de las lágrimas, sin pudor por llorar delante de él.

—Porque ninguna mujer puede ser acusada de confiar en su esposo. Él debería haberla protegido, no cedérmela. Yo jamás lo hubiera hecho, me hubiese dedicado a cuidarla con esmero si fuese mía.

—Jules me dijo lo mismo y aquí estoy —soltó con pesar—. Ya no creo en las palabras de los hombres.

—No todos somos iguales. Yo soy un hombre de palabra.

—Uno que va a aceptar la mujer de otro como pago —le echó en cara

secándose las lágrimas.

—No me interprete mal. Ya obtuve el permiso de su marido para tenerla, ahora planeo conquistarla.

Antoinette alzó las cejas sorprendida, ya sin lágrimas, interesada en la conversación.

—No me mire así. No vine aquí con intenciones de tomarla por la fuerza.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llama a venir a reclamar su deuda con mi persona como parte del pago? ¡Una mujer a la que acaba de comprar! ¿Qué clase de hombre haría eso? —se quejó con sarcasmo.

—No soy un monstruo. No he venido a reclamar ningún derecho. Me gustó en cuanto la vi. Y cuando tuve la oportunidad de poder cortejarla con libertad la tomé. Este papel le permite a usted sentirse libre para rehacer su vida a su gusto.

—¿Rehacer mi vida? ¡Mi vida está deshecha! ¡No creo que pueda recomponerla! ¡Hasta me han ofrecido trabajar en un burdel! —exclamó con desesperación.

—No acepte, *madame*. Es hermosa y no tiene necesidad de venderse. Yo puedo ocuparme de usted —se movió sobre el sofá hasta quedar a su lado y le tomó una mano entre las suyas.

—¿Y eso no sería lo mismo que trabajar en un prostíbulo? Sólo que una prostituta para un cliente exclusivo —murmuró con desprecio retirando su mano con brusquedad.

—Yo no lo vería así, sino como un arreglo especial. No es lo mismo acostarse con muchos hombres en una noche que con uno solo. Yo jamás la trataría como a una prostituta.

—¿Y cómo qué me trataría? —entró en el juego con una mirada cargada de desprecio.

—Como a una delicada obra de arte. A la que hay que cuidar, admirar, sacar brillo y disfrutar —explicó volviendo a tomarle la mano y frotando un

dedo con suavidad sobre los nudillos. Esa vez ella no la retiró, y él continuó —. Yo la pondría en un pedestal y además me haría cargo de todos sus gastos.

—Necesito pensarlo. No puede llegar aquí con semejante propuesta y esperar obtener una respuesta de inmediato.

—No, la comprendo. Pero quiero asegurarme de que piense con la necesaria motivación, más allá de saber que recuperaría su nivel de vida y ya no estaría en una casa despojada, imagino que porque se vio obligada a vender casi todo.

Antoinette bajó la vista avergonzada. A pesar de la poca luz que los iluminaba, él vio las mejillas enrojecidas.

—No debe avergonzarse, no ha sido culpa suya. Déjeme que me ocupe de revertir esta situación —insistió.

—Ya le dije que debo pensarlo.

—Lo entiendo, pero piénselo con la cabeza y con el corazón. Una mujer tan bella como usted no puede vivir así —dijo haciendo un gesto con la mano a su alrededor—. Permítame ofrecerle una vida de princesa.

—Pero esa vida tiene un precio —murmuró reticente.

—Sí, uno que creo que podría interesarle pagar, si me deja probárselo.

Al terminar de hablar su cara estaba muy cerca de la de Antoinette. Sólo le faltó moverse unos pocos centímetros para alcanzar su boca y cubrirla, sin soltarle la mano, a la que transmitió un apretón y entrelazó los dedos con los suyos mientras la besaba.

Antoinette descubrió una boca demandante, con labios gruesos que buscaban los suyos para moverlos y abrir paso a una lengua inquieta. Le sorprendió que su boca reaccionó con vida propia y no rechazó esos besos, sino que los acompañó.

*¿Qué estoy haciendo?*, se preguntó sin dejar de besar a ese hombre desconocido. *Hago algo que me gusta*, se respondió casi en el mismo

instante. Y se dejó llevar por sus emociones. Disfrutó de los designios de esa boca cálida y dominante, que la llevaban a un mundo desconocido, en el que su piel se erizaba y su estómago se contraía. Eso nunca le ocurría con los besos de Jules.

Intentó apartar a su marido de su cabeza, recordar la rabia que él le provocaba no la ayudaba a relajarse para disfrutar del momento. Con los ojos cerrados, no había visto que las manos de Mariani se alzaban hasta su nuca. Advirtió los dedos firmes escurriéndose entre sus cabellos para sujetarle la cabeza y aumentar la intensidad del beso. Sintió que ríos de lava corrían por sus venas, una sensación maravillosa que le quitó el aliento. Quería más. Pero justo en ese momento él se apartó.

—No quiero presionarla por una respuesta ahora, pero por lo que me muestra su respiración, tan agitada como la mía, este acuerdo podría ser muy agradable para ambos. La dejaré a solas para que lo piense, pero antes me despediré como corresponde —finalizó la frase al oído de ella para luego besarle el lóbulo de la oreja, descender por el cuello y llegar al escote, donde besó las cimas de los pechos. La lengua de él hizo arder su piel y Antoinette deseó que él la besara con más fuerza, pero tuvo que reprimir el anhelo. Contuvo las ganas de pedirle que se quedara cuando él la abrazó y la estrechó junto a sí, lo que le permitió sentir su aroma, mezcla del humo con deajo a sándalo de algún cigarro y una intensa colonia masculina.

Él se apartó y por unos momentos ella se quedó observándolo bajo el tenue brillo de la vela. Vio deseo en los ojos de él. Vio placer en esos labios húmedos. Vio un futuro diferente al que había soñado, pero también vio una salida a su difícil situación.

—Lo pensaré. Venga mañana por la noche y le daré una respuesta —anunció tratando de mostrarse distante. No quería ceder con tanta facilidad, aunque dentro de sí sabía que ese hombre le gustaba y que no le molestaría convertirse en su amante, si con eso resolvía su futuro—. Buenas noches —

dijo poniéndose de pie y disimulando el huracán que él había provocado en su interior.

Octavio Mariani se levantó con un suspiro y se dirigió a la puerta en absoluto silencio. Recién cuando la hubo abierto se volvió para decirle:

—Estoy conteniendo las ganas de tomarla ahora mismo, sobre ese sillón. Pero creo que me estoy equivocando, porque todo anticipa que será un encuentro memorable. Imagino su cuerpo temblando junto al mío, la pasión que se apodera de nosotros... Su boca pidiéndome más.

Antoinette escuchó sus propios latidos acelerados dentro del pecho. *¿Qué me ocurre? ¿Por qué me altera lo que dice este hombre? ¿Por qué quiero que se quede?*, se preguntó con desesperación. Y antes de poder responderse a sí misma, extendió una mano hacia él.

—No se marche.

—Creo que sería conveniente que me llames por mi nombre, soy Octavio —dijo obedeciéndola y acercándose para hablarle muy cerca—, muy pronto lo gritarás entre tus gemidos cuando te haga mía.

Antoinette tembló expectante. El portazo que él dio con el pie mientras se quitaba la chaqueta no logró robar intensidad a lo que esas palabras le provocaron. Observó al extraño de cuerpo musculoso que se estaba sacando la camisa en su sala. Era muy alto y sus poderosos brazos le provocaron una extraña sensación: se imaginó abrazada por él y no pudo evitar la oleada de deseo que la recorrió. Pero él no le dio tiempo para que imaginara nada más. La hizo sentir desde el primer momento. En cuanto arrojó la camisa al piso dio unos pasos hacia ella y la atrapó entre sus brazos. Antoinette se vio reflejada en esos llamativos ojos oscuros que la observaron con fuerza apenas unos segundos antes de que él la besara. La intensidad del beso la hizo bajar sus propios párpados para perderse en lo que sentía. Esa boca encerraba poderes mágicos. Tenía el don de hacerla desear que el beso se prolongara por siempre. No quería que terminase nunca. La lengua de él la invadía, la

recorría, invitaba a la suya a compartir un baile frenético que la enloquecía y encendía todos sus sentidos. Las sensaciones abrasaban su piel. Cuando los dedos de Mariani la rozaron debajo de la oreja se sintió arder. Echó la cabeza hacia atrás e inspiró con profundidad. Él aprovechó la pose para recorrerle todo el costado del cuello con la boca mientras sus brazos detrás de la espalda de ella la llevaban hacia adelante para pegarla a su pecho. Antoinette gimió ante el contacto.

—Si esto te gusta, espera a que nuestras pieles se toquen —exclamó él con voz grave junto a su oído, y enseguida comenzó a desprenderle la blusa. En pocos minutos estaba en el piso junto a la camisa de él, encima cayeron su corsé, su camiseta de batista y su falda de lana junto con las enaguas que le daban forma. Tampoco quedó en su sitio la ropa interior. Mariani la dejó desnuda por completo y se alejó un paso para observarla mejor—. Bellísima, tal como había imaginado.

Para su sorpresa, a Antoinette le fascinó la sensación de ser estudiada y evaluada por ese hombre. La excitaba la admiración que descubría en su mirada. Le gustaba gustarle.

—Yo también quiero verte desnudo —se animó a decir con osadía, tuteándolo por primera vez.

La sonrisa de satisfacción de Mariani le dijo que estaba ansiando por ese pedido. Con rapidez se quitó los zapatos, las medias, el pantalón y los calzoncillos. Antoinette contuvo la respiración al verlo dejar caer a un lado la última prenda. Estaba desnuda frente a un desconocido en la misma situación y eso hacía arder su sangre. Aunque sabía lo que vendría, no se animaba a seguir. Se mordió el labio esperando un gesto de él mientras lo observaba con gusto. No tuvo que esperar demasiado. Octavio Mariani estaba disfrutando de ese encuentro con la francesa a quien había deseado desde la visita anterior. Se deleitaba observando su cuerpo glorioso, de caderas anchas y senos llenos, ansiando el momento de tomarla, hasta que decidió que ya lo había

postergado demasiado. Acortó los pasos que los separaban y continuó avanzando hasta acorralarla contra la pared. Allí la envolvió en un poderoso abrazo mientras su boca volvía a cubrir la de ella. La unión provocó chispas entre ellos. Antoinette sintió la poderosa erección de Mariani contra el final de su vientre y las manos de él sobre su trasero. Hasta que de manera sorpresiva él la obligó a girarse y quedar de cara a la pared. La agitada respiración de él sobre su nuca aceleró la de ella también. Una de sus manos se deslizó hacia adelante para recorrerle su zona más íntima. Cuando sus dedos encontraron la humedad que manaba de ella, exhaló con fuerza.

—Sí, estás empapada, tal como lo esperaba, como me gusta —afirmó y desde atrás guio su miembro con cuidado para abrirse camino en la suave carne de ella y empujó con las caderas hacia adelante. Atrapada entre la pared y él, Antoinette disfrutó de la sensación. Estiró los brazos hacia arriba y a medida que él se movía se pegó más y más a la madera, recorriéndola con las manos, buscando sin suerte de dónde agarrarse en medio del poderoso vaivén que la sacudía. Lo único que pudo hacer fue extender los brazos hacia atrás y sujetarse de la nuca y el cabello de él—. ¡Sí! ¡Agárrate de mí! ¡Tómame todo! —exclamó perdido en poderosas emociones.

Cuando Antoinette creía que su cuerpo no soportaría más tan exquisita tortura, Mariani la sorprendió: salió de ella para tomarla entre sus brazos y llevarla hasta el sillón.

—¿No te gustaba lo que hacíamos? —preguntó extrañada.

—Sí, mucho, pero todo siempre puede ser mejor. Y como antes dije que iba a tomarte en este sillón, eso haré —anunció seguro de sí mismo.

A Antoinette le gustó la confianza que él transmitía. Volvió a entregarse a sus deseos, apostando a que no se arrepentiría. Y no se equivocó. Mariani demostró ser un experto amante. La apoyó en los almohadones y se ocupó de alzarle las piernas, con los talones sobre sus propios hombros, antes de colocarse encima de ella. Desde esa posición descendió impetuoso

doblándola y Antoinette gimió de placer. La respuesta de ella lo enardeció y Octavio pasó a moverse con más velocidad. Se retiraba para volver a empujar una y otra vez. Ante cada movimiento Antoinette sacudía la cabeza y se retorció, a punto de explotar, lo que lo hizo exclamar:

—Sí, sigue así, goza de mi cuerpo, disfruta y déjame sentirte —exclamó y volvió a sumergirse en ella mientras con una mano le acarició la zona alrededor de donde entraba su miembro. Antoinette cambió sus gemidos por un profundo grito gutural, al mismo tiempo que su cuerpo se estremecía debajo de él, acompañándolo en sus intensas sacudidas.

—No exclamaste mi nombre pero sí gritaste, me conformo con eso en esta primera vez —repuso soltando el aliento tras caer a su lado.

—Lo siento, nunca había gritado antes en una situación así —se avergonzó.

—No lo sientas. Imagino que lo hiciste porque te gustaba mucho lo que sentías, ¿me equivoco? —preguntó con suavidad, sin vanagloriarse y sin burla en su tono.

—Salió solo, el sonido escapó de mi garganta. Creo que fue por eso y porque me asusté.

—¿Por qué te asustaste?

—Porque nunca había sentido algo así. No sabía que mi cuerpo encerraba esos sentimientos.

—Me alegra haber liberado lo que se ocultaba dentro de ti. Tienes una gran sensualidad.

—Lo acabo de descubrir —reconoció sin pudor.

—Nunca suelo preguntar a una mujer en qué piensa en momentos como este, pero contigo me surge una enorme necesidad de saber: ¿qué ideas cruzan tu mente? ¿Te arrepientes de lo que acabamos de hacer? ¿Aún estás dispuesta a aceptarme en tu vida?

Antoinette pensó unos momentos. Era casi un extraño. Esa era apenas la



segunda vez que lo veía, pero se sentía muy cómoda en su compañía, como si lo conociera desde siempre, como si quisiera quedarse a su lado para siempre. *Siempre es una palabra muy engañosa, creo que ya debería haberlo aprendido*, se recriminó a sí misma.

—Son demasiadas preguntas, que puedo resumir a partir de una sola idea: que esto que hicimos es tan hermoso que no puede estar mal, no me arrepiento y quiero volver a hacerlo. Creo que no es necesario que diga que voy a aceptarte: ya lo he hecho, mi cuerpo ha hablado por mí.

Octavio rodó para quedar encima de ella, apoyado en sus codos, y mirarla a los ojos azules. Le clavó con fuerza sus pupilas oscuras.

—Has tomado la mejor decisión, francesita. Te aseguro que no te arrepentirás.

El apodo con que él acababa de llamarla le había molestado la primera vez que lo escuchara, de manera casi despectiva. Pero en ese momento, cargado de sensualidad, le provocó un escalofrío. Llevó las manos a la nuca de él para atraerlo hacia sí y besarlo con intensidad. Sin duda el preludio de un nuevo encuentro.

*Octubre de 1892*

Octavio Mariani no era un hombre como todos. Desde muy chico había tenido un carácter poderoso que lo impulsaba a luchar por lo que quería y hacer lo imposible por vencer en el intento. Así fuera por la competencia de arrojar una piedra contra los vidrios de una fábrica junto con sus amigos en la calle o la conquista de la muchacha más bonita a quien robarle un beso cuando la chaperona no miraba, él no se detenía ante nada; siempre alcanzaba su propósito. Y desde que posara sus ojos en la esposa de Jules Marchall había decidido que la conquistaría de una forma u otra. Que el hombre fuese tan tonto como para firmar aquel papel sólo había acelerado los pasos, se decía Octavio a sí mismo. Estaba seguro de que hubiese conquistado a la francesa de cualquier manera. Siempre conseguía lo que se proponía. Su fortuna era prueba de ello. Había llegado a ese país con veinte años, los bolsillos vacíos y una valija llena de esperanzas. En ese momento, a punto de cumplir treinta y seis, era un empresario próspero, con una vida que muchos envidiaban. Su padre había sido orfebre, dueño de un taller de platería en su Cataluña natal, y desde chico él se había dedicado a trabajar pequeñas piezas, objetos delicados. Cuando creció y decidió marchar a América en busca de un mejor destino, sus conocimientos le permitieron conseguir un empleo

como ayudante de un joyero. En la ciudad de Buenos Aires se necesitaban unas manos talentosas como las suyas y el viejo Salmonetti lo había contratado. Al poco tiempo, el anciano murió y su viuda puso a Octavio al frente del negocio. Él decidió expandirse y agregó el servicio de relojería en el taller. La idea funcionó y en pocos años ganó una enorme clientela nueva. Agradecida y enferma, la viuda del joyero le permitió casarse con su hija, a pesar de que el joven había llegado a su casa mucho antes como un inmigrante pobre. Esa boda fue el espaldarazo que él necesitaba. Tras la muerte de su suegra Octavio hizo realidad lo que el público ya llevaba adelante en la práctica: puso su propio nombre al negocio. La joyería y relojería Mariani continuó creciendo. Tan grande llegó a ser su fama que algunos clientes, además de crédito para pagar las joyas, empezaron a pedirle préstamos de dinero. Y así Octavio continuó expandiéndose como prestamista. Su instinto por crecer, por perseguir siempre nuevas metas, lo había llevado muy lejos, pero eso no le alcanzaba: en esos días estaba en tratativas con las autoridades para abrir un banco propio.

Empujado por su ímpetu innato, se había cruzado en su camino Antoinette Marchall. Y Octavio no sólo había conseguido tenerla, como todo lo que se proponía, sino que además se había enamorado de ella. Contra los pronósticos de sus amigos, esa mujer había logrado romper las barreras de su corazón. Cosa que la sumisa esposa de Octavio no había conseguido. La muchacha le había dado cuatro hijos y atendía sus demandas en el lecho cada vez que él la solicitaba, pero no compartían risas ni intimidades. No conocían la felicidad de las almas afines ni tenían nada que los uniera, excepto el negocio. Por eso Octavio se permitía coquetear libremente, como muchos otros *dandies* de su círculo social.

Al conocer a la esposa de aquel francés deudor había sentido una fuerte atracción, y aunque no había estado en sus planes enamorarse, no había podido evitar quedar atrapado por Antoinette. Sus miradas, sus risas, su voz,

su cuerpo. Su presencia lo complementaba. Necesitaba de ella para ser feliz y se lo demostraba de mil maneras. No sólo le regalaba joyas y vestidos, había redecorado su departamento y se ocupaba de sus cuentas, sino que la visitaba a diario. Cenaba con ella todas las noches platos exquisitos preparados por una cocinera, luego la amaba durante horas, se dormía a su lado y se marchaba cada amanecer.

Cuando Antoinette le había reclamado por esa fría costumbre debió confesarle que tenía una esposa y una familia esperándolo en su hogar. Eso había generado la primera pelea entre ellos.

—¿Casado?! ¿Por qué no me lo dijiste antes? —le preguntó enojada.

—Porque no creí que fuese importante. Tú también lo estás.

—¿Pero es diferente! Tú lo sabías desde un principio.

—No es diferente. Yo no amo a mi esposa, como sé que tú no amas a Jules. Es utópico pensar que la gente se casa por amor. Hay muchos otros motivos más válidos, como los negocios o la supervivencia. El amor no va de la mano con el matrimonio. En cambio sí está relacionado con la felicidad. Porque lo que tú me das cada día, cada noche, en cada momento que pasamos juntos, es felicidad generada por nuestro amor. Lo que recibo de mi esposa es tan solo la rutina de ver crecer a nuestros hijos. Es lo único que me une a ella.

—¿Quiere decir que si pudieras la dejarías y te casarías conmigo? —preguntó dominada por un ataque de romanticismo y con necesidad de que él mimara su ego. Aunque Octavio no supo interpretarla.

—No, no lo creo. Para mí el amor y el matrimonio no van de la mano. No necesito un papel oficial para ser feliz a tu lado. ¿Anillos? Ya te regalado muchos, si quieres puedo darte uno que simbolice un compromiso —respondió con estricto sentido común, pero al ver la cara de desilusión de ella se corrigió—. Para mí es más importante lo que sentimos. Nada, ningún formalismo ni artilugio legal puede modificar eso. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí, porque yo también te amo y lo único que me importa es que

estés a mi lado —respondió con un mohín que fruncía su boca.

—Si te pones así no me dejas opción: tendré que besarte para que tus labios vuelvan a su forma habitual —pronunció con voz grave mientras se acercaba a ella para atraparla en un beso que los llevaría a amarse una vez más, como cada vez que se encontraban.

Después de eso la relación había funcionado sin roces durante más de un año. Hasta ese día.

Antoinette estaba terminando de ponerse el sombrero para salir. Planeaba encontrarse con Octavio en la confitería Las Violetas, llamada así por las plantas que cubrían las veredas de la esquina donde se ubicaba en la época de la inauguración. El lugar estaba bastante alejado del centro, en una zona de quintas y residencias, y esperaban encontrar tranquilidad allí para disfrutar de un café con masas de estilo francés. Salió de su edificio y caminó para buscar el *tramway* que la llevaría por el Camino Real hasta su destino, pero apenas pudo caminar una cuadra cuando alguien la detuvo tomándola del brazo. Se dio vuelta sorprendida, sin esperar que quien la sujetara fuese nada menos que su marido.

—¡Jules! —fue todo lo que pudo pronunciar. La catarata de emociones que había acumulado durante su ausencia parecía haberse esfumado. Había pensado muchas veces qué decirle si alguna vez volvía a verlo, pero ninguno de esos insultos acudía a su boca en ese momento.

—Sí, yo, querida. ¡Me alegra tanto verte! —pronunció contento e intentó abrazarla, como si fuese un encuentro cotidiano. Lo que provocó la ira de Antoinette.

—¿Qué haces? ¡No me toques! ¿Cómo se te ocurre volver después de tanto tiempo sin noticias y tratarme como si te hubieses marchado ayer? ¿Acaso sabes el infierno en que se convirtió mi vida tras tu huida?

—No lo llares huida...

—¿Y cómo quieres que lo llame? ¡Eso es lo que fue! Huiste de tus deudas

y me abandonaste.

—No te abandoné, podías recurrir a Rocamora. Yo he vuelto a trabajar con él.

—Lo hice. Seguí tu recomendación, ¡y tu querido padrastro me ofreció convertirme en prostituta!

—Lo siento, no esperaba eso —murmuró compungido, pero no la calmó sino que la envalentonó para continuar.

—¡Y además me regalaste! ¡O vendiste! Ni siquiera sé cómo llamar la horrible actitud que tuviste, ¡no soy una cosa y no te pertenezco! ¡Tú no puedes decidir mi destino!

—También me arrepiento de aquello, me di cuenta de que lo que hice estaba mal. Por eso he venido: para pedirte perdón, te extraño, quiero que regreses conmigo.

—¿Regresar? ¿Regresar a dónde? Yo sigo en nuestra casa, fuiste tú quién se marchó.

—Quiero decir que busco que me perdones, quiero volver a vivir contigo.

—No, Jules, eso es imposible. Nuestro matrimonio se terminó cuando me utilizaste para pagar tus deudas —afirmó con frialdad.

—Pero yo sigo siendo tu marido. Tú vives en mi casa. Tengo derecho a regresar.

—¿Ah, sí? ¿Acaso te ocupas de pagar las cuentas de esa casa? Si por ti fuera, yo estaría en la calle desde hace rato. Ya no tienes ningún derecho a reclamar nada.

—Eres mi esposa, Antoinette. He pensado en ti cada día que estuvimos separados.

—Pues debes saber que yo también pensaba en ti al comienzo de tu ausencia. Lloraba porque no podía entender cómo te habías desecho de mí y destrozado nuestro amor. Pero esos días quedaron muy lejos. Ya no pienso en ti ni siquiera para odiarte. Y ahora que te veo, sólo me das pena.

—Bueno, si no me odias y al menos te doy pena ya es algo. Te advierto que no me quedaré de brazos cruzados, lucharé para recuperarte. Tu corazón volverá a ser mío.

—Eso es imposible, mi corazón ya tiene otro dueño.

—No me importa, lo desterraré y volverás a amarme.

—Perderás tu tiempo, Jules —concluyó con una mirada que mezclaba desafecto e indiferencia.

—Lo intentaré de todos modos, y si no me aceptas recurriré a la justicia. La ley está de mi lado, señora Marchall.

—No me llames así —se estremeció al escucharlo.

—¿Por qué no? Ese es tu nombre, ¿o acaso ya no lo utilizas?

—Sí lo utilizo, por una cuestión legal no puedo quitármelo, pero no me gusta cuando tú lo pronuncias. Suena a burla.

—No es burla, es la realidad. ¡Eres mi esposa! Y quiero recuperarte, recuperar lo que teníamos.

—No hay nada para recuperar. Lo nuestro terminó. Ahora vete, estoy apurada.

—Me marcharé porque no quiero que te enfades, quiero que me veas con buenos ojos. Pero regresaré.

—No me amenes.

—No es una amenaza, es una promesa —le dijo y tomó una de sus manos para intentar besarla, pero ella la retiró antes de que alcanzara su boca y se dio vuelta sin decir nada más.

La noticia del regreso de Jules hizo que Octavio Mariani ardiera de rabia en su interior pero se controló y no lo demostró para no alterar más a Antoinette, que no había podido evitar las lágrimas mientras se lo contaba en la confitería.

—Tranquilízate, querida. Él no puede obligarte a regresar a su lado.

—Dijo que sí puede, que la ley lo apoya.

—Eso es cierto pero no del todo.

—¿Qué quieres decir?

—Que él te abandonó.

—Pero ahora dice que quiere regresar. ¿Yo puedo rechazarlo?

—No lo sé, pero lo averiguaré. Me encargaré de resolver este asunto con mi abogado. Tú ya no te preocupes más.

—¿De verdad lo harás por mí? —la pregunta cargada de esperanza lo conmovió.

—Por supuesto, ¿acaso dudas de lo que te prometí? Dije que iba a cuidarte siempre y eso hago. Ahora olvídate de ese mal nacido y vamos a disfrutar de estas masas. Tienen un aire francés por el relleno con *chantilly*, y mira esa ensaimada de mi tierra con crema pastelera, pero también ese dulce de leche es una tentación local que debemos saborear ahora, mi querida. Anda, prueba algo. Quiero que alegres tu bello rostro.

—Gracias. Gracias por ocuparte de mí.

—No debes agradecerme. Sólo quiero que sonrías desde el corazón y que me ames. Eso me basta para ser feliz.

A Antoinette le costaba creer que su suerte hubiese cambiado. Octavio era todo para ella. Lo amaba con toda su alma. Su corazón se aceleraba a su lado y latía con más fuerza cada vez que pensaba en él. Pero además de eso sentía que finalmente podía relajarse y dejarse cuidar por un hombre. Lo que siempre había soñado. Le daba miedo que Jules volviera para poner en riesgo esa felicidad. Intentó apartarlo de su mente para no permitir que su marido le robara ese momento precioso junto al hombre que amaba. Pero a pesar de sus esfuerzos, la tarde resultó amarga y no pudo disfrutar de las delicias que le sirvieron.



\*\*\*

La aparente tranquilidad de Octavio desapareció en cuanto dejó a Antoinette en su casa al atardecer. Le dijo que debía atender unos asuntos importantes en su negocio y que no podría quedarse, pero le aseguró que iría la noche siguiente como siempre a la hora de la cena.

Ordenó a su cochero que lo llevara hasta la casa de juegos donde había conocido a Jules. Se quedó apostando a las cartas un largo rato pero no lo encontró. Preguntó al *croupier* por él y le sorprendió saber que no lo habían visto en el lugar desde hacía meses. Quizás era cierto que se había recuperado de su vicio, se dijo con el ceño fruncido, pero eso no alteraría sus planes. Decidió ir a otro sitio donde sabía que podría encontrarlo: el burdel de lujo de su padrastra. Antoinette mencionó que él había vuelto a trabajar allí.

El mismo Rocamora lo recibió en la puerta con una amplia sonrisa.

—Bienvenido de vuelta, don Mariani. Nos tenía abandonados —lo saludó el anfitrión.

—No fue abandono, don Eladio, apenas un desvío de intereses.

—Espero que vuelva a encontrar interés en mis muchachas. Tengo algunas nuevas si desea conocerlas.

—No me refería a eso, sino a que ya no me interesa el amor ocasional. He encontrado otra satisfacción mayor en mi vida.

—Entiendo. ¿Y qué lo trae por aquí?

—Quisiera hablar con Jules Marchall. Me he enterado de su regreso.

—Si es por las deudas del muchacho, este no es el lugar para tratar el asunto, don Mariani. Le pido que no se altere la tranquilidad de mi *maison* — se anticipó precavido.

—No, eso ya ha sido resuelto. Debo hablar con él de otro tema, algo personal. Y le aseguro que no habrá escándalos. Será una conversación

civilizada, un negocio entre caballeros.

Si Rocamora se sorprendió por la frase no lo demostró. Parte de su destreza al frente del negocio era su manejo de la discreción.

—Pase al bar y tome una copa —invitó señalando con el brazo el interior del salón—. Jules irá a verlo en un momento.

La charla comenzó en el bar pero al rato ambos hombres pasaron al escritorio de Rocamora. El dueño de casa los vigiló de cerca pero no pudo escuchar ni un susurro de la conversación, que se cuidaron de mantener a puertas cerradas.

Al salir se estrecharon las manos en un apretón que sugería un acuerdo satisfactorio.

Octavio Mariani se despidió de Rocamora con un gesto de la mano desde lejos y se marchó sin visitar el salón donde más de una docena de bellas muchachas reían y bailaban con elegantes hombres, como él había hecho tantas veces antes. Echó una rápida mirada y se alejó con una extraña sonrisa. Esa vida de placeres huecos ya no le interesaba.

\*\*\*

Antoinette estaba desayunando cuando la criada que Octavio contratara para que la atendiera le trajo una nota en una bandeja de plata.

La tomó con curiosidad. No solía recibir muchos mensajes dada su escasa actividad social. Todo en su vida giraba alrededor de Octavio. Las salidas, los paseos, las cenas. Iba a todos lados con él. Abrió el sobre y su boca se frunció. Jules quería verla. Octavio le había dicho que estaba fuera de su vida para siempre y ella le había creído, pero acababa de descubrir lo contrario.

Decidió no responder, a pesar del pedido de que le enviara una nota para arreglar el encuentro. Arrugó el papel y lo arrojó con disgusto sobre la mesa. La noticia del regreso de Jules le quitó el apetito. Miró el café asqueada y no tocó ni uno de los *croissants* que Octavio mandaba comprar especialmente para ella a una panadería que hacía esas delicias francesas. Esperaba que su silencio mantuviera a Jules alejado, pero no fue un intento exitoso. Dos días después recibió otra nota, esa vez a la hora del almuerzo. El tono del mensaje, más exigente que el del anterior, le provocó una intensa arcada.

—Retire la sopa de aquí —ordenó a la empleada y se marchó a su habitación enojada con Jules por su insistencia para verla. Al avanzar por el pasillo tuvo que recostarse en las paredes, invadida por un profundo mareo. Eso la hizo replantearse una posibilidad. *¿Y si no es el asco por Jules lo que me hace sentir mal? No es la primera vez en estos días, ¿podría ser un embarazo?*, se preguntó con un dejo de esperanza. Aunque hacía mucho tenía relaciones de manera continua con Octavio, nunca había tenido un atraso ni una señal de concepción. *Hasta ahora*, se dijo al hacer las cuentas sobre su ciclo. *Existe la posibilidad*, concluyó contenta. *Debo ver a un médico para estar segura antes de darle la noticia a Octavio. Iré mañana mismo.*

La visita al especialista había sido breve. Tras revisarla el médico había confirmado sus sospechas.

—La felicito, señora Marchall. Tendrá un bebé a mediados del invierno próximo.

La noticia la había colmado de felicidad, pero la forma en que se lo dijo le provocó un escalofrío. Señora Marchall. Todos pensarían que su hijo era de Jules, y Octavio no podría reconocer públicamente a su bebé. No sabía qué apellido debería llevar su hijo. Tuvo ganas de llorar ante la incertidumbre y no contuvo el llanto. Lágrimas de felicidad se mezclaron con otras de consternación ante su nueva realidad.

Tomó un coche de alquiler de regreso a su casa y durante todo el viaje mantuvo la mano sobre su vientre, de manera protectora. *No importa el apellido que lleves, hijo mío, siempre sabrás que fuiste el producto de un gran amor*, pronunció las palabras en su interior, hablándole a la pequeña criatura que llevaba dentro como si pudiera escucharla y continuó la charla durante todo el trayecto. Al llegar estaba de buen ánimo, pensando en cómo le daría la noticia a Octavio esa noche. Entró a su casa contenta, hasta que vio un sombrero en la mesita del hall de recepción. Mariani dejaba el suyo siempre en la habitación, donde se cambiaba y se ponía ropa más cómoda al llegar. Se asomó a la sala y su gesto se frunció ante las volutas de humo de pipa que anunciaban la presencia de Jules.

—¿Qué haces aquí? No te invité a venir.

—Te recuerdo que ésta aún es mi casa.

—No, era la casa de una pareja que ya no existe —replicó con acritud—. Ahora vivo yo sola. Renunciaste a que fuera tu hogar cuando me abandonaste sin recursos para sobrevivir. ¿Quieres que te recuerde aquellos días?

—Mira, no vine a pelear —reconoció con un suspiro—. Lo siento si empezamos mal, permítame un nuevo comienzo para esta charla, quiero que hablemos —suplicó.

—¿De qué quieres hablar? Ya está todo dicho entre nosotros.

—Yo no pierdo las esperanzas de recuperarte —intentó mostrarse romántico con un tono meloso.

—Si viniste a hablar de eso, por favor, márchate. No es un tema abierto a discusión. Mi vida está junto al señor Mariani, creí que te había quedado claro.

—¿El señor Mariani? No lo llames así, no es un caballero, ¡es un crápula! Cree que todo se resuelve comprando la voluntad de la gente. ¡Me ofreció una buena cantidad de dinero para mantenerme alejado de ti! —exclamó exaltado, y de inmediato se arrepintió de la revelación.

—Y no tengo dudas de que aceptaste —replicó con rapidez. La mirada avergonzada de Jules se lo confirmó y Antoinette le señaló con la mano la puerta—. Por favor, vete ya. No tenemos nada para decirnos.

—¡Sí, hay algo más! ¡Descubrí que tu gran amor te engaña! ¡Está casado! —reveló con intenciones de hacerle daño.

—Lo sé —respondió ella sin inmutarse.

—¿Lo sabías? ¿Y no te molesta? —se sorprendió—. Está unido ante la ley a otra mujer.

—Los papeles no unen. Yo también estoy casada y eso no hace que me sienta unida a ti —explicó con naturalidad—. ¿A eso has venido? Para intentar predisponerme en contra del hombre a quien amo. ¡Márchate con tus patéticos trucos y ya no vuelvas, por favor! —insistió.

La expresión sombría de Jules indicaba que lo había entendido. Había mostrado su última carta y perdió. Como jugador experimentado sabía cuándo era la hora de retirarse.

—Adiós, Antoinette. Me voy por ahora, pero regresaré por ti. Siempre regresaré.

Agotada por la conversación, buscó relajarse con un baño caliente. Le pidió a la empleada que le preparara la tina y se fue a su habitación a desvestirse.

Apenas se había sentado en el agua caliente cuando la sorprendió la puerta que se abría sin que nadie llamara.

—¿Ocurre algo? —preguntó creyendo que era la criada.

—¿Un baño a esta hora? —la sorprendió la voz de Octavio.

—*Mon amour!* ¡Qué hermosa sorpresa! Estaba pensando en ti.

—¿De verdad? ¿Y qué pensabas?

—En cuanto te extraño aquí sola todo el día. Espero con ansias la hora de tu llegada cada noche.

—Y hoy te sorprendí llegando antes de lo previsto —respondió con un

tono que sonó extraño pero ella no llegó a interpretar.

—Es cierto, es temprano, pero es mejor así. ¡No me aguanto las ganas de contarte algo! Espera a que salga del agua, quiero decírtelo frente a frente. ¿Me alcanzas esa toalla, por favor?

Obediente, Octavio desplegó la toalla frente a la tina y envolvió en ella el cuerpo empapado de Antoinette.

—Gracias —dijo mientras terminaba de secarse y metía los brazos dentro de las mangas de una bata de seda bajo la mirada atenta de él.

—De nada —respondió con sequedad.

—¿Te ocurre algo malo? —preguntó inquieta, no quería que nada opacara su noticia.

—No —aseguró con la palabra lo que negaba con su actitud—, dime de qué querías hablar.

—Fue una gran sorpresa para mí, porque después de tanto tiempo sin novedades sobre este tema pensaba que yo tendría algún problema y hasta estaba resignada, me había acostumbrado a la idea de no tener niños, pero a la vez al recibir la confirmación me invadió una alegría inmensa.

—¿Niños? ¿Qué estás diciendo? No comprendo.

—¡Que estoy embarazada! —exclamó con alegría.

—¿Y se puede saber de quién?

Ella esperaba un abrazo o al menos una sonrisa, por lo que la pregunta cargada de desprecio fue como un cachetazo.

—¿Cómo que de quién? —preguntó con la voz temblorosa.

—¡Sí! ¡Quiero saber quién es el padre del niño que esperas! Aunque creo que lo sé: hoy llegué antes de lo esperado y vi a Jules saliendo del edificio. ¿Desde hace cuánto que es tu amante? ¡O quizás siempre lo fue! Él te visita cada tarde cuando no estoy, ¡y yo sólo soy el tonto que te mantiene! Ambos están juntos en esto, ¡me han engañado!

Antoinette sintió que la sangre abandonaba su rostro, un revoltijo en su

estómago le indicó que estaba a punto de vomitar o de desmayarse, pero no podía permitirse ninguna de las dos cosas. Con esfuerzo controló las señales de su cuerpo y caminó para sentarse en el borde del lecho. Sujetándose de una de las columnas del baldaquino logró tomar aire para hablar.

—Si no retiras lo que has dicho te pediré que te marches y no regreses nunca. Sabes que este niño es tuyo y de nadie más. Me ofendes con cualquier otra suposición —anunció con toda la frialdad que fue capaz de expresar controlando la ardiente rabia que rugía en su interior. Pero eso sólo exacerbó la desconfianza de Mariani.

—¿Y me lo dices así tan tranquila?

—Es la verdad, es la única forma en que puedo decirlo.

—¡No te creo! ¡Es una verdad de morondanga! ¡Una mentira!

—Tus acusaciones me hieren, Octavio —remarcó para intentar hacerlo razonar, pero él estaba enceguecido por los celos.

—¡Tu traición me hiera más!

—No te he traicionado, en el último año sólo me he acostado contigo. ¡Si no me crees, márchate! Si no tienes conciencia y responsabilidad, déjame sola y tu hijo morirá de hambre. No estoy contigo por interés, ¡estoy a tu lado porque me enamoré!

—Me cuesta creerte ante lo que acabo de ver.

—¿Qué viste? ¡Nada! ¡Porque no ocurrió nada! ¡Jules salió de aquí porque lo eché!

—Eso dices tú. Lo que yo vi fue a tu amante... ¡No, digo mal! ¡En realidad es tu marido! Tu marido que salía de una visita conyugal, tras la cual te sumergiste en la tina para quitarte su perfume antes de que yo llegara.

—Estás loco, crees en la historia que tú mismo has inventado. No tengo nada más que decir, ¡vete! —gritó y se tapó los ojos con los puños en un intento desesperado e inútil por contener el llanto, que estalló en cuanto escuchó el portazo de salida de Octavio.

La puerta cerrada detrás de sus pasos no volvió a abrirse, como ella deseaba con todas sus fuerzas. Eso le marcó que estaba sola otra vez. Y además con un niño en camino.



*Julio de 1893*

La nueva contracción le arrancó un grito desde las profundidades de su cuerpo que Antoinette no pudo evitar. Llevaba varias horas sufriendo intensos dolores. Sabía que era normal, que los nacimientos cargaban un gran padecimiento para alcanzar la felicidad máxima que acarrearía la llegada de una nueva vida al mundo. Pero una cosa era saberlo y otra sentirlo. Cada espasmo parecía partirla al medio. Dolía tanto que le costaba respirar.

Había mandado a la criada llamar por teléfono, ese novedoso invento para comunicarse con el que contaban las casas más pudientes, para avisar al padre de la inminente llegada del bebé, pero todavía no habían tenido noticias de él.

—Aguante, querida, aquí viene otra. Respire con fuerza, vamos, otra vez, así.

Las órdenes de la comadrona no ayudaban demasiado. Su voz chillona, lejos de tranquilizarla, la alteraba, pero era su única compañía en ese atardecer de invierno plagado de sufrimiento y esperanza, encadenados uno al otro.

—Ya no puedo más, llevamos muchas horas, ¿cuánto falta?

—No puedo asegurarlo. Cada nacimiento es diferente. El bebé está en la

parte alta, pero puede bajar en cualquier momento. Sólo resta esperar.

Una nueva contracción le impidió responder. Antoinette jadeó como le indicaba la mujer, pero eso no la alivió. El sufrimiento continuó durante varias horas en las que deseó morir para acabar con semejante tortura. Nunca había sufrido tanto en sus veintisiete años. Agotada y al límite de sus fuerzas, finalmente en un doloroso espasmo sintió que el niño salía de su cuerpo. Poco después un llanto le dijo que su hijo tenía vida.

La comadrona anunció contenta:

—Es una niña y está sana. La felicito, fue un parto difícil.

—Quiero verla —pidió.

—En unos instantes, primero debo ocuparme del cordón y limpiarla un poco —explicó mientras hacía lo que iba diciendo—. Listo, aquí está. Tiene el rostro enrojecido pero eso es normal, se le pasará en unos días. Hasta entonces será difícil saber a quién se parece —explicó la charlatana mujer.

Cuando la tuvo en sus brazos, Antoinette sintió de inmediato una intensa ola de calor. Una nueva sensación recorrió su cuerpo para terminar en incontables lágrimas de felicidad. Las enjugó de prisa para poder volver a enfocar su vista en la pequeña. No quería dejar de verla ni un segundo. *Es igual al padre*, fue lo primero que pensó al ver la nariz respingada y los rasgos marcados, y aunque eso la perturbó, reforzó su amor.

—*Ma petite*, mi vida, mi pequeña delicia, mi gloria, mi dicha. Mi todo.

No dejaba de repetir palabras en ese lenguaje extraño para los demás que sólo entienden una madre y su hijo y con el que van construyendo un vínculo irrompible.

—El señor acaba de llegar —avisó la criada asomándose tras un breve golpe en la puerta.

—Deme unos momentos más, falta salir la placenta. En diez minutos podrá pasar —respondió la comadrona, acostumbrada a dar órdenes, y Antoinette lo agradeció en su interior. Quería tener a su hija un rato más con ella antes de

compartirla con alguien. Continuó observándola, recorrió su carita con las yemas, le tomó una manito y lo sorprendió que se agarrara con fuerza a su dedo. Eso le hizo soltar una carcajada.

—Sí, puede reír, señora. Lo merece después de las largas horas que ha sufrido. Bien, ya está. Iré a decirle a su marido que pase —anunció y salió de la habitación.

Cuando la puerta volvió a abrirse, Antoinette no pudo evitar soltar un alarido.

—¡Jules! ¿Qué te ocurrió? —preguntó al ver la chaqueta de un tono claro que llevaba ensangrentada en el hombro y el pecho.

—La revuelta, hay hombres armados en las calles. Y quedé en medio de sus balas, pero ya me han curado la herida, no es grave, sólo un rasguño. En cuanto me saque esta ropa ya ni lo notarás —dijo y se quitó el saco con rapidez para arrojarlo al suelo. La camisa oscura que tenía debajo disimulaba un poco más el color de la sangre, ofreciendo un mejor aspecto.

—¿Qué revuelta? ¿De qué hablas?

—Los de la Unión Cívica Radical, que intentan otra vez derrocar al gobierno, han tomado el control de muchos pueblos y acaban de levantarse también aquí en la Capital. Esta vez parece que vamos a ganar.

—¿Vamos...? Tus amigos del colegio otra vez —lo acusó en tono crítico—. Debes apartarte de ellos, son peligrosos. ¡Mira cómo estás! Casi te pierdes el nacimiento de tu hija.

—¿Es niña? —preguntó con interés, fijando la atención en el bulto de telas que Antoinette tenía entre sus brazos.

—Sí, y es muy hermosa.

—¿Fue difícil traerla a este mundo? —preguntó al acercarse a verla.

—Bastante, pero valió la pena.

—Gracias, gracias por tanto trabajo para regalarme un hijo, aunque sea niña. Ya tendremos tiempo para crear un niño más adelante.

Antoinette no dijo nada, entendía la devoción de los hombres hacia los herederos de su mismo género. Jules estaba en su derecho a anhelar un varón. Especialmente porque él creía que ese bebé era suyo.

La noche en la que Octavio se marchó dejándola sola Antoinette no había pegado un ojo. No estaba dispuesta a implorar su perdón por algo que no había hecho. Nunca lo había traicionado. Si él no quería a su hijo, no iba a mendigar por su amor.

Después de varias horas de vueltas en la cama tuvo que reconocer que su orgullo no iba a alimentarlos a ella y al bebé. Necesitaba hacer algo para resolver su futuro. Y tras mucho cavilar, al amanecer había ideado la solución. Jules había ido ese día con la esperanza de reconquistarla. Imaginaba que no le sería difícil tenerlo de vuelta en su vida y hacerle creer que el bebé era suyo.

Esa misma tarde había ido a verlo y le sugirió que había esperanzas para ellos. Él no desconfió sobre su cambio de opinión y en pocos días ya estaba instalado de vuelta en su antiguo hogar. Cuando Antoinette le anunció el embarazo un par de meses más tarde no sospechó que él no fuese el padre. Ese momento, al conocer al bebé, podría ser crucial.

—¿Puedo? —preguntó Jules extendiendo los brazos hacia la niña.

—Claro —afirmó y se la puso entre ellos con cuidado. Pero a los pocos instantes la pequeña comenzó a llorar y ella volvió a agarrarla.

—Lo siento.

—No te disculpes, ya la tomaré cuando deje de llorar. Y gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por darme una hija.

Antoinette sintió que sus ojos se empañaban. Él le creía. No le gustaba engañarlo, pero esa mentira le aseguraba un futuro de buen pasar a su hija. No había dudas sobre cuál era su prioridad.

—De nada —respondió con una leve sonrisa y una mano extendida hacia

él—. Elige el nombre para tu hija.

—Se llamará Faustina. ¿Te gusta Faustina Léonie Marchall?

\*\*\*

Léonie no había visto con buenos ojos el regreso de Jules junto a su esposa. Nunca le había gustado esa relación, pero tuvo que reconocer que su hijo no había seguido un buen camino alejado de ella y que desde que volvió a su lado había dejado el juego y las juergas nocturnas. Eso le permitió aceptar la idea de un acercamiento con Antoinette cuando Jules se lo impuso como condición para seguir viéndose.

—*Maman*, por favor. Para mí es importante que conozcas a tu nieta, pero no puedo traer a la niña aquí sin la aprobación de Antoinette —le había dicho al visitarla poco después del nacimiento—. ¿Podríamos intentar llevarnos bien todos, como una gran familia? ¿Acaso no quieres conocer a la pequeña Faustina Léonie? Le he puesto también tu nombre.

—Dime cómo es, ¿se parece a ti? ¿Tiene nuestros cabellos rojos? —preguntó enternecida.

—No, es castaña, pero muy hermosa. Antoinette dice que se parece a su propia madre, que era una española morena muy guapa. ¿Lo harás? ¿Vendrás a verla?

—Creo que sí —afirmó con un suspiro—. A esta altura de mi vida he aprendido que no sirven de nada los rencores. Si esa mujer te hace feliz, y por lo que veo así es, bien puedo acercarme a ella para conocer a mi nieta. Iremos.

\*\*\*

El encuentro había comenzado con mucha tensión en el aire tras las felicitaciones de rigor de la pareja mayor hacia los jóvenes padres. Enseguida Jules invitó a su madre a pasar a la alcoba para conocer a su nieta y hacia allá fueron los dos.

A solas con Rocamora, Antoinette recordó la última vez que lo había visto, cuando él le había ofrecido trabajar como prostituta, y un sabor amargo invadió su boca. No atinó a invitarle una bebida, por lo que él se la sirvió por su cuenta.

—Léonie está muy contenta con esta noticia —contó, para iniciar conversación—. Siente adoración por Jules, y calculo que la extenderá a su primera nieta.

—Esa misma nieta a quien deseó la muerte —expresó lacónica.

—¿De qué habla?

—¿No sabe que *madame* Léonie insistió para que abortara cuando se enteró de mi embarazo?

—No, no lo sabía. Y, sin ánimo de iniciar una discusión, debo decir que me cuesta creer que eso sea verdad. Ella nunca estuvo a favor de interrumpir las gestaciones cuando le ocurría a alguna de mis empleadas.

—Pues entonces quedó claro que para ella yo soy menos que una prostituta ya que me insistió para que lo hiciera. Hasta se ofreció a pagar a una comadrona ella misma.

—¿Es eso cierto, madre? ¡No puedo creer lo que estoy escuchando! —la voz de Jules tronó en su regreso a la sala, dado que había oído parte de la conversación.

—Cálmate, hijo... —comenzó a decir Léonie pero él no la dejó continuar.

—¡No me quiero calmar! ¡Quiero saber si es verdad que intentaste hacer

que mi hija no naciera! Antoinette, ¿es cierto lo que dijiste?

—He dicho la verdad. No te lo había contado porque imaginaba que saberlo te lastimaría. No lo dije ahora con la intención de que escucharas. Lo siento. Pensé que seguías en la habitación.

—La niña está dormida y no quisimos levantarla. Sólo la observamos un rato en la cuna y pensábamos regresar después. No eres tú quien debe pedir disculpas por hablar. ¿Madre?

—Perdóname, hijo. Me equivoqué. Lamento haberlo sugerido y agradezco que tu esposa no me hiciese caso. Hoy tenemos a tu bella hija con nosotros.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque creí que estaba usando el embarazo para que regresaras con ella.

—No fue así —aseguró Jules.

—Lo entiendo ahora, por eso te pido perdón. Les pido perdón a ambos. Fue un error. Por favor, ¡que mi nieta nunca lo sepa! —concluyó con un sollozo que se convirtió en un mar de lágrimas.

—Por el bien de todos, mi hija nunca lo sabrá y jamás volveremos a hablar sobre esto.

En ese momento se escuchó un llanto proveniente de la habitación y Antoinette fue a amamantar a su hija mientras los invitados se retiraban. En la tranquilidad de su alcoba, mientras la boquita de la beba se prendía a su pecho, observó con amor a esa pequeña persona que había conquistado su corazón sin restricciones. Ya desde su nido interior la conexión entre ellas había sido muy intensa. Por ella había dado una cachetada a Léonie cuando le sugirió que abortara. Y por ella se había animado a mentir como nunca en su vida. Había engañado a Jules con un asunto serio, que sabía que si algún día lo descubría no se lo perdonaría y hasta sería capaz de matarla. Pero estaba dispuesta a correr el riesgo, se sabía capaz de cualquier cosa por el bienestar de su hija. Y su enorme mentira era prueba de ello. Tras la partida de Octavio, cuando había buscado a Jules, él había acudido a su encuentro con

ansias y un resto de esperanzas.

—¿Y tu amante? —había preguntado al principio con cierta desconfianza.

—Se ha ido de viaje con su esposa, y yo me he cansado de ser su segunda opción, su juguete para algunos ratos —murmuró con un mohín de sufrimiento—. Quiero el lugar que me corresponde, el que tú me dabas —concluyó mirándolo a los ojos con la intención de conmoverlo y despertar sus recuerdos.

—¿De verdad estás dispuesta a dejar a Mariani? ¿Me aceptarás a tu lado para que nos demos una nueva oportunidad?

Antoinette había extendido una mano en el aire, que Jules no dudó en tomar. Fue el inicio de una reconciliación que los mantuvo en el lecho varios días.

A partir de entonces se había llevado bien con él. En su fuero interno le costaba perdonar el abandono anterior y que la hubiese regalado a otro hombre, y en parte justificaba con eso el engaño al que lo iba a someter. *Él me lastimó, yo no busco hacerle daño, apenas intento sobrevivir*, se dijo para justificarse, y sus escrúpulos desaparecieron.

El momento tan temido del nacimiento, cuando él hubiese podido sospechar ante la semejanza de la beba con Octavio, ya había quedado atrás. La excusa de que Faustina se parecía a su propia madre había funcionado. Como nadie la conocía, le creyeron. Esperaba que al crecer no se notara tanto el parecido de la niña con su verdadero padre. Mientras, irían viviendo día tras día.

\*\*\*

*Julio de 1894*



A pesar del frío invernal, la tarde del nueve de julio Antoinette no quiso perderse la inauguración de la Avenida de Mayo, realizada para modernizar la ciudad, copiando los modelos de las calles parisinas. Los festejos buscaban celebrar el nacimiento del país por partida doble: con el nombre del mes del primer gobierno patrio en 1810 y en el aniversario de la independencia de 1816. Una conmemoración tan especial, con desfile y orquesta en la calle, sería una fiesta y decidió asistir junto con Faustina. Abrigió a la niña y la sentó en el cochecito que le había regalado su suegra, traído especialmente de Inglaterra. Lejos había quedado el mal comienzo que había tenido la abuela ante la noticia del embarazo, Léonie estaba fascinada con su nieta. La visitaba con frecuencia y siempre le llevaba regalos, ropa y juguetes dignos de una princesa.

Fuegos artificiales estallaron en la plaza Lorea, en una de las cabeceras de la flamante avenida. La gente aplaudió un largo rato, luego comenzó a circular hacia la plaza Victoria para descubrir toda la traza con su adoquinado de pinotea, los descansos en el centro de la calle para albergar los faroles de gas sobre columnas de bronce, los suntuosos frentes de los edificios. Antoinette se sentía trasladada a París, un extraño tipo de felicidad la invadía por saber que su niña crecería en un paisaje similar al que ella había conocido en su juventud. Estaba andando empujando el lujoso carrito entre muchas otras personas, cuando vio avanzar en sentido hacia ella una cara muy familiar. Su corazón pegó un brinco. No había vuelto a ver a Octavio Mariani desde el triste día en que le había comunicado su embarazo. Distinguió su bello rostro de rasgos nítidos, tan parecidos a los de Faustina, destacándose en la multitud. Por un momento lo perdió de vista y creyó que sus caminos no se cruzarían, hasta que el gentío se abrió de golpe alrededor del coche y lo encontró justo a los pies de su niña.

Antoinette se vio obligada a detenerse porque él se quedó estático frente a ella, obstruyéndole el paso. Se mantuvo muy quieta en donde estaba, sin decir nada por varios motivos. El principal es que las palabras no acudían a su boca, quedaban atrapadas en su pecho, junto al aire que no lograba exhalar. Octavio no dejaba de mirar a la beba. Primero con sorpresa, y por momentos con emoción. Eso no le gustó a Antoinette, que intentó alejarse, pero él no la dejó.

—Es muy hermosa —afirmó con una sonrisa y una mano sobre el borde del cochecito, evitando que se movieran las ruedas.

—Gracias —logró articular con voz seca y baja.

—¿Cómo estás? ¿Cómo están ambas?

—¿Acaso te importa? —respondió recuperando la compostura—. En los casi dos años que pasaron desde tu partida no te interesaste por nuestra suerte, no creo que eso haya cambiado.

—Pues sí, algo cambió.

—¿Ah, sí? ¿Qué? —lo desafió con más desprecio que curiosidad.

—Acabo de ver a tu hija, y debo reconocer que es igual a mi hija mayor. Podrían ser gemelas.

—Te recuerdo que son hermanas, Faustina lleva tu sangre, pero ellas nunca lo sabrán porque no se conocerán —remarcó todavía enojada por su abandono.

—Me gusta el nombre que elegiste —intentó suavizar su ira con un elogio.

—No lo elegí yo sino Jules.

—¿Jules? ¿Ha vuelto a tu vida? —no pudo evitar mostrar la repulsión que le causaba saberlo.

—No debo darte explicaciones, pero sí, me gusta que te moleste mi elección: Jules es el padre de mi hija.

Octavio se llevó una mano a la boca para cubrirla y evitar soltar un improperio. Enseguida lo disimuló rascándose el mentón.

—El tonto de Marchall es el padre de mi hija —repitió más para sí que para ella, para acostumbrarse a la idea.

—No es tonto, es un buen hombre.

—No te lo parecía cuando te entregó a mí por una deuda.

—Las situaciones cambian, la gente cambia. Yo cambié, tú cambiaste...

—¡Mi amor por ti no cambió!

—¡No digas estupideces! ¡Lo tuyo no era amor, sino pura ansia de posesión! Nunca me amaste, me abandonaste —le echó en cara al borde de las lágrimas.

—¡Porque me cegaron los celos! No soportaba pensar que me engañabas con tu marido. Estaba seguro de que el niño era suyo, pero acabo de ver a esta pequeña y sé que es una Mariani. ¡Lo cambia todo para mí!

—Eso no es una novedad. ¡Tú lo sabías! ¡Yo te lo dije! Pero elegiste no creerme. Que hayas aceptado la verdad ahora no modifica nada.

—¡Pero es mi hija!

—Ya te lo había dicho. ¡Pero no me creíste!

—No sabes cuánto lo lamento.

—Yo lo lamenté durante mucho tiempo, pero ya no. ¡No creíste en mi palabra! Nunca te mentí. No me acosté con Jules mientras estaba contigo.

—Pero lo haces ahora —concluyó con tristeza pero sin dejar de sostenerle la mirada.

—Es mi marido —le recalcó sabiendo que eso le molestaba.

—¡Lo odio por ello!

—No deberías odiarlo, deberías agradecerle: es el hombre que nos salvó a tu hija y a mí de morir de hambre cuando nos abandonaste.

—Lo siento. ¡Perdóname!

Un profundo silencio se instaló entre ellos. Las miradas cargadas de sentimientos, transmitiendo tanto mientras sus bocas seguían mudas. Hasta que ella decidió revelar la carga de su corazón.

—No puedo perdonarte. Tu desconfianza me lastimó demasiado —recordó el agudo aguijón en su pecho cuando la dejó acusándola de engañarlo y más lágrimas acudieron a sus ojos—. Adiós, Octavio.

Empujó el cochecito y se alejó tan rápido como se lo permitía la multitud. Su corazón latía acelerado. El reencuentro había provocado recuerdos tan intensos como dolorosos. Y le confirmó que sus sentimientos, si bien estaban envueltos en rencor, no habían desaparecido. Él conservaba el poder de alterarla. Debía mantenerlo lejos de su vida para evitar problemas.

\*\*\*

Esa noche, con la beba ya dormida, Jules se acostó junto a Antoinette y la abrazó sin dejar de mover las manos sobre el camisón de ella, en inequívoca señal romántica.

—Ansío que quedes embarazada pronto.

—¿¿Qué?! —exclamó sorprendida.

—Que me gustaría tener un varón, no es que no quiera a Faustina, no me malinterpretes, pero quiero un hijo que perpetúe mi apellido. Así que vamos a hacer lo posible para que eso ocurra.

Antoinette se guardó sus pensamientos. A casi un año del nacimiento de la niña y sin ningún embarazo en todo el tiempo que estuvo con él, imaginaba que Jules no podía tener hijos, pero por supuesto no se lo iba a decir. Le tomó una mano y habló con dulzura.

—Nadie puede garantizar que vaya a ser niño. Quizás tengas que conformarte con más hijas mujeres —bromeó.

—No me molestaría, si son hermosas como tú. Eres tan hermosa como cuando te conocí. El tiempo no pasa para ti, la maternidad no te ha afectado

como a otras mujeres. Yo te deseo cada vez más —afirmó y comenzó a besarle el cuello con fogosidad.

Con los ojos cerrados, Antoinette intentó no pensar en Octavio, pero cada beso y cada caricia de Jules la alejaba de él para recordarle a su gran amor, a quien no lograba apartar de sus pensamientos desde el encuentro de esa tarde. Las manos de Octavio, la boca de Octavio, sus músculos, su espalda, sus brazos que la envolvían cuando la amaba. Todo él estaba presente en ella en cada momento.

Recibió a su marido sin lograr conectarse con él, pensando en otro hombre. Deseando que fuese el otro. Cuando todo acabó, mientras secaba sus lágrimas silenciosas, reconoció que no iba a poder vivir mucho tiempo así.

\*\*\*

A la tarde siguiente, Antoinette estaba jugando con su hija cuando la empleada le anunció que la buscaba un hombre en la entrada. Dejó a la mujer cuidando a Faustina y fue a abrir. No se sorprendió al hallar a Octavio. Sin duda también lo había afectado el encuentro del día anterior.

—No puedo dejar de pensar en ti, tenemos que hablar —comenzó él antes de que ella pudiera cerrarle la puerta en la cara.

—No creo que tengamos nada que decirnos.

La frialdad de su voz no impidió que él diera un paso hacia el interior, lo que la hizo retroceder.

—Por favor, apenas te pido que me escuches. En estos años sin ti no fui feliz —confesó con la voz grave, cargada de angustia.

—No me da pena. Fue por tu culpa —lo acusó simulando indiferencia, con la vista perdida en la pared.

—Tu corazón se ha endurecido.

—También por tu culpa.

—No me alcanzará la vida para pedirte que me perdones, lo haré cada día.

—No será necesario, no volveremos a vernos. —Esa vez le sostuvo la mirada para remarcar sus palabras, pero al instante se arrepintió. Esos ojos oscuros eran poderosos: hablaban directo a su corazón.

—Pero yo sí quiero verte, quiero... Quisiera recuperarte, por favor, te lo suplico, escúchame —reemplazó el tono imperativo por uno más suave.

A Antoinette la sorprendió el cambio. Octavio no solía implorar, él ordenaba y todos lo obedecían.

—No hay nada que puedas decir que me haga cambiar de opinión. No tienes ninguna oportunidad conmigo, tú mismo la destrozaste cuando elegiste acabar con nuestra vida.

—Hay algo que me dicta mi corazón que debes saber.

—No me interesa. ¿Te puedes ir? —señaló la puerta con enojo.

—Voy a dejar a mi esposa por ti.

—¿Qué? —exclamó sorprendida.

—Estoy decidido.

Aunque estaba segura de que nada que él pudiera decir la conmovería, esas palabras la afectaron e hicieron que su corazón se acelerara. No le gustaba reconocerlo, pero Octavio Mariani todavía tenía el poder de alterarla. Ese dominio sobre ella nacía de su inconmensurable amor, una llama que creía extinguida pero que acababa de mostrarle con las palpitaciones en su pecho que seguía viva.

La posibilidad de una vida con Octavio era una gran tentación, pero debía actuar con cautela. Ya no se trataba sólo de ella, en cualquier decisión que tomara debía velar también por el futuro de su hija.

—No te creo.

—Lo digo de verdad

—Ya nos abandonaste una vez. ¿Cómo sé que no volverás a hacerlo cuando se te dé la gana?

—Te prometo que no lo haré. Si me aceptas de nuevo en tu vida será para siempre. Sin mi esposa, sin Jules. Sólo nosotros y Faustina.

—No, no puedo —respondió lo primero que marcó su instinto materno—. La experiencia me dice que podrías dejarnos en la calle por otro ataque de celos.

—No, te prometo que eso no ocurrirá.

—Ya no creo en tus promesas. Son como las rosas, muy bonitas en su aspecto pero siempre traen espinas, y además se marchitan.

—Perdón, ¡perdóname, Antoinette! Te amo, siempre te he amado y siempre te amaré. Dime que existe una esperanza para nosotros —demandó con ansias mientras le tomaba una mano entre las suyas.

—No puedo olvidar tu abandono. No imaginas el abismo que se abrió ante mí al quedarme sola, y además embarazada.

—Me duele saber que te hice sufrir. Fui un tonto, y sé que no merezco tu perdón, pero ¡perdóname, te lo suplico! —imploró arrojándose de rodillas frente a ella para abrazarse a su cintura y esconder el rostro contra su vientre.

—Levántate, por favor —le pidió con suavidad. Ver a ese hombre enorme a sus pies la conmovía, era como una pequeña venganza, pero no sentía la necesidad de hacerlo sufrir. Entendió que ambos ya habían pasado por demasiado dolor—. No puedo responderte ahora. Estoy confundida —reconoció ante la tormenta de sensaciones encontradas que la invadía. El contacto de sus manos despedía chispas tan poderosas como las de los fuegos artificiales del día anterior.

—No te presionaré, pero dime que lo pensarás, por favor. Estoy dispuesto a cambiar mi vida por ti. Dejaré a mi familia, eso debe darte una idea del tamaño de mi amor. No dejes de pensar en ello. Sé que yo no podré dejar de pensar en ti.

\*\*\*

Tras pasar la noche en vela, a la mañana siguiente Antoinette pasó largas horas con su hija aupa. La miraba y jugaba con ella, balbuceando frases infantiles, hasta que comenzó a explicarle la situación en la que se hallaban, aunque la pequeña Faustina, a pocos días de cumplir un año, nada pudiese comprender de sus palabras.

—Hace unos días conociste a tu verdadero padre, y desde entonces no puedo apartarlo de mis pensamientos. Imagino cómo sería una vida a su lado, contigo también, por supuesto, y en ese camino sólo veo felicidad. Pero para que esa felicidad sea duradera dependemos de la voluntad de Octavio: ¿y si un día decide dejarnos? Ya lo hizo una vez... No creo que fuera a abandonar a su esposa si no estuviese convencido de vivir con nosotras, ¿tú qué opinas? —preguntó cerca de la cara de su hija, que sacudía las manitas en un gracioso gesto—. Ayyy, me gustaría tanto que pudieras compartir esta decisión conmigo, ya que involucra tu futuro también, pero sé que es un peso que cae sobre mis hombros. Tengo que elegir lo mejor para ambas. Y por otro lado, me da pena dejar a Jules. Él ha sido un excelente padre para ti, y muy cariñoso conmigo, pero nuestra vida no tiene brillo. A veces siento que apenas sobrevivo, que sólo estoy flotando en un mar inmenso sujeta a una tabla, esperando una ola que me sacuda y me lleve en un viaje increíble hasta una playa maravillosa. Aunque eres demasiado pequeña para entender, te voy a decir algo que debes recordar siempre: ¡no hay nada mejor que el amor recíproco! Puedes engañarte a ti misma creyendo que vivir con alguien a quien no amas justifica un bien mayor, pero debes saber que es apenas tolerable después de haber conocido el verdadero amor.



Al escuchar sus propias reflexiones, se convenció de lo que marcaba su corazón. Antes de que el valor la abandonara, corrió hasta el teléfono y pidió a la operadora que la comunicara con la joyería Mariani, deseaba hablar con el dueño. Imaginó que en tan importante establecimiento ya tendrían uno de esos modernos aparatos para hablar sin verse y no se equivocó.

Mientras esperaba que le pasaran con él su ímpetu inicial fue menguando. Pensó en cómo le partiría el corazón a Jules su decisión, y estuvo a punto de colgar, pero al reconocer la voz al otro lado de la línea sus dudas desaparecieron:

—Hola, soy yo. ¿Puedes venir para que hablemos esta tarde? A la hora de la siesta estará bien.

No dijo su nombre ni nada comprometedor. Sabía que las operadoras escuchaban las conversaciones y quería evitar cualquier chisme que pudiera involucrarla.

Pasó el resto del día nerviosa, esperando la visita de él como si fuera una muchachita, a pesar de que ya tenía veintiocho años. Mariposas en el estómago le confirmaban a Antoinette que estaba tomando una decisión muy importante para su vida. Esperaba que él estuviese a la altura de la elección.

Poco después del almuerzo la criada anunció la llegada de una visita. Para hablar con tranquilidad, mandó a la mujer a pasear con Faustina para que tomara aire. La niña ya estaba lista en su cochecito. Cuando ambas se marcharon inspiró con fuerza para tranquilizarse y fue hasta la sala para resolver el curso de su vida.

Lo primero que vio fue la ancha espalda de Octavio, de pie frente al ventanal. Tan seguro de sí mismo como siempre, se giró para revelar una mirada cargada de angustia.

—No puedo dormir desde hace varias noches. Desde que te vi sólo pienso en ti, en nosotros. Necesito tenerte a mi lado, quiero recuperarte.

—Te hice venir porque ya he decidido lo que quiero hacer.

—Dime lo que quiero oír, dime que me aceptarás de nuevo en tu vida —  
pidió con desesperación, mirándola anhelante.

—Lo haré, pero con condiciones.

—Sí, las que quieras. Dime —accedió mientras le besaba ambas manos  
con devoción, arrodillado a su lado.

—Acepto tu propuesta de ayer: me iré contigo para que vivamos juntos  
porque tú dejarás a tu esposa.

Sabía que ese momento era crucial. Si él accedía, podrían tener una  
posibilidad de ser felices. Pero quizás sólo habían sido palabras huecas, sin  
fundamento, dichas en un momento de angustia para recuperarla. Esperó una  
respuesta con los latidos de su corazón acelerados, pulsando en los oídos.

Octavio se puso de pie antes de responder, pero no le soltó las manos.

—Lo haré. Será la prueba de que mi amor por ti es sincero, y una muestra  
de mi arrepentimiento por haberte dejado en un momento tan difícil, con  
nuestra hija en tu vientre... Agradezco tanto que me perdones, dado que yo  
nunca lo haré. Tu dolor será una espina clavada en mi alma para siempre.

—Arrancaremos esa espina y tu alma sanará. Lo lograremos día a día, con  
nuestro amor.

Los brazos de Octavio la atraparon y un relámpago opacó todo lo demás  
cuando sus labios se encontraron. Era un nuevo comienzo para ambos.

—Eres demasiado buena, Antoinette. Prometo que te recompensaré por  
todo lo que viviste, cada minuto de lo que me queda de vida lo dedicaré a  
hacerte feliz.

—Te creo que esa sea tu intención, pero también sé que quizás no siempre  
logres tu cometido. En esos casos, te pido que me creas. Escucha mi palabra,  
y ten por seguro que nunca te engañé ni lo haré. No me gustan las mentiras.

—Estoy de acuerdo. Te creeré siempre. Y ya que no te gustan las mentiras,  
¿ya pensaste cómo le dirás a Marchall que lo dejas?

—Es un asunto muy delicado. Él es el padre de Faustina ante la ley. No

quiero enemistarme con él porque podría exigirme quedarse con ella, y yo no podría irme sin mi hija. Debo ser práctica y encontrar la mejor manera... Quizás nos lleve un tiempo.

—No habrá forma de que lo abandones de manera amistosa, mi querida.

—¿Entonces qué sugieres?

—Que nos marchemos ya mismo y le dejes una nota a modo de despedida, sin dar detalles de tu paradero.

—Me encontraría en esta ciudad, Rocamora tiene contactos. Ya lo encontró a él hace muchos años cuando era niño y estaba perdido. Además ahora mandarían a la policía tras mis pasos —reveló angustiada, en cuanto la partida empezó a vislumbrarse como una realidad y los planes no resultaban sencillos.

—No te preocupes, yo también tengo contactos.

—¡Pero ellos no podrán borrar nuestras huellas! No, no, no, no puedo irme... —mostró sus dudas.

—No tengas miedo, yo te protegeré, todo saldrá bien.

—¡No! ¡Esto es una locura! Jules me encontrará y me quitará a mi hija. Lo siento, lo mejor sería que me quede aquí con él. Me sacrificaré por Faustina —le comunicó su cambio de opinión con lágrimas en los ojos, asustada y dolorida a la vez.

—No estoy dispuesto a perderte, vendrás conmigo —afirmó imperioso.

—No puedo arriesgarme.

—¿Y qué ocurrirá si sigues con él y un día Jules se entera de que no es suya? Te echaría a la calle por semejante engaño, y no dudo de que te lastimaría. No puedes basar tu integridad y la estabilidad de nuestra hija en una mentira que podría descubrirse en cualquier momento.

—No va a enterarse.

—¿Ah, no? ¿Y si yo se lo digo? —la desafió.

—¡Me cuesta creer que harías eso con el único propósito de lastimarme!

—se mostró alterada, porque sabía que ese hombre no tenía límite alguno.

—No, ¡lo haría con la intención de recuperarte! El fin justifica los medios.

Antoinette no pudo evitar una mueca de disgusto al recordar que ella misma había usado esa frase muchos años atrás para excusar su accionar. No tenía dudas de que él sería capaz de revelar la verdad a Jules si con eso se aseguraba de tenerla a su lado. Se sentó en una silla al borde de la desesperación. Su cabeza no descansaba. Sus anhelos por un lado, sus miedos por el otro. Hasta que vio que tenía un solo camino por delante. La amenaza de Octavio le dio el empujón final que necesitaba. Con eso él le quitaba culpa a su decisión de abandonar a Jules.

—Nos iremos contigo —aceptó con una sonrisa—. Dime cuándo y cómo.

—He estado pensando en la mejor manera de organizar nuestro futuro. Creo que lo más acertado sería que viviéramos en un campo, lejos de todo, donde nadie pudiera encontrarnos.

—¿Quieres decir a escondidas? ¿Me vas a ocultar? ¿Me tendrás como tu amante secreta? —preguntó con espanto.

—¡No! Te voy a proteger. Yo viviré contigo, pero es mejor que nadie sepa que estamos allí. Nos ocultaremos por la seguridad de Faustina.

—¿Y cómo harás eso? En cuanto me vaya, Jules te buscará, sin duda te mandará seguir.

—Ya lo he pensado, pero sé de un lugar donde no nos encontrarán. Confía en mí.

Antoinette le tomó una mano y con los dedos entrelazados formó un puño que llevó hasta su corazón.

—Eso hago. Me entrego a ti por completo. Hazme feliz.

*Garín, poblado en la provincia de Buenos Aires,  
febrero de 1897*

Llevaban más de dos años instalados en una casona en el campo a la que Antoinette había bautizado *Mil Rosas*, donde ella sentía que no podía quejarse de su destino. Octavio había cumplido la promesa que le había hecho cuando le pidió que fueran a vivir con él: su principal meta cada día era hacerla feliz. Él se ausentaba algunos días por mes para resolver cuestiones de negocios en la ciudad y además visitar a sus hijos mayores, pero siempre regresaba a ella. Después de cada viaje le aseguraba a Antoinette que tan sólo veía a su esposa para ocuparse de asuntos financieros. Dada la efusividad con que la buscaba a su regreso, ella le creía.

La tarde anterior había llegado con renovados bríos y lo primero que hizo fue besarla y sujetarla en un fogoso abrazo en cuanto bajó del carruaje, sin importarle que su hija y las criadas estuviesen allí observándolos.

—Por favor, Octavio —intentó retarlo mientras disimulaba su alegría por el regreso—. Las niñas nos miran. Se refería a su hija y a su amiguita Benilda, la hija de la cocinera, apenas dos años mayor que Faustina. Iban juntas a todos lados, compartían sus juegos y hasta la habitación. Porque cuando sacaron a Faustina del cuarto de sus padres hacia uno propio, la

pequeña se pasaba las noches llorando, se levantaba en la oscuridad y corría hasta los fondos de la casa para meterse en el rincón de la cocinera, en un angosto catre junto a su amiga. Tras llevarla de vuelta muchísimas veces, Antoinette decidió que Benilda se mudaría junto a su hija. Con la niña acompañada y contenta, todos pudieron dormir en paz.

—Déjalas que miren. Así aprenderán lo que es el verdadero amor y cuando crezcan no se conformarán con una relación mediocre y sin sentimientos. ¡Quiero que nuestra hija ame y sienta como sentimos nosotros! —exclamó y volvió a besarla impetuoso, mientras la hacía bailar entre sus brazos delante de la entrada de la casa.

Vivían en un caserón de una planta con una amplia galería adelante, a la que daban las puertaventanas de todas las habitaciones. Frente al jardín delantero y hacia un costado de la casa se extendía un amplio parque poblado por centenares de rosales rosados, la flor favorita de Antoinette, de allí el nombre del lugar.

—Veo que el calor no te ha afectado, estás más hermosa que nunca, con las mejillas algo bronceadas. Te favorece, deberías lucir siempre así. ¿Has trabajado mucho en tus rosas?

—Sí, bastante, y aunque lo hice siempre con sombrero veo por tu comentario que fue inútil —se quejó frunciendo los labios—. No está bien enrojecerse y quedar color zanahoria, como un peón de campo. Me da pena cuidar mis plantas sólo los días nublados. Esta tarde esperaré a que baje el sol.

—No lo hagas, me encanta ese tono, permítete disfrutar de lo que te gusta, como tus flores, sin importar las consecuencias. ¿Qué importa si te bronceas? No verás a otras damas que se rigen por esas normas de belleza estúpidas. A mí me gusta y a ti te hace feliz estar bajo el sol. Disfruta de ello.

Antoinette no pudo evitar la sonrisa que marcó su rostro. La sabiduría de Octavio le quitaba importancia a ciertas cosas para permitirle encontrar la

felicidad. La vida que habían elegido le parecía maravillosa. Tanto, que temía que no fuese a durar para siempre.

A la mañana siguiente, Octavio ignoró los cantos de los gallos y se quedó en la cama hasta tarde, disfrutando de otro apasionado encuentro con la mujer que amaba. Aunque vivían en un campo muy grande, no se dedicaba a la producción. Lo había comprado para instalarse allí con su familia lejos de todo y de todos. Sus negocios seguían estando en la joyería y en la casa de préstamos que mantenía en la ciudad.

Estaba desayunando con Antoinette cuando apareció Faustina corriendo. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas, un delantal de cocina sobre su vestido y la cara manchada de harina. Pocos pasos detrás de ella entró Benilda, que podría haber sido su doble. Sólo las diferenciaban las trenzas castañas de Faustina y las renegridas de Benilda; las caras manchadas de blanco y los delantales las asimilaban. Traían en las manos unos bollos de masa cruda que por su aspecto recién acababan de amasar.

—¡Padre, *regarde!* Son tortas, las hice yo sola, *ña* Gregoria las pondrá a cocinar ahora —anunció orgullosa y mostró su creación.

—Yo también ayudé, mi madre nos enseñó —remarcó Benilda, quien se movía por toda la casa con la misma libertad que Faustina, y exhibió su masa.

—Niñas, han hecho un buen trabajo, pero la masa no debe salir de la cocina hasta que esté horneada. Lleven eso a *ña* Gregoria ahora mismo —las despachó Antoinette acompañándolas fuera de la sala, para regresar sola poco después.

—Faustina está igual a la hija de la cocinera, cuesta diferenciarlas, ¿por qué se lo permites? —fue el ácido comentario de Octavio.

—Porque no le hace daño, es apenas un juego para ella. Te aseguro que cuando crezca no querrá ser cocinera, si es lo que te preocupa.

—No me preocupa su futuro, me encargaré de ello, pero sí su falta de roce social. No aprenderá sobre la vida en sociedad aquí encerrada.

—¡Tiene apenas tres años! Me ocuparé de enseñarle todo lo que necesita saber cuando crezca. Además, no tenemos otra opción. ¿Qué propones? No puedo llevarla a la ciudad —lo miró con el ceño fruncido y él entendió lo que encerraban sus palabras.

—Lo sé, lo sé. Es que cuando pensamos en vivir alejados de todo no evalué el futuro lejano, sólo me importaba estar contigo. Pero a veces me asaltan dudas sobre la educación de nuestra hija.

—No te preocupes. Está aprendiendo francés conmigo en el día a día y tú podrás enseñarle a leer en español dentro de un tiempo. Le daremos buenos libros y la guiaremos en su educación. No necesitará más.

—Espero que estés en lo cierto.

—No te entiendo, algunas veces me sugieres que ignore las reglas de la sociedad, como dejar a nuestros esposos y mudarnos juntos, o detalles nimios como lo de mi bronceado. Y otras veces te aferras a normas ridículas. ¿Qué mal puede hacerle a la niña jugar con alguien de su edad? Ninguno.

—Vuelvo a decir: espero que estés en lo cierto. Aunque crezca en el campo, quiero que nuestra hija en el futuro sea una dama. Y con ese fin, le he comprado un caballo.

—¿Un caballo? ¡Es muy pequeña!

—No lo es, si aprende a montar desde niña será una excelente jinete.

—¿No acabas de decir que quieres que sea una dama? No comprendo.

—He leído en los periódicos que las mujeres de noble cuna pasean en sus caballos en los parques en Inglaterra.

—¿Qué tienen que ver las costumbres inglesas con nuestras vidas?

—Quiero que Faustina aprenda a moverse con soltura en todos los ámbitos. Quiero llevarla a un viaje, que conozca las tierras de sus antepasados españoles y franceses y también las grandes ciudades europeas. No estará mal que sepa cabalgar como la joven hija de una familia acomodada que es.



—¿De verdad planeas un viaje al otro lado del océano?

—No todavía, es muy pequeña. Pero cuando crezca iremos los tres. ¿Te gusta la idea?

Antoinette se conmovió ante la posibilidad de volver a pisar su país. Le pinchó el alma la duda sobre sus padres: no sabía si estaban vivos, pero ese viaje sería la oportunidad de reencontrarse con ellos. Asintió con lágrimas en los ojos y agradeció haber tomado la decisión de irse con Octavio para empezar una nueva vida. Siempre recordaba sus comienzos allí. En su primera noche en el campo Octavio la había llevado a caminar bajo las estrellas. La abrazó en el clima invernal, la estrujó sobre el chal de lana y le regaló una cajita de cuero. Al abrirla Antoinette encontró un cintillo de brillantes.

—No puedo ofrecerte una alianza de bodas, pero este anillo será el sello de nuestra unión. Un símbolo de compromiso eterno. ¿Aceptas ser mi mujer para siempre?

—Por supuesto —respondió sin dudar y tras ponerse el anillo llevó ambas manos al cuello de él y lo atrajo hacia sí para besarlo. El gesto lo enardeció más aún que la pasión que le provocaban los besos de Antoinette. Le fascinaba saberla excitada. Con ardor la abrazó y la levantó ubicando las manos debajo de su trasero, lo que hizo que ella levantara las piernas para rodearle la cintura. Así la llevó hasta un árbol cercano, contra el que la apoyó pero no le permitió descender.

—No te vas a librar de mí, querida mía. Quédate como estás, déjame tomarte aquí —murmuró junto a su oído mientras le besaba el cuello y con las manos le levantaba la falda y arrancaba su ropa interior—. Necesito sellar nuestra unión ahora mismo, necesito amarte y mostrarte que no te arrepentirás de la vida que estamos por iniciar. Te voy a amar cada día, cada momento, hasta que sientas que vale la pena vivir a mi lado.

Las palabras de él le encendían la sangre. Antoinette comenzó a jadear

mientras la acariciaba y cuando sintió los dedos de él en su interior no pudo evitar el grito que escapó de su boca.

—Sí, quiero que te guste, que disfrutes. ¿Estás cómoda? ¿No tienes frío? —se preocupó cuanto una ráfaga de viento los envolvió.

—No existe el frío cuando estoy a tu lado, mi cuerpo está ardiendo por ti.

Esas palabras lo invitaron a sujetarla por la cintura para acomodarla frente a él y completar la unión, mientras su boca volvía a adueñarse de la suya. Sus gemidos se mezclaron, convertidos en uno. Antoinette se aferró con fuerza a los poderosos hombros que tenía enfrente y lo aprisionó entre sus piernas. Juntos se movieron contra ese árbol, extasiados, pendientes apenas de las necesidades del otro, de prodigarse más y más amor.

—Te prometo que de aquí en adelante sólo te daré felicidad —clamó Octavio mientras estiraba los movimientos, dilatando su explosión hasta verla temblar. Recién entonces la acompañó en su placer y ambos se fundieron en uno solo.

Los recuerdos de aquella noche siempre regresaban a su mente como el símbolo de una boda entre ellos. Fijó la vista en el cintillo que llevaba en su dedo anular y lo acarició. Eso le hizo dejar la discusión sobre el caballo para otra oportunidad.

Esa misma tarde la sorprendió que la criada le anunciara la llegada de una visita.

Octavio estaba afuera, en los corrales, haciendo que Faustina probara su nuevo regalo. La niña ya había puesto nombre al caballo: India. Lo había escuchado en los cuentos que le contaba *ña* Gregoria sobre sus antepasados nativos.

—¿Eso qué significa? —había preguntado la niña a su padre.

—Era gente que vivía aquí, fuera de la ciudad, y que fueron expulsados tierra adentro unos años atrás por el general Roca.

—¿Quién es ese hombre que echa a la gente de sus casas? ¿Es malo?

—No, mi pequeña. Lo hizo para agrandar este país, para correr las fronteras y darle seguridad a la gente que vivía en esas zonas, por ello lo eligieron presidente. Y hoy vuelve a ser candidato para una nueva presidencia de la nación.

—¿Qué es un “presidente”? —pronunció la palabra como pudo pero su padre no se burló sino que la corrigió.

—Se dice presidente y él es quien manda sobre los demás —explicó—. Como el padre de la familia, pero para todo el país.

—¿Y él decidió echar a la familia de *ña* Gregoria?

Octavio escapó de la incómoda pregunta cuando una de las criadas apareció en el corral donde paseaban con un mensaje de Antoinette.

—Hay un caballero que viene de la ciudad a verlo, patrón.

—Ah, debe ser Perrén, lo estaba esperando en estos días. Dile que ya voy —ordenó y enseguida tomó a su hija en brazos—. Y tú, jovencita, bájate de ese caballo. Hora de que te laves y vayas a jugar adentro mientras atiendo unos asuntos importantes. Cuando seas mayor terminaremos nuestra conversación —le dijo con un cariñoso beso en la frente. Adoraba a esa niña con tanta devoción como a su madre e intentaba compensar a ambas por el tiempo que había pasado lejos de ellas.

Los tacones de sus botas resonaron en el piso de madera cuando entró a la sala y el invitado se puso de pie para recibirlo.

—Perrén, estimado amigo, ¿cómo ha estado el viaje?

—Debo decir que caluroso y polvoriento, don Octavio. Las rutas levantan nubes de tierra ante el menor movimiento, hace mucho que no llueve.

—Lo sé, yo mismo regresé hace unos días. Espero que haya podido resolver el encargo que le dejé.

—Así es, ya traje los papeles redactados. Sólo falta que los firmemos.

—Bien, lo haremos esta misma tarde. Imagino que se quedará unos días, para recuperarse antes del regreso.

—Sólo esta noche, mi esposa está a punto de dar a luz.

—Lo comprendo, amigo. Ordenaré que tengan caballos descansados para mañana temprano. Ahora permítame presentarle a mi mujer, Antoinette —la anunció sin necesidad de aclarar el apellido porque el abogado estaba al tanto de la situación.

—*Enchanté, madame* —la saludó haciendo gala de sus conocimientos de otra lengua, lo que denotaba su buena clase social, pero algo en su mirada, que la recorría de la cabeza a los pies, no causó una buena impresión en ella.

—*Monsieur* —replicó apenas con un gesto de cabeza ante ese hombre con la ropa arrugada, la piel enrojecida por el sol de los caminos y cabellos claros entre los que asomaban muchas canas. *Sin duda es mayor que Octavio*, fue lo primero que pensó.

—Don Nicanor Perrén es mi abogado, querida. Se quedará con nosotros hasta mañana. Que le preparen una habitación, por favor —le pidió.

—Por supuesto, me ocuparé ahora mismo —respondió solícita y se marchó.

*Creo que me estoy convirtiendo en una ermitaña aquí sola, lejos de todo. Ya no soporto la cercanía de la gente. Quizás fue idea mía la mirada excesiva del abogado ese, debo darle otra oportunidad*, se recriminó a sí misma mientras se dirigía a ocuparse del encargo y dejaba a los hombres camino al salón escritorio de Octavio.

Cuando se reencontraron para la cena el abogado lucía más elegante, con los cabellos prolijamente peinados hacia atrás, un traje de impecable corte y una buena colonia precediéndolo en cada paso.

—Espero que haya encontrado todo de su agrado en la alcoba, señor Perrén —abordó la conversación con cordialidad.

—Sí, *madame*, no faltan encantadores detalles en su casa, como las velas perfumadas y las toallas bordadas. Agradezco la hospitalidad.

—No me agradezca, siempre será bienvenido como amigo de Octavio.

—Tienes razón, querida, don Nicanor es más que mi abogado, podría decirse que somos amigos dada la cantidad de años que lleva a cargo de mis asuntos.

—No recordemos cuántos, don Octavio, que con el paso del tiempo no nos hacemos más jóvenes, no por nada he venido hasta aquí por un testamento — intentó bromear pero no logró provocar ninguna sonrisa.

—¿Testamento? ¿Ocurre algo? ¿Acaso estás enfermo? —preguntó Antoinette a Octavio sin poder ocultar la preocupación en su voz.

—No es nada, querida mía. Estoy perfectamente, pero soy un hombre precavido y durante mi último viaje a la ciudad encargué a Perrén que preparase algunos cambios. Ya los tiene redactados y los traje para que yo los firmara.

—¿Qué cambios? ¿De qué hablas?

—Que dejé previsto que Faustina herede esta casa junto con las tierras, por supuesto, además de una buena cantidad que recibirás tú para que ambas vivan sin problemas cuando yo no esté aquí para cuidarlas —explicó intentando sonar displicente.

—¿Es necesario que hablemos de esto ahora? —replicó incómoda—. Eres joven, tienes cuarenta y dos años.

—No es necesario que este papeleo sea tema de debate, sólo quiero que estés al tanto de que tu futuro está asegurado. Lo hice por tu bien.

Aunque reconocía la sinceridad de esas palabras, Antoinette no pudo evitar agradecer con frialdad. No le gustaba pensar en la muerte ni en cosas que hicieran referencia a ella. Cada tanto, aun con su vida intensa en amores, el recuerdo de la muerte de Paul volvía a su memoria. No quería pensar en la posibilidad de perder a Octavio.

Se mantuvo callada durante el resto de la cena y cuando los caballeros se ubicaron en la galería para disfrutar de unos puros en el fresco aire del exterior, los abandonó con la excusa de ir a ver a su hija. Sin duda, Perrén no

había superado la primera impresión que le había causado, no era una persona de su agrado.

\*\*\*

Una semana después de la partida del abogado, Antoinette estaba quitando los yuyos silvestres que crecían entre sus rosales cuando escuchó el ruido de un coche acercándose. Los cascos de cuatro caballos resonaban con fuerza en el acceso de tierra al campo. Los dos perros de Faustina corrieron a ladrar junto a las patas de los animales sin que los gritos de Benilda llamándolos pudieran evitarlo. Su dueña había salido a cabalgar temprano en la montura de su padre y sólo a ella obedecían.

Distraída por el barullo, Antoinette salió de entre los arbustos de flores para acercarse a ver qué ocurría. Al distinguir al caballero que descendió del carruaje frente a la casa su corazón empezó a latir con más fuerza por la desesperación. *¡Nos encontró! ¡Dios nos ampare!*, fue lo primero que pensó, aunque hacía mucho había abandonado la fe.

—¡Sabía que no podrías escapar de mí para siempre! ¡Estaba seguro de que te encontraría! ¿Cómo pudiste hacerme eso? ¡¿Cómo pudiste robarme a mi hija?!

El odio de la voz de Jules le impedía responder. Aunque muchas veces había tenido pesadillas en las que sufría porque él las encontraba, siempre se despertaba aterrada sin decir ni una palabra. Nunca se había imaginado un diálogo con él.

—Yo... Yo no... Lo siento —fue todo lo que pudo expresar.

—No, no creo que lo sientas. Sientes que te haya encontrado, gracias al bocón de Perrén. Bebió demás durante un juego de naipes y habló de su

amigo joyero que había dejado a su familia para vivir en el campo con su amante francesa. No fue difícil saber dónde era, descubrí que tuvieron que ponerle nombre al poblado cuando abrieron aquí una estación de tren. Antes ni eso tenía este fin del mundo al que te escapaste con mi hija. Yo te amaba, te di todo, creía que eras feliz, ¡y tú me engañabas con ese maldito! ¡Haré que te arrepientas por esto! ¡Me llevaré a mi hija!

—¡Nooo! ¡No puedes hacer eso!

—Sí puedo, la ley está de mi lado. Yo soy quien decide por ella. Tráela, me la llevaré ahora.

—¡No! Te suplico que no te la lleves, ¡Faustina es lo más importante en mi vida! ¡No te dejaré! —exclamó y se lanzó sobre él, para golpearle el pecho con las manos abiertas.

Con facilidad Jules se libró de ella y la sujetó frente a sí. Tomó fuerza y le dio un sopapo con el revés de la mano que la arrojó al suelo.

Un calor invadió su mejilla, Antoinette sintió el sabor de la sangre en la boca. No había alcanzado a levantarse cuando escuchó más cascos de caballos. Esa vez de uno solo. Antes de que pudiera recomponerse, Octavio detuvo su alazán y bajó de un salto con Faustina en los brazos.

—Vete adentro —ordenó a su hija.

—Pero, papá, quiero quedarme con *maman*.

—Ahora no, entra a la casa y llévate a los perros, ladran tanto porque quieren jugar contigo —respondió Octavio con prisa y la encaminó hacia el interior.

—¡¿Papá?! ¿Le dice papá a él? ¿Eso le enseñaste? No sólo me arrancaste de la vida de mi hija, ¡también le cambiaste el padre! —exclamó Jules con indignación e intentó acercarse a Antoinette para pegarle otra vez, pero Octavio se interpuso entre ellos. Observó la sangre en la comisura de la boca de su mujer y se abalanzó sobre él. Octavio era mucho más alto que el francés y también más corpulento. Su primer golpe dio en el pómulo de Jules,

el segundo en su boca.

—No es tuya, Marchall. Faustina es mía, lleva mi sangre —le dijo exaltado.

—¿Qué dices? ¡Eso no es verdad! —masculló apretando las manos y golpeándolo a su vez. Eso provocó un tercer golpe. El puño de Octavio se estrelló contra los dientes de su adversario y un crujido indicó que algo se había roto. Jules cayó a un costado sobre los pastos.

—¡Basta ya! No cambiarán lo ocurrido con unos golpes —la voz de Antoinette detuvo la pelea—. Yo lamento que hayamos llegado a esto. También lamento haber huido, Jules, pero no tenía otra salida. Faustina es hija de Octavio y debía crecer junto a su verdadero padre —intentó explicar con la voz entrecortada.

—No te creo, lo dices porque te conviene —respondió enojado, poniéndose de pie a pesar de los dolores por los golpes.

—Debes creerlo. Tú la viste antes de que entrara a la casa, no se parece a ti ni a mí, es igual a él.

La nuez de la garganta de Jules se movió un par de veces mientras intentaba digerir la noticia que antes había intentado ignorar a pesar del obvio parecido. Los bucles castaños que caían sobre la espalda de la niña eran iguales a los que se apoyaban en los hombros de Mariani. Ambos tenían los ojos oscuros y la misma nariz, que asomaba entre pómulos altos.

—No me importa —concluyó apretando los puños otra vez—. Eres mi esposa y es mi hija en los papeles, por lo que me la llevaré.

—¡No! ¿Por qué? ¿Para qué quieres una niña que no es tuya? Nunca te encariñaste con ella.

—¡Lo haré para lastimarte, maldita puta! Quiero que sufras porque no puedes tener contigo a quien más quieres, ¡como yo sufrí por no tenerte a ti! ¡Tráemela ahora!

Ante la determinación y la ira de Jules, Octavio evaluó que las manos no



alcanzaban. Corrió hasta su escritorio y salió de nuevo con una escopeta en la mano. La dobló para abrirla, metió un cartucho en el caño y cargó el percutor al plantarse frente a él para apuntarlo.

—Tienes un minuto para subirte a tu coche y dar la vuelta para marcharte de mi propiedad. Dentro de sesenta segundos dispararé.

—No puedes matarme por querer recuperar a mi hija.

—Puedo disparar a los intrusos en mis tierras. Y un cadáver no podrá explicar el motivo por el que estaba aquí.

—¡No te animarás!

—No me desafíes —murmuró a través de los dientes apretados—. Te quedan treinta segundos.

Jules se paró con las manos en la cintura frente al caño de la escopeta. Observó el dedo de Octavio en el gatillo y su mirada decidida. Estimó que decía la verdad. Era capaz de disparar. Soltó un suspiro para contener su rabia y se dio vuelta para subirse al carro.

—Esto no termina aquí. Puedes quedarte con la niña por ahora, pero la ley me dará la razón y me la llevará. ¡Ya lo verás! ¡Y sufrirás, puta traicionera!

Octavio tuvo que hacer un esfuerzo para contener sus ganas de disparar. Lo evitó que el coche se alejara. Se volvió en busca de Antoinette y la vio todavía caída en la tierra, llorando con el rostro manchado de sangre. Corrió a ayudarla a levantarse, cosa que hizo en pocos segundos, aunque sabía que tranquilizarla le llevaría mucho más tiempo. Los agudos e intensos sollozos se clavaban en su pecho de padre herido y de hombre amenazado. Le dijo lo que dictaba su corazón:

—No te angusties. Yo me ocuparé.

\*\*\*

La angustia de Antoinette no mermaba con el pasar de los días. Cada mañana se levantaba pensando en si ese día aparecería Jules con la policía para arrancar a su hija de su lado. Se quedaba largas horas abrazando a Faustina, como si con eso pudiese evitar que se la arrebataran.

—Vayámonos de aquí —se le ocurrió pedirle a Octavio un día, al borde de la desesperación.

—¿A dónde?

—A donde tú quieras, a España, a Francia o a China. Me da igual, elige el lugar, pero a donde Jules no pueda volver a encontrarnos.

—Tranquilízate, no creo que Marchall regrese por aquí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? La amenaza de una escopeta no lo detendrá.

—No te preocupes, no regresará.

La certeza de él no alcanzaba para calmarla. Abrazó a Faustina con más fuerza entre sus brazos.

—Ay, *maman*, me lastimas —se quejó la pequeña.

—Lo siento, te abrazo porque quiero que recuerdes siempre cuánto te quiero, mi amor por ti siempre será infinito.

—¿Qué es infinito?

—Que no tiene fin. Te amaré por siempre, aun cuando no estemos juntas.

—¿Te vas a ir a algún lado?

—No lo sé, mi vida. Pero si me voy espero que podamos hacerlo unidas.

—¿Y puede venir Benilda con nosotras? Yo quiero jugar con ella.

—Sí, tesoro. Tu amiga podrá acompañarnos —la tranquilizó mientras volvía a depositar un beso en su coronilla. El calor que le transmitía el delicado cuerpito contra el suyo era lo único que le daba algo de paz mientras esperaba que el destino le marcara el nuevo camino que tenía preparado para ella.

\*\*\*

Jules estaba decidido a lastimar a Antoinette de la manera que más le dolería: quitarle a su hija. A él no le interesaba quedarse con Faustina, en realidad pensaba dejarla en el asilo de niños en cuanto la tuviera en su poder. No tenía intenciones de criarla. *Quizás si hubiese llevado mi sangre...*, se dijo con una sombra de duda, *pero me niego a ocuparme de la hija de ese maldito. Lo único que me importa es hacer sufrir a Antoinette, como ella me hizo sufrir a mí.* Estaba convencido de sus intenciones. Tenía cita para ver a un abogado al día siguiente. Aunque no le había adelantado el motivo de la consulta, estaba seguro de que la ley le daría la razón. Se deleitaba pensando en la tortura que sería para su esposa perder a su hija, mientras esperaba el tren que lo llevaría al burdel de Belgrano. Eran las siete de la tarde del catorce de febrero y el salón para caballeros de la Estación Central estaba casi desierto. Para ese viaje Jules siempre elegía el tren, que resultaba mucho más rápido que los carruajes. Dio una bocanada a su pipa pero el tabaco estaba apagado. Buscó fósforos, volvió a encenderla y aspiró con fuerza.

Concentrado en su venganza no percibió que un par de hombres se acercaban a él para sentarse en las butacas a uno y otro lado suyo. Los observó sin desconfianza dado que vestían trajes, pero al mirarlos con detenimiento descubrió que no tenían clase, llevaban las uñas sucias y eran hombres recios, con cicatrices de filos de navaja en la mejilla de uno y en el mentón del otro. Intentó levantarse para alejarse de ellos, pero una mano sobre cada uno de sus brazos lo obligó a quedarse allí. Forcejeó para liberarse y su pipa cayó al piso, debajo del asiento.

—No se mueva. Jules Marchall, ¿no es así?

Asintió con la cabeza y no pudo alcanzar a formular la pregunta que estaba a punto de formarse en sus labios. Antes de eso un cuchillo se introdujo entre sus costillas y la hoja alcanzó un pulmón. Jules no pudo articular palabra por la falta de aire. El hombre volvió a repetir el gesto y esa vez el filo llegó al corazón. El cuerpo al que se le escapaba la vida junto con la sangre que manaba profusa cayó doblado hacia adelante, mientras los hombres se alejaban de allí con paso acelerado. No llegaron a ver que las brasas caídas de la pipa encendieron la alfombra debajo de los asientos, ni que las llamas avanzaron sobre todo el salón. Para cuando el guarda del ferrocarril percibió el incendio, las paredes de madera prefabricadas traídas de Inglaterra ya comenzaban a arder. A pesar de los intentos de todos los que corrieron en busca de baldes de arena o de agua, en pocos minutos toda la estación estaba siendo devorada por lenguas de fuego gigantescas.

Cuando al amanecer cayó la estructura de la estación transformada en cenizas humeantes, los bomberos encontraron entre los escombros un cadáver irreconocible.

—Un pobre pasajero que no logró escapar del fuego —fue la palabra oficial.

*Diciembre de 1899*

Al acercarse el cambio de siglo Octavio, decidió que no quería pasar la fiesta de fin de año en la soledad del campo. Aunque le gustaba descansar en la tranquilidad de *Mil Rosas*, extrañaba la vida en la ciudad y desde la muerte de Jules había intentado convencer a Antoinette de regresar a la Capital. Pero ella se negaba, se había enamorado de ese paraje verde donde cultivaba sus amadas rosas, del canto de los pájaros como única interrupción a los silencios y del arroyo cristalino que cruzaba la propiedad. Solía llevar a Faustina allí a bañarse y le había enseñado a nadar. Además se amparaba en la devoción de su hija por los caballos, que dedicaba gran parte de su tiempo a cuidarlos, en una mezcla de juego y amor hacia los animales.

—Acepto tus excusas para no mudarnos de regreso, pero al menos vayamos a pasar las fiestas a la civilización. Quiero ver fuegos artificiales y bailar contigo toda la noche, ¡no todos los días se vive un cambio de siglo! — había insistido hasta convencerla.

Así, allí estaban en la noche del treinta y uno de diciembre, con copas de vino en las manos, vestidos con trajes de galas en el salón principal del Jockey Club, un edificio majestuoso en la calle Florida, con un vestíbulo en el que se destacaban lámparas con caireles de cristal traídas especialmente

desde París y una ancha escalinata de mármol flanqueada por dos imponentes columnas, además de costosas obras de arte.

—Es maravilloso, el expresidente Pellegrini tuvo una idea fantástica al promover su creación, esta ciudad necesitaba algo así —estaba diciendo Octavio cuando una voz conocida a sus espaldas lo obligó a darse vuelta para saludar.

—Me alegra ver que no siempre están en el campo, esta vez mi nieta podrá venir a visitarme a mi casa.

—*Madame* Rocamora, siempre es un gusto volver a verla —se inclinó sobre la mano enguantada de ella con su galantería habitual.

—*Madame* Léonie, Faustina extraña sus visitas —respondió Antoinette—, sin duda podremos ir a verla esta semana. Estaremos en la ciudad hasta el próximo sábado.

—Bien, los espero con la niña mañana por la tarde entonces. Yo recién podré viajar al campo cerca del fin del verano, pero no quiero perderme el crecimiento de esa hermosa niña, es todo lo que me queda de Jules —evocó con pesar y nadie a su alrededor dijo nada, hasta que Rocamora decidió romper el tenso momento.

—Me está llamando un conocido desde aquella mesa, ¿me acompañas a saludar, querida? Mañana podrás hablar más con tu nuera cuando traiga a la niña.

—Claro, *chéri* —respondió a Eladio y enseguida se volvió a Antoinette para tomar su mano—. Esperaré ansiosa esa visita —enfaticó mientras la joven buscaba soltarse, incómoda por la culpa que le causaba el recuerdo de Jules. Una vez le había preguntado a Octavio si sabía algo más sobre esa extraña muerte, con el cadáver calcinado, al que reconocieron por un reloj grabado que llevaba en el bolsillo del chaleco. Pero él negó conocer más que ella al respecto.

—Tuvimos suerte, mi querida.

—Pero tú dijiste que ibas a ocuparte y yo creí...

—Sí, iba a sobornarlo con una gran suma para que se alejara de nosotros para siempre, pero debido al incendio eso no fue necesario. No voy a mentir y decir que lamento su muerte, pero de allí a que pienses que yo hubiera ido más lejos hay una gran distancia —había intentado mostrarse ofendido y sumergió la cabeza en el periódico para dar por finalizada la conversación.

No habían vuelto a hablar del tema. La única consecuencia directa que tuvo en la vida de ellos aquella muerte, además de la tranquilidad, fue el comienzo de las visitas de Léonie. La dama quería ver a su nieta y Antoinette decidió no negarle ese derecho: nunca le reveló la verdadera filiación de la niña. Así, Léonie seguía creyendo que era hija de Jules y algunas veces había llegado hasta el campo para pasar unos días con la pequeña Faustina. Otra visita acababa de quedar pendiente para el día siguiente. Situaciones como esa animaban a Antoinette a no querer regresar a vivir en la ciudad. En *Mil Rosas* tenía su remanso de felicidad sin irrupciones imprevistas. Pero cada vez más Octavio demandaba una mudanza. Decía que extrañaba el progreso. Su más nueva adquisición, que había llegado al puerto desde Alemania unas semanas atrás, había sido un automóvil. Antoinette lo había mirado asustada y Faustina fascinada: un carruaje que se movía por sí mismo, sin la necesidad de caballos, resultaba toda una novedad.

En los meses que siguieron, Octavio se enamoró de su automóvil. Lo usaba cada vez que podía. En la ciudad y también lo llevaba al campo. Para conducirlo se ponía gorra de cuero, antiparras de vidrio y una bufanda de seda a pesar del calor.

—Es para cubrir la boca y evitar respirar tierra. ¡Esa máquina va tan rápido! ¡Es maravillosa!

—¿No es peligrosa? —preguntó Antoinette preocupada.

—No más que un coche tirado por cuatro caballos.

—¿Entonces por qué no sigues usando el carruaje tradicional?

—Porque esto es el progreso, querida mía, y además es mucho más emocionante. Hay muy pocos en el país y eso me enorgullece —reconoció con un guiño—. Te llevaré a dar una vuelta y te encantará ya lo verás.

A pesar de su desconfianza, Antoinette accedió y subió a su lado. Dieron un paseo hasta el arroyo que cruzaba su propiedad y regresaron. Octavio manejó con prudencia y al finalizar el viaje ella bajó contenta.

—Lo único que no me gusta es que no se puede hablar durante el trayecto por el ruido que provoca esa cosa.

—Esa cosa es el motor, mi querida, pero ya te acostumbrarás.

Su predicción fue acertada. Con el paso del tiempo ya no le incomodó el ruido cada vez que él encendía el motor y salía a dar vueltas con su automóvil. Y, un año después, hasta se animó a unirse a él en un viaje a la ciudad en ese vehículo cuando le dijo que iría a un festejo especial en el hipódromo.

Antoinette lo había acompañado varias veces a los fastuosos encuentros por las carreras de caballos en el Hipódromo Nacional, ubicado en Belgrano, cerca del río, que competía en calidad de público con el tradicional Hipódromo Argentino, en Palermo. Centenares de personas se reunían allí en un acontecimiento social, más allá de lo deportivo y del placer por las apuestas. Las damas llegaban luciendo sus mejores galas y los caballeros con levita y galera. Muchos iban en carruajes particulares, pero otros accedían a través del tren que terminaba en la calle La Pampa, desde donde salía un carruaje colectivo de transporte gratuito que iba hasta el hipódromo, para que quienes perdían todo pudieran regresar al menos hasta el tren desde el descampado donde estaban las pistas. “De allí surgió la frase ‘lo dejaron en Pampa y la vía’ para referirse a quienes volvían sin un centavo en los bolsillos”, le había explicado Octavio a Antoinette cuando pasaron por allí una vez. Aunque él nunca debió tomar ese transporte público. Siempre llegaba en alguno de sus carruajes, y desde hace un tiempo en su flamante



automóvil.

Esa mañana de 1901 se presentó en Belgrano para participar en un espectáculo único: en lugar de caballos, se veían autos compitiendo en la pista ovalada con piso de adoquines de madera. Una carrera mecánica para ver cuál modelo era más veloz. El público llenaba el hipódromo, más gente que la habitual había acudido para admirar esa novedad. Antoinette se ubicó en las tribunas para aplaudir. Acababa de sentarse cuando se acercó a saludarla una cara que le resultaba familiar, aunque no lograba ubicar al hombre con precisión.

—Veo que no se acuerda de mí, doña Antoinette, soy Nicanor Perrén, abogado de su espo... De don Mariani —se corrigió con rapidez.

—Sí, sí, lo recuerdo —saludó con cordialidad.

—Y ella es mi esposa, doña Graciana —presentó a la mujer que estaba unos pasos detrás de él, que hubiera resultado agraciada si no fuese por el rictus que fruncía su boca, como si le desagradase estar allí.

—Encantada. Creo recordar que iba a dar a luz en la última visita de su esposo a nuestra casa.

—Así fue, pero el niño no vivió —respondió con acritud.

—Lo siento —fue todo lo que pudo decir Antoinette, imaginando su dolor.

—Yo no. Ya tengo muchos hijos —confesó y luego se volvió para saludar a alguien más con la mano con un gesto.

—¿Gustan sentarse? Creo que ya va a empezar —buscó escapar de la molesta charla mostrando unas sillas vacías a su lado.

—Sí, claro, nosotros... —escuchó apenas parte de la respuesta porque el ruido de los motores y los gritos no permitieron distinguir nada más. Habían arrancado. Motores a vapor por combustión de bencina y eléctricos competían lado a lado. En total iban a correr cinco vehículos. Una vez que arrancaron pasaron muy cerca del público, que vitoreó a los pilotos con deleite. Era un espectáculo nunca visto antes. Cada vuelta tenía cinco cuadras

de largo en cada uno de los lados del óvalo de la pista y duraba varios minutos. Durante el lapso en que alcanzaba a distinguirlo Antoinette no despegaba los ojos del auto de Octavio. Lo vio pasar varias veces delante de donde estaban y aplaudió con fuerza al entender que iba primero.

Durante varias vueltas continuó así, hasta que una serie de ruidos indicaron que algo iba mal y para sorpresa de todos, justo al pasar frente a las tribunas el auto de Mariani se desvió de su recorrido en la pista y se estrelló contra un poste exterior a gran velocidad. Antoinette saltó de su asiento y se cubrió la boca asustada. Iba a empezar a correr hacia el lugar del accidente cuando una poderosa explosión la obligó a detenerse. Sintió su cuerpo temblar y cayó al piso. Unas manos la ayudaron a levantarse y no lo dudó:

—¡Voy a buscarlo! —anunció.

—No, quédese aquí. —La persona al lado de ella que la había levantado, Nicanor Perrén, le impidió moverse—. Es peligroso estar en la pista en este momento

—¡Pero Octavio está allí! ¡Debo ir a ayudarlo! —exclamó al borde de la desesperación.

—Ya están yendo los expertos, señora. Los bomberos y los enfermeros. Usted nada puede hacer.

Las palabras del abogado hicieron estremecer el cuerpo de Antoinette. ¿Acaso ese hombre le estaba diciendo que Octavio había muerto? *No, no puede ser verdad, él está bien*, se repitió para convencerse de que un milagro era posible. Porque sólo un milagro podría permitir a alguien escapar con vida de aquella espantosa explosión.

—¡El piloto ha muerto! ¡El piloto ha muerto!

La frase corrió entre el público mientras los bomberos luchaban por extinguir las llamas. Cuando alcanzó a Antoinette ella sintió que el mundo se detenía. No hubo más movimientos, ni más sonidos ni más colores a su alrededor. Todo se volvió negro. La oscuridad la absorbió. Y cayó en brazos

de Perrén.

Inconsciente, Antoinette no llegó a ver a la elegante figura semioculta por una sombrilla que, después de la explosión, tras escuchar que el piloto no había sobrevivido, se marchó con discreción, aunque sin disimular la mueca de satisfacción que le brotaba del alma hasta iluminar su rostro.

Léonie se dijo que la espera para encontrar el método ideal y la suma invertida en el mecánico había valido la pena. Octavio se había burlado de Jules, dado que sin duda él era el verdadero padre de Faustina. Ella lo había sospechado al ver los ojos oscuros de la niña, frente a los claros de sus padres. La excusa de que se parecía a la madre de Antoinette no la conformaba. Y al verlos juntos en cada visita a la casona en el campo sus dudas se habían confirmado. Mariani y la niña compartían no sólo los rasgos, sino también los mismos gestos, una risa parecida y una mancha en forma de pera en el dorso de la muñeca izquierda. El engaño la disgustaba, pero podría haberlo tolerado. Lo que la había hecho cruzar el límite de la cordura y encarar un asesinato fue el dolor. Un tiempo atrás había leído una noticia en el periódico en la que se mencionaba un incendio intencional como posible causa de la destrucción de la Estación Central. Había pedido a Eladio que averiguara si había un responsable detrás de ello. Quería descubrir qué había ocurrido aquella noche. Con mucho dinero y los contactos de Fuentes en las calles consiguieron un nombre. La verdad no la alivió. Saber que su hijo había muerto por culpa del amante de aquella mujer a la que tanto detestaba la enloqueció. Algo se quebró en ella y la hizo buscar venganza.

Eladio había intentado hacerla desistir de su plan, pero en los últimos tiempos él no se sentía muy bien y no tuvo fuerzas para oponérsele. Por lo que Léonie había logrado cumplir su objetivo. Matar a quien había matado a su hijo fue apenas la mitad de su disfrute: sabía que con ello haría sufrir a Antoinette.

\*\*\*

En el entierro, Antoinette no pudo ubicarse en las primeras filas de la concurrida asistencia porque allí estaban la viuda legal de Octavio y sus hijos. Con profundo dolor, se vio relegada a mezclarse entre la multitud.

—Será mejor así. Si la señora Mariani las ve a usted y a la niña se producirá un escándalo y quizás hasta las haga echar por la fuerza, y no queremos eso —observó Perrén, quien de la noche a la mañana se había convertido en su asesor legal, su apoyo social y también su amigo.

Antoinette había aceptado la sugerencia del abogado y se resignó a marchar entre desconocidos detrás del cajón por los senderos del cementerio del Norte, ubicado junto a la iglesia de los padres recoletos, Nuestra Señora del Pilar. Allí había decidido su esposa que fuera enterrado. Ella había opinado también sobre las coronas de flores, el ataúd y cada uno de los detalles relativos al entierro. Todo lo que Antoinette había compartido con él en vida parecía haber desaparecido, Octavio volvía a pertenecer a su legítima esposa ante la presencia de la muerte. A ella apenas le quedaba un legado que nadie podría quitarle: su pequeña Faustina. En la niña encontraba los mismos gestos tan amados de él y la abrazaba como único consuelo. Había creído que sería una buena idea llevarla al cementerio para que se despidiera de su padre, pero las miradas de desconocidos hacia la mujer de negro que no dejaba de llorar con una niña también de luto sujeta a su mano provocaron murmullos a su alrededor. Ante la imposibilidad de acercarse ambas al féretro a dejar las rosas que llevaban para él, cambió de idea.

—¿Puede sacarnos de aquí ahora mismo, por favor? —pidió a Perrén, a lo que él accedió de inmediato.

—Por supuesto, querida señora. Venga por aquí —la ayudó y le ofreció un brazo en el que ella se apoyó como una tabla de salvación en medio de la marea de dolor que la ahogaba.

Antoinette sabía que sin Octavio a su lado su vida no sería la misma.

\*\*\*

*Mayo de 1908*

—Esta mañana India se comportó de manera extraña durante el paseo, no rengueaba pero creo que le dolía algo. Me hubiera gustado que me acompañases, Benilda —dijo Faustina mientras cepillaba el pelo de la yegua. Había un joven en el establo que se encargaba de esa tarea, Saturnino, pero a ella le gustaba cuidar de sus animales por sí misma.

—Y a mí me hubiera encantado volar sobre los pastos arriba de un caballo y sentir el viento en la cara, pero mi madre está muy exigente estos días. Quiere que me ocupe de las tareas a la par de la criada. Dice que no soy una señorita como tú y que debo aprender cuál es mi lugar. Por eso no me dejó salir —se quejó Benilda.

—Le pediré a mi madre que hable con *ña* Gregoria.

—Será inútil, Tina —la llamó con el apodo cariñoso que sólo ella usaba—, dijo que ya habló con la patrona y que ella la apoyó, que ambas están de acuerdo en que debo aprender a ocuparme de las tareas de la casa. Pero yo detesto la cocina, soy muy torpe entre las ollas, por eso mi madre me puso a limpiar los vidrios de las habitaciones.

—¡Ay! ¡Pero son tantos! La casa es muy grande.

—Lo sé, dijo que me pasaré las mañanas dedicada a ello, mientras tú paseas.

—No es justo, pero no te preocupes, veré lo que puedo hacer —afirmó con convicción, segura de que podría convencer a su madre. A los catorce años Faustina todavía veía el mundo desde una mirada infantil: todos sus antojos y caprichos tenían solución si le pedía a su madre que los cumpliera. No tenía en cuenta que los demás podrían poseer un motivo importante para tomar determinadas decisiones. Cuando fue a plantearle a Antoinette que debía retirar a su amiga de las tareas de limpieza, se sorprendió al encontrarse con la negativa de su madre.

—Lo siento, pero eso no será posible. Gregoria quiere que su hija aprenda a valerse por sí misma y estoy de acuerdo con su inquietud. De esa manera siempre podrá tener trabajo, aquí o en otro lado.

—¿En otro lado? ¿Qué dices, *maman*? Benilda vivirá siempre aquí con nosotras, es como una hermana para mí.

—No sabes si siempre vivirá contigo. ¿No has pensado que algún día te casarás y tendrás tu propia casa? ¿O que Benilda quiera tener la suya? Cada una encontrará un marido acorde a su cuna, por eso ella debe aprender a limpiar. Ya tiene dieciséis años y pronto podrá casarse.

—¡Eso que dices es cruel!

—Es la realidad, ya no eres una niña y deberías entenderlo.

—Lo que entiendo es que ella puede seguir viviendo aquí sin tener la necesidad de ocuparse de nada.

—Lo siento pero no. Es parte de su educación y por lo que estoy viendo, de la tuya también: debes aprender que no siempre se puede hacer lo que uno quiere. Creer lo contrario es una actitud soberbia. Piénsalo, pero te aviso que no vamos a seguir discutiendo este tema. La decisión ya está tomada.

—Lo hablaré con el señor Perrén en su próxima visita —replicó enfurruñada.

—¿Qué quieres decir?

—Que él es quien se ocupa de controlar mi fortuna, ¿no es así? Pues le preguntaré si puedo disponer de una parte para contratar a una criada extra para que se encargue de las tareas designadas a Benilda.

—¡No puedes estar hablando en serio! ¿No has entendido que con esto su madre quiere enseñarle a cuidar de sí misma? Además, tú no puedes disponer de tu herencia mientras seas menor de edad. Yo soy responsable de todo desde que tu padre murió, hace siete años, y lo seguiré siendo. Olvídate de esas ideas ridículas. Sólo prueban que aún piensas como una niña.

Después de que Faustina saliera corriendo a contarle a Benilda sobre su fracaso, Antoinette se quedó pensando en el accionar de su hija. Su infantil actitud demostraba que no estaba preparada para manejar sus propios asuntos. Hablaría del tema con Perrén en su próxima visita, que esperaba que fuese pronto. No iba a permitir que Faustina interfiriera en el control de su herencia. El abogado se había convertido en un visitante frecuente de *Mil Rosas* y de a poco se había ido metiendo en la vida de madre e hija. Primero por cuestiones legales, después porque vio a una mujer todavía joven y hermosa muy sola y desamparada.

Unos años antes, cuando Antoinette llevaba apenas dos sin Octavio, se había animado a tomarle la mano y confesarle que aspiraba a algo más que su amistad.

—Lo siento, pero no puedo ofrecer más que lo que tenemos, don Nicanor.

—¿Por qué no?

—Por empezar, porque usted está casado.

—Mi esposa está enferma, desde hace años que no vivimos como pareja. Además, Mariani también lo estaba y eso no fue un impedimento —contestó con falta de tacto.

—A Octavio lo amaba, por eso nada se interpuso en nuestro camino —respondió con una mirada dura, cargada de dolor.

—Yo podría amarla si me lo permite, *madame*.

—El amor no es algo que se busca, sino que llega invadiéndolo todo, sin permisos ni expectativas. Es como un huracán que nadie puede detener, como una inundación, una fuerza poderosa de la naturaleza. No creo que vaya a ocurrir entre nosotros. Pero lo necesito como abogado y asesor. Le pido que sigamos siendo amigos.

El hombre aceptó y durante un tiempo se había comportado con correcto profesionalismo. Hasta que un día encontró a Antoinette llorando y con un gesto espontáneo la abrazó.

—¿Qué le ocurre?

—Me siento muy sola, extraño a Octavio. Lo que teníamos era maravilloso—reveló entre lágrimas—. Nada es igual sin él.

—La vida en el campo no es buena para una mujer joven.

—Es lo que quiero, lo que elegí.

—Le repito mi oferta: permítame protegerla, cuidarla, acompañarla.

—No necesito protección.

—Claro que sí, necesita alguien que la abrace, que se ocupe de usted, que le dé cariño. Déjeme ser quien lo haga.

Antoinette tuvo que reconocer para sí que toda su vida adulta había necesitado compañía y el apoyo de alguien que decidiera por ella. Primero su padre, después Paul, más tarde Jules, y finalmente Octavio. Estaba acostumbrada a que otro se hiciera cargo de ella. El período en el que fue independiente, mientras trabajaba en la tienda, no había sido feliz. Necesitaba un hombre a su lado. Perrén nunca podría ocupar el lugar de Octavio en su corazón, estaba segura de ello, pero también estaba segura de que sola se marchitaría. Y no estaba dispuesta a buscar otro hombre en su vida. Ya había encontrado al verdadero amor y tras perderlo prefería quedarse con ese recuerdo encerrado en su alma, mientras compartía con otro sus días. Tras pensarlo en profundidad, le había comunicado al abogado que pensaba darle



una oportunidad.

Después de eso Perrén se convirtió en un virtual esclavo de Antoinette. Se desvivía por atender hasta sus mínimos deseos y la trataba cual delicado pimpollo a punto de florecer. Así, con paciencia y tenacidad, con el paso del tiempo logró que ella lo aceptara en su lecho. Durante los dos últimos años, en sus visitas él ya no usaba una habitación de huéspedes sino que se quedaba en la alcoba principal.

Faustina le había preguntado a su madre por ello cuando lo vio salir de allí una mañana.

—¡*Maman!* ¿Con don Nicanor? —la acusó. Desde pequeña sabía lo que ocurría en la intimidad marital. La vida en el campo rodeada de animales le había dado ese conocimiento a temprana edad.

—No tienes derecho a juzgarme —le respondió con las mejillas enrojecidas por haber sido descubierta pero sin dar muestras de arrepentimiento.

—Y si no te juzgo yo, ¿quién?

—¡Nadie! —respondió ofuscada—. ¿Acaso sabes lo que es estar sola durante semanas, meses? ¡Años! El tiempo me ha parecido una eternidad desde la muerte de tu padre. No dejé de amarlo ni lo olvidaré nunca, si eso es lo que te preocupa. Apenas aprovecho la compañía de don Nicanor. No te pediré que lo llames papá.

—Él nunca podría ocupar el lugar de mi padre —exclamó enojada, con desprecio en la voz.

—¡Lo sé! Por eso no te estoy pidiendo que lo hagas. Él seguirá visitando esta casa como nuestro abogado, y en qué habitación duerma no deberá afectar tu relación con él —había explicado con practicidad.

Faustina se dio vuelta y se marchó en silencio. Sabía que eso estaba mal, pero como no podía hacer nada al respecto decidió ignorarlo. Era apenas un detalle más de su informal y ecléctica educación. Como en las cercanías del

campo no había escuelas, Octavio le había enseñado a leer y escribir, a hacer cuentas y algo de historia y geografía, para que ubicara en el mapa donde estaban España y Francia, tierras de sus padres. Eso era lo que él consideraba que ella debía saber.

Quien se ocupaba de enseñarle cuestiones sociales era Léonie, que para todos era la abuela de la niña. A Faustina le habían explicado que era como una abuela postiza para ella, madre del segundo marido de Antoinette, muerto años atrás. La dama la trataba como a su nieta y la niña la consideraba como una abuela.

Léonie la había visitado con regularidad durante años, aunque con menos frecuencia en los últimos tiempos. La enfermedad de su marido la había obligado a quedarse en la ciudad y tras la muerte de Rocamora, unos años atrás, la dama se había aislado. Sólo salía de su casa en raras ocasiones. La de esa noche de mayo de 1908 sería una: iba a llevar a Faustina a una gala por la inauguración del Teatro Colón en un nuevo edificio construido para ese fin, con una acústica especial en su flamante sala central.

—Yo llegué a conocer el edificio anterior frente a Plaza Victoria y asistí a la última función antes del cierre, en 1888, con la ópera *Otello*, de Giuseppe Verdi, quien la creó a partir del texto de Shakespeare. Cantó el tenor italiano Francesco Tamagno, fue una noche maravillosa. Nunca la olvidaré, me llevó tu abuelo. A él le fascinaba la música, tocaba muy bien el chelo —contó y cerró los ojos, rememorando los días en que Eladio ejecutaba exquisitas piezas musicales en el estudio solo para ella, que siempre terminaban en intensos encuentros amorosos. La música los encendía.

—Lo sé, me había contado de su pasión por los instrumentos. A él le hubiera gustado venir a esta inauguración. Por eso acepté acompañarla, para que no viniera sola en esta noche especial —dijo con un tono cargado de empatía que conmovió a la anciana.

—Gracias —murmuró con la voz a punto de quebrarse e intentó desviar la

conversación—. Dicen los que han visto las obras de la construcción que el nuevo edificio es impactante —continuó mientras el coche avanzaba por la calle Tucumán hacia la entrada principal—, que copió lo mejor de la Ópera de París.

—¿Usted conoce ese lugar?

—Sólo por fuera. Aunque vivía en la ciudad no tenía dinero para ir a la ópera en mi juventud.

—Pero ahora que sí tiene, ¿lo disfruta seguido?

—Niña, ¿acaso no has entendido que te dije que este teatro se cerró hace veinte años? Recién podremos volver a disfrutar de buenas presentaciones musicales a partir de hoy. Debes retener todo lo que te digo, esto es parte de tu educación. No alcanza con lo poco que te ha enseñado tu madre en el campo.

—Yo creo que sí es suficiente —defendió el estilo de vida que amaba con obstinación y al mismo tiempo se asustó al ver por la ventanilla un *tramway* muy cerca del carruaje. Le daban miedo esos veloces monstruos, más grandes que un coche normal, que no se detenían ante la gente, sino que apenas tocaban bocina. Prefería la tranquilidad del campo, sin espantosos detalles modernos.

—Mi experiencia me asegura que no. Esta noche escucharemos *Aída*, de Verdi también, el mismo autor de la pieza del cierre del teatro anterior. ¿Sabes quién fue?

—No —negó también con la cabeza.

—Uno de los grandes maestros de la lírica, compositor muy admirado. Debes recordar su nombre para cuando hables de ópera en algún salón. Eso es parte de las tareas de una dama. ¿Comprendes?

—Sí, abuela —respondió con desgano, y sin intenciones de retener el nombre. Las aspiraciones de Léonie de convertirla en una dama no coincidían con las suyas. Poco le interesaba ese mundillo de telas vaporosas, peinados

complicados y charlas vanas en sofisticados salones. Había accedido a ir para complacer a su abuela y buscar espantar la tristeza que la habitaba desde su viudez. Aunque para ese viaje había dejado a su madre en el campo. Era una de las pocas veces que Antoinette no la había acompañado a la ciudad. Se amparó en un profundo cansancio para quedarse en casa y en la excusa de que ya era hora de que Faustina empezara a moverse por su cuenta dentro de la sociedad.

Faustina nunca había asistido a una ópera y tuvo que reconocer que disfrutó de esa noche especial. Se quedó muy impresionada por el imponente salón ovalado rodeado de palcos y balcones, con mullidas alfombras, impactantes lámparas y paredes con ornamentos dorados. No imaginaba que pudiera existir algo así. Cuando a eso se sumó la música de la orquesta y las voces de los cantantes enfundados en un llamativo vestuario, se sintió transportada a un mundo desconocido y maravilloso. Aunque los acordes la invitaban a cerrar los ojos para disfrutar de los sonidos, no quería hacerlo para no perderse ningún detalle.

En el entreacto dos jóvenes caballeros se acercaron a saludar al palco de Léonie, que los presentó a su nieta, pero la muchacha no se mostró amable ni les sonrió. Todo el tiempo que estuvieron allí lo dedicó a estudiar la atractiva decoración del teatro y ellos sólo hablaron con Léonie.

—Deberías mostrarte más alegre —la retó cuando terminó el corte y ellos se marcharon—. Fue de mala educación lo que hiciste y los contactos siempre son importantes. Yo tuve una conocida que me salvó gracias a sus contactos y nos hicimos muy amigas, era la primera dama de este país, la esposa del presidente de aquel entonces.

—¿De verdad?

—Sí, nos conocimos por casualidad y ella me introdujo al mundillo de la sociedad local. Debes rodearte de esa clase de gente, no espantarlos como hiciste con esos jóvenes caballeros. Son hijos de importantes políticos.

—No me interesan los caballeros —afirmó decidida.

—Deberás interesarte pronto, tendremos que hacer tu presentación en sociedad. Para eso sería mejor que te instalaras conmigo en la ciudad unos meses. Le mandaré una nota a tu madre para resolverlo.

—No, *grandmaman*. Yo quiero vivir en el campo.

—Podrás hacerlo cuando ya estés casada, pero para eso antes debes encontrar un marido decente. Ya me ocuparé del asunto. Y ahora silencio, se levanta el telón.

Faustina no logró concentrarse en ese acto, su mente estaba ocupada en la información revelada por su abuela: tenía planes de llevarla a vivir a la ciudad, presentarla en sociedad y además casarla. Nada de eso encajaba con sus propios sueños de una vida al aire libre, cuidando a sus animales. Decidió que al regresar a *Mil Rosas* tendría una conversación muy seria con su madre para establecer cómo sería su futuro, según sus propios deseos.

Una semana después, Faustina marchó de regreso al campo con un baúl cargado de una decena de flamantes vestidos, regalo de su abuela. Ella no daba ninguna importancia a la moda, pero le gustaba tener ropa apropiada para ir a cabalgar. Sus nuevas botas para montar y la pollera pantalón que había insistido en hacerse eran como joyas para ella. Bajó del carruaje contenta, con la idea de mostrar todo a su madre, junto con un collar que le había llevado de regalo. Le llamó la atención no encontrarla afuera esperándola esa tarde, en su lugar estaba su fiel amiga.

—¡Hola, Benilda! ¿Dónde está, *maman*? —preguntó despreocupada, agachándose para acariciar a sus perros, que no dejaban de mover la cola y saltar a su alrededor celebrando el regreso.

—Tengo que decirte algo, Tina. Algo feo.

—¿Qué ocurre?

—Es tu madre, su salud empeoró desde que te fuiste.

—¿Y por qué no me avisaron? Podría haber regresado antes.

—Es que fue repentino. Estaba de buen ánimo hasta ayer, su profundo cansancio había cedido un poco y se levantó para cuidar ella misma de sus rosales, pero a la noche no se sentía bien.

—Iré a verla —resolvió y empezó a andar hacia la casa.

—No, no entres todavía. Tienes que saber algo...

—¿Algo como qué? ¿No puede esperar? Quiero ir a ver a mi madre — respondió y se dirigió corriendo hacia el interior.

Benilda la siguió e intentó detenerla.

—Tenemos que hablar.

—Habla después, Benilda.

—No, ahora, Tina —la detuvo sujetándola de un brazo frente a la puerta de la habitación de Antoinette.

—¿Qué pasa? ¿Qué es tan importante que no puede esperar?

—Antes de entrar ahí debes saber que tu madre no está despierta. Murió esta madrugada.

—¿Qué? —Faustina la miró sin asimilar el significado de esas palabras.

—Lo siento —murmuró con lágrimas en los ojos y tomándola de las manos.

—No, no es posible. Si me fui sólo unos días y ella estaba bien. *Maman!* —la llamó en voz alta, pero no tuvo respuesta.

—El médico dijo que no se pudo evitar. Su corazón estaba debilitado, simplemente se quedó dormida y no despertó —explicó Benilda y la abrazó, un gesto que obligó a Faustina a aceptar lo que estaba escuchando mientras las lágrimas le impedían ver.

*Faustina*

Sentía que las nubes se rasgaban sobre su cabeza. *Es el cielo llorando por su partida*, se dijo Faustina y las lágrimas brotaron con fuerza. Estaban en el funeral de su madre en plena tormenta. A ella le hubiera gustado enterrarla en su campo y estaba segura de que Antoinette, poco afecta a la iglesia, hubiera aprobado esa decisión. Pero el médico había notificado de la muerte al párroco y aquel se opuso a que una mujer cristiana descansase fuera de tierra consagrada. Así, allí estaban en esa fría mañana lluviosa detrás de la capilla, escuchando los rezos del sacerdote debajo de amplios paraguas. Pero Faustina no escuchaba la voz del hombre. Una de sus manos acariciaba a la otra, sin dejar de frotar el cintillo que lucía sobre el dedo mayor. Le quedaba grande en el anular, donde siempre lo había lucido su madre. Desde el día anterior lo llevaba ella y pensaba dejarlo allí para siempre, mientras pensaba en su madre y en la soledad. En la soledad profunda, que es mucho más que la falta de compañía.

Faustina se sentía muy sola, no tenía a nadie en el mundo. Su querida *Maman* había partido junto a su gran amor. Imaginó a sus padres juntos y felices en donde estuviesen y las lágrimas se intensificaron. Se habían ido sin ella. Ansió acompañarlos para recrear los días felices de su niñez. Otra vez todos juntos. Pero sabía que su deber era quedarse allí y enfrentar su propia vida. *¿Cómo? ¿Cómo voy a hacer?*, se preguntaba una y otra vez sin hallar la respuesta. Sólo la reconfortaba la mano de Benilda en su hombro. Su fiel



amiga no se despegaba de su lado y le pasaba pañuelos limpios cuando los de ella terminaban empapados y las lágrimas rodaban hasta la pechera de su vestido negro.

—¿Cómo voy a hacer? —expresó su miedo en voz alta cuando terminó el servicio fúnebre.

—No te preocupes, yo estaré siempre a tu lado y te ayudaré. Juntas saldremos adelante.

Agradecida por ese apoyo incondicional, se dejó llevar de regreso a su casa, donde se metió en la cama y no se levantó por tres días. Apenas aceptó tomar un caldo porque *ña* Gregoria la amenazó con metérselo en la boca por la fuerza con un embudo y la sabía muy capaz de cumplir con sus palabras.

Benilda intentaba levantarle el ánimo. Le llevaba noticias de sus animales. Le contó que una de las perritas estaba preñada y que pronto habría que cuidar a sus crías, pero nada le interesaba.

Al cuarto día se levantó porque le avisaron que su abuela estaba allí para verla. Cuando salió de su habitación y vio a Benilda limpiando la ventana del pasillo le dijo:

—Deja eso y ven conmigo.

—¿A dónde?

No le respondió, se dirigió a la cocina, donde habló en voz bien alta.

—*Ña* Gregoria, a partir de ahora Benilda no se encarga más de la limpieza.

—Pero, niña, tu madre dijo...

—Mi querida *maman* ya no está aquí y yo doy las órdenes ahora. Benilda se quedará siempre en esta casa y recibirá una paga por ser mi dama de compañía. Imagino que eso cubre las preocupaciones por su manutención que podría haber, y sin duda cubre mi necesidad de tener a mi amiga a mi lado. Es todo lo que me queda en este mundo —finalizó y las lágrimas volvieron a invadirla.

—Claro, mi niña. Lo que digas estará bien, pero ya deja de llorar. Benilda

y yo estamos aquí, no estás sola.

El cariño cargado en el abrazo de la mestiza transmitió algo de calor a Faustina, y sus palabras le permitieron descubrir que podía hacer y deshacer en la casa a su antojo. Ese detalle le regaló una pizca de energía. Por primera vez sintió que podría hacer algo más que llorar.

La charla con Léonie comenzó con un abrazo pero al rato se tornó distante.

—Lamento no haber venido al entierro, tenía cuestiones del negocio para atender. Sin Eladio y sin Jules todo recae ahora sobre mis hombros —se disculpó con frialdad—. A esta altura de tu vida ya sabes que tu madre y yo no teníamos la mejor relación, pero me hubiera gustado acompañarte. Al fin y al cabo, soy la única pariente que te queda.

—Lo sé y la comprendo, no se preocupe.

—Sí me preocupo porque como tal debo velar por tu futuro, pero cuando fui al banco para averiguar sobre las cuentas familiares me dijeron que se ocupa de todo un tal Perrén. ¿Lo conoces?

—Sí, era el abogado de mi madre. Venía a visitarnos con frecuencia.

—En el banco dicen que él figura como tu tutor legal. ¿Sabes por qué?

—Ignoro lo que es eso —respondió con las cejas alzadas por la sorpresa—. ¿Qué es un tutor legal?

—Es la persona que decide por ti hasta que seas mayor de edad, el encargado de cuidarte. Algo así como un padre postizo.

—¿Perrén será mi tutor? ¡No puedo creer que mi madre lo haya elegido a él! Si usted es mi abuela, ¿por qué no la nombró mi tutora?

—Puedo tener alguna idea del porqué de su aversión a que yo me ocupara de ti. Tu madre y yo no nos llevábamos muy bien antes de que tú nacieras, pero no viene al caso recordar aquellos días. Lo importante, pequeña, es que estamos obligadas a seguir sus indicaciones, al menos hasta que seas mayor de edad. Pero hasta entonces yo vendré a verte con frecuencia y tú podrás

venir a visitarme a la ciudad cuando lo desees.

—O cuando él lo autorice —agregó con un mohín de disgusto.

—Te sugiero que no empieces tu relación con tu tutor en pie de guerra. Trata de llevarte bien, así será más fácil conseguir lo que quieres. Con los hombres siempre es así. No veo por qué debería ser diferente con él. Al fin y al cabo es un hombre.

—¡Un hombre feo y viejo!

—Eso no importa. Sólo recuerda mi consejo: no te pelees con él, trata de manejarlo.

—Eso haré, abuela. Agradezco la sugerencia. ¿Quiere tomar un té? Pediré que nos sirvan en la salita de *maman*. Allí es donde siempre tomamos el té.

Cuando terminó de decirlo una sombra cambió la expresión de su rostro.

—Podemos empezar a llamarla la salita del té, si estás de acuerdo. No quiero borrar la memoria de tu madre de esta casa, es sólo para que te sientas más a gusto —sugirió Léonie.

Faustina asintió y salió para pedirle a Benilda que se ocupara de eso.

—Trae servicio para tres, tú también estarás con nosotras.

—¿Es necesario? Tu abuela siempre me mira torcido, me trata como a una criada.

—No me importa. Esta es mi casa y tú eres mi familia. No lo olvides.

Benilda asintió. Estaba agradecida con su amiga por el lugar que le daba en su vida. Sabía que si no fuese por ella le correspondería estar junto a su madre en la cocina. Le estaría agradecida por siempre, se dijo con convencimiento mientras marchaba a cumplir con el encargo.

\*\*\*

Había pasado media mañana cepillando a India pero Faustina no se cansaba de hacerlo. El enérgico movimiento con los brazos la ayudaba a pensar con claridad. Desde la muerte de su madre se había preguntado muchas veces cómo continuaría su vida sin encontrar la respuesta. El correr de los días le había demostrado que todo seguía igual. Con un dejo de tristeza instalado en su corazón y ese vacío imposible de llenar ante la ausencia, pero en la rutina diaria no había habido grandes cambios. Imaginaba que su madre había dejado todo resuelto para que ella no tuviera que preocuparse por cuestiones económicas, ya que ignoraba todo sobre las cuentas de la casa. En ese momento, entre cepillada y cepillada sobre el pelo de la yegua, tuvo una revelación: le gustaría pasar el mayor tiempo posible con sus animales. Y la mejor forma para que eso fuera una realidad era convertir su pasión en su trabajo. *Voy a criar caballos para venderlos*, se dijo decidida. *Aunque no sé nada de ventas, sí sé de equinos. Eso podría funcionar.*

La idea la animó, dedicarse a algo que le demandase mucho tiempo evitaría los momentos de conmiseración en los que caía cada tanto. Decidida, resolvió que hablaría sobre eso con Perrén en la próxima visita del abogado, dado que necesitaría invertir para comprar más animales y poder cruzarlos. Tendrían ganancia con la venta de las crías, y aunque cada yegua sólo podía tener una por año, le parecía un buen negocio. Dejó de lado que no tenía idea del precio de cada ejemplar, hizo hincapié en que podría aprender. Estaba ensimismada imaginando su proyecto cuando le avisaron de la inesperada llegada de Perrén.

—¡Qué bien! Así podré hablar de esta idea hoy mismo —dijo contenta cuando Benilda fue a avisarle y dejó el cepillo en manos de Saturnino, el peón que la ayudaba en el corral—. Sigue con eso una hora más.

—¿Tanto, patroncita?

—Sí, se lo merece, se comportó muy bien durante el paseo de esta mañana. Faustina había mantenido la costumbre adoptada junto a su padre de salir

temprano a cabalgar. Cuando el clima lo permitía, le gustaba observar el amanecer. El sol asomando de a poco pero incansable tras los árboles hacia el este de la propiedad le parecía majestuoso. Tomaba fuerzas de él.

Mientras caminaba hacia la casa le llamó la atención el cielo nublado, que iba oscureciéndose con rapidez. *Es probable que llueva, me alegra haber regresado antes de la tormenta*, pensó distendida. Pero su tranquilidad se terminó al entrar en la sala, donde encontró una gran pila de cajas y un par de baúles que no conocía. Sin duda pertenecían al recién llegado y no entendía qué hacían allí. Se dirigió al escritorio, donde él solía hablar de negocios con su madre y lo encontró sentado en el sillón detrás del mueble de caoba con detalles de marfil que fuera de su padre.

—Buenos días —lo saludó al entrar.

—Buenos días, Faustina. Me alegra ver que estás levantada y más repuesta, me dijeron que sufriste mucho la pérdida de tu madre. Lamento no haber venido al funeral, te presento en este momento mi más sentido pésame.

—Gracias, don Nicanor —respondió con corrección y poca efusividad. No le gustaba ese hombre, nunca le había gustado, pero siendo niña no le había importado su presencia. En ese momento, que debía mantener un diálogo con él, le causaba repulsión mirarlo. No podía evitar fijarse en el pelo, que peinaba desde una oreja hacia arriba y al costado para intentar cubrir la falta del mismo en la parte superior de su cabeza.

—Debo ponerte al tanto de la situación —anunció con parsimonia, apoyando las puntas de sus dedos sobre la tapa del escritorio.

—Lo escucho —respondió creyendo que hablarían de las cuentas en el banco.

—Tu madre me nombró tu tutor legal —anunció y la miró con detenimiento, esperando una reacción ampulosa.

—Mi abuela me lo dijo —respondió con naturalidad, como quitándole importancia al asunto.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Imagino que se refiere a que usted se ocupará de pagar las cuentas de esta casa y de mis gastos con el dinero que me dejó mi padre —explicó convencida de que sería todo.

—Es algo más que eso. Soy tu responsable legal. Deberás pedirme permiso para lo que quieras hacer, como antes le pedías a tu madre.

—No, no lo haré. Usted no es mi padre sino mi empleado —acusó despectiva.

—Te equivocas, puedo ocuparme de tus asuntos legales como abogado, pero soy más que eso: ante la ley, tengo tanto poder como si fuera tu padre.

Faustina sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Temía que lo que él estaba diciendo fuese cierto. Ya le había anticipado Léonie algo sobre una especie de padre postizo pero ella, en medio de su dolor, no había comprendido el alcance del término.

—¿Qué quiere decir con exactitud?

—Que el mundo como lo conocías ha terminado. Muy pronto me mudaré aquí con mi familia.

—¿Qué? Eso no es posible.

—Sí lo es. Tu madre me ha dejado a cargo, y como tu tutor legal desde hoy yo decido qué es lo mejor para ti.

—¡Pero esta casa es mía!

—Sí, lo sé. Pero yo creo que no es bueno que vivas aquí sola, estimo que será mejor que tengas una familia. Mi esposa y mis tres hijos menores llegarán en unos días. Las dos mayores ya están casadas, ellas sólo serán visitas ocasionales. Este caserón es muy grande, habrá lugar para todos.

—¿Su familia está dispuesta a dejar la ciudad?

—Mi esposa está enferma desde hace tiempo. El médico ha recomendado un cambio de aire, creemos que el campo le hará bien. Mis hijos no pueden oponerse al bienestar de su madre y nos acompañarán.

—¿Y se supone que yo debo aceptar eso porque usted lo dice?

—Sí, soy tu tutor, es lo que marca la ley.

Faustina apretó los puños para intentar controlar la ira que amenazaba con desbordarla. Tenía el mismo carácter explosivo e impetuoso que su padre, pero también la astucia para recordar el consejo de su abuela: que no fuera al choque con los hombres, sino que buscara envolverlos para dominarlos y conseguir el objetivo buscado.

—Entiendo —pronunció con lentitud—. ¿Y todos formaremos una gran familia?

—Esa es mi intención. Me agrada que lo comprendas y lo aceptes con naturalidad.

—Así será, pero hay otro asunto del que me gustaría hablarle.

—Dime de qué se trata.

—Quisiera comprar algunos caballos más, animales de raza. Estoy planeando que tengan crías para después venderlos.

—¿Quieres dedicarte a la cría de caballos?

—Sí, me gustan mucho los animales y creo que sería un excelente negocio. Quiero tener mi propia empresa cuando crezca.

—Las mujeres no manejan empresas, mi querida niña.

—Bueno, usted podría ocuparse de los números, yo estaría en el día a día con los animales, para empezar —concluyó con suavidad—. Conozco sobre alimentación, entrenamiento y los cuidados que demandan.

—¿Has pensado en algún tipo de caballo en especial?

—Me gustan todos, pero mi padre tenía una gran predilección por los pura sangre, decía que son ideales para las carreras.

—Sé que muchos jóvenes se están interesando en una nueva carrera universitaria que enseña a cuidar animales, veterinaria. Quizás podamos contratar a algún experto para que se haga cargo de la cría —anunció entusiasmado—. Me gusta tu idea, pequeña.

—Pero yo misma quiero ocuparme de eso, don Nicanor. No me gustaría contratar a alguien más.

—Pero tú no conoces el tema.

—Conozco lo suficiente. Le pido que me dé un voto de confianza. Así como yo recibiré a su familia de buen grado en mi casa, acepte mi propuesta y permítame dedicarme por mi cuenta. Yo le comunicaré si necesito ayuda.

—No estoy de acuerdo en que lo hagas sola, eres apenas una niña. Se me ocurre que podría ayudarte uno de mis hijos, Irineo tiene un profundo gusto por los caballos. Sí, lo he decidido: haremos eso, él se ocupará.

—¿Él? ¿Y qué hay de mí?

—Tú podrás ayudarlo. Reconozco que ha sido una buena idea para provenir de una niña. Ahora vete, tengo una gran pila de papeles para revisar.

Con muchas ganas de salir de allí dando un portazo, Faustina controló su ímpetu y se marchó en silencio. Al menos había logrado poner en marcha su plan. Ya vería cómo deshacerse de ese molesto rival, ella no toleraría competencia, ni mucho menos órdenes.

\*\*\*

Esa noche antes de dormir, mientras Benilda le cepillaba el cabello, Faustina le comentó lo ocurrido.

—Parece que tendremos una nueva anfitriona en esta casa: Perrén se instalará aquí con su familia. Traerá a su esposa y varios hijos. No me acuerdo cuántos.

—¡Ay, no! La nueva ama sin duda me mandará a la cocina con mi madre, o algo peor.

—No, nada de eso. No puede quitarte de tus tareas asignadas, esta es mi



casa y seguirás siendo mi dama de compañía. Aunque es un título tonto, en realidad es ideal para definir la amistad: nos acompañamos mutuamente.

—Son hermosas tus palabras, pero no creo que puedas enfrentar a la mujer de Perrén. Él mismo me dijo que es el nuevo patrón y que debo tratarlo como tal. Imagino que espera que haga lo mismo con su esposa.

—Una esposa que no sabe que él dormía en la cama de mi madre... ¡Me acabo de dar cuenta de que tengo poder sobre él! Ese dato me servirá para mantener al abogado bajo control.

—Admiro tu inteligencia, nunca se me hubiera ocurrido algo así.

—No lo llamaría inteligencia sino astucia. La usaré a mi favor para intentar recuperar el control de mi vida.

\*\*\*

Unos días más tarde, en el regreso de su paseo matinal con India, Faustina decidió dar un rodeo y llegar hasta el arroyo, su rincón favorito. Le fascinaba la tranquilidad que ofrecía un páramo en particular. En una curva del cauce, decenas de sauces llorones envolvían las orillas, formando con sus ramas colgantes una especie de sala de paredes naturales en la que el cielo aportaba un techo infinito. Aunque estaban sin hojas por ser invierno, el efecto era cautivante. El constante murmullo del afluyente, apenas interrumpido por los pájaros o los pasos veloces de alguna liebre corriendo la invitaban a pensar lejos de todo, en profundo contacto con la naturaleza.

Bajó de su montura y ató la yegua a unas ramas cerca del agua para que pudiera beber. Pensaba ir hasta un tronco caído junto a la orilla sobre el que le gustaba sentarse en verano y meter los pies en la fresca corriente, pero al acercarse tropezó con algo invisible que la hizo caer hacia un costado y

terminó con todo su cuerpo en el agua.

Al ruido de su desplome se sumó un grito agudo, lo que asustó al caballo y provocó que relinchara.

—¡Cuánto barullo! Van a espantar a los peces y no picarán mi anzuelo — comentó una voz masculina saliendo desde atrás de un sauce para ir a ver la caña plantada cerca de la orilla, de la que provenía el sedal con el que Faustina había tropezado.

—¡Me estoy congelando y a ti te preocupa la pesca! ¡Ayúdame a salir de aquí! —ordenó más que pidió al muchacho que vio junto a la caña.

—No es un buen día para bañarse en el arroyo, imagino que el agua debe estar helada —se burló el joven mientras se acercaba hasta donde ella estaba.

Faustina lo observó desde el agua y se le ocurrió jalar de su mano para hacerlo caer y así borrar esa amplia sonrisa de su boca. Pero al verlo más de cerca percibió que era muy alto, no tendría la fuerza suficiente.

—Ven aquí —dijo tirando de ella para hacerla vadear el lodo y sentarse sobre tierra firme—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió sacándose el sombrero empapado que colgaba de su cuello con dedos que ya tiritaban por el frío—. No entiendo por qué me caí, vengo siempre por aquí y conozco el lugar.

—Te tropezaste con el sedal de mi caña de pesca.

—¿Tu caña? ¿Y quién te autorizó a pescar en mi propiedad? —preguntó enojada.

—Mi padre. Le dije que iba a pescar en cuanto llegamos esta mañana y le pareció bien. Es el nuevo administrador de estas tierras y supongo que tú eres Faustina, su entenada.

—Eres un Perrén —la frase sonó con una mezcla de resignación y desprecio.

—Irineo Perrén, a tus órdenes —completó con educación, pero sin ofrecerle la mano para un saludo formal—. Me alegra conocerte, ya que

desde ahora vamos a ser algo así como hermanos, ¿no?

—No tengo hermanos —respondió con frialdad—, ni los necesito.

—Entonces podríamos ser amigos. ¿Acaso tampoco tienes amigos?

—Sí tengo una amiga, pero eso no es de tu incumbencia. Estoy aquí congelándome y me haces hablar de tonterías. ¿Me puedes ayudar a subir a mi caballo? No creo poder sola con el peso de esta falda empapada —explicó estirando la tela de su pollera pantalón color beige. Aunque debería vestir de luto no tenía ropa de montar de ese color, por lo que había ignorado las normas.

—Claro —respondió con educación y al mismo tiempo se quitó la chaqueta de lana y la puso sobre los hombros de ella. Faustina estuvo a punto de rechazarla pero una intensa ráfaga de viento contra su ropa helada le hizo cambiar de idea.

—Gracias —murmuró.

Las trenzas caídas sobre la espalda le daban un aspecto infantil, pero la tela de la camisa rosa claro pegada sobre su pecho revelaba que ya tenía cuerpo de mujer. La mirada de él se posó allí y ella se cerró el saco en el cuello con un puño apretado. Con la ayuda de Irineo se ubicó sobre la silla de montar y antes de marcarle a India que se moviera preguntó con educación:

—¿Podrás encontrar solo el camino de regreso?

—Creo que sí, seguiré el curso del agua.

—No, te apartará de la casa. Cuando terminan los sauces debes desviarte hacia la izquierda. —Estimaba que no le convenía sumar un enemigo en su casa, por lo que intentó suavizar el aparatoso primer encuentro con alguna cordialidad. Enseguida clavó los talones en los flancos de India y se alejó en un suave trote.

—Gracias por el dato —gritó él y decidió marcharse, el clima invernal no invitaba a quedarse quieto pescando sin un abrigo.

Faustina avanzaba sobre su animal sin mucha prisa, para evitar potenciar el

efecto del viento sobre sus ropas mojadas, cuando escuchó los cascos de un caballo aumentando su intensidad. Se dio vuelta y para su sorpresa vio a Irineo acercándose a ella sobre un caballo blanco. En pocos segundos él la alcanzó y se puso a su lado.

—No sabía que habías venido cabalgando y que trajiste tu propio caballo.

—Me encantan los animales, él es Indio.

Faustina no pudo evitar una carcajada.

—No entiendo por qué te ríes, es un nombre muy bonito y refleja el espíritu indómito de este animal.

—Es que mi yegua se llama India. A mí también me parece un nombre muy bonito y apropiado para un caballo.

Dos sonrisas silenciosas sellaron la paz.

—Lamento que te hayas mojado por mi culpa.

—Todavía no te he perdonado, pero lo haré en cuanto me quite esta ropa fría y me dé un baño caliente.

—Te propongo que vayamos más deprisa, el viento ya está fuerte, no será mucho mayor si corremos y el viaje será más corto.

—No lo sé, hay ráfagas fuertes —dudó.

—¿Acaso tienes miedo?

Los desafíos no amedrentaban a Faustina. Por toda respuesta clavó los talones con fuerza en India, que salió corriendo hacia adelante, sacándole un par de cuerpos de ventaja a su compañero debido a la sorpresa. Pero Irineo también era un buen jinete y tenía un animal muy veloz. En pocos segundos la alcanzó y enseguida la pasó.

Al ver que ella le exigía a India para igualarlo sin lograrlo, aflojó las riendas de Indio y la esperó. Llegaron al establo galopando juntos, casi lado a lado.

—Fue una buena carrera. Buena jinete y buen animal —reconoció él satisfecho—, podremos repetirla cuando quieras.

Sorprendida por el elogio, Faustina no supo qué decir. Bajó del caballo y entregó las riendas a Saturnino.

—¿India la tiró al agua, niña? —preguntó el muchacho con los ojos entrecerrados—. Me cuesta creerlo.

—Claro que no. No fue ella.

—Yo tampoco, bueno, al menos no a propósito —emitió una especie de disculpa Irineo cuando el joven de aspecto mestizo lo miró con cara acusadora y poco amigable.

—¡Tina! ¡Estás empapada! Vamos adentro antes de que te enfermes —la preocupación de Benilda por su amiga era sincera y más fuerte que su sorpresa por verla llegar en ese estado.

Detrás de ella apareció otro muchacho que por el parecido de sus rasgos Faustina dedujo que era hermano de Irineo.

—Otro Perrén, presumo —lo saludó cuando él extendió su mano hacia ella—. ¿Qué te toca a ti, hacerme caer en el barro?

—Creo que no merezco ser prejuizado, estimada señorita. No suelo ser responsable de los desastres que ocasiona mi atolondrado hermano mayor —le habló con total corrección pero con una gran calidez en su tono que revelaba que era lo opuesto al joven impetuoso que ya había conocido. Su imagen anticipaba que no eran similares. A pesar de los rasgos inequívocos de ambos, con los ojos color verde, la mandíbula marcada con una amplia sonrisa y el mentón en pico, el más joven iba vestido como un caballero, con traje, un moño en el cuello cerrado de la camisa y el cabello engominado, en un tono más oscuro que el de su hermano.

El trato distante y el formalismo de él descolocaron a Faustina pero no iba a dejarse intimidar. Como anfitriona, decidió que podía hablarle como quisiera.

—¿Y tú eres?

—Remigio Perrén, el menor del clan. Veo que ya has conocido a mi

hermano Irineo, voy a tutearte ya que tú así lo haces. Te informo que dentro de la casa está mi hermana Lucrecia y supongo que en su alcoba ya descansa mi madre. No está muy bien de salud y el viaje la agotó.

—Espero que se recupere pronto. Sé lo que se sufre en una situación así, acabo de perder a la mía.

—Lo sé, por eso es que estamos aquí —respondió con suavidad frente a la empatía expresada por ella—. No debe ser fácil enfrentar esta invasión mientras sufres por la pérdida de tu madre, pero no nos veas como al enemigo usurpador. Estamos aquí para acompañarte, para ofrecerte una familia. Eso sí te acostumbras a nosotros, claro, dado que somos un poco especiales —concluyó con un guiño.

Faustina estaba pensando que le caía bien ese Perrén cuando la interrumpió un grito de Benilda.

—¡Tina debes entrar! Habrá tiempo después para las presentaciones, no se irán a ningún lado, recuerda que van a vivir aquí —intervino su amiga y se la llevó tironeando de un brazo sin darle opción a nada más.

\*\*\*

Mientras la ayudaba a lavarse los cabellos con agua caliente, Benilda no dejaba de hablar.

—¡Dos jóvenes vivirán aquí en la casa! Eso sí que es un cambio, una interesante novedad. Se parecen entre sí, uno en versión rubio y el otro castaño, y los dos con bonitos ojos verdes. ¿Cuál te gusta más, Tina?

—No me interesa la llegada de esta gente. No están aquí por mi voluntad, si por mí fuera los echaría a todos hoy mismo.

—¿Por qué dices eso? No parecen mala gente.

—No se puede determinar qué clase de gente son en un día, Benilda. Sólo puedo saber que hoy terminé empapada por culpa de uno de ellos.

—El mayor es el más buen mozo, aunque el otro también tiene su encanto —agregó su amiga con una sonrisa cómplice—, ¿no lo crees?

—Ay, no lo sé, no tuve tiempo para fijarme en eso. Son los hijos de Perrén, creo que no podría gustarme ninguno.

—¿Por qué? ¿Por el padre que tienen?

—Pues sí, justamente, por ser hijos de quien son. Ese hombre no me gusta. No me gustaba cuando visitaba a mi madre y menos me gusta ahora que se cree con derecho a mandar en mi casa.

—Debes calmarte y olvidarte de eso, es una realidad que no puedes transformar.

—Lo sé —afirmó con un suspiro de resignación—, pero me cuesta ver esta casa invadida por extraños.

—Pronto te acostumbrarás a ellos y ya no serán extraños.

—Eso me temo, querida amiga, eso me temo.

Cuando llegaron al comedor para almorzar, los dos hermanos a quienes ya habían conocido estaban allí, de pie, esperando junto al aparador. Faustina tuvo la oportunidad de observarlos lado a lado. Irineo era más alto y más rubio, pero el parecido entre ambos era indiscutible. Ambos tenían el pelo lacio, que el de brillos dorados llevaba suelto y el castaño peinaba con prolijidad hacia atrás. Los dos lucían cuerpos estilizados y atléticos; uno vestido con descuido, con los tiradores a la vista sobre una camisa y las botas gastadas sobre el pantalón, y el otro pulcro y arreglado, con un traje dentro de casa. En la boca de Irineo se dibujaba con más naturalidad una sonrisa, Remigio, en cambio, tenía más bondad en su mirada y fue quien se acercó a recibirla.

—Espero que estés mejor después del frío chapuzón.

—Sí, gracias.

—No sabía que había un río en la propiedad.

—En realidad es un arroyo, pero tiene una buena correntada. En verano es muy agradable para bañarse.

—¿Es cierto que hay pique allí? Eso me informó el peón del establo cuando llegué y quise comprobarlo por mí mismo —intervino Irineo en la conversación.

—Sí, he visto a Saturnino regresar con baldes con varias presas.

—No se llaman presas, sino pescados o piezas de pesca —la corrigió Irineo.

—No hace diferencia cómo se llamen, siempre terminan en la olla —retrucó enseguida.

—Sí, mi madre los limpia en la cocina y luego los prepara con esmero —agregó Benilda.

—La hija de la cocinera no debería estar en el comedor con la familia —se oyó una voz femenina desde la puerta y unos tacones golpeando sobre el piso de madera.

—Yo decido quién come en mi mesa —respondió Faustina con rapidez—. Benilda es mi amiga y mi dama de compañía. Y no sé quién eres tú.

—Soy Lucrecia Perrén, y no estoy acostumbrada a almorzar con la servidumbre —insistió en el tono despectivo la muchacha rubia recién llegada mirando a la de rasgos mestizos con desdén.

—Pues puedes ir a comer a tu habitación o al establo, me da igual. Benilda siempre se ubicó a mi lado en esta mesa y seguirá haciéndolo. ¿Nos sentamos? —invitó a todos con un gesto.

—Falta mi padre, él decidirá sobre la criada.

—No hay nada que decidir. Benilda no es una criada. Y aquí siempre se almuerza a las doce y media, don Nicanor lo sabe. Acaba de sonar la campanada del reloj de la sala, sin duda debe estar acercándose —anunció y



corrió una silla para sentarse en un lateral de la mesa e indicó a Benilda con un gesto que hiciera lo mismo. Los muchachos las imitaron.

Faustina acertó sobre la llegada de Perrén, que vio a todos sentándose y se ubicó en la cabecera.

—¿No te sientas, Lucrecia? —preguntó a su hija.

—No, padre. No quiero sentarme a comer en compañía de una criada — señaló a Benilda con un gesto de la cabeza.

—Antes de que diga nada, don Nicanor, debo recordarle que Benilda siempre comió con nosotros, aun en vida de mi padre. Y si Octavio Mariani, dueño original de esta casa, podía hacerlo todos los que quieran vivir aquí deberán seguir su ejemplo.

La mirada de Faustina y el gesto de su boca decían que estaba dispuesta a continuar con esa batalla, que no iba a dar el brazo a torcer con facilidad. Perrén decidió que no valía la pena discutir por eso.

—Me parece bien seguir la costumbre de anfitrión generoso de mi gran amigo. Si él aceptó a esta niña a su mesa, yo no voy a echarla de aquí. Siéntate, Lucrecia, o puedes ir a comer a la cocina.

Con un gruñido de disgusto, la recién llegada se marchó por donde había venido poco antes. Nadie preguntó a dónde se dirigía. Poco importaba en ese momento, Faustina había ganado esa primera disputa.

—Te has comprado una enemiga. Lo lamento por ti, deberás tener cuidado. Mi hermana es vengativa —comentó Remigio en voz baja, inclinándose hacia ella. Estaba sentado a su lado y enfrente se encontraba Irineo, que la miraba con fijeza.

Sorprendida por el consejo, Faustina no dijo nada. Todos se sirvieron y comenzaron a tomar en silencio la humeante sopa de zapallo y cebolla que llevó *ña* Gregoria en una fuente de plata, hasta que Perrén recordó el desagradable asunto.

—Esperaba que mi hija y tú fueran buenas amigas —se dirigió a Faustina

—. Aunque Lucrecia no planea quedarse mucho tiempo por aquí. Ya cumplió dieciocho y va a ser presentada en sociedad el próximo verano. A ella no le gusta el campo, sólo vino para acompañar a su madre.

—Lo siento, intentaré mejorar esa relación —respondió como muestra de buena voluntad, en agradecimiento por su apoyo de antes.

Perrén asintió con la cabeza y se volvió hacia el mayor de sus hijos.

—¿Pudiste recorrer la zona este del terreno? Tengo entendido que la propiedad llega hasta el río pero me dijeron que hay demasiados pantanos y lodazales por allí. Quiero saber si podríamos criar animales.

—No, padre. Pensaba hacerlo después de pescar pero debí regresar directo a la casa por un imprevisto.

—¿Qué imprevisto te impidió cumplir con mi encargo? —preguntó en tono poco amigable, frente a lo que Irineo no dijo nada, sólo bajó la mirada.

—Creo que yo fui el imprevisto, don Nicanor. No se enfade con Irineo. Me caí en el arroyo y su hijo me ayudó a salir, además me dio su abrigo. No podía quedarse a la intemperie sin él.

—¿En el arroyo? Bueno, sin duda ha sido un primer día en familia fuera de lo común. Espero que las cosas mejoren a partir de mañana y que todos pongan voluntad para una convivencia armónica. ¿Han entendido? —finalizó con rispidez.

—Sí, padre —dijeron los varones al unísono y las muchachas asintieron con las cabezas.

—Querida, he entendido que no eres una criada, pero dado que mi esposa no ha venido a la mesa, ¿podrías actuar como ama de llaves y ordenar que nos sirvan el próximo plato? —pidió a Benilda de un modo que ella no pudo rechazar y ante lo que Faustina tampoco dijo nada. Se quedó pensando que Perrén era mucho más astuto que lo que indicaba su aspecto.

\*\*\*

Después del almuerzo Irineo partió a cumplir con el demorado encargo de su padre y Benilda se retiró a descansar. Dijo que no quería ver a nadie y Faustina entendió su estado de ánimo. Estaba a punto de salir sola al jardín delante de la casa, cuando Lucrecia se cruzó en su camino.

—He hablado con mi madre sobre lo ocurrido. Dice que ella no puede contradecir una orden directa de mi padre, pero le conté de tus ínfulas y me preguntó cómo eras.

—Me tiene sin cuidado lo que le hayas dicho de mí.

—Pues si fuera tú empezaría a preocuparme: le dije que te vistes con ropa colorida y dijo que eso no es apropiado, que debes guardar luto por tu madre. Ordenó que desde hoy uses ropa negra —le comunicó con una cínica sonrisa—. Y antes de que pierdas el tiempo corriéndole con el chisme a mi padre, te aviso que él estaba allí y lo aprobó. Así que ve a cambiarte.

Sorprendida por la maldad realizada por Lucrecia, Faustina entendió que sería inútil entrar en esa disputa. Sin decir palabra, se dio vuelta y fue a cambiarse. Cuando salió con el mismo vestido negro que había usado para el funeral su ánimo había decaído tanto como aquel horrible día. Se envolvió en un chal de lana aunque el sol amortiguaba el aire invernal a esa hora de la tarde, y caminó hasta el jardín de rosas de su madre. Necesitaba asimilar los cambios recientes de su vida. Para su sorpresa, allí encontró a Remigio, sentado en el banco favorito de Antoinette, con un libro abierto en las manos. Sus pasos lo distrajeron de la lectura y la saludó con un gesto.

—Perdón, no quise interrumpir —se disculpó.

—No te preocupes, Platón puede esperar.

—¿Eso lees? Mi padre lo nombró alguna vez. ¿Es un buen libro?

—Platón no es un libro, es el autor. Fue un filósofo de la Antigua Grecia.

El libro se llama *La República*.

—Oohh —murmuró y sus mejillas enrojecieron por el error.

—No debes avergonzarte. Eres joven y aún puedes aprender muchas cosas.

—Ya no soy tan joven. En un par de meses cumpliré quince.

—Te aseguro que eres joven —afirmó riendo—. Yo tengo dieciséis y todavía estoy aprendiendo. Este año terminaré el colegio. Me permitieron ausentarme de las clases por la enfermedad de mi madre, pero rendiré los exámenes a fin de año. Por eso tengo que estudiar mientras estemos aquí. Planeo ser abogado en el futuro, como mi padre.

—¿Tan grave está tu madre?

—Los médicos dicen que sí. Aunque a veces parece que va a recuperarse y hasta tiene fuerzas para levantarse. Ya lo verás por ti misma alguno de estos días. No es la mujer que solía ser, pero creo que te llevarás bien con ella.

Una fría brisa los envolvió y Faustina se estremeció.

—Vamos a caminar un poco para entrar en calor —ofreció él y comenzaron a andar entre los rosales. Cada tanto ella se agachaba para arrancar las hierbas que se inmiscuían entre las plantas—. ¿Por qué los quitas?

—Porque hay que hacerlo. Mi madre siempre lo hacía. Amaba los rosales y los cuidaba ella misma con devoción. Yo apenas la imito.

—Puedes pedirle ayuda para esto a mi hermano, le encantan las plantas y conoce mucho de ellas.

—¿De verdad?

—Sí, yo no entiendo nada de flores, lo mío son los libros. Irineo, por el contrario, no soporta estar encerrado. Él ama la naturaleza y todo lo que está en ella. Deberías pedirle que se ocupe del jardín.

—No puedo pedirle nada, se ganó un reto hace un rato por mi culpa.

—No fue tu culpa. Además seguro que no le importó. Está acostumbrado a los modos de mi padre.

—¿Y tu hermana? —preguntó incómoda por estar hablando de Irineo, buscó cambiar de tema—. ¿Cómo podría acercarme a ella?

—Lucrecia es difícil —explicó con un suspiro—. Sólo piensa en casarse. Armó un escándalo porque veníamos para aquí, dijo que sería más fácil encontrar una culebra entre los altos pastos que un novio —concluyó con una mueca.

—No se equivocó. Hay más reptiles que hombres por aquí.

—¿De verdad? ¡¿Son venenosas?! —reveló su espanto.

—Sólo la yarará es venenosa. Debes alejarte de ellas. El resto son inofensivas.

—¿Hay muchas por aquí?

—En la zona alta es raro. Yo nunca las he visto por aquí, pero cerca del río sí hay muchas y salen cuando hay crecidas.

—Tu información no me tranquiliza —confesó.

—No te preocupes, las más comunes son las culebras. Si te pica una de ellas sólo se siente un pinchacito y nada más, puedes estar tranquilo. En cambio si fue una yarará se verán los orificios de la mordedura, sangrarán y se hinchará toda la zona.

—¿Y qué pasa entonces?

—No hay mucho por hacer. Quizás rezar si eres creyente —explicó con un encogimiento de hombros.

La palidez del muchacho reveló cuánto lo había impresionado esa explicación.

—Creo que limitaré mis paseos hasta la biblioteca de mi padre.

—¿Es la biblioteca de mi padre! El tuyo sólo está aquí y por eso la usa — exclamó enojada sin poder controlar su lengua, pero se arrepintió enseguida al ver la cara compungida del muchacho.

—Lo siento, no quise hacerte enojar. Tienes razón, es tu casa y es la biblioteca de tu padre. Nosotros somos intrusos en tu vida. Me gustaría que

me perdonaras esta invasión y me permitieras ser tu amigo —le tendió la mano como a un hombre, en un gesto de camaradería.

—Acepto tu amistad. Y tú perdona mi arranque de mal humor. No estoy acostumbrada a que otros ocupen los espacios que son... Que eran de mi familia.

Un apretón de manos selló el pacto de amistad entre ellos. Una cálida corriente alcanzó el brazo de Faustina ante el contacto, imaginó que él había sentido lo mismo, porque la miró y sonrió, y continuaron andando entre las flores.

\*\*\*

Había pasado una semana desde la mudanza de los Perrén a *Mil Rosas* y Faustina todavía no había conocido a doña Graciana. La mujer nunca dejaba la habitación principal, en la que se había instalado sin consultar a nadie. Quien sí salía de su alcoba y había aceptado participar de las comidas a pesar de la presencia de Benilda fue Lucrecia. Después de aquel mal comienzo, unos días más tarde la hija de Perrén se había disculpado con Faustina.

—Mi padre me hizo entender que extrañas a tu madre, que todos estos cambios deben ser difíciles para ti y que mantener a tu dama de compañía a tu lado te ayuda a salir adelante. Me gustaría que lo ocurrido quede atrás y podamos ser amigas. No voy a estar demasiado tiempo aquí, pero quiero pasarlo lo mejor posible.

—Yo también espero que nos llevemos bien. Dime, ¿de verdad piensas marcharte pronto?

—Sí, ya tengo dieciocho, iba a presentarme en sociedad en la primavera pasada pero la enfermedad de mi madre lo impidió. El médico dice que el

campo le hará bien, por lo que ansío que su salud nos permita regresar para poder presentarme este año.

—Mi abuela también quiere que me presente pronto, pero no es lo que yo deseo —confesó.

—¿Por qué no? Es lo que anhela cualquier muchacha de la sociedad. Y tú tienes buena cuna, tu padre te dejó en buena posición —hizo un ademán con la palma extendida a su alrededor.

—Es cierto que tengo fortuna, pero ¿para qué me sirve si no puede brindarme felicidad? No tengo a mi madre ni a mi padre... Y ninguna fiesta de gala podrá reemplazarlos —justificó su dolor, pero evitó entrar en detalles sobre su nacimiento.

—Imagino que es duro quedar huérfana, pero tu vida continúa. Sus muertes no pueden impedir que vivas como se debe. Yo creo que deberías seguir el consejo de tu abuela y presentarte como Dios manda, así luego podrás asistir a fiestas y ser festejada.

—Las fiestas no son un precepto de la Iglesia —observó.

—Lo sé, pero Él lo aprueba como método para encontrar marido y formar una familia. ¿De qué otro modo iba una a casarse con alguien apropiado si no? No puedes ser abordada en la calle. Para eso son las fiestas de la alta sociedad. Hay que tener un lugar adecuado donde mirar y ser mirada para poder escoger —justificó con desparpajo.

Faustina se quedó observando a esa muchacha, que ofrecía un aspecto normal, pero tenía pensamientos muy extraños. Era de la misma altura que ella pero con formas más redondeadas. Tenía la piel muy blanca, como su padre, y los mismos cabellos claros de Irineo peinados en dos rodetes arriba de las orejas.

—¿Así se casaron tus hermanas mayores?

—Por supuesto. Las dos encontraron novios en las fiestas del Jockey Club. Espero poder asistir pronto yo misma.

—Y si tu madre no mejora, ¿te irás igual? —preguntó con curiosidad, pensando en cuánto le hubiera gustado pasar más tiempo con la suya, sin importar ningún baile.

—¡Mejorará! —afirmó con enfado—. No podemos quedarnos aquí para siempre.

Faustina rezó para que ese pedido se transformase en realidad. A pesar de su buena voluntad, no se imaginaba como amiga de Lucrecia durante mucho tiempo.

\*\*\*

Una densa niebla cubría todo en esa fría mañana, pero Faustina no se amedrentó. Se abrigó y llegó hasta el establo en busca de India para su paseo matutino. Al entrar se sorprendió por encontrar a Irineo hablando con Saturnino, dándole órdenes.

—Quiero que hagas un lugar al fondo, para poner allí los fardos que llegarán.

—¿Fardos? ¿Qué fardos? —preguntó con curiosidad.

—Buenos días. Me refiero a unos que llegarán mañana temprano, al menos eso espero, pues los caballos arribarán por la tarde.

—¿Compraste caballos? —exclamó con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Sí, parece que tú convenciste a mi padre de que son una buena inversión y me permitió hacerlo. Le escribí a un amigo que se dedica a la venta de pura sangre y me traerá un par de animales mañana. Si me gustan, pueden ser nuestros.

Faustina cambió varias veces de estado de ánimo durante la explicación de



él. Felicidad porque su proyecto estaba encaminado; rabia porque Irineo estaba a cargo de todo; frustración porque dijo que si le gustaban a él los comprarían, sin consultarla, y alivio final porque usó la palabra “nuestros” en lugar de “míos”.

—¿Cuántos son?

—Cuatro, tres hembras y un macho —anunció con una sonrisa que demostraba su excitación por emprender la cría de equinos.

—¿Podemos confiar en tu amigo?

—Por supuesto. Su padre se dedica a esto, vendrán juntos, son gente seria y conocida en el negocio.

—¿Y si ellos crían por qué quieren vender estos animales? ¿Estarán fallados?

—No lo creo, los venden porque para eso los crían, pero debo reconocer que tu pregunta es válida —observó con admiración—. Tendremos que examinarlos con cuidado. Saturnino me ayudará.

—Yo también puedo ayudar. Conozco mucho de caballos, por eso me quedé con el alazán de mi padre, es un buen ejemplar.

—No conviene que vean a una jovencita evaluando su mercadería. ¡Esto es un negocio! —dijo en un tono más alto que el habitual.

—Sí, mi negocio, dado que es mi dinero, ¡y fue mi idea! —exclamó enojada.

—¿Tu negocio? ¡No fue eso lo que me dijo mi padre!

—¿Y se puede saber qué te dijo?

—Que te permitiera ayudarme para mantenerte entretenida —explicó desafiante.

Saturnino se había alejado cuando empezaron a levantar la voz, por lo que estaban solos en el interior del establo.

—¡No puedo creer lo que estoy escuchando! Se aliaron para embaucarme, padre e hijo. Nunca tuvieron la intención de dejarme llevar adelante mi plan.

La frase que había empezado en un grito concluyó en voz muy baja cuando las lágrimas le impidieron continuar. Sin que pudiera controlarlas, Faustina se vio envuelta en un profundo llanto, cargado de impotencia. No podía llevar adelante su idea en su propia casa, y debía ver como otro lo hacía y además con su propio dinero. Se sintió desprotegida e impotente por completo. Sin nadie a quien recurrir, sin un alma amiga que la defendiera. Con la vista nublada, no vio que los brazos de Irineo la rodearon y la acercaron a él.

Sintió su cabeza contra el pecho firme y una mano en la nuca que la consolaba. Aspiró para tratar de controlar el llanto y un penetrante perfume masculino la invadió. Hacía mucho que no sentía un aroma así. Le recordó a su padre y eso la reconfortó.

—Sí, llora, te hará bien descargarlo. Siento haber gritado. Ha pasado muy poco desde la muerte de tu madre y siempre tratas de mantenerte entera, pero nadie puede ser tan fuerte. Veo que llevas luto, eso refleja el dolor que cargas dentro. Además tu vida ha cambiado, te hemos invadido. No debe ser fácil adaptarte. Permíteme ayudarte. Yo te asistiré con los caballos y haremos creer a mi padre que me ocupo de todo, como él pidió. Pero en la práctica tomaremos las decisiones juntos, si estás de acuerdo.

A Faustina le costó comprender que no había trampa en la bondadosa oferta. Irineo sentía lástima por ella y la iba a ayudar. Eso la enterneció. Sin duda era un buen hombre. *O lo será en el futuro, todavía es un muchacho, se recordó. Y no está bien que un muchacho me abrace, pero no me importa. Es muy agradable, y hace mucho que algo no me provocaba esta sensación.* Cerró los ojos y se dejó abrazar un rato más, hasta que el llanto pasó.

Cuando finalmente se alejó, extrañó de inmediato el calor de esos brazos. Él sacó un pañuelo de su bolsillo y le secó las mejillas con cuidado.

—Sé que es provechoso llorar porque lava el padecimiento del alma pero me apena cuando lo haces, refleja el gran desconsuelo que llevas en tu interior.

—Intentaré no llorar para no apenarte —soltó con sarcasmo.

—No te enojés, veo que te cuesta controlar a la fiera que llevas dentro y que asoma con facilidad. Eres una caja de sorpresas, señorita Faustina. Prefiero quedarme por el resto del día con el recuerdo de la tranquila joven a quien consolé entre mis brazos. Ahora debo volver a trabajar.

Para despedirse iba a darle un suave beso en la mejilla, pero Faustina justo se movió y los labios de él se posaron en la comisura de los de ella y se quedaron allí. Los ojos de ambos se encontraron, sorprendidos por el contacto y por lo que eso les provocó.

Ella dio un paso atrás y él siguió mirándola, como si hubiese descubierto en ese mismo momento que no era una niña sino una mujer.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré quince muy pronto, el mes próximo —respondió avergonzada por no saber cómo comportarse. Ese había sido su primer beso y le causó una extraña sensación.

—¿Qué piensas de lo que te dije? —cambió de tema él para disimular su incomodidad.

—¿De qué?

—De no decirle a mi padre que vamos a manejar esto juntos. Él quiere las cosas a su manera y es mejor no contradecirlo.

—Bien, me parece bien. Haremos como tú digas. Y ahora te dejaré trabajar —anunció para salir apurada a buscar a India, subir a la silla y hacerla correr hacia la llanura para alejarse de allí cuanto antes. No lograba entender lo que había pasado, pero sí sabía que no había sido inmune a ese beso.

## 20

Unos días después de la compra de los caballos, que había resultado muy exitosa, Faustina volvió de un paseo e iba a su habitación para lavarse las manos cuando encontró a Lucrecia y Benilda en el pasillo. Por el gesto de su amiga dedujo que algo estaba mal.

—¿Qué ocurre? ¿Las puedo ayudar?

—La señorita quiere que me ocupe de cambiar las sábanas de su habitación —explicó Benilda.

—No es tan así, sólo le pedí que se ocupe de que alguien las cambie. Se mancharon por la noche, estoy en esos días, ¿me entienden lo que quiero decir?

Ambas lo entendieron pero no mostraron solidaridad alguna.

—Puedes decírselo tú misma a alguna criada. Hay dos, ellas podrán resolver tu problema. Y creo que este tema ya estaba claro, ¿o no? —preguntó Faustina con rispidez.

—Sí, la muchacha...

—Se llama Benilda —la interrumpió con tono imperativo.

—Sí, Benilda es tu dama de compañía, lo sé, pero mi madre me dijo que también debe ocuparse de las tareas de ama de llaves. Por eso se lo he pedido. Ahora que sé que eso también te molesta, trataré de no hacerlo más —se disculpó de manera poco creíble, pero intentando evitar una pelea.

—Muchas gracias por tu cortesía —respondió Faustina del mismo modo.

En cuanto se alejaron apretó las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes.

—No permitiré que te dé órdenes. Iré a hablar con Perrén ahora mismo.

—Trata de controlar tu genio, Tina —le recomendó al verla avanzar sacudiendo la falda del vestido por el ímpetu de su andar.

Faustina la escuchó e inspiró hondo frente a la puerta de la biblioteca donde solía trabajar don Nicanor antes de entrar.

—Buenos días, ¿en qué te puedo ayudar? —preguntó con afabilidad.

—Necesito hablar con usted.

—Para pedirme algo, imagino. ¿Ropa quizás? Las mujeres siempre necesitan telas y adornos nuevos. En unas semanas podrás reducir el luto y pasar a una cinta negra en tu brazo, y creo que querrás lucir algo bonito. Después de todo, los tiempos han cambiado, ¿ya estamos en el siglo veinte! —anunció sonriente.

—Sí, quiero hacerle un pedido pero no es nada material. No necesito ropa nueva.

—¿De qué se trata? Si es por los caballos, ya te he dicho que Irineo es la persona adecuada para ocuparse de ello.

—No es por eso tampoco. Se trata de Lucrecia. Estamos intentando ser buenas amigas —comenzó a explicar alterando en parte la verdad—, pero ella insiste en tratar a Benilda como a una criada más. Y ya quedó claro cuál es el lugar de mi amiga en esta casa.

—¿Y pretendes que yo pierda el tiempo para defender a una mestiza a cada rato? Estoy ocupado, niña, no puedo encargarme de eso. Ya hablé con mi hija una vez, ahora deberás resolverlo por tu cuenta.

—Lucrecia no hace caso a nadie. Por eso le pido que se ocupe usted. Si no lo hace las cosas se podrían complicar. Puedo contarle a su esposa de los días en que usted se quedaba a dormir en esta casa con mi madre y compartía su habitación —lo desafió.

—¡No te atreverías! No es digno de una dama hablar de esas cosas. Y si bien todavía eres joven, te han educado para serlo —respondió con las mejillas enrojecidas.

—Poco me importan las normas de la sociedad y no quiero ser una dama. ¡Sólo quiero ser feliz! Y para eso debe controlar a su hija, o yo misma le contaré la verdad a su esposa.

—¿Qué es lo que tienes para decirme, muchachita?

Faustina se dio vuelta sobresaltada para encontrarse frente a una mujer de piel amarillenta, con los ojos hundidos, los ralos cabellos sueltos desparramados en los hombros que cubría con un chal, y unos finos labios apretados. Se notaba que tenía clase y que había sido bonita alguna vez, pero la enfermedad había borrado cualquier rastro de esa belleza.

—¿No vas a decir nada? Respóndeme. Ah, quizás no sabes quién soy, pues aún no nos han presentado: doña Graciana Perrén, nueva ama de esta casa.

Faustina alzó las cejas al escuchar eso pero continuó en silencio. No quería ser responsable de un escándalo ni decir nada que pudiera afectar la salud de la enferma. Sólo había amenazado a don Nicanor para conseguir su objetivo pero no planeaba cumplir sus palabras.

—Querida, me alegra ver que estás mejor, pero no debes alterarte. ¿No quieres ir a sentarte en la sala? Pediré que te lleven un té —intervino don Nicanor para calmar a su esposa.

—No quiero té. Quiero que esta chiquilla continúe con lo que iba a decir —habló con voz rasposa, y con paso tambaleante llegó hasta una silla frente al escritorio para sentarse.

—Lo siento, no pensé que estaba aquí. Lo que decía no tiene importancia —mencionó Faustina en voz baja.

—Sí la tiene. Estabas amenazando a mi marido para conseguir algo. Mi cuerpo está enfermo pero mi mente continúa sana. No soy tonta. ¿Crees que no me di cuenta? Y hasta puedo imaginar con qué secreto lo amenazabas.

Pues voy a quitarte todo tu poder ahora mismo, ¡pequeña arpía!

—Graciana, por favor, tranquilízate —intervino Perrén.

—Déjame continuar. Quiero decirle en la cara a esta cría, y también decírtelo a ti, que siempre supe lo tuyo con esa mujer.

—¡¿Qué dices?! —exclamó simulando indignación.

—Sí, sé que tuviste un romance con la madre de esta niña. No intentes negarlo porque yo misma olía su perfume en tu ropa cada vez que llegabas de un viaje de negocios a esta casa. Los hombres creen que las mujeres somos tontas, que nunca nos enteramos de nada, pero sabemos, siempre sabemos. Lo que ocurre es que muchas veces es preferible callar. ¿De qué serviría hablar de ello? Sólo generaría un mal momento y un escándalo. No, no es necesario pasar por eso. Es más conveniente aguantar y sufrir en silencio la humillación.

Faustina escuchó el dolor en esa voz partida y no comprendió por qué esa mujer hablaba de conveniencia ante la vergüenza y la traición. Ella nunca soportaría algo así.

—Graciana, por favor, no sigas —pidió don Nicanor.

—No, no voy a callar, ahora que empecé quiero gritarlo para que todos sepan que te acostaste con la mujer de Mariani, con la viuda de tu amigo, esa mujer sin clase.

—¡No le permito que hable así de mi madre en mi casa! —gritó Faustina sin poder controlarse.

—A mi edad nadie puede prohibirme nada. Puedo decir lo que quiera, sé que no me queda mucho tiempo en este mundo y no lo pasaré con la boca cerrada, y mucho menos porque me lo pidas tú, la hija de esa vagabunda —anunció despectiva.

—¡Señora, debe retirar lo que ha dicho! O le pediré que se marche de mi casa.

—¡Basta ya las dos! Mi esposa no se irá de aquí, ahora mando yo en esta

propiedad.

—¡Pero es mía! —insistió Faustina con desesperación, sintiendo que le arrebataban algo tan querido y que no tenía armas para defender la memoria de su madre.

—Mientras seas menor de edad, aquí se hará mi voluntad, tú no tienes poder para decidir nada, ni siquiera quién es o no la criada —marcó tajante Perrén y se secó la frente transpirada con un pañuelo. La discusión lo había acalorado—. Ahora, por favor, márchate, debo hablar con mi esposa.

Faustina salió en silencio. Había entrado a esa sala con la convicción de mejorar la situación para Benilda y salió tras haberla empeorado para ella y por ende también para su amiga.

Escapó de la casa sin ganas de hablar con nadie y corrió hacia el rosedal. Le gustaba refugiarse en el extremo más alejado, donde un banco de madera le ofrecía el recuerdo de su madre. Allí siempre encontraba paz. Pero al llegar descubrió que no estaba sola. *Remigio otra vez*, pensó al ver a una figura agachada junto a unas plantas. *Mi casa ya no es mía, siempre hay gente extraña invadiendo mis espacios*, reconoció dolorida. Iba a darse vuelta para buscar otro escondite cuando el hombre levantó la cabeza y se sacó el sombrero para secarse el sudor de la frente. Al ver la cabellera rubia descubrió que era Irineo, y no su hermano. Él también la vio y con un gesto de la mano la invitó a acercarse. Negarse hubiera sido una falta de educación y él se había mostrado muy considerado con ella sobre el tema del negocio de caballos, por lo que se acercó.

—Buenos días, ¿has visto qué hermosa mañana primaveral nos está regalando este invierno? Parece que el calendario se equivocó. Esto hará bien a las plantas. Demasiadas heladas las estaban afectando —dijo mientras seguía con las manos metidas en la tierra, arrancando malezas.

—Buenos días, tu hermano me había dicho que te gustaban las plantas, pero no te había visto por aquí desde tu llegada.



—He venido algunas veces, pero quizás no nos cruzamos. Me he dedicado a quitar parte de la inmensa cantidad de yuyos que crecen entre los rosales. Esto estaba bastante abandonado.

—Mi madre se ocupaba personalmente de su jardín, no permitía la intromisión de ningún jardinero, y nadie lo cuidó desde que ella...

—Lo siento —respondió frente a su silencio—. No quise traerte un mal recuerdo. Si lo prefieres dejaré de tocar este jardín, pero sería una pena.

—No provocaste un mal recuerdo, siempre me gusta hablar de mi madre. Me ayuda a sentir que sigue aquí. Y me encantaría que su jardín volviera a florecer como antes, tras tantas semanas de descuido. ¿Podrías ocuparte de ello?

—Será un placer —respondió con una sonrisa y se puso de pie. Se quitó los guantes de cuero sucios de tierra y le tendió la mano para cerrar el trato.

*Estos muchachos están acostumbrados a dar apretones de manos todo el tiempo, deben creer que soy una más de sus amigos,* pensó cuando él repitió el gesto que había tenido su hermano unos días antes y extendió la suya para sellar el pacto. Pero esa vez fue distinto. En cuanto tuvo la delicada mano entre la suya, Irineo no la sacudió sino que la tomó y la llevó hasta sus labios.

—Eso no es forma de rubricar un acuerdo —expresó con incomodidad y buscó retirar el puño pero él no la dejó.

—Lo sé, no es lo tradicional, pero podría serlo entre nosotros. Desde hace días vengo pensando en cómo sería la suavidad de tu piel. Y es tal como la imaginaba.

—¿Ah sí? —preguntó sin poder decir nada más. Sus palabras la ponían nerviosa.

—Sí, y hay algo más que debo descubrir.

—¿Qué? —preguntó con ingenuidad, aunque algo debió sospechar porque él no le había soltado la mano y aprovechó para tirar de ella y acercarla hasta pegarla a su pecho.

—Necesito conocer en profundidad el sabor de tus labios.

Recorrió la distancia que le faltaba para alcanzarlos y los cubrió para absorberlos y besarlos. Para él fue encontrar un dulce que le gustaba saborear y al que no podía soltar. Para ella fue descubrir que el pequeño contacto del otro día, que la había dejado conmocionada, no había sido un evento único ni aislado, sino que podía repetirse, como en ese mismo momento, mientras la boca de Irineo recorría la suya. Él ya había dejado de jugar con sus labios para ir en pos de su lengua en una búsqueda frenética. El encuentro había resultado celestial. Faustina echó la cabeza hacia atrás, rodeó con las manos el cuello de él y se dejó llevar por las sensaciones.

Irineo la abrazó sin dejar de besarla, estrechándola contra sí, pegándola a su cuerpo como si temiese perder ese exquisito momento. Cuando se apartaron para tomar aire sus miradas se cruzaron y el tiempo pareció detenerse. No había nada ni nadie más. Sólo ellos. Ni los pájaros, ni el viento sacudiendo los rosales, ni el lejano sonido de un trueno. Ninguno había percibido que negras nubes se habían desplazado en el cielo hasta cubrirlo por completo. Recién cuando otro tronó más fuerte y más cerca sobre sus cabezas, Irineo miró hacia arriba y soltó un resoplido de resignación. Volvió a mirarla y la besó otra vez, a lo que ella correspondió con avidez. No quería que eso terminara.

—He estado ansiando esto desde el otro día, desde aquel falso preludio de beso. Quería probar uno de verdad. No podía apartar tu boca de mis pensamientos. Imaginaba que iba a ser maravilloso —mencionó efusivo—. ¿A ti qué te pareció?

—Muy bueno —respondió todavía emocionada por las infinitas nuevas sensaciones que la atravesaban.

—¿Sólo muy bueno? Para mí ha sido el mejor beso de mi vida —confesó con una sonrisa que a Faustina le provocó ganas de volver a besarlo, pero se contuvo para responder.

—No puedo afirmar algo así porque no tengo con qué compararlo —  
detalló con las mejillas enrojecidas.

—¿Ha sido tu primer beso? Lo siento, no lo sabía.

—¿Por qué me pides perdón?

—Porque todo el mundo merece que su primer beso sea especial. Si lo  
hubiese sabido me habría esmerado más.

—No te preocupes que te esmeraste lo suficiente: fue maravilloso —le  
confirmó con una sonrisa cómplice y pasó la punta de la lengua por los labios  
para humedecerlos debido a los nervios de la confesión. Un ingenuo gesto  
que él halló irresistible. La acercó nuevamente a sí y la besó otra vez. Ella no  
se resistió y además participó con más ímpetu. Hasta que un nuevo trueno,  
esa vez mucho más cercano, anunció la inminente llegada de la lluvia. En  
pocos segundos, gruesos gotones los empaparon y obligaron a separarse.

—Vamos al establo —propuso él y la tomó de la mano para llevarla  
corriendo entre los arbustos bajo el implacable aguacero.

Una vez en el interior, se secaron los rostros y las manos con un paño que  
encontraron en un gancho, pero sus cabellos y sus ropas seguían empapados.

—Tendrías que haberte puesto mi sombrero —se lamentó él pasándole los  
dedos por los bucles mojados.

—No importa, se secará enseguida. Es un día caluroso.

—Lo era, demasiado para el invierno, por eso es lógico que haya llegado  
esta tormenta, pero el viento está cambiando y ya se siente al aire frío. Debes  
abrigarte.

—Siento que me cuidas como a una niña.

—Creo que acabo de demostrarte con mis besos que no te considero una  
niña —respondió de inmediato con una mirada muy sugerente—. Tan sólo  
estoy siendo caballero y te cuido como a una mujer, como un objeto valioso.

—No soy un objeto —se exaltó ante la comparación.

—No me malinterpretes. Quise decir como a una joya, como algo precioso

para mí. Nunca imaginé encontrar en este campo a una persona como tú. Me mudé por obligación, creyendo que tendríamos que soportar la convivencia con la entenada de mi padre, una triste y callada niña huérfana, tal como él te describió. En cambio hallé a esta mágica persona que me cautivó. Además de tu belleza tienes inteligencia, admiro tus ideas. Y amas los caballos y galopas sin miedo y te cautivan las rosas. ¡Eres todo lo que me gusta! Disfruto de tu compañía, podría pasar cientos de horas al lado tuyo sin nunca aburrirme ni querer dejarte ir. Y para coronar todo eso, besarte es una maravilla. Quiero poder hacerlo siempre, si tú estás de acuerdo. ¿Qué dices?

Él había hablado rápido, casi sin detenerse a respirar. Cuando calló la miró expectante.

—Tus palabras me halagan, pero no comprendo, ¿qué quieres que te diga?

—Si quieres ser mi novia.

—¿Novia?

—Bueno, esa palabra puede sonar rimbombante. Sólo te estoy pidiendo permiso para ser tu festejante.

—Creo que ya tomaste ese privilegio sin solicitar mi consentimiento hace un rato cuando me besaste.

—Y podría volver a hacerlo mil y una veces, empezando ahora. Tus labios son maravillosos —afirmó volviendo a acercarse a ella para tomarla entre sus brazos y cumplir con su palabra.

Estaban deleitándose en las nuevas sensaciones que el contacto les provocaba cuando una fuerte tos detrás de ellos los interrumpió.

—Lo siento, niña, no quise molestar, vine a ver si los animales estaban bien, suelen asustarse con los truenos —explicó Saturnino con cara de pocos amigos.

Se apartaron, aunque a las manos de cada uno les costó alejarse del otro.

—Adelante, revisa que todo esté bien cerrado —indicó conocedora de la rutina y se corrió para dejarlo pasar a la zona de los boxes, los

compartimentos individuales para los caballos, que se cerraban con puertas de madera. Si no estaban bien aseguradas, los animales podrían patearlas o empujarlas y salir espantados hacia la inmensidad del llano.

Mientras el muchacho se ocupaba de cumplir su tarea, ella fue a tranquilizar a India, que estaba relinchando en su cubículo. Irineo fue detrás de ella.

—No puedes seguirme a todos lados —le dijo cuando él apoyó la mano encima de la suya—. Saturnino acaba de vernos, no está bien.

—¿Y quién dice que está mal?

—Las normas sociales —en cuanto terminó de pronunciarlo una carcajada estalló en su boca. Ella se había reído tantas veces de esa frase y la estaba usando como propia—. Tienes razón. No estamos haciendo nada malo, besarnos es hermoso. —Él iba a acercarse a su boca una vez más, hasta que ella continuó—, pero sin público.

—Acepto tus reglas. ¿Al menos puedo acompañarte mientras calmas a India?

—¿No quieres ir a ver a los demás animales? Indio y los nuevos ejemplares también deben estar nerviosos. ¿Y podrías ocuparte de Tormentoso, el caballo de mi padre, por favor? Tiene mucha energía y no le gustan los truenos.

—Sí, aunque me cueste alejarme de ti iré ahora mismo. Ese semental es impresionante y podría romper la puerta si se espanta.

Con cuidado Irineo se metió en el espacio del enorme animal y con su voz lo fue calmando para que le permitiera acercarse y luego pasarle la mano por el lomo varias veces. Después hizo lo mismo con un cepillo y al rato logró que el caballo se tranquilizara. Durante todo ese tiempo no dejó de hablar con voz pausada, lo que transmitía una sensación de paz. Al terminar su tarea, Faustina se quedó observándolo y no pudo dejar de sentir admiración. *O algo así, no sé cómo se llama este sentimiento nuevo, se dijo a sí misma. Es*

*distinto al amor que sentía por mi madre, o del vacío que me provoca la nostalgia por mi padre, también difiere del cariño que tengo por Benilda o por mis animales. ¿Será esto el tan famoso amor verdadero del que me hablaba mi madre? Esa sensación única que dijo que reconocería al experimentarla. Espero que sí, porque se siente muy bien. Me gusta mucho estar cerca de Irineo, no quiero que llegue el momento de separarme de él.*

En ese instante Irineo se dio vuelta y la vio de pie junto a la puerta, mirándolo. Le sonrió.

—Estás muy hermosa.

—No lo creo, con los cabellos mojados y vestida de negro no debo verme muy bien.

—Créeme, eres la imagen más bonita que he visto en mi vida —afirmó con esa sonrisa especial, medio de costado, que embellecía su rostro. El corazón de Faustina comenzó a latir acelerado, tanto que podía escuchar las palpitations dentro de su pecho. Eso, más las nuevas ganas de besarlo, le confirmaron que, sin lugar a dudas, lo que sentía por ese joven frente a ella era amor.

\*\*\*

Esa tarde en su habitación, después de bañarse y vestirse con otro vestido negro, pero seco, Faustina estaba sentada a su mesa tocador, frente al espejo, analizando el huracán de emociones que tenía dentro de sí. Por un lado la alegría de sus flamantes sentimientos, un descubrimiento que hacía desbordar su corazón. Y por otro, el recuerdo de su agria discusión con doña Graciana y la consiguiente pérdida de cualquier influencia que hubiera podido tener con don Nicanor.

Continuaba pensando en cómo abordar a los Perrén a la hora de la cena, donde también estaría Irineo y no pudo evitar la calidez que la invadió al recordarlo, cuando entró Benilda a la habitación.

—¿Quieres que te ayude a peinarte, Tina? —ofreció con una sonrisa.

—Sí, por favor.

—Escuché los gritos que partían de la biblioteca esta mañana. Imagino que tu presentación con doña Perrén no fue la mejor —comentó Benilda mientras cepillaba las hebras todavía un poco húmedas, lo cual ayudaría para enroscar los bucles en un discreto rodete a tono con el luto.

—No, tienes razón, pero mi tarde mejoró bastante después de eso —anunció enigmática.

—¿Qué ocurrió? ¡Cuéntame!

—¿De verdad quieres que te cuente?

—Claro, estoy cansada de las malas noticias, sería un alivio escuchar algo bueno.

—Hoy recibí mi primer beso —anunció con gran pompa y observó la reacción de su amiga por el espejo.

—¿De verdad? ¿Quién te lo dio? ¡Quiero saber todo ya mismo, Tina! —exclamó sorprendida.

—Irineo me besó, ¡y lo lo besé también! ¡Y fue maravilloso! —contó feliz, buscando compartir su alegría, pero la imagen de Benilda que encontró frente a sí no era la que esperaba. La piel mestiza de la muchacha había palidecido —. ¿Qué ocurre? ¿No te alegras por mí? ¡Me gustó hacerlo! Es un caballero y además de su aspecto, que ya has visto, ¡besa muy bien!

—Sí, lo sé —murmuró cabizbaja y soltó la trenza que estaba realizando, que cayó sobre el hombro de Faustina.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Qué quieres decir?

—Que sé que besa muy bien porque yo misma ya lo he besado.

—¿Qué? ¿Cuándo? —preguntó con un hilo de voz mientras sentía que su

idílico mundo recién descubierto se desmoronaba.

—La semana pasada.

—¿Y no pensabas contármelo? ¿Qué clase de amiga eres?

—Es que te vi tan triste. Todavía no has recuperado tu alegría. Me sentía incómoda pensando en contarte sobre mi felicidad.

—¿Te hizo feliz que Irineo te besara? —logró expresar a pesar del dolor que le causaba pensar en la boca de él junto a la de su amiga.

—Sí, me ayudó a superar el momento. En realidad yo estaba llorando porque me había peleado con Saturnino.

—¿Saturnino?

—Sí, es mi novio.

—¿Desde cuándo, Benilda?! ¡No te perdono que no me lo contaras antes!

—Desde hace varias semanas —confesó avergonzada—. Es que con lo de tu madre... Creí que no estabas lista para escuchar mis problemas de amor.

—¿Por qué tienes problemas?

—Porque a veces él es bueno y me da atención, y en otros momentos me ignora.

—¿Por eso estabas llorando cuando Irineo te besó?

—Sí, encontré consuelo en sus brazos aquella vez, pero fue una tontería. No volvimos a hacerlo —explicó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Faustina se debatía entre el cariño por su amiga, a quien tenía ganas de abrazar para espantarle la tristeza, y su propia revolución interior por lo que le causaba saber que ella había besado a Irineo. Hasta que de pronto su rabia se dirigió hacia él. Le enojó saber que el muchacho andaba besando todas las bocas que encontraba disponibles. La furia la inundó con la misma fuerza con que antes la había invadido lo que creyera ser amor. Ella no estaba dispuesta a caer en las manos de un conquistador. La posibilidad de encontrar la felicidad, que había rondado su alma toda la tarde, acababa de desaparecer, reemplazada por la desilusión.



\*\*\*

Durante la cena el clima resultó tenso. Doña Graciana no había acudido a la mesa, a pesar de que había anunciado que iría porque estaba mejor, por lo que había un plato vacío que nadie se había molestado en retirar, que remarcaba la ausencia de la enferma. Eso había entristecido a Lucrecia, que insistía en hablar de ella en un intenso monólogo. Faustina lo agradecía en su interior, porque no tenía ganas de participar de ninguna conversación. Prefería escuchar profundos deseos por la mejora de esa odiosa mujer antes que tener que responder cualquier pregunta directa de Irineo. Por suerte estaba sentado en diagonal a ella, por lo que no estaba obligada a observarlo a los ojos, a pesar de las insistentes miradas que le dedicaba él para llamar su atención. Todavía no había conseguido olvidar que había besado a Benilda antes que a ella. *¿Y después a quién?*, se preguntó enojada, *sin duda pronto habrá otra más en su lista. Es de esa clase de hombres que intenta conquistar a todas las faldas que se cruzan en su camino.* Cuando pensaba en su amiga y él juntos intentaba no imaginar sus besos. No quería saber detalles. Prefería mantenerse en la ignorancia y borrar cuanto antes cualquier huella que él hubiera empezado a dejar en su alma. Para lograrlo, comenzó por no mirarlo.

Cuando él se dio cuenta de que lo evitaba, cambió de táctica e intentó entablar una conversación directa.

—Creo que mañana empezaremos a entrenar a los caballos de carrera. ¿Me ayudarás, Faustina?

—Claro —fue la seca respuesta.

—¿Por la mañana te parece bien?

—Mejor por la tarde. Ya ha cesado la tormenta pero habrá mucho barro.

Conviene esperar a que seque un poco.

—Tienes razón —reconoció su error, y se quedó mirándola para tratar de entender la razón de ese trato distante. Parecía otra, muy diferente de la cálida muchacha de esa misma tarde.

—¿Cómo vas con los estudios, Remigio? —interrumpió Perrén a su hijo mayor para dirigirse al menor.

—Muy bien, padre. La tranquilidad del campo me ayuda a concentrarme. No hay distracciones, podré preparar mis exámenes sin problema.

—Me alegra saberlo. Me enorgullece que al menos uno de mis hijos siga mis pasos. Si necesitas ayuda con algo házmelo saber.

Irineo cortó un trozo de carne y se dedicó a masticarlo un largo rato. La desavenencia que había tenido con su padre por no querer seguir su misma carrera parecía no tener fin. Don Nicanor continuaba reclamándole porque había querido estudiar Veterinaria, algo nuevo en el país. Su padre opinaba que era poco serio y se negó a pagarle esa clase de estudios. Si no seguía Derecho como él, entonces no lo apoyaría para estudiar nada más. Y si no era Veterinaria no iba a estudiar, se había puesto firme Irineo. Se mantuvo en silencio para evitar otra discusión, como cada vez que reflataba el tema.

Al terminar la cena don Nicanor regresó a la biblioteca, Lucrecia le pidió a Benilda que la ayudara con algo relacionado con un vestido y Faustina no se sintió con ánimos de interceder por ella otra vez. Todavía recordaba la batalla perdida con Perrén y su esposa. Intentó convencerse a sí misma de que la noticia del beso de su amiga con Irineo no interfería en su decisión de dejarla librada a su suerte. *No lo hago para vengarme del daño que me causó lo que me contó*, se dijo mientras la observaba salir detrás de Lucrecia. *Es que no puedo enfrentar otra situación difícil como la de esta mañana. Hoy necesito paz. Me iré a dormir.*

Observó que Irineo y Remigio sostenían una animada charla en el otro extremo de la mesa y no quiso interrumpirlos. Se levantó y fue hacia la puerta

para saludar desde allí con tono lacónico.

—Buenas noches.

No esperó respuesta y avanzó por el pasillo hasta su habitación. Entró y estaba a punto de cerrar la puerta cuando el pie de Irineo contra el marco de madera se lo impidió.

—No puedes estar aquí. Por favor, vete —le pidió con frialdad, sin mirarlo a los ojos.

—¿Por qué? Estás muy distinta a esta tarde, pareces otra persona. ¿Qué te ha ocurrido?

—Ocurre que ahora sé cómo eres.

—¿Qué quieres decir? Soy el mismo que te besó hace unas horas, el mismo con el que reíste bajo la lluvia. Entonces parecía gustarte mi compañía.

—Sí, me gustaba, porque en ese momento pensaba que eras distinto.

—¿Distinto a qué?

—A un hombre que llega e intenta conquistar a todas las mujeres de una casa. ¡Sé lo que hiciste con Benilda! ¿Acaso vas a negarlo?

El sombrío rostro de él reveló que no iba a negar nada.

—No voy a desmentir la verdad, porque ocurrió, pero quiero que sepas que me arrepiento de lo hecho.

—Te arrepientes porque lo descubrí.

—¡No! Me arrepiento porque fue algo sin sentido, apenas sucedió porque ambos estábamos en el establo solos, a oscuras, la encontré llorando y la consolé, y la situación nos llevó a besarnos. Pero ella no significa nada para mí.

—Tu actitud es poco caballerosa.

—¡Lo sé y lo siento! No sabes cuánto me arrepiento de esa noche, fue una única vez, a poco de mi llegada, no sabía lo que iba a empezar a sentir por ti.

—Es tarde para arrepentimientos. Ya no puedo mirarte de la misma

manera.

—¿Por qué no? Te aseguro que fue sólo una vez, no tengo una relación con Benilda.

—¡Pero yo sí! Es mi mejor amiga, compartimos todo en la vida, hasta mi alcoba, pero no compartiré un hombre con ella y tampoco voy a dejar que nadie se interponga entre nosotras.

Las palabras airadas de Faustina encendían su rostro. Las mejillas le ardían y sentía el calor ascendiendo por su cuello.

—Te ves tan hermosa cuando te enojas —musitó Irineo y llevó una mano hasta la boca de ella para recorrerle los labios con las yemas de los dedos.

—¡No! ¡Vete! —masculló e intentó apartarlo empujándolo con las manos contra su pecho, pero él era mucho más alto y sus largos brazos la envolvieron por detrás de la espalda para acercarla hacia sí. En pocos segundos Faustina se vio atrapada en un beso profundo e impetuoso que erizó toda su piel, provocó un revuelo en su estómago y debilidad en sus piernas. Fue mucho más intenso que los de esa tarde.

Cuando él se apartó un poco para tomar aire, lo miró con ojos llorosos.

—Déjame ya, por favor.

—¿Por qué? —preguntó conmovido—. No puedes negar que te gusta.

—Sí, me gusta, no lo voy a negar, pero nunca volverá a repetirse. ¡No quiero ser una más en tu vida!

—Tú nunca podrías ser una más, Faustina, eres especial. Porque eres la mujer con quien sueño despierto, la única que ha logrado instalarse en mi corazón.

La profunda mirada verde le perforó los ojos hasta llegar a su alma. Pero el dolor al imaginarlo besando a su amiga fue más fuerte que sus ganas de estar con él.

—Lo siento, pero no puedo —afirmó con frialdad y se dio vuelta para dejar de mirarlo. Las manos de él le cubrieron los hombros desde atrás pero

ella dio un paso hacia adelante para apartarse—. Vete —volvió a pedirle—. Si de verdad te importo algo, déjame en paz.

—Me importas mucho, por eso voy a obedecer tu pedido ahora, pero estás siendo injusta. Yo casi ni te conocía la noche en que me acerqué a Benilda.

—Cada vez que te escucho nombrarla la imagen de ustedes dos juntos vuelve a mi mente y me duele —explicó entre sollozos que ya no pudo contener más—. ¡Vete ya!

Vencido por las palabras de ella, Irineo se marchó. Cuando escuchó la puerta cerrarse, Faustina se arrojó al lecho para liberar el resto de las lágrimas. Un esperanzado pero vano intento por aliviar el intenso dolor que partía su corazón.

La tormenta había recrudecido durante la madrugada. Fuertes gotones de agua repiquetearon en el techo de la casa y el viento dejó escuchar su poderosa intensidad. Faustina se sintió acompañada por los ruidos de la naturaleza porque estuvo casi toda la noche despierta, entre intermitentes ataques de llanto. Pasada la impresión inicial tras la confesión de su amiga, la había interrogado sobre lo ocurrido con Irineo. Aunque la lastimase, necesitaba saber.

—¿Por qué permitiste que te besara un desconocido?

—Porque estaba muy mal, dolida por mi discusión con Saturnino esa tarde, apenas un rato antes.

—¿Encontraste la felicidad con Saturnino? —preguntó con curiosidad.

—Al principio creí que sí. Por eso me entregué a él.

—¡Benilda! ¿Quieres decir que fuiste más allá de los besos?

—Sí, y fue muy hermoso. Hasta que después de unas semanas juntos me dijo que no me quería más y yo me tuve que conformar con su abandono. Y discutimos. Ahí llegaron los Perrén, fue cuando Irineo me encontró llorando en el establo. Él quiso consolarme y yo, enojada, provoqué algo más para lastimar a Saturnino. Quería que él llegara y nos viera allí mismo, pero eso no pasó. Cuando todo acabó me sentí muy sola. Irineo no volvió a buscarme.

Faustina repitió la conversación en su mente una y otra vez durante la madrugada, pero eso no la ayudó a aliviar su pena. Poco antes del cantar de

los gallos cesó la lluvia. Cuando la noche se disolvió para dar paso al día se levantó y se lavó los ojos con agua fría. Los tenía hinchados y enrojecidos, le reveló el espejo.

Vio el lecho vacío de Benilda y agradeció que ya no estuviera allí. No tenía ganas de hablar con ella. Durante sus cavilaciones nocturnas su ánimo había variado muchas veces. En medio de su dolor había pensado en la posibilidad de perdonar a Irineo por lo que había hecho antes de estar con ella. Los besos de él resultaban una motivación poderosa, una gran tentación. Pero a la luz del día, las dudas volvían a clavarse en su alma. ¿Cómo podría ver a Irineo y Benilda juntos en la sala o el comedor sin pensar en lo que había ocurrido entre ellos? Volvió a fijarse en el espejo. La imagen de sus ojos irritados le dijo que no soportaría una charla amigable entre los tres sin imaginar miradas cómplices entre ellos. ¡No!, le aseguró su alma dolida mientras la palma abierta golpeaba la tapa de mármol de la mesa de tocador.

Volvió a mojarse el rostro y decidió dar por cerrado el debate en su mente. No volvería a compartir besos con Irineo, por más ganas que tuviera o por mucho que él insistiera. Era una mujer fuerte e iba a demostrárselo a sí misma.

Se asomó al comedor con paso algo inseguro pero para su alivio sólo encontró a don Nicanor.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, niña. Aunque no parecen muy buenos para ti, debo decir que has tenido mejor aspecto. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llamemos a un médico? Estás pálida y ojerosa.

—No será necesario. Es que no pasé una buena noche, tuve sueños con mi madre que luego se convirtieron en pesadillas. La extraño mucho —explicó en parte con mentiras y en parte con la verdad.

—Entiendo. Si necesitas quedarte en cama para recuperarte debes hacerlo. No tomes lo de los caballos como una labor obligada. De eso se ocupa Irineo,

para ti debe ser sólo una diversión —la reconfortó con lo que él creía que sería un consuelo, pero a ella la enojaba que no tuviera en cuenta su trabajo.

—Estaré bien, gracias por preocuparse —una respuesta ambigua y educada que evitaba nuevas confrontaciones.

Agradeció que él se marchase después de eso. Pudo desayunar tranquila. Tomó un té con un pan tibio untado con miel que *ña* Gregoria le trajo ya preparado de la cocina y se dejó abrazar junto al pecho generoso de la mujer.

—¿Qué te pasa, mi niña? —dijo con una mezcla de tuteo y distancia que revelaba el gran cariño que le tenía—. ¿No es fácil aguantar a toda esta gente, verdad?

—Sí, es eso, y extraño a mi madre —volvió a usar la excusa anterior. No quería mentirle a la cocinera, por quien sentía un cariño sincero, pero tampoco podía decirle la verdad sin meter a Benilda en problemas.

—El tiempo todo lo cura, mi niña. No vas a olvidar a tu madre nunca, pero de poco, con el pasar de los días, pensar en ella dejará de causar dolor y se convertirá en un dulce recuerdo que te acompañará siempre; la llevarás escondida dentro de ti, junto a tu alma.

—Gracias, *ña* Gregoria, gracias por cuidarme. Tú y Benilda son toda mi familia ahora.

—No digas eso, mi niña, también tienes a tu abuelita. La *madame* Léonie es estirada y engreída pero parece buena persona y a ti te quiere.

El comentario poco elegante pero acertado provocó una suave sonrisa en Faustina.

—Si te escucha decir algo así, se enfadará.

—Pero no me escuchará. A veces es mejor no saber, si una no se entera se evitan sufrimientos y peleas innecesarias, mi niña.

Faustina devolvió el abrazo y se alejó de allí pensando en las palabras de la mujer. *Cuánta razón tiene, si no me hubiese enterado de lo de Benilda e Irineo en este momento sería mucho más feliz. Pero prefiero la verdad,*



*siempre la verdad. No me gustaría vivir en la ignorancia, concluyó para sí misma después de analizarlo un rato.*

Se abrigó con un chal y salió a dar un paseo por el terreno. No estaba preparada para encontrarse con Irineo todavía, por lo que prefirió no ir a caballo. Evitó acercarse al establo donde debía estar trabajando.

Iba a ir hasta el arroyo, pero al andar debajo de las casuarinas encontró demasiado barro. Todavía no habían secado las huellas de la reciente tormenta. Intentó avanzar entre los pastos altos pero sus pies se hundieron en un charco. Se vio obligada a abandonar el paseo a pie y cambió el rumbo hacia el jardín de rosales. En el camino se encontró con Remigio.

—Buenos días, por fin ha salido el sol, pero lamento decirte que tu rostro no acompaña la luz de este día radiante. ¿Te ha ocurrido algo? ¿Puedo ayudarte?

—Buenos días, no te preocupes, no es nada. Tuve una mala noche por lo de mi madre... —empezó a usar la misma excusa una vez más, pero en medio de la frase se interrumpió—. No, a ti no puedo mentirte. Me ofreciste tu amistad y yo la acepté, eso incluye decir siempre la verdad. Así que aquí va: estoy así por culpa de tu hermano.

—¿Qué? ¿Qué te hizo ese granuja? ¡Dime si te ha faltado el respeto y lo mataré!

—No, nada de eso. Él no ha querido lastimarme a propósito, lo hizo sin querer.

—¿Cómo te lastimó?

—Vayamos andando hacia los rosales y te contaré —propuso y enseguida él le ofreció el brazo doblado, un gesto de galantería que ella aceptó—. Lo que ocurrió fue que me enamoré de él.

Remigio detuvo su andar ante esa confesión.

—¿Estás enamorada de mi hermano?

—Creo que sí. Nunca había sentido algo así antes, pero lo cierto es que

tampoco conocía muchachos de mi edad hasta que llegaron ustedes. Apenas había visto a algunos en las salidas que hice con mi abuela en la ciudad, pero eso no cuenta. No me interesó su charla y ni siquiera sé sus nombres.

—¿Qué más ocurrió con Irineo? —preguntó con sequedad.

—Me besó una vez. Y yo lo dejé besarme. No me avergüenza decir que me gustó hacerlo. Me conquistó con su modo de ser, con su pasión por lo que hace, por los animales, por la naturaleza, ¡por todo! Pero cuando estaba empezando a festejarme descubrí que antes había conquistado a Benilda.

—¿Tu dama de compañía? ¡Es increíble! No sospeché nada de eso.

—Por favor, no le cuentes esto a nadie. Lo de ellos duró muy poco, pero lo cierto es que no puedo seguir aceptando sus favores dado que al verlo pienso en los besos de él con mi amiga.

—Entiendo, pero no necesitas sufrir por él. Hay muchos otros hombres.

—Lamentablemente, no para mí.

—¡Claro que sí! Tienes que olvidarlo. No es el único hombre en el mundo, ni tampoco el único en esta casa —insistió y bajó el tono al finalizar la frase, lo que llamó la atención de Faustina. Alzó sus ojos y se sorprendió al descubrir la mirada de Remigio. Afectuosa, cargada de cariño, pero también con algo más.

—Yo... Tienes razón, no es el único. Pensaré en lo que has dicho —respondió esquiva y miró hacia adelante. Eso le permitió divisar que había una persona agachada trabajando en los rosales. En cuanto lo reconoció quiso huir—. Por favor, regresemos, Remigio. Allí está tu hermano.

—Demasiado tarde. Nos ha visto y viene hacia aquí. Trata de comportarte con naturalidad, como si hubiésemos estado hablando de otra cosa.

—¿De qué? —inquirió nerviosa.

—De lo que quieras. ¿Hasta cuándo piensas vestir luto? —sacó un nuevo tema él.

—Hasta que tu madre indique lo contrario. Aunque tu padre se ha

mostrado más flexible en ese asunto. Me ha dicho que pronto podré pasar a llevar sólo una cinta negra en el brazo, pero no ha dicho la fecha. Espero que sea a la brevedad. Eso me va a ayudar a olvidar mi pena. Cada vez que visto la ropa oscura me acuerdo por qué es y eso me entristece, aviva el dolor.

Mientras hablaban, Irineo los había alcanzado y escuchó parte de sus palabras.

—Lamento que el luto te apene, pero no debes preocuparte por tu aspecto, te ves bellísima en cualquier color —dijo y le tomó una mano entre las suyas.

—No frivolices su comentario, hermano, ha dicho que le molesta que el negro le recuerde la muerte de su madre. ¿Es que acaso no tienes corazón? —lo acusó enojado Remigio.

Irineo no le contestó porque estaba ocupado inclinándose sobre la mano de Faustina para besarla, pero no fue un galante beso simulado, sino que depositó sus labios en los nudillos y los dejó allí un largo rato. De inmediato ella quiso retirar la mano pero él la retuvo con fuerza, lo que provocó que tironeara más.

—¡Suéltame! —exclamó, sin imaginar que él obedecería al instante, por lo que el empujón de su propia fuerza la arrojó hacia atrás y terminó sentada en un charco de barro.

—¡Lo siento! ¡Perdón! No debí soltarte. ¿Estás bien? —preguntó preocupado mientras tendía ambas manos hacia ella.

—¿Cómo puedes hacer eso? ¡Eres una bestia! ¡Aléjate de ella! —exaltado, Remigio empujó a su hermano para apartarlo de Faustina, pero en ese mismo instante ella se había agarrado de las manos de Irineo. Él perdió el equilibrio y ambos terminaron tendidos con todo el cuerpo en el lodo.

Al sentarse frente a frente con las caras embarradas ninguno de los dos pudo contener la carcajada.

—No comprendo cuál es la gracia de caerse y ensuciarse. ¿Alguien me lo puede explicar? —preguntó Remigio mirándolos desde arriba con algo de

culpa, pero a la vez con envidia porque no compartía la misma invisible conexión que había entre ellos.

Con facilidad Irineo la levantó del suelo y sujetándola por la cintura la ayudó a pararse en tierra no resbaladiza. La sostuvo más de lo necesario, en realidad, pero esa vez a ella no le importó.

—Lo siento, de verdad. Tu vestido ha quedado arruinado, peor que con la caída en el arroyo.

—No importa, fue culpa mía, por tirar, y creo que esto me da la excusa que necesitaba para dejar el luto —respondió con una sonrisa intentando limpiar algo del barro de su rostro.

—¿Ya no estás enojada conmigo? —preguntó con recelo.

—No, vivimos en la misma casa, no puedo dejar de verte, porque ocurrirían todo el tiempo situaciones como esta. Me parece mejor intentar llevarnos bien, como amigos —aclaró.

—Me alegra que veas las cosas de esa manera —respondió Irineo y le dedicó una mirada cargada de admiración que duró demasiado. Tanto que la hizo dudar un momento sobre su decisión, pero apostó a seguir adelante y olvidar todo el asunto de los besos. Sería lo mejor para todos. A partir de ese momento tendrían una relación amistosa en lo laboral y casi fraternal en la casa.

—Bien, ahora que está todo resuelto, te acompañaré por terreno seco para evitar una nueva caída —anunció Remigio aliviado, tras escuchar la respuesta de ella con grandes expectativas, y volvió a ofrecerle el brazo como apoyo, a pesar del barro que chorreaba de su manga.

Así, sujeta a Remigio y con Irineo como escolta al otro lado, marcharon los tres en silencio hacia la casa.

\*\*\*

A la mañana siguiente, Faustina despertó y miró el lecho contiguo con asombro. No había sábanas ni mantas. Estaba el colchón expuesto. Se levantó y con un chal de lana sobre el camisón marchó hacia la cocina. Encontró a Benilda sentada frente a la mesa, llorando con la cabeza entre los brazos.

—¿Qué ocurre? —preguntó asustada, al ver los hombros de su amiga estremecerse.

—Nada grave —respondió *ña* Gregoria con tranquilidad, acercando un mate a donde estaba Benilda, pero ella levantó la cabeza, lo vio y lo ignoró para seguir llorando—, que mi hija debe cumplir su destino. La patrona la mandó mudarse conmigo, a mi cuartito, y desde hoy debe vestirse como criada, ya que eso es lo que será.

—¿¿Cómo puede decirlo tan tranquila, madre?! —la acusó Benilda entre sollozos.

—Porque sabíamos que habría cambios cuando llegó una nueva ama, esto era inevitable —resumió con resignación.

—Yo intenté impedirlo, pero no tuve la fuerza ni la habilidad suficiente. ¡Me siento tan inútil! ¡Tan desposeída de todo en mi propia casa! —exclamó dolida, abrazando a su amiga para consolarla—. Lo siento mucho, no llores.

—Déjala llorar —la contradijo *ña* Gregoria—, mi hija tiene que aprender que en la vida nada es para siempre, hay que saber adaptarse a los cambios. Deberá desarrollar la tolerancia. Por eso yo quería que entendiera cuál era su lugar desde pequeña, pero tu querida madre consintió tu capricho de criarla a tu lado.

—Lo siento —repitió Faustina, cargada de culpa.

—No lo sientas, mi niña. Es culpa del destino.

—Y en parte de ella, ¿no? —planteó Benilda con enojo levantando la cabeza—. Si no hubiera conocido lo que era la buena vida, no la extrañaría

ahora que me la quitan.

Faustina vio los ojos enrojecidos y el rostro empapado de su amiga y no soportó la carga que caía sobre ella. Era injusto que Benilda la acusara de un pedido que había hecho siendo muy chica. Además había peleado con todas sus fuerzas para evitar lo que estaba ocurriendo. Se alejó de la cocina en silencio, afligida, hacia su habitación.

Durante varios días una especie de armonía reinó en *Mil Rosas*. Doña Graciana no salía de su alcoba debido a la enfermedad y Lucrecia la acompañaba. Remigio estaba volcado a sus libros, don Nicanor a sus papeles y la llegada de Benilda a la cocina fue tomada por todos con naturalidad. Excepto por Faustina, que para ocultar su dolor elegía refugiarse en los caballos. Pasaba mucho tiempo con los animales y con Irineo. Los llevaban a ejercitar por turnos para mantenerlos en buen estado y elegían cepillarlos ellos mismos en lugar de delegar la tarea a Saturnino. Una tarde ella estaba ocupándose de una de las yeguas, llamada Petra, cuando vio llegar a Irineo con una pala en un puño y tierra por todas partes: el rostro, los cabellos revueltos, la ropa y las manos.

—¿Estás bien? Parece que estuviste cavando mucho.

—Así es, pero valió la pena. ¿Puedes venir conmigo a ver algo? —preguntó.

—¿Algo como qué?

—Algo especial —respondió misterioso.

—¿Es muy lejos? ¿Iremos a caballo? —aceptó picada por la curiosidad.

—No, no es necesario. Podemos caminar —explicó y extendió una mano hacia el camino lateral. Andando a su lado Faustina se dio cuenta de que se dirigían hacia el rosedal. La intriga se mezcló con la calidez. Él sabía lo que ese lugar representaba para ella, era un bonito gesto ocuparse de arreglarlo, pensó. Pero al acercarse a la zona donde él indicaba, descubrió algo que le

hizo abrir la boca por la sorpresa. A un costado de las rosas rosadas de su madre, Irineo había plantado varias docenas de arbustos más.

—Esas serán tuyas. Son tuyas —se corrigió.

—¿De verdad? ¿Lo hiciste por mí?

—Sí, son rosas blancas. Una vez me dijiste que son tus favoritas.

Faustina no pudo evitar un respingo. Él se había acordado de lo que le había contado poco después de conocerse. El detalle la conmovió.

—Fue un trabajo duro. No tenías que hacerlo.

—Lo sé. Lo hice porque quise, para alegrarte un poco. A pesar de que dejaste el negro en tus ropas, no te ves muy contenta últimamente —dijo con la vista fija en sus ojos marrones—. Espero que pronto llegue el calor y florezcan para que las veas en todo su esplendor, será un rosal digno de una reina, como te mereces.

Sus palabras la conmovieron. Irineo tenía un corazón noble y una mirada transparente que al clavarse en ella con insistencia hizo que el suyo latiera más deprisa.

—Gracias —musitó con un gesto que abarcaba los rosales.

—No me agradezcas, sólo dime si algún día podrás perdonarme —le pidió acercándose a ella y tomándole ambas manos.

—¿Perdonarte?

—Sí, necesito saber si tengo esperanzas de que tu corazón pueda abrirse y me permita entrar. Yo no quise lastimarte, Faustina.

Cuando terminó de hablar, la estrechó entre sus brazos, cruzándolos detrás de su cintura. Se sumergió en sus ojos y poco después le atrapó la boca en un beso que los sacudió a ambos. Faustina no pudo evitar las sensaciones que le provocaba, todas maravillosas. Su corazón latía con más fuerza, su sangre corría más deprisa, la piel erizada ardía. No quería que nada de eso terminara, por lo que abrió la boca y lo besó también.

Sus brazos la apretaron con fuerza mientras sus labios se unían.

—Dime que me perdonas y que podremos seguir besándonos. Déjame amarte, Faustina. Esto que sentimos no puede estar mal. ¡Es hermoso! Nacimos para esto, estamos hechos el uno para el otro. ¿No lo sientes también? ¿No deseas perdonarme? —preguntó intentando controlar su agitación, con la frente apoyada en la de ella, ansioso por la respuesta.

Faustina decidió no pensar, eligió sentir. En los brazos de Irineo dejó de importarle Benilda y cualquier otro detalle que le impidiera disfrutar de la increíble sensación que él le ofrecía. Por unos momentos, iba a concederse a sí misma un obsequio que desde hacía mucho no tenía: un relámpago de felicidad.

—Me cuesta expresar lo que siento pero sí, te perdono. No es justo que debamos privarnos de esto que sentimos porque conociste primero a Benilda.

—¡Me haces tan feliz, Faustina querida! Te aseguro que no te arrepentirás, mi principal meta en la vida desde este momento es ser el proveedor de tu felicidad —concluyó con una graciosa reverencia.

Las carcajadas de ella ante su ocurrencia duraron hasta que la boca de él la silenció con un nuevo encuentro. Los labios jugaron unos contra otros, buscándose hambrientos. Las lenguas se encontraron provocando destellos de energía que vigorizaban sus cuerpos.

—Esto es muy hermoso, pero creo que deberíamos detenernos. Podrían vernos y no es apropiado —sugirió ella en un destello de lucidez cuando se apartaron para tomar aire.

—Tienes razón, perdóname, es que me enloqueces. Pierdo la cabeza a tu lado, pero no debes preocuparte, siempre te respetaré —afirmó tomándole una mano y llevándola a su boca para besarle la palma abierta.

—Gracias por las flores una vez más. Son un regalo único que nunca olvidaré.

—Espero que esas rosas se multipliquen en el tiempo y que junto con ellas crezca esto que ha nacido entre nosotros. Y ahora vámonos a trabajar, antes



de que vuelva a besarte.

—¿Y cómo haremos en el establo para mantenernos alejados? —preguntó mientras empezaban a ir hacia allá—. Se me ocurre que pongamos una regla para poder estar tranquilos: no nos besaremos nunca mientras trabajamos.

—Me parece bien.

—¿Sí? ¿Vas a aceptar con tanta facilidad? —se sorprendió con su respuesta.

—Sí, porque si el establo es el territorio prohibido, en el resto de la propiedad somos libres para amarnos —concluyó con un guiño y ella volvió a reír.

\*\*\*

El trato entre Faustina e Irineo pareció funcionar durante unas semanas. En las horas que ambos compartían en el establo se comportaban como colegas, con cordialidad y camaradería, pero nada más. Antes de la caída del sol daban un paseo entre las rosas, donde disfrutaban de románticos besos y caricias, cada vez más apasionados. Una tarde habían ido más lejos, hasta el arroyo, en sus caballos. Los ataron cerca de la orilla para que pudieran beber y se echaron lado a lado sobre una manta que él había llevado. La luz del sol pasaba sin problemas a través de las ramas peladas sobre ellos, lo que suavizaba un poco el frío invernal, pero a pesar de eso Faustina tuvo un ligero temblor.

—¿Tienes frío? Déjame darte calor —declaró y enseguida cumplió su palabra cubriéndola con su cuerpo con cuidado para no aplastarla. El abrigo abierto de él los cobijó a ambos—. ¿Estás mejor así?

—Sí, gracias —repuso contenta, escondiendo la nariz en el cuello de él

para disfrutar del aroma que sabía que encontraría. El perfume de Irineo la enloquecía, pero no pudo aspirarlo mucho rato, porque él se alejó para mirarla a los ojos.

—Hay algo de lo que quiero que hablemos. ¿Me prometes que no te enojarás?

—No puedo prometer nada si no sé de qué se trata, pero te escucho.

—Me dijiste que fui el primero que te besó, por lo que imagino que eres virgen.

—Por supuesto —afirmó con las mejillas enrojecidas por hablar de ese tema.

—¿Y no ves la posibilidad de que eso cambie? Te deseo con locura, Faustina, enloquezco cada vez que te tengo en mis brazos y quiero amarte por completo. Esto que hacemos es sólo una pequeña muestra de algo mucho mayor que sé que podría ser maravilloso.

Faustina enrojeció más todavía ante el discurso de él, no estaba enojada, sino asustada. Imaginaba que los besos y las caricias pronto los llevarían más lejos. Su cuerpo mostraba reacciones extrañas cuando estaban juntos, se excitaba y ansiaba descubrir lo que vendría. Sabía que habría algo más. Había sospechado que ese momento llegaría pronto, pero no se sentía preparada para dar tan importante paso.

—Estoy segura de que será maravilloso y quiero hacerlo, pero algún día. No todavía. Lo siento si te desilusioné.

—No digas eso, me has quitado una ilusión pero me dejas la esperanza. Puedo esperar. Y mientras esperamos voy a hacer algo para quitarte el frío, si estás de acuerdo —anunció y deslizó su boca por el costado del cuello de ella depositando intensos besos hasta donde le permitió el borde de la camisa celeste que ella llevaba debajo de un suéter de lana. Sin detenerse a preguntar llevó la mano hasta los botones y los desprendió mientras seguía besándola. Faustina no sólo se lo permitió sino que lo ayudó a pasar las pequeñas perlas

por los ojales cuando se atascaban entre los dedos de él. Después le corrió la camiseta de encaje para revelar la piel desnuda. Con el escote abierto el gélido aire invernal la acarició unos momentos haciéndola estremecerse pero el frío desapareció cuando la boca de Irineo recorrió sus pechos. El calor que le transmitían sus labios le ganaba al invierno.

—Eres tan hermosa —murmuró con admiración en medio de sus besos—. Tu cuerpo es el paraíso en la tierra.

—No lo creo, es un cuerpo como todos —susurró perdida en medio de exquisitas sensaciones.

—No, te aseguro que es único, y me provoca ganas de seguir con esto que estoy haciendo eternamente. No podrás librarte de mí nunca, Faustina.

—No quiero hacerlo, te quiero a mi lado siempre.

—Y me tendrás, te prometo que me tendrás —afirmó enardecido y se alzó para alcanzar la boca de ella mientras sus manos atrapaban los pechos para acunarlos con sus palmas. Un gemido se inmiscuyó en el beso cuando los dedos de él le apretaron los pezones.

—¡Ahhh! —se quejó.

—¿Te duele? —preguntó solícito.

—Sí, y no a la vez, ¡es hermoso! —afirmó y volvió a buscar la boca de él. Un nuevo beso ardiente e impetuoso los unió hasta hacerlos gemir. Con las respiraciones agitadas, él se apartó.

—Será mejor que nos marchemos —expresó para sorpresa de ella.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

—Todo lo contrario, me gusta demasiado y quiero seguir. Pero tú quieres esperar. Por eso debemos irnos —insistió y se incorporó para arreglarse la ropa.

La ausencia del cuerpo de él le provocó frío y Faustina se cerró la camisa con prisa.

—Nunca imaginé algo así, me gusta mucho cuando me acaricias —

reconoció al ponerse de pie con los botones ya abrochados.

—Y te aseguro que va a ser mejor aún.

—Me cuesta creerlo.

—No te miento. Lo que tenemos es maravilloso, pero es apenas la promesa de algo mayor, que llegará algún día —emuló la frase anterior de ella.

—¿Te estás burlando?

—No, me lo digo a mí mismo para darme fuerzas para esperar —concluyó con un beso en la frente para evitar volver a caer en la tentación y la ayudó a montar en su caballo antes de hacer lo mismo y salir los dos en una carrera hasta la casa.

\*\*\*

La cena había transcurrido con normalidad, sin doña Graciana ni Benilda en la mesa, y con Lucrecia pidiéndole favores a don Nicanor.

—Por favor, padre, se lo suplico, para mí es muy importante acudir a esa fiesta en la casa de mi querida amiga Josefina Navarro en la Capital. Serán sólo unos días, mi madre no me extrañará.

—No veo la necesidad de incomodar a los Navarro con tu visita cuando ya estarán bastante ocupados con la organización de esa bendita fiesta.

—¡Me puedo quedar con Chela! Mi hermana mayor no se negará a recibirme. Por favor, padre, diga que sí.

—Creo que deberías pedir permiso a tu madre. Ella te necesita más que yo.

—No creo que sea lo mejor molestarla por esto —respondió con la voz ríspida y bajando la vista.

—Di la verdad, Lucrecia: ¿ya la consultaste y te ha dicho que no? —intervino Remigio, que conocía de sobra las tácticas de su hermana: cuando

uno de sus padres le negaba algo, recurría al otro en busca del mismo permiso.

—¿Alguien te ha pedido tu opinión? Eres mi hermano menor, no tienes derecho a meterte en este asunto.

—Todos tenemos derecho a dar nuestra opinión, a expresarnos libremente, según lo que estoy estudiando, así que puedo decir lo que quiera. Deberías agarrar los libros para no decir pavadas, tonta.

—Bueno, bueno, basta ya los dos —los calló don Nicanor con autoridad—. Lucrecia, no me parece el mejor momento para dejar a tu madre. Y tú, Remigio, no es de caballero insultar de ese modo a una dama.

—Pero es mi hermana, no la veo como a una dama.

—Aun así debes tratarla con educación. ¿Has entendido?

En medio de la tensión que reinaba en la mesa, apareció *ña* Gregoria con el postre, que resultó una torta de chocolate con una vela encima. Cuando la depositó delante de Faustina todos la observaron sorprendidos. Ella distinguió a Benilda detrás de su madre, con el cuchillo y la paleta para servir en la mano, y un delantal de cocina sobre un vestido sencillo. La mirada de su amiga le reveló el enojo que escondía por tener que servir la mesa donde había comido durante años. Incómoda, bajó la vista. Aunque había hecho todo lo posible, se sentía mal, culpable por no haber podido evitar que quedara destinada a la cocina. Hasta que una pregunta de Irineo la distrajo.

—¿Es tu cumpleaños? —inquirió incrédulo—. ¿Por qué no me dijiste nada? Podríamos haber preparado algo especial.

—No estoy con ánimos para festejos, apenas me he quitado el luto. Intenté olvidar la fecha y lo había hecho. Si no fuera por *ña* Gregoria no lo habría recordado.

—¿Acaso no sabes en qué día vives? —preguntó Lucrecia con acidez, enojada por su permiso denegado.

—No, es como si el tiempo se hubiese detenido al momento de la muerte

de mi madre —contó con dolor en la voz, lo que hizo sentir incómoda a su interlocutora.

Irineo, sentado a su lado, no pudo evitar cubrirle una mano con la suya y apretar el puño para darle ánimo, detalle que no pasó desapercibido a los ojos de Remigio.

—Gracias —murmuró cerca de él, mirándolo a los ojos. Enseguida se dio vuelta para abrazar a la cocinera, que seguía allí esperando para encender la vela.

—Tiene dulce de leche adentro, como a ti te gusta. Sé que estás sufriendo pero la hice para recordarte que la vida continúa. Tu madre hubiese querido que vivieras cada instante a pleno, sin pasar mucho tiempo sumergida en la tristeza. Recuérдалa con felicidad, busca su cara sonriente dentro de ti para que te acompañe siempre y vive, mi niña. ¡Vive!

Las palabras de la mujer causaron un fuerte impacto en Faustina. Mientras se abrazaban no pudo evitar las lágrimas, pero esa vez el dolor fue mitigado por una especie de alivio: *Tiene razón, sin duda mi madre me hubiera retado al verme llorar tanto. Ella decía que hay que ir en la búsqueda de la felicidad. Voy a hacerle caso, ese será mi mejor homenaje a su memoria*, se dijo con convicción y se secó el rostro para recibir las felicitaciones de todos.

—¿Cuántos cumpleaños? —preguntó Lucrecia, aunque ella ya le había dicho su edad un tiempo atrás.

—Quince —respondió con calma, como primer paso para su nuevo propósito: iba a ignorar todo aquello que pudiera hacerle daño, como la maldad de Lucrecia. A continuación dedicó una amplia sonrisa a Irineo. *Sí, creo que es un buen comienzo*, se felicitó a sí misma y se sentó a disfrutar de la porción de torta que pusieron en su plato.

Después del postre, Irineo pidió a su hermana que tocara algo de música en el piano de la sala, que nunca se usaba. Octavio había sido el único que disfrutaba acariciando las teclas y desde su muerte era apenas un mueble de

adorno. Aunque temía que se negara dado su pésimo humor, para sorpresa de todos aceptó.

—Ya que no puedo ir a una fiesta, al menos hagamos un festejo como la gente aquí mismo. Yo tocaré, ¡pero todos los demás deben bailar! Padre, usted también —dijo Lucrecia con convicción y se sentó frente al piano.

—Bien, en ese caso seré el encargado de iniciar el baile con la homenajead —anunció Perrén, se puso de pie y se dirigió hacia Faustina, que no pudo negarse. Con una mano de don Nicanor en su cintura y la otra con las palmas unidas, dieron varias vueltas por el salón al ritmo de un vals de Strauss, música habitual en los salones de la clase alta porteña.

—Padre, imagino que no planea acaparar a la cumpleañera toda la noche. ¿Se la puedo robar? —se acercó Irineo cuando ya no pudo contener más sus ganas de bailar con ella.

—Por supuesto. Nuestra pequeña niña baila como un ángel —respondió Perrén y la pasó a la mano de su hijo.

—Coincido en que te ves y te mueves como un ángel, pero ya no eres una niña —le dijo Irineo cerca del oído cuando se alejaron bailando y ya nadie podía escucharlo—. Eres una hermosa mujer, muero de ganas de besarte —afirmó apretándola contra su cuerpo y mirándola con fijeza para internarse en la profundidad de sus ojos color chocolate. Tan cerca estaban que sin querer la pisó, pero a ella no le importó. Disimuló y siguió pegada a él mientras un intenso calor los invadía a ambos.

—Una tentadora propuesta —respondió sin apartar la vista de la de él y acariciando con la yema del pulgar el dorso de la mano que sostenía la suya. La otra mano de Irineo estaba en su cintura y ella sentía el calor que le transmitía.

—No quiero esperar hasta mañana para besarte, debo hacerlo hoy, no puedes terminar tu cumpleaños sin un beso especial. Vamos al establo cuando acabe esta fiesta —propuso.

Faustina sacudió la cabeza en un gesto afirmativo, pues vio a Remigio acercándose para reemplazar a su hermano en el baile.

—Hoy me toca bailar con todos, ¿ahora tú, Remigio? —exclamó riendo para que Irineo no fuese a decir nada inapropiado, y soltó esas manos tan queridas para salir girando en brazos del menor de los Perrén.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó con calidez mientras la hacía bailar con gracia sin pisarla.

—No sé si diversión es la palabra adecuada, pero para alguien que hasta hace poco lloraba a cada rato, es una interesante distracción.

—Deberías animarte a aceptar que puedes divertirte. No está mal que retomes tu vida. Tu madre está muerta, pero tú no. ¡Tienes tanto por vivir! Déjame ayudarte a ser feliz. Recuerdo lo que me contaste sobre mi hermano pero como eso ya terminó albergo la esperanza de conquistarte. Permíteme que te corteje, ayúdame a despertar el amor en ti.

Faustina se sobresaltó. Aunque él había lanzado alguna indirecta antes sobre sus pretensiones, no esperaba eso.

—Agradezco tus palabras. Sé que hay cariño sincero en tu corazón, pero sólo puedo ofrecerte un lugar en el mío como amigo.

—No puedes seguir escondiéndote de la vida usando la excusa de tu madre —respondió molesto por la negativa.

—¡No es una excusa! ¡Y no me escondo! Vivo a mi manera, lo siento si no es de tu agrado.

Al mismo tiempo la música se detuvo y Faustina se soltó de su mano. Una criada estaba hablando con Lucrecia.

—Lo siento, mi madre ha pedido que cese la música, hace que empeore su dolor de cabeza. Creo que la fiesta ha terminado —anunció y cerró la tapa del piano antes de marcharse.

Remigio inclinó la cabeza frente a Faustina como saludó y se retiró a su habitación en silencio.



—Iré a ver a Graciana —dijo Perrén y salió con paso cansino.

—Qué pena que tu madre se sienta mal y haya terminado con la fiesta. Me hubiera gustado bailar una pieza más contigo —se animó a confesar Faustina a Irineo cuando estuvieron solos.

—¿Quién dijo que no podemos hacerlo? No necesitamos la música de Lucrecia. Podemos seguir la que cantan nuestros corazones. Ven —propuso Irineo y le tendió una mano que ella aceptó al instante.

Irineo sostuvo las manos unidas junto a su pecho y con la otra sobre la espalda de ella, la acercó a sí para besarla. Mientras sus pies se movían de lado a lado con suavidad, como siguiendo una melodía silenciosa. La boca de ella respondió enseguida, como siempre que se encontraban, y en pocos segundos el baile alcanzó también sus lenguas.

—No, debemos detenernos, alguien podría vernos.

—Tienes razón. Vámonos de aquí.

—¿A dónde?

—Al establo —dijo decidido.

—¿Y qué hay de nuestro trato de respetar el lugar de trabajo?

—De día es nuestro lugar de trabajo, de noche puede ser nuestro refugio —sugirió con un guiño y la sacó de allí sujetándola de la mano. Al pasar frente a un perchero cerca de la entrada Faustina alcanzó a tomar un chal con el que se abrigó.

—Buena idea, pero sólo para el camino. En cuanto estemos allí y te tenga en mis brazos no necesitarás más calor —mencionó él con una atractiva sonrisa que provocó aleteos de mariposa en la panza de Faustina.

La luna llena les permitió avanzar en la oscuridad por un sendero que conocían de memoria sin problemas. Al entrar en el establo, Irineo encendió una lámpara de kerosén y con ella recorrió todo el lugar para asegurarse de que Saturnino no estaba allí. El muchacho vivía en un rancho separado dentro de la propiedad pero muchas veces se quedaba hasta tarde en compañía de los

animales.

—No hay nadie, aquí estaremos tranquilos —dijo cuando regresó a su lado para tomarla de la mano y llevarla hasta uno de los boxes vacíos. Colgó la lámpara en un gancho en una columna y redujo la llama al mínimo, dejando un fino haz de luz—. Así no llamará la atención desde afuera.

Faustina lo veía hacer maravillada. Le fascinaba observarlo. Ese cuerpo alto y flexible, con piernas largas, le provocaba intensas emociones. Le gustaba abrazarlo y tenerlo a su lado; y cuando la abrazaba la sangre bullía más deprisa dentro de ella. Como si le hubiese leído el pensamiento, Irineo se quitó su abrigo, se sentó sobre la paja desparramada en el suelo, con la espalda contra la pared de madera y la invitó a unírsele.

—Ven aquí, a mi lado.

Ella se acurrucó sobre su pecho, lo que le permitió escuchar los acelerados compases de su corazón.

—Me emociona escuchar tus latidos.

—Así escucharás mejor —dijo abriéndose la camisa y ofreciendo la piel desnuda para que se apoyara. Con gusto ella se colocó sobre él. *Mi lugar en el mundo*, pensó con los ojos cerrados.

—Gracias. Es el mejor regalo de cumpleaños que he recibido. Me brinda una sensación maravillosa.

—Eso no es nada, quiero darte otro regalo más especial: sé que esto no va a sonar muy formal, aquí en la oscuridad, pero quiero pedirte que seas mi mujer.

—¿Cómo?

—Faustina Marchall, ¿me aceptas como tu esposo y tu único amor?

—Sí, por siempre y para siempre —respondió sin dudar y le ofreció sus labios, que él absorbió con su boca para disfrutarlos durante largos segundos.

—Me gustaría tener un anillo para darte, pero no hay joyerías en el pueblo, sólo una pulpería, imagino que allí no venden.

—No te preocupes: usemos este, era el anillo de mi madre. Es muy importante para mí y lo será más aún si también es el que elegimos para sellar nuestro amor.

Se sacó el cintillo que llevaba en el dedo mayor y se lo dio a él, que volvió a colocárselo, esa vez en el anular.

—A partir de hoy, cada vez que mires tu mano recordarás que eres mi mujer. Ya veremos la formalidad de una libreta matrimonial más adelante — subrayó su promesa con un intenso beso al que ella respondió de la misma manera. Para poder abrazarse mejor se arrodillaron frente a frente, sin separarse. Mientras Irineo le besaba el cuello, ella le tomó la cabeza entre las manos y la llevó hacia abajo sobre sus pechos. Sin necesidad de palabras, él le desprendió la blusa y también los botones de la camiseta de batista.

Cuando apoyó su boca en uno de ellos Faustina también gimió.

—Es hermoso.

—Tú eres hermosa. Eres el ser más bello y puro de este planeta.

—Y quiero ser tuya —murmuró con voz ronca.

—¿De verdad?

—Sí. He estado pensando en lo que me dijo *ña* Gregoria sobre mi madre y creo que tiene razón. Ella deseaba más que nada que yo fuera feliz, y yo sé dónde está mi felicidad: aquí contigo. Todo lo que hacemos me gusta, pero tú dices que habrá algo más. Acabas de pedirme que sea tu esposa y yo acepté, ¿por qué esperar?

—Faustina, te prometo que te haré la mujer más feliz del mundo, amor mío —aseguró y volvió a besarla impetuoso, bajando por su cuello para perderse en sus pechos. Con la cabeza caída hacia un costado y los ojos cerrados, ella disfrutó de cada sensación, de cada delicioso instante que él le regalaba. Descendió las manos por la espalda musculosa, descubriéndolo de a poco, explorando con los dedos ese cuerpo tan amado.

Mientras continuaba besando los pechos y el vientre de su amada, Irineo

tironeó de la falda para subirla junto con la enagua y poder alcanzar la ropa interior. Desató las cintas que sujetaban la sencilla bombacha de algodón y deslizó los dedos sobre la piel de Faustina hasta alcanzar su entrepierna. En un acto instintivo, ella cerró las rodillas.

—Relájate, no te haré daño, amor mío —le susurró al oído mientras le acariciaba con suavidad el interior de los muslos. Cuando la sintió más floja fue subiendo otra vez, jugando a dibujar pequeños círculos sobre la piel. Un suave suspiro le indicó que estaba en el camino correcto. Las caricias les permitieron a ambos descubrir qué le gustaba a ese cuerpo inexperto. Los dedos de Irineo la recorrieron con suavidad, al mismo tiempo que besaba su boca, y poco a poco ella se fue abriendo—. Estás lista, y yo me muero de ganas. ¿Quieres que continuemos?

—Sí, nunca estuve tan segura de algo como de esto.

La sonrisa de él fue un premio exquisito para ella. Le provocó unas intensas palpitaciones que le confirmaron cuánto lo amaba y que estaba haciendo lo correcto.

En pocos instantes él se desabotonó el pantalón, se acomodó encima de ella con cuidado y se apoyó contra su entrada pero allí se quedó, se detuvo. La emoción que le causaba ese momento marcaba latidos poderosos dentro de su pecho. Quería que fuera especial para ambos.

—Eres mi dueña. Invasión mi corazón y te apropiaste de él.

—Y tú estás en el mío —respondió sin pudor para volver a ofrecerle sus labios. Él la besó con locura, tomando de ella el mismo amor que le entregaba.

—Tú eres mi destino. Debemos estar unidos para siempre —murmuró enceguecido de pasión y empujó con firmeza para adentrarse en el cuerpo cálido que lo esperaba debajo del suyo. Faustina se tensó por el dolor—. ¿Estás bien?

—Sí, algo incómoda.

—Lo siento. Es así al principio pero te aseguro que después mejora. Déjame besarte y olvida todo lo demás.

Su idea funcionó. Nuevos besos la hicieron olvidar el latido en su entrepierna. La lengua de él tenía el poder de hacerla alejarse de todo lo malo, sólo le provocaba intensas oleadas de placer. El ardor de sus besos aumentó y cuando ella le abrazó la nuca para sostenerlo contra sí, él no resistió el impulso de moverse y comenzó a balancearse sin salir de ella.

—Te amo, Faustina. Estar en ti es maravilloso, tu cuerpo es el mejor lugar del mundo —clamó con pasión, enardecido por los suaves gemidos de ella. Faustina sentía que su cuerpo había estado dormido y acababa de despertar gracias a Irineo. Estaba descubriendo sensaciones únicas, mezcla de placer y dolor, incomodidad y éxtasis. Deseaba que aquella tortura acabara, pero a la vez que continuara para siempre.

—¡Sí! —la palabra escapó de sus labios y enloqueció a Irineo, que aumentó la intensidad de los empujes, hasta que pronto un largo quejido y un abrazo poderoso marcaron el cese de los movimientos.

Las respiraciones agitadas de ambos se mezclaron en un mismo aliento en un profundo beso final.

—Te amo con toda mi vida, Faustina. Soy tuyo para siempre y desde hoy tú eres mía. A esto que hicimos le llaman hacer el amor, pero yo creo que el amor no se hace, está en nosotros, apenas se trata de un encuentro de almas en el que nos disfrutamos. Las próximas veces disfrutarás más.

—Pero me gustó mucho.

—Y será aún mejor, te lo aseguro, tú cuerpo sólo necesita practicar y el dolor desaparecerá. Hallarás la misma explosión de placer que acabo de sentir yo.

—¿Tú tienes mucha práctica?

—No, sólo he ido en algunas ocasiones con mi padre a un prostíbulo. Un lugar muy elegante, regentado por una francesa, en el que trabajan damas

muy finas, pero es muy diferente hacerlo por amor, lo acabo de descubrir. En ese terreno soy tan virgen como tú.

—¡Santo Dios! ¿Te acostaste con la francesa? ¿Era pelirroja? —exclamó y se movió, obligándolo a caer hacia un costado.

—No me acosté con ella, su cabello rojizo es algo canoso, es una mujer mayor y no atiende a nadie, me explicaron que era la dueña del lugar. Pero, ¿qué importancia tiene eso?

—Esa francesa es mi abuela.

—¿Qué dices? ¿Cómo es posible? ¡Ah! Ahora recuerdo que alguien mencionó que tu madre era francesa. ¿Pero una puta? —preguntó sorprendido.

—No, no es mi abuela materna sino paterna. En realidad es la madre de mi padre en los papeles pero no de quien fue mi verdadero padre. Es complicado para explicar, pero lo que sí cuenta es que para mí es la única familia que me queda en este mundo.

—No me importa esa explicación. Lo que sí vale recordar es que ya no es la única familia que tienes. A partir de ahora, tú y yo somos familia también. Eres mi mujer, recuérdalo: no estás sola.

La calidez que le provocaron sus palabras fue tan intensa que un par de lágrimas acudieron a sus ojos, pero no les permitió que brotaran. Quería recordar ese momento especial con cariño, sin llanto. *Esta noche debe quedar en mi memoria como la del nacimiento de mi felicidad*, se dijo convencida, besó el anillo que llevaba en su mano y se acurrucó junto al pecho de Irineo que la recibió con un abrazo.

*Agosto de 1908*

A Faustina le encantaba atender a los caballos. Cuidarlos y hacerlos caminar, llevarlos al galope para después cepillarlos y alimentarlos. La tarea le demandaba muchas horas del día. Irineo la reclamaba las restantes. Cuando ya mayor recordaba aquellos días de agosto en *Mil Rosas*, sólo una palabra venía a su mente: felicidad. Esa tarde habían unido todo lo que más les gustaba hacer: habían salido a cabalgar lado a lado y eligieron parar a descansar en la orilla del arroyo para amarse lejos de todos.

La sesión de intensos besos junto al tronco de un árbol los había enloqueciendo a ambos y se habían amado allí mismo, con la espalda de ella contra la corteza, tras un ardiente intercambio de caricias.

—Hoy bajaré el cielo hasta nosotros —murmuró junto a su oído mientras la poseía y se estiraba para tocarla al mismo tiempo. Eso le regaló un mundo nuevo a Faustina. Su respiración se agitó como nunca, la sangre ardió en sus venas hasta convertirse en un volcán de lava hirviendo que clamaba por una explosión liberadora. Al borde de la desesperación, gimió ansiando por más, hasta que su cuerpo estalló en mil pedazos, al mismo tiempo que el de él.

—El cielo entre nosotros. Una descripción muy acertada —murmuró apoyada en el árbol, disfrutando del abrazo de Irineo, que le besaba el

hombro con cariño.

—Eres lo mejor que me ha pasado. Hablaré con mi padre para decirle que nos casaremos pronto.

Faustina sonrió al imaginar que el resto de su vida disfrutaría de esas increíbles sensaciones que Irineo poco a poco se encargaba de desvelar para ella. El abrazo unió sus cuerpos y sus almas un largo rato. Ninguno quería separarse, hasta que una fría brisa los obligó a buscar sus ropas y emprender el regreso. Fueron en sus caballos otra vez juntos, al paso, con las manos unidas, al igual que las miradas. Sólo las soltaron al acercarse al establo. En cuanto desmontaron, Saturnino los miró con una expresión extraña en su rostro.

—Los buscan, niña. Dejen los animales aquí, yo me encargo.

—Sabes que me gusta ocuparme a mí misma —lo retó y no le entregó las riendas.

—Será mejor que vayan para la casa.

—¿Ocurrió algo? —preguntó Irineo con preocupación ante la insistencia del muchacho.

—Sí, vayan y lo sabrán.

Cuando entraron a la casa notaron gran movimiento en la sala principal. Se acercaron para descubrir a Lucrecia llorando en un sillón con Remigio a su lado, la cabeza hundida entre las manos. Benilda ofrecía una bandeja con varias tazas y una tetera pero nadie quiso tomar nada. Don Nicanor no estaba a la vista.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Irineo sin comprender.

—Mamá ha muerto.

La voz de Remigio sonó quebrada por el dolor.

—No es posible, la saludé esta mañana y estaba bien —Irineo negó lo que escuchaba.

—¡No estaba bien! Llevaba muchos meses enferma, hoy había amanecido



más contenta pero la energía le duró poco, no quiso comer nada, se quedó dormida a la hora de la siesta y ya no despertó —Lucrecia dejó de llorar para hablar, pero antes del final se quebró y terminó sacudida por profundos sollozos. Remigio la consoló como pudo, ofreciéndole otro pañuelo.

Irineo buscó la mano de Faustina, de pie a su lado, ante la confirmación de la noticia. Ella entrelazó sus dedos con los suyos, sin necesitar esforzarse para entender lo que él estaba sintiendo. El recuerdo de su propia orfandad estaba muy presente todavía.

—Lo siento —murmuró cerca de su oído.

Él apenas apretó el puño con el de ella dentro como respuesta, pero lo soltó enseguida, cuando escuchó a su padre detrás de ellos.

—¿Se puede saber dónde estaban? —preguntó con más enojo que dolor en su voz.

—Con los caballos, dimos un paseo extenso. Lamento no haber estado aquí en el momento... —intentó explicarse pero no pudo continuar. Se sentó en un sillón y se cubrió el rostro con las manos.

—Mi más sentido pésame, don Nicanor —intervino Faustina en un intento por aliviar la situación.

El hombre asintió con la cabeza como agradecimiento.

—Tenemos que empezar a preparar el viaje a Buenos Aires, ella quería ser enterrada en el cementerio de los padres recoletos.

—¿Viajaremos con el cad...? —preguntó Remigio ofuscado, pero se corrigió antes de terminar—. ¿Viajaremos con nuestra madre también?

—Por supuesto, ¿de qué otro modo podría ser enterrada allá? —respondió su padre con sequedad—. Preparen todo, quiero que partamos mañana.

—Padre, ¿cómo la llevaremos?

—En un ataúd. Debes ir al pueblo con tu hermano ahora mismo y pedir que lo hagan para mañana. Lucrecia, encárgate de armar baúles con ropa para unos cuantos días. Faustina y Benilda pueden ayudarte, ellas no nos

acompañarán, se quedarán aquí. Pídele a la cocinera y a una criada que se ocupen de vestir a tu madre con un traje elegante. Yo debo escribir unas cartas. Muévanse todos —ordenó sin perder su aplomo y se marchó.

*Quizás estaba preparado para la idea de esta muerte desde hace mucho, pero lo cierto es que actúa sin demostrar ni una pizca de sentimiento,* pensó Faustina, pero se guardó la idea para sí. No quería incomodar a Irineo con un comentario tan duro sobre su padre en ese momento difícil. En silencio, cada uno partió a cumplir con lo encomendado.

\*\*\*

Había pasado una semana desde la partida de la familia a la ciudad cuando se escucharon cascos de caballos y de ruedas en el camino. Faustina estaba en el establo, como era habitual, ocupada en acariciar la cruz de un caballo. Lo dejó y corrió hasta el camino principal esperando la llegada de Irineo con su familia. Pero no vio el coche de los Perrén ni el de su madre, que también se habían llevado. En cambio se encontró con otro carruaje que conocía: el de su abuela.

Sorprendida pero contenta por la visita, la recibió con un abrazo.

—Déjame verte, criatura, estás más alta, y más delgada. Debes comer más, aunque tengo que reconocer que tienes mejor semblante. Un brillo especial destaca tus ojos.

Faustina sonrió ante la inspección pero no reveló nada, no iba a contarle que el amor era el secreto para su belleza.

—También ayuda que me quité el luto. Cualquier color me queda mejor que el negro.

—Tienes razón, yo debería imitarte, pero extraño demasiado a Eladio.

Cambiarne sería como dejarlo ir del todo y no quiero hacerlo. Por mi edad, puedo andar de negro para siempre y creo que eso haré —afirmó con decisión.

—La comprendo.

—Vamos a charlar adentro, y pídele al muchacho que se ocupe de mis cosas —ordenó señalando a Saturnino—. Todo con cuidado, ya te explicaré —añadió misteriosa y se dirigió hacia la casa.

Mientras se sentaban en la sala, a donde Benilda les llevó una bandeja con té caliente, Saturnino bajó el equipaje. Había dos baúles y una gran caja atada con cintas.

—Ha traído muchas cosas, más que en otros viajes.

—Un baúl es para ti, contiene tu ajuar. Y en la caja está tu vestido de novia.

—¿Qué? No comprendo.

—Mañana regresan los Perrén.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó contenta por la noticia, pero con ansiedad por el resto de lo escuchado.

—Don Nicanor vino a verme, de eso justamente quiero hablarte. Él ha decidido que debes casarte.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida pero sonriente, segura de que Irineo le habría contado sus planes. Una inmensa felicidad la invadió al pensar en pasar el resto de su vida junto a él.

—Sí, la boda será la semana próxima. Te casarás con el mayor de los Perrén. La familia regresa mañana, yo he venido antes para que te pruebes el vestido por si necesita ajustes.

—¿Qué vestido?

—El que compré para ti, niña. El mejor que tenían en la tienda Gath & Chaves, ¡ya verás que es una preciosura!

—Pero ¿no es muy pronto? Ellos están de luto.

—Parece que eso le tiene sin cuidado al novio. La ceremonia será aquí, en la capilla del pueblo, donde no cuentan mucho las apariencias.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó sin comprender el apremio.

—No lo sé, le pregunté a don Nicanor si había algún motivo y tuve mis sospechas hasta ahora, pero al escuchar tu tono de sorpresa y verte tan delgada me quedo tranquila de que no es un “casamiento de apuro”.

—Claro que no —respondió con las mejillas enrojecidas, aunque se dijo que podría serlo. Había pensado en eso algunas veces pero Irineo le aseguró que la suerte estaría de su lado en ese asunto y no habría embarazo hasta que estuvieran casados.

—Bien, ahora que estás enterada de la noticia, me gustaría ir a descansar un rato, el viaje fue agotador —dijo tras beber su taza de té—. Te dejaré para que disfrutes de tus últimos tiempos de muchacha soltera. Debes saber que pronto todo cambiará para ti.

—Lo sé, pero imagino que será para mejor —concluyó con una sonrisa, saboreando por anticipado el momento en que entrase a la iglesia para convertirse en la mujer del hombre a quien amaba.

\*\*\*

Una vez más el cantar de los gallos encontró a Faustina despierta, pero esa vez el motivo de su falta de sueño había sido la dicha. Irineo iba a regresar ese día. Esperaba ansiosa el reencuentro. Se levantó contenta, pero mientras se mojaba el rostro con agua que volcó de la jarra en el lavamanos, vio por el espejo el rostro afligido de Benilda, que acababa de entrar a la habitación.

—¿Qué te ocurre? —preguntó acercándose, mientras se secaba la cara con una toalla.

—Me quiero morir.

—No digas eso, no tienes motivos para semejante aberración.

—Sí los tengo: estoy embarazada.

La noticia sacudió a Faustina, que de inmediato abrazó a su amiga.

—¿Estás segura?

—Las náuseas de cada mañana me lo confirman, además de la falta.

—¿Lo sabe Saturnino?

—Saturnino no es el padre.

—¿Y entonces quién? —preguntó temerosa.

—Irineo —respondió con el mentón en alto y los labios apretados, en actitud desafiante—. Yo sé que él te gusta y que lo has besado, pero esto es mucho más importante.

El suelo parecía haber desaparecido bajo los pies de Faustina. Se sentó en el lecho para no caer. Sus oídos se taparon y no escuchó las justificaciones de Benilda. Su amado Irineo iba a ser padre. Ya no podrían casarse. Él debería aceptar su responsabilidad con Benilda y su niño. *Su niño*, repitió con dolor en su interior. *¡No! ¡Mi niño! Ese niño debería ser mío*, pensó y las lágrimas fueron inevitables.

Benilda la abrazó para consolarla, pero ella la sintió lejana. Su amiga se había convertido en su verdugo, la gran culpable de su desdicha.

—¿No me vas a decir nada? —preguntó Benilda al rato.

—No. No tengo nada que decir.

—Deberías alegrarte por mí, por fin voy a pertenecer a una familia decente.

—¿Qué quieres decir?

—Que su padre sin duda lo obligará a casarse conmigo y ya no seré la criada de nadie, sino una señora en esta casa. —La rabia contenida en sus palabras la convirtió en una desconocida para Faustina.

—Nunca te escuché hablar así antes, no sabía que tenías tanto rencor en tu

interior. Te desconozco, Benilda —murmuró con dolor.

—Cambié —anunció lacónica—. Ya no soy la misma. Dejé de ser tu amiga, ahora soy la criada.

—Eres injusta, nunca te traté como a una criada. Y siempre serás mi amiga, aunque me castigas queriendo robarme a Irineo. ¿Puedo saber desde hace cuánto tienen una relación? —preguntó espantada por la posibilidad de que él estuviese enredado con las dos al mismo tiempo.

—Fue aquella única vez, no te dije hasta dónde habíamos llegado porque me avergonzaba. Y no lo considero un robo, es mi recompensa por todo lo que me ha tocado vivir.

Faustina no quiso seguir escuchándola, salió corriendo de la habitación así como estaba, con la bata sobre el camisón. Sólo se agachó para tomar sus botas de montar y se colocó el abrigo encima. Llegó al establo y le pidió a Saturnino que ensillara a India mientras ella se ponía las botas.

—Está con un tobillo hinchado, niña.

—Entonces prepárame a Indio —ordenó, segura de que a Irineo no le molestaría que tomase su caballo. Lo único que le importaba era montar y salir. Necesitaba escapar de allí. Sólo el viento contra su rostro, su cuerpo libre sobre el lomo del caballo, la ayudaría a despejar el vertiginoso remolino que anidaba en su interior.

Voló sobre Indio sin destino fijo. Apenas buscando el consuelo de evadirse de la realidad. Le dolía tanto saber que Irineo iba a ser padre como conocer la verdad sobre los ruines sentimientos nuevos de su amiga. En algunos momentos pensaba en continuar con sus planes de boda ignorando la noticia de Benilda. Pero después de un rato cambiaba de idea: no sería justo dejar a un niño sin padre. Su amado era un hombre de bien y sin duda asumiría su responsabilidad. Las opciones daban vueltas en su mente una y otra vez atormentándola. No alcanzaba a distinguir una solución. Cabalgó toda la mañana pero eso no aplacó su pena. En el camino de regreso Indio empezó a

renguear. Se detuvo para examinarlo y descubrió que había perdido una herradura. Terminó el trayecto a pie a su lado y al llegar al establo le pidió a Saturnino que le pusiera un nuevo herraje al animal. Enseguida marchó a cambiarse para el almuerzo, no quería que su abuela la viese así.

Se puso una sencilla falda de lana y una camisa. No tenía ganas de arreglarse. Aunque sabía que Irineo llegaría esa tarde su ánimo distaba mucho de la euforia.

Benilda no apareció cuando se sentaron a la mesa y *ña* Gregoria les sirvió a la joven y a su abuela una sopa de pollo y vegetales. Mientras la tomaba sin ánimo, la cuchara se deslizó de la mano de Faustina, cayó dentro del plato y desparramó caldo hacia los costados sobre el mantel.

—Lo siento —se disculpó enseguida.

—Estás a punto de convertirte en una mujer casada, no puedes permitirte esas actitudes infantiles cuando presidas la mesa de tu hogar —la retó Léonie—. Debes recordar que toda dama debe comportarse como una duquesa en la mesa y como una puta en la cama.

—¡Abuela! ¿Cómo me dice algo así? —preguntó escandalizada.

—Es para que aprendas, niña, cómo es la verdad de la vida. Si quieres que tu matrimonio funcione, hazme caso. ¿O para qué crees que un señor de semejante edad quiere una esposa joven?

—¿Edad? ¿Qué edad? Irineo sólo tiene un par de años más que yo.

—¿Irineo? No, niña. Él no es el novio. Te casarás con don Nicanor.

—¿Con don Nicanor? No, abuela. Se equivoca —afirmó con decisión.

—¿Cómo me voy a equivocar si yo misma lo arreglé? Don Nicanor me pidió su mano para él, el mayor de los Perrén: el padre. ¿A quién creíste que me refería?

—No, no puede ser, ¡debe ser un error! ¡Sin duda ha entendido mal, abuela!

—Me falta para estar senil, criatura. Entendí perfectamente.

—¡No lo creo! ¡Don Nicanor es un viejo! ¡No quiero casarme con él!

—Estoy de acuerdo en que no debe ser el galán con quien soñabas, me ha dicho que tiene cincuenta y tres años, pero tendrás estabilidad a su lado, serás una dama. A esta altura de mi vida he aprendido que las apariencias importan. Si bien me acostumbré a las miradas de desdén cuando era muy joven por ser madre soltera y me acompañaron siempre, nunca me terminé de conciliar con ser apuntada con el dedo. Aún hoy, que tengo un buen pasar, las damas me siguen dando vuelta la cara en los salones. Aunque es por otro motivo, por mi trabajo, pero no quiero que estés en mi lugar nunca, por ninguna causa. ¡Tienes que aprovechar esta oportunidad para ubicarte en un buen nivel en la sociedad!

—No me interesa ser una dama, ¡quiero ser feliz!

—Y a mí no me interesa tu opinión. Él es tu tutor y yo tu único familiar, harás lo que digamos. Esta conversación ha terminado. Me iré a dormir la siesta. Te aconsejo hacer lo mismo para estar descansada, debes recibir a tu prometido con buena cara.

Faustina la vio alejarse con el revoleo de la falda tras de sí sin entender cómo había llegado a ese punto. *¿Comprometida con don Nicanor? ¿Cómo ha ocurrido esto? Sin duda es una confusión, cuando llegue Irineo hablaremos con él, le contaremos de nuestros planes para casarnos y todo se resolverá,* se dijo a sí misma para convencerse de que ese no podía ser su destino. Pero al instante recordó el embarazo de Benilda y vio una negra nube cernirse sobre su futuro. Sabía cuál era la decisión correcta.

\*\*\*

Faustina esperaba de pie ansiosa frente a la entrada de la casa. Había



escuchado el carruaje y corrió al exterior. Vio bajar a Remigio, a don Nicanor y por último a Irineo. Él la buscó ansioso con la mirada, sonriente, y sus ojos llenos de amor le dijeron que no sabía nada de la noticia que había traído Léonie. *Quizás la abuela se equivocó, la edad puede hacer que la gente se confunda*, pensó esperanzada.

Saludó con una correcta reverencia a don Nicanor, con un corto abrazo a Remigio y se fundió en uno más largo con Irineo, que murmuró muy bajo junto a su oído una extraña frase.

—Confía en mí.

—¿Y Lucrecia? —preguntó en voz alta sin comprender las palabras de él, para disimular la extensión del último saludo, no porque le preocupase la ausencia de la muchacha.

—Ha decidido quedarse en la ciudad un tiempo, en casa de su hermana mayor —respondió don Nicanor.

—Comprendo su tristeza —se compadeció Faustina.

—No fue sólo por tristeza que eligió quedarse, sino porque desaprueba mi elección, dice que es una falta de respeto hacia su madre —le dijo observándola con fijeza.

Faustina esperó en silencio a que él continuara pero no lo hizo.

—Mi padre va a casarse contigo —anunció Irineo con los ojos entrecerrados para disimular su dolor.

Faustina clavó la mirada en la tierra, sin saber cómo reaccionar. Irineo conocía la intención de Perrén y acababa de confirmarle que no se trataba de un delirio senil de su abuela. No podía creer que se lo tomase con calma, pero intuyó que a eso se refería con sus palabras en secreto. A pesar de la angustia que aceleraba los latidos dentro de su pecho, decidió confiar en él. Ya habría tiempo para explicaciones.

—Imagino que tu abuela ha venido a comunicártelo, en eso habíamos quedado —Perrén se dirigió a ella.

Asintió en silencio, sin levantar la vista.

—Bien, la boda será la semana próxima. Ahora vamos adentro, el viento está frío.

Faustina vio sus propios pies andando en dirección a la casa y levantó la cabeza justo a tiempo para detectar la piadosa mirada de Remigio, que le sonrió como pudo con una mueca. Irineo en cambio, la tomó de la mano y aseguró junto a su oído:

—No te preocupes, nos fugaremos. Tengo un plan, pero necesito unos días para organizarme. No quiero ofrecerte una vida de mala muerte donde pases necesidad. Todo esto es tuyo y pelearé para darte tu lugar.

—¿Cómo?

—Ya lo veremos. Ahora vamos adentro para que nadie sospeche de nosotros —le dijo y le apretó la mano con fuerza, mientras contenía las ganas de besarla.

Después de asearse la tierra de los caminos, Irineo dijo que iba a ver a los caballos y a nadie sorprendió que Faustina saliera detrás de él. Se ocupaban juntos del tema.

Una vez en el establo, él la apoyó contra la pared y la besó con la necesidad de la angustia contenida durante días. Ella respondió con la exigencia de saborearlo, de compartir el mismo aire mientras sus bocas eran una.

—Me enloquecía pensar que no iba a llegar a tiempo para detener esa boda. Mi padre quería que me quedara unos días más en la ciudad para comprar unos caballos pero me negué. Necesitaba venir a verte, tocarte y salvarte —dijo al apartarse.

—¿Es una locura! ¿Por qué quiere casarse conmigo? —preguntó sin comprender la orden de su tutor.

—Aunque me duele decirlo, es por algo relacionado con tu herencia.

—¿Qué!?

—Sí, mi padre es más avaro de lo que cualquiera había imaginado. Pero no quiero hablar más de él. Intenté hacerlo cambiar de idea pero fue imposible. Por lo que decidí que nos iremos lejos, tú y yo. No podremos casarnos porque necesitamos su permiso, dado que eres menor y él es tu tutor, pero a mí no me importan los papeles. Sólo quiero estar contigo, te amo —afirmó y enfatizó sus palabras con un nuevo beso.

—Yo también te amo, pero no podemos irnos. Hay algo que debes saber —murmuró con seriedad y logró explicarse a pesar del nudo que le apretaba la garganta—. Benilda está esperando un hijo tuyo.

Irineo empalideció.

—No puede ser.

—Ella dice que sí es posible. ¿Acaso miente? —preguntó esperanzada.

—No, no miente —reconoció con la mirada cargada de culpa— pero no pienses mal, fue una única vez, antes de ti. ¡Maldición! ¡Es demasiada mala suerte en este momento!

—Al parecer los embarazos dependen de algo más que la suerte —respondió incómoda.

—¿Qué haremos?

—Aunque me cueste decirlo, ya he tomado una decisión —inspiró para tomar fuerzas para continuar—. Deberás hacerte cargo de ese niño y casarte con ella.

—¡No! No puedo hacer eso. ¡Yo te amo! No puedo dejarte en manos de mi padre, debo salvarte, llevarte lejos de aquí.

—No podemos —comenzó a decir pero las lágrimas le impidieron continuar.

—¡Sí podemos! Pensemos sólo en nosotros, en nuestra felicidad, no dejemos que cuenten los demás.

—¡Tu hijo no será uno más! Debes hacerte cargo de él. Y no podrás hacerlo si nos vamos lejos.

Irineo sabía que ella tenía razón pero no quería escucharla.

—No puedo dejar que te cases con él, ¡te amo! ¡Eres lo único que me importa en la vida!

—Yo no quiero hacerlo, pero no veo otra salida. Debemos quedarnos aquí. Es lo que hay que hacer. Y yo sé que eres un hombre decente, un hombre de bien.

—¡No! ¡Me niego a perderte! No quiero vivir sin ti.

—Lo siento, pero te pido que lo entiendas y lo aceptes, no me hagas las cosas más difíciles. No me busques más. Ese de recién ha sido nuestro último beso —concluyó entre sollozos y salió corriendo de allí.

—¡Faustinaaaa! —gritó cargado de impotencia, pero ella no regresó. Desesperado, su ira le hizo pegar un fuerte puñetazo a la pared de madera. Tomó una hoz que usaban para mover el heno y comenzó a romper todo lo que estaba a su alcance con las puntas de hierro afiladas. Estaba a punto de volcar una lata con kerosén que usaban para cargar las lámparas cuando tuvo una idea. La tomó junto a una caja de fósforos y salió corriendo él también. Fue tras los pasos de ella, que como había supuesto, estaba en el rosedal.

La encontró sentada llorando junto a las rosas blancas, que ya tenían pimpollos a punto de florecer.

—Dime que no es cierto lo que dijiste, que vendrás conmigo y nos iremos lejos de aquí —exclamó de pie, con las piernas abiertas en una pose tensa, sin intentar acercarse para abrazarla.

—No puedo dejar a un hijo sin padre.

—¡Arruinarás nuestras vidas con tu capricho!

—No es un capricho, es lo correcto, ¡lo que debemos hacer!

Él sabía que decía la verdad, pero sus sentimientos le impedían reconocerlo. Era más egoísta que ella y pensaba primero en su felicidad.

—¡No me importa lo correcto! ¡Sólo me importas tú! ¡Por favor, ven conmigo! ¡Vayámonos lejos de aquí! —suplicó cayendo de rodillas, pero ella

no se dejó conmovido. Se levantó en silencio y volvió a correr para alejarse de él y de la tentación que significaba. Le costaba rechazarlo, por lo que se marchó sin mirar atrás.

Cuando la vio alejarse Irineo no dudó: ennegrecido por el dolor, quitó el tapón de la lata que llevaba y roció todos los rosales que tenía a su alcance. Caminó desparramando el combustible y cuando ya no tuvo más, arrojó el recipiente vacío con rabia lejos de sí. Tomó un puñado de fósforos de madera de la caja y los encendió todos juntos para arrojarlos sobre las plantas. Se quedó mirando cómo las llamas cobraban vida, se multiplicaban en miles de lengüetazos naranjas y amarillos que se alzaban hacia el cielo llevándose con ellos el símbolo de su amor por Faustina: sus flores.

Todavía dolido, regresó al establo para buscar su caballo. Encontró que Saturnino estaba trabajando en una herradura de Indio, por lo que tomó otro: el semental que había sido de don Octavio Mariani. El animal no estaba acostumbrado a ser montado desde hacía mucho, pero Irineo era un jinete experto. Le puso el recado y las riendas con rapidez y se acomodó en la montura sin problemas para salir del establo al galope con rumbo al río.

Faustina escuchó los cascos alejándose y se volvió a mirar pero no llegó a verlo. Un denso humo impedía ver cualquier cosa. Distinguió que provenía del rosedal y por el viento las llamas avanzaban hacia la casa.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó corriendo hacia el establo en busca de baldes—. ¡Vengan todos a ayudar! ¡Fuego!

En pocos minutos, Remigio y don Nicanor, además de Saturnino y las criadas de la casa, corrieron hacia la zona del incendio. Con baldes unos, con palas y rastrillos otros, todos trabajaron para intentar controlar el incendio. La cadena humana funcionó y tras un largo rato dando batalla el fuego finalmente fue apagándose.

Exhausta, con la cara ennegrecida por el humo y el hollín, Faustina caminó entre los arbustos quemados recogiendo el borde de su falda. Nada quedaba

de las hermosas plantas de su madre, ni de las que Irineo le regalara con tanto amor. Sin resignarse a perder del todo ese recuerdo, tomó un puñado de cenizas de rosas y las guardó en un pañuelo que dobló con cuidado y metió en el bolsillo. Más tarde las pasaría a una cajita de madera para tenerlas como un tesoro, se dijo con lágrimas en los ojos. Tenían un significado especial, eran el símbolo de su amor por Irineo. Aunque él acababa de destruir ese símbolo, ella lo llevaría intacto en su corazón para siempre.

Apretando las rodillas contra los flancos del semental de Octavio, Irineo volaba sobre las altas pasturas. Galopaba sin destino, en una desesperada e inalcanzable búsqueda de la paz interior. Faustina lo rechazaba, lo obligaba a quedarse allí en *Mil Rosas* para que asumiera su responsabilidad, cuando irse juntos era la única forma de librarla de don Nicanor. Comprendía el noble motivo de ella, pero le costaba aceptarlo. Él no tenía intenciones de casarse con Benilda. Aunque se viese obligado a permanecer allí, reconocería a su hijo pero sin boda. Pero ¿cómo haría para ver a su amada convertida en esposa de su padre? No toleraba la idea. Sin pensar en lo que hacía, pegó con la fusta en las ancas del animal, que relinchó enojado por el gesto pero aceptó la orden y corrió más deprisa. Faustina en la mesa como esposa de don Nicanor, Faustina en la cama con él... Las imágenes se sucedían en su mente atormentándolo. No soportó lo que veía y pegó con más fuerza al caballo, que se encabritó y se paró en las patas traseras para mostrar su disgusto. Perdido en sus pensamientos, Irineo iba distraído y no pudo equilibrarse sobre la silla. Cayó hacia atrás pero no tuvo suerte: uno de sus pies quedó enganchado en un estribo y el animal lo arrastró en la carrera que retomó en cuanto se liberó de su jinete.

Todavía consciente, Irineo se dejó llevar. Quizás fuese una buena forma de morir, pensó mientras veía el cielo azulado moviéndose sobre él, escondido por momentos detrás de nubes de tierra que levantaban las patas del caballo.

Cada sacudida, cada golpe de su cuerpo contra el camino, le recordaba que todavía estaba vivo, pero cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que ese viaje salvaje acabase con él y con su suplicio para siempre. No quería vivir sin Faustina.

\*\*\*

Remigio continuó golpeando con la pala sobre las plantas todavía ardientes. Estaba sucio de hollín y cansado, pero no iba a abandonar la tarea hasta que todo estuviese apagado por completo. A su lado, Faustina removía los rosales quemados con una zapa con el mismo fin: eliminar cualquier brasa restante. Su rostro dejaba traslucir el dolor que le provocaba ver su jardín extinguiéndose. Su corazón derramó lágrimas en su interior. Estaba segura de que sería imposible salvar algo, y tampoco creía posible que Irineo fuese a querer plantar algo allí alguna vez. Tendría suerte si él volvía a dirigirle la palabra. Nunca lo había visto tan enfadado, estaba fuera de control, y el incendio era prueba de ello.

—¿Sabes qué fue lo que pasó aquí? —preguntó Remigio preocupado.

—Irineo quemó el rosedal. Yo misma lo vi.

—¡Es increíble! No entiendo por qué mi hermano hizo esto —Remigio sacudió la cabeza desconcertado.

—Está enojado. No quiere que me case con tu padre —contó Faustina.

—¿Por qué?

—Porque me ama, y yo lo amo —confesó mirándolo a los ojos. Pudo reconocer la molestia en la cara de su amigo, pero él no la juzgó, sino que se acercó hasta donde ella estaba y le tendió una mano, que ella estrechó.

—No estaba seguro de ese amor recíproco. Debo reconocer que yo mismo



aspiraba a conquistarte, pero Irineo llegó antes —se lamentó e hizo el ademán de despedirse con un galante beso cerca de sus nudillos.

—No se trata de quién llegó antes, él se metió en mi corazón de un modo especial. Tú también estás allí, pero como mi amigo.

—Acepto tu amistad, porque quiero lo mejor para ti. Ahora dime, ¿qué piensan hacer Irineo y tú con este asunto de la boda? No creo que él vaya a quedarse con los brazos cruzados, ya lo demostró con este incendio.

—Lo hizo para destruir nuestras flores, que tienen un significado especial. No fue por maldad, él tiene un alma noble, estoy segura de ello.

—Lo sé, lo sé, no es necesario que lo defiendas ante mí, pero me preocupa lo que vaya a hacer a continuación. ¿Raptarte quizás?

—No andas muy equivocado —admitió con una sonrisa triste—. Ya me propuso que nos fuéramos, pero no puedo hacer eso.

—No me sorprende. Yo haría lo mismo en su lugar.

—¿De verdad?

—No te imaginas lo que es para un hombre ver que la chica que ama se casará con otro, y para empeorar la situación, ¡con su padre! Me cuesta ponerme en sus zapatos. ¡Yo no lo soportaría!

Faustina retorció las manos, nerviosa. No veía ninguna salida posible sin abandonar a Benilda y su hijo, un escenario que le parecía insostenible. No toleraría empezar su propia vida basada en la infelicidad de dos personas. Porque sabía que ese niño sufriría si crecía sin padre. Era una carga demasiado pesada para llevar en sus hombros.

—¡No me presiones tú también, por favor! No soporto todo lo que está pasando, ¡y lo peor es que no sé qué hacer! —exclamó y salió corriendo hacia la casa, en medio de profundos sollozos de desesperación.

\*\*\*

Al anochecer, Irineo todavía no había regresado. Su sitio vacío provocaba preguntas sin respuestas que nadie se animó a mencionar cuando todos se sentaron a la mesa. Comieron en silencio, hasta que cuando sirvieron el segundo plato, don Nicanor se refirió al tema.

—Imagino que el incendio se originó por un descuido de Irineo. Sin duda ha empezado a fumar a escondidas. Debe sentirse culpable, por eso no ha llegado todavía —expuso como si supiera la verdad de lo ocurrido.

Faustina y Remigio intercambiaron una mirada pero no dijeron nada.

—El muchacho debe estar asustado —sugirió Léonie.

—Ya no es un muchacho. Es un hombre y debe comportarse como tal, hacerse cargo de sus acciones —musitó enojado Perrén.

Benilda estaba al lado de la mesa con una bandeja en la mano y las amigas cruzaron una mirada. Aterrorizada una por lo que sufriría Irineo en manos de su padre al enterarse sobre el embarazo, y feliz la otra por ese mismo motivo. Benilda apostaba a que el patrón obligaría a su hijo a casarse con ella.

Terminaron la comida en silencio y todos se marcharon a descansar, agotados por los acontecimientos de esa tarde. Benilda siguió los pasos de Faustina hasta la habitación que compartían y también hasta la ventana donde se detuvo para observar la oscuridad infinita del campo.

—Va a estar bien, no te preocupes —intentó tranquilizarla la mestiza.

—¿Cómo sabes que pienso en él?

—¿Acaso me equivoco?

—No. —No tendría sentido negar lo evidente, decidió Faustina—. Entiendo que se enojó e hizo lo que hizo, pero temo que no piense regresar más —reconoció su miedo mayor y las lágrimas la invadieron al ponerlo en palabras.

—¿Puedo abrazarte? Quiero que sigamos siendo amigas, Tina —balbuceó

con el mentón tembloroso, a punto de llorar.

Faustina se extrañó por la pregunta. En realidad todo había sido extraño entre ellas desde que descubrió que habían compartido al mismo hombre. Echaba de menos a su amiga, más allá de su dolor por todo lo ocurrido. Asintió con la cabeza y abrió los brazos para recibirla y continuar llorando juntas.

—Siempre seremos amigas, no puedo quitar el cariño por ti de mi corazón —reconoció Faustina entre lágrimas.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —preguntó Benilda después de un rato, ya más calmadas.

—Supongo que yo me casaré con don Nicanor y tú, con su hijo. Con el hombre que yo amo. La vida es muy injusta —concluyó con pesar, entre más sollozos.

—Lo siento, pero no puedo rechazar el futuro de mi hijo, él tiene derecho a pertenecer a la familia de su padre.

—Lo sé, es lo que corresponde. Por eso voy a apoyarte y seguir adelante con esta boda. Pero no creas que eso modificará mis sentimientos por Irineo ni los de él hacia mí. Tendrás a tu lado a un hombre que no te ama.

Sabía que la envidia y el dolor ponían las palabras en su boca, pero no se arrepintió después de decirlas. Tenía demasiado sufrimiento en su interior, necesitaba sacar una parte para no ahogarse en su propia pena.

\*\*\*

Por la mañana Irineo seguía ausente. La cara seria de don Nicanor durante el desayuno no denotaba preocupación sino enojo. Remigio se dijo que no le gustaría estar en la piel de su hermano cuando regresase.

Faustina decidió salir a dar su paseo matinal como siempre. Si Irineo había decidido irse sin ella para no verla casada con otro lo entendía, pero no iba a hacer nada al respecto. Con una chaqueta de lana con cuello de piel y la falda pantalón para montar se animó al clima todavía invernal de esa mañana de septiembre.

Apremió a India para cansarse con el ejercicio. Apretó con fuerza los muslos y se curvó sobre la cruz del animal, dejando el peso en los estribos. La sensación de volar por encima de la tierra, a la par del viento, era incomparable. Agradeció que su padre le hubiese transmitido su pasión por los caballos y la velocidad. Estaba pensando en él cuando divisó a Tormentoso, el caballo que le había pertenecido. *No puede ser, ¿qué hace aquí? ¿Quién lo sacó?*, se preguntó y recordó que esa mañana no había visto a Saturnino en el establo, ella misma había preparado su montura. Se dijo que debería mantener una conversación con el muchacho al regresar. Era parte de sus tareas verificar que todos los animales estuvieran bien guardados antes de irse a dormir. Jaló de las riendas para guiar a India hacia donde estaba el otro caballo. Una vez allí, le habló con tranquilidad y firmeza y logró acercarse lo suficiente para agarrarlo. Le llamó la atención que el animal llevaba el recado completo. Sin duda alguien lo había sacado del establo, no se había escapado por sus propios medios. Además, le extrañó que las riendas estuvieran pasadas por encima de la cabeza hacia la silla, no colgando debajo de la boca, como hubiera sido normal si el caballo se hubiese desatado de algún lugar.

Lo calmó con unas palmadas en el cuello y lo examinó pero no encontró ninguna herida. Acomodó las riendas y emprendió el camino de regreso hacia el establo al paso. Tras media hora andando, India comenzó a relinchar de manera llamativa. Faustina intentó tranquilizarla sin éxito. La yegua buscaba tirar hacia un costado y para no incomodarla se lo permitió. A los pocos pasos su corazón dio un brinco al descubrir lo que el animal había visto y le estaba mostrando: el cuerpo de Irineo tendido entre los pastos.

Desmontó y se acercó corriendo hasta él. Se arrodilló a su lado y le tocó el rostro, que encontró helado y con una intensa mancha violácea sobre la frente, el costado y un ojo, además de sangre seca pegada. No pudo evitar el profundo grito que escapó de su garganta al creerlo muerto. Se echó sobre su pecho con desesperación, pensando que no quería vivir si él ya no estaba. Había leído a Shakespeare y la tragedia de Romeo y Julieta vino a su mente. *¿Podré conseguir algún veneno en el pueblo?*, pensó mientras las lágrimas, esas compañeras constantes en los últimos tiempos, se apoderaban de ella una vez más. Los sollozos la sacudieron con fuerza un rato, hasta que al quedarse quieta su oreja quedó pegada al corazón de él. En el imponente silencio de la llanura su oído registró unos quedos latidos en el pecho de Irineo.

—¡Vives! ¡Ay, amor mío! Todavía estás aquí. ¡Gracias, Dios, gracias! — exclamó y se quitó la chaqueta para darle calor. Si Irineo había pasado la noche a la intemperie era un milagro que no hubiese muerto de frío.

Le dio unos golpes en el rostro tratando de despertarlo pero no lo logró. Observó su cuerpo para ver si había más sangre a la vista pero no halló cortes serios. Sí vio la ropa bastante rota, rasgada y desprolija, además de sucia, y uno de sus pies estaba en una posición muy extraña, por lo que debía tener un tobillo o algún hueso roto. *¡Lo arrastró el caballo!*, dedujo horrorizada. *No puedo subirlo a India yo sola, tengo que ir a buscar ayuda*, se dijo con espanto, porque no quería dejarlo solo.

—Resiste, amor mío, pronto volveré —le dijo sobre su boca y lo besó antes de partir, dispuesta a salvarlo.

\*\*\*

El médico llevaba un buen rato revisando al paciente a solas cuando llamó

a don Nicanor para que entrara a la habitación. En la sala, la angustia carcomía a Faustina, que apretaba y alisaba un pañuelo sin pensar en lo que hacía. Remigio caminaba de un lado a otro en silencio.

—¿Crees que sobrevivirá? —preguntó llorosa.

—Tiene muchas posibilidades gracias a ti. Si no lo hubieras encontrado... —respondió sacudiendo la cabeza.

—Agradecemos que sólo pasó una noche afuera. Y que esta madrugada no hubo helada.

—¿Cómo lo sabes? —intervino Léonie.

—No había escarcha cuando salí con India.

—No logro habituarme a los madrugones campestres, me alegra que tú sí: tu práctica puede haber salvado la vida de mi hermano.

Una pequeña sonrisa se dibujó en su cara, pero sin gran entusiasmo. Sólo sonreiría de verdad cuando él despertase.

Unos pasos resonaron en el pasillo junto a voces de hombres y ambos se pusieron de pie.

—¿Cómo está? —preguntó Faustina en cuanto vio al médico.

—Todavía inconsciente.

—¿Despertará? —consiguió pronunciar a pesar del nudo en la garganta.

—No lo sé. Es lo que acabo de explicar al señor Perrén. Dado el amplio hematoma en su frente y sien, deduzco que golpeó con fuerza la cabeza. Eso significa que lo que vemos morado por fuera también está así por dentro. Habrá que esperar a que baje la hinchazón para dar un diagnóstico.

—¿No sabemos más?

—Sí, sabemos que tiene un brazo y una pierna rotos y el tobillo dislocado de su sitio. También parece haber una o dos costillas afectadas. Basándome en eso y en los cortes y magullones por todo el cuerpo, puedo decir que es probable que fuera arrastrado por el caballo, como ya dedujeron aquí.

Faustina se estremeció al escucharlo. El cuerpo que tanto amaba, al que

había besado tantas veces, yacía golpeado y partido. Le hubiera gustado correr a besarlo otra vez y poseer el poder para curarlo con sus labios. Pero tuvo que conformarse con su rol de hermana postiza preocupada.

—¿Hay algo que podamos hacer por él?

—Mantenerlo caliente y esperar, como ya dije —respondió el médico—. Manden a buscarme si despierta. De cualquier modo regresaré a verlo mañana —se despidió y partió.

Con el médico ausente y don Nicanor de regreso en su despacho, Faustina corrió a la habitación de Irineo. Entró sin hacer ruido y le impresionó la palidez del rostro de él, casi del mismo color que las sábanas immaculadas, excepto por la zona del golpe: un tono violeta intenso cubría parte del rostro hinchado.

Se acercó al lecho y se inclinó para besarlo con delicadeza.

—Amor mío, recupérate, por favor —murmuró junto a sus labios. Observó uno de sus brazos entablillados y tomó la mano del otro. La encontró fría, a pesar de la chimenea encendida en un rincón que caldeaba el ambiente, por lo que la llevó a su cara y la mantuvo junto a su mejilla. Al rato estaba más tibia. Eso le dio una idea: debía transmitirle calor a todo su cuerpo para mantenerlo caliente, tal como había dicho el médico. Con cuidado se recostó a su lado en el amplio lecho y se ubicó muy cerca de él. Lo abrazó por encima de las mantas y allí se quedó. Decidió que ella iba a ser su medicina.

A pesar de los cuidados de Faustina y de ña Gregoria, que vertía caldo en su boca a diario, Irineo no recuperaba la conciencia. Habían pasado cinco días desde el accidente y no había habido cambios. En sus regulares visitas el médico sólo decía que había que esperar.

Una mañana durante el desayuno, don Nicanor terminó su café y carraspeó.

—Ahora que estamos todos presentes, quiero anunciar que nos casaremos

dentro de dos días.

—¿Cómo dice? ¡Eso es imposible! Irineo no ha despertado aún —replicó Faustina de inmediato.

—Y no sabemos si despertará. Lamento decirlo, porque se trata de mi hijo, pero la vida debe continuar.

—Y puede continuar como estamos, podemos esperar para casarnos, no veo la necesidad de correr.

—Mi querida, no lo entiendes porque eres joven, pero yo ya no lo soy y no quiero desperdiciar el tiempo que me queda. Por eso ya lo he decidido. Hacerlo antes o después no afectará la salud de Irineo. Agradezco tu preocupación por él, pero nos casaremos igual.

—Yo apoyo que se realice la boda cuanto antes, debo regresar a la Capital para atender mis negocios, no puedo quedarme aquí para siempre —intervino Léonie, lo cual no dejó margen de negociación a Faustina. Todos parecían confabulados contra ella. Dirigió una mirada desesperada a Remigio pero él apenas se encogió de hombros. Nada podía hacer.

Cuando todos se fueron, Faustina regresó al lado de Irineo. Ese era su lugar, así lo sentía. Aunque no sabía si él podía escucharla, decidió decírselo:

—Este es mi lugar, a tu lado. Siempre a tu lado, pase lo que pase. Así te hayas caído de un caballo como si estás por tener un hijo con otra. ¡Lamento no haberlo entendido antes! Debería haberme fugado contigo. Ahora quiero hacerlo. Despierta, por favor, y nos iremos lejos de aquí, lejos de todos. Enviaremos dinero para que el niño de Benilda no pase necesidades, pero estaremos juntos. Eso es todo lo que me importa. Te pido perdón por haber sido tan tonta, por no haberme dado cuenta antes de que nos pertenecemos, de que no podemos vivir sin el otro. Tú lo descubriste primero, por eso querías que nos marcháramos. Yo lo entendí cuando te vi tendido en el pasto y te creí muerto. Pero todavía estás vivo, todavía tengo la esperanza de que despiertes. ¡Por favor, despierta, amor mío!



Sostenía la mano de él en la suya como siempre, y esperó una señal ante su declaración, pero los dedos de Irineo seguían inermes, flácidos, como sin vida.

\*\*\*

Faustina veía las puntas de sus botines de cuero asomar bajo el ruedo del vestido pero no se animaba a mover los pies hacia adelante. No podía avanzar, todo su cuerpo temblaba. En parte debido al frío de esa tarde invernal, y en parte debido a sus emociones. Era el día de su boda, el más feliz de una corta vida como la de ella, pensaría cualquiera al ver a la joven de quince años con el cabello castaño que caía suelto en una cascada de bucles sobre la espalda, con un vestido blanco de encaje y un ramo de flores silvestres en la mano. Pero no eran rosas, su flor favorita. Tampoco el amor la esperaba en el altar. Nada era como ella hubiera deseado. La felicidad escapaba de ese joven cuerpo. El corazón vertía lágrimas silenciosas que ella controlaba con esfuerzo para que no llegasen a sus ojos.

Oyó el órgano sonar dentro de la capilla, pero eso tampoco hizo que se moviera. Agradeció estar sola frente a la entrada, nadie la apuraba porque nadie iba a entregarla. Su padre postizo la esperaba en el altar. Aunque ella le había pedido a Remigio que cumpliera el rol de padrino, su querido amigo se había negado a caminar el pasillo a su lado. Conocía el dolor que la desbordaba y no quería ser cómplice de lo que estaba a punto de ocurrir. Tan sólo le daría su apoyo esperándola junto al novio.

Sacudió la cabeza para apartar los pensamientos de quienes la estaban aguardando. Miró el cintillo de brillantes que relucía en su mano derecha. Lo llevaba siempre, había decidido que ese día también. No se había sacado el

símbolo de su gran amor, a pesar de que iba a casarse con otro. Escuchó que la música terminaba y volvía a empezar. Era la hora de entrar, pero no quería hacerlo. Cerró los ojos, apretó con fuerza las dos manos sobre los tallos del ramo y rezó por un milagro.

Pero el milagro no llegó.

La ceremonia fue breve, sin la acostumbrada misa de esponsales. El sacerdote entendió que había un familiar enfermo de gravedad esperándolos de regreso y se saltó la tradición. Poco después de pronunciar el consabido “hasta que la muerte los separe”, terminó todo. Cuando volvieron a la casa Faustina iba sentada junto a don Nicanor en el carruaje. Ya estaban casados pero ella se sentía igual de distante que antes. Sus dos manos descansaban unidas en un apretado puño sobre la falda. Al salir había arrojado el ramo de las flores al suelo con rabia. Remigio lo había mandado buscar para ella pensando que el gesto la alegraría, pero lo había detestado: sólo le recordaba a cada momento que Irineo no estaba a su lado. El dedo índice recorría sin cesar el anillo de pequeños brillantes que llevaba en la mano opuesta. No le importaba la alianza de oro que don Nicanor acababa de poner en su anular. La odiaba, por todo lo que representaba: la ausencia de su amor verdadero en su vida para siempre.

—Cuando llegemos deberás mudar tus cosas a la habitación principal. A partir de ahora vivirás allí conmigo.

—No quiero hacerlo, esa era la habitación de mis padres.

—Lo sé, pero desde hace mucho que ya no están. Ahora será nuestra.

—No me sentiré cómoda allí —insistió—. Prefiero quedarme en la mía. ¿Por qué no puedo mantener mi propia alcoba?

—Porque compartirás mi lecho, quiero a mi joven esposa a mi alcance.

El corazón de Faustina dio un brinco y le dolió el estómago. Aunque sabía que existía la posibilidad de que la reclamase, tenía la esperanza de que no fuera así. Él la borró con sus palabras. Torció la cabeza y observó hacia

afuera por la ventanilla del carruaje. Una lluvia pareja que caía desde hacía rato azotaba arbustos y árboles. Finos riachuelos avanzaban entre los pastizales formando charcos en el terreno. Admiró la belleza de la naturaleza, tan omnipresente, todopoderosa, que la hizo sentir muy pequeña y sola, desamparada ante su inmensa desdicha.

Al llegar a *Mil Rosas* corrió a preguntar por la salud de Irineo, pero todo seguía igual.

Léonie anunció que prepararía sus cosas para marcharse al día siguiente.

—Mi misión está cumplida —dijo a Faustina—. Estoy convencida de que hice bien. No podías esperar algo mejor, dadas las condiciones de tu nacimiento. Nunca le perdoné a tu madre que engañara a mi hijo. Hoy creo que la deuda está saldada.

Faustina no alcanzó a comprender si el rencor de su abuela hacia Antoinette había sido la verdadera causa de su boda. Le parecía una venganza demasiado cruel y ella le tenía un sincero cariño a Léonie. Aunque en los últimos tiempos acababa de descubrir que el afecto muchas veces puede venir disfrazado, para ocultar sentimientos oscuros. Lo había experimentado en carne propia con Benilda primero, y ese momento las palabras de su abuela le provocaron un sabor amargo en la boca. Le dio un breve abrazo como despedida, pero no fue devuelto. Ese frío trato le dolió. Fue la confirmación de su soledad. Miró los azulados ojos de la anciana unos momentos y los descubrió duros, con un brillo de satisfacción. Se marchó a su habitación tragándose las lágrimas del abandono. Caminó sujetándose de una de las paredes. Se sentía cayendo en un abismo yermo, despoblado, sin nadie que le ofreciera un apoyo, ninguna mano amiga de la que aferrarse. Desamparada, quería echarse a llorar, tirarse a dormir y no despertar hasta que todos los males que la rodeaban hubiesen desaparecido, pero ya no creía en la magia. Demasiados golpes le habían enseñado que la vida era dura. A pesar de ello, y justamente por ello, decidió ser fuerte: no iba a permitir que el dolor la

venciera. Contuvo las lágrimas. Con los ojos secos y el corazón en llamas se dirigió a empacar. Tenía que resignarse a cruzar el pasillo y empezar una nueva vida.

Ña Gregoria terminó de poner el último sombrero en un estante del ropero y se dio vuelta con los brazos en jarra en la cintura.

—¿De verdad que no me vas a contar qué ocurrió entre ustedes? Si hasta hace unos días eran carne y uña, y ahora mírate: estás más sola que alma en pena. Anda, cuéntame qué te hizo mi desagradecida hija para que no se hablen. Ella debería estar aquí ayudándote y no yo. Quiero aclarar que no me molesta hacerlo, mi niña, pero es que no entiendo lo que pasó.

—Nos pasó la vida por encima, ña Gregoria —respondió con un suspiro y con dolor en la garganta por las lágrimas contenidas, que no podía verter.

—Cuando eran pequeñas peleaban por quién agarraba la torta frita con más azúcar en la cocina, pero al ratito se amigaban. ¿Cuánto falta para que se amiguen esta vez?

—Ya nos amigamos, pero algo cambió entre nosotras. Espero que alguna vez vuelva a la normalidad. Siempre tuve a Benilda a mi lado y ahora la siento distante. Y eso duele.

—Ya *viá* hacer entrar en razón a esa hija mía, no te preocupes, déjame a mí.

En ese momento don Nicanor entró a la habitación sin golpear y ña Gregoria saludó con la cabeza para marcharse en silencio.

—Me gusta ver tu obediencia. Pensé que serías más difícil de corregir.

—¿Corregir? ¿A qué se refiere? —inquirió con frialdad.

—Que tu madre te consintió demasiado, te dejó hacer siempre tu voluntad.

—No entiendo por qué se siente con derecho a criticar a mi madre —le recriminó.

—Porque era una mujer demasiado romántica, creía que el amor era lo más importante en la vida. Por eso te criaba entre algodones, porque eras el fruto de un gran amor. Ella amaba a tu padre aun después de muerto y a mí me dejó en claro que jamás ocuparía su lugar. Yo fui apenas una alternativa a la soledad, un segundón.

—¿Y me lo dice ahora para echarme en cara que se va a vengar de ellos en mí?

—No, no me casé contigo por venganza, lo hice por un motivo más conveniente: el testamento de tu padre dice que tu fortuna pasará a tus manos al ser mayor de edad, y si te casaras antes de eso, irá a manos de tu marido. Es una explicación muy sencilla: todo lo que tienes es mío ahora.

—¿Por codicia? ¿Me obligó a casarme con usted por mi fortuna? ¡Es despreciable!

—Soy un hombre práctico, no iba a permitir que fueras presa de algún joven inescrupuloso.

—Prefirió atraparme usted mismo y disponer de mi vida a su antojo. ¡Lo odio!

—Puedes odiarme todo lo que quieras, pero eso a partir de mañana. Hoy deberás cumplir con tu deber marital. Ponte un camisón y ven al lecho.

—¡No quiero! ¡Es un ser repugnante! Regresaré a mi habitación ahora mismo, mañana *ña Gregoria* mudará mis cosas de vuelta —dijo decidida y se dirigió a la puerta.

—No te irás —la retuvo cruzándose en su camino con una inesperada agilidad, dado su cuerpo entrado en carnes, y pasó el cerrojo que estaba encima de la cerradura. Al verlo su piel se erizó. La estaba convirtiendo en prisionera en su propia casa.

—Déjeme salir.

—Primero pasarás por mi lecho. No quiero que puedas exigir la anulación del matrimonio. Debemos consumarlo hoy mismo, ahora.

Un agrio sabor subió desde el estómago de Faustina y le inundó la boca. Ese hombre era detestable. Pensar en acostarse juntos le provocaba ganas de vomitar. Pero él no le dio demasiado tiempo para ello. La arrastró hasta la cama tomándola por el brazo, la arrojó sobre el acolchado sin muchas contemplaciones y se echó a su lado sin liberarla.

—¡No! ¡Suélteme! —exclamó en voz alta.

—Puedes gritar si quieres, no te soltaré y nadie vendrá a rescatarte de las manos de tu esposo. Saben que esto es legal y puede ocurrir que una joven grite en su primera noche marital.

Lágrimas de impotencia acudieron a los ojos de Faustina. *Este hombre es un monstruo, ¿cómo es posible que sea padre de Irineo?*, pensó, y cuando el nombre de su amado llegó a su mente el llanto que había contenido finalmente estalló. Lágrimas y más lágrimas desbordaron sus ojos, corrieron por sus sienes y sus mejillas cuando sacudía la cabeza sobre la almohada mientras don Nicanor le levantaba la falda y le arrancaba la ropa interior. Aunque pataleó, él era muy pesado y no puso sacárselo de encima. Perrén logró ubicarse entre sus piernas y alcanzar la entrada deseada.

—¡Nooo! —gritó Faustina al sentirlo empujar contra ella.

—Sí —exclamó él deslizándose dentro de su flamante esposa con una sonrisa triunfal.

Faustina agradeció que las lágrimas borronearan enseguida esa imagen. No quería verlo. Le asqueaba sentirlo, quería que todo terminara lo antes posible, por lo que dejó de retorcerse y resistirse, y se quedó muy quieta. Silenciosa. Como muerta. Así se sentía. Cerró los ojos y buscó que su mente se fuera lejos de allí. Al campo, con los caballos, volando sobre el lomo de India, sintiendo el viento en el rostro, lado a lado con Irineo. De a poco logró que

los envites de él dejaran de importarle. Ella ya no estaba a su lado. Se sentía muy lejana. Hasta que tras un gruñido el pesado cuerpo de don Nicanor cayó a un costado.

—Listo, ya eres legalmente mi esposa para siempre, nada podrá separarnos.

—Quiere decir que nada podrá separarlo de mi fortuna —musitó con desprecio.

—Me gusta tu cinismo —le respondió con una mueca y se apartó de ella.

Faustina se giró hacia un costado dolorida, con las piernas flexionadas, e intentó cubrirse con la falda, pero él no se lo permitió.

—¿Por qué no hay sangre en tus ropas ni en la cama? Me costó entrar y supuse que se trataba de tu primera vez, como era de esperar, pero ahora tengo mis dudas —la acusó.

—Porque me caí de un caballo y sangré cuando era más joven —respondió sin mirarlo. Había preparado la respuesta cuando él le comunicó que iba a quererla en su lecho. Era una explicación aceptable y él la creyó.

—Esto ha estado muy bien. Me gustó más de lo que imaginaba, por lo que no será la única vez. Ahora puedes irte a dormir a tu alcoba si no deseas quedarte en el lecho que fue de tu madre pero prepárate, porque te visitaré muy pronto.

—Podrá tomar mi cuerpo, pero jamás tendrá mi corazón.

—Una romántica empedernida como tu madre, me excita cuando dices esas cosas, como me excitaba ella.

Faustina lo escuchó y su estómago se contrajo. Se levantó dolorida, sintió un líquido escurriendo entre sus piernas y corrió hasta el orinal para arrodillarse en el piso y vomitar.

\*\*\*



La monotonía de los días que siguieron fue como un regalo para Faustina. Don Nicanor tuvo que viajar a la ciudad para vender un caballo y llevaba fuera casi una semana. Esa ausencia le permitió cuidar a Irineo con total libertad. Remigio estaba al tanto de lo que sentía y no le importaba la mirada crítica de Benilda. A *ña* Gregoria le sorprendió su interés extremo, y una mañana, mientras Faustina entraba a la alcoba de Irineo con una jarra de agua fresca, la siguió.

—¿Otra vez por aquí, mi niña?

—Vengo cada vez que puedo. Creo que la compañía le hace bien. Debe ser muy triste estar siempre solo. Me gustaría estar a su lado cuando despierte, para que vea una cara amiga.

—¿Crees que despertará? Lleva muchos días así. El médico ya no viene todos los días.

—¡Claro que sí! ¡Tiene que despertar! Si no lo hace, ya no tengo motivos para vivir...

—¡No digas eso, mi niña! ¡Tienes un esposo!

—¡Un hombre viejo a quien detesto! ¡Yo amo a Irineo!

Si la confesión de Faustina sorprendió a la cocinera, no lo mencionó. Apenas la acunó contra su pecho.

—Debes tener cuidado, no puedes ocuparte de dos hombres a la vez.

—¡No me quiero ocupar de don Nicanor! ¡No quiero estar cerca de él! ¡Lo odioooo!

—Cuidado con tu odio, son parientes.

—Que odie al padre no me impide amar y cuidar al hijo.

—Ay, mi niña. Imagino que no te gusta tener un marido viejo, pero debes aguantar. Fue deseo de tu madre que don Nicanor te cuidara, si él decidió que esta boda es lo mejor, debe estar en lo cierto... —razonó, aunque la cara de

duda de Faustina la hizo continuar—. Pero si no la tiene, al menos estamos cumpliendo el deseo de tu santa madre siguiendo sus instrucciones.

—Lo sé, *ñá* Gregoria. Por eso acepto mi destino. O al menos me conformo con esta excusa: me obligo a mí misma a creer que de alguna manera fue un pedido de mi madre —explicó encogiendo los hombros. Al terminar de hablar inspiró con fuerza para controlar una náusea pero no lo logró. Se dobló sobre sí misma para soportar unas intensas arcadas.

—Es muy pronto para eso, pero ¿quién sabe? —le sostuvo los hombros la cocinera con una sonrisa—. No todas las mujeres tienen los mismos síntomas.

—¿Qué síntomas? ¿De qué hablas? No estoy enferma —repuso al ponerse de pie.

—Enferma no, mi niña, estás embarazada. Me lo dicen tus pechos hinchados —le anunció señalando los botones de su blusa a punto de estallar.

La noticia fue como un sacudón. Faustina hizo memoria y descubrió que su período estaba atrasado. Muy atrasado. Sin duda esperaba un hijo, y ese hijo era de Irineo. No pudo contener la risa que la invadió ni la felicidad que iluminó su rostro. Se abrazó a *ñá* Gregoria.

—¡Por fin una buena noticia!

—¡Me emociona verte feliz, mi niña! No es para menos, tú tienes buen corazón y querrás a tu hijito más allá del odio por su padre.

—Amaré a mi hijo, es lo único que me importa.

El amoroso gesto en la cara de Faustina hizo que la cocinera se cubriera la boca con la mano al entender la verdad.

—¡Por la Virgen! —exclamó y se santiguó, para enseguida tomarle las manos unidas—. Niña, nadie puede saber la *verdá* nunca. Prométeme que guardarás el secreto entre tú y yo, ¡tu marido podría matarte si lo descubre! Don Nicanor debe creer que ese niño es de él.

—Supongo que es lo único que puedo hacer por ahora —reconoció con un

suspiro—. Si se entera de la verdad me echará de esta casa y yo quiero seguir cuidando a Irineo. Pero quizás todos lo imaginen: Remigio y Benilda conocen mis sentimientos.

—¡Ay, ay, ay! Entonces deberás dejar de cuidar al accidentado, para que su padre no sospeche.

—¡Eso nunca! Seguiré ocupándome de él siempre. Es lo único que me da felicidad. Bueno, hasta ahora —se corrigió—. Ahora tengo otro motivo más para ser feliz: Irineo y mi hijo son todo para mí —concluyó con una sonrisa que revelaba el intenso calor que emanaba de su corazón.

\*\*\*

Desde que descubrió su embarazo, Faustina no dejaba de imaginar cómo sería un hijo de ella y de Irineo. Pasaba muchas horas junto al lecho de su amado mirándolo, acariciando su rostro, dibujando sus finos rasgos con las puntas de los dedos. No se cansaba de sujetarle las manos y varias veces se permitió besar sus labios con suavidad. Esa tarde le sostenía un puño en el suyo, rozándole los nudillos, cuando lo sintió moverse.

—¿Irineo? —preguntó esperanzada.

Obtuvo un quejido ronco por respuesta.

—Irineo, ¿me escuchas?

—¿Dónde estoy? —sonó áspera su voz y tosió, todavía con los ojos cerrados.

—Estás en la cama, te golpeaste la cabeza al caer del caballo. Estabas en el semental de mi padre.

—¿Faustina? ¿Dónde estás? No te veo —dijo al abrir los ojos.

—Sí, mi amor, soy yo —respondió y le besó las manos, agradecida por el

milagro de tenerlo de nuevo a su lado consciente—. Las cortinas están cerradas para evitar que te incomode la luz, pero ya las abro.

El sol primaveral inundó la habitación y ella regresó junto al lecho feliz, el corazón rebosante de una cálida ola de cariño. Con Irineo despierto sus problemas podrían resolverse. Ya verían cómo, pero lo harían juntos.

—¿Por qué no las abres? Sigue oscuro.

Las palabras de él la sacudieron.

—Ya las abrí, amor mío.

—No puedo verte. ¡No puedo ver! —exclamó con los párpados abiertos, la mirada fija hacia adelante.

Faustina lo vio levantar las manos frente a su rostro y sacudirlas en vano: su vista no seguía movimiento alguno. Sus hermosos ojos verdes miraban sin ver. Se cubrió la boca con las manos para evitar que los sollozos escaparan y él pudiera oírlos. Se controló y tosió en un intento para que su voz sonara normal.

—Mandaré a buscar al médico, indicó que eso hiciéramos cuando despertaras. No te muevas de la cama, enseguida regreso.

Mientras corría hacia el establo para enviar a Saturnino a cumplir con el recado, no pudo evitar que el llanto la acompañara. En parte alivio porque Irineo había despertado, y en parte congoja por la noticia de su ceguera.

Se tranquilizó y regresó a la habitación enseguida para encontrarlo erguido en la cama, frotándose los ojos con fuerza.

—Es inútil, no puedo ver —se quejó y cayó hacia atrás sobre la almohada.

—No te preocupes ahora, sólo descansa. Ya envié por el médico, él nos dirá más cuando te revise.

—No estoy cansado. ¿Cuántas horas llevo durmiendo?

—No fueron horas sino días: dos semanas.

—¿Dos semanas?!

—Sí.

—Me cuesta creerlo.

—El médico dijo que tienes varios huesos rotos. ¿Te duele algo?

—Me duelen muchas partes del cuerpo.

—¿Quieres que te traiga agua? ¿O algo para comer? Estás muy delgado. Sólo tomaste caldo de gallina estos días.

—¿Tomé caldo? ¿Cómo? No lo recuerdo.

—Yo te lo daba apoyando una cuchara entre tus labios.

Las preguntas de Irineo sonaban extrañas, pero ella trató de entender su situación: despertaba sin comprender lo que había ocurrido y, para empeorar las cosas, ciego.

—A mi padre no le gustará que su prometida me cuide con tanto esmero —pronunció enojado. Sin duda había recordado sus últimas horas consciente, pero no sabía que la boda ya se había realizado. Ella no se animó a darle la noticia.

—Tu padre está de viaje —respondió escueta.

—¿Lo amas?

—¿Qué?

—¿Te pregunté que si lo amas?

—¡Claro que no! Te lo dije antes y te lo repito ahora, por si el golpe hizo que lo olvidaras: sólo te amo a ti. No fue esa la razón por la que me negué a fugarnos. Lo hice por el hijo de Benilda. Pero no quiero que hablemos de eso ahora. Ya me arrepentí de aquella elección.

—¿De verdad te arrepentiste? —preguntó él con voz más baja.

—Sí.

—Me alegra saberlo. ¡Podremos hacerlo!

Su entusiasmo conmovió tanto a Faustina que no quiso lastimarlo explicándole que todo había cambiado, que ya no era libre y que, además, llevaba en el vientre un hijo suyo. Esperaría a ver qué decía el médico sobre su salud antes de darle tan delicada noticia.

—Habrá tiempo para todo cuando te recuperes. Ahora descansa —lo tranquilizó tomándole la mano, que él llevó a su boca para besarla.

En ese momento la puerta se abrió con gran estrépito y ella retiró la mano con brusquedad.

—¡Hermano! ¡Qué alegría saber que despertaste!

Remigio entró como una tromba a la habitación y se acercó al lecho para abrazarlo. Faustina se corrió y él tomó su lugar.

—¡Qué bueno que estás bien! Nos tuviste a todos muy preocupados. Faustina no se movió de tu lado. Me crucé con Saturnino que salía volando a buscar al médico y él me dio la noticia, ¡hoy hay que celebrar! Aunque mi padre no esté, elegiré una de las mejores botellas de la bodega de esta casa para nosotros.

—No celebremos aún, esperemos a escuchar al doctor —sugirió Faustina con prudencia.

—¿Por qué no? ¡Mi hermano ha despertado y está bien! ¡Hay que festejarlo!

—¡No estoy bien! ¡Estoy ciego! —La rabia se mezcló con el dolor en la voz de Irineo, que terminó quebrándose y llorando sobre la almohada.

Faustina no soportó verlo así y salió de allí corriendo para llorar en su propia habitación.

Cuando llegó el médico le avisaron y se recompuso para hablar con él. Regresó a la habitación de Irineo cuando ya estaba terminando de revisarlo. Remigio seguía allí y aunque ella intentó entrar en silencio él la vio:

—Ocupa mi silla, Faustina. Te ves exhausta.

—¿Faustina? —preguntó Irineo y estiró un brazo en el aire con la mano extendida buscándola.

Ella la tomó y se dirigió al médico:

—¿Qué puede decirnos de la ceguera, doctor? ¿Es temporal?

—Es pronto para saberlo. Los golpes en la cabeza provocan un hematoma hacia el interior del cerebro. Cuando el hematoma va desapareciendo con el correr de los días, la situación puede revertirse, como ocurrió con su inconsciencia: desapareció junto con la hinchazón. Con la ceguera causada por golpes puede suceder lo mismo: que al deshincharse la zona que presiona el nervio óptico se recupere la vista, pero también puede haberse dañado algo de manera irreversible con la caída del caballo. No lo podremos saber hasta que pase el tiempo.

—¿Quiere decir que no hay nada que usted pueda hacer?

—No.

—¿Y nosotros? ¿Podemos ayudarlo de alguna manera? ¡Debe haber algo que lo haga mejorar! —exclamó Faustina desbordada por la angustia.

—Tranquilícese, señora Perrén. No ayuda al paciente que nos alborotemos. Necesita descansar y alimentarse bien para recuperar sus fuerzas. Regresaré a verlo mañana. Buenas tardes.

—Lo acompaño —se ofreció Remigio y salió detrás de él.

Cuando el médico llamó a Faustina por su apellido, Irineo le había soltado la mano. Al escuchar la puerta cerrarse preguntó para verificar:

—¿Estamos solos?

—Sí —respondió a media voz.

—¿Señora Perrén? ¿Ya te has casado? —preguntó incrédulo.

Sacudió la cabeza afirmando sin darse cuenta de que él no veía.

—¡Contesta! —la apremió.

—¡Sí! ¡Lo hice! ¡Lo siento!

—¿Cómo pudiste?

—Vine a hablar contigo, a pedirte que te despertaras para huir juntos. ¡Estaba decidida! ¡No me importaba el hijo de Benilda! No me importaba que tu padre quisiera obligarme, pero no tenía cómo huir. Te hablé, te besé, te supliqué, pero tú no despertaste. ¡No podía irme sola y dejarte atrás! —

explicó de manera entrecortada entre los profundos sollozos que la sacudían.

—¿Quieres decir que te casaste con él por culpa mía?!

—¡No digas eso! Fue el destino que se empeñó en separarnos —dijo sin dejar de llorar.

—¡Casada con mi padre! ¡Dios santo! ¡Agradezco no poder ver porque no toleraría verte sentada en la mesa a su lado, tomados de la mano! —exclamó con rabia y dio un manotazo hacia el costado buscando descargar su ira, y sin quererlo tiró al piso el quinqué que el médico había encendido para revisarlo.

Antes de explicarle que no había cariño entre don Nicanor y ella, Faustina intentó apagar el fuego que se había encendido en la alfombra por causa del aceite derramado. Lo cubrió con una frazada de lana y pisoteó encima hasta extinguirlo. El denso humo que provocó la hizo ahogarse y corrió a abrir una ventana.

—¡Faustina! ¿Estás bien? ¡Respóndeme!

La voz angustiada de Irineo la alcanzaba pero la tos le impedía responder.

—¡Faustinaaaa! ¿Dónde estás? ¿Estás bien? —insistía.

Ante la falta de respuesta él decidió levantarse, pero su cuerpo debilitado y los huesos rotos entablillados no lo ayudaron. No logró ponerse en pie y cayó al piso junto a la cama. Faustina lo vio y corrió hasta él para abrazarlo.

—Aquí estoy.

—¡Estás bien! ¡Gracias, Dios mío! Sentía las llamas, el humo y escuchaba los ruidos y la tos pero tú no respondías, ¡casi enloquezco! ¡Eres todo lo que me importa! —exclamó exaltado y la apretó contra su pecho.

—Y tú a mí.

Irineo no tuvo necesidad de ver para besarla. Con las manos en la nuca de ella acercó sus cabezas hasta que sus labios se unieron con la misma intensidad de siempre y no tuvieron que decir nada más.



\*\*\*

Durante el primer mes de la ceguera Irineo se mantuvo en cama. En el segundo mes, con los huesos ya curados, el médico le dio permiso para levantarse y la vida en *Mil Rosas* sufrió algunas modificaciones. Faustina ordenó quitar cualquier mueble u objeto que pudiera molestar a alguien que debe aprender de memoria un camino y repetirlo sin ver. Así, mesas ratonas, alfombras, banquetas y escabeles desaparecieron.

—Es mi casa y hago lo que quiero con mis muebles —no se cansaba de repetir cuando don Nicanor fruncía el gesto ante sus ideas.

Unas semanas antes había anunciado a su marido que esperaba un hijo, por lo que él estaba contento y no la contradecía. La noticia había logrado, además, desterrar las visitas nocturnas a su habitación. Le dijo que el médico había ordenado que no la tocara. Eso le permitía a ella escabullirse hasta la cama de Irineo cuando el reloj daba las once y ya todos dormían en la casa. Pasaban juntos todas las noches. Muchas veces se amaban en la oscuridad, otras apenas se abrazaban perdidos uno en el otro. Así, en esa exquisita intimidad compartida, una madrugada cuando él le besaba el vientre, le contó que allí anidaba un hijo de ambos.

—¿De verdad? —preguntó Irineo con inocultable emoción.

—Sí, y te aseguro que es tuyo, no quiero que nunca dudes de ello.

—Te creo, ¿para qué me mentirías? ¿Cuál es la ventaja de cargar a un niño con un padre ciego? —se quejó.

—¡No digas eso! Serás un excelente padre.

—¿Sí? ¿Cómo? ¡Todo el mundo creerá que soy su hermano!

—¡No me importa lo que crean los demás! Nosotros nos iremos lejos y lo criaremos juntos, ¡tú eres el padre de este niño y siempre lo serás!

—¿De verdad quieres irte conmigo así? Agradezco tu intención pero no.

No puedo hacerte eso. No podrás cargar con un niño y con un ciego, y sin un centavo —reconoció desconsolado, con la mirada fija hacia el frente, hacia nada puntual.

—Entonces esperaremos a que te recuperes —propuso y ambos callaron. El tiempo pasaba y no había señales de que la visión de Irineo fuese a regresar. Era imposible proyectar sin saber cuáles serían sus condiciones. Mientras aguardaban los dictados del destino, se amaban en la oscuridad. Faustina andaba con sigilo por los pasillos que conocía de memoria cuando todos dormían. Él la esperaba despierto y la recibía con ansias. Aunque no podía mirarla con sus ojos, sus manos la recorrían por completo al encontrarse para calmar su necesidad de ella.

—Esta es mi forma de verte —le había dicho al descubrirla con el tacto, y ella disfrutó de esas caricias cada noche.

El tercer mes de Irineo en la oscuridad trajo algo de luz para la pareja.

—Me caso con Saturnino.

—¿Qué dices, Benilda? ¿Estás loca?

—No, es lo mejor que puedo hacer. Ya no tengo cómo ocultar mi barriga y él quiere hacer lo correcto.

Desde que Irineo había despertado, Benilda no había ido a verlo nunca, ya que Faustina casi siempre estaba allí. La relación entre ellas seguía tensa, aunque hacía mucho que como nueva dueña de esa casa Faustina había ordenado que dejara la cocina y volviera a su condición de dama de compañía. Pero que la ubicara en la habitación de huéspedes y no en la que habían compartido toda su vida indicaba que todavía había asperezas. Benilda ya nunca la llamaba Tina. No hablaban de sus sentimientos como antes, ni de la situación que había provocado el distanciamiento. Hasta ese momento.

—¿Hablaste con Irineo? —preguntó Faustina.

—No, no es necesario.

—¿Cómo que no? Debe saber que vas a casarte con otro hombre llevando a su hijo en el vientre.

—No es necesario porque no es su hijo.

A Faustina le costó creer lo que estaba escuchando. Se sentó en un banco junto a la mesa de la cocina, en donde estaban.

—¿Quiere decir que me mentiste todo este tiempo? —la miró acusadora.

—No fue para lastimarte, lo hice para salvarme a mí y a mi hijo, para dejar de ser una criada. Pero no puede ser de Irineo. Tuve mi período después de aquella única vez con él. Sin duda es de Saturnino.

—¿Y por qué dices la verdad ahora?

—Porque no quiero cargar con un ciego. Es probable que la fortuna de Perrén pase al hijo sano, a Remigio, y al otro que llevas tú ahora. Irineo sería una carga para mí.

—No puedo creer lo que dices. ¡No te reconozco! Por un lado me alivian tus palabras, pero por otro me repugna saber que no conocí ese lado oscuro de tu alma.

—¡Lo siento! Crecer a tu lado tuvo cosas bonitas, pero me enseñó que era mucho más lo que yo no tenía. Y cuando me quitaron los privilegios caí en un abismo. Ahora tendré que conformarme con un marido pobre, pero al menos él se ocupará de mantenerme. ¡Perdóname por el daño que te causé! ¡Lo siento tanto! —repitió entre lágrimas y se arrodilló a los pies de Justina para tomarle las manos entre las suyas.

—Yo también lo siento, y te perdono. Lo que hiciste me lastimó mucho, pero tus palabras ahora me traen alivio. Intentemos olvidar todo esto y volvamos a tratarnos como antes.

—¡Nada me haría más feliz! —reconoció mientras se fundían en un abrazo, aunque no duró demasiado porque Faustina tenía prisa por salir de allí para contarle a Irineo la buena nueva. Aunque esa mentira los había separado, la verdad era más importante: él sólo tendría un hijo, el fruto de su

amor.

*Diciembre de 1908*

Para escapar del agobiante aire de esa tarde estival, Faustina e Irineo habían elegido el arroyo. Habían ido hasta allí a caballo. No era la primera vez que salían juntos de ese modo. Faustina iba adelante y llevaba también las riendas de Indio, la montura de Irineo. Él se había negado al principio, pero terminó accediendo cuando entendió que era la única forma en que podría volver a disfrutar de la amada sensación de cabalgar. Resignado a no marchar adelante, se dejaba llevar. Juntos trotaban por el campo y reían despeinados por el viento.

Al llegar junto al arroyo él había desmontado primero y fue siguiendo las riendas para avanzar hasta ella y ayudarla a bajar. Las manos apoyadas en los costados del cuerpo redondeado le permitieron sentir la falta de curvas y eso lo alegró. Acarició la barriga que empezaba a asomar e intentó imaginar cómo se vería Faustina de ese modo. Ataron los caballos y caminaron tomados de la mano junto a la orilla hasta sentarse a la sombra de unos frondosos sauces.

—Me alegra tanto haber crecido en este lugar. Es mágico para mí. Además de los recuerdos de mis padres que me regala, me ofrece la posibilidad de este espacio nuestro. Sólo tuyo y mío. Nadie más viene hasta aquí —

reconoció y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol. Mientras bajaba tiró de la mano de Irineo para mostrarle donde estaba y él se ubicó a su lado primero, para enseguida estirarse tendido en el pasto, con la cabeza en el regazo de ella.

—No quiero aplastarte, ni a ti ni al niño —comentó.

—No nos aplastas, estamos muy bien así, cerca de ti —respondió cariñosa y le acarició la frente, las sienes y los pómulos. Con las inactivas pupilas apuntando al cielo, él disfrutó de los mimos. Una leve brisa corrió alrededor de ellos y sacudió las ramas colgantes de los sauces que los rodeaban, moviendo las sombras que dibujaba el sol a través de las hojas verdes.

—¡Lo vi! ¡Lo vi! —exclamó exaltado.

—¿Qué viste? —se sobresaltó Faustina.

—¡Vi algo! Como un destello, una especie de luz, no muy definida, pero estaba allí.

—¿Me ves ahora?

—No veo tu rostro, pero veo luces, ¡movimientos! ¡Cada vez más! ¡Está regresando! ¡Mi vista está regresando! —anunció y se sentó para abrazar a Faustina.

Agarrada con fuerza a su pecho, ella sintió ganas de llorar, pero por primera vez en mucho tiempo eran lágrimas de felicidad. Que Irineo se recuperase era su gran sueño. Poder vivir su amor con libertad, sin ocultarse, era el segundo. Deseaba más que nada que él pudiera conocer la cara del bebé que estaba en camino y parecía que al menos uno de sus anhelos iba a cumplirse, pensó extasiada.

—¡Es maravilloso! ¡Realmente maravilloso! —exclamó entre carcajadas y lágrimas a la vez.

—Veo todo nublado, en cuanto pueda ver bien nos marcharemos de aquí —afirmó él como si le hubiera leído la mente.

—Habrá tiempo para eso, lo más importante es que te recuperes.

—Lo más importante es que estemos juntos para siempre, sin nadie que interfiera en nuestras vidas. Quiero poder amarte con libertad, tocar tu mano cuando me dé la gana y acariciar tu vientre para sentir a mi hijo patear. Por eso mismo nos iremos cuanto antes. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, amor mío —contestó sin dudar y se acercó para besarlo. Cuando sus labios se unieron ocurrió la misma magia de siempre. Una poderosa atracción los llevó a buscarse más y más, sin querer separarse. Cada toque de esas bocas encendía a la otra y juntas bailaron un vals frenético en el que se transmitían todo su amor. Mientras se besaban, las manos de Irineo recorrían el rostro de Faustina, como había hecho cada día desde que despertara después del accidente: la veía a través de sus dedos. En ese momento se dio cuenta de lo que estaba haciendo y abrió los ojos con la esperanza de distinguir al menos su sombra. Pero con sorpresa, vio mucho más que eso. Se encontró con su mirada cálida, sus pómulos rosados y los labios hinchados y enrojecidos por los besos.

—Te veo, no eres sólo un recuerdo de mi memoria. Puedo apreciar cada rasgo, cada gesto, cada minúsculo detalle al que cuando podemos ver no prestamos atención. ¡Eres tan hermosa, y me gusta tanto poder verte! —pronunció con la voz quebrada. Faustina lo abrazó emocionada pero él la apartó de sí lo suficiente para poder mirarla otra vez—. Déjame descubrir a mi hijo —pidió señalando la panza y ella sonrió con un gesto que le iluminó el alma. Se puso de pie para desabotonar la camisa que caía suelta, después soltó el moño que sujetaba la falda y dejó ambas prendas en el suelo. Levantó la camiseta de plumetí y él se acercó para apoyar sus manos en la barriga redondeada. Después se arrodilló frente a ella y besó la piel con delicadeza. Pequeños besos primero, un poco más demorados después. No dejó espacio sin cubrir. Cuando terminó de besar toda la panza ascendió y continuó por los pechos. Su boca se demoró en los pezones y Faustina soltó un gemido.

—Los había sentido hinchados en mis manos, pero verlos así es diferente

—murmuró de manera entrecortada, entre beso y beso.

Ella no habló, sólo le sujetó la cabeza contra sí y arqueó la espalda hacia atrás. El jugueteo la estaba enloqueciendo. Irineo respondió al pedido silencioso y absorbió sus pechos con deleite, abrazándola para pegarla más a su boca.

—Necesito tenerte ya —pidió Faustina y lo apartó con delicadeza con la intención de echarse en el pasto sobre sus ropas caídas, pero él la retuvo tomándola de la mano.

—Hoy no quiero apurarme, amor mío. Estuve tanto tiempo sin verte que necesito recuperar las imágenes perdidas, necesito mirarte por entero. Quítate todo lo que te queda puesto, por favor.

Faustina observó los ojos ávidos de él y no pudo negarse. Se quitó toda la ropa hasta quedarse desnuda al aire libre por primera vez en su vida.

—Es extraño, me da vergüenza, estoy deformada —declaró con las mejillas enrojecidas.

—No vuelvas a decir eso, estás hermosa cargando a nuestro hijo —dio un paso atrás para observarla mejor y se pasó la lengua por los labios mientras la recorría con la vista de la cabeza a los pies—. Te demostraré cuánto me gusta tu cuerpo como está.

Con cuidado la ayudó a sentarse sobre sus ropas mientras él se quitaba las suyas. En pocos instantes estaba tan desnudo como ella, arrodillado a su lado.

—Quiero seguir besándote, toda —murmuró y volvió a recorrerle los pechos, la suave curva de la panza, las caderas ensanchadas, los muslos y se detuvo en la unión entre ellos—. Separa las piernas, por favor.

—¿Para qué?

—Creo que lo imaginas, quiero besarte toda.

—¿Allí también?

—Sí, toda.

—¿Eso se hace?



—Nunca lo he hecho, pero he escuchado sobre ello y me muero de ganas —mientras hablaba le empujó las piernas con suavidad y se inclinó sobre ella para mirarla de cerca y recorrerla—. Hermosísima —pronunció y ya no dijo más, concentrado en saborear todos sus secretos.

Los gemidos de Faustina revelaron que la novedad le gustaba mucho. Había flexionado las piernas con naturalidad y sus manos se aferraban a los pastos crecidos alrededor de ellos. Los besos de Irineo aumentaban de intensidad y la corriente ardiente dentro del cuerpo de ella los acompañaba. Sentía una presión creciente en su interior, como si algo fuera a estallar, y finalmente así fue. Un vendaval de emociones partió del punto donde la boca de Irineo la besaba y la sacudió por entero, recorriendo cada rincón de su ser. Mientras el mundo todavía se movía a su alrededor, Irineo se acercó para besarla, con una unión profunda, cargada de amor y de pasión. Después la soltó y se colocó detrás de Faustina, entre las piernas de ella, en una posición que habían descubierto en la oscuridad de la habitación de él. En ese momento, al ubicarse así desnudos a la luz del día, la conexión fue todavía más poderosa. Las manos se buscaron, los cuerpos se encontraron. Se deseaban como nunca. Se amaban como siempre. La unión fue perfecta. Eran dos seres ardientes amándose sin secretos, entregados uno al otro en la máxima expresión de su amor.

—Te amo, Faustina, y quiero poder demostrarte mi amor siempre —susurró tras el temblor que devolvió la paz a sus cuerpos.

—Yo también te amo y deseo lo mismo que tú: lucharemos para conseguirlo —le dijo enlazando su mano en la suya, que él llevó hasta su boca para besarla.

—Sigues teniendo el cintillo que representa nuestra unión —musitó al rozarlo.

—¡Por supuesto! ¡Siempre! ¿No lo habías visto estos días? ¡Perdón! Quise decir si no lo habías notado, no quise incomodarte —se corrigió en cuanto se

dio cuenta de su error.

—No me molestas, mi amor, ya no debes cuidar lo que dices, ahora puedo verte. Para demostrártelo, te apuesto una carrera hasta el arroyo. ¡Vamos a nadar! Tres, dos, uno y...

—¿Desnudos? —lo interrumpió y abrió los ojos con espanto—. Yo siempre me metía al arroyo con un camisón cuando mi madre me enseñaba a nadar.

—Claro que desnudos —respondió con una carcajada, se puso de pie y la ayudó a levantarse con cuidado para llevarla de la mano hasta el agua—. A partir de ahora quiero que hagamos todo lo que nos dé la gana. Ya no quiero ocultarme más. Empecemos a pensar cómo podemos hacer para irnos de aquí.

Aunque la idea de abandonar *Mil Rosas* le provocaba cierto resquemor, la posibilidad de vivir sin restricciones su amor con Irineo era más poderosa.

—Sí, nos iremos hoy mismo si es lo que deseas —respondió con convicción.

—Hoy más tarde puede ser —respondió jocoso—, ahora estoy ocupado —advirtió y se zambulló en el agua para salpicarla con las manos una vez que emergió.

A pesar del fastidio que le causaba esa broma, se dijo a sí misma que era uno de los mejores días de su vida. Se sumergió a su lado para abrazarlo debajo del agua y empezar a planear cómo hacer para que esa sensación durase para siempre.

\*\*\*

A su regreso vieron desde lejos a Remigio recibiendo al cartero. El correo había empezado a entregar la correspondencia a domicilio en esa zona rural.

El hombre puso su carga en manos de Remigio, que se ocupó de llevarla al interior de la casa. Tras dejar los animales en el establo Faustina e Irineo se dirigieron a dar la noticia de la recuperación de la vista a la familia.

—¡Felicitaciones, hermano! —lo abrazó Remigio al enterarse—, ahora podremos volver a pelearnos como antes, no me sentía cómodo molestando a un ciego —bromeó con una cálida y sincera sonrisa en la cara.

—Me alegro, muchacho. Hubiera sido difícil seguir adelante en ese estado —expresó su padre, aunque no demostró gran entusiasmo. Miró preocupado la pila de cartas recién llegadas que le había entregado Remigio y se disculpó para marcharse a su despacho.

Faustina se alegró de que su marido ni siquiera la hubiese mirado. No le hubiera resultado sencillo explicar su cabello mojado, igual que el de Irineo. Aunque lo había recogido en un tirante rodete, un ojo observador lo podría haber detectado con facilidad.

Después de charlar un rato con su hermano sobre la buena nueva, Remigio recordó el correo.

—Faustina, han llegado algunas cosas para ti.

—¿Cosas?

—Sí, un paquete grande y esta carta.

Observó una caja de madera de gran tamaño pero no muy ancha y tomó el sobre que él le tendía, pero no reconoció el remitente. La abrió y tras leerla se sentó con el papel en la mano.

—Es de un abogado. Mi abuela ha muerto —contó sin emoción alguna en la voz.

—Lo siento mucho —dijo Irineo y se arrodilló a su lado para tomarle las manos.

—No, no te lamentes. Hay cosas que no sabes, que ocurrieron después de la boda. No tenía sentido contártelas cuando despertaste, lo que sí debes saber es que ella es, o era, en parte responsable de que yo me haya visto obligada a

casarme —resumió con un suspiro—. Por eso no me causa dolor su muerte.

—¿Ella?

—Sí, además de la mentira de Benilda.

—Me da pena y mucha rabia que tanta gente haya conspirado contra nuestro amor —pronunció Irineo con la voz cargada de emoción con las manos todavía unidas, mirando a Faustina a los ojos. Remigio sintió que molestaba y se retiró en silencio dejándolos solos—. ¿Qué vamos a hacer?

—No me siento obligada a asistir a su entierro, mi embarazo es la excusa perfecta para mi ausencia.

—No me refería a eso, sino al daño que nos han hecho, separándonos. Quiero reparar esta situación lo antes posible.

—¿Qué sugieres?

—Irnos. No podemos seguir en esta casa. Sé que mi padre se apoderó de tu fortuna, pero estoy decidido a empezar por mi cuenta.

—Yo tengo las joyas de mi madre. Mi padre siempre le regalaba piezas de oro y don Nicanor no conoce su existencia. Las podemos vender. ¿Tú tienes algo?

—Apenas unos pocos ahorros. Creo que nos alcanzaría para costear el viaje hasta Buenos Aires y unos días en alguna pensión barata.

—¿Iremos a la ciudad?

—Se me ocurre que es el mejor lugar para perdernos. Aunque me gustaría vivir en un campo y criar caballos, no tenemos dinero para eso. Quizás podamos conseguir trabajo como caseros, pero sin referencias será complicado. No podemos dar datos que permitan relacionarnos con esta casa, no quiero que nos ubiquen. Mi padre no podría hacerme nada a mí, pero podría obligarte a regresar a ti.

—¿Y qué haremos en la ciudad?

—No lo sé, pero conseguiré un empleo de lo que sea y me ocuparé de que nada te falte ni a ti ni a nuestro hijo. No será fácil y no tendremos lujos, pero

estaremos juntos. ¿Estás de acuerdo?

—Sí. Mi vida sin ti no tiene sentido. Saberte a mi lado me da fuerzas. ¿Cuándo nos marcharemos?

—Iré ahora mismo hasta la estación a sacar los pasajes de tren. Espero conseguir asientos para mañana o pasado, en el primer ferrocarril que pase.

—¿Te puedo acompañar?

—No, no quiero despertar ninguna sospecha en mi padre. Mejor quédate aquí y descansa. Ha sido una tarde agotadora —le dijo con la mirada cargada de cariño y una sonrisa especial, para culminar con un intenso beso, sin importarle el lugar donde estaban.

Faustina se quedó sentada en el sillón cuando él partió. La carta del abogado descansaba a su lado. La tomó y volvió a leerla. Allí encontró otra nota que la acompañaba, que no había visto antes. De puño y letra de Léonie, dedicada a ella, le comunicaba que había dejado el burdel a su amiga Gilberta pues estaba segura de que ella no necesitaría dinero, dada la fortuna de Mariani. Le legaba, en cambio, algo de gran valor sentimental para ella: el primer cuadro para el que había posado, en sus días como modelo en París.

La sorprendió ese regalo, pero al verificar la fecha de la carta entendió: era de varios años atrás. Quizás Léonie había olvidado modificar el testamento o no esperaba morir antes de hacerlo, después de su última visita. Lo cierto es que allí estaba la obra, enfrente a ella, cuando abrió la gran caja llegada esa tarde. La figura de una mujer desnuda de espaldas era impactante, pero a Faustina le provocaba gran rechazo. De ninguna manera colgaría esa pintura en su casa. *Mi casa, se dijo con pesar, estoy a punto de abandonarla para siempre. No sé si regresaré alguna vez. Pero formaré un nuevo hogar junto a Irineo y a nuestro hijo. Y en él habrá mucho amor, como hubo aquí en la época de mis padres. No habrá lugar para la pintura de esa mujer rencorosa, decidió. Podríamos venderla. Hoy necesitamos el dinero. Le pediré a Remigio que se ocupe de averiguar su valor, él tiene amigos muy cultos.*

Con eso en mente, se marchó a su habitación para empezar a separar lo que se iba a llevar. No podría ser un baúl sino apenas una pequeña valija, pero no le preocupaba. Lo más importante lo llevaría dentro de sí y a su lado. Sus dos amores eran todo lo que necesitaba para emprender una nueva vida.

El reloj de pie sonó once veces en la sala de la silenciosa casa. Faustina lo escuchó desde su lecho y esperó ansiosa. Era la hora en la que ella visitaba a Irineo, cuando ya todos dormían. Esa tarde le había dicho que esa noche iría él, dado que ya podía ver y moverse con libertad. Ella lo aguardaba ansiosa. Necesitaba acostarse a su lado y sentir su abrazo para aplacar los nervios por todo lo que estaba a punto de suceder. Irineo había conseguido pasajes de tren para la tarde siguiente. Esa sería su última noche en esa casa.

Las ventanas abiertas permitían que junto con una suave brisa estival entrara el reflejo de la luna llena. Escuchó la puerta de la habitación abrirse y el sonido de unos pasos le dijo que alguien se aproximaba en la penumbra. Pero no eran los pasos ágiles de Irineo, sino unos más pesados. Cuando un cuerpo se echó a su lado en la cama un profundo olor a alcohol la invadió.

—¿Has bebido? —preguntó lo obvio por causa de la sorpresa.

—Sí, ¿y qué? ¿Acaso un hombre no tiene derecho a beber en su propia casa? —la gruesa voz de don Nicanor con un tono pastoso la hizo saltar en el lecho. ¿Qué hacía su marido allí? Con la excusa del embarazo, hacía meses que había suspendido las visitas nocturnas.

—¡Don Nicanor! Me ha sorprendido. Es tarde y estoy muy cansada, ¿no prefiere dormir en su cama?

—No, hoy quiero tu compañía. Y de todos modos ya no será mi cama por mucho tiempo más.

—¿Qué quiere decir? —preguntó sin entender, temerosa de que él hubiese descubierto los planes de fuga.

—Que quién sabe a manos de qué acreedores irá a parar esta casa.

—No comprendo.

—Que la he perdido.

—¿Cómo que la ha perdido?

—Sí, perdí la casa.

—Eso no es posible.

—Sí lo es. La puse como garantía para pagar mis deudas de juego y no pude cumplir, por lo que me avisaron hoy por carta que la rematarán para cobrarse.

—¡No pueden hacer eso! ¡Esta casa es mía! —exclamó exaltada.

—Pasó a ser mía desde la boda. Y ahora es de los acreedores, están en su derecho, así que deja de gritar y ven acá. Necesito consuelo —anunció sus intenciones tomándole un pecho con una mano y apretándolo sobre el camisón.

—¡Pues yo no pienso darle ningún consuelo! ¡Acaba de decirme que perdió mi casa y espera que lo apoye! ¡Esto es inaudito! —se sacudió la mano de encima, pero el peso de él sobre las mantas le impidió salir de la cama.

—Espero que mi esposa me dé lo que debe darme, ¡ven acá! —exclamó envalentonado por el alcohol y se echó encima de ella para tomar el escote de la prenda de dormir y rasgar la tela.

—¡Nooo! —gritó con fuerza, aterrada por las intenciones de él. Después de haberse amado con Irineo con tanta pasión esa misma tarde, no soportaría que ese hombre la tocara. Con su pecho expuesto, buscó cubrirse con los brazos, pero él se los apartó con manotazos para agarrar con fuerza un seno desnudo —. ¡No, suélteme! —exclamó. Pero él la ignoró. Continuó manoseándola hasta que un par de fuertes brazos lo hicieron caer de la cama hacia un



costado, para terminar en el suelo.

—¿Qué haces? ¿Con qué derecho osas arrojarme así? ¡Soy tu padre! —clamó Perrén sin lograr levantarse, miraba a Irineo desde el suelo pero no alcanzaba a equilibrarse para sentarse.

—Y está borracho —respondió Irineo con desprecio.

—He bebido, ¿y qué? Ahora vete de aquí, déjame solo con mi esposa.

—De ninguna manera me marcharé. Faustina le ha pedido que la suelte y usted intentaba tomarla por la fuerza —masculló apretando los dientes.

—Puedo hacer lo que quiera con ella, ¡vete ya! —exigió.

—No lo haré. No permitiré que la lastime.

—¡Vete! —volvió a repetir e intentó levantarse pero se cayó de bruces.

—No me dejes —pidió Faustina extendiendo una mano hacia él.

—Claro que no —le aseguró y le apretó los dedos para tranquilizarla.

—¡No puedes hacerme esto! Eres un mal hijo, un desagradecido. Te he dado una vida de lujos. Ahora que has recuperado la vista podrás trabajar y mantenerme para compensarme por ello.

—¿Mantenerlo? ¿De qué habla?

—Ha perdido todo en el juego —explicó Faustina con la voz dolida—. Mi casa, mi fortuna... Por eso está borracho.

—¡No puedo creerlo! ¡Es un irresponsable! ¿Cómo pudo hacer algo así?

—Yo puedo hacer lo que quiera —respondió Perrén con dificultad, arrastrando la lengua cada vez más—. ¡Puedo apostar y puedo tomar a mi esposa cuando lo desee! ¡Vete que voy a acostarme con ella!

—No me iré.

—Entonces quédate a mirar —lo desafió y se deslizó por el piso hasta agarrarse del acolchado para trepar a la cama. Irineo lo sujetó por los hombros e impidió que alcanzara a Faustina, quien se puso de pie y se alejó del lecho.

—Padre, váyase a dormir. Será lo mejor —sugirió Irineo.

—¡No quiero! Te dije que voy a acostarme con ella —repitió y se sacudió para liberarse de las manos de su hijo, pero al hacerlo casi cae al piso, por lo que lo sujetó con más fuerza.

—No lo hará, no lo permitiré —le advirtió a punto de perder la paciencia.

—No tienes derecho a meterte en mi vida privada. ¡Es mi mujer y puedo poseerla cuando quiera! ¡Lo haré ahora mismo! —insistió y se llevó la mano a su miembro para acariciarse.

—¡No! No es su mujer, ¡es mía! ¡Es la mujer que amo! Nunca volverá a tocarla.

Don Nicanor entornó los ojos, intentando comprender las palabras de Irineo.

—No sé de qué hablas, es mi esposa. Me casé con ella cuando estabas durmiendo, por si no te lo han contado.

—Lo sé, pero usted no la ama como la amo yo.

—¿Crees que acaso eso te da algún derecho? ¡Es mi esposa y espera un hijo mío!

—No, ¡yo soy el padre de ese niño! —profirió ofuscado.

—¡¿Me han engañado?! ¡La peor traición! —vociferó y se volvió hacia Faustina con el puño cerrado con la intención de pegarle en la cara, pero Irineo lo detuvo. Don Nicanor forcejeó pero los efectos del alcohol lo hicieron tambalearse—. ¡Eres una puta! ¡Como tu madre! ¡Desagradecida! ¡Maldita!

Los improperios se sucedían unos tras otros. En medio del griterío llegó Remigio con una lámpara de aceite en la mano.

—¿Qué ocurre aquí? —interrogó ante el barullo, pero al ver la escena pudo imaginarlo. Faustina semidesnuda contra una pared por un lado, y su padre y su hermano luchando por el otro indicaba que Perrén acababa de enterarse de la verdad.

—¡Basta ya de insultarla, padre! Ella no lo engañó, nos amábamos desde

antes de la boda.

—¡No quiero oír excusas! ¡Es mi esposa y la castigaré por traicionarme! —insistió a viva voz, con el rostro enrojecido, como revelaba la luz de la lámpara de Remigio—. ¡Haré que se arrepienta...! —comenzó a decir una frase pero se detuvo. También dejó de forcejear con Irineo. En instantes una extraña mueca se apropió de su rostro, los brazos cayeron laxos a los lados del cuerpo y él mismo se desplomó por completo.

—La borrachera ha hecho efecto —estimó Irineo.

—Su rostro estaba muy rojo, quizás deberíamos llamar al médico —mencionó Faustina.

—¿Para decirle qué? ¿Que nuestro padre se desmayó por un exceso de alcohol? Eso sólo requiere una buena noche de sueño —descartó la idea Irineo—. Ayúdame a llevarlo a su cama —pidió a Remigio.

Entre ambos lo cargaron y lo dejaron en su propio lecho. Irineo observó el hilo de baba que corría por el mentón de su padre y se marchó sacudiendo la cabeza. Lamentaba que esa fuese la última imagen que iba a llevarse de él.

Después de la agitada noche, Faustina alcanzó a conciliar el sueño en la madrugada en brazos de Irineo. Él se negó a dejarla sola. No creía que su padre fuese a levantarse antes del mediodía debido a la resaca, pero no quiso arriesgarse. Su tren partiría por la tarde. Y aunque ya no tenían la necesidad de escaparse, tampoco esperaba algún tipo de despedida. Por lo que se levantaron temprano para terminar de preparar todo.

Cuando estaban tomando el desayuno en el comedor, entró *ña* Gregoria bastante alterada con una bandeja en la mano.

—¿Qué pasa, *ña* Gregoria?

—Creo que algo grave, mi niña. El patrón no se despierta. Le he llevado el desayuno a la cama, como es su costumbre en los últimos días, pero no responde. Le toqué la mano y no se mueve. Sólo abrió un ojo y no dice nada.

—No se preocupe, bebió demás, necesita dormir, ya se le pasará — respondió Irineo y se sirvió más café.

—Me parece que es más grave que una mala bebida, yo he visto borrachos, créame, y no se ven así.

—¿Así cómo?

—Con la boca torcida y un solo ojo abierto.

—¿Está despierto? —preguntó Faustina asustada.

—No lo sé, eso es lo más extraño. Parece que sí pero no dice nada y no se mueve.

Irineo decidió ir a verlo y comprobó que la descripción de la cocinera se ajustaba a la realidad.

—Mande a Saturnino por el médico —ordenó. Eso parecía más serio que un episodio de ebriedad.

Tal como suponían, el médico confirmó que no era sólo una borrachera.

—Parece que su padre ha sufrido una apoplejía —diagnosticó.

—¿Y eso qué es?

—Un ataque cerebral que afecta las funciones de este. Por eso no puede hablar ni mover gran parte de su cuerpo.

—¿Puede escuchar?

—Sí, me lo ha confirmado abriendo y cerrando el ojo sano cuando se lo pregunté.

—¿Va a recuperarse?

—Es difícil predecirlo. He visto pacientes así, en algunos casos recobran un poco de movimiento, pero la mayoría no. Quedan postrados para siempre. Regresaré a verlo mañana, no creo que haya grandes cambios hasta entonces.

Irineo inspiró profundo y soltó con fuerza el aire de sus pulmones. No podían irse y abandonar a su padre enfermo al cuidado de Remigio. Sería una carga demasiado pesada para su joven hermano, y estaba seguro de que

Lucrecia no querría regresar al campo para cuidarlo.

—Gracias, doctor —lo despidió y marchó a dar la noticia a Faustina.

—¿Cómo que no nos vamos? —preguntó aturdida por la novedad—. ¡No quiero quedarme a cuidar a tu padre!

—No nos quedamos para que tú lo cuides, es porque me parece lo mejor para todos. Aunque íbamos a fugarnos, no sería fácil vivir en cualquier lado con tu barriga creciendo cada día, y empeoraría con la llegada del bebé. Si mi padre no puede salir de su cama, lo más sensato para tu bienestar será quedarnos aquí. *Ña* Gregoria te quiere de verdad, es una buena compañía.

—¿Y si él se recupera?

—El médico no cree que eso ocurra, pero si llegara a pasar nos iremos.

—¿Me lo prometes?

—¡Por supuesto! Sólo quiero lo mejor para ti.

—¿Pero cómo haremos para quedarnos? ¿Acaso la casa no está perdida?

—Se me ocurre que puedo pedir algo de dinero prestado a mi hermana mayor. Su marido está en buena posición económica y podría ayudarnos. Si cubrimos la deuda de juego quizás podamos salvar la propiedad.

—¿Sabes a cuánto asciende la suma a pagar?

—Lo ignoro, pero hoy mismo me pondré al tanto de todo, revisaré los papeles de mi padre con ayuda de Remigio.

—No soy buena para los números, pero sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. Podemos vender los muebles, además de las joyas de mi madre que te mencioné. El piano también —ofreció con una mirada sin dejos de tristeza—, lo más importante es intentar construir un futuro para nosotros y para nuestro hijo.

\*\*\*

Un par de días después Irineo sacudía la cabeza con desolación frente al escritorio. La situación era más crítica de lo que había estimado. La falta de soluciones posibles había influenciado en el ataque de su padre tanto como la situación personal.

Con un lápiz en la mano volvía a hacer sumas en un papel una y otra vez, pero siempre le faltaba una importante cantidad. Se agarró la cabeza entre las manos, desesperado por no hallar una salida. En esa posición lo encontró Remigio cuando entró como una tromba.

—¡Arriba el ánimo!

—¿Por qué tanta alegría? ¿Acaso has encontrado un tesoro pirata oculto en nuestro jardín?

—¡Mejor que eso! Me respondió un amigo a quien consulté por el cuadro de la abuela de Faustina. Su autor es un francés, Ernest Charton de Treville, descubrí la firma que estaba oculta bajo el marco. ¡Y me acabo de enterar de que sus obras valen una fortuna!

—¿Qué dices? ¿Estás seguro?

—Sí, míralo tú mismo. En esta carta me sugiere la cifra que podemos pedir por la obra.

—¡Estamos salvados! —exclamó tras leer el papel y corrió a buscar a Faustina.

La encontró caminando en donde había estado el rosedal. La observó de lejos y no pudo dejar de pensar en cuánto la amaba. Tan joven y tan decidida, capaz de fugarse con él para poder vivir a pleno su amor. Lamentaba haberla lastimado. Se acercó y antes de decir nada sobre el cuadro, le tomó la mano y la besó.

—Perdóname, estaba loco de dolor. Aunque eso no es excusa, no debí destruir tu jardín.

—No te preocupes, te perdoné hace mucho, cuando despertaste. Cuando creí que no regresarías del mundo de los sueños aprendí que los seres queridos son más importantes que cualquier otra cosa. Aún más que las flores a las que tanto amaba. Siempre podremos plantar más rosas, pero jamás podré encontrar a otro Irineo —le dijo con dulzura.

—¡Eres tan maravillosa! Te aseguro que reconstruiré este rosal para ti, lo sembraré sobre las cenizas del anterior, lo llenaré de pimpollos blancos y rosados. Lo cuidaré con esmero y volverá a ser como antes, ¡o aún mejor! ¡Plantaré mil rosas! Y nuestros hijos crecerán corriendo entre las flores —vaticinó y le acarició la panza con la otra mano.

—Me gusta que pienses en nuestro futuro.

—Siempre pienso en nosotros, en cómo será lo que nos tocará vivir, pero no me asusta enfrentarlo si estamos juntos. A tu lado siento que puedo vencer cualquier adversidad. Mira cómo me recuperé de la ceguera, estoy seguro de que fue gracias a ti.

—¡No me adjudiques poderes sanadores que no poseo! —prorrumpió con una carcajada.

—No dije eso, pero muchas veces siento que regresó mi vista por mis deseos de poder verte una vez más. ¡El amor es muy poderoso!

—No tengo dudas de ello —aseguró y se acercó a él para perderse bajo sus labios, en un intenso beso.

—Quiero hacerte feliz, Faustina.

—Ya lo haces.

—Hoy mismo me ocuparé de conseguir los esquejes. Pronto podrás disfrutar de la promesa del pimpollo, del esplendor de la flor abierta o de la nostalgia de la rosa ya marchita.

—Todo eso sólo me importa si tú estás a mi lado.

—Te prometo que así será, cada día de nuestras vidas.

## Palabras finales de la autora

A diferencia de mis libros anteriores, no voy a contar cuáles hechos fueron reales y cuáles no. Aquí narré la historia de mi bisabuela, en la piel de Faustina, de su madre Antoinette y de su abuela Léonie. Hay mucho de verdad en todo lo que escribí, pero también hay mucha ficción. Quedará en la mente de cada lector la posibilidad de disfrutar de este mundo como si fuera imaginario u obstinarse en adivinar sobre la realidad.

De chica me habían contado que Faustina (seguiré llamándola así en estas páginas) debió casarse muy joven con un viudo amigo de sus padres convertido en su tutor tras una precoz orfandad. De grande me enteré de su verdadera historia y decidí que merecía un lugar propio en una novela.

Para resguardar a los cinco hijos que tuvo con Irineo, a sus nueve nietos, veinticuatro bisnietos (de los cuales soy la mayor) y más de treinta tataranietos, cambié nombres y apellidos de muchos de los personajes. Sí es muy cierto que la fuerza y la pasión por la vida de Faustina tuvieron la misma intensidad con que la describo aquí, tal como me contaba mi abuela Elina (primera hija de Faustina) en mi infancia. Yo no la conocí pero viví tanto tiempo con su realidad dentro de mi cabeza para escribir esta novela que siento que sí lo hice. Espero haberla compartido de la mejor manera en estas páginas.

Faustina murió en 1956 en un accidente con un tranvía, esos monstruos de acero y madera a los que temía cuando iba a la ciudad. Irineo, que la había



amado durante cuarenta y ocho años, falleció seis meses después, por causa de una profunda depresión. ¿Quién dice que no se puede morir de pena por extrañar al verdadero amor?

Aquí, algunos datos para los amantes de los detalles históricos: el palacete de la antigua municipalidad de Belgrano, edificio donde vivió Nicolás Avellaneda con su familia durante el período que ejerció desde allí la presidencia, está ubicado en la esquina de Juramento y Cuba, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, y puede visitarse: hoy es el Museo Histórico Sarmiento. Allí se exhiben los muebles, vajillas y objetos personales de ambos presidentes. En cambio la residencia familiar de los Avellaneda en la calle Moreno al 700 fue demolida.

El Hipódromo Nacional donde murió Octavio existió. Era un punto de encuentro social obligado para la clase alta, a pesar de hallarse alejado del centro. Estaba ubicado en una zona de Belgrano cerca del río, hoy conocida como Barrio River, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Dejó de funcionar en 1911 y fue demolido en 1920. La mitad de la pista de carreras original se respetó para dar forma a la actual calle Victorino de la Plaza, que mantiene la traza de una u. La otra mitad quedó bajo el estadio de River y se aprovechó la curva para una de sus tribunas.

El Hospital de Mujeres fue trasladado en 1887, junto con el personal médico, las monjas y las damas de beneficencia que lo dirigían, a una nueva sede en la calle Chavango, hoy la avenida Las Heras, con el nombre de Hospital Bernardino Rivadavia.

El Hotel de Inmigrantes o Asilo para Inmigrantes, como lo llamaban todos, estuvo ubicado en diferentes edificios: desde su inauguración en 1857 estaba en la esquina de las actuales avenidas Leandro N. Alem y Corrientes. Entre 1881 y 1888 funcionó en la calle Cerrito al 1200, hasta que se mudó al edificio conocido como “rotondo” por su forma casi circular, sobre la costa

del río; fue demolido en 1911 para construir la estación Retiro. El último edificio para inmigrantes se inauguró en 1910 muy cerca del anterior y dejó de funcionar en 1953. Hoy es el Museo de la Inmigración.



Perseguir el amor hasta el fin del mundo. Ese era el lema de Léonie Marchall, que llegó de Francia en busca del padre de su hijo. En 1875, Buenos Aires crecía y recibía con los brazos abiertos a las familias de inmigrantes, pero no trataba de la misma manera a una madre soltera. Aunque el destino quería empujarla a un burdel, su fuerza interior la ayudó a descubrir nuevos caminos para salir adelante y criar sola al pequeño Jules. Años después ese niño —ya adulto— se enamorará de otra inmigrante, Antoinette Dupont, quien lo aceptará pero sin entregarle su corazón. Será una relación turbulenta y plagada de desencuentros. Cuando Antoinette se cruza con el verdadero amor, ese hombre está casado. Con él tendrá a su única hija, Faustina, quien completará esta saga de mujeres que viven de manera apasionada, aman con locura y luchan por lo que quieren. Ella, su madre y su abuela tuvieron vidas fuera de lo común y muy reales. Existieron de verdad.

Mariana Guarinoni imprime su sello en esta novela tan cercana a su corazón y pinta con trazos inolvidables un gran fresco de la vida de las mujeres en Buenos Aires en el pasaje del siglo XIX al XX.



## MARIANA GUARINONI

Es argentina, amante de la historia y de la investigación. Periodista de profesión, recibida en la Universidad Católica Argentina, trabajó en reconocidos medios nacionales desde 1990. Fue directora de la revista *Vanidades* y editora general de *Para Ti* y *Casa fácil*, entre otras publicaciones. Uniendo su amor por la narración y la búsqueda de información, escribe novelas históricas. Es autora de *Tierra de fugitivos*, *La Adelantada de los Mares del Sur*, *La dueña de la santa*, *Puerto prohibido* e *Hijas del Sol*. Vive en la provincia de Buenos Aires con su marido, dos hijos adolescentes y tres perros.



Otros títulos de la autora en [megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Guarinoni, Mariana

Renacerán mil rosas / Mariana Guarinoni. - 1<sup>a</sup> ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-627-957-4

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A864

Diseño de cubierta: Donagh | Matulich

Fotos de cubierta: © Getty Images

© 2018, Mariana Guarinoni

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-627-957-4

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Renacerán mil rosas

Dedicatoria

Epígrafe

Léonie

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Antoinette

11

12

13

14



15

16

17

18

Faustina

19

20

21

22

23

24

25

26

Palabras finales de la autora

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la autora

Créditos